This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

STANFORD·VNIVERSITY·LIBRARY

36.429
.154

REVISTA DE CUBA.

REVISTA DE CUBA.

PERIODICO MENSUAL

DE CIENCIAS, DERECHO, LITERATURA Y BELLAS ARTES.

DIRECTOR:

DR. JOSE ANTONIO CORTINA.

TOMO III.

STANFORD LIBRARY

HABANA.
IMP. MILITAR DE LA VIUDA DE SOLER Y COMP.
CALLE DE RICLA NUM. 40.
1878

32729

CUBA PRIMITIVA.

Orígen, lenguas, tradiciones, é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas.

PRIMERA PARTE.

ESTUDIOS PRELIMINARES Y COMPARATIVOS.

CAPITULO I.

Del orígen de los Indios Occidentales.

Apénas descubierto el Nuevo Mundo, debieron los escritores europeos ocuparse del orígen de los americanos, con mayor razon cuando era preciso salvar las tradiciones religiosas que sostienen la unidad de la especie humana: y es singular que en los siglos XVI y XVII se iniciasen todas las opiniones que han sido repetidas, ó impugnadas y robustecidas con estudios más ó ménos completos, hasta nuestros dias.

La obra más extensa, más científica y mejor concebida, la escribió en latin Jorge Horn y fué publicada con el siguiente título: «GEORGI HORNI DE ORIGINIBUS AMERICANIS, libri quatuor.»—Hemipoli 1669. El autor de esta obra comienza por hacer una descripcion de la América, despues de expresar los motivos que le impulsaban á publicar sus antiguos trabajos sobre la materia: toma por punto de partida el exámen de los caracteres físicos de los Indios, para emprender un trabajo de esclusion, séparando todos los pueblos conocidos, desde los más contrarios á su color, formas y costumbres, y recapitula los sistemas hasta aquella fecha indicados para determinar el orígen de los Indios, desde la opinion que se debatió en los primeros años, hasta todas y cada una de las demás opiniones que enumera.

Es evidente que los textos que ántes se referian á las tierras descono-

cidas, que se tenian por fabulosas, debieron aceptarse bajo distinto criterio por los que veian realizada la existencia de aquellas mismas comarcas. Los libros de Platon, de Aristóteles y de otros antiguos son, pues, testimonio de que nunca llegaron á ser completamente estrañas las relaciones del antiguo y del nuevo continente. Las suposiciones etimológicas, fundadas sobre bases poco seguras, tales como las que se referian á la antiquísima ciudad de Yuktan, cuando el nombre de esa península como el de cabo Catoche son dos errores históricos demostrados, debidos á la falta de conocimientos de aquellos idiomas, de los descubridores, han tenido que ceder á la realidad, esa realidad que, si bien tiene que inducir, no puede ni debe imaginar.

La opinion de Acosta es que los americanos vinieron del Asia, *ex Asia ortos*, porque es region tan cercana cuanto que solo la separa un exíguo estrecho; y que solo por tempestades pudieron ser arrojados de otro modo, lo que se prueba con los animales conocidos; esta opinion es de un hombre versadísimo en la observacion de las cosas de Indias. Copia Horn esta, como todas las demas opiniones, y concluye: «difícil nos parece la cuestion, pero nó inesplicable. La dificultad, además, consiste en que por muchos siglos no se ha tenido acceso á esas partes: por la antigüedad y la incuria de las gentes en las certidumbres de sus orígenes, sin el uso de la escritura, en contínuas guerras, vagando, de todo lo cual resulta la esclavitud, los destierros y las mezclas.» El autor comprende que es más fácil destruir las suposiciones hechas que inquirir el orígen de los americanos, pero que no es temerario el intentarlo.

Lo primero que inquiere es si los hombres vinieron á América ántes ó despues del Diluvio, y decide por muchas razones que es de creerse «que despues del Diluvio, en diferentes tiempos, ora por casualidad, ora voluntariamente y por mar vinieron á las Indias los hombres y los animales. Las comunicaciones tuvieron que ser por los estrechos, que suelen estar helados por la corta distancia: así advierte que no hay fieras ni cuadrúpedos de cierta alzada en las islas lejanas de los continentes como la Española y Cuba. Como las navegaciones eran dilatadas no es estraño que no se encontrasen los animales domésticos de Europa.»

En cuanto á las gentes que vinieron en diversas ocasiones, fueron muchas; pero hay que distinguir entre lo que es probable y lo que es evidente. Es probable y verosímil que vinieron de varias partes de Europa, Asia y Africa; pero es evidente que vinieron Fenicios, Escitas y otros de que se ocupa en los libros de su obra.

¿Qué gentes *no* vinieron á América? No vinieron los negros etiopes porque no se encuentran los cabellos crespos á manera de lana; no los celtas, ni los noruegos, ni los suecos, ni los ingleses porque no se hallan los colores rubios ó rojos característicos en los hombres de esa raza. Agrégase á esto la falta de espesas barbas, lo que escluye á otras muchas varieda-

des. Respecto del lenguaje, apénas hay alguna palabra que otra, no bastantes para suponer pobladoras á las naciones que las usan. En cuanto á los Judíos, sobre no existir un tipo nacional, no se encuentra huella de la circuncision, que es rito indispensable de esos religionarios. A pesar de esto, ha encontrado Mr. Bourbourg algunos recuerdos de costumbres judías, que acaso se espliquen por relaciones internacionales.

Tambien se ha querido encontrar el elemento NEGRO en los *Caribes* y en los *Churrúas;* pero esta observacion es moderna. Mr. Bonté ha querido sostenerla con autoridades que no son satisfactorias porque se anticipó Horn á contestarlas. Efectivamente Herrera y otros historiadores hablan de negros; mas ¿eran los negros de cabello lanudo? No habia razas más ó ménos oscuras, hasta asegurar Oviedo que conoció india que no era más trigueña que las castellanas? Pedro Martin de Angleria y Gomara observaron que los negros, ó llamados *Negros* tenian el cabello lacio de los demás indios. Los sacerdotes pintados de negro, los antillanos con *bija* y *jenipa*, (jagua), esplican que hasta por causas artificiales no fué estraño que se hallasen diferentes tintes entre los habitantes.

Horn cree que las migraciones de América partian del Istmo de Panamá cuya lengua era comun en las islas mayores y cuyos nombres se encuentran usados en gran número en el resto de las Indias Occidentales. Espresa esos nombres en algunas páginas, de lo cual deduce: «que todos los indicios son de que por el istmo de Panamá se hallan los orígenes de la poblacion que se estendió al uno y otro lado.»

De esto deduce que el número de habitantes creció desde dicho punto en dos direcciones, y la América Septentrional se civilizó primero, habiendo recibido comunicaciones por tres puntos: los Fenicios de Occidente, los Escitas del Septentrion, los Chinos del Oriente; y por intervalos tambien otras gentes.

Ya ántes se ha dicho que Horn acepta como esplicacion de los orígenes las lenguas; pero no por palabras aisladas, cuando siendo uno el orígen pueden ser diversos los idiomas, y más atendiendo á la diferente pronunciacion de las letras y áun las palabras, en pueblos distintos entre los cuales se carece á veces del sonido de algunos signos. Las mismas variaciones se verifican en las costumbres y en la religion: por todas esas consideraciones creyó Acosta que debia prescindirse de la autoridad y usar en el caso de solo la razon: *soli rationi continendum.*

No es posible sin traducir literalmente al escritor que vamos siguiendo, copiar todas las razones en que funda su teoría; pero es indispensable recordar lo que dice de los Fenicios: «entre los antiquísimos civilizadores de la América, es preciso dar quizá el primer lugar á los Fenicios, peritísimos en la navegacion, que viajaron por todo el orbe,» y que los puntos lejanos á que fueron tienen que ser las Indias Occidentales, lo funda en varios textos sagrados y profanos.

No olvida indicar que los Griegos confundian á los Judíos con los Fenicios y que se mezcló á los Amorreos con los Moros. Las colonias de Fenicios existieron por toda Europa y Africa, en donde dice que degenararon. «Los Fenicios, desde España y Africa navegaron con frecuencia á América. Strabon, Eudoxio y otros hablan de esas navegaciones—«*exterius mare*»—y no son los únicos que cita.

La facilidad con que puede irse de las Canarias ó Afortunadas con vientos casi siempre favorables, hácia la América, y las guerras que esperimentaban las ciudades fenicias, que, como dice Erathósthenes, obligaban á la espatriacion, hacen creer que atravesaban el Atlántico para residir en otros climas. Así lo dice Diodoro espresamente de los Cartagineses: los españoles fenicios, durante las guerras púnicas, es probable que llegasen al Nuevo Mundo, como lo piensa Látio, aunque no nos queden noticias de sus naves ni de las tierras adonde aportaron en el Atlántico. Para Horn es indudable que hay tres viajes históricos de los Fenicios á estas partes occidentales.

¿Los Atlantes eran Fenicios? Así lo cree Horn, fundado en la Mitología y en la Historia.—Gadiro era hermano de Neptuno, y este nombre es fenicio, y *Gadio*, voz fenicia tambien. La Atlantida ó isla Atlántica de que conserva memoria Platon, *como un hecho histórico* y *no una fábula*, tuvo ese nombre, como todo el mar, de los Fenicios: *Non se fabulan sed veram historiam narrare*. En comprobacion cita á Próculo, Marcelo, Crantor y otros, entre los cuales figura Serrano. Así la *Atlantida* es la América (1).

La segunda navegacion de los Fenicios la deduce de Diodoro, ya sin lugar á dudas ni mezcla de fábulas: en tiempos antiquísimos, navegando los Fenicios fuera de las Columnas de Hércules, fueron arrojados por los vientos á una isla del Atlántico, que describe: de esto tuvieron noticias los Cartagineses y *despues* las visitaron desde Gades (Cádiz) y *condujeron colonias* á ellas; se atribuye á los Cartagineses el descubrimiento como isla diferente. Ademas de estas navegaciones se habla de otra, salida de la misma Fenicia.

El hecho que sirve de fundamento al escrito, consiste en los viajes que se atribuyen á los Fenicios desde el tiempo de Salomon, por paises lejanos, de los cuales traian oro, marfil, monos y papagayos. Cree que el oro y los demás objetos, escepto el marfil provenian de la América; las cuevas ó minas que encontró Colon en Santo Domingo ó Haití son para él un indicio vehemente, pues los Indios no sabian elaborar los metales de esa manera. Se esfuerza en demostrar que las navegaciones de Tharsis y de Ophir tienen relaciones con la América, pues aunque no habia allí marfil, éste po-

(1) Mr. Despreaux hace observaciones sobre la identidad de la América con parte de la isla sumergida; se verán en el capítulo IV de esta obra.

dian tomarlo de otras partes, como se lleva ahora de Europa á Indias.

Despues de recordar las tradiciones históricas de los viajes y esas relaciones entre el Antiguo y Nuevo Mundo, hace constar las colonizaciones. Las Canarias, las Hespérides y las Cassiterides son nombres que testifican la navegacion fenicia *extra-Gades*. El nombre de Canarias no debe derivarse de *Can*, como se pretende por algunos, con referencia á los grandes perros que en ella se hallaron, sino de Cananeus, convertida la *n* en *r*— *Canareus*, Canarias; como en *Nebuchadnezar* y *Nebuchadrezar*, *Nisbon* y *Nisbor;* mucho más no habiendo tales perros, como lo expresa Gomara (1). Es tambien conforme con un texto que cita, que los Fenicios «fuera de las Columnas de Hércules llegaron á *Cernem*, y de ahí navegaban al opuesto continente.» La designacion de ese punto es tanto más determinada por Strabon contra Erathosthenes, que no puede ser otro que las Afortunadas, con mayor razon cuanto se dice que no podia continuarse más allá la navegacion, porque lo impedian las yerbas marinas, *supernatantes copiam*. Por eso le llamaron los portugueses Mar de Sargaso. De todas las islas á ninguna conviene la denominacion con más justicia, pues debe conjeturarse que el nombre de Canarias se corrompió en *Cernen* por los Griegos.

Así como de *Canareus* salió Canaria, del mismo modo de *Amoreo* nació Gomera. Gomara observa que Gomera, Telde y Ayatirma son palabras que provienen de Mauritania. De los restos de la lengua de los Guanches deduce que los Canarios son oriundos de Africa, afines de los Moros de Berbería. Plinio, Juba y hasta Píndaro le sirven de autoridades. Latio cree que las ruinas que se encontraban en aquellas islas, desiertas en la época de Plinio, pertenecian á los isleños acaso venidos de América: «*forte in Americam.*»

Pero las navegaciones de los Fenicios á las Afortunadas y Cassitérides, que eran frecuentes, tuvieron que darles á conocer la América: así se deduce de un texto de Platon «*ex Atlantica insula pervenire ad alias proximas: hinc ad oppositum continentem.*» De la Atlántica pasaron á las otras islas, y luego al continente. Encuéntranse las huellas de ésto en la lengua; por las palabras de orígen fenicio, en las islas Yucayas, y en otros partes se confirma lo que acaba de decirse: *guacana madanina* se derivan de Canaan, con el artículo *gua*, así como de *madian* la otra palabra. *Caonao*, *Canabacoa*, que se encuentra en Haití se hallan en el mismo caso. *Haiti*, que significa áspero y terrorífico, acaso venga de *chittei* (quitei). Esos y otros nombres y las descripciones de Plutarco, Theopompo y Eliano que colocan esas regiones á muchos dias de navegacion del Estrecho de Hércules, con las demas circunstancias que comprenden, lo acreditan para Horn de un modo cierto. De la palabra *Pœnis* se derivan *Panamá*, *Pa-*

(1) Viera Clavijo, que luego citaré sobre la Atlantida, cree fundadamente lo contrario.

nuco, *Puna*, porque era indiferente decir Pœnis ó Panis. Prescindiendo de otras muchas palabras que trae el autor en comprobacion de su sistema, no es posible que echemos en olvido lo que dice de nuestra Isla, aunque no sea ciertamente decisivo. Nota que la que llama celebérrima ciudad de la «*Abana*» (así lo escribe) en la Isla de Cuba y el nombre *Obahana* de una de las isletas del Jardin del Rey, son procedentes de la ciudad de *Havana* que es fenicia.

La palabra *canibal* puede deducirse de la lengua púnica: *cafa capha*, significa hombre tremendo. *Careb* significa ó fuerte ó campo militar, de donde caribe significa pueblo belicoso ó áspero y fuerte. El nombre *Annibal* era patronímico, y segun Herrera, *Canib* significaba hombre fuerte y se descompone en *bal*, hombre; *hanun*, fuerte. Entre los haitianos son más concluyentes esos recuerdos: *cinato*, significa lo mismo en ambas lenguas, la ira, el celo; *guaibba*, ve; *macabuca*, qué quiere?; *mayani* nada; *siba*, piedra; *copci*, bálsamo ó betun; *canoa*, nave; *guasábara*, motin; *boa*, casa; *cu*, templo; *macana*, espada de madera; *gua*, artículo demostrativo. Estas son las palabras que conserva Mártir, á las que pueden agregarse *tetoca*, estate quieto; *techeta sinato guamechina* (pronúnciase la *ch* como *q*,) señor muy irascible. Horn pretende demostrar que todas esas voces ó son íntegramente fenicias, ó con corta variacion.

Guaca, region ó vecina; *iarima*, parte posterior (*podex*), de las cuales sale *Guacaiarima* nombre de una provincia; *atabeira*, madre de Dios, y segun otra etimología, el criador; *areito*, cancion; *anacaona*, flor de oro; *amaca*, lecho colgado. Hay más semejanza que la casual entre otras voces y las fenicias con que las compara el escritor, así como respecto de las de *casique*, *quebi*, *tiba*, señores; *taino*, *iara*, nobles; hasta conviene con la observacion de Pedro Mártir de que los haitianos expresaban las aspiraciones de los hebreos y árabes.

En cuanto á la etimología de los nombres de las Afortunadas, se han ilustrado cuanto ilustrarse pueden, en la magnífica obra de los señores Barker-Vebb y Berthelot publicada bajo los auspicios del ministro francés Guizot (1).

En investigacion de antigüedades poco adelanta Viera y Clavijo, pero por su mayor extension y comprension contiene más pormenores, y hace justicia á la imparcialidad de aquel sacerdote español que hasta se burlara de las preocupaciones populares. Viera cita á menudo á Horn á quien españoliza, llamándole *Hornio*, y lo acepta ó lo combate segun lo cree ó nó fundado, en sus estudios sobre Canarias. Volvamos á lo que deduce éste respecto de las Américas.

Tambien considera como huellas dejadas por los Fenicios los siguientes nombres propios: *Abenamago*, *Benomia*, *Benberoica*, *Abenberoica*, *Bogotá*,

(1) Histoire naturelle des Iles Canaries. 4 vols. fol.—1839.

Anakiuz: la primera palabra significa hijo de Magon, la segunda hijo de Ommian, familias fenicias y árabes. De estos nombres hay varios derivados en otras regiones de Indias. Las palabras *Ben*, *Abenberoica* (de Jamáica) pertenecientes á los últimos reyes, expresan esa filiacion, y *Bogotá*, rey de Nueva Granada, es semejante á *Bogud*, rey de Mauritania.

Eso mismo se observa en *Voccar*, *Boccus*, *Bocus* y *Bocud: Anak* es voz derivada de los Anaqueos que predomina en los reyes como *Anakius*, *Anaxarat* y *Anacaona*.

Por lo que hace á las costumbres y religion de los Fenicios, poco pudo conservarse ante la irrupcion escita «cuya inmensurable multitud inundó á los Fenicios como un bárbaro diluvio y los absorvió.» Se mudaron y olvidaron las costumbres, dejando pocos recuerdos la existencia de sus ritos.

Desapareció de las colonias de los fenicios de América, el uso de las letras, así como del Africa. de las Baleares, y otras del antiguo mundo que indudablemente poseyeron; no es pues de estrañarse. No obstante todavía se pueden, segun él, rastrear algunos orígenes que tienen que referirse á esos antiquísimos tiempos.

El culto de Cam lo encuentra indicado en varios puntos y principalmente en las Antillas. Los Cemís son para él corrupcion de la palabra *Cam*, que se encuentra en *Cames*, voz del Japon; pero desde luego, sino hubiera más que este dato, habria que abandonar un propósito sin fundamento; el autor todavía halla en la union de la palabra *Cam* y *Belo*, escrita la primera con *ch* en su forma latina, semejanzas con *Chila* y *Chambal;* esas ligeras semejanzas las procura apoyar en algunas otras señales más decisivas y ritos religiosos. Es cosa para él histórica, indudable, la colonizacion de la América por los Fenicios.

Y ya se ha dicho que no fueron los únicos que la visitaron y colonizaron de antiquísimos tiempos. Los Españoles, tanto en la época Fenicia como con posterioridad, la visitaron tambien; los Guaráicos ofrecen esos recuerdos en la provincia de Santa Cruz, conforme lo dice Acosta. Sí es estraño que el erudito Masdeu echase de ménos en sus tiempos el que no se hubiesen estudiado los orígenes del lenguaje, demostrando el tránsito y colonizacion fenicias, porque ya se habia publicado el trabajo de Horn. El sabio catalan (1) demuestra con mayor número de autoridades, si cabe, «la existencia de comunicaciones de los Fenicios y Cartagineses con la América, y que los Gaditanos tuvieron relaciones con aquella;» y fija en el siglo décimo cuarto ántes de la venida de Jesus esos primeros viajes.—El abate Domenech (2) ha confirmado recientemente esas relaciones, y aunque tal vez desconoció el trabajo de Masdeu, agrega á las autoridades por éste ci-

---

(1) Historia Crítica de España, vol. III, Libro 6, il. 1.ª

(2) Revue Orientale et Americaine, vol. IV, pág. 85 y otras.

tadas, europeas y arábigas, las orientales de otro orígen: tomaré de este trabajo algunos datos.

La invasion de los Escitas en América fué combatida por algunos que creyeron que no podia ser cierta por no encontrarse caballos en América; pero Horn asegura que no siempre los usaron y que las tribus de ellas que vinieron á América pertenecian á los *hunos*, *kithos* y *chicas*, lo cual procura demostrar; sin perjuicio de continuar en el otro capítulo los estudios iniciados, por decirlo así, por Horn, no podemos concluir este sin hablar de algunos que precedieron y de otros que aun suponen más antigua que la fenicia la colonizacion de las Américas.

Teodoro de Bry en su célebre obra sobre la geografía de su época (1) se ocupó ántes que Horn del orígen de los Indios, haciéndose cargo de los diferentes sistemas que se habian propuesto y objecionándolos, para convenir en que habia gran oscuridad en la materia, y que no la sacaban de ella por cierto las tradiciones de los naturales. El término de su trabajo fué, por lo tanto, la incertidumbre causada por el estado de barbarie primitiva en que supone á los primeros pobladores; no siendo estraño para él ese estado, porque segun los viajeros se encontraban en España y en Italia en aquella época hombres tan fieros y agrestes, que fuera de la cara y formas esteriores, «*humani nihil omnino habent.*»

Juan de Laet, que tambien describió la América, adoptó la obra especial de Grocio sobre los orígenes de los Americanos y ya fué más estenso en sus observaciones, bien que no con gran provecho positivo: su libro comprende la disertacion de Grocio y le triplican las anotaciones y apéndice (2).

Grocio presenta varios sistemas de colonizacion ya de Escitia, ya de Noruega, y aun de la China: discute sus fundamentos, acepta unos y no se conforma con otros. Su comentador es más severo, se extiende en conjeturas y se fija en las navegaciones de los europeos por Islandia y Groenlandia, impugnando los orígenes germánicos que en las lenguas quiso ver Grocio. Para completar su trabajo hace una revista crítica muy interesante sobre las opiniones de los demás: las de Acosta, á quien dedica muchas páginas, las de Lescarbot, y de Brerewood, que se ocupa de las lenguas y religiones. Expuestos los sistemas de tres «*doctísimos varones, uno español, otro francés y otro inglés,*» que deja anotados, se propone agregar sus observaciones propias para que se pueda formar un juicio más aproximado á la verdad.

No estractarémos las dos observaciones y un curioso apéndice sobre la lengua del Brasil porque hemos de hacerlo de estudios más recientes, pero

---

(1) Americæ nona et postrema pars.—Francfort, 1602. Cap. XIV y sig.

(2) Joannis de Laet Antuerpiani.—Notæ ad disertationis Hugonis Grotti.—De origene gentium americanum.—Parisiis, 1643.

sí diremos que Laet prefiere los elementos geográficos y étnicos para esclarecer el asunto. Recuerda las navegaciones fenicias, y tiene en cuenta la mayor proximidad de las Azores, las Canarias y Cabo Verde, deduciendo que no hay dificultad de que del Cabo Verde se pasase al Brasil—«y favorecen estas conjeturas las costumbres de los *autololos*, con los cuales tienen afinidad los brasileros; y fueron los autololos, gétulos y no etiópicos, esto es, que su color tampoco desdecia del de los brasileros.»—Espresa que hay otros tantos puntos por donde hay tradiciones de trasmigraciones, y del estudio de las lenguas cámbricas é hibérnicas deduce que no hay semejanza entre ellas y las americanas. Sostienen contra Grocio que no hay motivos para negar que los Escitas poblaron parte de la América, por la identidad de sus costumbres con las que cita de los indios, y se ocupa más de los irlandeses y groenlandeses, de su gobierno y costumbres. Pasando á la parte oriental examina los mismos problemas que respecto á la occidental y busca los puntos más cercanos.

Comparando las lenguas americanas entre sí (el huron y el mejicano) deduce la variedad más completa de esos dos idiomas y lo mismo resulta con el brasilero y el *jao* de la América Meridional. En cuanto á las Antillas, hace pocas referencias á Pedro Mártir: y como luego recorre Laet los usos, costumbres, estatura y demás circunstancias parece olvidado de su objeto y en nada concluye fijamente, dejando libre al lector en el campo de las conjeturas.

Hay quien crea que hay algunas palabras egipcias escritas en las ruinas de América. Es indisputable que existe semejanza entre los restos de Egipto y los de Méjico, Chiapas y Yucatan; el misionero español que ha conservado los signos de esas composiciones semi-hieráticas, acaso proporcione un nuevo Champollion á los geroglíficos americanos (1); pero desde que se ha hecho esa indicacion he procurado estudiar los restos de la lengua púnica en la interpretacion de las inscripciones egipcias, conservadas en caractéres y no en geroglíficos, valiéndome de los estudios hechos sobre ellos.

He examinado los dos tomos publicados por Gustavo Seyffarth—«*De lingua et littteris veterum Ægyptiorum.*» (Leipsic, 1825.) Contiene todos los ensayos de I. A. G. Sphon para reconstruir la gramática y el glosario de los Egipcios. El trabajo del sabio aleman, comparando los mudos caractéres demóticos con las palabras griegas y coptas y aprovechando todas las analogías, aun no está terminado; pero llegó á fijar hasta diez y siete leyes á la escritura demótica ó alfabética de los Egipcios: sus formas son tan varias que ha contado hasta ochocientas: dedujo que era cóptica la lengua, por lo general; que entre las formas elípticas que adoptaba en la es-

(1) Revista Americana—artículo sobre Fr. Diego Landa.

critura era una la supresion, muchas veces, de las vocales en medio de las palabras cópticas y griegas que se hallaban en las inscripciones.

De la misma manera he estudiado la obra «*Agius: Della lingua punica,*» que tambien comprende una gramática y un diccionario de lo que de ella resta; la única analogía que encuentro en ámbas lenguas es la supresion de las vocales en la escritura. Sin embargo, en las formas del verbo es notable su semejanza con el mejicano.

En el maltés *ó púnico* se expresan las personas del modo siguiente:

Singular.	*Plural.*
Primera pers. en–in–n.	Primera pers. en–ni–no–n.
Segunda pers. t–tu–te.	Segunda pers. ta–t.
Tercera pers. i.	Tercera pers. í.

Véase en el capítulo 12 de esta obra que para conjugar el verbo indiano *iccitua* se ponen las siguentes iniciales para expresar las personas *n–t–g–an–ca* y *qui* (1).

Antes se habló de las relaciones de los españoles antiguos con la América: Mr. Baudrimont (Histoire des Basques Euscauldunais primitifs. Paris, 1854) ha publicado sobre los restos de la lengua euskara ó vasca primitiva lo siguiente:—«Se encuentran muchos nombres de orígen vasco en la América meridional, desde el Amazonas hasta el rio de la Plata, así como en las Cordilleras hácia el Norte hasta la Luisiana.»

«*Andes Andiac* (altos); era imposible poner un nombre más característico á esta cadena de montañas; *Uruguay*, de *Ura*, *uguaya*, agua que mana constantemente de fuentes; en quichua, *unos*, significa llanura ó lugar bajo. *Paraguay*; *para*, quiere decir lluvia en quichua, y *paraguay*; agua constantemente alimentada por las lluvias. El Orinoco recorre una comarca poblada de ciervos, y *breu*, es ciervo en vascuence; *ubai*, buena agua, rio ancho del Perú que sale del lago que forma el rio Parapiti; *ubai* es tanto más vasco cuanto que se desconoce la *b* en la lengua quichua que se habla en el Perú. *Pilachiqui*, montaña de Colombia; *pila*, significa reunion en vasco; significa corona, en quichua. *Picacho* (2), montaña de Colombia, y en vasco significa montaña ó pico de piedra. *Cayambóuro*, mon-

(1) En la obra titulada «L' Irlánde,» por MM. de Chavannes y Huillard-Breholes se copian, con referencia á Mr. Capo de Feullide, que se ocupó de la lengua y literatura irlandesa (pág. 377), dos versos de Plauto, que éste conserva en púnico, y atribuye al cartaginés Hannon: en seguida pone la traduccion en lengua irlandesa y casi son idénticos. Reconoce que si abunda en letras la lengua irlandesa, que si se pronunciasen, la harian áspera y dura, se eliden: *ollamte fodhla* se pronuncia *ola fola* y «el formidable nombre] *Tigernac* se pronuncia *Tierna.*»

(2) Esta palabra es española y no india, como supone el autor.

taña en los Andes junto al Ecuador; las tres cuartas partes de este nombre son vascas, y la última, *bouro*, quiere decir cabeza.

Arinas,—Ariñas, en vasco, rápidos, saltos de un rio; es el nombre de un rio del Brasil.»

CAPITULO II.

Continua la materia del anterior y se fija la atencion en los caractéres físicos de la raza.—Si fué antediluviana la poblacion que construyó el Palenque y otros monumentos.

Aunque Bochart escribió extensamente de propósito sobre la lengua púnica y fenicia (1), tampoco encontramos las numerosas semejanzas de las palabras que halla nuestro Horn: todo el libro segundo de su Geografía se ocupa de la afinidad del fenicio y púnico con el hebreo; de lo que se encuentra en Sanchoniaton, *scriptore vetustissimo*, en Herodoto, Josefo, Plauto y otros. Es muy curioso su trabajo sobre los versos conservados por el último escritor y acerca de sus diversas interpretaciones; pero nada nos parece decisivo sobre el objeto que se investiga: sus analogías casi siempre aventuradas ya se expresan en el trabajo de Horn.

Que la mayor parte de los americanos proceden de razas asiáticas ó éstas de América, lo que no es posible demostrar históricamente, lo prueba el exámen de los habitantes de ambos paises respecto de las familias trigueñas, amarillas ó las *pieles rojas*. No puede confundirse un habitante de orígen europeo ó africano con ningun indio desde el Patagon á los hurones; es uno su aire de familia, como ha observado el Dr. Martin de Moussi (2); su tinte varia desde la caoba oscura, presentando todos los matices intermedios; cabellos siempre negros parecidos á veces á la crin del caballo, ojos estrechos á ocasiones ligeramente oblícuos, pupila muy oscura, esclorótica amarillosa; nariz tan pronto aguileña como chata á veces; barba jamás espesa; piés y manos pequeños y talla variable.

Ha observado el mismo Doctor que en primer grado los proventos del hombre caucásico enteramente blanco y una india, tienen, cualquiera que sea la raza de ésta, los mismos caractéres; que al segundo grado la barba es igual á la del padre, y al tercero no quedan más caractéres que los caucásicos; lo que no sucede en las mezclas con negros cuyos frutos conservan el *color mate*, por mucha que sea su blancura, por muy largo tiempo, dándose fenómenos de *atavismo* ó *salto atrás* con mucha más frecuencia en ésta que en las mezclas indianas.

Hay sin embargo diferencias entre los indios que Orbigny ha querido

---

(1) Geographiæ Sacræ pars prior: Phaleg &. Pars secunda. De Lingua Phenicia et punica.—Cadomi 1646, in fol.

(2) Unité de la Rusie Americaine.—En la Revue Oriental et Americaine.

clasificar, pero que no están completamente justificadas y que no son mayores que las que distinguen á los alemanes, franceses, ingleses, italianos, portugueses ó españoles entre los europeos.

Cualquiera que vea á un chino, á un cochinchino de nuestros colonos de labor, le hallará más semejanza con los mejicanos y yucatecos que con casi todos los demás hombres que conoce. El mismo Dr. Moussi nos conserva un hecho histórico reciente que confirma las doctrinas de Horn, que se anticipó á todos en esta materia. El habla de su propia observacion y como testigo, despues de haber estudiado en América el carácter americano.

«Agregarémos ahora, dice, que entre los tipos indo-americanos hay uno que tiene extremada semejanza con el *mogol*; la mayor parte de los *Annanitas* que acaban de verse en Paris (1862) serian tomados inmediatamente en la Plata por *guaranis* del Brasil y de Paraguay si llevasen su trage.—Humboldt cuenta que viendo los mejicanos indígenas á los Chinos, decian: «He ahí nuestros padres y tios:» lo mismo pueden decir de los annanitas los guaranis»—y quién sabe si hasta el nombre es un recuerdo: *gua* es el artículo *arani* ¿no podria ser una corrupcion de *Anian?*

El etnólogo citado termina así: «Sabemos que las diversas comarcas de alguna civilizacion hacen venir del Norte sus primeros habitantes; ¿por qué rechazar ese hecho histórico? con mayor razon cuando si consideramos la constitucion física nordeste que ocupan los rusos, la cadena de islas Alencianas y lo poco extenso del estrecho de Bering ¿qué habia de extraordinario, ahora muchos siglos, en una inmigracion de tríbus mogolas y su diseminacion en todo lo que llamamos nuevo continente, que probablemente será tan antiguo como los demás, como lo demuestra lo geología?»

Si bastara el exámen recíproco de las lenguas y el recuerdo de ciertas costumbres, no pueden dejar de producir mayor convencimiento. El ántes citado Horn demuestra que la Escitia, que comprendia una vastísima extension de terrenos y de tríbus diversas hasta el Océano glacial: mogoles, magiares, ábaros, &c., hizo irrupciones numerosas en diferentes épocas. En esto se halla conforme el abate Domenech, que desempeñó su trabajo bajo un plan análogo, y que no lo cita á no ser el que llama *un autor*, al hablar de las Canarias, cuya opinion ya hemos visto.

El abate Domenech extracta las tres divisiones consignadas en una crónica escrita en dialecto escita, fenicio, segun O-Connor (crónicas de Ealo) que auténtica ó nó, encierra noticias acerca de las grandes emigraciones antiquísimas de los escitas; pero la verdad es que el escritor Horn desempeña más cumplidamente su propósito bajo el mismo órden que aplicó á la demostracion de la colonizacion fenicia. Las tríbus Indo-escitas y los Celta-escitas dominaron el mundo y todavía en el Génesis (1) se habla

(1) Capítulo II.

de las tríbus que se repartieron por las «*islas de las naciones y sus familias fueron el principio de pueblos que cada uno tenia su lengua* (1). Los mismos fenicios eran una tríbu de escitas del Asia Occidental.

Los motivos de la emigracion en masa de los pueblos fueron las guerras, la abundancia de hombres; y eran causas permanentes de que se realizasen en el vasto territorio del Asia. Solo los hunnos contaban en su patria 120 tríbus. La invasion fué posterior á la colonizacion fenicia. La historia ofrece, sin embargo, huellas de que hubo inmigraciones á intervalos, alguna como la de los *chichimecas* despues de la época cristiana. Vinieron aquellos por Oriente y por Occidente, si bien los hunnos se allegaron en su mayor parte por Oriente, y tambien los alanos, ávaros, tátaros, mogoles, &c. Para demostrarlo, cita palabras de esos pueblos y por lo mismo cree que fueron muchos los tátaros entre ellos.—Esos vestigios son las siguientes voces: *Tamogali*, *Mogoles*, *Mayolies*, *Cotan*, *Baida*, *Tangar*, *Coto*, *Coton*, *Paila*, *Tangora*, *Tangarala*, y otros muchos que puede ver el curioso (2).

Hay que tener en cuenta que la terminacion *an* es tatárica: *Alzotlan*, *Mechóacan*, *Teutitlan*, *Ezapan*, *&c.* Se encuentra confirmado ese pensamiento en el uso de esa terminacion en todo el Oriente, que ha sido impuesta por los Tátaros. No se hallan sino en *Balman* y *Maguan* en Haití. De la misma manera quedan nombres propios escitas: *Ax*, *axan* se aplica á reyes y cosas reales por los tátaros turcos: en Paria se encuentra *Mercbax;* en Florida *Naquatax;* en Méjico *Axayaca;* en Virginia *Saqueni* y así otros muchos.

Y es muy notable el paralelo que verifica entre las costumbres de los Indios y Fenianos ó Fennos de que habla Tácito, los Escitas septentrionales. Sin armas de hierro, usaban flechas con huesos de pescado en los dos pueblos: «*Senescunt imberbes*»—envejecen sin barbas; no construian edificios, sino chozas humildes de paja. Así es, que despues de transcribir las costumbres de los hunnos, dice Horn: «y están pintadas las costumbres de los nómades y antropófagos tan gráficamente que parecen descritos los Chichumecas y Brasileros, mudado el nombre.» Y, sin embargo de esas semejanzas, no encontramos tampoco la huella de un mismo orígen en lo poco que se conserva en las lenguas de Escitia. Hemos tenido á la vista un trabajo reciente de Van Thielen (3) y no hemos encontrado nada que recuerde la América, que sea una prueba aunque remota de la descendencia comun de la lengua sanscrita: notable y frecuente indicacion de la unidad primitiva de la especie humana. Van Thielen ha recogido con escrupulosidad *todas las palabras* que comentadas por los antiguos escrito-

(1) Gen. Cap. X, v. 5.
(2) Págs. 343 y siguiente. De originibus &c.
(3) Annales d' Arqueologíe de Belgique, t. I, pág. 40.

tes sobre los Escitas con el ánimo de averiguar si eran los ascendientes de los esclavos de nuestros dias y les ha encontrado relaciones con las raices tratanas del Sanscrito. Solo alguna palabra se asemeja á las americanas: por ejemplo, *Papayos*, nombre de Júpiter entre los Escitas, y *papaya*, una fruta y el vegetal que la produce en las Antillas; *colax*, lugar montañoso cerca del mar y *kalan*, montaña; *Kulaksan* en sanscrito, cuyas formas se encuentran en palabras mejicanas.

No obstante la semejanza de las costumbres bélicas es tanta que no puede ser mayor en el estado de los monumentos que nos quedan. Entre las civiles y económicas es singular que el maiz, ó sea el trigo turco, fuera la base de la alimentacion en América y que en ninguna parte crezca mejor que en Asia y Escitia; que la *chicha*, que se conocia en toda la América, formada del fermento de su grano, la usaban los persas, turcos, chinos y japoneses con el nombre de *cia* aunque la beben caliente.

De la China y del Japon quedan otros recuerdos que deben tener su orígen en antiguas comunicaciones por el mar Pacífico, los nombres chinos y japoneses y otros recuerdos históricos. Paravey (1) se ha ocupado de demostrarlos despues con otro propósito, que el que les señala Horn: *Chiapanec*, *Chiapa*, *Totoma chiapam*, *Chiapoli*, *Chiopec*, *Kar Japan*, *Tampa*, *Guamangoxin*, *Tumba-Tamby* y *Guamanga*. En el Japon *Tonus* es el sol, la luna y astros; en Méjico se llama al sol *Tonnicus*, á la luna *Tona* y en Haití al noble *Taino*.

De la misma forma se encuentran palabras de otra procedencia asiática y de puntos que seria muy largo enumerar. El instruido filólogo George Horn á quien no cita, hasta la tercera edicion de la *Biblioteca*, Brunet, no solo escribió esa obra que nos ha servido de guía, con ligeras excursiones, sino que escribió otra muy apreciable: en él coloca á las Canarias en el *Imperio de América* y condena su opinion sobre los orígenes americanos del siguiente modo, que se proponia demostrar y demostró (2). «Se pregunta ¿por qué puntos se pobló la América? No debe dudarse que lo fué por varios lugares y en diferentes tiempos. Si el Asia está unida á la América por algun punto, (3) determinada la vía terrestre: si las divide un estrecho, la travesía se ha hecho por naves y barcos. Otros vinieron por Occidente por la Nueva Zembla y Groenlandia: aunque no de Suecia como pretende Grocio; otros por el Oriente de la China, del Japon, por las tierras nuevamente descubiertas. Pero todos los isleños y muchas gentes del continente America se puede demostrar que proceden, segun el citado escritor, de los fenicios y de sus colonos los Cartagineses. La muchedumbre

(1) Memoire sur l' origine Japonaise, arabe et basque de la civilisation des peuples du plateau de Bagoá.—X.—Paris. 1835.

(2) Pág. 321.

(3) Se imprimió la obra en 1670.

es proveniente de orígen escita ó tátaro principalmente los Mejicanos, Peruanos y Brasileros, y no es dudoso que de Bretaña cuando los destruyeron los Sajones fueran muchos prófugos al Nuevo Mundo, y de España cuando la tempestad Sarracénica. Dejeneraron de sus primeros orígenes y es difícil descubrirlos despues de mezcladas la lengua y las razas.»

En las *Memoires de la Societé Ethnologique*, tomo 2º, pág. 172, se encuentra un artículo sobre la historia primitiva de las razas océanicas y americanas que es adicion á la Historia y orígen de los Fulahes. Hay entre las diez disertaciones que contiene cinco referentes á los americanos. Desde la VI á las X discurre—sobre las relaciones de la Polinesia y la América,—semejanza de sus sepulturas,—de las relaciones de las lenguas Caribe y Polinesia,—de algunas lenguas americanas y el Copto,—de la Caribe con el (Oulofe) Yolof (1).

El mejicano D. Manuel Náxera, en una disertacion latina que publicó no ha mucho (2), ha dado una idea completa de la lengua de los *Othomies* demostrando que sus verbos solo constan de una sílaba y á lo más de dos, formándose el imperativo uniéndole la segunda persona. Que todas sus palabras son verbos, pues careciendo del sustantivo tienen que formarlo por ese medio. Si quieren decir *ego sum bonus* al nombre *nhean*, (bueno) le agregan *Di nhean* ó *Dnanhean*. Los verbos hechos de nombres con dos sílabas envuelven un doble significado. Compara muchas palabras de la lengua China con las Otomies, encontrándoles gran semejanza, así como en las reglas gramaticales segun la obra de Remusat. Por último, tradujo una de las poesías de Anacreon que inserta ántes en griego y en latin, y analiza y comenta detenidamente. Sostiene que es la lengua monosilábica, sin parentesco con la Mejicana, Cora, Huasteca, Tarahumura; es un ramo de la lengua de Confucio, é hijos de los Chinos ó sus huéspedes cuando le aprendieron.

No solo Brasseur de Bourboug y los escritores nacionales de quienes luego se hablará, supusieron orígenes hebráicos en los indios de América; pero observa el Obispo Gregoire (3) al citar, á algunos, que esas semejanzas no constituyen una prueba de comun orígen, principalmente respecto de ciertas purificaciones legales en que hay prácticas análogas en sectas cristianas hasta en los salvajes del Nuevo Mundo.

La observacion del dicho obispo se comprueba fácilmente estudiando las relaciones de los viajeros: cuando Gumilla describe la *circuncision* que dice practican las naciones de Cuiloto y Uru y de otros *rios*, comprendemos que ni ese nombre merece por analogía: los indios ahí como en Yuca-

---

(1) Biblioteca Americana, pág. 399 (por Leclerc) Paris 1867.

(2) De lingua ottomitorum disertatio, auctore Enmanuele Náxera, mexicani academiæ litherariæ Zacatecorum.—Philadelphiæ 1835.

(3) Histoires des sectes religieuses &c., t. III, pág. 227.

tan se labraban ó hendian el cuerpo para gravarse figuras, y lo que llaman circuncision, era una *carnicería* que tenia que hacerse á los diez ó doce años, para que no muriera en el acto el paciente. El mismo dice que en 1721 encontró en el bosque á un niño moribundo. Era más bien como observa Mr. Pau, una costumbre no rito-religioso, y que más que circuncision era *escision* ó cortadura; tan contrario á la verdad fuera suponer que los *botoeudós* han adoptado la irregular costumbre á que deben el nombre por haber recibido de los judíos de Roma el *Judeum spondus* ó estuche de cobre de que habla Marcial (1).

Efectivamente Perrin (2) entre los misioneros y el rabí Menasech-Ben-Israel (español de procedencia), han hecho mérito de esas semejanzas, sosteniendo el rabino que los americanos descendian de las diez tríbus (3). De los Caribes, dice, el mismo Gregoire se cree que descienden de los Judíos, porque se casan con sus parientas y no comen carne de cerdo. Tambien Cook creyó hallar en las islas de la Sociedad trazas de judaismo.

Esas semejanzas pueden tener un aparente fundamento en que sea cierto el hecho de no comer carne de cerdo los Caribes: ¿pero cómo habian de comerla cuando no existian esos animales en las islas ni en los alrededores? Lo que es en los tiempos posteriores á la invasion europea, áun suponiendo que no lo coman, ¿de qué manera conservarian el recuerdo de la prohibicion y la respetarian los que apénas lo conservaban de la Divinidad y aún se les supone, con razon ó sin ella, antropófagos?

Si se ha discutido mucho por lo visto sobre el orígen de los americanos en los tiempos históricos, no ha faltado quien lo suponga antediluvianos, por lo ménos en lo referente á las naciones á que pertenecen las ruinas del Palenque y demás descubiertas: y aunque hemos de volver á ocuparnos del célebre Votan, anticipamos que de él se dice que provino de Cuba y se quieren enlazar con ésta, no solo las leyendas, sino los hechos de los semi-dioses del Paganismo. En el Mundo Mejicano se han publicado artículos interesantes en este particular que es preciso extractar para complemento de estas indicaciones.

La publicacion de las antigüedades mejicanas hizo decir al «Correo de Europa» de 22 de Abril de 1843 (4) que se habia descubierto una «América Antigua.»—«Si llaman Nuevo Mundo á la América de Colon, deberá, decian, llamarse *Viejo Mundo* á la América de Saint Priest y sus sabios colaboradores, que nos han hecho conocer una Vieja América, donde los monumentos contemporáneos de las primeras edades del mundo testifican

---

(1) Sobre esta materia, véase á Pau, Recherches philosophiques sur les Americains. Sect. IV, libro IV, pág. 25.

(2) Hist. des Sectes religieuses, t. III, pág. 227.

(3) Perrin Voyage dans l' Indostan &c., t. II, pág. 31,

(4) Museo Mejicano, t. II, pág, 35.

una civilizacion más avanzada que la que existia 3.000 años ha en nuestro triple Continente.»

Prescindiendo de varias reflexiones sobre los primeros pobladores, que en parte repetirian lo que hemos dicho, se encuentran las que se refieren al concepto antidiluviano de la poblacion de América y de la especialidad de su raza: son las siguientes.

«La opinion de un hombre como el baron de Humboldt que ha explorado la América tan largamente, es una opinion solemne y suficiente para dar entero crédito á Betancourt y Torquémada, dos profundos observadores que estuvieran convencidos de que la América fué poblada ántes del diluvio.....»

«Mr. de Saint Priest nos da á conocer la opinion de Bernardo Romans quien en su historia natural de la Florida, cree firmemente que Dios ha creado una raza de hombres originarios de América.» Ese pensamiento está contradicho por todos los estudios posteriores que se han indicado en esta obra y se completarán en los siguientes capítulos: la procedencia es Asiática. El autor de las Antigüedades agrega: «Se pretende que los monumentos de Mitla y sobre todo los del Palenque, son antediluvianos. Esta opinion se apoya en el testimonio de Humboldt quien establece que las montañas de América no son ménos antiguas que los Alpes y de otras partes de Europa. Ella se apoya igualmente en los escritos de Betancourt y Torquemada y otros autores que han sostenido que la América está poblada ántes del diluvio. Evidentemente no fueron los mejicanos, pues á la llegada de los españoles ignoraban completamente la existencia del Palenque. En cuanto á los tultecas, que por algunos años ocuparon las llanuras de Méjico, es tambien muy verosímil que ignoraran la existencia de los monumentos del Palenque. Se conjetura que los tultecas pudieron haber construido la gran pirámide de Cholula sobre el modelo de las pirámides de Teotihuacan, infinitamente más antiguas; pero aún sobre esto hay alguna duda, porque su famoso *libro divino* (el Teo-amoxtli) compuesto en el octavo siglo por el astrólogo Huematin y que contenia la historia de la mitología, el Calendario y las leyes de la nacion, no mencionan fundacion alguna monumental. Está averiguado, además, que los tultecas que habitaron el nordeste por un crecido número de siglos no dejaron allí traza alguna de monumentos.»

Entre las naciones que han precedido á los tultecas, comprendiéndose Votan, ninguno echó raices en Yucatan para fundar allí una ciudad en un radio de tres ó cuatro leguas de extension é ilustrada con porcion de monumentos que atestiguan un poder colosal y una civilizacion de las más adelantadas. Algunos solos monumentos secundarios esparcidos pueden atribuirse á Votan y á otros pueblos; mas cierto es que se llega á más de mil años ántes de Jesucristo, sin haber encontrado á una nacion que haya estado en situacion de poder construir una ciudad como el Pa-

lenque y que solo la casualidad hizo que la descubrieran los españoles al cabo de tres siglos que ocupaban á Méjico.....» «Parece, pues, evidente que los pueblos del Palenque han debido ser envueltos en gran desastre y en una catástrofe universal, como el diluvio, que haya destruido á la especie humana sin cambiar absolutamente la faz de la tierra.»

En comprobacion de ese pensamiento copia las siguientes palabras de Mr. Lenoir: «Yo no terminaré sin expresar el asombro y admiracion que deban causar los vestigios de una civilizacion tan magnífica en el centro de un hemisferio considerado por el espacio de tres siglos como apénas salido del estado salvaje. Una ciudad de ocho leguas de extension..... construida en un clima fértil y en una de las situaciones más favorables, adornada con edificios que conservan todavía además de su aspecto original un carácter muy notable de grandeza y de sencillez, una ciudad semejante olvidada, ignorada por muchos siglos, completando en la soledad una destruccion comenzada por una inmensa catástrofe cuya memoria se ha perdido, tiene derecho de excitar un grande interés, prueba elocuente, aunque muda para nosotros, de una civilizacion tan adelantada como la del Asia y del Egipto.»

El escritor concluye con algunas otras reflexiones de poca importancia, é indicando la conveniencia de que las naciones europeas envíen una comision científica que explore esas riquezas.

En el propio Museo (1) se impugnó la teoría de esa poblacion antediluviana, pretendiendo demostrar: 1º que no hay prueba de que haya habido semejante poblacion: 2º que las que hubo despues no eran de raza asiática; 3º que su extension ó disminucion fué por la erupcion volcánica en que todos convienen: 4º que la mesa central por lo ménos estuvo poblada por mucho tiempo hasta la llegada de los asiáticos.» Clavijero se ocupó de este asunto áun ántes, y de ello se tratará en el siguiente capítulo.

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

(1) Pág. 205.

HISTORIA NATURAL.

Correspondencia de Noda à Poey, sobre un pez ciego de la Isla de Cuba. Año de 1858. (1)

CARTA PRIMERA.

(*De Noda á Poey.*)

Mi apreciable amigo: Tengo á la vista su carta del dia de ayer y contesto.

Por el año de 1831 estaba yo en Güira de Melena. Supe que allí cerca, en las Cuevas de Cajío, habia unos peces sin ojos, y procuré verlos; pero no hallaba quien quisiera guiarme á reconocer una cosa inútil.

Me convidaron á un bautismo, á un *sitio* en el potrero de Torres, al Oriente del ingenio *La Morenita*, en el cual habia cuevas y peces de los dichos.

Aproveché la ocasion, y me incorporé á la comitiva. Difícil es, en tales casos, hacer algo fuera de la órden del dia. Salimos á media noche, en carretas, con guitarras y faroles: teníamos que ir cantando y riendo.

Apénas llegué y amaneció, exploré el sitio, echando la vista en derredor. Una tierra bermeja como sangre, cortada por cercas de piedra, desnuda de árboles, salvo algunos *matojos* aislados; mucha piedra rodada, y el suelo formado de una roca no bien cubierta de tierra pulverulenta: la

(1) Parte de esta correspondencia del sábio naturalista cubano, fué publicada hace algun tiempo, y reproducida con notables correcciones por *El Mercurio*.

Hoy su autor la publica de nuevo, completándola con la quinta y última carta, y una conclusion inédita. (N. DE LA R.)

roca, un enorme banco de petrificaciones marinas, bivalvos, univalvos y otros séres que no examiné, porque sólo pensaba en los peces sin ojos.

Supe que á trescientos metros de la casita en que estábamos, habia una de las cuevas en cuestion. Pero ¿quién me guiaba? ¿quién me ayudaba? Habia que penetrar en tinieblas y simas que ya me habian ponderado, y necesitaba luces artificiales. Logrélas al fin, dí á conocer mi pensamiento, traté del viaje, y se conspiró la concurrencia contra un proyecto tan inoportuno. Mas, una de las jovencitas gritó: «Yo voy á la cueva y tú nos llevas, que quiero tambien ver esos animales; pero es preciso ántes que bailemos.» Y todos gritaron: «Pues vamos! vamos!» y «bailemos, bailemos», y comenzó el baile en el patio y al sol. A este baile debe Vd. el poseer noticias y datos de los peces sin ojos.

Las jóvenes suspendieron al fin el baile; y el grito de *¡vamos!* fué la señal de la partida: corriendo y cantando, partimos al potrero. Saltamos una cerca y encontramos el suelo entapizado de *tocino*, bejuquillo de hojas palmeadas, ovaladas, de tallo como alambres, fino, durísimo, elástico á no romperse jamás; pero tan cuajado de espinas cortantes, que yo tenia que ir constantemente atendiendo á que mi compañera no se hiriese; mis medias se destrozaron y mis piés se cubrieron de rasguños dolorosos y punzantes. Así poco pude observar; y ántes de esperarlo me hallé á la puerta de una caverna.

Descendimos bien y sin molestia. Un gran salon con troneras por el techo, cinco metros más bajo que el nivel del suelo, hacía de vestíbulo á la caverna. Juanillo, *guajirito* muy oficioso, se me habia aficionado, y convirtiéndose en guía, dijo: «Por aquí», y se arrojó á una abertura tenebrosa que teníamos delante. Habia que tirarse con el vientre por el suelo, pues apenas tenia la entrada medio metro de altura. Las jóvenes se resistieron á seguirle, como era consiguiente, y ántes que se me opusiesen, me arrojé al suelo, me arrastré como un caiman y pasé al otro lado, en medio de los gritos que decian que no entrase. Juanillo y otros dos fueron los únicos que me acompañaron.

Ya dentro, escaseaba la luz. Encendimos velas de cera y adelantamos: pronto quedamos en tinieblas densísimas. Descendimos nuevamente por peñas húmedas y mohosas, sin precipicios. La caverna se ensancha, se abate, se subdivide: bóvedas negras como tinta nos cubrian. Ya es enorme la cueva, sobreviene el frio, el oxígeno escasea, la respiracion se oprime, comienza un sudor frio. Teníamos que ir juntos para no extraviarnos; porque las luces, además de haberse vuelto pequeñitas como avellanas, no alumbraban á un metro de distancia; y teníamos que defenderlas para que no las apagasen millares de murciélagos, que alborotados con nuestra invasion, revoloteaban y huian, soplándonos sin cesar en la cara con sus alas. Al fin Juanillo gritó: «¡El agua!»

Llegamos sudando pero con frio. Una enorme bóveda se aplastaba en

el fondo como una decoracion fantástica, hasta cerrar en el agua. Creo que estábamos 20 ó 30 metros bajo del suelo superior; pero no lo aseguro. ¿Cómo medirlo teniendo que luchar con voluntades agenas, sin instrumentos, sin tiempo que disponer? Además, mis pocos años, la timidez consiguiente, entre gentes extrañas, careciendo de una multitud de nociones que más adelante he adquirido..... Milagro que despues de veinte y siete años me acuerdo de tanto. ¿Sabe Vd. además lo que es observar en tinieblas, sacudido de los murciélagos, sobre un suelo resbaloso, y con un abismo á dos pasos de los piés?

Allí, á la débil luz de nuestras casi extinguidas velas, columbré varios peces blancos entre aquellas aguas frígidas y purísimas. Algunos bejucos acuáticos habia dentro. ¿No les hacia falta luz?

Apenas movimos el agua, huyeron los peces haciendo mil flexiones para evitar los bejucos y las peñas del fondo: Me burlé de la ceguera de los que tal nadaban sin tropezar y evitando los escollos. No es más veloz la sardina en sus movimientos y fugas.

Juanillo, picado, me dijo: «Te juro que ántes de una hora sabrás que digo la verdad. Rafael, trae una canasta y me cojes media docena de guavinas ciegas!»

Las compañeras nos gritaban ya, y enviaron un muchacho á buscarnos. Salimos empapados en un sudor frio, tiznados del musgo húmedo de las piedras, y enlodados de tierra colorada, por habernos arrastrado como lagartos en el boqueron que era al mismo tiempo un *bibijagüero*.

Volvimos á la casa, y el canto y el baile sucedieron, no sin alguna imprecacion contra el maldito paseo, el *tocino* y los murciélagos.

Poco ántes de media hora llegó Rafael con una gran *jícara* de agua, y Juanillo me dijo: «Ríete ahora». En efecto, en la *jícara* tenía un pez vivísimo, blanco, de un decímetro ó más de largo, y *sin ojos*. ¿Era ilusion?

Pero basta para hoy: en otra carta continuará su amigo

TRANQUILINO SANDALIO DE NODA.

CARTA SEGUNDA.

(*Noda á Poey.*)

Creo quedé, cuando me presentaron el pez ciego, viviente y nadante. Se revolvia con facilidad, pues la jícara era capaz. Me pareció que la aleta dorsal se extendia hasta la cola, uniéndose á la anal. El color general era blanco ligerísimamente sombreado de violado. Veíase muy marcada en el costado de la costura ó línea lateral de las escamas. Estas eran imperceptibles á la vista. La inquietud del individuo no me permitia examinar el punto de los ojos; y resolví esperar á que se acostumbrase á la nue-

va morada. Puse la jícara en un rincon y espere, bien que sin perderla de vista; pues no queria que se malograse.

Volví como á las dos horas. Pero ¡ay! el pez estaba moribundo. Parece que la luz lo habia matado. Alcé la jícara, la examiné, y no hallé el menor indicio á que atribuir su muerte. El agua clara y cristalina, tomada en la misma cueva donde fué pescado. Nadie le habia puesto la mano encima. No hallaba medios que tomar para reanimarlo; y pocos minutos despues flotó exánime de medio lado, con las señales inequívocas de la muerte.

¿Que hacer ahora? Pedir otro pez, fuera abusar; conservarle aquí no era fácil, áun despues de muerto. La putrefaccion iba á empezar, se perdia la forma y la gran cuestion, *la carencia de ojos*. Pensar en disecarlo era un sueño: ni lugar, ni auxilios, ni medios. Me propuse retratarlo con mi único instrumento, que era un lápiz: siempre he tenido uno en mi cartera, del número 3, Conté, Paris. Pedí un plato comun, lo puse boca abajo sobre la mesa, y puse encima el pez. Al arreglar su posicion, observé que las aletas ventrales eran como dos hilitos sueltos.

El cuerpo estaba cubierto de una capa de gelatina, como se nota en las anguilas. La cabeza ofrecia una piel granujosa: empecé á reconocerla con la punta de una aguja, buscando dónde pudiera tener los ojos. Yo no tenia microscopio, pero mi vista era buena: distinguia entonces sin lente los remaches de los eslabones de las cuerdas en los relojes. Puedo afirmar que no tenia ojos.

Comencé el dibujo. Para saber si es mio el que Vd. tiene en su poder, le diré que fué en medio pliego de papel español, doblado al través. En la página segunda de las cuatro que formó el pliego, puse el pez al centro, visto por el lomo, la cabeza hácia arriba; y en la página tercera, lo puse de costado.

Despues de situado el esbozo, me dediqué con preferencia al estudio de la cabeza para salvar cuanto antes la parte admirable y rara. Allí no habia quien me pudiera dar explicaciones científicas, y así no extrañará Vd. que me viera algo perplejo. Ha de saber Vd. que otras veces he estado una semana entera con el sextante y el horizonte artificial en la mano, sin poder tomar una altura. Esta ha sido mi vida entera: luchar contra todo lo que me rodea, para poder estudiar, áun para saber leer, cuanto más para observar.

A medio hacer el dibujo, me tocaron lijeramente en el hombro: era mi compañera de baile.—«¿Puedes oirme?—¿Qué quieres, Severita?—Un favor.—El que quieras: dí.—¿Te molestará?—No puedes molestarme.—Está la comida. El ama de la casa no tiene confianza contigo; y me ha mandado porque se necesita la mesa.» En efecto, no habia otra.

Tuve que suspender el dibujo. ¿Qué hacer? Se secará el pez, se alterará su forma..... Lo volví á la jícara de agua y flotaba. ¿Cómo seguiré el dibujo? Triste figura hacia yo con una jícara en la mano, entre tanta gen-

te que se arremolinaba acercándose á la mesa, con vivas y aclamaciones á los padrinos y al ahijado. Marché fuera de la salita y me senté sobre un banco, á la sombra, sin saber aún qué partido tomar.

De allí á poco se acercó el padrino. Era un anciano rústico pero de luces claras, y muy amigo de la instruccion.

«Vengo á ver al *Nocturno*, (así llamaba al pez).—Véalo Vd.; empezaba á bosquejarlo.—Sí, ya me lo dijo Severita, y por eso he venido: allá está ella y lo llama.—¿A mí?—A Vd. Allá está detrás de la casa. Vamos.»

Me levanté y volví la esquina. Encontré á Severita y á Juanillo, que habian puesto unas horquetas en el suelo, encima de las horquetas dos palos, y encima de los palos una batea de lavar volteada, con un taburete al canto. De esta manera me improvisaron una mesa para que pudiera proseguir el dibujo. Solo el que se ha hallado en tales pasos puede apreciar lo que valen estos favores. Así es que todavía mi corazon late de gratitud al recordarlos, y se parte de dolor cuando oye insultar á esas buenas gentes, por otras que están lejos de igualarlos en bondad desinteresada, y claman satisfechos: «Los guajiros todos son unos canallas: no hay uno bueno.»

En esta mesa pude terminar el dibujo empezado. Vinieron, apénas sentado, unos ocho ó diez á llevarme á comer. «Vamos, loco, gritaban; vamos á celebrar á los padrinos y á echarles vivas hasta que Dios se alegre.» Otros decian: «¡Fuera, fuera! hoy es dia de comer, beber y cantar, no de andar con esos bichos!» Y ya me creia perdido, cuando D. Cayetano (el padrino) salió á mi defensa; y con voz autorizada dijo: «Señores, á comer, y dejar á Sandalio quieto. Se necesita eso.» Con esto me permitieron concluir.

Apénas hube acabado, que me levanté; y por poco me cargan en vilo para ir á *la bola*. Ya habian comido, y estaban cantando y tocando. D. Cayetano me tomó y me hizo ir á comer, pues me habian guardado de todo con abundancia. Entretanto pensaba en el cadáver del Nocturno y llamé: «¿Juanillo?—¡Eh!—¿Me oyes?—¿Qué quieres?—¿Hay aguardiente? ¿hay alguna vasija donde quepa ese pescado ciego?—Espérate.... ¿sirve un pomo de aceitunas?—Excelente.» Y partió como una saeta. De allí á dos minutos volvió con el pomo. Depositamos el pez en él, y lo llenamos de aguardiente. Allí cesó mi ansiedad. A la noche estaba yo en el ingenio de *La Concepcion* de D. José María Peñalver.

¡Dos meses de lucha para ver los peces sin ojos! Los he visto pocos minutos para no verlos más..... Y gracias á Severita, gracias otra vez á la misma: que si no es por ella, ni los veo, ni los dibujo, ni conservo este último vestigio que ha quedado para la ciencia. A la bondad de una guajirita debe Vd. su posesion y esta pobre noticia!

Pero el papel se acaba. Adios, amigo mio, hasta otro dia.

TRANQUILINO SANDALIO DE NODA.

CARTA TERCERA.

(*Poey á Noda.*)

Mi apreciable amigo: he recibido sus dos cartas instructivas y pintorescas (1) sobre el Pez ciego de las Cuevas de Cajío. Su lectura me ha gustado mucho: No he leido con más interés *Los Misterios de Paris.* Por ellas veo que cuando un hombre nace con cierto signo, ha de vivir bajo su influencia. ¿Por qué entre tantos que se hallaban en el ingenio de *La Morenita*, solo uno tomó con entusiasmo una idea indiferente, tal vez despreciable para otro? ¿Y por qué cuando yo andaba á gatas, me quedaba una hora entera (cuenta mi madre) boca abajo contemplando las hormigas? ¿Quién dió educacion al hombre de las Cañas? ¿No fué Vd. mismo el que se mandó á la escuela? ¿ó abrió Vd. una escuela para sí mismo? Esas son las mejores escuelas.

Tambien aprendió Vd. á dibujar: es cosa muy importante en la vida. Todos los años, cuando empiezo mi curso en la Universidad, encargo á los alumnos que aprendan el dibujo y el francés: tambien les recomiendo la lengua latina, harto abandonada de treinta años á esta parte. No hay duda, por las señas, que el dibujo del Pez ciego que tengo á la vista sea de Vd. Está bien hecho, con minuciosa exactitud, con las rugosidades de la piel en la cabeza, y los dos hilitos casi imperceptibles que forman las dos aletas abdominales: conozco el lápiz de Conté, Paris, número 3. En nada miente la descripcion que Vd. hace: es mi pez, próximo á la Brótula de nuestros mares, genero nuevo que llamo *Lucifuga*, sustantivo masculino en latin, la especie es *Lucifuga subterraneus*, así nombrada por mí. Alabo su memoria.

Que el pez es ciego no hay duda: la observacion externa confirmada con la interna lo demuestra; á lo ménos, si no es ciego, no vé por medio de ojos. Falta examinar el encéfalo, y ver si existen los lóbulos y nervios ópticos.

Lo acompaño en aquel sentimiento que tuvo cuando vió el pez exánime en la jícara, flotando de medio lado. Yo tambien me he visto en casos tristes, privado de los consuelos de un amigo; y es cuando las hormigas me devoraron en una noche la oruga de una mariposa desconocida. Estas son nuestras desgracias! Las picadas de los mosquitos y de los jejenes cuando vamos en busca de insectos ó de caracoles, las espinas do las tunas, que perforan el zapato y se clavan en el pié, los vestidos rasgados y las carnes laceradas por aquel maldito *tocino* de que Vd. habla y por las *uñas de gato*, todo esto es nada en comparacion de una oruga perdida. En el pri-

(1) El Sr. Noda se divirtió en intercalar en su carta, varios dibujos; entre ellos la cueva y batea volteada que le sirvió de mesa.

mer caso, exclama mi amigo D. Juan Gundlach: «Los dolores se van; los insectos y los caracoles quedan.»

El pez que Vd. tuvo en la jícara murió pronto á la claridad del dia. ¿Lo mató la luz? Esto se hubiera sabido pescando dos, poniendo uno en la oscuridad y otro á la claridad. Tal vez absorvió el agua mayor suma de oxígeno, y aumentó la cantidad de respiracion; y ésto sería lo que matara al pez. Hubiera sido bueno analizar el aire contenido en la cueva, y medir la cantidad disuelta en el agua.

No extraño que aquella gente le dijera: «Vamos, loco, á comer; fuera esos bichos, etc.» Mil veces me han dicho lo mismo. Muchos de los que van á ver mi coleccion de insectos, me preguntan ¿para qué sirve eso? Respondo que es para el estudio; y me vuelven á preguntar, ¿para qué sirve ese estudio? En mi cara me dicen: «¡Qué paciencia! ¡qué curiosidad!» Y al salir exclaman: «Cada loco con su tema».

He pensado siempre como Vd. con respecto á la gente de campo, llámense guajiros ó como quiera. Como viven retirados del bullicio, se inclinan á la hospitalidad y son muy serviciales. Esto pude comprobarlo el año pasado cuando fuí á Guane con el Sr. Obispo protestante Elliott provisto de las cartas de recomendacion que Vd. nos dió. D. Manuel García nos prestó generosamente su carruaje para trasladarnos de Garay á Guane, por un camino largo y dificultoso, que solo un calesero tan hábil como el suyo pudo haber salvado; D. Andrés Rivera ofreció acompañarnos con su machete en la cintura, y es tal su denuedo y gallardía, que con su presencia, si hubiéramos aceptado, no hubiéramos temido el asalto de seis enemigos. D. Gregorio Diaz nos dió en su casa un almuerzo espléndido y nos acompañó en algunas excursiones en busca de caracoles terrestres; su hermano D. Manuel Diaz nos encontró un dia en el camino, se apeó del caballo y lo ofreció al Sr Obispo; y como éste no quisiese aceptar, siguió á pié á su lado, guiándolo en esas soledades y llevando el caballo de diestra. Así es que el obispo al ver esta hidalguía no pudo ménos de exclamar: «He encontrado en esta gente de campo verdaderos *gentlemen* españoles».

Ya que veo que debo á Vd. la primer noticia del Pez ciego; debo tambien algun agradecimiento á D. Cayetano, cuya presencia y voz autorizada me recuerda al Sr. Garriga. ¿Y Severita? ¡Bendita sea ella, que tomó por la ciencia, en la persona de su compañero de viaje, un interés tan delicado! Bendita otra vez la amable guajirita y sus felices inspiraciones! ¿Qué es de ella? No tema Vd. revolver las hojas de su memoria: á nuestra edad vivimos de lo pasado; más vale verter dulces lágrimas sobre las dichas que fueron, que perdernos en vanas esperanzas en pos de dichas futuras. ¿Si será hija suya la que ví el año pasado á bordo del vapor en Punta de Cartas? Vaya de historia.

Eran las nueve de la noche, yo estaba acostado cuando llegó el vapor,

y se llenó de mozos alegres y de muchachas de mérito, dispuestos todos á bailar, pues traian música. Sin embargo, no hubo baile, porque sobrevino un accidente á una de ellas. Entretanto pasó lo siguiente.

Una *formosa puella* se sentó delante de mi camarote: yo la veia por las persianas inclinadas, y ella no me podia ver porque el camarote estaba á oscuras. Tuve intencion de hablarle del cometa y del Juicio Final; pero me parecieron mejor unos versos de Gracian, y empecé á decirle en su mismo oido:

Volved, señora, los ojos,
Que en el mundo no hay su par.

Ella volvió los ojos, y yo seguí con voz suave, para que me creyese un jóven galan:

Mas no los volvais airados,
Si no me quereis matar.

Entonces la doncella llama á su compañero; y ántes que se vaya, echo el resto:

Aunque de una y otra suerte
Matais con solo mirar.

Fugit, interea, fugit, la fugitiva doncella.

¿En qué quedamos del Pez ciego?

Digo que fué arrojo en Vd. entrar en los últimos *penetrabilia* de esa cueva; entrar á gatas, sin saber si del otro lado le esperaba la boca de algun torpe cocodrilo, ó de un enroscado majá de cinco varas. El sudor frio, la luz escasa, son antecedentes muy alarmantes precursores del ácido carbónico. Los murciélagos no me espantan. ¡Murcielaguiños á mí! Haré encurtidos con ellos. Decididamente es menester que yo vea una de esas cuevas, y espero de Vd. el itinerario. Si hay bejucos vivos, es menester reconocerlos. ¿Hay camarones ciegos? ¿Sabe Vd. si el agua es salobre? ¿Por dónde entraron los murciélagos?

Remito en un pomito otro pez de la misma especie y el dibujo que Vd. me dió, para que lo vea y reconozca todo y me lo devuelva. Nunca diga Vd. «No volveré á ver eso.» ¿Quién sabe lo que el porvenir nos aguarda? Yo decia en Paris el año de 1830. «Nunca volveré á ver el camino del Embarcadero (de Banes).» El año 33 andaba por él, con un saco en la mano para cojer mariposas, como antaño: conocí á mis antiguos amigos, los bejucos y matojos de la vereda acostumbrada acordándome de este verso de Lamartine:

L'homme par ce chemin ne repasse jamais,

Exclamé con fervor: «Miente Lamartine, yo he vuelto al orígen de mis dias.»

Aun conservo esa ilusion, cuando la de amores se ha perdido; pero digo con el mismo poeta: «La naturaleza es la misma, y el mismo sol me alumbra.»

Quand tout change pour toi, la nature est la même
Et le même soleil se lève sur tes jours.

FELIPE POEY.

CARTA CUARTA.

(*Noda á Poey.*)

Amigo mio: Acabo de recibir su carta del 26, que contestaré á su tiempo.—Continúo.

El pez en cuestion lo tomé en *Cajío* en una cueva del potrero de *Torres*, dos leguas al Sur de la *Güira de Melena*, cerca del ingenio la *Morenita*. Dubrocá á quien he visto hace poco tiempo, me acaba de decir que sacó otros, cinco leguas al Oeste, de una cueva de la *Industria*, entre la *Economía* y la *Paz*, entrando por esta última finca. Este punto está á dos leguas al Sur de *Alquizar* en direccion á los baños de *Guanímar*, y viene á quedar dos leguas distantes del mar. Puede irse en carruaje hasta cien metros de la cueva, y debe llevarse un farolito, porque los murciélagos apagan las velas; y un cordel de 200 metros, para encontrar la salida, pues la caverna es inmensa y tortuosa. La entrada es un agujero y se baja á plomo por un palo de cuatro metros de largo. Adentro hay una grandísima laguna cubierta de una materia que Dubrocá no ha reconocido, por lo que no sabe si es yerba. Se aparta esa materia con un palo, y se ven los peces y tambien cangrejos ó camarones. Si se agita mucho el agua desaparecen los peces. Hay otras cuevas en las cercanías: en todas hay peces ciegos y el agua es dulce y cristalina.

Acuérdome que Juanillo me decia que en el potrero de *Torres* iban los negros los domingos á pescar *guavinas ciegas* (así las llamaban) para comerlas. Metian canastas dentro del agua, colgadas de un palo; y al otro dia, ó á algunas horas iban y las suspendian de improviso. El agua se iba por las cañas, y los peces quedaban dentro.

Me pregunta Vd. por donde entraban los murciélagos. ¿Conque entraban hombres, y no entrarian esos malditos, para los cuales no se necesita luz, ni oxígeno, pues á veces los he visto salir de mofetas amoniacadas donde nadie podia penetrar sin asfixiarse?

¿Qué es de Severita? me pregunta Vd. No la he vuelto á ver. Supe se había casado y tambien Juanillo, y que éste vivía por Jiquiabo, entre

Guanabacoa y Jaruco. Pocas noticias sin duda, pero satisfactorias porque sé que no han desmentido los buenos principios de sus primeros años. El honrado D. Cayetano, ha pagado el tributo de todos los mortales. Lo he sentido mucho porque, aunque nuestro trato fué poco, era hombre amantísimo del buen órden y de costumbres muy arregladas. Cuento á Vd. esta historia de tiempos pasados. *A tale of the times of old*, como dice Ossian al terminar sus cantos.

Ordene Vd. á su amigo Q. B. S. M.

TRANQUILINO SANDALIO DE NODA.

CARTA QUINTA.

(*Poey á Noda.*)

Muy señor mio y amigo: continúo mi carta del 26 y contesto á la suya del 27.

Dos son las especies del género *Lucifugo* que he recibido de las cuevas mencionadas. La primera tiene la region occipital poco elevada y provista de escamas; carece de dientes palatinos: es la que he llamado *Lucifugo subterráneo*. La otra, algo más crecida, aunque no pasa de cuatro pulgadas de longitud, es más elevada anteriormente, tiene dientes palatinos y carece de escamas en la region occipital: la llamo *Lucifugo dentado*.

Estos no son los únicos ejemplos de peces ciegos que presenta la ictiología: se halla otro en los Estados-Unidos, en las cuevas de Kentucky, y viene á ser un pez igualmente ciego, casi del mismo tamaño, perteneciente á la familia de los Cyprinodontes, á la cual pertenecen tambien los Guajacones de la Isla de Cuba. La piel que cubre la cabeza de esta especie tiene la mayor semejanza con la de nuestros *lucifugos;* pero la familia es distinta, como lo son tambien las aletas verticales llamadas dorsal y anal. Una particularidad notable del pez de Kentucky, es el tener el ano situado en la region yugular. Dicho pez ha recibido el nombre científico de *Amblyopsis spelæus*.

El pez más próximo al Lucífugo no se encuentra en agua dulce, sino en las costas setentrionales de la Isla de Cuba, donde es muy raro; por lo que pocos pescadores saben su nombre vulgar, que sería el de *Brótula*, si damos fé á la obra de D. Antonio Parra. Cuvier ha llamado este pez marino, única especie de su género, *Brótula barbuda* (*Brotula barbata*). La forma es la misma y tambien la disposicion de las aletas, y las ventrales filiformes; pero crece hasta media vara, los ojos son del tamaño ordinario, la cabeza toda cubierta de escamas, los cirros labiales largos; y difiere por otras muchas particularidades externas é internas.

Su muy afecto

FELIPE POEY.

CONCLUSION.

Despues que el Sr. Noda hubo satisfecho sus ojos y su memoria con la comunicacion del dibujo que hizo del Pez en 1831, me lo devolvió con estos renglones: «Este pez no lo hubiera logrado ver Noda, ni sacar su dibujo é historia, á no ser por haberle relevado las dificultades y estorbos la jóven Dª Severa Perdomo y Cárdenas, natural de Guanabacoa.»

Y yo, sin haber tenido la dicha de ver á esta hija de Cuba ni soltera ni casada, ignorando si vive ó si ha pagado su tributo á la tierra, me complazco en cerrar esta correspondencia con su nombre, presentado sin aparato por el Sr. Noda; pero realzado por la ingénua bondad de sus hechos, y puesto por la imaginacion de los lectores al nivel del génio á quien ha favorecido.

FELIPE POEY.

BREVE EXPOSICION DE LA ENEIDA.

ESCRITA PARA LA SEÑORITA MARIA N. EN EL INVIERNO DE 1875 Á 1876.

LIBRO X.

El libro x comienza por la relacion de lo que pasa en un consejo de los Dioses, convocados por Júpiter, para ver si se ponen de acuerdo, y se lleva á feliz terminacion aquella guerra, entre ausonios y troyanos.

Júpiter increpa á los inmortales por alimentar tanta discordia, y por su empeño en apresurar las cosas: «los tiempos que están marcados llegarán, les dice, no os propongais adelantarlos.»

Adveniet justum pugnæ, ne arcessite, tempus.

Vénus es la primera que habla y aunque defiende la causa de Eneas y los troyanos, añade sin embargo que se somete á la voluntad de su Padre, y exclama humildemente:

Vincant quos vincere mavis.

Ella no estorbará de modo alguno, que Eneas siga paso á paso el camino, cualquiera que sea, que le está trazado por la Fortuna,

Quamcumque viam dederit Fortuna, sequatur.

Juno toma á su turno la palabra, y se explica con su pasion y furia acostumbradas. Los otros Dioses siguen; y todos se dividen manifestando

opuestos pareceres. Júpiter los escucha, y cuando se prepara para hablar, el silencio más profundo se establece por donde quiera en el empíreo,

Eo dicente, deûm domus alta silescit.

Su sentencia es que cada uno de los dos beligerantes prosiga sus destinos.

sua cuique exorsa laborem
Fortunamque ferent.

Los hados sabrán hallarse su camino:

Fata viam invenient

Mientras que Turno y los suyos continuan el ataque del campo troyano, Eneas con sus aliados se van aproximando, sin saber nada de lo ocurrido. No solo habia obtenido la amistad de Evandro, y sus auxilios, sino que tambien se habia asegurado el favor del Rey de Mezencio, que le suministra un gran número de soldados. El poeta los pinta á todos navegando hácia el lugar en que se encuentran los troyanos. La nave en que va Eneas es la que marcha á la cabeza de las demás. Eneas está sentado en la popa, y medita profundamente sobre los acontecimientos diversos de aquella guerra memorable.

En esto, interrumpiéndose el poeta, invoca el auxilio de las Musas, para que le sea posible referir los nombres, cualidades y armamentos de los diversos auxiliares que vienen embarcados en aquella flota; y desempeña esta tarea, á la manera que se nota en la Iliada, en ocasiones semejantes, con grande felicidad y maestría.

Las galeras que por mandato de los Dioses quedaron encantadas, para salvarse del incendio, y se convirtieron, como se vió á su tiempo, en ninfas nadadoras, vienen al encuentro de la escuadra, y relatan cuanto ha pasado en el campamento. Cymodocea, la más elocuente de todas ellas, es la que lleva la palabra, y Eneas, y sus amigos escuchan lo que dice con tanto asombro, como agradecimiento é interés. Las noticias que reciben, por su conducto, reduplican sus esfuerzos para llegar al campamento. Cuando tocan á la playa, y son reconocidos por los troyanos, el sentimiento de alegría es inmenso por ámbas partes, y se reanima considerablemente el valor de los sitiados.

Turno que se apercibe de la llegada de Eneas y los refuerzos no desmaya, sin embargo, un solo instante. Por el contrario, se precipita al combate y realiza hazañas inauditas. Estas y las de Pallas, y otros héroes, se refieren con entusiasmo. Cuando Turno mata á Pallas, que es para Eneas,

en cierto modo, lo que Patrocles era para Aquiles, en la Iliada, se aplaude de haberlo hecho, vanagloriándose de su valor y de su fuerza. «Funesta ceguedad del hombre, dice el poeta, que no conoce sus destinos, ni lo que le tiene reservado el porvenir! Cuando la felicidad lo visita, no sabe detenerse en los justos límites!»

Nescia mens hominum fati, sortisque futuræ,
Et servare modum, rebus sublata secundis!»

Eneas que se entera de la desgracia de su jóven amigo, se transporta de indignacion, y esparce en torno suyo el terror y la desolacion. Cuando los caballos de Niceo lo ven venir precipitado hácia el encuentro de su dueño, se sienten dominados por un espanto invencible, y retroceden apresuradamente, derribando por el suelo al que los guia, y huyendo con el carro hasta el borde mismo de la ribera.

Pero Juno que desde el cielo está mirando estos combates, se llena de zozobra por la suerte que se prepara para Turno. Si el Padre de los Dioses no lo impide, el héroe troyano va á inmolar al jefe de los Rútulos. Juno, pues, se presenta ante su esposo, y le suplica que á lo ménos retarde en algun tanto la muerte de su protegido. El Padre de los Dioses no consiente en alterar los decretos de los destinos; pero permite, sin embargo, en obsequio á las súplicas de su esposa, que ésta proteja la fuga de Turno, y lo salve así por el momento.

La Diosa, aprovechando presurosa el permiso que se le concede, envuelve al jefe Rútulo con nube sutilísima que lo sustrae de las miradas de Eneas: y suscitando al mismo tiempo un fantasma, de todo punto semejante al héroe troyano, hace que Turno se precipite en persecucion suya, ardiendo en el deseo de medir sus armas con las suyas. La sombra fugitiva se lanza en una nave que se encuentra amarrada en aquella orilla; pero Turno no consiente en concederle aquel medio de salvacion El tambien se precipita dentro del buque, deseoso de hallar en él á su adversario. Pero apénas se ha sentido en la nave el peso de su cuerpo, cuando la misma Diosa corta el cable que lo sujetaba, y desvanece la sombra fugitiva. Las aguas y los vientos arrastran la embarcacion con rapidez: y Turno, desesperado, invoca el auxilio de los Dioses, y lamenta la fatalidad de su destino. Este viaje inesperado no concluye, sino cuando el buque se detiene en el parage de la costa, donde se levanta magestuosa la ciudad antigua en que gobierna Dauno, el padre de este héroe.

La ausencia de Turno no ha interrumpido los combates. Marte ha distribuido con igualdad para los dos ejércitos la porcion de duelo y funerales que á cada uno debia corresponder; pero Eneas, terrible y formidable, derriba cuanto alcanza, y está á punto, casi él solo, de decidir la suerte de la batalla. Al darle muerte á Lauso, jóven lleno de belleza y de porvenir,

le dice que debe consolarse, porque ha caido bajo el brazo del grande Eneas,

Æneæ magni dextrâ cadisti.

El padre de este jóven, uno de los Reyes del Lacio, que habia tomado el mando del ejército en la ausencia de Turno, y lo reemplazaba dignamente por el valor y por la audacia, va tambien á reunirse con su hijo, sacrificado como él ante la furia del troyano.

LIBRO XI.

En medio de las terribles exigencias de la guerra, Eneas, virtuoso, no olvida los deberes que le imponen la gratitud y la amistad. Despues de haber hecho que se erigiese un elevado monumento, ó trofeo, en honor de Marte, con los despojos del Rey vencido, dispone que con grande aparato se lleve á la ciudad de Evandro el cadáver de Palas, su hijo, á fin de que se celebren allí los funerales de este Príncipe con la mayor solemnidad posible. Entretanto una embajada de los Latinos que se presenta en el campamento, y es recibida benigna y cortésmente, obtiene que se concluya una tregua de doce dias, para recoger los muertos, y tributarles los últimos honores.

Las inquietudes que reinan en el palacio del Rey latino, que cada vez está más persuadido de que Eneas es el yerno que los Dioses le tienen destinado, y el que debe dominar la Italia, se aumentan más aún con las noticias que han traido los embajadores, y con la respuesta que contemporáneamente se recibe del Rey Diomedes, á quien se habia acudido por socorro, y que se niega á prestar auxilio. El Rey Latinus ha hecho que los embajadores enviados á Diomedes den cuenta de su mision, en una asamblea general de los grandes de su reino, que deliberan en seguida sobre lo que debe hacerse. El Rey mismo les propone el asunto que allí debe discutirse, aunque empieza por confesar que no es aquel momento cuando los enemigos están delante de los muros, el que sea más á propósito para deliberar.

non tempore tali,
Cogere concilium, quum muros adsidet hostis.

Les explica que no hay esperanza de obtener socorros de los Etolios,

Spem si quam adscitis Ætolûm habuistis in armis,
Ponite.

Cada uno debe confiar en sí mismo,

spes sibi quisque;

y todos han hecho cuanto ha podido el valor más preclaro,

potuit quæ plurima virtus
Esse, fuit.

Drances, movido por ira y envidia contra Turno, y generoso y elocuente,

Drances idem infensus, quem gloria Turni
Obliquâ invidiâ atimulisque agitabat amaris,
Largus opum, et linguâ melior,

prorrumpe en acusaciones contra el Príncipe Rútulo, á quien supone causante de todos los males que afligen la Italia.

Turno está presente en el consejo, y lleno de ira increpa á su acusador, empezando por decirle que no tiene más que lengua dispuesta siempre á dar palabras, cuando la guerra está pidiendo brazos; pero que ahora no se trata de pronunciar discursos,

non replenda est curia verbis.

Sostiene que los latinos no deben desanimarse por las pérdidas sufridas,

cur indecores in limine primo
Deficimus?

y que debe esperarse en el tiempo, que ha reparado muchos descalabros,

Multa dies, variique labor mutabilis ævi
Rettulit in melius.

Sin embargo, como Eneas dice que es con él solo, con quien desea batirse, él por su parte está dispuesto á aceptar el combate: nada le será tan grato.

En medio de estos debates acalorados, llega la noticia á la asamblea de que Eneas se acerca con su ejército. El partido de la guerra domina entónces el consejo, y nadie piensa sino en armarse, y prepararse para el combate.

La amazona Camila, Reina de los Volscos, á la cabeza de sus guerre-

ros, se une á Turno, y le suplica marchar la primera al encuentro de Eneas; y Diana, que la ve desde el Empireo, y conoce que su muerte está cerca, prepara de ante mano el medio de vengarla. Sigue luego la descripcion de la batalla que tiene lugar frente á los muros de Laurencia, con sus diversas peripecias, entre las cuales son notables las hazañas y la muerte de la amazona; y concluye el libro con la derrota de los Volscos, y la aproximacion de los troyanos y los Rútulos, que van definitivamente á medir sus fuerzas.

LIBRO XII.

Al enterarse Turno de los reveses que ha sufrido su ejército, y qne todos los ojos están fijos en su persona,

se signari oculis,

se enardece más aún en su furor contra Eneas, y dirigiéndose al Rey le propone que concierte con el jefe enemigo un combate singular, en que la guerra se decida con la muerte de alguno de los dos. Despues de alguna resistencia de parte de la familia de Latino, especialmente de la Reina, se acepta el pensamiento, y se estipulan con Eneas las condiciones de aquel duelo, que debia tener lugar en la presencia de ámbos pueblos.

Apénas habian apuntado en el Oriente los primeros rayos del Sol, al dia siguiente, cuando uno y otro ejército, tomando posicion en la vasta llanura que se extiende delante de Laurentia, se preparan para presenciar aquella lucha. Los altares que se han levantado en determinados puntos humean con el fuego de los sacrificios; y cuando el momento de principiar está cercano, las murallas, y las torres, y hasta los techos de las casas aparecen coronadas de una multitud curiosa, que se compone de mujeres, de niños, y de ancianos, y todos aquellos que por algun motivo no forman parte del ejército.

El pensamiento de este gigantesco duelo, cuyo éxito desfavorable para Turno, preocupa sobre manera á Juno, y la induce á buscar modo de que se rompa el tratado, y continue la lucha entre los ejércitos. Para ello llama á la ninfa Juturna, hermana del Príncipe Rútulo, y enterándola de la situacion, la aconseja que tiente recurso para salvar la vida de su hermano. Si el duelo se efectúa, Turno perecerá. Si por el contrario no tiene efecto, y son los dos ejércitos los que vienen á las manos, puede ser que entónces haya algunas esperanzas para los latinos:

forsan miseros meliora sequentur.

Y como la ninfa prorrumpe en llanto, Juno le dice que no es tiempo de llorar, sino de obrar

non lacrymis hoc tempus,

y la deja entregada á mil dudas y angustias desgarradoras.

Ya de un lado han salido, y colocándose en sus puestos, el Rey Latino y su familia; y del otro, se adelanta Eneas, el padre de los Romanos, llevando á su lado á Ascanio, otra esperanza de la grande Roma

magnæ spes altera Romæ.

Ya se ha hecho el último y más solemne sacrificio, se han ofrecido las preces, se han pronunciado los juramentos definitivos. Turno mismo, se adelanta silencioso, para encontrar á su adversario; pero su hermana, que ha tomado la figura de Camerto, guerrero afamado, ha conseguido encender en los soldados, entre cuyas filas ha andado mezclado, un sentimiento vivo de oposicion á aquel combate. El augur Tolumnio, que la ayuda en esta empresa, les aconseja vivamente que no se dejen arrebatar su jefe; y uniendo la accion á las palabras, lanza él mismo, contra las filas de los troyanos, el dardo que tiene en sus manos, y que cayendo en un grupo de nueve hermanos, naturales de la Arcadia, causa la muerte de uno de ellos. De aquí se sigue un grito inmenso de indignacion, acompañado por un ataque de los hermanos de la víctima contra los violadores del compromiso. Los rútulos resisten; y en pocos momentos el combate se vuelve general. Los altares hace un momento levantados, se derriban por la furia de los soldados, y apenas queda tiempo, para poner en salvamento las imágenes de sus Dioses.

La autoridad de Eneas no es suficiente para impedir que los troyanos, indignados como estaban por el quebrantamiento por parte de los Rútulos de la fé pactada, desistan de la lucha y se apacigüen, para poder llevar á efecto su encuentro personal con Turno. Mientras estaba arengándolos, una flecha lanzada por mano desconocida, vino á clavársele en el cuerpo, obligándolo á retirarse. El honor de este gran golpe, dice Virgilio, se ha extinguido en el olvido. Nadie se ha jactado nunca de haber herido á Eneas:

præssa est insignis gloria facti,
nec sese Æneæ jactavit volnere quisquam

Tuno viendo que su enemigo se retira, se inflama con nuevo ardor. De pié sobre su carro, que lo lleva volando á todas partes, derriba cuanto encuentra, y siembra donde quiera el espanto y la desolacion. Quiere encontrar á Eneas, á quien llama á grandes voces; y Eneas, que tambien arde en el deseo de salir á su encuentro, se consume de impacienciencia miéntras le curan su herida, en la que Venus misma derrama un bálsamo

consolador. La cura es tan dificil que el sacerdote mismo que le asiste y le está prestando los auxilios de su ciencia divina, reconoce que no es su pericia, sino una mano superior, la que le ha traido aquel alivio:

Major agit Deus, atque opera ad majora remittit,

Revestido de nuevo de sus armas el héroe troyano, estrecha entre sus brazos á su hijo Ascanio, y besándolo tiernamente, le dice: «Aprende con mi ejemplo, hijo mio, lo que son el valor y la verdadera paciencia; otros te enseñarán la felicidad. A tí es á quien mi brazo va á defender hoy: es por mí que tú vas á recoger el fruto magnífico de estos trabajos. Trata, hijo mio, cuando la edad te haya madurado, de acordarte de mis lecciones: y que cuando los ejemplos de tu raza te vengan á la memoria, el de tu padre Eneas, y el de tu tio Hector, te inciten y estimulen á hacer el bien»:

Disce, puer, virtutem ex me, verumque laborem;
Fortunam ex aliis. Nunc te mea dextera bello
Defensum dabit, et magna inter præmia ducet.
Tu facito, mox quum matura adoleverit ætas
Sis memor, et te animo repetentem exempla tuorum,
Et pater Æneas, et avunculus excitet Hector.

Dice y se lanza al campo. Nada hay que le resista; pero á la vez que atraviesa los batallones enemigos, como un rayo exterminador, es á Turno á quien busca y contra quien principalmente se dirige. Lo llama á grandes gritos, y lo persigue tan cerca, que Juturna no encuentra mas camino para salvarlo, que derribar al conductor del carro de su hermano, y ponerse ella misma á guiar los caballos.

Pero Vénus, inspirando á su hijo, le alumbra el pensamiento de suspender la persecucion de su enemigo, y de dirigir sus fuerzas contra Laurentia. Combina en su cabeza en un momento el plan de ataque, y se lanza con sus batallones contra los muros de la ciudad. Un grande espanto se apodera de los habitantes de ésta; y la reina, culpándose á sí misma, de ser la causa de los desastres que se esperan y de los que ya se han experimentado, se dá la muerte á sí misma, suspendiéndose por el cuello, en el techo de una de las habitaciones, con una tira arrancada de sus vestidos.

Los clamores que se levantan de la ciudad son tan grandes, que Turno los escucha desde la extremidad del campo en que se hallaba combatiendo. Detiene sus caballos para escuchar mejor aquellos gritos y comprender lo que significan. Y cuando sospechando lo que sucede se determina á volver riendas, lo hace contra la oposicion de su hermana, que está, como se ha visto, transfigurada en servidor suyo, y que trata de persuadirlo á que continúe por donde andaban, evitando de ese modo el encuentro de

Eneas. Turno le pregunta, en su respuesta, si el morir es un mal tan grande.

Usque adeòne mori miserum est?

y si no es deber suyo que su alma descienda al imperio de los manes, sin mancha ni baldon de ninguna especie?

Un enviado que llega en este instante de la ciudad, le informa lo que pasa, y lo deja en lucha con mil diversos sentimientos. La relacion que escucha de tantos desastres, despierta en su pecho sentimientos encontrados de indignacion, de vergüenza, de dolor y de celos; pero todos contribuyen á que se exalte su valor más allá de los límites concebibles. Su resolucion se toma pronto. De un salto vigoroso se lanza fuera de su carro, y echa á correr por la llanura, en direccion del campo enemigo. Pero no es á los soldados troyanos á quienes trata de encontrar. Es á Eneas á quien busca, y contra quien se dirigen todos sus esfuerzos. «Deteneos Rútulos, les grita á sus soldados: cualquiera que sea la suerte de esta guera, soy yo solo á quien le toca experimentarla. Es justo que yo solo sea el que sufra por haber quebrantado lo tratados, y que sea yo solo el que combata.»

Eneas, por su parte, apenas ha escuchado el nombre de Turno, y percibido sus clamores, abandona los muros de Laurencia y los trabajos del sitio, y se encamina con prisa á encontrar á su adversario. Los ejércitos se detienen suspensos para contemplar aquel encuentro formidable; y la descripcion de este que comienza desde el verso 696 de este canto, es uno de los trozos más notables por la grandiosidad del estilo, y la magnificencia de la idea, que pueden nunca encontrarse en los escritos de los hombres.

Júpiter presencia el combate, y deja obrar á los destinos. La espada de Turno se rompe en uno de los golpes, y la javalina de Eneas se ha quedado clavada en el tronco de un olivo, consagrado al dios Fauno, en que acostumbran suspenderse las ofrendas de los navegantes. Turno le ruega al dios, y tambien á la tierra bienhechora, que retenga el hierro en aquel tronco y no permita que lo arranque su formidable adversario; y mientras que éste, empleando todas sus fuerzas, pugna por recuperar su arma temible, la ninfa Juturna, resvistiéndose otra vez de formas humanas, se precipita en auxilio de su hermano, y le presenta una nueva espada. Entonces Venus indignada de la audacia de Fortuna, arranca ella misma la javalina adherida al olivo, y la pone en manos de su hijo.

Durante el curso del combate, el Padre de los dioses se dirige á su esposa, que contempla desde la nube de oro en que está sentada, los movimientos de los dos héroes. «Cesad de agitaros, le dice, y dejaos mover por mis ruegos. No entregueis vuestra alma á esa secreta amargura que la está corroyendo,»

Nec te tantus edit tacitam dolor;

«que vuestra amable boca se acostumbre más bien á referirme las penas de vuestro corazon. El momento supremo se está acercando. Habeis podido perseguir á los troyanos por mar y por tierra, encender una guerra detestable, desolar la casa de un rey, y cubrir de luto un himeneo. Y os prohibo que lleveis más adelante vuestros furores,

Ulterius tentare veto.

Juno, en la necesidad de resignarse á los mandatos del supremo regulador del mundo, le responde con aire sumiso, que está conforme con su voluntad omnipotente. Sin embargo, le suplica, para la gloria de Lacio, y para la magestad de sus Reyes, que son de orígen divino, que cuando se haya celebrado la paz, verificado el himeneo y reunídose bajo unas mismas leyes los troyanos y los latinos, sea el nombre de estos el que se conserve para designar al pueblo nuevo que de su union debe formarse, y sean su lengua y sus costumbres las que prevalezcan en el pais. «Que el Lacio y los reyes albanos se conserven para siempre»

Sit Latium, sint Albani per sæcula reges:

«que la raza de los romanos no llegue á ser tan poderosa, como habrá de serlo un dia, sino merced al valor italiano:»

Sit Romana potens Italiâ virtute propago.

Jupiter, sonriendo á esta demanda, la concede graciosamente: los pueblos de la Ausonia conservarán la lengua y las costumbres de sus padres, como tambien su nombre. «Ausonios y troyanos no serán más que un solo pueblo: todos serán latinos y no tendrán más que una lengua. De su sangre mezclada saldrá una raza de hombres, que sobrepujará en piedad á todas las otras, y hasta á los mismos dioses: y ningun pueblo os tributará jamás honores tan magníficos como los suyos»:

Supra homines, supra ire deos pietate videbis,
Nec gens ulla tuos æquè celebrabit honores.

Juno entónces se satisface; su corazon se cambia; la alegría reaparece en su semblante; y abandona los aires y la nube:

Adnuit his Juno, et mentem lætata retorsit.
Interea excedit cœlo, nubemque reliquit.

Desde aquel momento queda Turno abandonado á su destino. Júpiter

ordena que una de las furias que están cerca de su trono, encaminándose á donde está Jucunda la separe de su hermano, haciéndola comprender que ha llegado el momento en que se debe consumar el sacrificio. Así se hace, y la ninfa obedece, abandonando el puesto, en medio de las lágrimas, y de las lamentaciones más profundas. Se envuelve la cabeza en un velo azul, y se sumerge entre las ondas del rio.

Llega entónces el momento en que por fin se encuentran solos los dos héroes. Ya nadie los asiste. Turno está turbado por el terror y la agonia. Va á levantar una piedra enorme, que se encuentra á sus alcances, y con la que pretende aplastar á su adversario; pero las fuerzas le faltan, y la roca sin alcanzar su blanco, apénas llega á la mitad del camino que los separa. Eneas entretanto ha buscado con la vista aquella porcion de la amadura de su enemigo, que parece ser más vulnerable, y lanzando con mano poderosa su formidable javalina, atraviesa con ella las siete planchas replegadas de su escudo, y le clava el hierro en las caderas.

A tan terrible golpe, que ha derribado al jefe Rútulo, se levanta un inmenso gemido entre las filas de su ejército. Cuando Eneas decidido á acabarlo se lanza sobre él, Turno le extiende sus manos suplicantes, y le ruega humildemente que le perdone la vida. Se lo pide en nombre de su padre, y por piedad para con él. Si Eneas quiere inmolarlo, sin embargo, que á lo ménos respete su cuerpo, y lo entregue en manos de los suyos.

Eneas, deteniéndose irresoluto é incierto, está á punto de ceder á estas instancias, dejándose inclinar á la clemencia. Pero brillan ante sus ojos en aquel momento, las hebillas de oro del tahalí de Palas, que Turno lleva cruzado sobre el pecho; y esta vista, reviviendo en su alma los crueles dolores que aquella muerte le habia causado, y que todavia no se habian apagado, sobre excitan su encono y le cierran el alma á todo sentimiento de compasion.

«No soy yo quien te mata, le dice, es Palas: él es el que te inmola con su mano, y quien se venga en tu sangre criminal:

Pallas te hoc vulnere, Pallas
Immolat, et pœnam scelerato ex sanguine sumit.

A estas palabras le clava en el pecho su ardiente espada. El frio de la muerte corre en los miembros del vencido; y su alma escapándose indignada, se precipita en la eternidad:

Vitaque cum gemitu fugit indignata sub umbras.

Este verso es el último del poema.

JOSÉ I. RODRIGUEZ.

EL CEMENTERIO DEL INGENIO.

I.

Una tarde, dejando en la casa de vivienda á varios amigos que habian ido á pasar la Pascua en el ingenio, me encaminé por la guardaraya de cañas bravas hácia el potrero. Como faltaba poco para ponerse el sol, la sombra de los troncos se extendia á larga distancia, los pájaros se guarecian entre las ramas, y las nubes que blancas como la nieve habian corrido ántes por el espacio á impulso de los vientos, rodeaban, teñidas de magníficos colores, al astro prepotente que iba á ocultarse detrás de los palmares. La brisa, perfumada con el eterno aroma de los campos, traia en sus alas todas las inefables melodías que arranca de las hojas de los árboles. Las dos zanjas que se deslizan al lado de las cañas bravas, sonaban tristemente, y á pesar de su murmurío, escuchábase el lejano rumor de las cascadas del rio. Entre las malezas desaparecia algun jubo, y las lechuzas, agitándose ya para emprender sus nocturnas rapiñas, clavaban en mí los azorados ojos.

Crucé el puente que sirve de límite á la guardaraya de cañas bravas, y principié á andar por los terrenos del potrero, donde se halla, en el centro de un montecillo, el cementerio del ingenio. Por todos lados se dilataba un prado de yerba de guinea, que terminaba en las cercas de piña y piñon; millares de palmas, meciendo cadenciosamente las rizadas pencas, levantaban en aquella llanura sus enhiestos troncos parecidos á las infinitas columnas de un templo cuya techumbre era el azul del cielo; los aguinaldos cubrian los matorrales, y los *judíos*, posados en bandadas sobre los arbustos, entonaban todavía su acompasado canto. Un estrecho y tortuoso trillo, abierto por las reses al buscar las sombras y los abrevaderos, conducia á

la entrada del montecillo. Allí ese trillo se borraba casi del todo debajo de las ramas de los atejes, las guásimas, los almácigos y los caimitillos; pero pronto descubrí en un limpio las paredes del cementerio.

II.

Hacia años que yo no visitaba aquel punto de la finca. Antes estaba cercado de piña y piñon como lo demas del potrero; pero ahora lo circuian paredes formadas con piedras sueltas. En medio de su recinto habia enterrada una cruz, y la puerta era de madera con un cerrojo. Hallábase todo cubierto de escobas amargas, y únicamente las flores de varios romerillos nacidos entre aquellas, mitigaban el lúgubre aspecto de la última morada de tantos negros como se habian sepultado allí desde la fundacion del ingenio. Contemplé los alrededores; ¡qué soledad y qué silencio! Pensé que á aquel sitio habia cerca de cien años que no se acercaba sino de cuando en cuando una carreta, con el cadáver de un esclavo envuelto en su frazada, y conducido por dos negros que abrian la puerta, cavaban la fosa, dejaban caer en ella á su compañero, y luego regresaban para las fábricas á continuar sus faenas. Viniéronme en tropel á la memoria todas las criaturas amadas que yo habia perdido en el espacio transcurrido desde la postrera ocasion que estuve en el cementerio del ingenio, y un rio de lágrimas corrió por mis megillas. Infinidad de personas de mi familia, infinidad de amigos, infinidad de séres á quienes sin tratarlos siquiera habia querido y respetado profundamente, alegrias de la infancia, devaneos de la juventud, luchas de la vida, victorias y sacrificios por el deber, esperanzas realizadas, amargas decepciones, himnos de entusiasmo, gritos de dolor, espléndidas auroras y terroríficas noches del corazon, infamias, heroismos; todo me arrancaba sollozos. En el humilde recinto que tenia al lado ¡cuántos yacian dignos tambien, hasta por su misma ignorancia y maldad, de un patético recuerdo! Más de quinientos esclavos de todos sexos y edades estaban reunidos en aquel breve pedazo de los terrenos tantas veces regados con el sudor de sus frentes, y yo, que habia sido unos de sus dueños, debia afligirme á su memoria.

III.

El primero que se me representó como cuando lo veia siendo niño, fué un negro anciano, de nacion macuá, llamado Pedro, que solamente se ocupaba en preparar la comida de la dotacion. Con el cuerpo ya encorvado y las pasas enteramente blancas, salia por la madrugada á recoger la leña necesaria, para volver luego á desgranar el maiz, pelar las viandas, atizar la candela, y revolver el grosero alimento con su palo, resistiendo en pié junto al caldero las corrientes de vapor y de humo que se elevaban hasta

el techo de guano. Tenia siempre los ojos encendidos y llorosos; pero á pesar de su vejez, de sus achaques y de su embrutecimiento, no sé por qué mis hermanos y yo nos complacíamos á menudo en permanecer muchas horas en compañia de Pedro el cocinero de la negrada. Al regresar una Pascua al ingenio, corrimos á su bohío apenas nos desmontamos de los caballos; mas si el humo subia aún por la puerta, las gallinas escarbaban al rededor y gruñia el cerdo dentro de su chiquero, ya nuestro pobre amigo habia sido enterrado en el cementerio del potrero.

IV.

Teodoro, á causa de sus frecuentes fugas, andaba siempre con grillos. Apénas se le quitaban, cuando alguien intercedia por él, tornaba á huirse, perseguíasele, encontrándolo los perros agazapado entre las breñas, lo mordian, y despues, acosado por ellos, entraba en el batey al trote por delante del arrenquin del mayoral. Un dia Teodoro, al percibir desde un jobo entre cuyas ramas se habia escondido, los ladridos de los perros, se echó al cuello un lazo con un arique; y cuando aquellos le clavaron los dientes en los piés, ya estaba ahorcado.

V.

En uno de los viajes al ingenio habíamos encontrado sirviendo en la enfermería una mulata á quien no conocíamos, y que despues supimos llamarse Dorotea. No tenia pasas sino lacios cabellos, su tez era casi blanca, y todas sus maneras y palabras demostraban que habia sido criada de mano de alguna familia decente. Vestía como las demás esclavas del ingenio, túnico de rusia; no calzaba zapatos, y llevaba el pelo recien cortado de raiz. Un hijo suyo muy lindo estaba en la casa de los criollos, y á Dorotea se le permitia tres veces al dia, ir á darle de mamar. Nos dijeron que habiendo cometido en la ciudad una gran falta, sus amos la habian mandado á castigar. A cada momento la sorprendíamos llorando, y compadecidos de ella, le guardábamos comida de la casa de vivienda y se la llevábamos á escondidas. Hasta nos aseguraron los otros negros que ya le habian dado muchos azotes; pero ella nunca quiso respondernos sobre esto sino anegándose en lágrimas. Al cabo de cuatro meses Dorotea fué llevada en la carreta al campamento del potrero.

VI.

Cárlos, siendo calesero de la familia, padeció tanto de los ojos que al fin perdió la vista. Era criollo del ingenio, y como además tenia allí á todos sus parientes, pidió que lo llevasen junto á ellos. Tejia canastas en

tiempo muerto, y durante la molienda juntaba caña en la pila, haciendo cuartos lo mismo que los otros. Pero el cambio de alimentos y de trabajos lo condujo pronto al sepulcro.

VII.

El *mina* Rogerio se señalaba entre todos los esclavos de la dotacion por su elevada estatura y la atlética complexion de sus miembros. Adusto con los blancos y hasta con sus compañeros, jamás, sin embargo, cometia faltas por las cuales se hiciese acreedor á ningun castigo. En el corte de caña, arando, como carretero, en los chapeos, junto á las pailas y los tachos, no habia esclavo que se le igualese. Siempre tenia en ceba cochinos, numerosas aves poblaban sus gallineros, y en su bien cobijado bohío se encerraban varias arrobas de arroz, algunas fanegas de maiz, y montones de ñames, de yucas y de boniatos que habia cosechado en el conuco.

Mirando con indiferencia á todas las negras del ingenio, habia entregado su corazon á una africana, de la misma tribu que él, y perteneciente á la dotacion de un cafetal situado á una legua de distancia. Un dia se prendió fuego en los cañaverales, é implorado con el tañido de la campana el auxilio de las negradas circunvecinas, acudieron todas, inclusa la de ese cafetal. En ella venia una negra, á quien Rogerio dió á beber agua en su mismo güiro, y en la cual pensó continuamente desde entonces. Igual impresion sintió el alma de la africana.

Trascurrieron desde el dia del incendio varios meses, y nadie sospechaba que Rogerio, despues de tocarse la campanada de la queda, salia de su bohío armado del machete de cortar caña, atravesaba el rio, y dejando atrás los terrenos del ingenio, se metia por las fincas intermedias hasta llegar al lado de la mujer que debia costarle la vida. Al rayar el alba ya Rogerio se hallaba otra vez en su bohío. Pero una noche, despues de muchas en que habia salido airoso de su empresa, acechábanlo algunos negros del cafetal, y en el instante en que puso los piés fuera del bohío de su amada, se vió acometido por aquellos. Defendiéndose como un leon, mata á dos, huyen los otros, y él lleno de heridas, logra salir del cafetal, cruza las demás fincas, vadea el rio, y llega al batey del ingenio. Casi exánime entra en la arboleda; piensa que tal vez no volveria nunca más á ver á la mujer idolatrada, y acercándose á los gajos de un mamey, pone término á su vida ahorcándose.

Por la mañana contemplábamos todos poseidos de dolor su ensangrentado cadáver.

VIII.

Allí dormia tambien sueño perdurable la infortunada Gertrúdis, por cuya belleza palpitaban no pocos corazones de los esclavos del ingenio.

Ella calzaba siempre zapatos de venado, ella se ponia siempre túnicos de listado, ella llevaba siempre argollas en las orejas, y collares de cuentas de vívisimos colores le rodeaban siempre la garganta. En los tambores se llevaba la palma, y cuando tumbaba caña, cuando chapeaba, cuando hacia el haz de yerba, cuando recojia bejucos para su cochino, y cuando apaleaba el azúcar en los secaderos, el negro más inmediato á ella se complacia, abrigara ó no esperanzas de ser correspondido, en ahorrarle gran parte del trabajo.

Con la risa perennemente en los lábios y sin cesar cantando, Gertrúdis caminaba por el sendero de su existencia como si estuviese sembrado de flores, y era uno de los innumerables ejemplos que nos presenta ese sexo capaz, por la delicada sensibilidad de su alma, de soñar venturas en cualesquiera situaciones de la vida. ¡Cuán ingénuo y cordial alborozo habia en la risa y en los cantos de Gertrúdis! Asemejábanse á esos rayos de sol que penetran en las profundas oscuridades de las cavernas, á esos riachuelos que serpentean en medio de los bosques, y á esas esplendentes alas de los pájaros que se posan sobre las abruptas peñas de las montañas. Contaba veinte años y era criolla, hija de un negro carabalí y de una negra mandinga. Una ocasion mi madre, que escogia entre las criollas del ingenio una que fuese á servirle en la ciudad, eligió á Gertrúdis, sin atender casi á otra cosa que á su hermosura; pero aquella prefirió quedarse en el lugar donde habia nacido y al lado de sus padres, de sus hermanos y de sus parientes. Cuando estábamos en el ingenio, venia todos los dias en señal de agradecimiento á pedirle la bendicion á mi madre, y con frecuencia obtenia en cambio de su humildad algun pañuelo, algun vestido, algunos zapatos usados, que recibia con el mayor regocijo.

Una mañana despues de almorzar estábamos sentados en el portal de la casa de vivienda, cuando de improviso oimos gritos en la de trapiche. Los negros bajaban por las rampas con los brazos levantados. Mis hermanos y yo corrimos hácia allá. Los negros lloraban, y entre sus confusas exclamaciones se distinguia solamente el nombre de Gertrúdis. Subimos precipitadamente las rampas, entramos en la casa de trapiche, miramos despavoridos por todas partes, y cuando comprendimos la causa de aquela consternacion, nos cubrimos los ojos con las manos.

Metiendo Gertrúdis caña en el trapiche, habiase quedado dormida con un brazado en las manos, y una de éstas fué mordida por las mazas; el contramayoral habia corrido á la compuerta para detener el trapiche, los negros al mismo tiempo echaron enormes cantidades de caña; pero las mazas continuaron girando por algunos instantes, y esto bastó para que todo el brazo y parte del cuerpo de Gertrudis fueran horrorosamente destrozados.

Aquella escena desgarradora no se me olvidará nunca. La justicia no vino hasta el dia siguiente á instruir la sumaria, y miéntras tanto varios

negros velaban el cadáver, y nosotros ibamos tambien con frecuencia á mezclar nuestras lágrimas con las suyas.

IX.

En el mismo lugar reposaban las cenizas de Fernando. Fernando habia ido al ingenio en una partida de bozales, qne lo miraban todos con respeto. Al igual de los demás cogió la guataca, el azadon, el machete, la despumadera, y aró, chapeó, aporcó, cargó panes de azúcar, lo batió en las resfriaderas, anduvo con las carretas, metió brusca en las fornallas, y vivió muchos años como suele suceder á los africanos; pero Fernando llevaba siempre una nube de tristeza en el semblante, sus cantares fueron siempre únicamente los cantares africanos, nunca bailó sino al compás del tambor, y con sus *carabelas* jamás habló otra lengua que la lengua de su tribu.

X.

Allí descansó de sin iguales martirios el tachero José, que con aquella confianza que inspira la costumbre de arrostrar con frecuencia un mismo peligro, habia resbalado por descuido al andar encima de los trenes, precipitándose dentro de una paila rebosada de guarapo hirviendo. Espantosamente quemado, no duró vivo más que breves momentos; pero en ellos sufrió cuanto puede padecerse en siglos de tormentos.

XI.

Dentro de aquella tosca cerca de piedras sueltas se hallaba así mismo el criollo Wenceslao. Niño de la propia edad que nosotros, nos habia acompañado en todos nuestros juegos. Con él habiamos trepado sin zapatos los escalonados troncos de los cocos, con él habiamos encontrado entre las más elevadas ramas de las seibas los nidos de las auras tiñosas, con él habiamos corrido tras de los venados, con él nos habiamos bañado en las aguas del rio, montado en los potros casi cerreros, armado trampas á las jutías, enlazado por el pescuezo á las jicoteas, llenado de cocuyos los agujereados güiros, mirado los gusanos arrastrándose por los troncos, aprisionado mariposas, ensartado maravillas en cañitas de rabos de zorra, huido de los majáes, presenciado los estratégicos combates del caballito del diablo con la araña peluda, y tapado las bocas de los bibijagüeros. Esto fué algun tiempo nada más, porque luego Wenceslao era ya pastor de los bueyes, y cuando regresaba del campo por la noche, hacia tambien cuartos juntando caña en la pila.

Su fin fué bastante lastimoso. Habia aprendido á desmochar palmas

subiendo hasta las pencas por medio de trepaderas. Pasábase dias enteros en las prodigiosas alturas á que llegan aquellos árboles, sin otra salvaguardia que su agilidad y su destreza; pero una ocasion se rompieron los estribos de las trepaderas, y Wenceslao habia muerto mucho ántes de fracturarse todo el cuerpo de la terrible caida.

XII.

Y en verdad de toda la dotacion que yo habia conocido en los primeros años de mi vida, pocos eran los esclavos que aún existian. Viejos en la actualidad, servian de guardieros en los linderos, cuidaban los gallineros, revolvian el azúcar en los secaderos, echaban y quitaban el barro de las hormas, las lavaban en los tanques, caminaban desde la salida hasta la puesta del sol detrás del buey de la pisa; los demás habian venido unos despues de otros, cubiertos con sus frazadas y sobre la cama de una carreta, á confundirse con los huesos de sus compañeros. Recordé por largo tiempo las biografías de muchos de ellos, y á cada paso, como le hubiera sucedido á otro cualquiera en semejante sitio, prorumpia de nuevo á llorar.

El sol se habia ocultado, y las sombras de la noche habian derramado pavorosas tinieblas sobre los objetos que me rodeaban. Al pálido fulgor de las estrellas se dibujaban vagamente entre las ramas de los árboles la cruz y las paredes del cementerio. Las ráfagas del viento, sacudiendo las hojas, traian á mis oidos santas modulaciones. Caí de rodillas, murmuré plegarias, apoyé la cabeza en las piedras de las cercas, y al levantarme para volver al batey, sentí que una dicha, nunca hasta entonces experimentada, innundaba en celestial arrobamiento lo más íntimo de mi corazon.

Hay momentos en que uno como que resucita de prolongada muerte; y por eso, cuando al entrar en la casa de vivienda me preguntaron dónde habia estado, cuando luego fuimos al trapiche, y cuando de vuelta á aquella tocaron el piano y cantaron algunas amigas y mis hermanas, yo me reia de gozo; pero este gozo no tenia el dejo amargo que suele acompañar á las felicidades que vienen únicamente de la tierra.

ANSELMO SUAREZ Y ROMERO.

(1864.)

LA EVOLUCION

EXPLICADA POR HAEKEL.

Aunque la teoría de la evolucion ha sido ya superabundantemente explicada y definida, todavía los que la conocen suelen pasar por la sorpresa de verla desfigurada de un modo extraño, sobre todo cuando se le atribuyen tendencias agenas al espíritu imparcial y severamente crítico de la ciencia moderna, ó cuando se imputa á sus más distinguidos expositores un deliberado propósito de esparcir doctrinas demoledoras y minar los fundamentos de la moral. Y como entre los que han sido más rudamente atacados por los enemigos de esa doctrina figura el ilustre Haekel, parécenos oportuno preguntarle á él mismo lo que tenga que decir en defensa propia. Démosle, pues, la palabra, y sin tomar parte en el debate, oigamos lo que ha dicho en ocasion bastante reciente, en el discurso pronunciado por el sabio catedrático en el Congreso de Naturalistas Alemanes en Munich.

Dice así el discurso:

La teoria de la evolucion en sus relaciones con la Filosofia Natural.

Señores:

Reunidos hoy para celebrar la apertura del *quincuagésimo Congreso de Naturalistas Alemanes*, debe ser nuestro principal empeño el de señalar la parte con que al conjunto de nuestros conocimientos haya contribuido cada ramo de las ciencias. Los hombres ilustrados que siguen con

interés los progresos sorprendentes de las ciencias naturales tienen hoy particularmente el derecho de hacernos esta pregunta: ¿cuales son para el desarrollo del espíritu humano, los resultados que venís á ofrecernos?

Por eso yo, deseando corresponder á la invitacion con que he sido favorecido, y satisfacer á la vez la benévola atencion que os pido por algunos momentos, he creido que no podria escoger asunto que tanto se adapte á nuestras preocupaciones, como el de las relaciones de la ciencia general, ó sea la filosofía natural, con aquel ramo de estudios que mas inmediatamente me atañe, quiero decir, con la *Teoria de la Evolucion.*

De diez años acá, no hay doctrina que con tanto imperio haya subyugado la atencion general, que con fuerza igual haya conmovido nuestras más íntimas convicciones, como esa teoría de la evolucion, de nuevo restaurada, y la filosofía *monista* que de ella depende. Sólo por ella puede resolverse la cuestion fundamental, la cuestion de las cuestiones, *la del lugar que ocupa el hombre en la naturaleza.* Porque siendo el hombre la medida de todas las cosas, claro es que los últimos fundamentos y los principios mas elevados de toda ciencia, dependen forzosamente del puesto que nuestros progresos en el conocimiento del mundo, señalen al hombre mismo en la naturaleza.

Sabido es que la doctrina actual de la evolucion debe su preponderancia á Cárlos Darwin. En efecto, él fué el primero que hace diez y ocho años rompió el duro manto de hielo de las preocupaciones corrientes, inspirado por aquella misma idea de la unidad de desenvolvimiento del mundo que en el siglo pasado agitaba á nuestros mayores filósofos y poetas, entre los cuales descollaban Kant y Goethe. Fundando en la lucha por la existencia su teoría de la seleccion natural, Darwin ha dado sólidas bases á aquella parte biológica, la más importante en la teoría general de la evolucion, que ya desde principios del siglo habia aparecido bajo el nombre de derivacion de los séres, ó sea, teoría de la descendencia. En vano la habia defendido la antigua ciencia; ni Lamarck y Geoffroy-Saint-Hilaire en Francia, ni Oken y Schelling en Alemania, consiguieron hacerla triunfar. Hoy cabalmente se cumplen cincuenta años desde que Lorenzo Oken inauguró aquí mismo, en Munich, sus lecciones académicas sobre la doctrina de la evolucion; dejémos pues, de paso, una corona de laurel sobre la tumba de ese profundo zoólogo y entusiasta filósofo, ya que ese mismo Oken fué quien ansiando dar unidad á la ciencia, convocó en Jena en 1822 el primer Congreso de Naturalistas alemanes. Solo por eso tendrá derecho especial á nuestra gratitud en este quincuagésimo aniversario.

En el gran edificio de la unidad de desenvolvimiento la filosofía natural no podía entonces hacer nada mas que trazar el plano y echar los primeros cimientos. Los materiales necesarios para la obra no han podido acopiarse sino despues, gracias á los esfuerzos de muchos obreros constantes

y laboriosos. Una literatura prodigiosa, un adelanto notable en los métodos de investigacion son la mas elocuente prueba del progreso que han conseguido desde entónces las ciencias naturales. Pero tambien es verdad que la ilimitada amplitud del campo de observacion, y la division del trabajo que era consiguiente, han dado lugar á un funesto desperdicio de fuerzas; y el interés mas inmediato de las observaciones de detalle ha hecho perder de vista muchas veces el fin mas importante, el de la investigacion de las leyes generales.

¿Qué ha sucedido, señores? Que en el espacio de treinta años, desde 1830 hasta 1859, en el periodo más florido de esos ardorosos estudios, las dos ramas principales de la Historia Natural han partido una y otra de principios diametralmente opuestos. En primer lugar, veamos lo referente á la formacion de la tierra. Desde 1830 y la publicacion de los *Principios de Geología*, de Lyell, se ha ido cada vez mas difundiendo la idea de que nuestro planeta no es hijo de un acto de creacion sobrenatural, que tampoco ha ido pasando por una série de revoluciones tan radicales como milagrosas, sino que mas bien se ha ido formando naturalmente poco á poco, por efecto de un cambio progresivo y sin interrupcion. Pero en la historia del desenvolvimienso de los séres vivos, sucedia todo lo contrario, y se seguia creyendo en el antiguo mito inadmisible, de que cada especie animal ó vegetal, lo mismo que el hombre habian sido creados, con entera independencia de las demás, sucediéndose consecutivamente esas creaciones sin lazo alguno de filiacion entre sí. Esta chocante contradiccion entre ámbas doctrinas, entre la teoría del desenvolvimiento natural de los geólogos y el mito de las creaciones sobrenaturales de los naturalistas, es la que Darwin en 1859 dejó resuelta en pró de la primera. Desde entónces admitimos sin extrañeza que el nacimiento y las transformaciones de los séres que viven en nuestro globo se sugetan á las leyes eternas de una evolucion mecánica, como se sugetan la misma tierra y todo el sistema del universo.

Hoy no tenemos necesidad, como la teniamos hace catorce años, en el Congreso de Naturalistas de Stettin, de presentar las pruebas de la teoría de Darwin, que desde entónces ha ido ganando terreno de la manera más halagüeña. En la region donde se halla el campo de mis propias investigaciones, ne la gran ciencia de las formas orgánicas, ó *morfología*, esa teoría ha sido generalmente aceptada como su base más importante. La Anatomia comparada y la Embriología, la Zoología y la Botánica no pueden ya prescindir de la teoría de la descendencia, única capaz de esclarecer las relaciones tan misteriosas de las innumerables formas orgánicas entre sí, que es como si dijéramos, retrotraerlas á sus causas mecánicas. Sus semejanzas se explican como la sucesion natural, como la *herencia* de una forma de abolengo comun; y sus diferencias, como necesario efecto de la *adaptacion* á las diversas condiciones de su existencia. Solo por la teoría de la descen-

dencia pueden explicarse de una manera tan sencilla y tan natural los datos de la Paleontología, de la *Corología* y la *Ecología* (1); solo por ella podemos comprender la razon de ser de tantos órganos rudimentarios inútiles, esos ojos que no ven, esas alas que no sirven para volar, esos músculos que no se contraen, en fin, todas esas partes del cuerpo que no tienen oficio y que tanto han embarazado á la teleología reinante. Claramente demuestran esos órganos, que en la estructura de las formas orgánicas, la conformidad para un fin determinado no es perfecta ni general; no provienen, pues, de un plan premeditado de creacion, sino que han sido necesariamente formados por la fortuita coincidencia de causas mecánicas.

El hombre que á presencia de hechos tan imponentes todavía le demande pruebas á la teoría de la descendencia, solo consigue darlas él mismo de su falta de conocimiento y de luces. Pero pedirle pruebas exactas, verdaderamente experimentales, ya seria otra cosa. Semejante exigencia proviene del error, bastante general, de creer que todos las ciencias naturales tienen que ser ciencias *exactas*, y por eso suelen distinguirse de las demás designadas todas con el nombre de *ciencias morales*. Pero en realidad, no son exactas todas, sino el número menor de las ciencias naturales, aquellas que se apoyan en las matemáticas; en primer lugar, la Astronomía y la Mecánica sublime; despues de la Física y la Química y una buena parte de la Fisiología, y otra pequeñísima la Morfología. En este último departamento de la Biología, los fenómenos son harto variables y complicados para que sea posible emplear con ellos en general el metodo matemático. Aunque en principio puedan pedírseles fundamentos exactos y áun matemáticos á todas las ciencias, es absolutamente imposible que la mayor parte de las ramas de la Biología pueden someterse á semejante exigencia. En ellas, el método histórico ó histórico-filosófico se sobrepone al método exacto, ó físico-matemático.

Esta verdad es todavía más absoluta en la morfología; porque, en efecto, no llegamos á obtener el conocimiento científico de las formas orgánicas, sino por la historia de su desarrollo. En esta parte de la ciencia, el gran progreso de la época proviene de haber avanzado el estudio y los límites de esa historia mucho más allá de lo que nunca se habia logrado antes de Darwin. Hasta ahora la morfología solo estudiaba el desenvolvimiento del individuo, lo que hoy llamamos *embriología* ú *ontogenia*. Cuando el botánico habia seguido á la planta desde su nacimiento en la semilla y el zoólogo el crecimiento del animal en el huevo, concluida esta historia embriológica, tanto el uno como el otro creian haber resuelto la cuestion morfológica. Nuestros primeros embriólogos, Wolff, Baer, Remack, Schleiden, y toda su escuela hasta los últimos tiempos, nnnca com-

(1) La *Corología* trata de la distribucion geográfica y topográfica de los séres; la *Ecología* de las habitaciones y medios de subsistencia de estos.

prendieron más que la embriogenía individual. Otros muy diferentes son hoy para nosotros los fenómenos misteriosos de la embriología. Ya no son enigmas incomprensibles y á la vista tenemos su profunda significacion. Segun las leyes de la descendencia los diversos estados que va tomando el embrion, en un breve espacio de tiempo, no son más que una repeticion condensada y abreviada de las formas correspondientes que habian revestido sus antepasados en el curso de muchos millares de años.

Si vemos que de un huevo de gallina puesto en un aparato de incubacion artificial sale un pollito al cabo de veinte y un dias, ya no enmudecemos de admiracion ante los cambios milagrosos que nos conducen desde la simple célula ovular hasta la *gástrula* de doble cuticula, desde esta hasta el embrion vermiforme y acéfalo, y desde el último hasta las formas embrionales más elevadas que presentan la organizacion de un pez, de un anfibio, de un reptil y finalmente de un ave. Aún más, de esta série pasamos á la de las formas correlativas de los ascendientes, que partiendo de la *amœba* unicelular hasta la *gastræa*, se continúan por los gusanos, los acranianos, los peces, los anfibios y los reptiles, hasta las aves. De manera que la série de trasformaciones embrionales del pollo, nos presenta un bosquejado resumen de sus verdaderos ascendientes.

Así la relacion inmediata y original entre la embriología del individuo y la historia genealógica de sus antepasados, constituye nuestra ley biogenésica fundamental, presentada en esta sencilla proposicion: *la embriología es la misma genealogía compendiada*, con sujecion á las leyes de la descendencia. Este compendio palingenésico solo se altera temporalmente cuando sobrevienen modificaciones cenogenésicas por efecto de adaptacion á las condiciones de la vida embrional.

Hasta ahora la única explicacion que puede darse de los fenómenos embriológicos, es su sentido filogenésico, y esa explicacion se confirma hasta el último grado y se completa con los resultados de la Anatomía comparada y de la Paleontología. En verdad, nada de eso puede comprobarse exacta ni experimentalmente; por que todos esos datos biológicos, por la misma naturaleza de las cosas, tienen su origen en las ciencias históricas y filosóficas, cuyo objeto comun es el descubrimiento de los hechos históricos que en el trascurso de millares de años se ha sucedido en la faz de nuestro jóven planeta, mucho tiempo antes de la aparicion de la especie humana; y sale de los límites de lo posible su inmediata y exacta comprobacion.

Para acercarse indirectamente á la verdad, es necesario valerse del examen crítico de los archivos históricos, y á la vez de una especulacion tan prudente como atrevida. La filogenia utiliza esos documentos y los avalora, siguiendo el método de las otras ciencias históricas. Así como el historiador valiéndose de las crónicas, las biografías, las cartas particulares, nos trasmite fielmente los sucesos de tiempos pasados, así como el arqueólogo por el estudio de las esculturas, de las inscripciones y de los monumentos,

llega á conocer el grado de civilizacion de un pueblo que se ha extinguido hace mucho tiempo; así como el lingüista comparando las lenguas afines, sea en su estado actual ó en sus más antiguos monumentos literarios, nos demuestran que traen su orígen de una lengua madre comun; del mismo modo el naturalista por medio del estudio crítico de los archivos filogenésicos de la Anatomía comparada, de la ontogenia y de la paleontologia llega á conocer aproximadamente los hechos que en la sucesion de períodos incomensurables han producido alteraciones en las formas de la vida orgánica en nuestro mundo.

La historia genealógica de los organismos, ó filogenia, no puede fundarse en bases más exactas y experimentales que la geología, su hermana mayor y más favorecida; y sin embargo todo el mundo acepta el valor científico de la última. Solo un ignorante puede hoy sonreirse incrédulamente cuando oye decir que las tremendas moles de los Alpes, no son más que sedimentos marítimos endurecidos. La estructura estratificada de esas montañas y los fósiles que contienen, no comportan otra explicacion, aunque no sea posible demostrarla de un modo exacto. Todos los geólogos convienen hoy en un órden de sucesion, en una clasificacion determinada de las estratas alpinas; y sin embargo, se acepta un sistema estratigráfico que no existe completo en ninguna parte del mundo. ¿Tendrán acaso nuestras hipótesis filogenésicas ménos validez que esas hipótesis geológicas tan generalmente admitidas? La única diferencia consiste en que el vasto conjunto de hipótesis de la Geología, es incomparablemente más completo, más sencillo y más comprensible que el de la Filogenia, todavia infante.

Las ciencias naturales históricas, la Geología y la Filogenia forman el lazo de union entre las ciencias naturales exactas por un lado, y las noológicas puramente históricas al otro. Por ese lazo la Biologia en general, y más especialmente la Zoologia y la Botánica sistemáticas llegan á subir al rango de la Historia Natural, título honroso que ha tiempo ostentan pero que solo en nuestros dias han merecido. Y si esas han sido tantas veces denominadas ciencias naturales descriptivas, en oposicion á las ciencias demostrativas, eso solo prueba la falsa idea que se tenia de su verdadero alcance. Desde que el sistema natural de los organismos ha sido considerado como expresion de su árbol genealógico, el estudio sistemático de los mismos, tan seco en sus descripciones, ha cedido su lugar á la historia, mucho más animada, de las genealogías de las clases y las especies.

Pero por mucho que se pondere el progreso inmenso de la morfologia, no es suficiente para explicar el extraordinario influjo que hoy ejerce en la ciencia general, ó filosofía natural, la doctrina de la evolucion; influjo que depende principalmente de las consecuencias especiales de su aplicacion al hombre. La cuestion secular de la procedencia de nuestra especie aparece por ella resuelta por primera vez de un modo científico. Si esa doctrina es verdadera en general, si hay realmente una genealogía natural ó historia

de los séres, entónces el hombre, el rey de la creacion, procede tambien de una rama de los Vertebrados, de la clase de los mamíferos, de la subclase de los placentarios, del órden de los simios. Ya desde 1735 colocó Linneo al hombre junto con los monos y los murciélagos en el órden de los primados. Ninguno de los zoólogos posteriores ha podido separarlo de los mamíferos. La conclusion es esta: el lugar que unánimemente se le ha asignado en la clasificacion, solo significa filogenésicamente, que el hombre forma una rama de aquella clase.

En vano son todos los esfuerzos para destruir esta consecuencia de la doctrina de la evolucion, para establecer en favor del hombre una escepcion con el propósito de salvarlo; en vano se le ha trazado un abolengo separado del árbol genealógico de los vertebrados. Los documentos de la Anatomía comparada, de la Ontogenia y la Paleontotogía proclaman demasiado alto la línea de descendencia de todos los vertebrados. salidos de un tronco comun, para que sea posible la duda. Ningun lingüista admite la posibilidad de que lenguas como el aleman, el ruso, el latin, el griego y el sanscrito, aunque tan diferentes, hayan provenido de distintas lenguas madres. Aún más, estudiando críticamente la estructura y el crecimiento de esas lenguas, todos convienen en que se derivan de la ariaca. Pero de igual manera, todos los morfologos estan completamente convencidos de esto: que todos los vertebrados desde el *amphioxus* hasta el hombre inclusive, todos los peces, anfibios, reptiles, aves y mamíferos, descienden de un solo vertebrado primitivo. Porque en efecto, no es posible suponer que las condiciones vitales tan diversas y tan complejas que por una larga série de procesos evolutivos, concurrieron en la creacion del tipo vertebrado, se haya reproducido mas de una vez en el curso de la historia terrestre.

Para el objeto presente, lo único que importa es el hecho general del orígen animal del hombre; por lo tanto no nos detengamos en las gradas inferiores de nuestra genealogía; recordemos solo de paso que las mas elevadas se encuentran ya establecidas sólidamente, gracias á los preciosos trabajos de excelentes morfólogos entre los cuales están en primera línea Gegenbaur y Huxley.

Cierto es que todavía hay quien afirme que aquí solo se trata del orígen y del nacimiento del cuerpo humano y no de sus facultades intelectuales. Para refutar tan séria objecion debemos recordar en primer lugar que nuestra vida está inseparablemente enlazada con la organizacion de nuestro sistema nervioso central, y que este se conforma y nace enteramente como el de los vertebrados superiores. Segun los estudios de Huxley las diferencias de estructura entre el cerebro humano y el de los monos superiores son mucho menores que entre el de estos últimos y los monos inferiores. Además, las funciones de un órgano no pueden concebirse sin estos, y siempre unos y otro se desenvuelven simultaneamente; forzoso

es pues admitir que nuestras facultades intelectuales han ido lenta y gradualmente desenvolviéndose, á medida que iba adelantando el cerebro en su estructura filogenésica.

Además, esa gran cuestion del *alma* se nos presenta hoy bajo aspecto muy diferente que ahora veinte años, y aun ahora diez. De cualquier modo que se explique la union del alma y del cuerpo, del espíritu y la materia resulta claramente de la teoría de la evolucion, que sinó toda materia en general por lo ménos toda materia orgánica está dotada de facultad intelectuales. En primer lugar, el microscopio nos demuestra que las células, esas partes anatómicas elementales de los órganos, tienen en general una vida psiquíca; vida propia, individual, que atribuimos á esos entes microscópicos hace ya cuarenta años, es decir, desde que Schleiden fundó en Jena la teoría celular del reino vegetal, aplicada inmediatamente al reino animal por Schwann. Esos son los verdaderos *individuos primarios*, los organismos elementales, segun Brücke. La fecunda aplicacion de la teoría de que hablamos á la medicina, hecha por Virchow en su *Patología Celular*, presupone desde luego que las células no deben considerarse como elementos inertes y pasivos del organismo, sino como ciudadanos vivos y activos de un mismo Estado.

Esta opinion se apoya tambien en el estudio de los infusorios, *amœbas* y otros organismos unicelulares; pues en esas células simples, que viven aisladas se encuentran las mismas manifestaciones psiquicas que en los animales superiores: sensacion y percepcion, voluntad y movimiento. Tanto en las células congregadas como en las solitarias, la vida psiquica reside en una misma importantísima sustancia, que es el protoplasma. Vemos tambien que las moneras y otros organismos de los más rudimentarios, simples porciones aisladas de protoplasma, poseen la sensacion y el movimiento, lo mismo que la célula entera. Por lo tanto, debemos admitir que el *alma celular*, base de la psicología científica, no es tampoco más que un compuesto, es decir, la suma de las propiedades psíquicas de las moléculas protoplásmicas, llamadas tambien *plastídulas*. De esta manera el alma de la *plastídula* vendria á ser el último factor á que puede reducirse la vida psíquica de los séres vivientes.

¿Terminará aquí su análisis psicológico la doctrina de la evolucion? De ninguna manera. La nueva química orgánica nos enseña que las propiedades físicas y químicas de uno de los elementos, el carbono, son las que, por medio de sus variadas combinaciones con otros, engendran las propiedades psicológicas especiales de los cuerpos orgánicos, y sobre todo del protoplasma. Las moneras que solo se componen de protoplasma, son como un puente sobre el profundo abismo que separa el mundo orgánico del inorgánico, y nos demuestran cómo han debido los organismos más simples provenir en su orígen de las combinaciones inorgánicas del carbono. Si una determinada cantidad de átomos de carbono se ha combinado al principio

con otras de hidrógeno, de oxígeno de ázoe y de azufre para formar una unidad, una plastídula, podremos considerar el alma de esa plastídula, es decir, la suma de sus propiedades vitales, como un producto necesario de las fuerzas de todos aquellos átomos combinodos, y á ese conjunto de fuerzas atómicas podremos llamarlo el *alma del átomo*. Del encuentro fortuito y de las múltiples combinaciones de esas almas atómicas, siempre estables é invariables, nacen las almas múltiples y variables de las plastídulas, que son como los factores moleculares de la vida orgánica.

Al llegar á estos linderos extremos de la doctrina de la evolucion nos encontramos con aquellas antiquísimas concepciones de una materia animada en todas sus partes, y de varios modos explicadas por filósofos como Demócrito, Spinoza, Bruno, Leibniz y Schopenhauer. Toda vida psíquica se reduce finalmente á estas dos funciones elementales, sensacion y movimiento; estímulos por un lado, y por el otro movimientos reflejos. La simple sensacion de placer ó dolor, el movimiento simple de atraccion ó de repulsion son los únicos elementos que por una infinita série de variadas combinaciones constituyen toda actividad psíquica. El amor ó el odio de los átomos, la atraccion ó la repulsion de las moléculas, el movimiento y la sensacion de las células y los organismos que ellas egendran, el pensamiento y la conciencia del hombre, todos no son más que grados diversos de un mismo proceso psicológico evolutivo.

La concepcion unitaria del mundo, ó *monismo*, á la que nos conduce la nueva doctrina, resuelve el antagonismo que ha reinado hasta ahora entre los diversos sistemas filosóficos dualistas. Se aleja lo mismo del materialismo que del espiritualismo, ambos tan estrechos en sus miras; concierta el idealismo práctico con el realismo teórico, y confunde la ciencia de la naturaleza con la ciencia del alma en una sola ciencia general que todo lo abarca.

Pero la teoria de la evolucion no solo ostenta inmensa importancia teórica por el papel que desempeña como lazo de union entre todas las ciencias, sino tambien por los resultados prácticos que procura. Ya no podrán sustraerse á su influencia, ni la Medicina considerada como ciencia natural aplicada; ni la Economía Política, ó la Jurisprudencia ó la Teología, en cuanto sean estudiadas en sus relaciones con la filosofía. Aún más, estoy convencido de que es cabalmente en estas regiones donde ha de servir como la más potente palanca de perfeccionamiento y progreso; y puesto que las ciencias mencionadas se encaminan principalmente á la educacion de la juventud, la doctrina de la evolucion debe ejercer su respetable influencia hasta en las escuelas, como el método más eficaz de enseñanza. Pero en la escuela no debe introducirse por mera tolerancia, sino imponiéndose con la autoridad del maestro.

Finalmente, si me permitis indicar aunque sea en pocas palabras los puntos más importantes de este asunto, debo sobre todo insistir en la in-

mensa utilidad dél método genésico. Tanto los maestros como los discípulos, sentirán mucho mayor interés en cualquier materia que estudien si se hacen esta pregunta: ¿cómo ha nacido esto? ¿Cómo se ha desenvuelto? Junto con la cuestion de orígen se presenta infaliblemente la cuestion de causalidad, y al fin y postre, siempre será el conocimiento de las causas inmediatas y nó el de los mismos hechos lo que más satisfechas deje á nuestra curiosidad y á nuestra razon. El conocimiento de las causas simples y generales de que dependen los fenómenos más diversos y complicados sirve para dar unidad y profundidad á nuestra instruccion. La inteligencia de las causas convierte una ciencia árida en ciencia viva. La verdadera medida del adelanto intelectual no está en la cantidad de hechos conocidos, sino en el conocimianto de sus causas.

¿Hasta qué punto pueden introducirse desde ahora en la enseñanza los datos fundamentales de la doctrina de la evolucion? ¿En qué órden deben enseñarse en las escuelas la cosmogonía, la geología, la filogenia de animales y plantas, la antropogenia? Esto lo decidirán los profesores especiales. Creemos que una reforma radical de la enseñanza, en ese sentido, es inevitable, y que será coronada por el éxito más feliz. ¡Cuánto no aumentaría en utilidad la importante enseñanza de las lenguas, si adoptase el método comparativo y genésico! La sistematologia fastidiosa y seca de las especies animales y vegetales ¿cuánto no ganaria en luces y animacion si apareciesen aquellas como ramas de un comun tronco genealógico? ¡Cuánto más interesante no seria la Geografía física, si se enlazase con la Geología! ¡Y cuán diferente idea no tendríamos de nuestro propio organismo si dejáramos de contemplarnos, á través de las brumas y los fantasmas de la Mitología, como retratos imaginarios de un creador antropomorfo, para reconocernos, bajo la luz radiante de la filogenia, como la forma más completamente desarrollada del reino animal, como un organismo que en el espacio de muchos millones de siglos se ha ido poco á poco desenvolviendo desde su rango entre sus vertebrados ascendientes, y que en la lucha por la vida ha conseguido elevarse muy por encima de su progenie!

Fecundando y estimulando con su vivífica influencia todos los ramos de la enseñanza, la teoria de la evolucion hará conocer, lo mismo á los maestros que á los discípulos, la verdadera dependencia que aquellos guardan entre sí. Como ciencia natural histórica, servirá para conciliar los dos sistemas que se disputan en las escuelas la primacía: por un lado el viejo sistema clásico, histórico-filosófico; por otro el nuevo sistema positivista, físico-matemático. Los dos son buenos, los dos indispensablas. El espíritu no alcanzará su completo desarrollo sino dando á la vez satisfaccion á los dos. Si antes la educacion ha sido demasiado esclusivamente clásica, hoy sucede muchas veces casi lo mismo con las ciencias exactas. La doctrina de la evolucion, colocándose entre ambos sistemas, los reduce á sus justos límites, enlazando la ciencia exacta con la clásica, la ciencia de la natura-

leza con la del espíritu, y enseñándonos en todas partes la corriente de la vida que se derrama única, dependiente y sin intermisiones. Donde quiera revela al laborioso investigador nuevas conquistas científicas, más allá de las realizadas, y «serenamente acerca el espíritu á la verdad.» Esta perspectiva infinita de un progresivo adelanto es la mejor protesta contra el doloroso *ignorabimus* que resuena contra ella por todas partes. Nadie puede prever los *límites* que atajen al espíritu en la conquista de la naturaleza, ni hasta donde podrá en lo futuro extenderse en su marcha invasora.

La obra más importante, la más delicada que la filosofía práctica puede exigir á la doctrina de la evolucion es la de constituir una nueva moral. Indudablemente la gran tarea de la educacion será siempre, como ha sido siempre hasta ahora, el cultivo de la moralidad y las creencias religiosas. Pero hasta ahora todas las clases han creido firmemente que los preceptos morales estaban indisolublemente enlazados con ciertos artículos de fé, y como esos dogmas confundidos con los antiguos mitos se hallan en fragante antagonismo con la doctrina de la evolucion, se ha creido que la moral y la religion se veian sériamente amenazadas por ella.

Ese temor no tiene fundamento, y proviene de que constantemente se confunde la religion racional, la religion natural, con la dogmática y mitológica. La historia comparada de las religiones, que es uno de los ramos más importantes de la antropología, nos enseña la gran variedad de accesorios externos con que han revestido la idea religiosa los pueblos y las épocas conforme á sus caracteres y á sus propias necesidades; nos enseña esos mismos dogmas sometidos tambien á una ley de lento y no interrumpido desarrollo. Nacen nuevas sectas, nuevas iglesias, y las antiguas desaparecen. ¿Cuánto tiempo dura una forma determinada de creencia bajo las condiciones más favarables? Uno ó dos mil años, brevísimo espacio en la eternidad de los periodos geológicos. Y la historia comparada de la civilizacion nos enseña tambien que la verdadera moralidad no está indisoblemente ligada con ningun dogma determinado. La más fiera brutalidad, las costumbres más bárbaras predominan á veces bajo el dominio de un dogma venerando, como sucedia en la Edad Media, mientras que en hombres enteramente desprovistos de creencias religiosas suelen encontrarse grandes ejemplos de perfeccion moral.

Fuera de los dogmas existe en el corazon de todos los hombres una semilla de religion natural, inseparable de los más nobles instintos de nuestro ser, y es su primer mandamiento el amor, el sacrificio de nuestro egoismo en obséquio de nuestro prójimo y para el bien de la humanidad. Esta ley moral es más antigua que todas las iglesias, es el perfeccionamiento de los instintos sociales de los animales, cuyas primeras manifestaciones se ven en las diversas clases de mamíferos, aves é insectos principalmente. Muchos individuos se reunen en comunidad ó república, siguiendo las leyes de la asociacion y de la division del trabajo. La existencia de esas repú-

blicas dependen necesariamente de las relaciones mútuas de los consocios y de la parte que cada uno ceda de su egoismo en beneficio de la comunidad. La conciencia de esa necesidad, el sentimiento del deber no son más que instintos sociales, y el instinto es un hábito que adquiriéndose al principio por adaptacion, llega á hacerse hereditario en el curso de las generaciones, hasta que al fin aparece como facultad innata.

Para convencernos de la extraordinaria fuerza que tiene en los animales el sentimiento del deber, no hay más que revolver un hormiguero ¿qué es lo que vemos en medio de los escombros? Millares de ciudadanos ocupados, no en la salvacion de su propia vida, sino en la proteccion de la amada comunidad á que pertenecen. Valientes guerreros de la patria se aperciben á una defensa tenaz contra el enemigo; las nodrizas ponen á salvo los llamados *huevos de hormigas*, las ninfas queridas, en que descansa el porvenir de la sociedad; los obreros laboriosos comienzan sin perder tiempo con infatigable valor á levantar las ruinas y erigir la nueva morada. El admirable estado de civilizacion de esas hormigas, de las abejas y otras especies sociales, ha partido en su orígen de los más salvajes principios, lo mismo que nuestra propia civilizacion humana.

Hasta los sentimientos más bellos y más dulces del pecho humano, á los que consagramos toda nuestra poesía, los encontramos ya en gérmen en el reino animal. ¿No valen nada el profundo amor de madre, de la leona, el tierno amor conyugal de los periquitos llamados *inseparables*, la fidelidad y la abnegacion proverbial del perro? Pues esos nobles sentimientos de simpatía y de amor que determinan tales actos, no son más que instintos perfeccionados, lo mismo en los animales que en el hombre.

Comprendida de esta manera, la moral de la doctrina de la evolucion no necesita buscar nuevos principios, sino solamente colocar los antiguos mandamientos del deber sobre su base científica. Esos mandamientos naturales regularon las comunidades humanas lo mismo que la vida social de los animales, mucho tiempo ántes que las religiones positivas, las cuales debieran utilizar estos datos tan importantes, en vez de combatirlos. El porvenir no pertenece á las que inútilmente se encarnicen contra la victoriosa doctrina de la evolucion, sino al contrario, á los que se apoderen de ella, la acaten y sepan aprovecharla.

Lejos de temer que esa doctrina, dominando nuestras creencias, traiga consigo una revolucion de las leyes morales y una funesta emancipacion del egoismo, esperamos de ella, al contrario, costumbres mejores y más racionales, sobre la inquebrantable base de las leyes de la naturaleza; porque cuando la antropogenia nos enseña nuestro verdadero lugar en el mundo, nos demuestra á la vez la necesidad de nuestros antiguos deberes sociales.

Lo mismo qne la Filosofía natural teórica, la Filosofía práctica y la Pe-

dagogia pueden ya deducir sus primeros principios, nó de las revelaciones tradicionales, sino de las concepciones naturales de la doctrina. Esta victoria del monismo sobre el dualismo nos abre horizontes ricos de esperanzas en el progreso indefinido de nuestro perfeccionamiento intelectual y moral. Con esta conviccion, saludémos la doctrina de la evolucion, reconstruida por Darwi en nuestros dias como la más potente palanca de la ciencia general, ó sea la Filosofía natural, tanto pura como aplicada!

ERNESTO HAECKEL,

Catedrático de la Universidad de Jena.

YO TENGO FÉ.

Yo tengo fé: dejad que luche el rio
y ondulando retenga su caudal:
dejad que se desvie y retroceda.....
el rio corre al mar!

Yo tengo fé: la Humanidad se salva;
dejadla tras el Vicio y el Error;
dejad que se revuelva y se resista.....
la Humanidad va á Dios!

D. V. T.

1874

Elementos demográficos de natalidad y mortalidad de la Habana en 1877, comparados con el año anterior; por el Dr. D. Ambrosio G. del Valle.

1877 — Meses.	RAZA BLANCA. Varones. Ndos.	Varones. Mtos.	Hembras. Ndas.	Hembras. Mtas.	Suman los Ndos.	Suman los Mtos.	RAZA DE COLOR. Varones. Ndos.	Varones. Mtos.	Hembras. Ndas.	Hembras. Mtas.	Suman los Ndos.	Suman los Mtos.
Enero	174	232	167	125	341	357	68	95	78	91	146	186
Febrero	138	216	126	119	264	335	45	83	45	76	90	159
Marzo	173	245	170	159	343	404	50	92	56	97	106	189
Abril	165	233	177	116	342	349	63	74	65	84	128	158
Mayo	159	209	143	130	302	339	55	92	52	105	107	197
Junio	173	240	133	132	306	372	71	106	48	97	119	203
Julio	134	281	146	172	280	453	62	86	50	112	112	198
Agosto	127	416	138	185	265	601	59	71	45	110	104	181
Setiembre	142	373	131	132	273	505	55	78	54	90	109	168
Octubre	148	329	128	141	276	470	67	84	53	90	120	174
Noviembre	148	292	135	113	283	405	52	79	46	82	98	161
Diciembre	189	277	189	119	378	396	72	89	66	90	138	179
Suma	1870	3343	1783	1643	3653	4986	719	1029	658	1124	1377	2153
Id. de 1876	1802	3624	1760	1666	3562	5290	656	1043	677	1105	1333	2148
Diferencias	+68	-281	+23	—23	+91	-304	+63	—14	—19	+19	+44	+ 5

1877 — Meses.	Sumas y TOTAL GENERAL. Varones. Ndos.	Varones. Mtos.	Hembras. Ndas.	Hembras. Mtas.	Ambos sexos. Ndos.	Ambos sexos. Mtos.	Cuadro particular de nacidos de raza de color, por clases. Mulatos. Var.	Mulatos. Hemb.	Negros Var.	Negros Hemb.	Suman los Mlatos	Suman los Ngros.
Enero	242	327	245	216	487	543	29	42	39	36	71	75
Febrero	183	299	171	195	354	494	22	25	23	20	47	43
Marzo	223	337	226	256	449	593	27	29	23	27	56	50
Abril	228	307	242	200	470	507	28	32	35	33	60	68
Mayo	214	301	195	235	409	536	32	20	23	32	52	55
Junio	244	346	181	229	425	575	34	28	37	20	62	57
Julio	196	367	196	284	392	651	29	22	33	28	51	61
Agosto	186	487	183	295	369	782	29	22	30	23	51	53
Setiembre	197	451	185	222	382	673	27	27	28	27	54	55
Octubre	215	413	181	231	396	644	29	28	38	25	57	63
Noviembre	200	371	181	195	381	566	30	20	22	26	50	48
Diciembre	261	366	255	209	516	575	39	34	33	32	73	65
Suma	2589	4372	2441	2767	5030	7139	-355	329	364	329	684	693
Id. de 1876	2458	4667	2437	2771	4895	7438	-315	362	341	315	677	656
Diferencias	+131	-295	+4	—4	+135	-299	+40	—33	+23	+14	+7	+37

Advertencias.—De la columna de varones blancos muertos se han escluido 3,078 en 1877 y 1,684 en 1876, correspondientes á los individuos de tropa fallecidos procedentes de campaña.—La falta de datos respectivos al sexo de la mortandad de mulatos confundida con el vocablo *de color* en las licencias sepulturales, nos ha obligado á reunir en el cuadro general ambas clases.

Tabla de proporciones.

Entre los 250,000 habitantes y los 7,139 fallecidos: 2'85 muertos por cada 100 almas. (Con la tropa se eleva á 4,08.)

Entre los nacidos y los 7139 fallecidos: 70'45 nacidos por cada 100 defunciones.

Entre ambos sexos: 51'47 varones por cada 100 nacidos, y 48'52 hembras por 100 nacidos.

Entre los nacidos y los de raza de color: 27'37 de color por cada 100 nacidos,

Entre los blancos y de color: 37'69 de color por cada 100 blancos.

Entre 2,216 niños muertos comprendidos en la mortandad general y los 5,030 nacidos: 44'05 muertos por cada 100 nacidos.

Entre los nacidos y 190 fetos nacidos muertos: 3'77 por cada 100 nacidos.

Natalidad diaria	13'78.
Mortalidad diaria	19'55.
Idem con la tropa	27'99.
Idem diaria de niños	6'07.

EN LA HAMACA.

A Juan Toro.

Qué descansada vida
la del que huye el mundanal ruido...!

L. de Leon.

En la hamaca la existencia
dulcemente resbalando,
se desliza.
Culpable ó no mi indolencia,
mi acento su influjo blando
Solemniza.

Goce el Sultan en reposo
los infinitos placeres
del haren,
y en éxtasis voluptuoso
fórjese, entre sus mujeres,
un Eden.

No su fabulosa tierra
envidio, ni su radiante
cielo azul,
ni los primores que encierra
el Serrallo deslumbrante
de Stambul.

Y su poder no ambiciono,
ni le temo cuando estalla
su furor
y humilla, desde su trono
al pueblo que tiemba y calla
de pavor.

Que es tan vívido el Sol mio,
tan expléndido mi suelo
tropical,
y en mi rústico bohío
bríndame próvido el Cielo
dicha tal,

que si el Turco sorprendiera
los encantos de la oscura
vida mia,
su imperio al punto me diera
por gustar de mi ventura
solo un dia!

Sobre pintoresca loma,
en el centro de frondoso
platanal,
por cuyas cepas asoma
el mas limpio y bullicioso
manantial,

pobremente construido,
léjos del hombre, entre mares
de verdor,
do solo suena á mi oido
de las séibas y palmares
el rumor,

levanta su tosco muro
el hogar donde, en sabrosa
languidez,
tan suaves goces apuro,
que no más anhelar osa
mi avidez!

¡Cuán grato es vivir en calma
consigo mismo, sin penas
que gemir,
y en su mundo absorta el alma,
el curso del tiempo apénas
percibir!

O del tiple al eco blando,
de amor finjidas congojas
exhalar,
ó adormecerse escuchando
el céfiro entre las hojas
susurrar!

¿Qué me importa que, opulento,
un Sultan dulces caricias
goce ó no,
si en el plácido aislamiento
de mi choza mil delicias
tengo yo?

Aquí, de perfumes llena,
la brisa el calor aplaca
sin cesar,
y mi conuco, sin pena,
puedo, tendido en la hamaca,
vigilar.

O del conuco me olvido
y sin deberes tiranos
soy feliz,
ya calme el tierno gemido
de mis tórtolas con granos
de maiz,

ya de las piñas el zumo
libe, ó la caña jugosa
miel me de,
del tabaco aspire el humo,
ó la esencia deleitosa
del café.

O me duermo al vaiven lento
de la hamaca, ó me recrea
contemplar
cómo al impulso del viento
el cañaveral ondea
cual un mar.

O sorprendo el pajarillo
su nido en la séiba añosa
fabricando,
ó admiro el cambiante brillo
del sun-sun sobre una rosa
palpitando.

O la imágen me extasía
del único ser que impera
sobre mí,
de Amelia, la gloria mia,
trigueña más hechicera
que una hurí.

¡ Feliz quien, con embeleso,
sueña en las dulces patrañas
del amor.....
y duerme la siesta al beso
de las brisas, de las cañas
al rumor!

Desprecie el remanso y cuide
de vencer el oleaje
mundanal,
quien, por su desgracia, olvide
que es bien corto nuestro viaje
terrenal:

yo, que advierto cuán de prisa
se cruza el piélago, apénas
remaré,
y al soplo de blanda brisa,
por aguas siempre serenas
bogaré.

Respete el rayo mi techo,
la fresca lluvia fecunde
mi heredad,
viva yo dentro del pecho
de Amelia, de amor me inunde
su beldad,

gima el bosque, suene el rio,
ostente todas sus galas
el Abril,
colúmpieme en mi bohío
y arrebátenme en sus alas
sueños mil.....

y las mentiras del mundo
jamás mi dulce reposo
turbarán,
y en mi retiro profundo
seré siempre mas dichoso
que un Sultan!

D. V. T.

1871.

EL LIBRO DE LAS EXPIACIONES.

YUGURTA.

I.

Consejos.

Acababa de perecer Numancia, la heróica ciudad apellidada por Bossuet *Segundo terror de los romanos.* A la luz del sol que se trasponía, estaba contemplando Scipion Emiliano con lástima intensa, hasta con remordimiento, los carbonizados restos de su víctima y pensaba que era demasiado singular, demasiado terrible destino el suyo, que por base de su renombre, ponia la destruccion de Cartago y Numancia, (*) memorable por su comercio y opulencia la primera, por su indomable energía la segunda. Exaltándosele la imaginacion, parecíale ver, en las paredes que á lo lejos se alzaban tétricamente sobre los escombros de los edificios, espectros que, clamando por venganza, tendian al cielo sus brazos; los susurros del aura le resonaban como gemidos exhalados desde aquel ensangrentado cementerio, desde aquel tremendo altar erigido á la Libertad. "¡Roma, augusta madre, exclamó Scipion, como hijo y militar, te obedecí extrictamente, exigiendo á Numancia su independencia ó su vida; más ¡cuánto deploro que no le hubieses brindado con tu amor, que tan bien merecia! ¿Nos perdonará Nemesis esta inmolacion?"

Acercóse, en esto, á Scipion un jóven de moreno y admirable rostro, de ojos donde fulguraban la resolucion y la inteligencia, de cuerpo en el

(*) En su discurso *Pro lege Manilia* dice Ciceron: *duas urbes potentissimas, quæ huic imperio maximè minabantur, Carthaginem atque Numantiam.*

cual se reunian el vigor y la gracia: era Yugurta, sobrino del rey númida Micipsa. Ningun ginete de su patria, con tenerlos tan hábiles esta, manejaba como él un caballo; ningun guerrero le superaba en intrepidez ni en el uso de las armas; ni conocian los tigres y leones mas feliz enemigo. En la tienda de campaña y el taller, en el palacio y la choza, narrábanse sus proezas, se enaltecian sus dotes, lamentando que no rigiese el Estado héroe tan capaz de proporcionar á Numidia deslumbrantes dias de gloria y poderío.

Sentáronse en una piedra Yugurta y el ilustre caudillo romano. Así habló este con solemne tristeza:

—Yugurta, ya he cumplido contigo como jefe tuyo, participando al Senado cuán preciosos servicios te debe Roma, felicitando á tu tio por tener sobrino de tanto mérito y ciñendo tus sienes con bien ganada corona.

—Tu aprobacion y tu afecto son para mí la mas alta recompensa.

—Ahora llega el turno del amigo, del que te profesa leal y profundo cariño. No puedo verte partir sin hacerte advertencias que yo dirijiria á un hermano, á un hijo. Los dioses te han concedido magníficas dotes de alma y cuerpo; mas, ay! han permitido que con ellas se mezcle la ambicion. Ménos fácilmente la vencerás que á las fieras de tu país; pero, si quieres, tuya será la victoria, que en tu corazon cabe esfuerzo para las mas graves empresas. Es la ambicion una hidra que señala con catástrofes su paso. Ahí tienes á Numancia: florecia venturosa, llena de vida y dignidad: la ambicion de Roma clavó en ella sus ávidas pupilas y desapareció Numancia envuelta en sangre y llamas. ¿Qué ha ganado Roma? destruir á la que hubiera podido convertir en excelente aliada, dar un paso más hácia el abismo en que ha de sepultarse: ¡sabe Júpiter con qué dolor inmenso lo preveo! Medita, medita, caro amigo, la tragedia de Numancia, que mucha enseñanza contiene.

Sé que varios intrigantes de mi ejército han estimulado tu ambicion, te han aconsejado que, al morir tu tio, olvides que deja dos hijos y empuñes el cetro para el cual es tan á propósito tu diestra.

—¿Me crees capaz de una usurpacion?

—La embriaguez de la pasion y los malos consejos hacen prodigios. Desecha fatales sugestiones, respeta el derecho, respeta á Roma, que en medio de su creciente corrupcion, en medio de sus crímenes, aun conserva virtudes, aun recuerda que es la madre de Cincinato. Pactos antiguos la ligan con Micipsa y sabrá cumplirlos. Sí, como te han dicho, hallarás senadores á quienes sobornar, tropezarás con otros que reprueben la usurpacion, apoyados por el pueblo. En cuanto á realizarla á viva fuerza, pugnando con Roma, ni lo sueñes: tanto diera luchar con Júpiter.

Mil ocasiones de obtener fama te reserva tu mérito, el cual es imposible que te deje en la oscuridad. Piensa en la íntima y serena satisfaccion que nos ofrece el voluntario cumplimiento del deber; piensa en la

gloria del varon que, á la manera de Cincinato y Epaminondas, es la providencia de su pátria en dias de tribulacion y, disipada esta, es en el hogar un modelo, que con veneracion admiran las familias. ¡La justicia humana dormita á veces; Nemesis nunca, nunca!

Tras haber lidiado juntos y haber disfrutado juntos de gratas horas, nos vamos á separar acaso para siempre: tal es la vida. Recuerda mis consejos; recuérdalos en obsequio mio siquiera. Mi alma te seguirá desde léjos para llorar tus extravíos ó regocijarse con tu cordura, con tus proezas.

—Ilustre amigo, jamás olvidaré tus consejos, te lo juro.

En esto pasó una lechuza lanzando siniestro chillido. Sobrecojiéronse ambos guerreros, pues era extremada la supersticion en aquel tiempo, y, silenciosos, pensativos, se encaminaron al campamento.

II.

UNA CARTA.

Lucio Balneator saluda á su caro amigo Marco Bibulo.

Al salir de nuestra humilde Pompeya para visitar por vez primera la grandiosa metrópoli de tantos pueblos, no sospechaba yo que en breve presenciaria nada ménos que el triunfo de nuestro insigne general Mario y la degradacion del rey númida Yugurta. Te escribo profundamente impresionado y sintiendo que no corresponda al asunto la pobreza de mis frases.

El rey de Numidia Micipsa, notando el prestigio y la impaciente ambicion de su sobrino Yugurta, creyó preservar á sus hijos Hiempsal y Adherbal, nombrando coheredero al popular guerrero, tan señalado ante Numancia. Sin embargo, no satisfecho Yugurta, hizo asesinar al mayor de sus primos y, superando la resistencia del menor y sus parciales, se vió dueño de toda la monarquía. Invocada entónces por Adherbal la intervencion de Roma, esta dividió entre ambos competidores el reino; pero, gracias al soborno, consiguió Yugurta la porcion más ventajosa y, en breve con un pretexto, declaró la guerra á su primo y la continuó, á despecho de la mediacion romana, que él distraia con efugios y embustes. Habiendo capitulado Adherbal en Cirta, le hizo matar con torturas extraordinarias. ¿Quien hubiera imaginado tanta perfidia y crueldad en el brillante amigo de Scipion Emiliano?

Irritada Roma con el descomedimiento del rey africano y la inmolacion de los descendientes de sus buenos aliados Masinisa y Micipsa, envió á Numidia un ejército regido por el venal Calpurnio Bestia, cuyo valor y pericia se aletargaron con el oro de Yugurta. El cónsul Albino y, mas

adelante, su hermano Aulo probaron á costa suya el denuedo, la diligencia y astucia de su antagonista, el cual impuso la deshonra del yugo á las legiones de Aulo. A vengar la afrenta voló el íntegro, hábil y valeroso Metelo con tropas superiores á las númidas en esfuerzo y disciplina. Conoció en dos recias batallas la importancia de su enemigo; en ambas venció; pero, despues de la segunda, levantó el sitio de Zama. Entónces trató de acabar la guerra seduciendo á Bomilcar para que entregase á Yugurta, de quien era favorito; pero frustróse el proyecto, acarreando la muerte del traidor. ¡Cuán terrible se hizo la situacion del usurpador! por un lado iba perdiendo terreno; por otro, el temor de nuevas felonías le atormentaban de dia y luego, por la noche, perseguíale con horrorosas pesadillas! Agravó la turbacion de su ánimo un prodigio: hallábase en Thala, previendo con deleite la destruccion del ejército romano, que, buscándole, habia osado internarse en un vasto desierto. Ya las abrasantes arenas, el sol, y, más aun, la sed, la apremiante sed, hacian inevitable la catástrofe, ya no abrigaban esperanza alguna ni jefes ni legionarios, cuando sobrevino copiosa lluvia, mas rara allí que amigos en la desgracia. No concluyó todavía la prolongada lucha: Bocco, rey de Mauritania, suegro de Yugurta, dió á este refuerzos además de asilo. Antes que rendirse, pereció Thala en las llamas, heroismo que ha permanecido oscuro, porque tambien en la gloria influyen los caprichos de la suerte.

Reemplazó Mario á Metelo y tuvo que hacer grandes esfuerzos de inteligencia y bravura para quebrantar á Yugurta.—Sila, notabilísimo teniente de aquel y tan consumado en armas como en intrigas, consiguió que Rocco entregase cargado de cadenas á su aliado, á su yerno! Por medio de la traicion se habia apoderado Yugurta de su primo Adherbal; por medio de la traicion habia quitado á Hiempsal la vida! ¿Qué malvado quedará impune, qué culpable prosperidad habrá de subsistir, si vela Nemesis, la terrible hija de Júpiter y la Necesidad? Todos los datos precedentes he juzgado oportunos ántes de bosquejarte, predilecto amigo, la ceremonia de ayer,—el triunfo de Mario.

Desde el campo de Marte hasta el Capitolio, principio y término de la procesion respectivamente, ¡qué muchedumbre, tan alegre como curiosa, bullia en calles, árboles y tejados! El aroma de flores profusamente regadas en el suelo mezclábase con el olor del incienso quemado en numerosos altares. Cesó de improviso el fragor de océano producido por los movimientos, gritos y palabras del incalculable gentío: empezaba el acto. Aparecieron primeramente músicos y cantores, bueyes destinados al sacrificio, los despojos cojidos en la campaña, cuadros con vistas de Numidia y despues, despues Yugurta cargado de prisiones. ¡Qué caida! qué magnífico porvenir deshecho! Su rostro parecia petrificado; en sus ojos se descubria un abismo de odio y desesperacion impotentes. Cómo existía ese hombre? Tras él venian lictores con haces coronadas de laurel; hombres

disfrazados de sátiros, un pantomimo que, con miradas y gestos, insultaba al rey prisionero, individuos con pebeteros encendidos. Estrepitosas aclamaciones saludaron á Mario, que se mostró luego en un carro dorado, del cual tiraban cuatro caballos blancos. Llevaba una toga de púrpura, bordada de oro; en la cabeza una corona de laurel; una rama de lo mismo en la diestra; en la izquierda, un cetro de marfil; en el cuello, una bolita de oro, como preservativo de la envidia. Un esclavo ricamente ataviado se acercaba con frecuencia al oido del General para decir estas palabras: «Acuérdate de que eres hombre.» Rodeaban el carro triunfal ciudadanos vestidos de blanco, los tenientes y los tribunos del ejército victorioso. Este, coronado de laurel, ya gritando *Jo triumphe!*, ya cantando alabanzas á sí propio y á su caudillo, ya lanzando á este alguno que otro epígrama, cerraba la procesion.

Al avistarse el Capitolio, mandó Mario suspender la marcha para que los lictores condujesen á Yugurta á la cárcel Mamertina, donde, segun sentencia del Senado, ha de morir de..... hambre! Probablemente muchos senadores comprados por él cuando poseia tesoros, apoyaron con su voto tan execrable fallo. Los lictores desgarraron la túnica del Monarca y á empellones le llevaron al lugar designado. Allí, con feroz precipitacion, le arrancaron los extremos de las orejas por quitarle cuanto antes unas argollas de oro, le desnudaron y, por una abertura practicada en el techo, pues ese lóbrego calabozo ó más bien, tumba, carece de puerta, le arrojaron como una piedra en una sima. ¿Has soñado Bíbulo, nada más horroroso? Oh contraste! Mario, entre tanto, siguió hácia el Capitolio, donde, habiendo depositado una corona de oro en el regazo de Júpiter é inmolado víctimas, disfrutó del más soberbio banquete. Despues le acompañaron á su morada con músicas y con antorchas encendidas. Los plebeyos están locos de júbilo con la grandeza, la casi apoteosis de un hijo del pueblo; los patricios rabian, pero disimulan. Sila se queja de que su general le haya usurpado el premio.

Te he escrito una carta inmensa; pero confío en que no me censures, en gracia del motivo. Pásalo bien. Kalendas de Enero.

III.

EN LA CARCEL MAMERTINA.

Yugurta.

«Dos dias deben haber trascurrido ya, desde que esos inexorables romanos me sepultaron en esta lóbrega y helada tumba, donde en breve yaceré sin vida. Sí, esta sed, que reseca y abrasa mis fáuces, mi boca; esta hambre que me tortura con aceradas garras, acabarán pronto mi existen-

cia. Oh! cuanto diera por agua, por un poco de agua fresca, pura, brillante! Cómo incita el agua! qué bella es! Y nunca más la veré, nunca más humedeceré con ella estos lábios más secos que las arenas de Libia.....! Agua, agua por compasion.....! Quién vá á oirme.....? Ay! qué vértigo! ¡cómo se debilita mi cabeza.....!

Envidio las fieras del circo que perecen peleando ante inmenso concurso, á la luz del sol, sin lenta agonía! Ni á los esclavos matan de este modo.....!

Madre mia, madre mia, si me vieras ahora.....! Desdc el otro mundo, adonde te lanzó un asesinato, ¿qué piensas de esto, Scipion? Trágico fin ha cabido á los dos héroes de Numancia; pero cuánto más á mí! Si hubiera seguido yo tus consejos.....!

Cobardes! infames! á traicion me hicieron prisionero; con la crueldad de los cobardes me quitan la vida! Oh! si yo tuviese aun mis aguerridos soldados, mi caballería, impetuosa y formidable como el simun! Quiero probar nuevamente fortuna, quiero poderío, quiero..... Ay! adonde corro? Me niegan paso estas paredes, infernalmente impasibles y duras! Y he de morir así cuando mi vigor, mi energía, mi inteligencia, están pidiendo espacio, empleo! Por qué se agotaron mis tesoros? Yo hubiera acabado de comprar á ese senado romano, tan corrompido como altanero!

¡Y no hay lenitivo á este fuego que me consume las entrañas.....! ¿Y cómo han olvidado esos ingratos romanos mis hazañas en el sitio de Numancia? ¡Dioses, devolvedme la libertad y mis huestes para que me vengue yo de Roma y despues, indemnizaos, si os place, con siglos de tormentos en el Averno.....! ¿Qué lucesillas son estas que vagan en torno mio.....? Ah! mi vista se resiente de mis padecimientos.....

¿Quiénes sois vosotros que venis á contemplar tanta infelicidad y dolor? Te conozco, implacable diosa: eres Nemesis! y tú,—Hiempsal! y tú; —Adherbal! Ay! ay de mí! Con qué fruicion me estais mirando en este abismo de torturas y vergüenza, rivales mios! Pero aun estoy vivo! con mis brazos os ahogaré, con mis uñas os desgarraré! Vais á verlo! Ah! huis! cobardes siempre! O rabia! no puedo tenerme en pié..... Y volveis, sombras abominables.....? Ni una gota de agua! ni una! Con los dientes me abriré las venas y engañaré con sangre esta sed.....! ¿Todavía apeteces más, Nemesis?»

A los seis dias de horrendo suplicio espiró Yugurta, rey de Numidia.

EMILIO BLANCHET.

EL CONDE KOSTIA.

XIII.

Aquel dia pasó Gilberto una hora larga en su ventana. Lo que fijaba su atencion no era ni el Rhin, ni el precipicio, ni las montañas, ni las nubes. El espacio estrecho en que se confinaban sus miradas, estaba limitado al Poniente por la gran torre cuadrada, al Mediodia por una pared, al Norte por una canal. Quiero decir, que el objeto de sus contemplaciones era un techo muy irregular, muy accidentado, ó para hablar más exactamente, dos techos adyacentes y paralelos, más elevado uno que otro doce piés, y bajando ámbos por una pendiente rápida hácia un temible precipicio.

Al cerrar la ventana se dijo:

—Con todo, es ménos difícil de lo que pensaba: bastarán dos escalas de cuerda. ¡A la voluntad de Dios!

Hallándose demasiado indispuesto M. Leminof para abandonar su cuarto, comió solo Gilberto en su torrecilla, despues de lo cual fué á pasear por las orillas del Rhin. En el momento en que desembocaba del sendero al camino real, vió aparecer á treinta pasos de él á Estéfano y á Ivan. Al momento el jóven hizo un gesto de cólera, y apartando el rostro, lanzó su caballo á rienda suelta. Gilberto no tuvo tiempo sino de saltar al foso y evitar el choque. Al pasar por delante de él le miró Ivan con aire triste, sacudió la cabeza y se llevó el dedo á la frente, como para decir: «Se le debe perdonar todo; su pobre espíritu está muy enfermo!»

Gilberto no tardó en volver al castillo y al alcanzar la entrada del corredor, vió al siervo que, apoyado contra una de las hojas de la puerta, parecia estar de centinela.

—Mi querido Ivan, le dijo aproximándose, parece que esperas á alguno·

—Os he sentido venir, respondió, y os tomaba por Uladimir Paulitch.

El ruido de vuestros pasos me ha engañado; por lo comun no teneis el paso tan medido.

—Eres un fino observador, respondió Gilberto sonriendo; pero dime, ese Uladimir Paulitch.....

—Es un médico de mi país. Permanecerá dos meses con nosotros. El *barine* le ha escrito hace quince dias. Sentia que el mal le acometia. Uladimir Paulitch ha partido en seguida, y antes de ayer ha escrito desde Berlin que estaría aquí hoy por la tarde. Ese Uladimir es un médico que no tiene igual; estoy impaciente por verle llegar.

—Dime, mi buen Ivan, ¿tu jóven amo está en el jardin?

—Está allá abajo, bajo el fresno lloron.

—¡Pues bien! es necesario que me permitas conversar un instante con él. Llevarás tu condescendencia hasta no decir nada á Kostia Petrovitch. Sabes que él no puede vernos; está en cama, y suponiendo que llegue á levantarse, sus ventanas dan á un patio interior.

La frente de Ivan se plegó.

—¡Imposible, imposible! respondió.

—¿Imposible? ¿Por qué? Porque no quieres.

—Y áun cuando quisiera, ¿creeis que Estéfano consienta en ello? ¿No sabeis cuanto os detesta? Bastaria el sonido de vuestra voz para ponerlo en fuga. Tiene el humor muy triste y muy brusco hoy. ¿No recordais como ha lanzado su caballo sobre vos? Hemos partido esta mañana á las ocho. Generalmente le gusta galopar, hacer caracolear á *Soliman;* hoy le ha llevado al paso; no despegaba los labios. ¡Ni una palabra, ni una sílaba! Con la cabeza baja, no oia nada, no miraba nada. A medio dia, nos detuvimos en una posada para almorzar. No queria comer y tuve que obligarlo. Solo despues de haber vuelto á montar salió de su silencio; pero hubiera sido preferible que se callara. ¡Ah! ¡si el padre Alejo le hubiera oido! Blasfemaba contra el cielo y se maldecía cien veces por no haber tenido valor para matarse. Luego, un momento despues, «Bien pensado, me alegro de no «haber muerto; todavía puedo vengarme de mis enemigos. Y por lo demas «si no lo consigo, el pesar me matará, Ivan. ¿Qué necesidad hay de vene«no? Antes de diez meses habré muerto.»

—Ivan, mi buen Ivan, dijo Gilberto, es absolutamente necesario que hable á tu jóven amo. A pesar mio, ha sido causa de que haya sufrido una humillacion cuyo recuerdo le exaspera. Se engaña acerca de mis sentimientos, me atribuye las peores intenciones y será para él en lo adelante un suplicio verse condenado á sentarse todos los dias en la misma mesa que yo. Déjame explicarme con él: en dos palabras le haré comprender quien soy y que no le deseo mal alguno.

La discusion se prolongó durante algunos minutos. Al fin cedió Ivan,

pero con condiciones. Gilberto se comprometió solemnemente á no poner de nuevo á prueba su buena voluntad.

—De otro modo, dijo Ivan, si tentarais otra vez hablarle en secreto, no le dejaré salir más, tendrá que quejarse de vos entonces. En ese caso tendrá derecho para consideraros como un enemigo.

Por su parte, el siervo prometió que el conde ignoraria aquella entrevista.

«Recuerda bien, hermano, continuó, que es la última complacencia culpable que obtienes de mí. Eres un hombre de corazon, pero en ciertos momentos se diria *que has comido belladona*!.....»

Estéfano habia abandonado el banco circular en que estaba sentado recostado contra el parapeto del terrado, con los brazos pendientes, la cabeza caida sobre el pecho, era tan profundo su ensueño, que Gilberto pudo aproximarse hasta á diez pasos de él sin que le apercibiera; pero de repente, volviendo en sí, levantó vivamente la cabeza é hirió la tierra con el pié.

«¡Idos, exclamó, idos, ó suelto á Voraz!»

Voraz era el nombre del bulldog que le acompañaba de noche, y que en aquel instante estaba acurrucado en el césped, á algunos pasos de distancia. De todos los perros que guardaban el castillo era el más fuerte y el más terrible.

«Lo veis, dijo Ivan reteniendo á Gilberto por el brazo, nada teneis que hacer aquí.»

Gilberto se desprendió con suavidad y continuó avanzando.

«Quitaros de mi vista, repuso Estéfano, ¿porqué venis á perturbar mi soledad? ¿quien os dá derecho para acosarme? ¿cómo os atreveis á afrontar mis miradas despues de.....?»

No pudo decir mas; la emocion y la cólera le cortaron la voz. Durante algunos instantes, miró alternativamente á Gilberto y al perro; luego, cambiando de intencion, hizo un movimiento para escapar: Gilberto le cerró el paso.

«Concededme un momento de audiencia, le dijo con voz dulce y penetrante; os traigo una buena noticia.

—¡Vos! exclamó Estéfano, y repitió:

«¡Vos! ¡vos! ¡una buena noticia!

—¡Yo! dijo Gilberto, porque vengo á anunciaros mi próxima partida.»

Estéfano abrió mucho los ojos y retrocedió lentamente hasta el muro, donde recostándose de nuevo:

«¡Cómo! ¡partís! ¡Ah! ciertamente la noticia es tan excelente como imprevista; pero os tomais un trabajo inútil, no era necesario prevenirme. Vuestra partida ¡gran Dios! me lo hubieran advertido muchas horas de antemano la ligereza del aire, la claridad más viva del sol, no sé que alegría esparcida por todo mi sér. ¡Oh! comprendo, no habeis podido resis-

tir el ultraje que por órden mia os hizo el excelente Fritz. La reparacion os ha parecido insuficiente; teneis razon, porque, lo juro por San Jorge mi corazon no se ha excusado con vos. ¡Yo, de rodillas ante vos!..... ¡Horror y misericordia!..... Ayer os lo dije, no he hecho más que ceder á la fuerza..... ¡Dios mio! es como si en este instante os hiciera derribar á mis pies por mi bulldog.»

Gilberto no contestó nada. Se contentó con sacar de su cartera y presentar á Estéfano la carta que le habia escrito la víspera.

«¿Qué tengo que ver con este papel? dijo Estéfano con un gesto de desden. Me habeis dado vuestra noticia, eso me basta. Todo lo que me dijerais de más aguaria mi dicha.

—¡Leed! dijo Gilberto. Me dispongo á produciros un placer tan grande, que bien podeis hacerme uño pequeño.

«Estéfano titubeó un momento; pero era tan profundo el fastidio habitual de su vida que la necesidad de distraccion pudo mas en él que el odio y el desprecio.

¡No está mal esta carta! decia leyendo. Su estilo es elocuente, vuestra letra tambien es admirable; de buena gana la compararia con el nudo de vuestra corbata; ambos son tan correctos que no se pueden soportar.»

Gilberto se llevó sonriendo la mano á la corbata, y desatándola, dejó colgar las dos puntas sobre su chaleco.

«No vale la pena de molestaros, prosiguió Estéfano, ¡nos queda tan poco tiempo para estar juntos! ¡Por favor, ¡no renuncieis por mí á vuestros mas caros hábitos!

Así el lazo de vuestra corbata, como vuestra letra, cuadra perfectamente con toda vuestra persona. Supongo que no quereis sin embargo, por complacerme, rehaceros por completo de pié á cabeza; la empresa sería considerable.....»

Gilberto le dejaba hablar y no se cuidaba de enfadarse, porque observaba con alguna satisfaccion que Estéfano, despues de haber leido su carta, se ponia á leerla de nuevo.

«¡Qué encantadoras están estas últimas líneas! repuso el jóven, despues de un momento de silencio.

«¡Te juro que mis ojos estaban llenos de lágrimas!»

«¡Preciosas lágrimas! ¿las habeis contado?..... Sin embargo, seré indulgente, porque hay una palabra que me encanta en este elocuente billete. Veo que habeis tenido el talento de adivinar que mis pretendidas escusas no lo eran. Y luego lo que es admirable..... Estimado señor, ¿á qué hora partis? ¡Oh! ¡decidme la hora! Quiero saber la hora; quiero asistir en persona á esa escena deliciosa y conmovedora..... ¡Ah! benditos, benditos sean en los siglos de los siglos todos los que os ayuden á preparar vuestros paquetes, el comisionista que se los eche al hombro, los seis caballos que os lleven á todo galope, el cochero que los anime con la voz

y con el fuete, el coche que traquee vuestra cara persona en todos los carriles del camino! Y sobre todo mil felicidades, mil bendiciones, mil acciones de gracias para el amable torbellino de polvo que allá abajo, al primer recodo del camino, ocultará para siempre de mi vista á uno de los hombres que más me han hecho sufrir, y que odio desde lo más profundo de mi alma.....!

—Os lo suplico, reponeros, respondió Gilberto tranquilamente, y dejadme hablar. He hecho un pequeño cambio en mi programa: no será mañana cuando partiré. Me he concedido una próroga de ocho dias.

El rostro de Estéfano se puso sombrío y su mirada se tornó feroz.

«Os juro aquí, por mi honor, replicó Gilberto, que de aquí á ocho dias partiré para no volver más, á ménos que vos mismo me supliqueis que me quede.

—¡Qué atrocidad! ¡y cuán sabiamente urdido está este pequeño complot! Todo lo adivino. A fuerza de amenazas, de violencias, esperan obligarme por segunda vez á doblar la rodilla ante vos y exclamar con las manos juntas: ¡Señor, en el nombre del cielo, conservadnos el favor de vuestra presencia preciosa!..... Pero eso es una cobardia que no haré nunca! ¡Antes morir! ¡antes morir...!

—¡Os conjuro, no delireis así! Vuestro padre, por mi conciencia, no sabrá jamás una sola palabra de lo que acabamos de decir, vos y yo. No sé lo que pueda comprender Ivan; pero me ha jurado el secreto, y me fio en su palabra. Al pediros un plazo, quiero dejaros solamente tiempo para reflexionar. Una semana no es un siglo. De aquí á ocho dias, me direis al oido una de estas dos palabras: «¡Partid!» ó bien «¡Quedad!» y me conformaré sin titubear con vuestro deseo. Añado que si persistis en despedirme, alejaré por mi parte razones en que no entrareis para nada.

Mientras que Gilberto hablaba, Estéfano habia tenido obstinadamente fijos sus ojos sobre él. A esas últimas palabras soltó una carcajada.

«¡Oh¡ ¡ahora si que es demasiado! Si no sois un infame, caballero, sois un lunático. ¡Cómo! sois capaz de imaginaros.....

—Sí deseo que espereis algunos dias antes de tomar una decision, replicó Gilberto con calma, es porque no me conoceis aún ¿Quién sabe sino existe entre nosotros una secreta conformidad de carácter y de inclinaciones que no sospechais, y de donde nacerá con el tiempo una amistad perfecta?»

Estéfano le miró de arriba abajo con desprecio.

—Delirais, caballero, respondió con tono glacial. Excusad vuestras paparruchas; mi fiereza no me permite oir más.

Y tratando Gilberto de tomarle la mano, se alejó vivamente algunos pasos.

—¡Una palabra solamente! repuso Gilberto sin desanimarse. Sometedme á alguna prueba. ¿No tendriais algun capricho que estuviera en mi mano satisfacer?.....

Y, mostrándole con el dedo nn fragmento de cuarzo blanco que se hallaba á cuatro piés más abajo del parapeto, en el mismo lugar en que comenzaba el precipicio:

—Mirad ese bonito trozo de cuarzo, le dijo, ¿quereis que vaya á buscarlo?

Estéfano no se dignaba volver la cabeza, y sin embargo, el giro inesperado que acababa de tomar la conversacion le causaba una sorpresa mezclada de emocion.. No se cuidó de ocultarla.

—¡Echaos á mis piés, gritó impetuosamente; arrastraos en el polvo, besad la tierra en mi presencia, pedidme gracia y perdon! Con esas condiciones os concederé, no seguramente mi afecto, sino mi indulgencia y mi piedad.

—¡Imposible! respondió Gilberto sacudiendo la cabeza. Soy como vos; no podria arrodillarme sin obligarme á ello uno más fuerte que yo. ¡Oh! ¡nó! De esta manera perderia hasta la esperanza de ser estimado por vos algun dia. Así en la prueba á la cual deseo que me sometais, quisiera que hubiera algun peligro que arrostrar, alguna dificultad que vencer.

Estéfano no podia ya disimular su asombro. Desde que habia nacido, no le habian hablado nunca de tal manera. Sin embargo, la desconfianza y el orgullo triunfaron en él de cualquier otro sentimiento.

«¡Puesto que lo quereis!..... dijo mofándose, y sacó un guante de piel de uno de sus bolsillos, lo estrujó entre sus manos y se lo arrojó al bulldog que lo recibió en la boca y lo retuvo en ella.

«Voraz, le dijo, tienes entre los dientes el guante de tu amo, guárdalo bien; me respondes de él.....»

Luego, volviéndose hácia Gilberto:

«Caballero, ¿tendriais la bondad de traerme mi guante, que ese animal me ha arrebatado? Os lo agradecería infinito.

¡Ah! ¡al fin esta es la prueba á que quereis someterme! le respondió Gilberto con la sonrisa en los lábios.

Estéfano le miró de frente. Por primera vez, no pudo dejar de notar la nobleza de su fisonomía y la admirable limpidez de su mirada. La cara de Gilberto se habia vuelto transparente; y hubiera revelado á los ojos menos perspicaces la fiereza de su carácter maduro por los combates de la vida; la pureza de su corazon predestinado á una juventud eterna. Estéfano experimentó una turbacion involuntaria que trató vanamente de disimular con el tono jocoso con que replicó:

«No, caballero, no se trata de una prueba, sino de una chanza que vos y yo harémos bien en no llevar mas adelante. Ese animal no es amable. Si por desgracia le irritárais, me seria imposible, á mí que soy su amo, calmar su furor. Dignaos, pues, dejar mi guante donde está y volved tranquilamente para vuestro gabinete á meditar en algun problema importante de la historia byzantina. Esa será una prueba menos peligrosa

y más proporcionada á vuestras fuerzas. Buenas noches, caballero, buenas noches.

—¡Oh! dispensad, replicó Gilberto, ¡estoy resuelto á llevar á cabo la aventura.....!

Y, rechazando dulcemente á Estéfano, que trataba de retenerle, marchó derecho al bull-dog.

«¡Cuidado! gritó el jóven estremeciéndose, no toqueis á ese animal ó sois hombre muerto!»

«¡Cuidado! repitió Ivan, quien, no habiendo comprendido sino á medias lo que se habia hablado, recelaba apenas las intenciones de Gilberto. ¡Cuidado! ese perro es una verdadera bestia feroz.»

Sin embargo, Gilberto, cruzándose de brazos, se inclinó lentamente hácia el bull-dog fijando sus ojos en los suyos, y en el momento en que creyó que, desconcertado por la fijeza de su mirada, el animal soltaria mas fácilmente la presa, le arrancó vivamente el guante y lo agitó en el aire en la mano derecha. En el mismo instante, Voraz lanzó un ahullido de rabia y brincó para lanzarse á la garganta del raptor. Gilberto dió un salto hácia atrás cubriéndose con el brazo izquierdo, y la boca del perro no hizo sino rozarle el hombro. Y sin embargo, cuando volvió á caer en tierra, tenia entre los dientes una larga tira de paño, un pedazo de lienzo y un pedazo de carne sangrienta. Ebrio de furor, el bull-dog se revolcó en el césped con aquella presa que trabajo le costaba devorar, y de repente, como sobrecogido de un acceso de locura frenética, se alejó en direccion del castillo dando vueltas sobre sí mismo; pero, llegado que hubo al pié de la torrecilla, buscó con la vista á su enemigo y volvió á partir como una saeta para lanzarse de nuevo sobre él.

«¡Echad el guante al suelo, gritó Ivan, y trepaos sobre el fresno!

—¡No daré el guante sino á quien me lo ha pedido! respondió Gilberto.

Y, ocultándolo en el seno, sacó un cuchillo del bolsillo. No habia tenido tiempo de abrirlo cuando el dogo, con el pelo erizado, la boca espumosa, estaba ya á tres pasos de él, para lanzarse; pero á penas fué á levantarse volvió á caer con la cabeza hecha pedazos. El hacha que llevaba Ivan en la cintura acababa de caer sobre él como un relámpago. El terrible animal en vano trató de levantarse, rodó revolcándose en el polvo y exhaló la vida con un ronco y formidable rugido.

«¡Gracias, mi buen Ivan!» dijo Gilberto apretando la mano del siervo.

Luego, aproximándose á Estéfano, que, inmóvil en medio del jardin temblaba de pies á cabeza y ocultaba la cabeza en sus manos:

«Hé aquí vuestro guante, le dijo con voz cariñosa. Tranquilizaos, aun estoy vivo. Desgraciadamente estoy condenado á proporcionaros siempre disgustos, vuestro perro ha muerto, y soy causa de que Ivan le haya matado. ¿Podriais perdonarmelo?»

Estéfano se quitó las manos del rostro y tomó el guante esforzándose por sonreir; pero á la vista del brazo mutilado y ensangrentado de Gilberto:

«¡Oh! ¡horrible llaga!» gritó mostrándola con el dedo.

Y le dió de repente un síncope: sus rodillas vacilantes le hubieran faltado á no sostenerle Ivan.

«Hermano, dijo el siervo á Gilberto, bonita la has hecho! ¿No tenia yo razon al decirte que algunas veces comías belladona? Mira, el muchacho está casi desvanecido, es necesario que le lleve muy pronto á su torre..... Tu herida sangra mucho, aprieta tu pañuelo alrededor del brazo..... ¡Bien, así! Entretanto, ven prontamente á abrirnos la puerta de la escalera secreta y ¡ojalá no encontrara á nadie en el corredor! Vamos, pronto, y tan pronto como mi jóven *padre* haya vuelto en sí, iré á reunirme contigo á tu cuarto para desnudarte y vendarte.»

Gilberto se encaminó rápidamente hácia la puertecita y, habiéndola abierto, dejó pasar por delante á Ivan, que subió en tres saltos la escalera y se lanzó por el corredor con su precioso fardo.

Llegado á su cuarto, Gilberto quiso examinar su herida; pero habia perdido tanta sangre, y al probar separar de la herida el pañuelo que se habia adherido á ella, experimentó un dolor tan vivo, que se sintió desfallecer á su vez. Una nube cubrió sus ojos, no tuvo tiempo sino para echarse en una silla que se hallaba á la cabecera de su cama, y, dejando caer la cabeza sobre el cobertor, perdió el conocimiento.

XIV.

El doctor Vladimiro Paulitch llegó al castillo muy oportunamente para la cura de Gilberto. La herida era ancha y profunda, y con los grandes calores de la estacion, fácilmente podria enconarse, pero afortunadamente el doctor era muy hábil y logró pronto cicatrizarla.

Vladimiro Paulitch era hombre de cuarenta años, con una cara que llamaba la atencion, pero sin atractivo. Sus ojos tenian el color y el brillo duro del acero, y sus miradas ardientes, que á su voluntad se apagaban, parecian preguntar mucho, pero sin dejarse interrogar. Alto y bien conformado, con talle delgado y suelto, tenia en su andar y sus movimientos la lentitud y la flexibilidad de la raza felina. Tambien hablaba lentamente aunque con facilidad y sin animacion; el timbre de su voz era sordo y velado. En su habla el tono era siempre igual, sin modulaciones y todas sus frases concluian en una breve cadencia en menor que heria melancólicamente el oido. A veces sonreia cuando hablaba, pero con una sonrisa pálida que no iluminaba su rostro, y parecía decir: «no lo he dicho todo aún, pero no adivinareis lo que callo.»

Con esa facilidad de percepcion que suele encontrarse en los eslavos,

Vladimiro todo lo habia penetrado y sospechado. Hablaba con fluidez cinco ó seis idiomas, conocia todas las literaturas europeas, no habia ciencia de que no tuviese alguna tintura, pero nada habia profundizado; de todos los libros que habia hojeado solo el prólogo habia estudiado, de manera que fuera de la medicina, en la que más le servia el instinto que el estudio, en su mente no habia mas que rudimentos, y sus ideas no eran mas que errores ó verdades á medias. Se jactaba de haber examinado todos los sistemas filosóficos y de despreciarlos, por lo tanto, no se habia enriquecido con los consejos y las lecciones de ninguno de esos ilustres pensadores que han sido los maestros de escuela del género humano. Hacia alarde de no deber nada á nadie, de haberse formado su propio *credo* y su filosofía. Era uno de esos espíritus sin padre ni madre, ni familia ni patria: verdaderos hijos expósitos de la inteligencia, vagamundos del reino intelectual, que en ninguna parte pueden decirse: «Esta es mi patria! Esta es la casa paterna! Esta es la cuna de mis primeras ilusiones; esta es la escuela donde se soltó mi lengua balbuciente!»

Los favores del cielo habian colmado á Vladmiro en su juventud, y la prosperidad, dilatando su alma, le dió impulso para un vuelo alto y generoso, pero á los treinta años un gran infortunio rompió todos los resortes de su vida, devastando á la vez su corazon y su inteligencia. Bastó la escarcha de una noche para malograr todas las esperanzas de su primavera. Desde entonces solo vió á los hombres y las cosas á través de su desgracia, y como Dios no habia querido hacer un milagro en obsequio suyo, quedó persuadido de que una implacable y ciega fatalidad es la que rige el mundo. Así infatuado y casi idolatrando su desventura, para todos los argumentos de la filosofía ó la religion no tenia mas que una respuesta: «Ya sé á qué atenerme; el destino me ha revelado su arcano!...»

Una mañana que Ivan por órden del doctor renovaba el vendaje de Gilberto, este se puso á preguntarle sobre el carácter y la vida de Vladimiro. Del hombre nada sabia Ivan, quien se limitaba á celebrar el génio del médico, pero con tono misterioso. La imponente figura del impenetrable personaje, la extraordinaria potencia de su mirada, su impasible gravedad, sus milagrosas curaciones, todo esto habia bastado para convencer al buen señor de que Vladmiro se habia entregado á la mágia y estaba en comunion con los espíritus, por lo cual su persona le inspiraba profunda veneracion, con algo de supersticioso terror. Por él supo Gilberto que Vladimiro desde los veinticinco años habia dirigido un hospital y una casa de salud fundada por el conde de Kostia en sus tierras, y que gracias al doctor, no tenian su igual en toda Rusia uno y otro establecimiento.

«El año pasado, agregó el siervo, vino tambien á asistir al *barine*, y le anunció que la crisis volveria este año pero ménos fuerte y que seria la ultima. Ya vereis que todo sucederá como ha dicho. Kostia Petrovich

está ya mucho mejor, y creo que el año que viene pasará sin que los nervios le molesten.»

Cuando iba á salir Ivan, detúvolo Gilberto para preguntarle por Estéfano. El siervo habia estado muy discreto, contando á su amo la aventura del terrado pero sin comprometer á nadie; y trabajo le habia costado convencer á Kostia de que el perro nó se habia abalanzado sobre Gilberto obedeciendo á un gesto de Estéfano.

—Pero, señor, preguntó luego Ivan en su lenguaje familiar, ¿cuál era tu intencion al arrancarle á *Voraz* el guante de mi amito?

—Me habia desafiado, y me picó la vanidad. Fué una necedad mayúscula, pero puedes creerme, no me quedan ganas de repetirla.

—Bien pensado, repuso Ivan con alguna ironía; y con más razon porque si crees haber conseguirlo su corazon, todavía estas muy lejos de conquistarlo. Dias ha que se niega á volver al terrado por temor de encontrarte allí.

Quedó pensativo Gilberto al saber esa noticia, pero ocultó con cuidado su tristeza. «¿Por qué motivo, se preguntaba, desea Estéfano evitar mi presencia? Será acaso por vergüenza? O no habré yo logrado más que enardecer el odio que me tiene?»

El dia siguiente, Gilberto, dejando su encierro, comió con Leminof y el padre Alejo en el comedor del castillo.

—No extrañes, le dijo el Conde, que Estéfano no coma con nosotros. No está enfermo, pero tiene ahora otro agravio: habeis causado la muerte de su perro. Perdonad, querido Gilberto las locuras de mi hijo..... Yo le he concedido tres dias de mal humor, pero pasado ese término tendrá que poneros buena cara y venir á sentarse á la mesa en su puesto frente de vos y sin pestañear.

—¿Y porque no come con nosotros el doctor Vladimiro?

—Me ha suplicado que le dispense; está muy fatigado por los esfuerzos que ha hecho por mí. Un tratamiento magnético, comprendeis?..... Debo advertiros que todos los años durante el verano me veo sujeto á unos accesos de neuralgia que me molestan mucho. Y á propósito, ya habeis visto muchas veces á nuestro admirable doctor: que pensais de él?

—No sé si será un sábio, pero me inclino á creer que es un *práctico* de primer órden.

—Haceis su mejor elogio; la medicina es mas arte que ciencia. Tambien es hombre fiel: yo le debo la vida, que me salvó una vez, y nó como médico. Se me desbocan los caballos á veinte pasos de un precipicio, el doctor sale de un matorral, se lanza de frente y se cuelga de sus bocados apretando fuertemente sus narices con ambas manos..... Ya os figurais la escena..... Lo más gracioso es que habiéndole dado las gracias con todo el calor que podeis suponer, me respondió tranquilamente limpiándose las rodillas,—pues los caballos, bajando la cabeza, lo hicieron acostarse

cuan largo era en el polvo: «Soy yo quien quedo agradecido. Por primera vez me he visto suspendido entre la vida y la muerte; singular sensacion que nunca habria esperimentado á no ser por vos.»—Esto os pintará al hombre y su sangre fria.

—No me sorprende, dijo Gilberto, que tenga la agilidad del gato salvaje, pero sospecho que su sangre fria es obra de la voluntad y que la serenidad de su rostro es una máscara con que encubre un alma apasionada.

—Apasionada no es la palabra..... ó al ménos el doctor solo conoce las pasiones de la cabeza. Una vez se creyó locamente enamorado, debilidad indigna de un hombre tan distinguido, pero no tardó en desengañarse. Desde entónces no ha vuelto á incurrir en tan funesta falta.

—Así pues, la curiosidad y la medicina son las únicas pasiones de Vladimiro Paulitch!

—¡Habeis acertado! Ha consagrado al estudio y á la práctica de su arte, todo su tiempo y todos sus pensamientos. No puede imaginarse vida mas austera: nada ha concedido á sus gustos, nada á los sentidos, y es seguro que semejante sacrificio de todos los placeres ordinarios no procede de escrúpulos religiosos. El doctor no cree mas que en los átomos, pero es ascético por gusto. Conoceis la admirable definicion del amor, hecha por Voltaire: *la tela de la naturaleza bordada por la imaginacion.* Pues bien, Vladimiro está desprovisto de esa imaginacion que borda al tambor; y lo que es la tela desnuda, solo desprecio le inspira, quiero decir, que desdeña los goces, por orgullo intelectual. De manera que ese incrédulo empedernido, para quien la moral es una quimera y que vive en la abstinencia, es uno de dos, ó un libertino sin vicios, ó un santo sin creencias. No deja de ser por lo mismo un carácter muy singular.

—Siendo así, dijo Gilberto, su virtud no es mas que accidente.

—¿Estais seguro, repuso Leminof, que la virtud sea nunca otra cosa?

Cuando anocheció, Gilberto que tenia que tomar algunos informes atravesó el patio en que estaba la capilla, pasó una puerta trasera y se puso á buscar al padre Alejo. No tardó en dar con él; el *pope* tenia abiertas las hojas de su ventana y fumaba tranquilamente su pipa. Apenas vió á Gilberto, gritó:

—Ah! el guapo mozo! que entre pronto! Hallará abiertos mi cuarto y mi corazon.

Gilberto le enseñó su brazo todavia en banda, que no podia servirle para escalar la ventana.

—No es mas que eso, hijo mio! Yo te subiré hasta arriba.

Gilberto se levantó asiéndose á la ventana con el brazo derecho, el padre Alejo lo atrajo para adentro, y ya estaban sentados frente á frente mezclando las humaredas azules de sus pipas.

—No habeis notado, dijo el padre, que Kostia estaba hoy de muy

buen humor? ¿No os decia que tiene sus buenos momentos? Vladimiro Paulitch lo ha mejorado mucho. ¡Qué buen médico! Lástima que no crea en Dios pero algun dia la gracia tocará su corazon y entonces será un hombre completo.

—En lugar vuestro tendria miedo de él. Ivan dice que es medio brujo. ¿No temeis que algun dia logre robaros vuestro secreto?

Ivan está chocheando, contestó el padre levantando los hombros. Si Vladimiro fuera brujo ¿no habria ya penetrado el secreto? Porque él no solo es amigo del conde Kostia; su fidelidad llega al fanatismo..... Lo cierto es que habiendo descubierto que la condesa Olga estaba en cinta tuvo la crueldad de ser su delator; y aquella carta que anunció al Conde su deshonra, la que le hizo venir de Paris como un rayo, esa carta en fin que causó la muerte de Olga Vassilierna, fué el mismo Vladimiro quien la escribió.

—¿Y tambien seria Vladimiro quien denunció á Morlof á los injustos furores del Conde? preguntó Gilberto.

—Al contrario! Vladimiro lo defendió pero toda su elocuencia fracasó ante las ciegas sospechas de Kostia. Ese Morlof era un elegante muy renombrado por sus aventuras galantes; y aunque hombre de honor, incapaz de hacer traicion á un amigo, lo que lo perdió fué esa misma reputacion de seductor, de que se vanagloriaba. Cuando la condesa se negaba á decir el nombre del que la habia seducido, ocurrióle á Kostia mentar á Morlof, y la vivacidad con que ella se puso á defenderlo vino á confirmar las sospechas del Conde. Nada pudo desengañarlo, sino el trágico lance, del que muy tarde vino á tener noticia. Dando el último aliento, Morlof tendió la mano á su matador y le dijo:

«Muero inocente!» Habia tal acento de verdad en esta última palabra del moribundo que Kostia no pudo resistir; su alma vió la luz.

Habia ya anochecido por completo. El padre Alejo encendió una bugía.

—Hijo mio, dijo volviendo á sentarse y á encender su pipa, tengo que contaros algo que he sabido hoy poco antes de comer, y que me parece bastante extraño.—Oidme bien, no dudo que os sorprendereis tanto como yo.

Abrió Gilberto los oidos presintiendo que iba á hablarle de Estéfano.

—Es un hecho singular que no lo contaria yo á todo el mundo pero que quiero comunicarte porque eres un hombre sério y reflexivo, aunque por desgracia no conoces la religion verdadera. ¡Ojalá que la conocieras! Sabed, pues, hijo mio, que hoy como de costumbre he visitado á Estefano para catequizarlo, y por las razones que no ignorais he redoblado en mis esfuerzos para inculcar en esa rebelde cabeza las santas verdades de la fé. Parece que sin quererlo le habeis disgustado, y supondreis que con el génio que tiene, en vez de perdonaros haria lo posible porque yo partici-

pase de sus resentimientos. Sin embargo, él que suele arrebatarse si lo pica una mosca, tenia al contarme sus agravios una moderacion en su tono y un aire de sosiego que me han sorprendido mucho. Pugnando por descubrir la causa de este cambio levanté casualmente los ojos á las imágenes de San Jorge y San Sergio que decoran su cuarto y, oh sorpresa! oh dolor! veo que los dos santos han sido vergonzosamente ultrajados: el uno está sin piernas, el otro tiene la cara desfigurada por una horrible cicatriz! «Vírgen santa! exclamé: ¿quién ha sido osado á poner su mano profana en esas venerables imágenes.»—Y Estefano me respondió sonriendo: «El culpable aquí está, padre mio. Yo he sido quien el otro dia, en un acceso de justa cólera, he castigado á los santos á latigazos, por no haberme dado su ayuda.»—¿Cómo pintaros mi estupor? Un sudor frio inundó mi frente; se me trabó la lengua; no sabia que pensar ó decir. Cuando volví en mí, no encontré en mi indignacion palabras bastante duras para reconvenir al jóven impío, por la enormidad de su crímen. Azotar á San Jorge, á San Sergio! qué atentado! qué sacrilegio! Ah, hijo mio, eran dos de mis obras mejores! ¿Creereis que Gilberto no dió ni la mas leve muestra de contricion? Me exasperó su impasible sangre fria. Con la mano levantada al cielo lo amenacé con los rayos de Dios. No se conmovió: sin inmutarse su rostro, se levantó, vino á mí, y tapándome la boca con la mano me dijo con una calma que me pasmó: Padre mio, he hecho mal, pero sin embargo si llegara el caso, volveria á hacerlo, porque desde que los he azotado, los dos santos se han decidido á darme su amparo, y al dia siguiente de los azotes sin que hubiese ocurrido ningun cambio en mi vida sentí de repente que mi corazon estaba más aliviado; por vez primera, os lo juro, he sentido un rayo de esperanza celeste penetrar en mi alma.»—Ea, hijo mio, que decís de esto? No es muy extraño? Cosas como esas habia yo oido contar, pero nunca las habia creido. ¡Que un niño, cuando le dan una zurra..... pero los santos.....! Ay hijo mio, inescrutables son las vías del Señor, y este mundo todo es misterios!

Hablaba el padre Alejo de ese misterio con tanta seriedad, que Gilberto sintió muchas ganas de reirse, pero se contuvo, porque le agradecia la agradable relacion que acababa de hacerle y de buena gana lo hubiera abrazado.

«Qué buena noticia! se decia mentalmente Gilberto. Ese corazon más aliviado, aquel rayo de esperanza celeste!..... Ah! Bendito sea Dios! No he perdido mi trabajo. Vosotros, San Jorge y San Sergio me quitais la gloria; pero nada importa, quedo satisfecho.»

—Y qué le habeis respondido á Estéfano pregunto al *pope* Gilberto. Lo habeis reconvenido ó le habeis dado la enhorabuena?

—Delicado era el caso, contestó el buen padre con el ademan de un filósofo que medita los más arduos problemas; pero no soy hombre torpe y he salido del aprieto con lucimiento. «Es admirable el descubrimiento,» le

dije á Estefano, contemplándolo con admiracion; despues agregué, poniéndole una cara severa: «¡pero el pecado ha sido enorme!»

El dia siguiente á la hora de comer, no esperó Gilberto la llamada de la campana para bajar al comedor. Allí encontró á Estéfano, sin que ello le causara mucha sorpresa. De pié apoyado en el aparador, el jóven se turbó al verlo venir, se sonrojó y volvió la cara á la pared. Gilberto se detuvo á pocos pasos. Entonces con sorda voz, y tono á la vez dulce y brusco:

—Y vuestro brazo? preguntó Estéfano.

—Está casi bueno ya. Mañana me quito la venda.

Estéfano estuvo callado algunos momentos.

—¿Y qué pensais hacer; cuales son vuestros proyectos? balbuceó al fin con voz todavía mas baja.

—Espero, contestó Gilberto, saber qué es lo que deseais.

El jóven se cubrió los ojos con las dos manos, y como nada agregase Gilberto, se extremeció impaciente y despechado.

«Su orgullo me pide perdon, pensó Gilberto. Voy á evitarle el disgusto de tener que dar el primer paso.

—Quisiera que tuviéramos una entrevista, le dijo con dulzura. En el terrado no podrá ser; Ivan no os deja allí solo. Por la noche ¿os acompaña en el cuarto?

—¡Qué disparate! respondió Gilberto levantando la cabeza. Pasadas las nueve, Ivan no se toma la libertad de poner los piés en mi cuarto.

—Y su cuarto, repuso Gilberto, está separado del vuestro por un largo corredor y una escalera. Así, no habrá riesgo de que nos oiga.

Volvióse á él Estéfano y mirándole cara á cara.

—Pensais en todo, le dijo con sonrisa irónica y triste. Probablemente para venir á mi cuarto vendreis montado en una golondrina; ¿la tendreis ya contratada?

—Pasaré por los tejados, contestó Gilberto sin inmutarse.

—Imposible! gritó Estéfano. En primer lugar, no quiero que por mí pongais otra vez la vida en peligro. Además.....

—Además, no os interesa nada mi visita?

Estéfano solo respondió con una mirada. Oyéronse en ese momento pisadas en el vestíbulo. Cuando entró el conde, Gilberto se paseaba en el otro extremo del comedor, y Estéfano, vuelto de espaldas, contemplaba con atencion una de las figuras talladas en la madera. M. Leminof, parado en el dintel de la puerta miraba al uno y al otro con malicia:

—He llegado muy á tiempo! dijo riéndose; hé aquí una entrevista embarazosa!

Gilberto salió al dia siguiente para Francfort. Un librero de esa ciudad habia remitido al Conde un catálogo de libros antiguos entre los cuales estaba el Glosario de autores griegos bizantinos, de Du-Cange, obra

capital de la que solo tenia un ejemplar manchado y trunco, y Gilberto lo habia persuadido que debia comisionarlo para apoderarse inmediatamente de esa presa. Llegó Gilberto á Francfort aquella tarde; y al otro dia temprano lo primero que hizo, fué dirigirse á un cordelero y encargarle dos escalas de cuerda, cuya medida indicó. Pasó todo el resto del dia en sus compras de libros. Por la noche le llevaron á su posada las escalas, que escondió en el fondo de su maleta. Continuó al dia siguiente la pesca de pergaminos; y en sus idas y venidas vió en la portada de un zapatero un par de zapatos con plantas de fieltro, calzado excelente para evitar los resbalones y los compró sin regatear. Tambien compró un cinturon, un sombrero de anchas alas, pantalones de paño muy grueso, y una blusa de lana roja.

El sábado subsecuente á medio dia, estaba ya de vuelta en el Geierfels. Esperaba poder antes de la comida cambiar algunas palabras con Estéfano; pero el Conde entró en el comedor acompañado de su hijo. Por fortuna, cuando concluia la comida, se levantó de la mesa para sacar del armario una botella de Tokay, con que queria obsequiar á su secretario. Mientras con la espalda vuelta buscaba la botella y la destapaba, hizo Gilberto un gesto para llamar la atencion de Estéfano, y con el cabo de su cuchillo trazó unas letras en el mantel, que decian: *Hasta esta noche.*

Durante el resto de la comida, Estéfano parecia inquieto. A cada momento cambiaba de color, fué el primero en levantarse de la mesa, y al salir de la sala se volvió, echando á Gilberto una mirada en que se traslucía toda la agitacion de sus pensamientos. Apenas se habia alejado, dijo el Conde con risa burlona:

—Todavía está pesaroso por su gran perro! Indudablemente las pasiones de mi señor hijo son en extremo interesantes.

VICTOR CHERBULIEZ.

(*Continuará.*)

MISCELANEA.

UNA NOTA BIOGRAFICA.

Nuestro estimado y distinguido colaborador, señor Guiteras, en el artículo crítico y biográfico de la Avellaneda con que ha favorecido el número anterior de la REVISTA, precisa la fecha de su nacimiento, fijándola en el 23 de Marzo de 1816. Nuestro amigo ha sido inducido en error, pero en error muy disculpable. En efecto, cuantos han apuntado noticias biográficas de la insigne poetisa, dentro y fuera de Cuba, con su autorizacion y sin ella, han señalado la misma fecha. La REVISTA tiene la satisfaccion de rectificar este falso aserto, cuyo orígen no sería difícil encontrar en la misma laureada autora, pues el génio no excluye las pequeñas flaquezas del sexo. Parece que nuestra ilustre compatriota gustaba de quitarse *dos años*; y hoy que podemos rendir tributo á la verdad histórica, sin romper con los fueros de la galantería, creemos prestar un servicio, corto sin duda, á las letras cubanas, publicándo la partida bautismal que restituirá á los hechos todo su valor. Héla aquí, segun cópia fidedigna:

«En la iglesia parroquial de Ntra. Sra. de la Soledad de Puerto Príncipe; Lib. 14, *año* 1814, f. 109 vto. núm. 676, se halla la partida siguiente:

«En la villa de Puerto Príncipe, á 1º *de Abril de* 1814. Yo don Antonio Rodriguez, Teniente de cura de esta parroquial de Ntra. Sra. de la Soledad, bauticé solemnemente, puse óleo y crisma y por nombre Mª GERTRUDIS DE LOS DOLORES á una niña que nació *á veinte y tres del pasado*, hija legítima del Sr. Subdelegado de Marina don Manuel Gomez de Avellaneda y doña Mª Francisca Arteaga.—Abuelos paternos don Manuel Gomez de Avellaneda y doña Mª Gil de Taboada: materno don Luis de Arteaga y doña Rufina Betancourt. Padrinos, la dicha doña

Rufina, á quien advertí el parentesco espiritual; y lo firmo:—Antonio Rodriguez.—»

Y ya que aludimos al trabajo del señor Guiteras, abundando en sus propias ideas sobre la ereccion de un monumento dígno de la autora que ha hecho resonar con aplauso el nombre de Cuba en uno y otro continente queremos de pasada recordar que el Camagüey, su ciudad natal, no ha echado en olvido á su hija más ilustre. El frontispicio de la casa donde vió la luz muestra al transeunte una lápida de mármol, con esta inscripcion en elegantes caractéres latinos:

AQUI
NACIÓ Y VIVIÓ
GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.
1814—1873.

VIAJES EN EL AFRICA CENTRAL.

De un artículo bibliográfico publicado en el *Journal des Debats* estractamos lo que sigue:

"Al lado de las exploraciones de Livingstone, de Baker y de Stanléy en el interior del Africa merece colocarse el viaje del coronel C. Chaillé-Long, del Estado Mayor de Egipto, y cuya relacion ha salido á luz bajo el título de *El Africa Central; expediciones al lago Victoria-Nianza, y al Makraka-Niam-Niam, al Oeste del Nilo Blanco.*

El Coronel ha descubierto otro lago entre los nombrados Victoria-Nianza y Alberto-Nianza, de manera que entre las fuentes ecuatoriales figura otra gran cuenca, y el lago Ibrahim viene á llenar en los mapas un espacio que hasta ahora aparecía en blanco.

No lo ha conseguido M. Chaillé-Long sin penalidades. Apenas salido de Gondakara donde tuvo que arrostrar el asalto de las famosas hormigas blancas que en pocas horas devoran el equipaje de los viajeros mejor provistos, se vió acometido de una fiebre tenaz que no se aplacó hasta su vuelta. A cada paso adelante el intrépido viajero tenia que sucumbir á un nuevo acceso; las crísis se sucedian sin interrupcion, como se suceden las borrascas en las insalubres regiones que con tan admirable constancia recorria M. Chaille-Long en su marcha aventurera. Bajo un cielo siempre sombrío, rodeado de una naturaleza salvaje y fria, lo único que lo alentaba era el amor á la ciencia, apoyado en el sentimiento del deber.

Nunca halagó su alma con esas consoladoras ilusiones que generalmente suelen tanto animar á los viajeros. En todo el curso de su expedicion, el país le pareció siempre feo, triste y hasta horroroso. Sus habitantes cuya barbarie raya en el mas completo embrutecimiento, solo podian inspirarle compasion ó repugnancia. Casi en cada página de su libro asegura el viajero que ha buscado afanosamente las regiones maravillosas del Africa Central celebradas por sus predecesores, sin haberlas nunca

encontrado. Tampoco pudo encontrar al negro bueno, virtuoso y sensible.

La parte mas interesante de su viaje es la relacion de su residencia en la corte de M'Tso, rey de Ugunda. Recibido en triunfo por este y su real cortejo, M. Chaillé Long tuvo primero que presenciar el sacrificio de treinta víctimas humanas inmoladas en señal de regocijo, el dia de su llegada. La descripcion de esta ceremonia confirma de la manera mas perentoria todas las reflexiones del autor sobre la absoluta brutalidad de los negros. El decoro de la corte de Ugunda exigia que la visita de un noble extranjero se festejase con tan sangrienta demostracion, y es muy probable que si el viajero se hubiese mostrado descontento con los honores que se le tributaron, se le habria dado una leccion de cortesanía incluyéndolo á él tambien entre las treinta víctimas. No se crea que M'Tse se distinguiese por su barbarie escepcional, pues mas bien hizo alarde de benevolencia con su huésped; aunque, á la verdad, M. Chaille-Long nunca pudo darse cuenta si los agasajos del rey de Ugunda se debian á la esperanza de obtener de él medicamentos antifebriles, ó á las maravillas de una maquinita eléctrica que llevaba, ó al temor de las represalias que la muerte de un coronel de Egipto podia atraer sobre el negro monarca.

Sin embargo no estuvo libre de peligros su residencia en la capital de Ugunda. Saqueado por los ministros, delatado por los favoritos, perseguido por una mortal envidia, á duras penas consiguió salir de una situacion que requeria de su parte tanta firmeza como astucia. Pero era el primer europeo que bogó nunca en las aguas del Victoria-Nianza. ¿No bastaba esto solo para consolarlo de tantas miserias, de tantos horrores vistos y sufridos en la corte de Ugunda?

POEMITAS DE E. J. VARONA.

Nuestro amigo y colaborador, el Sr. D. E. J. Varona, se propone dar en breve á la estampa un volúmen de narraciones en verso que intitula *Paisajes Cubanos*, y comprenderá el poemita *Dolores*, ya publicado en las páginas de nuestra REVISTA, y otros inéditos.

NECROLOGIA.

ANSELMO SUAREZ Y ROMERO.

Por causa de las festividades de Pascua y otros contratiempos, hubo de retrasarse algunos dias la publicacion de nuestro número de Diciembre; y asi vino á suceder que cuando la última obra literaria de Anselmo Suarez, expresamente escrita para la REVISTA, llegó á manos de nuestros lectores, ya las del escritor estaban inertes para siempre, y la luz de aquella noble inteligencia se habia apagado en el sueño de la tumba.

Grande ha sido la pérdida para las letras cubanas, para esa familia ya tan duramente cercenada por la dispersion ó la muerte. Anselmo

Suarez era uno de los pocos que nos quedaban de aquellos hombres, que por los años de 1830 á 1840, durante el período mas fecundo de nuestra vida intelectual, cultivaron con entusiasmo, unos la poesía, otros la literatura en todos sus géneros, ó la filosofía y la jurisprudencia, con tanto fruto, que casi todos alcanzaron honra y renombre. Era entonces Anselmo uno de los mas jóvenes de esa estudiosa falanje, pero se aplicó á las letras con tanta decision que pronto pudo ponerse á la par de sus compañeros. Dócil á las lecciones de su maestro que era hombre de gusto delicado y severo, y apasionado cultivador de la lengua castellana, el discípulo procuró seguir sus preceptos; y en efecto, siempre que escribia se afanaba por hacerlo con pureza de estilo y pureza de intencion, es decir, siempre con un fin moral ó instructivo.

Suarez nunca perdió de vista ese noble propósito, como puede observarse en sus numerosos escritos sobre diversos asuntos relativos á enseñanza y educacion, en su muy notable novela inédita *Francisco*, y hasta en sus más ligeras composiciones. En sus cuadros y escenas de la vida campestre, pintadas con bello colorido y fotográfica exactitud, hay una sencillez, tanto en la idea como en la expresion, que les dan su mayor encanto; aunque á veces se perciba la lima incesante, el cuidado meticuloso, la energía y el movimiento sacrificados al culto de la frase siempre limpia, clara y castiza. En ellos abundan pasajes que pueden presentarse como modelos de correccion, naturalidad y transparencia, pero su mérito principal es la elevacion ó la dulzura del sentimiento, reflejo de un corazon afectuoso y bueno y un alma recta. En sus pinturas de la vida rústica, en sus deliciosos *paisajes* cubanos, lo que más agrada es la tierna uncion, la expresion profundamente patética, aunque grave y sóbria, que se dirigen derechamente al corazon y nos hacen olvidar al autor para amar y estimar al hombre.

Pero no vamos á hacer su biografía ni juzgar sus obras; aplazamos esta obligacion para el próximo número, y la dejamos á cargo de uno de sus mas apasionados amigos y admiradores.

En estas breves líneas solo hemos querido los redactores de la REVISTA rendir el tributo que debemos al valioso colaborador que hemos perdido, y como éramos á la vez amigos de Anselmo, llorar tambien al hombre bueno, recto y enérgico, cuya vida fué un sacrificio perenne, una consagracion incansable al cumplimiento de sus deberes, una lucha por la luz y el bien para todos, ménos para sí; que en aquel pecho solo habia amor para su familia, para sus amigos, para la tierra que lo contaba entre sus mejores hijos!

Director propietario: DR. JOSÉ ANTONIO CORTINA.

Habana 31 de Enero de 1878.

CUBA PRIMITIVA.

Origen, lenguas, tradiciones, é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas.

PRIMERA PARTE.

ESTUDIOS PRELIMINARES Y COMPARATIVOS.

CAPITULO III.

Los escritores españoles que se han ocupado del orígen de los indios.—Indios de los Estados Unidos.—Investigaciones recientes en la América Española.

Solórzano, Calancha y García se esforzaron en encontrar la explicacion del orígen de los americanos para salvar una dificultad religiosa, antes que histórica: despues escribió en Indias el oidor Rocha su curiosísima obra titulada: «Tratado único y singular del orígen de los Indios Occidentales del Perú, Méjico, Santa Fé y Chile.—Lima 1631.» En este laborioso escrito juzgó los cinco sistemas que le habian precedido ó para apoyarlos ó para combatirlos. La obra tiene setenta y tres hojas en cuarto español pero numeradas en solo una de sus páginas, sin las entradas en los índices: la imprimió Contreras, con un apéndice sobre cometas dignos del atraso de la época.

Rocha quiere demostrar que fueron españoles los pobladores del Nuevo Mundo, que eran vizcainos, como lo pretende probar con palabras y semejanzas vascuences. Comparando planos y nomenclaturas geográficas presenta una lista de más de setenta nombres de pueblos y lugares, sin advertir que casi todos pertenecen al Asia: hasta descubre parentescos en que se llamase *Chile* á la antigua *Gotia*. Esto lo explica para suponer en seguida otras emigraciones de pueblos que comerciaban con los Españoles. Cree que los *Toltecas* descienden de las diez tríbus dispersas de Israel.

Juan Buxtorfio (1661) censuró, aunque mucho despues, esta suposicion: «non sine stupore video in his judeorum deliriis sinon penitus credere, saltem illis fidem derogare, sed hesitabundos quasi animi dubios ad illa obherere.» El libro que contiene este párrafo se titula: Theophili Spezilii elevatio relationes Monteziniane de repertis in America tribubus Israeliticis—&. Basilee 1661.»—Buxtorfio no tuvo conocimiento de la obra de Rocha.

Nuestro oidor no pudo concebir que su sistema careciera de impugnadores, por la diferencia física de los Indios á los españoles y la falta de barbas en la mayoría de aquellos; pero se anticipa á todos los argumentos atribuyendo al largo transcurso del tiempo esa diversidad: y como escribia en 1631 supuso que ya los criollos no eran completos Indios porque habia poco tiempo que existian en el pais, y no dudaba que seguirian perdiendo los carácteres europeos, caucásicos. El tiempo ha demostrado ya lo que fué siempre un error.

En épocas posteriores se ha escrito accidentalmente ó de propósito sobre la poblacion de América: nuestro gran Feijóo, ha indicado una hipótesis que carece de fundamento; el sabio mejicano Clavíjero se atuvo á los carácteres físicos existentes para presentar sus ideas en un sistema ménos ingenioso pero más racional.

«*Los Americanos*, dice, *descienden de diversas naciones, ó de diversas familias, dispersas despues de la confusion de las lenguas.* No podrá dudar de esta verdad el que tenga idea de la muchedumbre, y de la extraña diversidad de las lenguas americanas. En Méjico he contado 35 de las conocidas hasta ahora; más numerosas son las de la América Meridional. A principio del siglo pasado contaban los portugueses 150 en el Marañon. Es cierto que entre algunos de estos idiomas se descubre tanta afinidad, que muy en breve se echa de ver el orígen comun de que emanan: tales son la Eudeve, la Opata y la Famhamara en la América Setentrional y la Mocobi, la Toba y la Abipona en la del Mediodía: pero tambien hay otras muchas que difieren entre sí mas que la Hebrea y la Ilirica. (1) Puedo asegurar sin riesgo de engañarme, que entre los idiomas vivos y muertos de Europa no se hallan dos más diferentes entre sí, que lo son las lenguas Mejicana, Otomita, la Tarasca, la Maya y la Mejiteca que son las dominantes en diversas provincias de Méjico. Así que sería un despropósito decir que las lenguas americanas no son mas que dialectos, y tan diferentes que no conserven muchas voces comunes ó á lo ménos alguna afinidad ó traza de su orígen.

«Quién creerá lo que dice el P. Acosta, atribuyendo la especie á los mejicanos, aunque sin impugnarla? Esto es, que habiendo llegado los az-

(1) Historia antigua de Méjico, edicion de Lóndres, tomo segundo, disertacion primera y página 206.

teques ó mejicanos, despues de su larga peregrinacion al reino de Michoacan, quisieron establecerse en aquel pais, atraidos por su amenidad; pero no pudiendo caber en él todo el cuerpo de la nacion, consintió el Dios Huitzilopochtli en que algunos permaneciesen, y para ello sugirió á los otros, que mientras aquellos se bañaban, les rebosen sus vestidos y continuasen su marcha; que los que se bañaban, viéndose privados de ropa, y burlados por sus compañeros, se enojaron en tales términos, que no solo resolvieron quedarse, sino que adoptaron otro idioma, y de aquí proviene la lengua Tarasca. Aún más increible es la historia adoptada por Gomara y otros escritores, á saber: que de un viejo llamado *Istac Mejicoalt* y de su mujer *Itancueilt*, nacieron seis hijos, cada uno de los cuales hablaba una lengua distinta. Llamábanse *Tolhuac*, *Tenoch*, *Olmecatl*, *Gicallancatl*, *Mijiecal y Otomilt* y fueron los progenitores de otras tantas naciones, que poblaron la tierra de Anahuac. Esta era una alegoría con que los Mejicanos querian significar que todas aquellas naciones tenian un orígen comun pero los escritores citados la transformaron en historia por no haberla entendido.»

«*Los americanos no traen su orígen de ninguno de los pueblos que existen actualmente en el antiguo mundo: á lo ménos no hay razones para creerlo así.* Esta conclusion se funda en las mismas razones que acabo de exponer, pues si los americanos descendiesen de alguno de aquellos pueblos, se hallaria alguna traza de estos en sus lenguas, por muy antigua que fuese su separacion; pero semejante traza no se ha podido descubrir, aunque muchos autores la han buscado con mucho empeño, como puede verse en la obra del dominicano García. He confrontado prolijamente la lengua mejicana, y otras americanas con muchas vivas y muertas del antiguo continente, y no he podido hallar entre ellos la menor afinidad. La semejanza del *Teolt* mexicano con el *Theos* griego, me indujo á comparar estas lenguas; pero las he hallado diferentísimas. Este argumento es más eficaz con respecto á los americanos, por su constancia en conservar los idiomas que hablan. Los Mejicanos conservan la suya á pesar del dominio de los españoles; y la de los otomites, que es dificilísima, ha resistido al de los españoles y mejicanos, por espacio de dos siglos y medio.»

«Si los americanos provienen, como yo creo, de diversas familias esparcidas despues de la confusion de las lenguas, y separadas desde entonces de las otras que poblaron el antiguo continente, en vano se fatigarán los escritores en buscar su orígen en las lenguas y usos de los pueblos asiáticos. No dudo que, en virtud de lo que dicen los libros santos, habiéndose multiplicado suficientemente la posteridad de Noé, mandase Dios expresamente que se separasen las familias, y que cada una fuese á poblar el pais que se le habia señalado: Moises en su cántico habla así al pueblo de Israel: «Acuérdate de los tiempos antiguos, considera de una en una las generaciones: pregunta á tu padre y te lo declarará, á tus mayores y te

lo dirán. Cuando el altísimo dividia las gentes, cuando separaba los hijos de Adam, fijó los límites de los pueblos, segun el número de los hijos de Israel,» en lo cual se representa al Señor en acto de dividir las familias, y de prescribir límites á los paises que debian ocupar. Los hombres que emprendieron la construccion de la torre de Babel, se decian unos á otros: «Venid, edifiquemos una ciudad y una torre, cuya cumbre llegue hasta el cielo, y hagamos célebre nuestro nombre, antes de esparcirnos por todas las tierras.» Sabian, pues, que debia llegar la época de esta dispersion, y Dios, porque con aquella temeraria empresa se oponian á sus designios acerca de la poblacion de la tierra, confundió su lenguaje, y así les fué necesario separarse y dividirse. Es verosímil que Noé, anciano venerable, y reverenciado por todos como padre, habiendo sobrevivido 350 años al diluvio, señalase á cada familia su distrito, segun las instrucciones que habia recibido de Dios, porque de otro modo no hubiera podido verificarse la division sin guerras sangrientas, queriendo cada cual permanecer en su pais nativo, sin exponerse á los peligros y desastres que debian temer en regiones desconocidas. Esta opinion mia se apoya en la tradicion de los chiapianeses, acerca de Votan, primer poblador de Anahuac, de quien ya he hablado. No se debe creer, sin embargo, que la primera poblacion de América se debe á las primeras familias que se separaron en Babel, sino á sus descendientes, pues ellas iríanse encaminando poco á poco hácia aquella parte, y multiplicándose en su larga peregrinacion.»

Uno de los escritores más notables del siglo XVIII, el P. Pedro Murillo Velarde, despues de referirse á las opiniones de Solórzano, quien cita á otros, á Acosta, á Maluenda, á Pineda y á Oviedo entre los españoles, recordando de los extranjeros á Genebrardo, dice: «Lo más verosímil es que los hombres y animales pasaron á la América por alguno de los polos ártico ó antártico, ó porque por ahí es tierra continente con el mundo antiguo, á porque siendo pequeña la travesía del mar, fué fácil pasasen en pequeñas embarcaciones, y los animales pudieron pasar por alguna parte donde el mar está en tiempo helado ó nadando en pequeñas travesías; y así no es menester decir, que fueron criados allí despues del diluvio ni que fueron llevados por ministerio de ángeles, como dice García que escribió un libro entero del origen de los Indios, y salimos de la dificultad que tanto fatigó á San Agustin, de como pasaron los leones, tigres, panteras, lobos, zorras y otros animales fieros y nocivos, que no es creible que los hombres lo pasasen en embarcaciones.»

El Congreso de los Estados Unidos dispuso en 3 de Marzo de 1847 que recogiese el Ministerio de guerra datos de la historia y condicion de las tribus indias de la república. Se nombró una comision de personas competentes y de jefe á Mr. Scoolcraft. Los tres magníficos volúmenes, que honrarian las oficinas de cualquier pais del mundo, que ha publicado la Comision, trabajo de tres años y medio, ofrecen respecto de las lenguas,

noticias apreciables y muchos vocabularios. Hay 150 tribus con sus dialectos que pueden reducirse á siete lenguas, de que parece proceden: son la *Apalache*, *Achalaca*, *Chicorca*, *Iroquesa*, *Dacolak*, *Schohona y Algonquina*.

El orígen de los Indios de los Estados Unidos es tan oscuro como el de todos los demás: la comision lo reconoce así y conviene en que solo hay en todas las absurdas relaciones de los naturales una cosa comun y es la creencia de una emigracion primitiva: cítase la tradicion de los *Osages*. El hombre vivia de peces, el pastor lo enseñó á construir las casas y le dió por compañera á su hija, de la que descendia la nacion. Cítase el orígen de los *Chichimecas* al principio encerrados en cavernas de donde salieron, por las grietas que dieron entrada al sol, para embarcarse: luego naufragaron y fueron salvados por halcones. Confírmase con el descubrimiento que hizo Boturini de una carta itineraria en que se describe la emigracion acaecida en 1038 años de nuestra era, que duró 186 años hácia las riberas del Mississippi, que habitan otras razas. De esto se deduce, que los Indios Americanos han venido de las orillas del Indo. Además de la semejanza físico-moral de las razas americanas y asiaticas, se recomiendan hasta las observaciones microscópicas de la sociedad de Filadelfia que ha demostrado hasta la identidad de las formas de los poros de los cabellos y de la barba, ovalados en aquellas, redondos en los otros hombres.

De las Antillas no se encuentra otra cosa que una referencia á la reina *Anacaona* y la letra y música de una cancion que dice así:

«Aya bomba ya bombai (Bis).
La massana Anacaona (Bis).
Van van tavana dogai (Bis).
Aya bomba ya bombai (Bis).
La massana Anacaona (Bis).

En estos versos ni las *v v* de *van van* ni la de *tovana* parecen propias de la ortografía que se conserva del haitiano. Se supone ser un *areito* de Haití.

De la raza que ocupaba la América antes que los Indios se han escrito varias memorias. La más notable por el número de observaciones que contiene, es la que publicó el doctor Cristiano Augusto Adolfo Zestermann y que tradujo Mr. Turner al inglés, que imprimió la sociedad etnológica americana con notas de Squier y tradujo al castellano la Redaccion de las memorias de la Real Sociedad Económica de la Habana.

La semejanza de los objetos y construcciones hechas con tierra, las tradiciones de una colonizacion irlando-celta anterior á Colon, aunque vaga, le hacen sostener que hubo una emigracion muy antigua del Noroeste de Europa, cualesquiera que fuese el pueblo que la llevó á cabo. La forma de

las construcciones descubiertas, las de los utensilios de cobre, *no de bronce* de barro y piedra, todo le confirma en la identidad de orígen de los pueblos de que son únicos restos. Las láminas de Squier copiadas de las antigüedades de América hacen creer al escritor aleman que era caucásica la gente que construyó esos magníficos monumentos: y se apoya en una observacion análoga de Humboldt; pero el sabio arqueólogo americano Squier le ha contradicho. De los estudios más recientes no pueden olvidarse los de Gustavo Eichtal sobre los restos búdhicos de la civilizacion americana. (1) Comienza los estudios por un exámen geográfico de las relaciones entre el Norte de Asia y el Noroeste de la América, analizando la memoria de Mr. Guignes sobre la navegacion de los Chinos por la América [1761], explicando varias particularidades del boudhismo, y ampliando las indicaciones de Humboldt: demuestra la existencia de esa religion entre los *Pieles Rojas;* y considera existen en las ruinas del Palenque restos de ese culto. Para ilustrar el texto copia varias de las láminas de las ruinas y las coloca en paralelo con las correspondientes del Asia, pareciéndose tanto, que la semejanza raya en identidad: así sucede con las figuras acurrucadas de los nichos del frente del edificio llamado en Yucatan *la casa de las monjas* y un budha esculpido en las paredes del templo Indra-Saba en Ellora. Igual demostracion gráfica hace comparando los asientos de Boudha con los animales acolados de las columnas americanas. Los ensayos y pruebas terribles de la suspension por garfios, el culto de la tortuga y las huellas del diluvio le parecen cosas inexplicables en América sin una propaganda budhica.

Mi apreciable é inteligente amigo Brasseur de Bourboug en 1864 ha publicado una disertacion sobre los orígenes americanos en la que se confirman mis ideas sobre los pobladores de las Antillas mayores, que desde que leí los trabajos de Codazzi me parecieron los más exactos ó ménos aventurados. (2)—Despues de examinar el estado de la ciencia al descubrirse el Nuevo Mundo y consagrar un glorioso recuerdo á Colon, hace notar la coincidencia unánime de los pueblos antiguos en la existencia de un cataclismo que trastornó al globo.—Los libros religiosos que llama *rituales* le ofrecen datos para los estudios tradicionales y recorre así todas las leyendas, desde la de *Coniyara, Viracocha* hasta la del P. Roman sobre las Antillas y principalmente en las obras referentes á Guatemala y Yucatan en donde encuentra las huellas egipcias.

Pero sin decidir sobre cuestiones que siempre quedarán sin resolver, es cosa singular que se hable de los *cares* como el pueblo más análogo á

---

(1) Etude sur les origines boudhiques de la civilisation americaine Paris. 1865.

(2) Des sources de l' Histoire du Mexique et de l'Amerique Centrale dans le monuments egyptiens et de l' histoire primitive de l' Egypte dans les monuments americains.

los de este nombre en América á punto de sostenerse que ó de aquí fueron para allá ó de allá vinieron á las Indias Occidentales: se verá más adelante que tienen que ser los *caribes* del continente á que se refiere el artículo que publiqué en Marzo de 1842 (1) y no lo es ménos que en las tradiciones haitianas haya encontrado el sabio abate las mayores semejanzas.

Los *cares* (2) tenian grandes relaciones y poder en Asia, Africa y Europa: segun D'Eckstein designó á los *cares* con la palabra *Barbarophonoi* (que habla la lengua de los Bárbaros). Los Griegos y Romanos fueron los que generalizaron ese nombre: eran los vecinos mas considerables de los griegos en el Asia, célebres por su antigua dominacion en los mares. Eckstein se apoya en Herodoto y observa que aún hoy la palabra *Bárbaro* se aplica á pueblos de Nubia y Libia: que las huellas de esas familias se encuentran en una gran parte del Africa y aún en Europa con el nombre de *Bárbara* ó *Berbere*. Barth nos pinta la familia *Varvar* como una de las grandes divisiones de la Libia moderna. *Var* significa hombre en la lengua de los *Turejes*. Observa el abate Brasseur que la repeticion de la palabra *var* significa hombre por excelencia; y efectivamente la duplicacion de las palabras aumenta su significacion en haitiano, como se verá en los diccionarios de la segunda parte y siguientes de esta obra.

El mismo abate observa que los *cares* ocupaban una grande extension en la América: cita á *Caras* ó *Cariari* en Honduras, *Caribe*, *Caracora*, *Carabacos*, *Caracas*, *Carios* etc. Cree que los *Cares* han dejado huellas en las Canarias como estas en las Antillas. Que el nombre *Brbr* dado á una de las piramides de Egipto y las consideraciones que acompaña prueban la procedencia primitiva de esos pobladores. Habla luego de la semejanza de costumbres con los Iberos y Vizcainos. Segun las demostraciones de Echstein, á quien sigue el célebre americanista por lo que hace al antiguo mundo, los *cares* lo dominaron antes que los *Arias*, y los predecesores de los Fenicios: sentado ésto se pregunta el segundo: «Debemos admirarnos de que los encontremos igualmente en toda la América,» y comienza la demostracion:—En América, dice, vemos reproducirse lo que en Asia.—«*Dimiban caracol* y sus tres hermanos se presentan como una de las causas de la inundacion que destrozó el continente y produjo la mar. De su espalda sale la tortuga como la primera tierra á que llegaron y cultivaron con sus manos, con su ayuda los hombres encontrarán mujeres á quienes unirse. Una tradicion antigua conserva entre los *Guaranis* el orígen de la gran familia de los dos hermanos *Tupi* y *Guarani* que despues de la gran

---

(1) Véase el capítulo IX de esta obra.

(2) Los *cares* digo y no *caros*, porque se forma el plural de «care» y se conserva mas la semejanza como se dice «caribe» y no «caribo.»

inundacion abordaron á las costas del Brasil con sus mujeres ó hijos. (1) En consecuencia de graves disensiones se separaron estos hermanos diseminándose en la extension de las vastas regiones en que se les conocia con los nombres de *Tupi*, de *Guar*, *Gar* ó *Car* que se encuentran en gran número de naciones. Las tradiciones antiguas de Quito muestran los *Cares* desembarcando por el Océano Pacífico desde donde se extienden al interior en que sus jefes fundan más tarde la dinastía de los *Scyris*..... A un *Cara* salido del valle de Coquimbo se ligan los recuerdos antiguos del lago de *Titicaca* que hablan de la matanza de hombres blancos de *Chucuyto*. Los innumerables estados de orígen *care* ó *caraibe* que existian en la época de la conquista ó en el interior de la América ó sobre las costas que bañan los dos mares, atestiguan el antiguo poder de esta prodigiosa raza.» Las investigaciones de Eckstein sobre el culto de los dioses *Macares* ó *Macarios* le parecen al abate aplicables á los *cares* de América: y si bien ambos derraman profusísima erudicion en el particular, no son decisivos en la cuestion del mismo orígen. Convenido que hubo un gran pueblo en América, cuyo rasgo se encuentra en toda la Meridional, en las Islas Occidentales y áun en alguna seccion Setentrional. Los escritores españoles lo han demostrado y en otra parte referirémos cuanto parece histórico ó tradicional, no hipotético y fantástico, pero las aplicaciones á Méjico y naciones semicivilizadas del Perú no parecen exactas. Unos indican ser esos Indios de todas partes, como es uno el blanco del Norte y del Mediodía; pero si hay diferencia entre un anglo-sajon y un italiano aún mayor la hay entre el yucateco, el mejicano, el floridano y el que nos pintan en las Antillas; respecto de esa misma palabra *Macare* y los Dioses que denominaba son exageradas las etimologías: *Machar* significa en *quiché* el abrazo de una prostituta, ¿qué relacion puede haber entre los dos nombres? y aun va mas lejos el abate citado: mi entusiasta amigo se funda en una licencia poética del prosáico Castellanos en sus *Varones Ilustres de Indias*, y dice que *Maracaibo* debe ser *Macaraibo*, y áun cree que este nombre sea una inversion de Macaraibo (2). Cree que el Melcart, el Hércules fenicio, representado en Cádiz por dos peces como á los gemelos *Hunaphu* de Guatemala son lo propio que *Macare*. Las etimologías de *Semi* que ya indicó Horn y que amplió Rafinesque le ofrecen á nuestro escritor motivos para confirmar su creencia. «Pan, dice en los monumentos egipcios se llama

(1) Es curioso el texto porque al descubrimiento de América los Guaranis aun no habian construido ciudades.

(2) La cita de Castellanos, pág. 533 tom. II canto 3 no corresponde: á cada Elegia se divide en cantos y debe haberse cometido alguna errata por el editor de las obras de Mr. Brasseur Bourboug. El canto á que se refiere comienza en la pág. 332. »Macarona es un jefe de Bonda:

«Al «naonda» de Bonda «Macarona.....»

Khen, dios de los *Chemmis*, bajo la forma fálica envuelto en pañales: por eso se llama Khem el encerrado. Así se encuentran *Chemmis*, *Chemes*, *Semes* ó *Cemis* y esos genios protectores en Haiti ya figurando un hueso ó un baston envueltos en algodones, como el *Flaquimilolli* ó paquete sagrado de los Mejicanos, ó Dios Priapo de los Mandanos; y discurriendo sobre las otras formas de Pan, agrega: «el verdadero *Zamna*, el que se debe á sí mismo, era *Itzen-Maycal*, Itzen Caan la sustancia de las nubes, el rocío del cielo buscando mas pruebas mitológicas observa que el *can* ó *con-op* ó *con-ub*, el poder que sopla ó vaso superior es el mismo nombre que se encuentra en las *canopas* ó vasos egipcios ó dioses penates del Perú. Pero esos recuerdos referentes á otros paises no son tan contraidos á las Antillas, en ellas desaparecen las huellas egipcias para encontrarnos con los sencillos *Tainos*, á los descendientes de esa raza caribe buena que dominó la América meridional en casi todas en que no dominaron los peruanos. Si los *cares* fueron los progenitores de los caribes ¿cómo las doctrinas de Eckstein se pueden aplicar con preferencia á las tradiciones antillanas?

«En estas islas [las de Occidente] dice, en que los *Cares* aparecen en el orígen de la historia encontramos el mito de *Gaia* que da nacimiento á Urano en la noche. *Yaia* ó *Giaia*, el Sér poderoso de la Mitología haitiana, el padre de *Giaia*, el que encierra en el seno de la tierra figurado por una calabaza, en la cual se convierten los huesos en peces (1) de donde salen para sumergirse en el Océano que encerraba una parte del mundo. Prosigue comparando esta tradicion con la del viejo mundo: hay en las leyendas haitianas una víctima, que es *Dimiban caracol*, que desata la calabaza en que estaba encerrada la mar y los peces y de su espalda nace la tortuga sobre la cual los *Caras* construyen su habitacion y comienzan el cultivo de sus tierras.»

La leyenda habla de la enfermedad que padecia *Caracaracol*, y que del tumor de la espalda le sacaron una tortuga hembra, pero antes habian estado en casa de *Basa manaco*, y dice el texto que cuidaron de la tortuga. Es verdad que no está claro el pasaje porque dice: «y de esta manera fabricaron su casa y cuidaron de la tortuga», pero de esto no se deduce que la tortuga haitiana fué lo que era en la Mitología de la India Oriental. Lo más que puede decirse como presuncion es que tienen parentesco. La Mitología Oriental hace figurar la tortuga como la base de los tres mundos, no como tierra cultivada ni como simple manifestacion de la creacion de la tierra. En ese primer término tres elefantes sobre la inmensa tortuga: luego el hemisferio de la tierra como el domo de una catedral, y encima sobre un círculo de muchos elefantes las nubes, y los siete compartimentos celestes que terminan en una aureola de gloria con el símbolo

(1) En el Diccionario en la Segunda Parte de esta obra se colocará la version exacta de esta leyenda tradicional.

de la Divinidad. (1) Todo esto queda encerrado por un ofidiano ó inmenso culebron. Tal vez al notarse que era hembra la tortuga que se extrajo de Caracol, hacia alusion á que era la comida favorita de los Indios é iba á ser base del sustento: la tradicion refiere ese hecho en momentos en que buscaba casabe el indio y lo pedia á *Basamanaco* y que allí se hizo uso del saco de *cojoba*, el que originó la enfermedad.

Da por supuesto nuestro abate que los *caras* fabricaron y cultivaron inmediatamente sobre la tortuga y esto no se expresa en las tradiciones haitianas. De los hermanos gemelos solo se conserva el nombre de *Caracaracoel*, y por lo visto era denominacion individual y no de raza ó nacion: explica la tradicion que se llamaron caracoles los que tenian las manos ásperas como con sarna ó lepra. Las dos primeras sílabas de las palabras á lo mas: «Salió *Caracaracoel*, escribió el P. Romano, que quiere decir sarnoso» (2) era un calificativo que determinaba una enfermedad, como nombre individual el de *Dimiban*.—Los nombres *Oanuna* é Hictuna aún recuerdan los *Oaundanos* de Asia, los Hadrubraba y los Kadru, los hombres buenos de Gedrosia. Observa que esa semejanza de nombres tiene relaciones con los usos y costumbres: ladron de mujeres es el haitiano Gua-Ha-Hiona, el jefe de los hijos de Hiona, que se lleva de la cueva del Sol las mujeres á *Matinino*, donde fundó un reino de mujeres, como los *Cares* y luego los Fenicios, y encuentra á *Oobo* en el mar y una bella que lo seduce y le comunica un mal que fácilmente se conoce; es la *sifilis*. (3)

De todo lo cual se deduce que hay en la América la reproducion y el reflejo de la region de los Bárbaros [Várvara, Gárgara, Caracara] en que los hombres serán esclavos voluptuosos de la Diosa de los placeres, en que como dice Ariano las mujeres reinan sobre el otro sexo. Tambien reaparece aquella isla de la costa de Gedrosia en que una ninfa del mar exigia el tributo de amor á los marinos. No es imposible que todo esto fuese casual, mucho mas cuando la aventura del jefe haitiano no termina como la de los marinos de la isla del Antiguo Mundo: y esta observacion no se le oculta á mi ilustrado amigo. Las Indias eran poco adoradas por sus rudos compañeros, pues las encomendaban de preferencia los trabajos del campo, reservándose ellos la pesca y en algunos paises la guerra.

Otra referencia hay en *Nara*, lugar á donde fué á curarse Gua-Ha-Hiona del mal que le trasmitió la encantadora marina: le recuerda á *Nar Nara Nairits* de las leyendas de la India y en América el rio *Nara*, afluente de las Amazonas. Y tambien descubre en las pocas tradiciones haitianas la memoria de un pueblo que no era ya el que encontraron los

(1) César Cantú, Tavole. Storia Universale núm. 9.

(2) Hos homines irai caracaracoles se appellant. Martir. D 1ª lib. IX.

(3) En otro lugar de esta obra, en las palabras «Buinaras, bipas y taynas» se expresarán las opiniones sobre el orígen de este mal.

españoles. En la relacion del P. Roman halla conservada la noticia de que aprendieron del excelente *Gua-bonito* á labrar el oro y las piedras, los *Guaninos* y *Sivas*. Bartolomé Colon encontró escavaciones formadas por explotaciones de metal abandonadas hacia siglos. Pedro Mártir y Saint-Rémy hablan de objetos de arte elaborados en las Antillas, y se encuentran segun cree, cuevas arregladas artificialmente con estátuas y figuras grabadas en la piedra. En cuanto á los edificios ciclópeos y que se han querido hallar en Cuba es una verdadera ilusion. Las ruinas halladas en Moron, ni merecen ese nombre; el ídolo de piedra que existe en la Universidad de la Habana, con varias *Semis* de barro cocido es lo poco que en ella queda. (1)

Las semejanzas de nombres y de ritos entre los dos mundos la quiere buscar Brasseur de Bourboug en la apariencia física. Refiriéndose á la narracion de Eckstein y describiendo el mar de las Antillas y las costas vecinas, dice: «Esa es donde el autor debiera colocar ese lugar..... así como el asiento de los verdaderos Etiopes de Occidente.» despues de hablar de la falta de comunicaciones posteriores, observa que los mas antiguos navegantes y aun los principales de ellos, aparecen en la raza de *Oham* y principalmente en los *Oares:* y de estos pasó la superioridad á los Fenicios y á los Etruscos.

Sin negar el primitivo orígen de todas las razas se inclina á creer el escritor francés que las poblaciones de que hace mencion vinieron de América: «Así los Caldeos, los amos de Babilonia, esta raza de sacerdotes extranjeros, eran de orígen Lidio y Occidental, y, lo que es más significativo, salieron del Atlántico, como lo indica el nombre de Neptuno. De estas curiosas investigaciones históricas resulta mucho conjetural: los pueblos de Africa, los Etiopes de Occidente, los *Cares*, los *Carios*, los Caribes y demás pueblos que se citan no pueden borrar las variedades de la especie americana; no es posible que un hijo de América confunda á un yucateco con un floridano, ni á un caribe con el primero. Hay en el yucateco más de Asia que de otra parte, hasta en su mirada. No queda duda que al descubrir los españoles la América, no encontraron las razas que construyeron los edificios cuyas ruinas casi egipcias se encontraron mucho despues. No queda duda que ni los mejicanos ni los peruanos eran tampoco la familia que desde las vertientes del Orinoco hasta las islas de su Archipiélago constituia la raza caribe. Sea ó no la radical *car*, procedente de los Cares, es sin disputa un indicio inegable de unidad, las huellas de los nombres y las demás semejanzas de que hemos de ocuparnos respecto de América. No se debe dar importancia, sin embargo, á débiles pruebas eti-

---

(1) Véanse en la segunda parte las palabras «Ciboneyes, Cuba y Haití,» aunque creo que debe escribirse Sibonei con S que es como se pronuncia; la escribí antes como fué costumbre hacerlo.

mológicas: en la misma palabra Carácas encuentra un orígen hebreo el filólogo Azais (1).—«Caracas, dice, pais de la América Meridional, (preparacion de la mentira); *Cara* preparacion, hebreo; *Carsh*, mentira, hebreo» y cita á *Carasca* antigua ciudad española; Caracas, ciudad de América, Venezuela, y por último los *Caracús*, especie de moros en Bezieres, que hablan catalan, y pasan una vida errante, vienen al mercado diariamente, y son *embusteros*, *disimulados* y *hambrientos:* Azais no vé en ellos á los Caracoles de Haití no obstante lo expuesto.

«Los egipcios recibieron á pesar de su pretendida antigüedad, dice César Cantú, de otra parte sus colonias y habitantes. Los egipcios acogieron á sus Dioses, esto es, su civilizacion, de los Etiopes, los cuales se consideraban tan anteriores á ellos como estos á los indios. Y aún hoy en la Etiopía los *Barabra* se peinan como se ven las pinturas egipcias, y tejen sandalias de palma como se encuentran en los sepulcros» y así continúa Cantú expresando otras semejanzas. (2)

El coronel Galindo escribió desde el año de 1832, una série de observaciones describiendo las ruinas de Copan y otras dirigidas á demostrar que fué la América la cuna de la civilizacion y del género humano. (3)

CAPITULO IV.

Comunicaciones entre la América y el mundo antiguo despues de la venida de Jesu-Cristo.

Despues de la venida del Salvador se conservó por mucho tiempo la noticia de las comunicaciones con el mundo trasatlántico: pero como observa el sabio Masdeu, la refutacion que hizo de la creencia en los antípodas el venerado San Agustin, cuya reputacion de sabiduría era igual á la de su santidad, debieron influir en que se creyesen fábulas las relaciones históricas que han debido recobrar su fuerza con el descubrimiento de las Américas.

Los rastros del cristianismo que han solido encontrar los viajeros, aparte de los artificios humanos de que hace mencion el P. Ximenez en sus Escolios, y de que hablaré más adelante, demuestran que despues de la predicacion del Cristianismo vinieron sus creyentes á estas regiones. El célebre P. Mier, mejicano, que tomó una gran parte en el movimiento político y literario de su país (4) escribió un discurso refiriéndose al ser-

(1) Dieu et l'homme et la parole pág. 153.

(2) Storia Universale, Cap. XIV Epoca II pág. 272 á 273. [Edicion octava].

(3) Véanse los artículos titulados «Antiguos poseedores del Continente Americano,» en «La Colmena,» periódico español publicado en Lóndres.

(4) Historia de la Revolucion de Nueva España, tomo 2, pág. 778 apéndice. Lleva el nombre del Sr. D. José Guerra, pero es el mismo Dr. D. Servando Mier y Noriega.

mon que predicó sobre la aparicion de Ntra. Sra. de Guadalupe, en que probó que el Evangelio habia sido predicado en Méjico ántes de la llegada de los españoles: que Guazalcahualt era Santo Tomás, y la vírgen alguna imágen escondida por la persecucion que sufrieran los cristianos de Huemac, rey de Tula. No dá como historia el hecho sino como cosa probable y cita en su apoyo la misma creencia de D. Cárlos de Sigüenza y Góngora, de un jesuita mejicano que escribió en Manila, de Becerra Tanco y de otros. Digna es de leerse la disertacion por curiosa; y autorizada con muchos párrafos que demuestran la existencia de nociones de la revelacion á los indios entre los indígenas. De paso asienta que hasta el siglo 5º del cristianismo hubo comercio contínuo entre la China y Méjico. Cree Mier que el Santo Tomás á que se refiere la predicacion del cristianismo, no es el apóstol, sino un célebre obispo que floreció en el siglo 5º ó 6º y tambien santo predicador, y trajo discípulos.

Del estudio de los manuscritos mejicanos dedujo Mier (1) que la poblacion de América tiene dos orígenes, como lo ha sostenido Hervas por el exámen de las lenguas: uno de los pueblos que vinieron de la Tartaria China, otros por las Antillas, de gentes que eran de la Atlántida, cuya *inmigracion no es un pasaje oscuro de la historia mejicana*: en estas se habla hasta del número de los que se salvaron, y se designan los montes, en donde llaman todavía al agua *Atl* y *Atlahuey* al mar.

Es preciso convenir, sin embargo, en que muchas de las reminiscencias que parecen cristianas pueden tener orígenes orientales, como en la *Trimurti* asiática hay una cosa parecida á nuestra Trinidad. Las comunicaciones con las gentes asiáticas se comprueban con el aspecto físico de los indios. Las crónicas chinas, los trabajos del Dr. Muller y las etimologías de Vater han hecho reconocer á Domenech que la trimurti indiana tiene analogía con Ho, Huitzilopochtli, Haloc, y la trinidad peruana *Con*, *Pachacamal* y *Huiracocha*. Las demas creencias se explican por las religiones de Bhuda y Brama, los cultos de *Fò* de China, de *Bonzo* en Japon, *Quezalcoalt* y Manco Capac en Méjico y el Perú, y en creencias de los Mogoles y Calmucos. Hay que reducir á cortas nociones las del cristianismo.

El padre Lozano, (2) cronista de las misiones americanas, conviene en que Santo Tomás predicó el Evangelio en la América Meridional hasta en los puntos más lejanos: entre los veinte pueblos que visitaron los jesuitas en las márgenes de *Paranapani* encontraron la tradicion del Diluvio Universal, nuestros primeros padres Noé, el Arca y otros recuerdos bíblicos—«que antiguamente oyeron sus mayores al *Pay-Zumy*», que así llamaban al apóstol Santo Tomé, que evangelizó estos paises. El padre Lozano es-

(1) Idem pág. XXXV notas.
(2) Historia de Paraguay. Dos tomos en fólio.

cribió antes que Mier y creia que el Apóstol fué el predicador y no el otro obispo que vivió cinco siglos despues.

Pero los estudios de la Real Academia de anticuarios del Norte en Copenhague, de que tengo la honra de ser miembro, son obras que demuestran la comunicacion y colonizacion del mundo americano mucho antes de Cristóbal Colon por los escandinavos. Las inscripciones irlandesas encontradas despues de aquellas investigaciones hechas en los *sagas* del Norte, han contribuido á probar la exactitud de las relaciones. Cárlos Rafn, secretario de la Real Academia, ha publicado una Memoria en que se han incluido los principales viajes de los irlandeses por Groenlandia hasta Florida; ha publicado un plano que los explica: yo he vertido esa obra al español (1) adicionándola con trabajos posteriores, y los que les precedieron hechos por los españoles y otros europeos que le sirven de complemento.

¿Pero existian esos tipos entre los indígenas, en la poblacion actual? Han desaparecido confundidos con los que hoy caracterizan la mayoría de la raza india que aún se conserva: habian desaparecido al descubrir los españoles el Nuevo Mundo, aunque encontraron algunas huellas entre los naturales.

Las sociedades y academias, los etnólogos actuales en lo general convienen en las teorías que publicó en el siglo XVII el sábio Horn por solo el aspecto físico y su inmensa erudicion, principalmente filológica.

Lakey ha escrito (2) sobre esos trabajos y deducido el orígen mogólico ó escita de los pueblos americanos salvajes, y en cuanto á los civilizados encuentra que provienen del Sur de Asia y de Egipto: esto se funda: 1º en la filología; 2º en la anatomía; 3º en la mitología; 4º en los geroglíficos; 5º en los conocimientos astronómicos; 6º en la forma de la arquitectura y ornamentacion; 7º en les hábitos y costumbres.

Antes de terminar esta exposicion de las curiosas investigaciones generales sobre el difícil problema, pero no *temerario*, como dijo el siglo pasado un escritor, varias veces citado, es preciso no olvidar los estudios especiales del Gobierno de la República de los Estados-Unidos y de algun etnólogo notable.

Todavia en la cuestion general se levanta una duda: ¿vinieron del Asia los pobladores de América ó fueron de América al Asia? ¿Las ruinas del Palenque y de la América de aspecto egipcio son anteriores ó posteriores á sus pirámides? La existencia de las pocas palabras egipcias que se conservan ¿se debe á que las ha tomado de lengua *maya* ó fué maya la lengua de los egipcios y de América recibieron su civilizacion? Mi respe-

---

(1) Antigüedades Americanas.—Noticias que tuvieron los europeos de América antes del descubrimiento de Cristóbal Colon.—Habana 1845.

(2) An inquirer into the origin of the Antiq. of America pág 21.

table amigo Brasseur de Bourbourg se ocupa con aplicacion á descifrar los manuscritos mejicanos ó centro-americanos con la clave que ha publicado él mismo del religioso español Fr. Diego Landa: y duda y vacila sobre estos oscuros problemas que solo podrian resolver las traducciones á las lenguas usuales de los geroglíficos y caractéres ahora usados de las magníficas ruinas americanas.

Pero si la mayor parte de los escritores se han ocupado de traer á los habitantes de América del antiguo continente y alguno en llevar de América la civilizacion á Egipto, otros han creido que no hay necesidad de esos esfuerzos por que antes del hundimiento de la *Atlántida* estaban unidas el Africa y la America, fundándose en las formaciones geológicas y la direccion de los cabos, islas y promontorios.—Mr. Despreaux escribia en Méjico en 1843 que todos los datos acreditan que las Canarias estaban unidas á las costas de Africa y esta con la América por las Azores, Madera, Canarias, Lucayas, San Martin, Santa Lucía hasta Jamáica. Es curioso entre otras observaciones la siguiente: «Durante mi residencia en Canarias pude proporcionarme tres mómias, un hombre y dos mujeres conservadas segun el antiguo sistema egipcio. El hombre es de una estatura gigantesca, lo que se conforma con las tradiciones sobre los antiguos atlantes. Las mujeres tienen los cabellos largos, negros, ásperos y trenzados con tiras de cuero teñidas de encarnado ó verde; el vestido está plegado por delante y una especie de *zarape* corto les cubre el pecho. El calzado se compone de una suela fijada al pié con correas teñidas de encarnado, y guarnecida de piedrecitas de obirosiana muy bien trabajadas. El hombre tiene por vestido una túnica y un manto fijado sobre el pecho por un nudo que llaman ellos *tamarco*. ¡Cuál seria mi placer, cuando llegando al interior de los Andes, encontré allí á las mujeres vestidas del mismo modo, y que su peinado era idéntico al de mis mómias!»

Mr. Despreaux observa que las armas eran idénticas entre los indios y las que se encuentran en las ruinas de esos otros puntos.—Sus monumentos son tambien piramidales.

El sabio académico, D. José Viera y Clavijo, á quien aludimos en nota anterior (1), cree que el nombre de Canarias procede de los *grandes canes* que tenian, siendo histórico que regalaron dos á Juba; y el nombre no era indígena sino que lo daban los que llamaban *can* al perro, pues fué Plinio el primero (2) *por la multitud de perros de extraña grandeza de los cuales se le llevaron dos á Juba.*

En cuanto á si fueron ó no parte de la Atlántida, deduce el mismo escritor lo siguiente: «1º que quizás las Canarias fueron en otro tiempo una península de Africa; 2º por efecto del Diluvio de Noé se formó de esta

(1) Idem pág. 51 tomo 1.
(2) Idem tomo 1 pág. 40.

Península famosa la Atlántida de Platon; 3º que destruida despues la Atlántida solo quedaron las eminencias de sus montes más elevados; que son nuestras islas; 4º que el renombre de Atlántida que tuvo la isla platónica y de Atlánticas las *Afortunadas*, con toda esta parte del mar Océano; se derivó del monte *Atlante*, de la Mauritania, que dió crédito á sus contornos.»

Tambien dice Viera que es probable que hubiera algun punto de union con la América, de todo lo cual resulta que nuestro compatriota se anticipó al viajero francés.

Aunque hay cierto aire de familia entre algunas palabras de los dialectos de Canarias y los de las Antillas, no hay identidad. En esas islas africanas se hablaban distintas lenguas en los lugares habitados. El célebre Viera recogió algunas de Canarias de la lengua Guanchinesa, de Palma, de la Isla de Hierro, de la Gomera. El mismo escritor decia de esas diversas lenguas que le parecian dialectos de otras:—«El aire de los términos, agregaba, y el génio de las voces es semejante. La mayor parte de sus dicciones comienza con *Te* ó con *che* ó con *Gua*, segun se puede observar fácilmente en los nombres de muchas poblaciones y campos que conservan los que les pusieron los naturales. (1)

Guairo, Guadaya, Guadayeque, Guadamojete, Guayonja, etc., etc., son ejemplos de ese aire indiano á que se hizo antes referencia.—En Cuba predominan los nombres indígenas en las plantas; y es notable que en Canarias apenas se conozcan con otros nombres que los vulgares por sus aplicaciones ó efectos.

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

---

(1) Noticias sobre la Historia general de Canarias, tomo 1 pág. 130.

ESCRITORES CUBANOS.

Anselmo Suarez y Romero.

SUMARIO.—I. Introduccion.—II. Nacimiento, familia y primeros estudios de Anselmo Suarez y Romero. Su amistad con José Z. Gonzalez del Valle. Es presentado á Domingo Del Monte. Su primera produccion literaria.—III. Su vida de preceptor. Sus notables artículos sobre *Educacion*. Juicio que merecieron.—IV. Exámen de su novela *Francisco*. Cuando comenzó á escribirla y con qué objeto. Su juicio crítico. *Los Fragmentos*.—V. Anselmo Suarez juzgado como prosista y pintor de costumbres por varios periódicos cubanos. Su *Coleccion de artículos*. Algunos trozos de *El Guardiero*.—VI. Su estilo. Sus descripciones.—VII. Prólogo á las obras de Ramon de Palma.—VIII. Artículo «El cementerio del ingenio.»—IX. Estudios de derecho. Su grado de Licenciado.—X. Sus cartas que sirven de introduccion á los *Estudios Jurídicos* de Andrés Clemente Vazquez.—XI. Juicio de los *Cuadros campestres* de A. Suarez por Enrique Piñeyro. Cargo que con tal motivo le fué dirigido. Imposibilidad de examinar detenidamente esta cuestion.—XII. Estudios que sobre Economía Política hizo Suarez. Exámen de algunos de sus escritos en esta ciencia.—XIII. Tendencia dominante de sus artículos. Puede ser considerado como el primer moralista cubano. Juicio crítico de *¿Es Angel?* Su cuadro *Despues de seis años*.—XIV. Relacion de las obras completas de Anselmo Suarez y Romero.—XV. Apreciacion general de su carácter.—Conclusion.

I.

No fué tu pluma la que en fiel pintura
De nuestra bella patria las costumbres
Con verdad describió?

JOSÉ ZACARIAS GONZALEZ DEL VALLE.

La desgracia que desde hace dos años esperaban temerosos los amigos de Anselmo Suarez y Romero, ha ocurrido al fin. Sufriendo durante este tiempo de una *diabêtes*, enfermedad que habia depauperado visiblemente su atlética y robusta complexion, hasta el extremo de producir una grave perturbacion en su vista, murió victima de una violenta neumonía, que en breve horas tronchó su preciosa existencia.

Amigos y discípulos suyos, escribimos bajo la reciente tristísima impresion de tamaña pérdida, derramando copiosas lágrimas y sin poder dominar nuestra emocion.

Anselmo Suarez y Romero, el eminente literato cubano, el elegante y castizo prosista, el esclarecido autor de *Francisco*, el brillante colorista de los *Cuadros de la naturaleza cubana*, el atildado y severo crítico, el profundo observador de nuestras costumbres, el cariñoso censor de nuestros vicios, el que en pulidas páginas dejó escritos meditados artículos sobre *Educacion*, que revelan cuánto se interesó por el progreso de la instruccion pública en su patria, el autor de múltiples y variados trabajos, sérios y concienzudos, sobre jurisprudencia, economía política y otras materias análogas, de los que muchos permanecen todavía inéditos; aquel, en fin, á quien debemos colocar entre nuestros primeros escritores en prosa, es el que va á ocupar la atencion de nuestros lectores.

En sus últimos años puede decirse que casi hemos vivido á su lado, en la intimidad de la más tierna é invariable afeccion; y si nos atrevemos á publicar estos desaliñados renglones. es porque consideramos como deuda del corazon el cumplimiento de una tarea que la amistad y la admiracion nos ayudarán á vencer, supliendo nuestra inexperiencia.

Desde luego advertimos que no tenemos la pretension de hacer una obra acabada ni original. Anselmo Suarez y Romero en un libro titulado *Juicios sobre mis obras*, en el prólogo á las de *Educacion*, titulado *Mi vida como preceptor*, y en el apéndice colocado al final de su novela inédita *Francisco*, deja escrita su *autobiografia*.

Dar á conocer sus rasgos más interesantes, así como los juicios más sinceros y exactos de que sus obras fueron objeto: ese será nuestro único trabajo, que emprendemos seguros de que habrá de agradecérsenos cada vez que en medio de la aridez de nuestro estilo, intercalemos algun florido y brillante trozo de la sonora y melodiosa palabra del autor del *Prólogo á las obras de Ramon de Palma*, que el inexorable crítico D. Juan Martinez Villergas supo admirar calificándola de *galana y académica*.

El artículo aparecerá recargado de citas; sin embargo, ese plan es el que mejor dará á conocer á nuestro amigo, y habiéndole adoptado tambien el autor de un preciosísimo libro que ha tenido extraordinaria aceptacion en Francia, no vacilamos en imitarlo. Aunque Anselmo Suarez no haya brillado entre nosotros con el resplandor que allí brilló Julio Janin, el Príncipe de los críticos modernos, ni nosotros lleguemos á la altura que ha alcanzado su biógrafo Alejandro Piedagnel, con este magnífico libro (1); forzoso nos es confesar que el mismo espíritu que ha guiado su pluma y su corazon, *mente cordis sui*, la amistad más íntima, el cariño más acendrado y la admiracion más justa, es el que ahora guia tambien la nuestra.

(1) Jules Janin, par Alexandre Piedagnel.—Paris.—Sandoz.—1877.

Prolongar de esta manera su existencia, revivirle hablando de él, y que el homenage que le tributemos sea digno: tales son nuestros fervientes deseos.

II.

Nació Anselmo Suarez y Romero en la Habana el dia 21 de Abril de 1818. siendo sus padres D. Jose Ildefonso Suarez y Dª Lutgarda Romero.

Ejerció el primero, por los años de 1821, el oficio de Juez de letras de la villa de San Antonio Abad, y durante el mando del Excmo. Señor Teniente General D. Miguel Tacon, la primera asesoría y tenencia de gobierno, destinos que ocasionaron despues, en la época de la enconada residencia de aquél, indecibles tormentos á su familia, la que al cabo se encontró arruinada, con un pasivo de más de doscientos mil pesos y reducida á vivir en el campo en medio de las mayores escaseces. Víctima de la persecucion y del olvido, sus complicados negocios le obligaron á partir á la Península, donde despues de una asendereada existencia, falleció en Sevilla el año de 1843.

Suarez hablaba de su madre con singular veneracion, y siempre con los ojos inundados en lágrimas, habiéndonos dejado algunos rasgos de ella en no pocos de sus escritos. «Aquella mujer, todo constancia, todo ab» negacion, todo esperanza, todo deliquio, todo lástima, todo valor y dotada » de un talento privilegiado, que aunque sin cultivo, despedia incesante» mente vivísimos resplandores», fué objeto del más tierno y acendrado afecto de su amantísimo hijo.

Hizo Suarez y Romero sus primeros estudios en la escuela de primeras letras de los religiosos dominicos; pasó luego á la que dirigia el Presbítero D. José Benito Ortigueira, ingresando despues en el Seminario de San Cárlos *sobre cuyo instituto difundia siempre su benéfico y jamás debilitado resplandor el memorable Obispo Espada.* Allí oyó las explicaciones de filosofía *que con sencilla frase, tino en las observaciones y donaire en la refutacion de ciertos sistemas*, hacia desde su cátedra aquel Francisco Javier de la Cruz, cuya semblanza nos ha dejado tan admirablemente estampada en uno de sus libros inéditos sobre *Crítica.* Asistió tambien á la cátedra de derecho de que era propietario el celebrado José Agustin Govantes, y sustituto su hermano Miguel; y finalmente en la Real y Pontificia Universidad recibió el grado de Bachiller en leyes el 17 de Marzo de 1837, no pudiendo en aquella sazon continuar sus estudios por la série de desgracias que abrumaron á su familia. El mismo nos dice que practicó en los bufetes de José Calixto Bernal, Isidro Carbonell y Padilla y Ramon de Armas.

Condiscípulo de José Zacarias Gonzalez del Valle en el Seminario de San Cárlos, en aquellas aulas nació la tiernísima amistad que les unió des-

pues, y que tan notable influeucia ejerció en su vida. Aventajándole en instruccion y aplicacion, fué quien despertó en él la aficion á los estudios literarios, donde con tan vívido fulgor habia de lucir en época no remota. La enseñanza de Valle, sus sabios consejos y la docilidad del que habiendo sido su condiscípulo, le consideraba como maestro, su cariñoso entusiasmo por las obras de Suarez, que llegaba hasta el extremo *de expurgárselas, corregírselas con nimia escrupulosidad, poniéndolas despues en limpio*, formaron el carácter y la inteligencia de Anselmo Suarez y Romero, quien felizmente tropezó tambien en su camino con otro hombre *de irresistible atractivo*, penetrando fácilmente el género en que habia de descollar, supo dirigirle siempre con tino y con amor. A él le presentó Valle, dice Villaverde, *con el pase del manuscrito de Carlota Valdés*. Ya se habrá adivinado que hablábamos de Domingo Del Monte, *aventajado humanista*, en cuyo gabinete tuvieron lugar las célebres tertulias literarias, tan admirablemente pintadas despues por Suarez y Romero.

«Era la época en que llenando en la multitud de procesos que la residencia del General Tacon trajo sobre mi familia, los sacrosantos deberes de un hijo, á pesar de mi pobreza, de mi aislamiento y de mi desamparo, hallaba en Del Monte el hombre sensible y justo, á quien siempre rendí el homenage de la gratitud, y á quien es menester atribuir el orígen del escaso mérito que pudieran tener mis producciones.» [1]

Poseia aquel célebre literato el don de atraer y de reunir en torno suyo á cuantos en Cuba buscaban entonces solaz en las obras del ingenio, y conociendo la aptitud de todos, á cada uno indicaba el rumbo que debia seguir. Adivinando las dotes de prosista que ya se revelaban en el primer trabajo de Suarez y Romero, puso en juego su grande influencia para que continuara cultivando la literatura.

Aunque su espíritu sentia con vehemencia la belleza y era capaz de hablar el lenguaje arrobador de la poesía, la experta direccion del creador de los *Romances cubanos* y las circunstancias especiales de su existencia, le apartaron de una senda, en la cual no es difícil que hubiera hallado los laureles de la gloria. Cuando empezó á escribir, sus producciones salian plagadas de innumerables faltas de ortografía, teniendo entonces que emplear mucho tiempo en estudiar lo que desde la escuela nos cuenta él mismo, debió haber aprendido, y esto, unido á la lectura de las obras que en castellano y francés le proporcionaba Del Monte, no le permitia ejercitarse en un modo de hablar que nunca habia usado. Los estudios de derecho además, emprendidos por él con generoso entusiasmo, y que con frecuencia interrumpia para volver despues á continuarlos, tampoco le dejaban dedicarse á la poesía; y ménos le fué posible hacerlo, cuando corrió á buscar en las tareas del magisterio, los medios de subsistencia y la ocasion de servir en algo á su país. Empezó á dar clases, en las que inver

(1) A. S. y R. Crítica.—Tomo 2.º

tia la mayor parte del dia, y cuando regresaba á su habitacion, no era para entregarse á dulce consorcio con las Musas, sino para estudiar las materias que estaba enseñando, y para ocuparse en redactar, durante toda la noche, los pedimentos que era preciso presentar diariamente en los graves negocios forenses de la familia.

«Desde el rincon donde trabajaba, dice, muchas veces mi vista se fijaba absorta en la luna que alumbraba desde el profundo azul del cielo, en las estrellas que la rodeaban, en las nubes que solian ocultar su argentado disco; otras ocasiones el rayo de sol que penetraba hasta cerca de mí, alguna ráfaga de la brisa que acariciaba mis sienes, los rumores mismos de la agitada poblacion que se asemejaban á los solemnes ruidos del proceloso océano, me arrancaban hondos suspiros y me bañaban en lágrimas, que hubiera querido cantar en sentidas poesías, pero la voz de inflexibles deberes me llamaba, y entonces me veia en la necesidad de seguir, con igual ardor que ántes, mis abrumadores trabajos.»

La impresion que en el ánimo del culto venezolano causó aquel imberbe jóven que le presentaba Valle, se la comunicó en los siguientes términos á José Jacinto Milanés, en carta de 30 de Mayo de 1838:

«Tenemos otro jovencito que empieza á darme esperanzas. En el tercer número del *Album* saldrá una composicion suya en prosa, titulada *Carlota Valdés*. Se propone pintar en ella el sentimiento de la horfandad en una muchacha hija de la cuna. Tiene rasgos tan delicados como los más suaves de Silvio Pellico. Es todo blandura y amor. Se llama Anselmo Suarez.»

En el curso de esta biografía habremos de ver de qué manera se realizaron aquellas esperanzas concebidas por Del Monte.

III.

Desde que se ausentó su padre el 11 de Mayo de 1838, vivió Suarez con su familia, hasta fines de aquel año, en Puentes Grandes, donde están fechadas sus primeras cartas á Valle, correspondencia que duró hasta pocos dias ántes de la muerte del último y que es interesantísima bajo el aspecto histórico de nuestro movimiento intelectual en la época de su relativo apogeo. Allí fué donde, «alumbrado su corazon por una claridad que venia de las alturas,» empezó á escribir, por encargo de Del Monte, su novela *Francisco*, de la cual hablaremos despues.

El año de 1839 lo pasó Suarez, segun él mismo nos refiere en el prólogo á su libro sobre *Educacion*, titulado «*Mi vida como preceptor*,» en el ingenio *Surinam*, situado á poca distancia de la villa de Güines, encargándose allí de la educacion de algunos de sus hermanos. Oid sus propias palabras, que ocuparán siempre puesto preferente en este artículo.

«Dábale las clases (hablando de su hermano Lúcas, que murió demente en 1867) en la casa de trapiche, léjos de todo bullicio, acariciados por las brisas, con la magnificencia de nuestros campos delante, escuchando el murmullo de los árboles, y mirando para el puro azul del cielo.»

Intentó encargarse, seguimos parafraseando su citado prólogo, de la escuela municipal de aquella poblacion, pero habiéndose opuesto á ello su madre, aquella mujer que amó con delirio y *que como la lluvia que refresca los arenales abrasados por el sol, volvia siempre la paz y el consuelo á su espíritu agitado por las borrascas de la vida*, desistió de aquel proyecto respetando sus razones. Susurrándose por entónces que allí se trataba de fundar por el Dr. Calcagno un gran colegio, en el cual se enseñaria hasta derecho, dió pasos para ocupar esa cátedra, á pesar de que no habia terminado todavía su carrera, pero el colegio no llegó á establecerse.

Ejercitándose en el estudio del francés, que aprendió sin necesidad de maestro, y que, del mismo modo que el latin, italiano y portugués, traducia con admirable correccion á libro abierto y sin ocurrir apénas al diccionario; en concluir su novela *Francisco*, en escribir los primeros *Cuadros campestres*, y en recorrer aquellos campos del *Surinam*, cuyas bellezas físicas y cuyos horrores morales dejaron en su alma una viva impresion jamás con el transcurso del tiempo debilitada, empleó todo el año de 1839.

Pero siendo menester que uno de sus hermanos viniese á la Habana para atender á los numerosos y complicados negocios forenses de la familia, regresó á esta ciudad á principios de 1840. La série de sinsabores que amargaron su existencia en aquellos penosos dias, él mismo nos la ha pintado con melancólico pincel en el interesante prólogo á que nos hemos referido. Teniendo que ir á comer diariamente á casa del abogado Ramon Medina, que era á la sazon censor de imprenta, y á dormir en casa del comerciante José Antonio Cordero, debió sin duda muchas antenciones á estos dos caballeros, antiguos amigos y protegidos de su padre, que se esmeraron en proporcionarle multitud de comodidades; pero se vió en el caso de adoptar la resolucion de buscar lo que allí no encontraba, en casa de su tio Rafael Suarez.

No contando sino con un mezquino sueldo como profesor, pasó catorce meses haciendo una sola comida diaria, sin que su familia, sus parientes, ni sus amigos lo llegarán á sospechar.

«Algun dia, como el sol que penetra por instantes en el calabozo de un preso, me invitaba este ó esotro amigo á comer, y ese dia almorzaba en la fonda, y luego reparaba mis fuerzas con manjares á que ya me iba deshabituando.»

La lectura de estas tristes páginas nos llena de profunda melancolía, al considerar todo lo que el elevado espíritu de Suarez sufrió en aquella ocasion.

«Una constitucion fuerte, el amor al trabajo y el pensar que cumplia sagrados deberes, me mantenian si bien pobre, con el ánimo sereno y hasta placentero.»

Tantos sufrimientos cesaron al fin, teniendo su merecido premio. El amigo que más queria entonces vino á sacarle de tan dolorosa situacion. Por aquella época, 1842, iba á partir para España José Z. Gonzalez del Valle, quien tenia á su cargo las clases de latin, literatura y gramática

general en el colegio de Santa Teresa de Jesús dirigido por D. José Huguet, y le propuso que le substituyese en su desempeño. Muy perplejo se vió para aceptar, porque sus conocimientos en esos ramos no eran todavía completos. Pero instado de tal manera por Valle, no quiso desairarle, y por vez primera entraba de lleno en la egrégia carrera de la enseñanza.

La impresion que sintió al tomar posesion de aquellas clases, nos la ha dejado transcrita en el mencionado prólogo.

«Pálido y turbado ocupé el asiento destinado al profesor. Recorrí con los ojos, de que estaban á punto de brotar las lágrimas á mis ya, desde aquel instante amados alumnos, los cuales guardando un religioso silencio, me miraban con ingénua curiosidad como deseosos de averiguar si yo seria capaz de poseer el saber, la elocuencia, la delicadeza y la mansedumbre de mi antecesor. Me figuré que eran ángeles y no discípulos..... Ventanme sin querer á la memoria la penuria de que me libertaria desde el primer sueldo que en aquel instituto cobrase, debiendo tamaño cambio á los alumnos que tenian clavada en mí su vista escudriñadora. Todo esto hizo brotar de mi corazon un raudal de amor á mis discípulos. Me propuse estudiar incesantemente para no imbuirlos en algun error, emplear el método que mejor contribuyese á sus progresos, y atraerme su cariño con el fin de que entre ellos y yo no hubiese las funestas relaciones producidas por el miedo, sino los sacrosantos vínculos que nacen de la simpatía.»

Tales frases constituyen la síntesis de un método completo de enseñanza y revelan todo el provecho que el pais hubiera recibido de un educador que poniéndolas constantemente en práctica, hubiera consagrado su existencia al magisterio.

En el *Diario de la Habana* de 22 de Marzo de 1843 apareció el informe presentado á la seccion de educacion de la Real Sociedad Económica de esta ciudad, acerca de los exámenes de las clases desempeñadas por Suarez en aquel colegio, y el éxito no pudo ser más brillante. El Doctor D. José Antonio Valdés expresaba de la siguiente manera su admiracion á aquella Sociedad.

«Las clases de Latinidad, Gramática general y Literatura se hallan á cargo del aventajado y juicioso jóven Don Anselmo Suarez y Romero. Los alumnos de la clase de Latinidad declinaron y conjugaron con notable prontitud, toda clase de nombres y de verbos, y construyeron varias oraciones; siendo de advertir que, ni se recarga la memoria de los niños con reglas inútiles, ni se omiten aquellas que contribuyan á penetrarlos del espíritu del hermoso idioma latino. Pero las clases de Gramática general y Literatura merecen un elogio señalado. En ellas se notó una novedad, y fué la de que no habia otro texto en ámbas que las explicaciones orales del maestro; de suerte que, acostumbrados los alumnos, entre los cuales los habia de muy corta edad, á no pronunciar una palabra sin haber pensado ántes, respondian todos en su estilo propio y con aquella soltura y firmeza que no tienen los que repiten las palabras de un texto. Y si el resultado de estas clases fué brillante, bueno será decir que se ha tenido particular empeño, como lo demostró la explicacion de muchas proposiciones, en inspirar á los niños amor á la humanidad y aplicacion constante al estudio de las obras buenas de cualquier escuela que sean, sin fiar en las mejores disposiciones naturales; por cuyo medio se mejora tanto el gusto, se halla luego más facilidad para producir, se evitan

monstruosidades que pasan por bellezas, y la humanidad no tiene que llorar las consecuencias tristes de las obras donde no se mira por ella.»

Las precedentes líneas demuestran la causa del entusiasmo de Suarez por el sistema explicativo, aplicado aquí á la enseñanza primero por Varela y despues por Luz, y porqué nunca desperdició la oportunidad de elogiarle.

Substituyó varias veces á Ramon de Armas en la clase de economía política, por él inaugurada sin ninguna retribucion, en la Real y Pontificia Universidad, en 1841.

A fines de 1842 fué propuesto para la direccion del colegio de *San Fernando*, y en distintas épocas dió clases en casas particulares y en los colegios de *Santa Teresa de Jesús*, en el *Cubano*, en el de *Humanidades* y en el *San Pablo*.

En 1851 se le propuso la clase de Latinidad del colegio *El Salvador*. A principios de 1859 se buscaba para el mismo instituto un vice-director, y entre otros que se le indicaron para el desempeño de tan importante cargo, escogió Luz á Suarez, exclamando con su natural viveza al oir su nombre: *con ese me embarco*, sencilla frase considerada siempre por éste último «*como la mayor gloria discernida á su vida de profesor.*»

J. I. Rodriguez en la página 264 de su *Vida de Luz*, da testimonio de la exactitud de este hecho en los siguientes términos:

«Una persona habia de quien decia siempre sonriéndose el Sr. Luz *que con él se embarcaria de buena gana;* pero esa persona, cuya modestia nos agradecerá que no demos su nombre, tenia sobre sus hombros otra inmensa tarea de abnegacion y sacrificio noble y generoso, y estaba imposibilitada de aceptar.»

En una carta que dirigió Suarez á dos amigos suyos en 31 de Marzo de 1859, explicaba de esta manera la causa de su imposibilidad:

«Con sentimiento digo á ustedes que obstáculos nacidos de los negocios de mi familia, me estorban, sin embargo de haber pensado mucho en el modo de alejarlos, ponerme al frente del colegio. No es esta la primera ocasion en que sacrifico mis ventajas personales al deseo de que, si yo llegare á faltar, cuenten con medios seguros de subsistencia mi madre, mis hermanas y mi pobre hermano demente, y al fin, nunca por mí perdido de vista, de que se pague la cuantiosa deuda que dejó mi padre. Crean ustedes que nada me hubiera contentado tanto al encargarme del colegio como vivir cerca de ese hombre cuyo saber y cuyas virtudes han sido siempre para mí un objeto de la más profunda veneracion y del más acendrado amor.»

Este espacio de tiempo consagrado por Anselmo Suarez y Romero á dirigir la inteligencia y los afectos de la niñez, tanto en el seno de las familias como en las casas públicas de enseñanza, tarea para él amena y trascendental, le proporcionó, segun nos refiere, la ocasion de hacer observaciones inmediatas para deplorar amargamente los escandalosos desórdenes que hormigueaban en las escuelas y colegios, y sobre los cuales procuró, indignado, que los padres de familia fijaran sus miradas; siendo este el

orígen de sus notables artículos sobre educacion, que, en sentir de Cirilo Villaverde, constituyen por sí solos un tratado completo de pedagogía cubana.

Aquellos que creen que Suarez y Romero solamente se ha distinguido como pintor de la refulgente naturaleza cubana y que no ha producido nada serio ni trascendental, se equivocan completamente, demostrando que no conocen esos admirables artículos sobre el problema capital de nuestro siglo, que, con pluma digna de Jovellanos, ha dejado escritos.

De todo lo que sobre esta importantísima cuestion de la instruccion pública dió á luz en diferentes periódicos y en diversas épocas de su laboriosa vida, formó un precioso volúmen de cerca de 500 páginas, que contiene: los diez artículos insertos en su *Coleccion*, sus *Elencos de literatura, física* y *Economía política*, un informe que emitió como miembro de la comision auxiliar de instruccion primaria del cuarto cuartel, en el cual se manifiestan con pasmosa claridad cuales fueron siempre sus ideas sobre el método explicativo, que segun él consiste no tanto en que el maestro procure dar la razon de todo, como principalmente que lo efectúe por sí solo el discípulo, no tomando nunca la palabra aquel sino cuando éste encuentre dificultades insuperables; un escrito titulado *Ereccion de un edificio para perpetuar el colegio El Salvador;* sus siete artículos sobre *Escuelas primarias*, que salieron en el *Album Güinero*, dirigido por nuestro estudioso amigo Don Francisco Calcagno, que inauguró, dice Suarez, la era del periodismo en Güines, en el *Progreso* de la misma villa, y reproducidos despues por *El Siglo* y *La Idea;* uno titulado *Bibliotecas públicas*, á cuya iniciativa se debió la creacion de algunas bibliotecas en San Juan de los Remedios y en otras poblaciones de la Isla; y finalmente, otro sobre la *Enseñanza obligatoria en Cuba*, en el cual, si bien proclamaba la existencia del deber en los padres de familia de procurar la enseñanza primaria á sus hijos y del derecho por parte de la autoridad para alcanzar que se llenase por medio de la coaccion, demostraba que era preciso mirarlos por mucho tiempo con lástima, porque la influencia de más de tres siglos de abandono en la cultura intelectual, moral y religiosa, los habia traido al triste término de no saber apreciar lo que valia la instalacion de escuelas gratuitas; y que por consiguiente, el sugetarlos entónces á sufrir penas por un descuido disculpable, lo estimaba, cuando ménos, inoportuno. Su ánimo era mantener siempre ardiente el fuego sagrado del entusiasmo entre sus compatriotas, diciéndoles que habiendo cumplido su mision el gobierno, erigiendo las casas de enseñanza, á ellos les tocaba, ántes que aquel se viese en la precision de ejercer violencia, apurar los esfuerzos para alcanzar el glorioso resultado de llegarse á rebosar de niños las escuelas primarias. Enalteciendo el valor de la educacion, deseaba que todos los padres de familia corrieran presurosos á llevar á sus hijos á la fuente donde se recibe aquella agua bautismal, haciendo así innecesaria la

coaccion. En su concepto, si los cubanos abjurasen de la mortal apatía qu respecto á las cosas procomunales les aqueja, no sería preciso que lo funcionarios encargados de promover la enseñanza, tuvieran que hace uso de las penas. Los padres de familia y los maestros, principalmente encontrarán en todo tiempo grande y elevada enseñanza en los escrito pedagógicos de Suarez y Romero. Léanse con atencion, medítense debida mente y, sobre todo, cúmplanse al pié de la letra sus sabios preceptos, entonces habremos dado un gran paso en la vía del progreso de este pai No hay una sola cuestion, por insignificante que á primera vista aparezc que se haya escapado á su inteligente y perspícua mirada en esta vit materia. El ha combatido con enérgica frase el cáncer de las *malas pal bras* con que algunos maestros degradan el alma y el corazon de los n ños, olvidando que nada hay tan insinuante como la voz de la razon. So elocuentísimas las frases con que increpa á aquellos su falta de amor á l infancia, llamándoles hombres sin fé y sin esperanzas, en cuyos corazone no hierve ninguna llama sacrosanta.

Otro veneno que contagia á la juventud y que tambien hay que exti par, era para él la falta de caridad. Los padres no cumplen todas s obligaciones confiando la educacion de los niños á preceptores que no curan de acrisolar como es debido los sentimientos: es preciso sembrar e las almas accesibles y candorosas de los niños, son sus propias frases l que usamos, gérmenes de virtud y de abnegacion. Para esto no basta s ber, basta el ejemplo de las virtudes públicas y privadas, enardeciend en sus tiernos corazones los sentimientos sublimes de la fraternidad y d la conmiseracion.

Tambien su pluma ha censurado la reprensible incuria de algunas ma dres, que sin tomar los debidos informes y consultando solamente mezqui nos intereses, encargan á cualquiera la educacion de sus hijos, á quiene desde que nacen confian á abyectas nodrizas, cuya palabra ignorante corrompida es la que con más frecuencia escuchan, alumbrando triste mente la aurora de su inteligencia y de sus afectos.

Mientras se continúe autorizando para ejercer el sagrado y trascen dental oficio de maestros á hombres que nada ó apenas estudiaron de an temano y que carecen de las grandes dotes que su buen desempeño exig mientras existan profesores que abran los labios para explicar sus leccio nes tan solo porque oyen sonar el oro; mientras los exámenes sean mero ardides de que se ha echado mano para ocultar los vicios que existen e el colegio, arrancando amenudo inmerecidos aplausos; mientras el celo d los padres no inspeccione constantemente la enseñanza; mientras precep tores inteligentes y honrados no se encarguen de la instruccion privada las ocupaciones de los padres les sigan impidiendo el desempeño de es especie de pedagogía que es preciso ejercer sobre los hijos educados en e hogar doméstico; mientras manifiesten su abandono no concurriendo co

asiduidad á los exámenes de los colegios; mientras en éstos no se ponga igual esmero con el niño pobre que con el rico, atendiendo á todos con el mismo celo; mientras no se procure evitar la causa principal de la turbacion que sufren los alumnos en los exámenes, que no es otra que la ignorancia casi completa con que se presentan á ser examinados; mientras que á las lecciones de memoria no siga luego un detenido análisis de las ideas contenidas en las palabras, y no se adopte generalmente el método explicativo; mientras que la educacion de nuestras compatriotas en las escuelas no se extienda tambien á la época de la adolescencia, siendo ésta la causa de que sea tan incompleta; mientras no se multipliquen los ramos de enseñanza, limitados por mucho tiempo á los más sencillos rudimentos; mientras no se aplique una parte de los fondos municipales á la creacion y sostenimiento de escuelas gratuitas; mientras el periodismo apenas deje oir su prepotente voz en las cabañas de los labradores; mientras en este importantísimo problema de la instruccion nada creamos susceptible de realizarse en no viniendo del impulso de las autoridades; mientras el pueblo no concurra con su poderosa vitalidad á seguirlas y ayudarlas; y finalmente, mientras las mismas comisiones de instruccion primaria no sacudan la atonía en que yacen, la grande y fecunda obra de la educacion en Cuba permanecerá en el más lamentable retroceso. Tales son, en resúmen, casi todas las cuestiones que sobre este tema estudió Suarez, resolviéndolas con tal tino, que no es exagerado decir, que nadie en Cuba ha escrito tan elocuentes y tan profundas páginas. Sus ideas son tan justas que al verlas preconizadas en sus obras, nos vienen á la memoria las doctrinas que mayor encomio merecen en las de los Pestalozzi, Laveléye, Herbert Spencer y otros que constituyen el verdadero *desideratum* en materia de educacion.

Ved como nos pinta Suarez la enseñanza del profesor:

«El maestro enseña hasta con las inflexiones de la voz. Con gesto á veces, con una mirada á veces, con una sonrisa á veces. El maestro, hablando á sus discípulos, realiza una especie de consustanciacion. Cada sílaba es una partícula de oxígeno que purifica la atmósfera. Los discursos son como las simientes, que arrebatadas por los vientos, germinan en donde quiera. Su intangibilidad los ampara. Atraviesan los tiempos que más opacos parecian. Los discípulos absorven aquella especie de lluvia; la planta nace, luego florece, despues se carga de frutos; otras plantas, otras flores, otros frutos vienen en seguida; la multiplicacion va cada instante tomando nuevas fuerzas; la precipitada marcha no se detiene nunca. Los caractéres esculpidos en las almas son más indelebles todavía que los caractéres impresos en el papel. Como el eco repite lánguidamente los sonidos, así débilmente se repercute el pensamiento en los libros.»

Otro de sus trabajos meritorios durante su vida de preceptor, es el libro inédito titulado «*La clase de dictado*,» muy nuevo, interesante, ameno »y de sabrosa lectura, que enseña mucho sin pretension ostensible de ha»cerlo é instruye bastante moviendo la curiosidad y el corazon del lector. »Pinta con bastante fidelidad nuestras costumbres y nuestro carácter so»cial. Así enseñan é instruyen los alemanes.»

Tal es el elogio de Villaverde, admirador constante de los escritos de Suarez.

Este libro esencialmente moralizador, está formado de la série de conmovedoras narraciones, que con ánimo de que se ejercitasen en las reglas gramaticales y de que cursaran lá letra, comenzó Suarez á dictar á unas discípulas suyas.

«Pero desde las primeras páginas, dice, comprendí que si queria alcanzar que el tiempo señalado para la clase fuese no solamente de trabajo sino tambien de esparcimiento, era menester que en vez de pálidos preceptos de moral les presentara cuadros donde se interesasen por los sucesos y los personages, donde aprendieran á conocer algo el corazon humano, y donde á ocasiones encontrasen motivos para derramar lágrimas, ora de lástima, ora de entusiasmo, ora de alegría.»

Previendo que algunos censuraran en su libro la circunstancia de haber procurado bañar de un colorido local la mayor parte de las narraciones, dice con magnífica elocuencia:

«Responderé únicamente, que escrita la obra para niños cubanos, creí que entenderian mejor lo que llevase impresos los rasgos de nuestra patria; que en el volúmen no escasean las páginas donde se aconseja la caridad áun respecto de séres abyectos que nacieron en lejanos climas; que es preciso empezar por conocernos á nosotros mismos; que el amor patrio, lejos de amenguarlo, es una obligacion sacrosanta el encenderlo, para que desaparezca el egoismo que nunca mira para las generaciones futuras; para que se sienta una congoja grande siempre que la conciencia nos diga que nada hemos hecho por la comunidad; para que con avidez se busque por toda la superficie de la tierra, ya en los siglos pasados, ya en el presente, qué es lo que ha habido y hay de grande para sembrarlo en el pecho de los conciudadanos; y para que en ese sublime sentimiento se vea, no una razon para odiar á los habitantes de otras regiones.....

.....

«.....Quiero únicamente indicar el rumbo que en las casas de enseñanza podria darse á la clase de escritura superior, reducida hoy á escribir los niños durante una hora cierto número de renglones, á procurar que las letras se tracen con cierta elegancia, y á que no se cometan muchas faltas de ortografía; pero en que la sequedad de las máximas morales que se dictan tiene sumidos á los alumnos en un profundo desaliento, en que no se les dan á conocer las bellezas de la lengua castellana, en que no se les describen escenas que los impresionen vivamente, y en que no resuena la voz inspirada de un profesor, que mirando para más allá de hoy, hable con acento ardiente de virtudes inmaculadas y de deberes augustos.»

El autor, sin embargo de cuanto acaba de manifestar, no estimaba en todo lo que valia esta obra suya, por lo cual fué su ánimo conservarla siempre inédita, escogiendo alguno que otro de sus capítulos para incluirlos en sus *Cuadros cubanos*. Así hizo con los titulados: *Instinto de un perro. Consecuencias de la ira, Pasion mal refrenada, La negra Ursula* y otros. Respetando esa excesiva modestia, nosotros aconsejaríamos á los editores de sus *Obras completas* que publicaran *La clase de dictado*, tal cual fué escrita por Suarez, pues de esa manera tendrian nuestros colegios un libro encantador que poner en manos de los niños.

IV.

Pero ya es tiempo de que examinemos las producciones literarias de Suarez y Romero.

No fué *Francisco* la primera; pero solamente habia escrito los cuadros titulados *Una noche de retreta*, *Un viejo impertinente*, *Un recuerdo* y *Carlota Valdés*, cuando emprendió en 1838 y acabó en 1839, aquella novela, excitado por Domingo Del Monte, á quien habia pedido Mr. R. Madden algunas composiciones de escritores cubanos con objeto de saber el estado de la opinion, acerca de la trata africana, entre los jóvenes pensadores de Cuba. Desde el campo iba remitiendo los borradores á José Z. Gonzalez del Valle para que los corrigiese y copiase, y un traslado que él sacó, con el título *El ingenio ó las delicias del campo*, más propio, en concepto de Del Monte que el de *Francisco*, pasó á poder de Mr. Madden, permaneciendo desde entonces los borradores en la misma forma en que salieron de su pluma. Escrita la novela por Suarez hace tantos años, con el candor y el desaliño de un jóven sin conocimientos de ninguna especie, si llegaba á retocarla en la actualidad, lo que surgiria desde las primeras págiuas limada, seria una nueva obra, *y no la misma que brotó como un involuntario sollozo de su alma* (1).....
.....Tambien Julio Janin pretendió corregir el prólogo de sus *Nuevos Cuentos*, uno de los mejores y más interesantes fragmentos de la época de su adolescencia, pero pronto se convenció de que no debia hacerlo. «Ese exhuberante prólogo, lleno de inexperiencia, es verdad, pero tambien de un cierto inexplicable no sé qué, decia, conserva aún el bozo juvenil, ese inefable perfume primaveral, que encanta, y que despues es tan difícil de reemplazar. No hay que retocarlo.»

Francisco, la más larga y concienzuda de sus obras literarias, como decia Villaverde, ha de levantar muy alto el nombre de Anselmo Suarez y Romero el dia en que se publique, poniendo de manifiesto sus grandes facultades de novelista, su profundo conocimiento del corazon humano y la fuerza de su pincel cuando traza el cuadro de las costumbres y de la naturaleza de su patria.

Mr. Madden encontró encontró en ella minuciosos detalles en la descripcion, una observacion tan correcta y precisa, y una rectitud de príncipios y sentimientos, tales, que rara vez habia visto sobrepujar,

José Zacarías Gonzalez del Valle, dijo lo siguiente:

«Es una obra tan interesante por el lado de la novela como apreciable por la exactitud de las descripciones, pintura de la servidumbre y generosos pensamientos del autor. Es verdad que *Francisco* es un carácter escepcional con asomos de fantásti-

[1] Suarez y Romero.—Advertencia que precede á la novela inédita *Francisco*.

co; pero ni le falta verosimilitud, ni escasea en toda la obra conocimiento de la realidad, mostrada desnudamente á ocasiones, y cual ella es. Disculpo tanto más el único defecto que en cuanto al plan de la composicion se le dirige, cuanto que le es imposible al novelista que retrata ciertas escenas, no acogerse á un personaje, hacerlo bueno ó idealizarlo, para que sea una protesta contra los demas, y lleve el sello de sus pensamientos. El mayoral está pintado de mano maestra. Es admirable la poética descripcion de los cantares con que acompañan sus faenas los siervos y acabada la pintura del estivo calor de la Cuaresma en el campo. Por último, la conclusion de *Francisco* es en sí excelente y termina con el más verosímil horror. Nadie la puede juzgar violenta ni mal preparada, y es un medio muy delicado el que se usa descubriendo la deshonra de la pobre Dorotea, sin ofender al pudor.» [1]

El primer capítulo de la misma novela hizo decir á José Jacinto Milanés, en carta de 10 de Noviembre de 1838 á Domingo Del Monte, lo siguiente:

«He visto el primer capítulo de una novela titulada *Francisco*, creacion del jóven Suarez. Cosa muy buena es, en mi sentir, y cuya primera parte me abre las ganas de ver las demas con el más vivo anhelo. El mayoral pintado en ella está de mano maestra, y ha sido notable tino y donaire en el autor prestarle una manera de hablar tan criolla. Con efecto, nuestros campesinos tienen una lengua española propia de ellos, taraceada de tropos rarísimos, en la que vivamente se pinta la peculiar malicia de su ingenio.....

.....

En otra del mismo eminente poeta matancero á Valle, de fecha 14 del propio mes y año leemos lo siguiente:

«Y por Dios que al menor huelgo que le permitan sus tareas, meta Vd. la pluma al segundo capítulo, tirando á rematarlo y remitírnoslo con toda prontitud, porque Vd. colegirá qué ansia de verle excitarian en mí las palabritas que me dijo acerca del contenido de este segundo capítulo. Si todo es tan especialmente criollo, tan lindamente original, tan desafectado y candoroso como lo que llevo leido, dígole á Vd. que esa novela de *Francisco* vendrá á ser una de nuestras mejores joyas literarias, y su autor uno de los más valientes ingenios de esta Antilla, porque las prendas que le realzan como hablista cubano y como poeta, no son de las que se topan ahí tras cada página, y sobre todo el riquísimo minero que revelan sus obras de sensibilidad ricamente varonil, desnuda de empalagamiento, es su mejor y más peregrino dote.»

Y eso que el cantor de *La madrugada* no conocia entonces otras producciones de Suarez que ese capítulo de *Francisco*, y quizá el artículo *Carlota Valdés*, leido en las tertulias literarias de Del Monte!

En nuestra opinion, *Francisco* es la dramática historia de los amores de dos esclavos severamente castigados por un poderoso rival y una acaudalada señora, cuyo bondadoso carácter se hallaba en viva oposicion con sus hechos, y que habiendo rehusado, bajo frívolos pretextos, concederles

---

[1] 1838 y 1839.—Cartas de José Zacarías Gonzalez del Valle dirigidas á Anselmo Suarez y Romero. [Hoy se hallan en poder del que esto escribe, por donacion que le hizo Suarez.]

el permiso para casarse, ocasiona verdaderamente cuantas desgracias les sobrevinieron despues.

En el fondo y en la forma de la composicion existe unidad muy señalada: el tono predominante es siempre el dolor, la tristeza y la melancolía. El desarrollo y marcha de la accion hacen que en la narracion palpite el más creciente interés, por lo que sus patéticos cuadros nos arrancan copiosas lágrimas, manteniendo en suspenso nuestro ánimo. La flexidez del estilo compite con la frescura del colorido, siendo la obra, en su conjunto, una brillante muestra de talento descriptivo, de fuerza creadora de imaginacion y de sensibilidad eminentemente artística.

Hay cuadros animadísimos. La pintura de la arboleda que existe detras de la enfermería, á la cual fué á pasearse el desventurado Francisco, y «cuya melancolía y cuyo grave silencio, á veces interrumpido por el »murmullo de la brisa ó por el canto de las tojositas ó por el rio susurran»do entre las piedras», nos recuerda la que del sagrado valle de los cipreces, á la ribera del famoso Tajo, hizo Cervantes en su clásica *Galatea*. ¡Qué sitio tan adecuado para el tierno y atribulado ánimo de Francisco! Suarez, del propio modo que Claude Lorrain, Poussin y Salvator Rosa, sabia prestar á sus descripciones *ese lenguaje indefinible que conmueve y excita á la meditacion, como si nos trasportase á espacios infinitos*, poseyendo tambien esa mágia misteriosa de que nos habla Lammenais, por cuyo medio nos tiene horas y horas sumidos en vaga contemplacion ante lo que la naturaleza tiene de más comun y sencillo en la apariencia.

El tipo del guardian *Taita Pedro*, los dos negros niños que en el corte de caña la acarreaban, la historia de los amores de Dorotea, un dia de tambor en el ingenio, son cuadros llenos de valentía que se dastacan admirablemente del lienzo, revelando ya, todo lo que despues habria de pintar el que á los veinte años de edad manejaba con tal destreza el pincel del colorista.

Es verdad que las descripciones adolecen de demasiada proligidad, que á veces hay incorrecciones de estilo, que los diálogos descubren más bien al novelista que al personaje, pero no por eso dejaremos de comprender, que la obra de la adolescencia de Anselmo Suarez y Romero, ademas de tener su carácter propio, muy marcado, y de excitar en nuestro ánimo ideas y sentimientos que nos preocupan es, como presentia ya Milanés, una de nuestras mejores joyas literarias.

La pintura de un dia de Cuaresma en el campo «época en que el sol »ahoga ya de calor á los habitantes en Cuba, época en que las aves abren »el pico y las alas y se bañan en las lagunas, en los rios y en los arroyos, »mientras el ganado se amontona bajo de las ceibas y las guásimas, en »cuyo alrededor ha desquiciado la yerba con la continuacion de pisarla y »comerla», es bellísima. ¿No parece que estamos contemplando uno de esos encantadores paisajes del pintor cubano Chartrand?

La hora triste y lánguida de la tarde, «esa hora de apacible y misterioso encanto, en la que trémulo y moribundo alumbra el sol», está pintada allí en su mismo vago é indefinible colorido, con suaves y melancólicos tintes, sin que falte ningun detalle á la exactitud del cuadro, pareciendo hasta que se oyen las campanadas de la oracion, que entonces suenan an el ingenio y sucesivamente en las demas fincas circunvecinas, *y cuyos ecos interrumpe el silencio sepulcral de los campos*. Se ve á la negrada penetrar en el ancho batey iluminado por la luna; se oyen los cantos del trapiche y el crugir de las carretas que descargan la caña en la pila.

V.

Del Monte, conociendo las dotes que adornaban á Suarez como prosista, le aconsejó que escribiera siempre cartas de costumbres en que tocara como mejor pudiera las llagas que era preciso curar, siendo este el orígen de sus cuadros campestres. El fué quien relacionándole con la escogida sociedad que frecuentaba su casa y franqueándole su escogida biblioteca le abrió el camino de las letras.

El *Diario de la Habana*, el *Album*, el *Noticioso* y *Lucero*, la *Flor de Mayo*, las *Flores del Siglo*, el *Prisma*, la *Siempreviva*, el *Artista*, la *Revista de la Habana*, la *de Jurisprudencia* y *Administracion*, el *Album güinero*, el *Diario de la Marina*, el *Siglo*, el *Pais*, la *Idea*, el *Recreo de las Damas*, *la Tertulia* y por último la *Revista de Cuba*, fueron los périódicos que desde 1837 á 1877 han publicado la variada série de producciones de Suarez sobre Educacion, crítica, biografía, costumbres del campo, cuadros de la naturaleza cubana, jurisprudencia y economía política.

De todos los que hasta 1859 habian visto la luz pública y que despues revisó «con célico alborozo,» formó á instancias de C. Villaverde la preciosa *Coleccion de artículos*, que en aquel mismo año salió de las prensas de «La Antilla,» y que mereció tan unánimes y entusiastas elogios.

Emitir un juicio acerca de este libro, cuando podemos extractar los que formaron más competentes escritores, seria una tarea que desempeñaríamos sin aptitud y con desaliño, por lo cual preferimos lo primero.

La *Gaceta oficial* del 20 de Enero de 1860, decia que tales trabajos ilustraban realmente, por los buenos pensamientos que contenian y honraban el pais en que veian la luz.

Estos artículos, que para su autor solo tenian el mérito *de que ninguna sierpe venenosa se hallaba escondida entre sus flores*, fueron adoptados como texto de la clase de lectura en el colegio *El Salvador*, en el cual no se planteaba medida alguna que no fuera meditada con madurez. Su director decia que simpatizaba de tal modo con las ideas y sentimientos del autor,

que encontraba á cada paso en la música deliciosa de aquel libro sus propias impresiones, por lo que lo consideraba como un tesoro para las almas sensibles.

El *Diario de la Marina* publicó un juicio del Sr. Stanislas, quien decia que las ideas de Suarez, en materia de educacion, son verdades que llegan al fondo del alma, que se incrustan en ella como los fósiles en las rocas, grabándose en las páginas del misterioso libro en que el espíritu medita acerca de la marcha y del destino de la humanidad. Admírase despues, como sucederia al que por vez primera leyera dicha *Coleccion*, que la severa pluma que trazaba aquellos artículos sobre educacion, fuera la misma que describiera con tan poéticas galas los brillantes colores que ostentan los campos y el cielo de Cuba, concluyendo con que Suarez habia logrado unir su nombre al armonioso susurro de los palmares de Cuba, como Heredia unió el suyo al prepotente rugido del majestuoso Niágara. Y tiene razon el Sr. Stanislas; despues de haber leido estos cuadros cubanos, no es posible contemplar nuestras esbeltas palmas sin recordar sus mágicas descripciones.

A Domingo Del Monte agradaban extraordinariamente estas últimas por su poético colorido y por la limpieza y sonoridad de la frase. Aquel trozo de artículo *Ingenios* en que describe las llanuras verdegay formando horizonte, desprovistas de coposos árboles y donde queda una que otra palma para deplorar con el perenne murmullo de sus pencas, sus desaparecidos compañeros, era en su concepto magnífico.

La *Coleccion* de que hablamos presenta á Suarez bajo tres aspectos distintos, como educador, como crítico y como pintor de nuestras costumbres y de nuestra exhuberante naturaleza.

Como educador ya lo hemos juzgado y es, segun Del Monte y Portillo, el sacerdote de la humanidad dejando oir la voz de la ternura y del amor en favor de la generacion naciente.

«Cierto sentimiento de orgullo, dice el mismo escritor en el juicio que publicó en la *Aurora del Yumurí*, experimentamos leyendo esos artículos críticos concienzudos, juiciosos, dulces como la amonestacion de una madre cariñosa. Son de un escritor que comprende y cumple lo que ordena la alta crítica, noble, generosa y franca. Ni una palabra ofensiva, ni un epígrama, ni una insolencia; pero mucho buen juicio, mucho buen gusto, profunda filosofía y acertada aplicacion de la estética; esta es la crítica de Anselmo Suarez y Romero.»

Alejandro María Lopez, que empezó á escribir un juicio de sus obras, hallaba en sus trabajos críticos el producto de un entendimiento natural y vigorosamente lógico.

Nosotros creemos, con nuestro querido amigo el inspirado poeta Cárlos Navarrete y Romay, que Suarez, en casi todos sus artículos críticos, en vez de juzgar las obras que se proponia examinar, se limitaba á pintarnos sus propias impresiones. Así es que no se pueden considerar como juicios

de Gonzalez del Valle, de Palma y de Milanés, los artículos *Tropicales*, *Aves de paso*,—*De codos en el puente*,—*A una desconocida* y *Guirnalda Fúnebre*. Donde empieza á asomar ya su género de crítica, es en el juicio que hizo de la comedia *Un tio sordo* de José Mª de Cárdenas y Rodriguez, «aquel que con el donaire de sus artículos logró enmudecer á algunos ... tes; y donde ya se ve en todo su apojeo al censor severo y recto, es su *contestacion inédita á los impugnadores del prólogo á las obras de Ramon de Palma*, de que hablaremos despues, y en el juicio, que, en uno sus últimos números, publicó la REVISTA DE CUBA de la novela *¿Angel?*

Como pintor de costumbres y de escenas de nuestra naturaleza como más generalmente se conoce á Suarez, y en verdad que bajo este pecto es el primero de nuestros prosistas. Sus artículos titulados *Palmar*, *La sombra de las nubes y Orillas del mar*, fueron calificados por Ramon Palma, de verdaderas odas en prosa. *El Sol en el Palmar* fué traducido al francés por la señora Gabriela Pizarro de Armona, y algunos otros inspiraron á nuestros poetas sentidas composiciones.

Habiendo sido comparado muchas veces con célebres poetas y prosistas, decia con singular donaire:

«¿Soy Virgilio, soy Tácito, soy Saint Pierre, soy Silvio Pellico, soy Lamartine, soy Bastiat; soy la Beecher Stowe? No puedo ser tantos escritores á un mismo tiempo. todos los he leido, á todos los he estudiado, á todos los he admirado, y á todos hubiera querido acercarme en algo; pero la verdad es que nunca procuré imitarlos, y que, en resumidas cuentas no soy sino únicamente Anselmo Suarez y Romero;» justificando así el pensamiento del gran naturalista francés respecto á que el *estilo es el hombre*.

Suarez tenia el suyo propio, del cual hablaremos despues, y así se le han dicho muchos de sus amigos. Don Felipe Poey, algunos dias ántes de su fallecimiento, le escribia diciéndole: «He leido su última composicion *Despues de seis años*. Si usted hubiera querido disfrazar su nombre, no lo hubiera conseguido; porque conozco de antemano al amigo de la humanidad y defensor natural de sus derechos, al pintor de la naturaleza en general y particularmente de la cubana, al escritor castizo y elegante.»

Otro amigo suyo, D. José I. Rodriguez, que tambien leyó el mismo artículo, le decia lo siguiente, refiriéndole á su vez la impresion que su lectura habia causado en el espíritu de la amiga que le escuchaba:

«Mi noble amiga, que ni siquiera sospechaba el nombre del autor, ni tenia la menor noticia, ó antecedente, que pudiera haberla puesto en el camino de descubrirlo, reconoció, sin embargo, desde el primer momento, la mano experta á quien se debe tan interesante y tan exacta representacion.»

«Los cuadros de la naturaleza cubana son magníficos, continúa diciendo Domingo Del Monte y Portillo en el citado juicio; son trozos de la más elevada poesía; ni siquiera necesitan del verso para sonar dulces y acordados como una música arrobadora. Sentimiento depurado y exquisito, imaginacion brillante, diccion castiza y estilo magnífico, son las dotes de que hace gala el Sr. Suarez y Romero en esos cuadros. Leyé

dolos, hemos comprendido que es en ellos, donde el Sr. Suarez se muestra como gran poeta, y no hemos podido ménos de exclamar: *hé aquí la verdadera poesía tropical*, expléndida como la vegetacion de Cuba, ardiente como el sol que la dora, sentimental como el corazon de sus hijos, y hablando por imágenes como un pueblo primitivo. ¡Ah! ¡Si todos nuestros poetas sintieran y pintaran como el Sr. Suarez, tendríamos entonces una poesía verdaderamente cubana!»

Casal los llamaba sabrosos y nutritivos y agregaba que habia en ellos tanta verdad, tantas ideas nobles y bellísimas, que siempre se complacia en leerlos y releerlos.

Federico Milanés en el *Liceo de Matanzas* del 15 de Setiembre de 1860, tambien se ocupó muy favorablemente de la *Coleccion de artículos*.

«Fuera de estos (decia refiriéndose á los de crítica) y de algunas breves memorias de carácter biográfico, que en nuestra opinion son simples necrologías, la propension dominante de los presentes escritos, es la de discurrir en concreto sobre los sistemas de educacion que existen en Cuba, la de observar moralmente algunas de sus costumbres y la de escribir, con gran riqueza de sentimiento, la hermosura de nuestro clima, el esplendor de nuestra naturaleza.....

.....

En *Cuba literaria*, periódico que se publicaba por los años de 1862, apareció tambien el más entusiasta de los juicios que se hicieron de esta *Coleccion*, el de Cirilo Villaverde, al cual habremos de referirnos más de una vez.

«Pasma ciertamente á los que leen á Suarez, dice, la consideracion de que en tal y tanta variedad de asuntos como trata en su libro, jamás decae el entusiasmo, ni languidece el interés, ni se arrastra el estilo, ni pierde el lenguaje su inimitable melodía. Siendo como son su estro y ternura un raudal inagotable, su elocuencia es frecuentemente conmovedora hasta arrancar lágrimas de las personas ménos fáciles á moverse, y luego la suave melancolía que baña todos sus escritos, como si en medio de su fé y de su esperanza siempre presintiese males, y el tono de triste uncion con que á menudo viste el lenguaje, al mismo tiempo que le caracterizan de eminente escritor, ponen el sello á su estilo de prosista cubano.»

Villaverde se lamentaba de que estos artículos hubieran sido escritos en prosa, y reconociendo las facultades poéticas de su autor, decia:

«Si esos mismos asuntos, ó la mayor parte de los que ha tratado en sus escritos, los hubiera expresado en verso ¿cuál de nuestros poetas antiguos ni modernos hubiera aventajado á Suarez en profundidad de conceptos, en belleza y propiedad de imágenes, en brío y viveza de fantasía, en ternura y pureza de sentimientos, en facilidad y fuerza de diccion, en exactitud y verdad de colorido, en elevacion y trascendencia de ideas, ni en claridad y transparencia de estilo, ni en melodía y sonoridad de lenguaje?»

(*Continuará.*)

VIDAL MORALES Y MORALES.

AMOR. (1)

(IMITACION.)

Milagro de la tierra, profunda maravilla;
Amor, soplo divino, astro de gozo, amor:
Del mundo en el desierto refrigerante brisa;
Del cielo la esperanza, consuelo del dolor.
Chispa vital y ardiente del corazon humano:
Las olas tras las olas en el Occéano van,
Y las estrellas de oro en el sereno cielo
En pos de un astro gimen en misterioso afan.
Para el humano eres un rayo de la tarde,
Un pálido recuerdo de un tiempo encantador
De goces inefables, de luces misteriosas
Que vierten en la infancia del mundo su fulgor.
Entónces habitaba un cielo azul, sin nubes;
Era inocente y puro y hermoso su mirar,
Y en juegos deliciosos y en cantos de ternura
En brazos del Eterno volaba á descansar.
Entónces de sus labios brotaba una plegaria:
Los ángeles le amaban con infinito amor;
Mas ¡ay! cayó del cielo, perdiendo en su caida
Su castidad pristina, su paz y su candor.
Pero al mirar de nuevo á un santo sér querido
Remóntase su espíritu á la inmortal mansion:
Los versos del poeta, la hermosa primavera
Murmuran en su oido *amor*, eterno *amor*.
Y al eco melodioso su pecho se estremece
Como al divino acento del canto nacional,
El pobre suizo errante en extrangeras playas
Conmuévese pensando en su pais natal.

ANTONIO SELLEN.

(1878)

(1) Los siguientes fragmentos forman parte de un poema titulado «Axél», del poeta sueco Isaías Tegner, traducido por el Sr. Sellen, y que insertarémos en uno de nuestros próximos números.

EL EFECTISMO LIRICO.

POESIAS DE SATURNINO MARTINEZ.—Habana, Imprenta del Tiempo, 1866.—POESIAS DE SATURNINO MARTINEZ, precedidas de un prólogo por D. J. M. Villergas.—Habana, Imprenta de la Sociedad de Operarios, 1870.—POESIAS DE SATURNINO MARTINEZ.—Habana, Imprenta Viuda de Barcina, 1876.

Entre el desconcierto que es el distintivo seguro de toda época de transicion, como la presente, no era posible que solo la Poesía lograse librarse de esa agitacion en que se revuelven en momentos de crísis todas las manifestaciones de la actividad humana, lo mismo las del pensamiento en el mundo de las ideas, que las de la voluntad en el de la vida política. Todas las obras del hombre llevan grabada la estampa de la mente que las produce; la misma mente respira siempre la atmósfera del lugar y el tiempo en que vive; y la Literatura, siendo como es el reflejo más directo de la vida intelectual y de lo que hay en ella de más íntimo y expontáneo, tiene una peculiar morbidez, una plasticidad prodigiosa para indicar el período de desenvolvimiento que haya alcanzado el espíritu, y las influencias que lo dominen en cualquier momento histórico determinado.

No es mi propósito estudiar ahora los caracteres que presenta hoy la literatura, considerada como índice del estado intelectual y de las tendencias que predominan en nuestros dias. Solo me propongo señalar uno de esos caracteres que, ya por su persistencia en la mayor parte de las obras literarias que han salido á luz en los últimos años, ya por el favor que encuentra en la generalidad, puede considerarse como uno de los más salientes.

Ese carácter especial es el que, á falta de otro nombre, y aceptando el que han adoptado algunos escritores distinguidos de la Península, llama-

rémos el *efectismo*; vocablo con que exactamente se indican los medios de que se vale y el espíritu que lo anima.

El efectismo, debemos declarar desde luego, no ha de confundirse con el realismo, si bien es cierto que la mayor parte de los efectistas suelen hacer alarde de un realismo bastardo y sin arte. La escuela realista legítima tiene sus principios y sus dogmas bien definidos. Fundándose en la concepcion empírica del arte, opuesta al idealismo estético de Platon y San Agustin, solo pretende mantener en el campo de las bellas artes la antigua protesta de la filosofía materialista contra la espiritualista; y entre sus defensores cuenta con hombres como Herbart, Schopenhauer, Zeising, Kirchmann, y Taine para hacer frente á Hegel, Weisse, Schelling, Jacobi, Schlegel y Vischer. Tiene grandes pintores, poetas, novelistas y dramaturgos, que han producido obras maestras; mientras que el efectismo es fundamentalmente incapaz de crear obras bellas. En la escuela realista se encuentran modelos de un estilo llevado á la perfeccion; el efectismo no tiene estilo: en sus procedimientos podemos, cuando más, ver una manera más ó ménos artificiosa, y más adelante dirémos sus rasgos peculiares y sus maniobras.

Ese efectismo feo y anti-artístico se ha introducido ya en Cuba, y mucho es de temerse que se propague en un terreno tan favorablemente dispuesto. Sabido es que el genio meridional se halla dotado de fecundidad y calor sobrados para dar vicioso crecimiento á toda clase de vejetacion que en él prenda sus raices. Ademas, esa tendencia á llevar á la exageracion todos los escesos, muy pocas veces ha encontrado aquí correctivo. Desde los dias de la benemérita *Revista Bimestre*, ¿qué ha sido la crítica en Cuba en el trascurso de los cuarenta años que van corridos? Elogios apasionados, ó desahogos de enemistad. La *Revista de la Habana* dedicó á la crítica muy pocas de sus amenas páginas, y solo recuerdo una de muy buena ley, franca, vigorosa y muy atinada, de los *Cantos del Siboney*. La *Revista del Pueblo*, dirigida por quien reunia todas las dotes necesarias, duró por desgracia muy poco para rendir el fruto que esperábamos del recto juicio, buen gusto y erudicion de Enrique Piñeyro.

A esa desercion de la crítica debe atribuirse principalmente el poco fruto que ha dado, de algunos años acá, nuestra literatura provincial; á ella tantas lastismosas usurpaciones, á ella tantos talentos desvanecidos por el incienso de absurdos elogios, á ella, en fin, tantas felices disposiciones malogradas por falta de direccion. Si ha de ser fiel al propósito que tan resueltamente anunció en su prospecto, cumple á la REVISTA DE CUBA reparar las faltas de sus predecesoras. Agria es la tarea; pero en épocas de anarquía y de corrupcion, tanto más meritoria cuanto se hace entonces doblemente ingrata y desapacible. La historia literaria demuestra que cuando en los períodos de decadencia el vicioso ejemplo de un Góngora ó un Marini se va propagando en la turba multa de imitadores, que á su

vez acaban por contaminar al público, cuyo gusto llega á estragarse al extremo de admirar y aplaudir tambien, la muchedumbre se coloca francamente del lado de los transgresores contra los pocos que claman contra el contagio; pero *la moda* pasa y la crítica triunfa, acabando al fin la razon por tener razon.

Estas consideraciones son las que me mueven á examinar las poesías de Saturnino Martinez, el más popular, el más ricamente dotado de los que hoy cantan en esta tierra. De esta manera me será fácil presentar de un modo concreto los defectos y vicios del efectismo, y señalar á los jóvenes que empiezan la senda de que deben apartarse, la moda que deben evitar y los peligros de seguir modelo tan extraviado.

I.

La tranquila villa de Guanabacoa, que con sus agrestes adornos y su caserío tan abigarrado como vetusto parecia una cubana Pompeya desenterrada de su lecho de serpentina, se removia el año de 1861 como despertando de un largo sueño. La locomotora rugía por primera vez en aquella atmósfera silenciosa, estremeciendo las rocas verdes, veteadas de amianto y salpicadas de cuarzo luciente. Con la nueva comunicacion y el aflujo de familias y transeuntes de la Habana, el heraldo del progreso traia de pronto á la anticuada villa del siglo pasado toda la agitacion y el movimiento de una vida nueva.

Era el alma de esta metamorfósis un distinguido abogado de la capital, hombre de entusiasta aficion á las letras, de muy extendidas relaciones sociales y de grandes medios de accion y de persuasion, debidos á su claro talento y su elocuencia simpática. En torno suyo bullia lo más granado de la juventud literaria. A esa efervescencia debió su nacimiento y su periodo de explendor fugaz el Liceo de Guanabacoa, que con sus lecturas en la tribuna y con sus conferencias literarias, consiguió de tal manera concentrar allí la vida intelectual, que los hombres de más renombre, las ilustraciones del foro y del periodismo acudian para disertar eruditamente ó leer sus obras en aquel palenque tan extrañamente abierto en el centro del viejo villorrio indiano, mansion de la inmovilidad y el silencio.

Por aquellos dias murió la esposa del dulce poeta Mendive, dama que tanto se habia distinguido por su belleza como por su genio artístico; y al borde de esa sepultura se oyó el preludio de un arpa nueva, como el melodioso lamento de Zorrilla en la tumba de Larra.

En la *Revista Crítica*, que publicaba en la Habana un jóven bayamés, salió á luz la *Elegía á Rafael María de Mendive en la muerte de su esposa*, precedida de una carta de D. Nicolás Azcárate, que se complacia llevando de la mano á su protegido, y presentando al mundo literario, como un *hallazgo*, al nuevo poeta Saturnino Martinez.

Sin medios de instruccion y sin ócio para el cultivo de raras facultades, el desconocido habia ya, sin embargo, conseguido alguna notoriedad por la destreza con que en reuniones particulares habia hecho alarde de su florida fantasía y su talento para la improvisacion en versos fluidos y sonoros, pero hasta ahora nunca se habia presentado á reclamar un puesto entre los poetas cultos de la capital.

En la *Revista Crítica* de Enero de 1862, el jóven Zenea, interpretando las benévolas simpatías con que fué acogido el nuevo poeta por la juventud cubana, le abre cariñosamente los brazos de hermano. Despues de darle la bienvenida y de celebrar su *Elegía*, termina de esta manera:

«El hombre que ha escrito esta Elegia es un poeta de los que prometen algo para un cercano porvenir y un *hallazgo literario* en estos dias malaventurados porque estamos pasando. Si, como parece, tiene suficiente modestia y docilidad para no pervertir su talento, y emprende los estudios de que ha menester, tendrá V., amigo mio, la gloria de habérnoslo dado á conocer, y yo me complaceré de haber sido uno de los primeros que se han unido á sus deseos para tributarle las alabanzas á que se hace acreedor.»

Diez y seis años van trascurridos desde que se escribieron esos elogios, en que se le indicaba la necesidad de emprender nuevos estudios, se le alentaba con la esperanza del triunfo, se le señalaban los escollos que tenia delante. Desde entonces, dejando el poeta las ocupaciones á que estaba antes consagrado, puesto en situacion más propicia para el estudio, en contacto con los hombres de letras, y aprovechando todos los recursos que proporcionan los libros y los maestros, el mismo que en aquellos dias asomaba como un astro en el horizonte, ha seguido su carrera, ha llegado al zénit, y antes de tiempo, puesto que tan visibles se hacen los indicios de su declinacion prematura, se encamina oscurecido á su ocaso. Si no es que por un vigoroso esfuerzo consigue desprenderse del humo de incienso que ha empañado su inteligencia, y adoctrinado mejor que cuando emprendió su vuelo, se regenera en las fuentes vivas de la naturaleza y el arte, su obra puede darse por consumada. Por lo tanto, podemos ya ver hasta qué punto fueron fundadas las esperanzas que hizo concebir el *hallazgo;* que uso ha hecho de sus facultades, qué han ganado éstas con el estudio, si ha sabido evitar el peligro que tan discretamente le mostró el Director de la *Revista Habanera;* ó si al contrario, por *falta de docilidad y modestia*, ó como es más probable, por falta de esos amigos severos y censores *implacables*, aunque benévolos, que son el más raro beneficio que puede deparar la suerte á los principiantes, ha tenido la desgracia de malograr y pervertir sus felices disposiciones.

Esto es lo que me propongo averiguar, examinando los tres tomos que ha publicado Saturnino Martinez consecutivamente y con intervalos prolongados.

II.

En 1866, cuatro años despues de su aparicion en la escena literaria, salió á luz el primer tomo de las poesias de Martinez, que contiene 36 composiciones casi todas con fechas posteriores á la *Elegia* que dió renombre al desconocido y que adorna la primera página del volúmen. La impresion que ellas dejan es favorable en conjunto. En efecto, allí está el poeta, allí campea lozana y vivificante una fantasia que se apodera de todas las impresiones para darles calor y colorido; que se lanza al mundo exterior, no para reflejarlo en su desnuda realidad, sino para engalanarlo con bellas apariencias y formas móviles y cambiantes sacadas de su propia fecundidad interna.

A esa facultad obedece dócilmente un lenguaje abundante y sonoro que corre en versos medidos con perfeccion y se derrama en fluidas estrofas con todos los hechizos de una versificacion ora rotunda y magestuosa, ora melancólica y tierna. Realmente, allí está el génio meridional con su flujo de imágenes, su amor á los colores espléndidos, la imaginacion impresionable y cambiante, ávida de emociones fugaces, mas embriagada con los sonidos que ávida de significaciones, menos enamorada de las idealidades que de las formas, si son bellas y salientes, y corriendo desalado tras la metáfora, buscando siempre el rasgo brillante y siempre y sobre todo la dulce cadencia. Allí está en fin aquel orientalismo que desde más de seis siglos ántes de la invasion de los árabes era ya el distintivo de los poetas y retóricos españoles, como lo demuestra esta oportunísima indicacion de Quintiliano: *velles eos suo ingenio scripsisse, alieno judicio*: «ojalá escribieran con su propio ingenio, pero con el juicio ageno!»

Por donde quiera que se abra el libro se encuentran bellas imágenes, estrofas excelentes, empezando por aquel bello principio de la Elegía.

Envuelve, envuelve en funeraria veste
El arpa de oro que en mejores dias
Al manso ruido del laurel agreste
Mezcló sus melodías.
Hora de llanto y amargura extrema
Te reservaba ¡oh bardo! la fortuna,
Y ya la adelfa en tu inmortal diadema
Con el laurel se aduna.

Véanse como muestras los extractos que siguen:

Pasa el invierno encapotado y frio,
Viene la primavera floreciente,
Y el campo se corona nuevamente
Con las espigas del fecundo Estío.

Con nueva galanura el bosque umbrío
Vuelve á entonar su música elocuente;
Perlas derrama la serena fuente,
Conchas de nacar el sonante rio.

Y pues amor tan profundo
Cual de tus sueños hermano,
Quiere hacer flores en vano
De las espinas del mundo,
Ya que el destino iracundo
Rebelde á tan noble anhelo
Opone muros de hielo
Al fuego de la pasion,
Corona tu corazon
Con la esperanza del cielo.

El aura de los bosques, rizando tus cabellos
Aspira de tus labios el jugo embriagador:
¡Qué pláticas tan dulces murmurarán en ellos
En noches silenciosas las brisas del amor!
Mas yo no admiro tanto la luz de tu pupila
Ni el ambar de tu aliento, ni el labio de coral,
Como ese misterioso brillante que rutila
Velado allá en tu frente con mágico cendal.

En la poesía dedicada al famoso violinista belga M. Prume, sorprende la valiente estrofa final:

Lánzate audaz y piérdete en la inmensa
Llanura esplendorosa
Trás cuyo azul y dilatado velo
La pátria de los Génios se levanta
Sobre discos de luz;—rápido vuela;
Y si apiñadas las gigantes nubes
Ocultan tempestuosas
El templo celestial que tu alma anhela,
Estremeciendo la region del viento,
El arco pulsa..... y al vibrante acento
Que retumbe en la bóveda sombría,
El mismo Dios, radiante de alegría,
Te abrirá la mansion del firmamento.

En los versos que siguen véase la mágia de los sonidos.

Fugitivas las aves
Cruzando van el aire humedecido
Ansiosas de encontrar entre las suaves
Hojas del verde matorral su nido.

Al rudo pié de la veloz corriente
Sentóse á reposar el peregrino,
Y pájaro cantor, mezcló su trino
Al ronco son del mugidor torrente.

Cuelga pausada su flotante velo
Sobre las altas cúpulas, la fria
Sombra nocturna, que enlutando el cielo
Llena el espacio y oscurece el dia.

¡Oh! plegue á Dios que en la escabrosa senda
De este mundo de sombras y de hastío,
Jamás el infortunio te sorprenda,
Y que brote la flor y mane el rio
Do quier que intentes colocar la tienda.

Cuando la tarde trémula derrama
Flébil melancolía,
Del árbol del dolor en mustia rama
Cuelga el laud y llora todavía.

El romance que empieza:

Cuando á la verde pradera
Sale mi rubia zagala.

es un bellísimo idilio, casi intachable; allí hay verdadera sensibilidad, ternura y sencillez; dotes que tambien se notan en el otro *A una jóven*. ¿Porqué no ha seguido el poeta siempre por esa senda, hablando y sintiendo de esa manera, en vez de dejarse llevar por los arrebatos ficticios y campanudos?

En los extractos que preceden hemos visto la excelencia de la versificacion, la finura del oido, la riqueza de las imágenes; veamos ahora, ya que hemos tocado la cuerda del sentimiento, la dulzura y delicadeza con que resuena algunas veces.

Dice una madre rogando por su hijo enfermo:

La noche está serena, mas mi oido
Hasta en el viento que lejano zumba,
Sueña escuchar los golpes que da el hombre
Abriéndole la tumba.

Tiene fijos en mí los tiernos ojos
Y en su inocente faz descolorida
Pintada está la angustia que consume
La sávia de su vida.

El es, Señor, el ángel que yo adoro
En el cielo feliz de la inocencia,
La estrella que ilumina el horizonte
De mi pobre existencia.

.....

El brillante que ostenta solitario
Mi diadema de esposa
Póngolo tierna con amantes brazos
A los piés del sagrado crucifijo,
Y parece tan rubio y tan hermoso
Que es un ángel mi hijo.

.....
Que no muera, Señor, que no se apague
El sol de mi ventura,
Muévate á compasion la triste madre
Que de la vida en el oscuro yermo,
Piedad te pide en lágrimas bañada
Al pié del hijo enfermo.

La Jóven Frágil habla de esta manera:

Mas yo á su ruego suspiré amorosa,
Y en boton todavía,
Perdió mi labio, como frágil rosa,
El fresco tinte y la color del día.
Las vírgenes penetran en la fiesta
A ostentar la pureza de su encanto,
Y yo al compás de la vibrante orquesta
Siento correr por mi mejilla el llanto.

Ay! las que el alma conservais aún bella
Sin esta mancha impura,
¡Huid la planta! que mi ejemplo es huella
De eterna desventura!
No roceis con las orlas de mi velo
La flor de vuestra cándida existencia:
Tended lijeras por mi lado el vuelo
En alas del amor y la inocencia.

Oigamos el *Canto del Expósito:*

Ay! yo nací del seno de una madre
Que abandonó su fruto;
Por eso el pobre huérfano, Dios mio,
Viste el alma de luto!
Tal vez por no mostrarse ante los hombres
Sin su mejor adorno,
En el silencio de la noche fría
Me colocó en el torno.

¡Si yo pudiera en mi ignorada vida
Un solo instante verla,
Y abrazarme á la concha de aquel seno
De donde fuí la perla!.....
Siempre en el mar profundo del olvido
En que triste me pierdo,
Pienso si guardará dentro del alma
Mi pálido recuerdo.

Ay! si la noche en que apartó mi vida
De su tierno regazo
Hubiera yo podido de su cuello
Asirme en dulce abrazo!.....

Ahora habla *La Madre Arrepentida:*

¡Cómo por el cristal de mi inocencia
Cruza la triste sombra

Del hijo de mi amor, que en su inocencia,
Quién sabe en dónde el infeliz me nombra!
Yo aparté de mi seno con dureza
Sus labios virginales,
Y en horas de silencio y de tristeza
Lo coloqué de un templo en los umbrales.
Ah! cómo viene á conturbar mi mente
El recuerdo sombrío
De aquellos ayes con que hirió el ambiente
Al sentir de los mármoles el frío!
Aquella noche me dormí en mi lecho
De punzantes abrojos,
Y el genio del dolor bajó á mi pecho
Y sombras mil cruzaron por mis ojos.
El mundo luego me miró el semblante
Velado por la calma,
Y no pensó que un áspid devorante
Me iba en secreto atormentando el alma.
Jamás olvido el inocente fruto
Del infortunio mio.....
Su recuerdo ha vertido en mis cabellos
Anticipada nieve:
Ay! desde entonces no he prendido en ellos
Flor que el emblema del dolor no lleve!
Hoy diera yo por estrechar su seno
De gozo estremecida,
El cáliz de oro, hasta los bordes lleno
Con que el placer al corazon convida.

La sencillez patética que resalta en estas composiciones revela el verdadero temperamento poético, porque las de esa índole poetico-moralesca que inició en Cuba Milanés, no solo pertenecen á un género bastardo, sino que es muy difícil manejarlas sin degenerar en el prosaismo. Laudable es que para las llagas y miserias sociales tenga el poeta siempre prevenidos el óleo y el bálsamo de la buena Samaritana; bella es la poesia llorando con los que lloran y consolando á los desvalidos. ¡Cuántas veces no han infundido aliento al desesperado, confortado al pobre los cantos sencillos y populares de Beranger ó de Burns! Wordsworth, Southey y otros poetas ingleses de la llamada escuela *laquista*, pusiéron particular empeño en la educacion de los instintos del pueblo, para cuyo fin tanto se rebajaron que al cabo pusieron en descrédito el género de poesía populachera por ellos inventado, y en el cual por medio de estudiadas vulgaridades y una afectada sencillez que rayaba en puerilidad, solo consiguieron demostrar prácticamente lo que ya hoy reconocen los estéticos más eminentes; que la mision moralizadora es agena de la poesia y del arte. No es esto decir que la lírica y la moralidad sean incompatibles, sino que esta última debe ser como el perfume de la flor, que se siente, mas no se vé; y el *fin moral* debe procurarse indirectamente produciendo en el ánimo la

emocion adecuada, seduciendo las voluntades por medio de la fantasía, y dejando la doctrina y la predicacion á cargo del púlpito y de la escuela.

Basta un somero exámen del tomo para demostrar que Saturnino Martinez ha nacido con una *intuicion poética* muy notable, que le hace ver, adivinar todas las bellezas del mundo, y como á la facultad de percibir y de sentir reune la más difícil de la expresion, por medio de una rara abundancia de locuciones, una frase fácil y pintoresca y un oido delicado para la metrificacion, es incuestionable que vino al palenque con armas muy suficientes para haber sobresalido entre sus competidores. Es verdad que la diccion peca frecuentemente por lo incorrecta; que en las metáforas falta la propiedad, que la expresion es alambicada á veces; pero estos son defectos de todos los principiantes, defectos que pueden llamarse de disciplina, puesto que un poco de lima habria bastado para enmendarlos.

A primera lectura vese cualquiera inclinado á creer que dominando en el poeta la imaginacion se halla casi destituido de sentimiento. Un exámen más detenido manifiesta que no es justo el cargo. Hay ternura y sensibilidad: compasion para las desgracias, simpatías para todos los dolores; su alma ha sufrido y llorado; pero esa sensibilidad está completamente subordinada á la imaginacion que de ella se apodera para revestirla con sus gayos colores, y como el gusto no está depurado aún, resulta que el sentimiento y la emocion, en vez de revestirse con la expresion más directa y sencilla, quedan ocultas bajo un ramage de floridas redundancias. ¡Cuánto no habria ganado el poeta si entre el coro de plácemes y de elogios, la crítica le hubiera hecho el favor de advertirle que la afectacion y las hipérboles inoportunas y el lujo artificioso de las imágenes, destruyen la expresion de los afectos más verdaderos! ¿Qué sensibilidad más exquisita que la de Cienfuegos? Y sin embargo, la afectacion hizo intolerables sus versos. El gran poeta Lamartine ¿no consigue hacerse muchas veces empalagoso?..... No es esto proscribir del todo los tropos y las metáforas de la poesía sentimental. En la efervescencia de las pasiones, en la explosion del júbilo ó de la ira, en los arrebatos del entusiasmo, las metáforas vienen involuntarias, repletas de vida, de calor y de movimiento; pero es necesario—y esto es indispensable—que *arranquen expontáneamente de una imaginacion realmente conmovida;* han de salir calientes, irregulares de la hoguera interior; porque si aparecen preparadas para el caso y fabricadas á sangre fria, entonces la inferencia natural es que tampoco es verdadero el sentimiento, que ha tenido espacio para ponerse á rebuscar falsedades y adornos inconvenientes.

Pero los amigos del nuevo poeta pertenecian sin duda á aquel *pessimum genus amicorum, laudatores*, (los peores amigos, que siempre aplauden). No hubo quien nada le advirtiese sobre tantas cosas que estaban reclamando una discreta y oportuna amonestacion. Voy á indicar algunas.

En primer lugar, en cuanto á la diccion, son realmente notables las siguientes, chocantes por su impropiedad, ó por su prosaismo, ó por su extravagancia, que marcamos con bastardilla:

Todo el poema de ilusion brillante
Estractado del cuadro refulgente

Ved cuan precoz al soplo del invierno
Que al campo agosta de la vida humana
En mi *testa* brotó la primer cana
Que sirve de estandarte á la vejez.

Con la *infiltrante* amargura.....

¡Piénsalo, pueblo! y de piedad movido
Con *alma macilenta*.....

Un suspiro que vuela, un vago acento,
Que remedan con *timbre macilento*.....

Todo concurre al *prefijado punto*

El potro retozon salta á lo lejos
Y el tierno arbusto con su casco *enerva*.

Entre otras espresiones poco poéticas recordamos estas: *habitual* quietud, *matador* placer, sombra *nocturnal*.

Veamos metáforas impropias y defectuosas, ó de pésimo gusto:

Tu carro de oro
En las *alas* del génio conducido.

El *bridon* del progreso va impulsado
Por la incesante actividad del orbe.

El *hemisferio dorado*
De mis amantes creencias.

En la famosa *Elegia*, tan culta y remilgada, se deslizó la imágen siguiente, que es una extravagancia:

Murió la ondina que llenaba sola
El mar de tus amores.

Otro defecto que debió habérsele con tiempo señalado era la perpétua repeticion de ciertas imágenes que llegan á cansar al fin, y acusan pobreza ó agotamiento. Cuando Martinez empezó sus preludios, era el poeta de más renombre, Fornaris, el cual se habia dedicado con predileccion al culto de los lirios y las palomas. Lirios y palomas pululan en todos los cantos de Martinez. Tambien se prodigan las perlas á manos llenas.

En cada gota de lloro
miro una perla.....

Y que cuantas perlas llora
Todas ¡ay! serán en vano.

Surcaron tu mejilla temblorosa
Las perlas del amor.

Ese lloro de perlas es un llorar demasiado espléndido. Me atrevo á asegurar que un poco de lágrimas sienta mejor y conmueve más.

Pero el adminículo indispensable en el bagage poético de Saturnino Martinez, es el *cisne;* entiéndase, el cisne acuático, el cisne en el lago.

Cuando los cisnes del lago
Hácia la orilla navegan.

Y como cisnes.....
Rizándose en un lago transparente.

Cual blanco cisne que á favor del aire
Navega sobre un lago de zafir.

El blanco cisne
Sobre las ondas del tranquilo lago.

El cisne que gime adolorido
Sobre las ondas del tranquilo lago.

Gallardo cisne en límpido remanso.

Cual blanco cisne.....
Hácia la orilla navegando incierto
Del lago azul.....

Así los *cisnes* de nevada pluma
Sus alas ricen en la blanca espuma
Del *lago espiritual* de tus amores.

Estos y otros defectos pasaron sin correctivo; pero al fin y al cabo todos y otros aún mayores eran disculpables, puesto que podian achacarse á la impericia del autor y deficiencia en estudios preparatorios. Lo más lamentable es que corrieran sin censura otros defectos de esos que parecen acusar una tendencia originalmente viciosa, una propension á la hipérbole, un gusto pervertido, una aficion decidida á los adornos charros, á la hojarasca, á la falsedad; defectos que no enderezados á tiempo acaban por deslustrar los más claros talentos. Entre estos merecen señalarse, en primer lugar, cierto género de extravagancia que los aficionados designaban con el eufémico nombre de *osadia*, siendo en realidad un flujo de bambollas intolerables.

Cuando el romanticismo, cansado de saquear y revolver todas las anticuallas de la Edad Media, llegó á encontrarse escasa ya de recursos, hubo de apelar á la anatomía del corazon y la fisiología de las pasiones;

pero pronto quedó recorrido todo el círculo patológico de las enfermedades poéticas y agotado el hospital de todas las dolencias de la fantasía, hasta que vino naturalmente á parar en la epilepsia y las convulsiones. Durante estas agonias del romanticismo, cuando un poeta queria dar pruebas bien auténticas é infalibles de su *genio*, fingia arranques frenéticos, furores de hidrofobia; simpatizaba con los volcanes, los terremotos, las tempestades. Este género jactancioso y furibundo, fué acogido con fruicion en Cuba. Los poetas tropicales creian engrandecerse afectando un estilo hinchado de hipérboles. Véase una muestra que tomamos de las *Gotas de Rocío*, de Jimenez de Leon:

¡Alante! ¡alante! vive Dios, ¡alante!
Húyeme, mundo, que furioso estoy,
Y puedo en mi delirio devorante
¡Romper tus ejes, que golpeando voy!

Cuando empezó á cantar Saturnino Martinez, quedaban todavía muchos de esos resabios, y no era estraño que en sus poesias se vieran rasgos como los siguientes:

Quisiera ser un Dios en este instante
En que tu augusta magestad contemplo
Para arrancar de mi corona estrellas
Y arrojarlas en torno de tu templo.

El templo que inspiraba tan encumbrado deseo no era San Pedro del Vaticano, sino la sociedad de Recreo de Regla.

Ave salvaje que emprendí mi vuelo.....
Aguila ruda de ambicion gigante,
Que abandoné las costas de Levante
Por *invadir el cielo* americano.
Quiero que en alas de la ardiente fama
Mi *supremo saber al mundo asombre.*

Yo en el fiero huracan que me arrebata
Del mundo voy revuelto por el cieno
Rodando como hirviente catarata
Por las regiones cóncavas del trueno.

Es lo peor de este género bravatero y barraganudo, que despues de las altas ascensiones y encumbramientos suele venir una caida que hace reir.

En el soneto *A Heredia*, vemos que

Al rudo pié de la veloz corriente
Sentóse á reposar el peregrino;

y sigue en versos de magnífica rotundidad la descripcion de la catarata; pero en presencia de la más sublime maravilla del mundo, al poeta que tan bien sabrá comprender y expresar todo lo grande, solo le ocurre decir: *¡Yo soy Heredia!* ¡oh Niágara *profundo!* Involuntariamente vienen á la memoria, aquel famoso estrambote de un soneto de Cervantes, y aquel

perpétuo estribillo de los indios de Fornaris: *¡ Yo soy Siboney, yo soy Siboney!*

Esas estravagancias podian haber merecido indulgencia: el poeta novel no hacia más que imitar á otros de más renombre, cuyas *audacias* habia oido celebrar muchas veces; pero entre aquellas tambien obtuvo pasaporte un gérmen venenoso que sus consejeros debieron haber matado al nacer. En el primer tomo asoma ya el *efectismo*, aunque tímidamente.

El efectismo es lo disparatado, lo falso, lo absurdo, que se dice á sabiendas, con el deliberado propósito de engañar al lector incauto y desprevenido, alucinándolo con la mágia de los sonidos, la belleza de la frase ó el fulgor ofuscante de las imágenes. Véanse algunas muestras:

Que el bridon del progreso va impulsado
Por la incesante actividad del orbe.

La noble Sociedad que se levanta
En el vuelo apacible de la idea.

Ese *vuelo apacible de la idea* se encuentra otra vez en los labios de una inspirada jóven, á quien dice:

Tu garganta sea
Ebúrneo manantial, y por las flores
Del dulce labio derramar se vea
En el vuelo apacible de la idea
El himno espiritual de los amores.

Véase ahora como entiende el *efectismo* la pintura de la naturaleza:

Oid cuán ronca en los *abetos* zumba
Embravecido el viento;
El *pino* de los valles *se derrumba.*

Cándida alondra, que en penacho verde.....

¡Pinos y abetos en los valles de Cuba, y por añadidura alondras *blancas!*

Paloma que te aduermes, al son que forma el agua
Cayendo sobre un bosque de nítido azahar.....

¿Hay *bosques de azahar?* Concedido, puesto que los hay de naranjos y limoneros; pero la lluvia ¿sonará de un modo especial cayendo sobre el azahar? Verémos aún más: como *blondas* y *ondas* consonan magníficamente, tendremos espumas *rubias:*

Fingiendo ninfas de cristal con *blondas*
Cabelleras al viento desatadas
Inquietas bullen las cerúleas ondas
De lucientes espumas coronadas.

A la Sociedad de Regla le dice el poeta, refiriéndose á los rumores de la bahia que se escuchan en sus salones:

Es el Ponto inmortal que columpiado
Al son de las alegres barcarolas

Erige á los ministros de tu templo
Altares de marfil sobre sus olas.

La Sociedad de Regla era un templo con sus sacerdotes ó ministros: bien! Esos sacerdotes tenian *altares de marfil* ¡pase! Pero que esos altares fuesen las espumas de las olas!.....

En la poesia á la Srta. Dª Julia Perez Montes de Oca, leemos:

El aura *breve*
Arrulla sin cesar la trenza *blonda*.....

¿Qué licencia poética permite el abuso de llamar trenza *blonda* á una trenza negra? La he visto muchas veces de cerca, y no era blonda.

III.

Ocho años habian pasado desde la aparicion del poeta: tiempo de sobra para haber desenvuelto y ejercitado sus facultades, estudiando los buenos modelos y acudiendo á las dos fuentes inagotables de donde saca toda su riqueza el artista:—la naturaleza y el hombre.—En 1870 salió á luz el segundo tomo de las Poesías de Saturnino Martinez, cuya lectura deja una impresion penosa. Jóven aún, el poeta no ha sabido aprovechar el tiempo para perfeccionarse en el arte ó enriquecer el caudal de sus ideas; antes al contrario, ha dado rienda suelta á las propensiones viciosas que ya despuntaban en el primer tomo. En la segunda coleccion campean todavia muchos de los buenos rasgos que se admiraban en sus primeros ensayos pero, *quantum mutatus ab illo!* Cuán otro de lo que habia sido, y sobre todo, de lo que habia prometido el dulce y pulido cantor de la Elegia! No parece sino que éste y el poeta de 1870 están separados por un cataclismo en el cual se ha hundido el jóven de 1861, arrastrando consigo todo un mundo de impresiones, de ideas y reminiscencias, y con éstas sus gustos juveniles y hasta sus amistades y asociaciones!

En esta segunda coleccion apenas hay cuatro ó cinco composiciones que puedan igualarse con las que habia publicado cuatro años antes. Entre aquellas está la que se intitula *Lamentos de una huérfana*, que contiene estos bellos cuartetos:

La corza de los campos se adormece
A la sombra del bosque en el verano,
Y á mis dolientes ojos no aparece
Arbol ni sombra en el desierto llano.

Tiene la alondra su caliente nido
Que del adusto invierno la defienda,
Y á mí me niega el hombre endurecido
Yermo donde plantar mi pobre tienda.

Y luego si mi planta en noche oscura
Resbala y se desprende mi diadema,
Sin escuchar mis quejas de amargura
Me lanzará terrible su anatema.

Ah! cual hiere mi mente el pensamiento
De verme por el cieno confundida
Sin esta blanca flor que riza el viento
En mi toca de huérfana prendida!

Tambien es digna de los buenos tiempos del poeta la composicion *A Asturias* donde hay verdadero sentimiento expresado con sencillez y correcto gusto, toda salpicada con bellezas de buena ley como las siguientes:

Yo á la sombra nací de tus manzanos
Jugué en tus valles, me interné en tus montes
Y me cubrieron en tus verdes llanos
Con sus mantos de luz tus horizontes.

Con vivo anhelo en la feraz pradera
El vuelo perseguí de la avecilla
Que iba su nido á fabicar lijera
De tus cascadas en la verde orilla.

Aun me parece verla! Al rojo pico
La yerbezuela del vergel prendia
Y con ella, rizando el cuello rico,
En su oculto nidal se me escondia.

.....

El fornido nogal, que el arte amolda,
Calza el pié del honrado campesino,
El blando sueño de la siesta entolda
Y ofrece rica nuez al peregrino.

.....

El frondoso pomar despunta ufano
Jazmines que adormecen con su sombra,
Y parece al mecerlos en el llano,
Ramo de perlas sobre verde alfombra.

En la poesía escrita con motivo de la muerte de su hija, habla el corazon del padre, y como allí todo es verdad, fluyen sin esfuerzo las imágenes sencillas, patéticas y adecuadas.

Cerráronse para mí
Sus ojos de puro cielo
Y sus labios de rubí:
¡El ara que yo encendí
Trocóse en urna de hielo!

Bañada en ondas de llanto
Las alas plegó en el lecho
Mi alondra de dulce canto;
¡Y yo que la amaba tanto
Aun tengo vida en el pecho!

Jamás sentí de igual suerte,
Ni sufrí dolor tan fuerte,
Como cuando en ansia loca
La fuí á besar en la boca
Y hallé el mármol de la muerte!

Y cerráronse sus ojos
Que nadaban en la vida,
Y ví á la madre de hinojos
Queriendo á sus labios rojos
Volver la esencia perdida.

Pero entre todas las del tomo sobresale la poesía *Mi valle natal.* Lleva esta al pié la fecha de 1868, y es de notarse que así como en la primera Coleccion la *Elegia* era mejor que casi todas las posteriores, en el segundo tomo la ménos reciente es tambien superior á las demas: prueba incontestable del incremento que año tras año ha ido tomando una tendencia corruptora. Quien quiera observar la deletérea influencia del *efectismo* no tiene más que leer primero las composiciones tituladas *La Humanidad, A España, A la Virgen de Covadonga* ó cualquiera otra de las que se hicieron para recitarse en público, y comparándolas luego con *Mi Valle Natal* (dedicada á José Fornaris y escrita cuando Martinez todavía respetaba las buenas tradiciones) podrá ver asombrado toda la inmensa diferencia que media entre el arte verdadero y la hueca algarabia que tanto agrada á los oyentes ingénuos y candorosos.

Pero vamos á la prueba.

Yo tambien, como tú, pienso en el fresco
Valle donde nací.....
Aun imagino
Ver en las olas de la mar lejana
Levantarse la espléndida llanura,
Donde á la luz del espirante dia,
Vagar exento de pesar solia
En mi edad infantil.....
.....

No! Nunca olvidaré los dulces juegos
De la alegre niñez, ni los lugares
Donde al rumor de solitario rio,
Mis dulces compañeros de la infancia
Me dijeron adios: ni el tierno abrazo
Y postrero tal vez de la familia,
Que arrebatada de amargura y pena
Al pequeñuelo infante contemplaba
Resignado á partir. Aún de mi frente
No ha borrado el torrente de los años
El último de amor ardiente beso
Del labio maternal; y aún me parece
Ver los objetos que á mi lento paso
Iba dejando atrás. La blanca oveja

Triscaba en torno del redil; el ave
Posada sobre el árbol del camino
Entonaba con plácida dulzura
Su armónica cancion; la flor se abria
Dando á los aires su primer fragancia
Y la zagala de vivaces ojos
Al pasar junto á mí, se detenia,
Y dejando escapar lágrima pura
Me estrechaba á su seno palpitante
De emocion fraternal. Ah! Cuán inmenso
Torrente de sublime poesía
Encierran para mí las blancas hojas
Del libro de esa edad!—Campos cubiertos
De tembladores lirios y azucenas,
Soledades sin fin, vastos desiertos.....
Si yo os olvido en mis amargas penas,
Que me niegue su amor la amada mia,
Y nunca el verso que mi labio entona
Merezca, como prenda de valía,
Rico laurel ni espléndida corona!

.....
.....

Tú del Bayamo
Junto á la márgen solitaria y fria
Aspira alegre el aura embalsamada;
Que en tanto yo por ignorada vía
Iré soñando en mi fatal jornada
Con la doliente humanidad que ansía
Tiempos de bendicion, sin que olvidada
Quede en los antros de la mar bravía
Del callado Nalon la honda y sombría
Corriente, que se quiebra sosegada
En las llanuras de la patria mia.

Esto si es bueno, excelente, exquisito! Hé aquí la poesía, hé aquí el arte legítimo.

Quien así sabe entonarse, quien así puede alcanzar á veces aquella dificilísima perfeccion del lenguaje poético, que consiste en una indefinible y misteriosa amalgama y *compenetracion* de los sonidos con las ideas, de tal manera que la frase limpia y clara, sometida á la ley del ritmo, obtenga la más completa y delicada expresion, á la vez ideológica y musical de las emociones del alma, como puede verse en los pasajes citados; ¡increible parece que haya llegado á estragar su gusto y pervertir su talento al extremo que se nota en todas las páginas de este tomo!

Excepto en algunos pasajes y en las pocas composiciones citadas, en las demás campea el efectismo desenfrenado, falseando la realidad, desfigurando las formas, confundiendo todo el mundo visible y toda la espontánea riqueza de los sentimientos del poeta, en un caos informe, sin verdad ni espresion, donde solo se perciben distintamente el *manto de espumas*,

las perlas que se desgranan, las nubes de azucenas, el cisne en el lago, las bandadas de palomas, y otras imágenes manoseadas que llegan á cansar tanto por su vulgaridad intrínseca como por su iteracion perpétua é intempestiva.

Lejos de haberse depurado el estilo y adquirido mayor destreza en el manejo del idioma, en una y otra cosa se nota un lamentable retroceso.

En el primer tomo no habia tantas ni tan chocantes incorrecciones é impropiedades de lenguaje como las que siguen.

En la oda *A España*, dice de esta el poeta:

Y sin mostrar en su *varial* carrera
Ejemplo corruptor á las naciones,
Redujo de improviso
La *línea circular de su hemisferio.*

más adelante vemos: «*varial* fortuna,» una «nube que horrenda tempestad *precursa*;» «*profundos* páramos,» unas nubes que «cruzaban la *region*» (sin decirse cual); un «*senoso* peñascal;» unos «tiempos *de oro*;» un «*convocar* los hados» (por *invocarlos*); una «*planicie universal*» (en el sentido de *el mundo.*) Hasta se encuentran garrafales solecismos, como por ejemplo, de verbo plural con sugeto singular:

Ninguno romper queremos
Los lazos de nuestra historia.

Y de nombre masculino con adjetivos femeninos:

Tus verdes montes
Que *anidaban* ayer *frescas* bandadas
De canoros turpiales y sinsontes,
Hoy se dilatan *yermas* y *taladas.*

Esto en cuanto á la diccion; respecto á estilo puede observarse que el que ha adoptado el poeta tan pronto aparece tachonado con todos los brillantes oropeles del efectismo, como chafarinado con metáforas de pésimo gusto y gongorinas oscuridades.

Yo anhelo para tí las palmas de oro
De *todo un porvenir.*

Efectuando en tus páramos del Tajo
La evolucion sublime de la idea
Que impulsa á la virtud y honra al trabajo.

Así en las hondas
Cavidades del pueblo, se revuelven
Opacas multitudes.

¿Y quereis que por *senda de azucena*
Al bien procomunal marchemos todos?
Dignaos primero disipar las brumas
Del triste pueblo que en silencio gime,

Pulsad con tino las doradas plumas
Y deshaced *la costra* que le oprime.

La fé ¡mágico incienso
Oliendo á Eden de un porvenir inmenso!

Suena tu nombre
En cada labio, y *late en cada arteria.*

Si hubiere un hijo
Del noble seno de la antigua Iberia
En estos de Colon fecundos *valles*
Que no sintiese como yo *la arteria*
Del patriotismo arder.....

Y del placer bajo el *purpúreo manto.*

Fiel y obediente al tentador resorte.

Ni corre audaz tras el *fantasma negro*
Del *oscuro* poder.

Me parece que extienden las estrellas
Mantos de desconsuelo en la llanura.

¡Qué tristes
Lucen hoy los magníficos collados
Donde *las perlas que lloró la aurora*
Ayer el *potro retozon pacía*
Con alegre inquietud!

Dios de los dioses,
Ya que en ánforas de oro al mundo ofreces
El *perfumado* néctar de tu gloria
Y *en columnas* magníficas *te meces*
De eterea magestad; .....
rompe el misterio
Que vela el esplendor de tu *hemisferio.*

A oscuras la razon y el sentimiento,
Alas de nácar con que el alma vuela.....

Do quier veia,
Ya un rico manantial, ya un fresco lago,
Ya un cisne que en la espuma se mecía,
O una paloma que en su arrullo vago
Todo un volcan al corazon prendia.

..... Vírgen pudorosa,
Mundos de sentimiento y de ternura

Con dedo de jazmin, en *noche de ámbar*
Mostraba al corazon.....

¿Qué gloria empero el libertino alcanza?.....
..... ¿qué verde rama
A triunfo tal ofrecerá el destino,
Donde mañana su sonoro trino
Pueda entonar el *ave* de la fama?

Gusté tus gratas frutas *en verano*
Y tus ricas cuajadas *en estío*.

La ardiente juventud.....
..... sigue el silbido
De la serpiente que á distancia *vuela*.

A la poesía filosófica y reflexiva poco aficionado se muestra el señor Martinez. Celebro ese despego, si he de juzgar por la única de ese género que aparece en el tomo, titulada *Meditacion*. El poeta se pregunta ¿qué son, qué dicen esos pájaros que vuelan por el espacio, esas hojas que el viento lleva en sus alas, esos arroyuelos, etc.....? Veamos algo de lo que discurre.

Tal vez la blanca avecilla
Que cantando el bosque alegra
Es de un noble antepasado
El espíritu que vuela.....
Y esos límpidos raudales.....
Son ¡ay! el llanto que vierten
Tantos que en el mundo quedan.

Mas ¡qué saben los filósofos!...
¿Saben ¡ay! si el blanco lirio
Que brota en oculta huesa,
Es de un ángel de otros tiempos
La dulce reminiscencia?

Yo he visto del cráneo fétido
Tal vez de altiva belleza
Surgir inmundos gusanos
Y retorcerse en la tierra.
Y he dicho reconcentrado
En mi oscura inteligencia:

¡Si serán de su corona
Las deslumbradoras perlas
O los nobles pensamientos
Que ardieron en su cabeza
Y en el seno de la tumba
Han tomado formas nuevas!

El poeta entiende el *transformismo* á su manera; si esta no se halla del todo de acuerdo con las doctrinas de los biólogos evolucionistas, yo no le haré cargos por ello. Desde muchos siglos antes que el padre Horacio (con

su *quidlibet audendi potestas*) otorgase á pintores y poetas el grato privilegio de atreverse á todo, ya ellos se lo habian arrogado, como de derecho natural. Ejemplo, aquel Orfeo que bajó á los infiernos, y logró amansar á su implacable monarca. Pero al notar que en su *Meditacion* el poeta, tan pródigo siempre, se nos presenta mal provisto de imágenes y de pensamientos poéticos y hasta flaquea en la versificacion, en la que siempre ha sido tan diestro, ocurre indicarle que puede, cuantas veces quiera, invadir aquellas regiones que caen bajo el dominio de la Ciencia y la Filosofía; pero es á condicion de imitar á Orfeo; es decir, pulsando con arte la cítara y cantando muy dulcemente; porque si se desentona y se le cae de las manos el instrumento, aquellas adustas divinidades no serán tan indulgentes con él como Pluton con el vate de Tracia, y de seguro le negarán la entrada en su reino.

De las poesias patrióticas que ocupan la mayor parte del tomo, nada he dicho aún. Pero creo hacer un favor al poeta aconsejándole que en la primera reimpresion de sus obras, las suprima todas, sin escepcion.

Véanse algunas muestras.

¡Salve, Coronel del Quinto!
Español de nobles *fibras!*...
En el fatal *laberinto*
Que nuestras almas *asola*...

Porque todos en union
Damos de hermandad ejemplo,
Reconsolidando el templo
De la civilizacion.

Porque Cuba quiere *sola*
Mecer alegre *su encanto*
Bajo el explendido manto
De la unidad española.

Ese que taimado y *dútil*
Sigue *la corriente diaria*,
Es un miserable pária,
A entrambas causas inútil.

Hoy contemplamos.....
A hijos que van rugiendo en noche oscura
Contra la savia generosa y pura
Que *bebieron* ayer *en nuestra frente.*

No de otra suerte
La *catarata* domeñado hubieras
Que contra tí se desató, *en las costas*
De esta perla del mar.

Que allí la vida juvenil se estraga
Y va ensanchando la funesta llaga
Que el *pus* del vicio y la maldad encierra.

Creo que será bastante y áun sobrante. Si era sincero el fervor patriótico del cantor, válgale eso por disculpa de tantos arranques hiperbólicos y sonoras vulgaridades que forman toda la trama de sus inspiraciones de *sobremesa* y de serenata.

IV.

En 1876, seis años despues que el segundo tomo, salió á luz el tercero. Es un segundo naufragio más desastroso que el anterior. Con la edad no se han robustecido como debieron las mejores facultades del poeta, á expensas del ardor juvenil y de la exuberante fertilidad de una fantasía que empieza á tender sus alas; ántes al contrario, esta última, visiblemente cansada y sin bríos, quiere simular la fuerza y la vida, agitándose en esfuerzos violentos y convulsivos.

Las composiciones tituladas: *En la Muerte de Panchita*, *A Guillermina Evertz*, *A Rosalía Gaitan*, *La Vuelta al Hogar*, *Romance*, son las únicas que pueden igualarse con las mejores del primer tomo.

Hay buenos rasgos, delineados con sencillez, limpios de hojarasca, y una entonacion de tierna melancolía, modulada sin sonajas, en el romance que empieza así:

¡Oh, no te olvido! Tu imágen
Pura como en otros tiempos
Siempre en la callada noche
Viene á visitar mis sueños.

Siempre aparecer la miro
Recatada en blanco velo.....
Y brilla en el nebuloso
Campo de mis pensamientos
Como una página blanca
En un libro todo negro,
Aun en este mismo instante
Imagino que la veo
Descender sobre mi pluma
Como una sombra del cielo.

Entre las consagradas á la memoria de la que fué su esposa, hay quintillas conmovedoras:

Rumor de manso arroyuelo,
Fragancia del paraiso,
Esencia de mi consuelo
Déjate ver desde el cielo
Al ser que tanto te quiso.

Desciende al morir el dia
En un rayo de la luna
Sobre esta alcoba sombría
Donde aún están, alma mia,
Tus ángeles en la cuna.

Suspiro aislado con ellos
En tétrica soledad,
Y me parecen más bellos
Porque son vivos destellos
De tu angélica beldad.

¡Oh, mi bien! ¡Deja á mi anhelo
Siquiera en rápida huida
Verte desplegar el vuelo,
¡Como una sombra del cielo
Sobre el campo de mi vida!

En la poesía A Guillermina Evertz, dice de su hija huérfana:

¡Pobre gacela mia
Que se quedó sin sombra en la llanura.....
Hoja de mi jardin, ambar del lirio
Que arrebató el torrente,
Nota del arpa que rasgó el martirio
Murmullo de la fuente.
Es la postrer encarnacion de un beso
Que en hora de ventura
Dejé en un lábio de coral impreso
Y resonó en la altura.
Forma de un misterioso pensamiento
Concebido entre flores,
Ultimo aroma que esparció en el viento
El cándido rosal de mis amores.

En otra aludiendo á los mismos infortunios domésticos, dice el poeta:

Cerró la madre los dolientes ojos,
Nublóse el astro mio,
Y el pasajero contempló á deshora
Oscuro el templo y el altar vacío.

La prole recogióse amedrentada
En torno de mi pecho,
Y lloraron los huérfanos, acaso
Al ver sin flores el materno lecho!

Prendióse á tí la pálida azucena
Que apuntaba en el huerto su corola.....

Tu corazon es fuente de ternura,
Tu amor es gota que cayó del cielo,
Y á tu sombra la corza de mis valles
No ha de temblar en la estacion del hielo.

Hay tambien muy buenos pasajes en *La Vuelta al Hogar*, en que describe con ternura las emociones de su retorno á la casa de sus padres en Asturias, despues de veinte y cinco años de ausencia.

En estas composiciones los sentimientos del padre, del hijo, del esposo se sobreponen á todo lo demás: la emocion es íntima y verdadera y arrastrando al poeta lo obliga á expresarse con sencillez, lo distrae del funesto vicio del efectismo, que es todo falsedad, afectacion y artificio.

Las otras veinte y tantas composiciones que llenan el volúmen, pueden servir de excelente texto para enseñar á los principiantes, no los desarreglos de una imaginacion libre y desordenada, pero intrínsecamente sana, que yerra por falta de cultura; sino los extravíos intolerables de un gusto pervertido, que se impone la locura por regla, y que delira voluntariamente, creyendo que ese es el más seguro atributo del genio.

En primer lugar, son indisculpables las libertades con que Martinez pretende manejar el idioma. No pueden admitirse las locuciones siguientes:

En su rauda *impulsion*, la acalorada
Y noble fantasía.

Astros de *progresion*.

Las palabras marcadas, están puestas por *impulso* y *progreso*. Llama al pueblo frances «la pujante *agrupacion* del Sena»; por pendientes escarpadas dice *escarposas*. Hay un *lazo intenso*, y otro *lazo ingénito*, y un velo *estéril*, y un «vago *contingente* de eterna melancolía»; un páramo inmenso es para él *páramo jigante;* cuando ondean las banderolas infladas por el viento dice que «se *inflaman* las banderolas», vemós tambien «el rayo serpear en *la region;*» por fauces, *la fauce;* «comercio *ensanchador*», frescura *perlina*. Hablando de Cristo dice:

Desarrollaba en su *colosa* frente
Los manantiales de la oculta fuente
Que iba á *explender* la redencion del mundo.

Supone que un *erial* es una pradera, puesto que nos habla de «la especie toda que *pasta* en el erial.» Al adjetivo *espiritual*, le ha atribuido una significacion extraña, porque vemos que

La golondrina
Para cruzar los anchurosos mares
Forma en la orilla *espiritual bandada*.

El sentido que atribuye á los verbos *mecer* y *flotar*, no he podido descifrarlo. Ya he citado antes á Cuba *meciendo su encanto*, y á Dios *meciéndose* en columnas de magestad: ahora vemos que *todo se mece* en este mundo:

Y todo así por vínculo secreto
Asociado en la atmósfera *se mece*.

En cuanto á *flotar*, no sabemos lo que significa en estos pasajes:

Ir cada cual á colocar su nombre
En un Eden *flotante* y sin ribera.

Do quier *flotante*
La tembladora rama del deseo.

Ricos *engastes* de esmeralda y nieve
Flotando por do quier.

¡Qué bello está el campo cubierto de flores
Flotando en colores de viola y zafir!

En fin, hasta la Isla de Cuba es una isla flotante:

aquella hermosa tierra
Que *flota* allá en el mar.

No he agotado aún la lista de locuciones inadmisibles, pero concluiré con una de tan estupenda impropiedad que vale por muchas:

Y el gérmen del relámpago que anuncia
El *sórdido huracan.*

Es desagradable descender á estas pequeñeces y que tenga el crítico que hacer oficio de dómine, pero el caso lo exige, tratándose de quien por su nombradía puede ejercer tan funesto ejemplo.

Bueno es recordar á los señores versificantes que hay para los que hablan y escriben, lo mismo en verso que en prosa, un *supremo juez y árbitro* del idioma, al que tienen que someterse, siendo esta obligacion aún más perentoria para el poeta que para el orador. La obra de arte destinada á vivir debe encarnarse en el material más selecto; y así como el escultor elige el trozo más compacto y limpio de mármol para tallar sus figuras, el poeta ha de exprimir sus ideas en el lenguaje de su tiempo, llevado á su más alto grado de pureza y de correccion. No le es lícito forjar voces nuevas á su capricho, ni alterar la significacion de las existentes, ni conculcar las leyes establecidas de la sintáxis. Los antiquísimos preceptos de Horacio y de Quintiliano *están vigentes todavía;* léjos de haber caido en desuso, la autoridad de los más eminentes lingüistas modernos ha venido á corroborarlos. El célebre filólogo aleman W. de Humboldt ha demostrado que la facultad creadora de voces nuevas, muy grande en los tiempos primitivos, va disminuyendo, hasta hacerse casi imperceptible, á medida que el idioma adelanta en estructura gramatical, porque el caudal de las existentes, es una fuerza de resistencia que refrena tanto al individuo como á la época. Puede un autor crear cuantas se le antoje, pero no está en su mano que el uso las adopte, porque al fin y al cabo *solo viven aquellas que llevan en sí la estampa de su época y de su raza, no la del individuo*, que es casi lo mismo dicho en la *Epistola á los Pisones:*

Signatum præsente nota producere nomen.

Si he reprobado los defectos de la diccion mucho más severo quisiera ser con los del estilo; pero aquí se hace imposible ir formulando uno por uno todos los cargos. No hay una página en todo el libro que no esté plagada con los primores del efectismo: metáforas impropias, profusion de colores charros; imágenes descosidas; incongruencia y falsedad en todas partes, en ninguna el arte, la mesura y la proporcion. Citar las pruebas equivaldria á transcribir la mitad del libro; pero allá van algunos dechados:

Y dando á eterno olvido (*los hombres*)
La nube informe que en las almas truena
Vuelvan á transmitirse el comprimido
Pólen que el pecho de ternura llena.

¡Ay, que *mi gravedad se desnivela*
Sin tu aliento de miel!—¡Salta, leona!.....
Qué importa el tiempo, ni la ley ni *el Cósmos*
Con esta intensidad que *nervio á nervio*
Rasga todo mi ser.

El ángel torvo del pesar que abate
Su *crespo manto* desplegó en mal hora,
Y no dejó lugar que no *retrate*
Huellas que absorto el viajador deplora.

Ni ascienden las poblanas por las lomas
Fingiendo primaveras de palomas.

El cerro donde nítido el verano
Lluvia de nieve y púrpura vertia
Parece *el carro fúnebre* del llano
Sin los penachos que mecer solia.

Unid tan hondamente el sentimiento
Como al formarse el terrenal cimiento
Se unieron en el cóncavo infinito
Los inmensos volcanes de granito
Y las cales errantes por el viento.

Las almas se unen y hermanan
Como perlas que se engranan
En los lirios del desierto.

Y se despliegan alfombras
A la virtud y al *auspicio.*

Es el arpa vibrante
Que envuelta en el *incienso de la idea,*
En los altares del progreso entona
Himnos á la virtud.

Y ser hoy tú la límpida laguna
Donde yo soy el cisne de la muerte!

La *caravana* universal leía
El idilio inmortal de la esperanza.

Es que las *pieles del dolor* me cubren.

---

bullidora espuma que se rompe
En costas de *jazmin.*

Cuando el oculto martirio,
Hace que la vida sea
Nave que se balancea
En las *ondas del delirio.*

La fraternidad que ostenta
El *partenon* del RECREO.

Pero nunca en son de guerra
Crugiré contra mi historia.

No olvideis que la verdad
Es el arpa en que yo entono
El canto donde pregono
Que, en nombre del pueblo mio,
Hasta el dolor es rocío
Con que mi frente corono.

Campos *bañados*
En *roja* mies.

El mar bullendo en la *rojiza* arena.

Almas que llevan
Entre los pliegues de sus vagas formas
Un *astro negro* que en su eterna noche
Apénas vierte luz.

Sabemos los castellanos
Que no *formará episodio*
El *cataclismo del odio*
En corazones hermanos.

En cada verde sabana
Mostrará, sin que se asombre,
Ese *santuario sin nombre,*
En cuyas aulas *se imprime*
La *unificacion* sublime
Del pensamiento del hombre.

Creo que el lector estará cansado, y aquí pondré punto á las citas; pero como pudiera suponerse que los trozos copiados no son más que raros lunares, esparcidos escasamente en una extensa coleccion de pulidas y correctas composiciones, concluiré afirmando de una vez, que la mayor parte de las que incluye el volúmen, no solo pecan por tál ó cuál locucion viciosa, ó por alguna que otra metáfora extravagante, sino que *son defectuosas de cabo á rabo*, por su falta de unidad y de plan, por su incoherencia, por su voluntario olvido de los preceptos á que ahora como en todos tiempos se ha de someter el arte siempre que aspire á la perfeccion. Si hay quien crea severo este fallo, me remito á la prueba: que lea despacio y con atencion cualquiera de las poesías tituladas *A la Sociedad de Artesanos, A la Sociedad de «El Recreo,» A la Sociedad del Buen Socorro;* lea sin dejarse alucinar por la brillantez de las imágenes, por la embriagadora música de los versos ni por el lujo de una locucion abundante y pictórica; y busque la idea, el objeto, el fin; busque la verdad, la proporcion, la naturaleza, la realidad..... pero, no, ¿qué ha de buscar? Allí solo encontrará el *efectismo*, que es la negacion del arte, la imaginacion dedicada á la pirotécnia, la poesía al servicio de un prestigiador para sus suertes de escamoteo; en una palabra, la falsedad sistemática y la perversion de las más ricas facultades poéticas.

Nada más sobre las *Poesías de Saturnino Martinez*, pero áun tengo que decir al poeta cuatro palabras, y algunas más á los admiradores del estilo cuya censura ha sido el objeto principal de este escrito.

V.

He señalado el efectismo como el defecto capital en las Poesías de Saturnino Martinez; y como al trazar estas líneas era mi objeto indicar los vicios y extravíos de esa escuela, proponíame hacer aquí la historia de sus orígenes y describir minuciosamente sus medios y sus maniobras. Veo sin embargo que ya abuso del lector atento, y traspaso los límites que me impone el reducido espacio de esta REVISTA. Tendré, pues, que ceñirme á lo indispensable, y presentar en resúmen brevísimo algo de lo mucho que habia pensado esponer aquí.

La historia literaria ofrece en épocas señaladas un estado anormal, una especie de epidemia, que se manifiesta adulterando y corrompiendo de un modo extraño todas las creaciones del génio artístico y literario. Los caractéres de esas epidemias están determinadas por sus causas originarias: ya sea la podredumbre de una civilizacion que muere, ya sea al contrario, la fermentacion bullidora de una época que está destruyendo sus órganos enfermos para elaborar con ellos los elementos de una futura renovacion. En este último caso, el curioso observador puede distinguir en la masa hirviente, entre los restos de lo pasado, los gérmenes que pug-

nan por la vida; es decir: algo de la cultura intelectual precedente, y algo de la que está por venir. De esto puede cerciorarse el que estudie con cuidado los rasgos que presenta la historia del sincretismo de Alejandría, los de la literatura decadente de Roma, y los de la plaga literaria que bajo los nombres de *culteranismo*, *gongorismo*, *marinismo* y *conceptismo*, se propagó desde mediados del siglo XVI lo mismo por Italia, España y Portugal que en Inglaterra y Francia.

En estos períodos de corrupcion que se distinguen segun los tiempos y los paises, hay un rasgo característico comun á todos: derrocada la autoridad, despreciadas las tradiciones, destruidos los ideales, el génio se entrega á sus inspiraciones individuales, sin principios de escuela, sin fin alguno artístico ó doctrinal. En esta anarquía, en que solo imperan el capricho y la extravagancia, se despierta la emulacion y la competencia entre los ingenios, que se disputan la primacía por medio de toda clase de exageraciones y novedades. El objeto es *hacer efecto*, decir lo más nuevo, lo más raro; sorprender y deslumbrar; hacer gala de rica imaginacion y fecunda inventiva; y para conseguir la palma en la lid las armas naturales tienen que ser la abundancia de las hipérboles, la hinchazon de la frase, lo alambicado de las metáforas, la expresion rebuscada y sutil; de donde al fin viene á resultar por efecto de la corrupcion del estilo y de la perversion que es consiguiente al hábito de expresarse sin exactitud ni sinceridad, una horrible adulteracion del mundo real y de los afectos del alma.

La mayor parte de las señas precedentes, más ó ménos pronunciadas, concurren en gran número de producciones de la más reciente literatura europea, particularmente en las de la poesía lírica y la dramática; y como el síntoma predominante es el afan de *hacer efecto* á todo trance, queda esplicado el nombre con que ha sido designada la enfermedad.

Respecto á sus orígenes diré solo cuatro palabras. A mediados de la década de 1840 á 1850 se hallaba el romanticismo en las agonias. Ya habia gastado lo mejor de sus fuerzas, primero, en la exhumaciou de las formas y algo del espíritu de los tiempos caballerescos; luego en su lucha tenaz contra el clasicismo, mantenida para sostener los fueros de la libertad individual contra el principio de autoridad; y más tarde, en sus esfuerzos para poetizar las grandezas del crímen y las violencias de la pasion, con lo que sin duda pretendia protestar contra el rígido formalismo, el aparato ceremonioso, la inmovilidad rutinaria y servil que habia implantado en todas las cortes de Europa la imitacion de la política, las costumbres y la literatura de Francia. Renunciando á imposibles resurrecciones, y hastiado de horrores patibularios, la escuela acabó sus dias al refugiarse en el subjetivismo, que por su índole esencialmente individualista y contraria á todo espíritu de secta, debia al fin ahogarla en su seno.

A esos subjetivistas sin dogma ni escuela debe su orígen el efectismo.

Estrecho era el círculo en que se movian y pronto agotaron sus recursos. Dedicáronse principalmente á la autopsia del corazon, sobre todo del corazon *enfermo*, pero en este ejercicio poca novedad podian encontrar: Goethe, Chateaubriand, Byron y Musset se les habian anticipado; y los bisoños anatomistas arrojaron el escalpelo, avergonzados ante las sombras de *Werther*, de *René*, de *Manfredo* y de *Rolla*.

Habian creido al principio que la poesía puramente individualista y subjetiva les abria inmensos horizontes. Sucedióles lo que de los poetas muy jóvenes y sin experiencia dijo J. P. Richter: que no conociendo el mundo, y pensando que la novedad de sus emociones equivalia á la novedad de asuntos, ó bien se lanzaban á la region de lo desconocido y de lo fantástico, ó bien se refugiaban en el lirismo, «donde no hay más naturaleza que imitar que la que lleva dentro de sí el poeta.» (1). Pero pronto vieron, que cuando falta un fin estético determinado, ó con estrecho esclusivismo se prescinde del mundo real, el poeta aprisionado en su personalidad empieza esterilizando su génio en monótonas repeticiones; y en el afan de variarlas y renovarlas, falsea sus propias impresiones, apela á la exageracion, violenta su fantasía, y huyendo de lo trivial, acaba por lanzarse en el efectismo (2).

Entre tanto, estaba operándose una importante revolucion en otras regiones. El abuso de la especulacion abstracta, los extravíos de una metafísica que abandonando el terreno firme y las bases sólidas del sistema de Kant se habia dedicado, en manos de Schelling, Hegel y sus discípulos á levantar estructuras etéreas, sublimes construcciones sin duda, sinó como sistemas científicos, como poemas de la metafísica ó creaciones de la fantasía filosófica, habian producido hondo desencanto y provocado una reaccion. Esta se verificó en Francia, iniciada por Augusto Comte, pero donde se llevó á cabo con más provecho, con fuerzas más robustas, con caudillos más potentes y numerosos fué en Inglaterra, donde la doctrina llamada *Positivismo* debia naturalmente arraigarse y fructificar, preparado el terreno por las tradiciones de Bacon, Locke y Hume y por las tendencias prácticas y empíricas que han distinguido siempre á ese pueblo.

Dado el carácter de la doctrina positivista ¿seria aventurado suponer que inmediatamente empezara á manifestar su influencia en la literatura contemporánea? A ella refiero yo si nó el impulso primero (puesto que ya desde ántes habia comenzado *Balzac* sus admirables fotografías de la so-

(1) «Oder vorzügluh auf das Lirische: denn in diesen ist keiner natur nachzuahmen als die mitgebracht.»—J. P. Richter—(Vorschule der Aesthetik.)

(2) En 1853 salió á luz en Lóndres el primer tomo de las Poesías del escocés Alexander Smith, donde campea ya el efectismo en todo su esplendor. Los críticos de la Revista de Edimburgo designaron á la escuela en que al lado del referido figuraban P. J. Bailey, autor del poema *Festus*, Sydney Dobell, y otros poetas, con el nombre de *escuela espasmódica*.

ciedad francesa), al ménos el incremento que rápidamente fué tomando el realismo, tanto en la pintura como en la novela, hasta llegar casi á dominar en todos los departamentos de la literatura y del arte.

Grande y rico hallazgo habria sido el realismo para los señores poetas subjetivistas en medio de su penuria, caso de haber podido aprovecharlo; pero era tarde. Ya estaban entregados á las maniobras del efectismo, y el inesperado tesoro sólo les sirvió para renovar su repertorio de imágenes, dar pábulo á su fábrica de metáforas, y enriquecer su caudal de adornos, vestimentas y baratijas poéticas, con los despojos de todos los reinos de la Historia Natural y todas las regiones del orbe. En lugar de estudiar la naturaleza para retratarla en su integridad, los efectistas se valieron del realismo como de un inmenso depósito de materiales, á donde acudian en busca de formas, de colores y ornamentos, no para reproducir con ellos la realidad de la vida humana, sino para manejarlos como piezas sueltas y sin trabazon, destinadas á dar variedad y brillo á sus pinturas caprichosas y abigarradas. Porque los efectistas nunca aciertan á hacer un cuadro; cuando más suelen regalarnos con esos prodigiosos paisajes llenos de aves de plumaje fantástico, palmeras con grandes flores en el penacho, árboles copudos que llueven filamentos de oro, frutas raras y espléndidas berengenas, que tanto recrean la vista en los pañuelos de seda de la India, las mantas de Cachemira, las bandejas de laca del Japon.

El efectismo trabaja sin fin artístico, sin ideales, sin dogma y sin escuela. No cree que sea la Poesía, segun la definicion de Aristóteles, *el esplendor de la verdad.* Le parece absurdo el aforismo de Horacio, *ut pictura poesis.* La única definicion que acepta es la de Bacon: «la poesia es el deleite de la mentira.» No hay, pues, que pedirle ni verdad, ni simbolismo, ni idealidades, ni la emocion dirigida á un fin estético, ó á la purificacion del alma. Es la negacion del arte, el sistema más destituido de unidad, conciencia ó sentido, de cuantos hayan presentado las épocas de corrupcion literaria, porque es el colmo del cinismo y de la inmoralidad en el arte, ese propósito deliberado de dar bellas formas á la mentira, adulterar la verdad, dar á la nada las apariencias de la vida, sin aquel escrúpulo concienzudo que arredra al pintor musulman de poner figuras de animales en sus cuadros, temeroso de que el dia del juicio se levanten ante el trono de Alá acusándole de haberles dado cuerpos sin alma.

Vano es, pues, pedir á los efectistas ninguna construccion acabada, ningun todo armónico y completo, que requiera el sentido de las proporciones y la medida; en sus estructuras no es posible descubrir plan ni dimensiones.

Su descripcion es un inventario; y aunque allí se admiran pormenores de rara hermosura y esplendor, el conjunto es pésimo siempre. Se amontonan todas las bellezas naturales, pero no se vé la misma bella naturaleza con sus desigualdades y sus contrastes. No saben agrupar, sino reu-

nir figuras aisladas; no han caido en la cuenta que una sarta de rubíes, esmeraldas y espléndidos abalorios sin las debidas proporciones, no es ni siquiera un collar.

Los líricos efectistas tienen pensamientos aislados, de mucho vigor y profundidad, imágenes sueltas de rara novedad, pasajes inconexos de notable perfeccion y delicadeza; y así vemos que sobresalen en las poesías muy cortas, como las de Bequer.

Los famosos retóricos de Rodas y Alejandría no tenian tantos recursos como la Poética de los efectistas, que los tiene ideológicos, fraseológicos, otros pictóricos, otros puramente *nerviosos;* pero en lo que no tienen rivales es en el flujo de las imágenes y las metáforas, derramadas con oriental profusion. Adviértase, sin embargo, que el *orientalismo* no es tan absurdo, siendo como es la expresion natural, el idioma espontáneo de una imaginacion fecunda y móviles impresiones. Hay más plan y unidad de composicion en las *gazelas* de Hafiz que en muchas odas efectistas donde se pavonean las imágenes con la visible intencion de causar sorpresa.

Como la invencion es la facultad dominante del genio poético, se han creido los efectistas que esa facultad se demuestra pariendo imágenes y metáforas. ¡Qué esfuerzos tan laboriosos de memoria y voluntad, qué manipuleo de analogías y similitudes, que excursiones de la fantasía por todos los ámbitos del cielo, el mar y la tierra para fingir esa envidiada fecundidad! Pero eso no es un parto, sino fraudulenta *manufactura*. En el primer libro de la Iliada, en el admirable poema de Goethe *Hermann* y *Dorotea*, con sus nueve cantos, no pueden contarse tantas imágenes y metáforas como en cualquiera de las poesías líricas de Monroy ó de Grilo, esos dos insignes efectistas de España, ó de las del tercer tomo de Saturnino Martinez, que hemos indicado; y consiste la diferencia en que las figuras solo les sirven á los grandes poetas para meros adornos y ornamentos de sus magníficas construcciones, mientras que aquellos señores, nada *construyen*, no siendo arquitectos, sino fabricantes de molduras, frisos, arabescos y capiteles. Las metáforas y las imágenes son el objeto mismo, el fin, el asunto, el argumento de sus poesías, aunque otra cosa aparezca, porque en ellas solo ponen un membrete, porque es costumbre. Como un músico escribe *Variaciones sobre motivos* de *La Sonámbula*, ellos escriben tambien variaciones (léase, combinaciones de imágenes) sobre *pretextos* de *Una Rosa seca*, de *La Alondra*, de *El Eclipse*, ó cualquiera otra cancamusa.

Verdad es que la invencion es lo que distingue al génio poético, pero la invencion de formas reales y armónicas, la invencion de Homero, del Dante, de Shakespear, de Goethe y Cervantes; la invencion que crea séres y mundos con realidades de la naturaleza, con verdades de la vida y datos de la experiencia: porque eso de crear séres y mundos de la nada, hasta ahora nadie lo ha hecho, y parece en el arte tan absurdo como en metafísica.

Los efectistas, tienen tambien otro flaco: su pasion á las *primorosidades*, á las cosas bonitas, á todo lo que sea precioso, esquisito y lindo. ¡Qué desperdicio de luces, de melodías, de perfumes, de flores, de argentería! ¡Tanta dulzura empalaga, tantos fulgores lastiman la vista! ¡Todo cuanto tocan lo han de pulir, pintorrear, perfumar y *dorar* de todas maneras, todo ha de embellecerse en sus manos; y de este modo vemos á la noble y pura poesía cultivando el arte cosmético, miserablemente dedicada á embadurnar y cubrir á la bella naturaleza con el albayalde y el colorete y con joyas de mala ley, disfrazándola de meretriz!

Pero ¿qué remedio?..... Ninguno por ahora. El *público* aplaude y no se enmendarán, mientras logren *hacer efecto*. Bueno es, sin embargo, denunciarlos de vez en cuando, y así pasará más pronto la moda. Entre tanto, tengamos paciencia, exclamando con Juan Pablo Courrier:—*¡Grand Dieu! ¡preservez nous de la metaphore!*—¡Sí, Dios de los poetas, sálvanos de la metáfora!

VI.

Acostumbrado á los aplausos y desvanecido por los elogios que le han prodigado jueces de reconocida autoridad literaria, el Sr. Martinez hallará pretextos muy razonables para tachar mi juicio de injusto y apasionado. Naturalmente, el sentenciado opondrá á mis censuras los encomios de don Juan Martinez Villergas y D. José Roman Leal, sin notar acaso que el mio es un fallo imparcial recaido en juicio, mientras que los prólogos amistosos de uno y otro literato no son más que amables cartas de recomendacion, ó como si dijéramos, informes de buena vida y costumbres con que ha comparecido el reo ante el tribunal. Por consiguiente, puede asegurarse que la parte ofendida tomará el partido de declararse rebelde y contumaz. Tenia yo el caso previsto antes de escribir la primera línea, pero la certeza de que mi benévola censura seria ineficaz para enderezar por buen camino al descarriado poeta, no debia arredrarme de mi propósito de apartar de su mal ejemplo á esa juventud que aún bulle en las aulas, estudiosa y entusiasta, dotada como él de aquellas mismas disposiciones que le dieron renombre, y que como él pudiéran algun dia verlas todas malogradas tambien, por falta de buen consejo y de direccion.

Sea como fuere, y áun contando con la impenitencia del pecador, y seguro de que con mi ruda pero bien intencionada franqueza he de lastimar aquella proverbial susceptibilidad del temperamento esencialmente *irritable*, creo que estoy en el caso de continuar hasta el fin la comenzada amonestacion, ya que el amonestado no habia de hacerme gracia de una mitad de su enojo y su desagrado porque yo me quedase á medio camino y le hiciera merced de una mitad de mi exhortacion.

El Sr. Martinez, cuyas primeras inspiraciones fueron las mejores y que

nada ha ganado con los años y los estudios, pertenece sin duda al número de aquellos poetas que no contando con más recursos que los de una imaginacion florida y una sensibilidad fácilmente escitable de afectos y de impresiones, van gradualmente perdiendo su prematura florescencia y su fecunda frondosidad, agostándose precozmente sin rendir el fruto que prometieron. Estos poetas puramente imaginativos pronto decaen. Sus primeras obras *son las mejores*, y de ellas puede decirse:

A florecer las rosas madrugaron
Y para marchitarse florecieron;
Cuna y sepulcro en un boton hallaron!

Otros hay cuya riqueza no está solo en su fantasía, y son los que consiguen recorrer dos períodos consecutivos; primero el de la rica germinacion y el fuego juvenil, luego el de la fructificacion y la madurez, en el que imperan las facultades reflexivas, mientras la fantasía reprime sus esfuerzos enervantes y agotadores, poniéndose al servicio de la inteligencia para producir sus creaciones más acabadas y duraderas.

En épocas y paises diversos, la historia literaria ha presentado el siguiente fenómeno: despues de un primer período de vigorosa fecundidad, empiezan á decaer las facultades creadoras. Viene otro período, durante el cual aunque disminuye la potencia germinadora, se producen obras tanto más perfectas y delicadas cuanto lo son las flores del jardin comparadas con las del campo. A este período de culta produccion suele seguir otro de análisis y de crítica, que al fin termina en la decadencia. A Homero, Hesiodo, Píndaro y Esquilo, siguen Sófocles, Eurípides y Aristófanes, y más atrás los retóricos, eruditos y copleros Alejandrinos, entre los que sobresale solitario Teócrito, como un brillante anacronismo. El período de perfeccion está á veces separado del analítico por un dilatado intervalo, que suelen ocupar las obras de los *culteranos ó conceptistas*, que sea cual fuere su nombre de escuela en diversos tiempos, no son mas que formas análogas y abortos del desarreglo y la extravagancia. El mismo ciclo puede seguirse con leves diferencias en la literatura de Roma y de los pueblos modernos. Y como en ese proceso evolutivo la literatura no hace mas que ajustarse á la ley de todos los organismos sociales y colectivos, siempre en necesaria correlacion con sus elementos constituyentes, que son los individuos, no será extraño que asi como el embriólogo vé bosquejada en el crecimiento del feto la historia de las transmutaciones de las especies, de igual manera pueda seguirse paso á paso en la obra de cualquier autor, la série de sucesivas transformaciones que ofrece la historia literaria.

Las de Saturnino Martinez demuestran que su genio ha recorrido el período de creacion espontánea; que en lugar del asíduo cultivo de sus facultades casi las ha agotado en la estéril repeticion de sus primeras inspiraciones; y que hoy se encuentra en el período del desarreglo y la

extravagancia, en que tan á su sabor se esplaya, con candorosa satisfaccion.

Esto sentado, mi pronóstico es muy sencillo: el poeta seguirá deleitando á los inocentes y recogerá á manos llenas los laureles que le ofrezcan *las tribus*, en *la plaza social*, hasta hundir en sombra ingloriosa los rayos, harto amortiguados ya, de su oriente. Y esta sentencia de muerte prematura, que le notifico con plena conciencia de lo que hago, no podrá revocarla sino saliendo del estrecho círculo en que se mueve, entrando ya en las regiones de la crítica y del análisis. Para salvarse necesita cultivar su mente, dar tregua á una fantasía ya estenuada, ponerla al servicio de su inteligencia, y empezar ahora á escribir sus versos con el *cerebro*, despues de haber escrito tantos con el *oido*.

Triste le será decir adios á su primavera poética, volver la espalda á sus lirios, sus cisnes, sus palomas, su lago azul; pero no hay remedio, la eterna transformacion es la ley de la vida.

Las obras mas sublimes del genio artístico y literario se han llevado á cabo en la edad madura y en la vejez. El se halla todavia en la plenitud de su fuerza viril, y si es verdad que tiene, como ha dicho ambicion de gloria, aun pudiera alcanzar lauros de mas valia que las salvas efimeras con que fueron aclamadas las melodiosas notas de sus preludios.

Pero para ello, mucho ha de trabajar! En primer lugar tiene que sujetarse á un régimen *depurativo*, purgarse y desinfectarse del *efectismo* que lo inficiona, y someterse humildemente á las prescripciones del buen gusto y de la razon, que por antiguas y rutinarias que sean, parece que deben tener mucho bueno, puesto que desde Homero hasta la fecha todos los grandes poetas han podido ostentar su génio, á pesar de haberlas seguido. Tiene que cambiar el *artificio* por el *arte:* y ver modo de *crear* y de *componer*, en vez de recrear á los necios con las bonitas combinaciones que forman los vidrios de colores de su caleidoscopio poético.

Pero eso no será bastante; se necesita otro sacrificio. El poeta tendrá que mirar frente á frente este sencillo problema:—«¿Para quién canto?»—Y si no lo resuelve de un modo franco y neto, todo se habrá perdido; y voy á decirle por qué.

En las poesías de su *última manera*, puede notarse una extraña anomalía; la amalgama de dos cosas incompatibles. Hay completa discordancia entre el fondo y la forma. Uno es el carácter de los conceptos y las ideas; otro el de la expresion y el lenguaje. El fondo ideológico es sencillo, natural, primitivo, pero la fraseología es culta, artificial, refinada. La materia es para el pueblo, la forma para los lectores cultos.

Semejante ambigüedad es insostenible: hay que decidirse por uno ó por otros. Si por los aplausos populares, tiene que renunciar á las frases rebuscadas, á los giros oscuros y conceptuosos. Si por los lectores letrados, tiene que renovar todos los caudales de su tesoro intelectual.

¿Escribe para el pueblo? Ancho campo tendrá delante: las bellezas del mundo externo, las más simples emociones del alma, los goces y las tristezas domésticas; y grande seria la gloria del poeta si consiguiese conmover al cansado trabajador, consolar á las muchedumbres, alentarlas cuando combaten en las sombras, anunciándoles la luz del alba que clarea en el horizonte; alumbrar las inteligencias ofuscadas por la ignorancia ó por la injusticia. Pero hay que tener presente que las *tribus* no entienden las palabras desusadas, la gerga gongorina, la frase alambicada y artificiosa.—Hay que hablarles con llanura, prefiriendo siempre la expresion más sencilla y la más directa. Puede regalarlas, si quiere, con todas las imágenes que le ocurran, pero no han de estar delicadamente trazadas con lápiz rosado, sino de mucho relieve y vigorosamente talladas con el cincel. Tiene Martinez la melodía del verso; tiene sensibilidad, fé, ardiente amor á Dios, á la patria, á las tradiciones, y honda simpatía con las clases que trabajan y lloran; todo esto es indispensable para la poesía popular, pero todo inútil si falta la expresion adecuada, que no han podido alcanzar sino muy pocos talentos privilegiados: Burns el escocés, el cultísimo Tomás Moore en sus canciones y *melodías*, el inimitable Beranger, el inspirado campesino austriaco Stelzhammer, y los anónimos del Romancero español.

Pero, ó yo mucho me equivoco ó no es esa la gloria á que aspira el Sr. Martinez. Verdad es que lo animan instintos y simpatías democráticas; no dudo que la popularidad entre ciertas clases sea un fin que altamente aprecie, pero tampoco dudo que ambicione tambien los sufragios de la gente culta y los lectores refinados. Por mucho que lo halaguen los aplausos de la muchedumbre cuando «en la tribuna entona el himno del verso,» es probable que *in pectore* se repita muchas veces el *Paulo majora canamus* de Virgilio.

Si esto es así, si aspira á que la crítica consagre su reputacion, lo aplaudan los literatos y deleiten sus cantos á los lectores de gusto fino, lo que tiene que hacer no es poco, y requiere de su parte una fuerza hercúlea de voluntad. Cierto es que ya tiene toda la maestría necesaria en el arte de versificar; tiene tambien el talento de la expresion que en él es admirable; una diccion naturalmente fluida, copiosa y culta, y que con muy poca lima seria perfecta. Pero aquí se presenta ahora aquella anomalía que arriba indiqué. El poeta sabe hablar en *culto;* pero los cultos no podemos darnos por satisfechos con su manera de sentir y pensar. Sus conceptos y sus ideas, sus arrebatos patrióticos y religiosos, su sencillo y cándido amor á los lirios y las palomas, son materiales muy buenos para la poesía popular, pero no están á nuestra altura, y con ellos nunca obtendrá nuestra admiracion.

Para ello tendria que emprender nuevos estudios, renovar todo el caudal de sus ideas, subir á otra atmósfera, nutrir su espíritu con la poderosa sávia que solo encuentra en las fuentes de la ciencia y la filosofía.

Conjugar el verbo amar, derramar perlas sobre una tumba bajo el ramage del saúce, pintar la agreste flor y el ave salvaje; dar expresion á las más sencillas y universales emociones del alma, esto es lo que ha venido haciendo la poesía lírica desde sus primeros vagidos en las orillas del Ganges.—Pero hoy le pedimos *más;* y los que *más* no puedan darnos, es porque son simples copleros.

¿Cree el Sr. Martinez que hoy pudiéramos contentarnos con *La rosa* de Anacreonte ó *El Gorrioncillo*, de Catulo? Leemos esas composiciones con gusto, porque en ellas nos recrea la perfeccion de la forma, y porque mentalmente nos trasportamos á los tiempos del poeta y hasta nos identificamos con él en espíritu. Pero si al pié de ellas viéramos la firma de Víctor Hugo, juraríamos que el abuelo las habia escrito para uso particular de sus *nietecitos*.

El mundo con sus bellezas, las afecciones comunes á toda la humanidad serán siempre indudablemente la *materia prima* de la poesía; pero está ya agotado el repertorio de las simples admiraciones y las pinturas puramente objetivas y descriptivas. El poeta tiene que renovar en sus manos todo ese mundo de apariencias y de emociones, informarlo con su idea, asimilárselo y apropiárselo, y cual prodigioso alquimista hacer una obra de transmutacion que convierta hasta las piedras en oro.

El poeta lírico no puede hoy como el de los tiempos primitivos ceñirse á la contemplacion del mundo tal como este se presenta á los ojos en la infancia de los pueblos. La poesía debe reflejar el mundo; pero *aquel mundo* no es el de ahora. Para el mundo antiguo bastábale al vate un espejo comun, con tal que limpiamente reflejase los arreboles de la aurora y los rayos del lucero de Vénus. Nuestro mundo es otro: otros los ojos que lo contemplan con mirada más penetrante y desde una altura mayor, y por eso hoy el poeta tiene que echar á un lado el espejo inútil, y cambiarlo por el potente electroscopio, que le revele cuanto exista en las entrañas de los orbes, en el fondo de *lo invisible*, y en las profundidades de lo infinito.

Así lo han comprendido siempre los grandes poetas que en todos tiempos se han colocado, para emprender su vuelo, en las más altas cimas de la cultura de su tiempo. Asi lo han comprendido Schiller, Goethe y Heine en Alemania; Shelley, Coleridge, Byron, Tennyson y Swimburne en Inglaterra; Lamartine, Víctor Hugo y Musset en Francia. Todos ellos se han elevado al nivel de la ciencia contemporánea, y los sábios han tenido que aplaudir, porque en ellos han visto á sus iguales, y en sus poemas y sus cantos, la florescencia de toda la vida intelectual de su época.

Nó, la imaginacion, por sí sola, no puede hoy como en otros tiempos constituir todo el temperamento poético; podrá ser uno de los elementos pero no toda la sustancia y médula del poeta. En la antigüedad predominaba la fantasía, y ésta tomaba su impulso, no de dentro, sino de fuera; nó de la mente, sino de la naturaleza exterior, que se le presentaba ente-

ra, en conjunto, en la totalidad de sus apariencias; y por eso artistas y poetas pintaban los rasgos salientes, los grandes contornos; no perdian nunca el sentido de la armonía y las proporciones; siempre veian *el todo* antes de haberlo desmenuzado en partes; y respecto á los afectos y las pasiones del hombre, como nunca lo disecaban, bastábales retratar las manifestaciones más generales y externas de las emociones humanas, en la vida social ó en el individuo. Pero en nuestros dias el poeta traspasa las apariencias, descompone para analizar; y en vez de contemplar el mundo en el conjunto de sus partes, se vale del microscopio para ver un mundo en cada uno de sus átomos. De esta manera penetra más en la realidad, descubre nuevas relaciones y maravillas, y en ellas estímulos é impresiones suficientes para dar variedad y riqueza á ese *lirismo subjetivo* en que tanto han sobresalido los modernos.

Este género de poesía, que no es esencialmente imaginativo, sino analítico, es el único que puede armonizarse con la cultura de la época; y si el Sr. Martinez renunciando á los aplausos del vulgo, pretendiere ensayarse en el, ya sabe el rumbo que ha de tomar, siguiendo las huellas de Víctor Hugo, Tennyson y Longfellow. Robustezca su inteligencia aunque sea á expensas de la fantasía; nada perderá en ello, antes al contrario, se pondrá más acorde con los progresos que ha alcanzado el cerebro humano en el transcurso de innumerables generaciones, no solo por efecto de la multiplicacion de las luces, sino mediante el continuado ejercicio de las funciones intelectuales y consiguiente desarrollo de sus órganos fisiológicos, trasmitido por la herencia y aumentado de siglo en siglo. Nada perderá el poeta subordinando la imaginacion á la inteligencia, porque ya nos hemos cansado de la poesía de simples imágenes, y preferímos hoy la de las realidades y las ideas.

Oh! bella es sin duda todavía la naturaleza como cuando la cantaba Teócrito; pero tendríamos que retrogradar veintidos siglos para podernos recrear, como el pastorcillo siciliano, escuchando

«Cuan dulce suena, orillas de la fuente,
La suave flauta, el melodioso pino.»

(Theok. Eidul. A'.)

El martillo del geólogo ha violado el seno virginal de la tierra; el telescopio nos acerca á los astros del cielo; la *draga* exploradora surcando el abismo de los mares, arranca de allí la misteriosa *monera;* Darwin y Heckel desplegan á nuestra vista, no aquella mitológica cadena de oro que unia al cielo con el suelo, sino la inmensurable cadena que pone al hombre en comunion de fraternidad y de simpatía con todo ser viviente y con la madre tierra comun. Entre tantas temeridades y tales victorias ¿qué tenemos que ver ahora con imágenes manoseadas y sonoras vulgaridades?

Para que puedan interesarnos las melodías del verso y los esplendores de la metáfora, han de venir impregnadas con las ideas, los juicios, las emociones de un espíritu que haya sondeado las entrañas del mundo y los misterios del alma. Para que le demos oido, la Poesía no ha de venir agitando los cascabeles, vertiendo rosas y lirios; sino imitando á los serafines del Dante en el Paraiso:

Si fan dell' ale i serafini un velo.

Ha de venir grave y pensativa con las alas de la imaginacion plegadas, para reconcentrarse dentro de sí, y podernos revelar un nuevo mundo de profundas significaciones y de exquisitas idealidades.

¿Osará tanto la «*ambicion* gigante» del Sr. Martinez? Si á ello se atreve, sea enhorabuena! Pero despídase cuanto ántes de su lindo jardincillo tan lleno de flores y de rumores; rompa sin lástima

El arpa de oro que en mejores dias
Al manso ruido del laurel agreste
Mezcló sus melodías,

renueve sus estudios, y aún, si fuere posible, haga tambien por renovarse á si mismo.

RICARDO DEL MONTE.

Marzo 1877.

EL CONDE KOSTIA.

XV.

Hácia las diez, comenzó Gilberto los preparativos de su expedicion. No tenia que temer que lo sorprendieran: las noches eran suyas; era punto convenido entre él y el conde. Además acababa de oir rodar sobre sus goznes la gran puerta del corredor. Del lado del terrado, las espesas enramadas de los árboles lo resguardaban de las miradas de los perros de guardia, que, á haberse figurado algo, hubieran dado la alarma. Nada debia temer tampoco del lado del otero: no era frecuentado sino por la jóven cabrera que no acostumbraba pasear tan tarde sus cabras entre las rocas. Por otra parte, la noche serena, pero sin luna, era propicia; ninguna otra claridad que la luz discreta de las estrellas que debia servirle de guia, sin ser bastante viva para hacerle traicion ni para inquietarle; el aire estaba tranquilo; una brisa casi insensible movia por intervalos las hojas de los árboles sin agitar las ramas. Gracias á este concurso de circunstancias favorables, la empresa de Gilberto no era desesperada; pero no pensaba en disimularse sus peligros.

Acababa el reloj del castillo de dar las diez, cuando apagó la lámpara y abrió su ventana. Permaneció largo rato en ella de codos: sus miradas se familiarizaron al fin con las tinieblas, y á favor de la radiacion de las estrellas comenzó á reconocer sin esfuerzo la forma real de los objetos que le rodeaban. La ventana estaba dividida en dos vanos iguales por un crucero de piedra, y estaba precedida de una ancha tablilla de basalto rodeada por una balaustrada. Gilberto sujetó fuertemente una de sus escalas de cuerda del crucero y de una de las balaustras del lado izquierdo; despues trepó al borde de basalto donde se mantuvo en pié algunos instantes, con-

templando en silencio el precipicio. En el abismo sombrío y vaporoso en que se sumergia su mirada, distinguia una pared de rocas blancuzcas que parecian atraerle hácia sí y provocarle á un viaje aéreo: se guardó de abandonarse á esta atraccion fatal, y, debilitándose por grados el malestar que le causaba, adelantó la cabeza y pudo inclinarse impunemente hácia el abismo; orgulloso por haber domado al mónstruo, se entregó al placer de considerar por un momento una débil luz que aparecia á una distancia de sesenta pasos y á unos treinta piés por debajo de él. Esta luz salia del cuarto de Estéfano quien habia abierto su ventana y bajado sus cortinas blancas, de tal modo que su lámpara, colocada detrás de aquella pantalla transparente, pudiera servir de fanal á Gilberto sin alcanzar á ofuscarlo.

«¡Me esperan!» se dijo Gilberto.

Y al instante, saltando la balaustrada, bajó la temblorosa escala con paso firme y rápido, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida.

Ya está sobre el techo, donde se encontró más embarazado. Cubierto á medias por zinc, á medias por pizarras, aquel techo, que debia atravesar en toda su longitud, era tan rápido y tan resbaladizo que no era posible tenerse en pié. Gilberto se sentó y permaneció por un momento inmóvil para poder reponerse y fijar bien su itinerario. A algunos pasos de allí se elevaba una enorme bohardilla ds madera cubierta en triángulo, que se adelantaba hasta dos piés de la canal. Gilberto resolvió encaminarse por aquel estrecho desfiladero, y de teja en teja se encaminó en direccion de la bohardilla. Es fácil creer que no adelantaba sino lentamente, tanto más cuanto que su brazo izquierdo, adolorido aún, exigia cuidado; pero á fuerza de paciencia é industria traspasó la bohardilla y acabó por llegar sano y salvo á la extremidad del techo, cabalmente frente á la ventana de Estéfano.

«¡Loado sea Dios, ya está hecho lo más difícil!» se dijo suspirando de contento.

Estaba léjos de ser así. No le restaba, es verdad, sino bajar al techo pequeño, atravesarlo y subir á la ventana, situada á una altura que le permitia apoyarse; pero, ántes de bajar, era indispensable encontrar algun sosten, piedra, hierro ó madera, donde fijar su segunda escala de cuerda, que habia traido arrollada al rededor del cuello, de los hombros y de la cintura: desgraciadamente no descubrió nada. Al fin, inclinándose, apercibió en el ángulo externo de la pared un gran modillon de hierro que servia para sostener el alero; pero con gran pesar suyo notó al mismo tiempo que el techo grande sobresalia tres piés al pequeño, y que, aún cuando consiguiera atar la escala al modillon, los últimos escalones penderian y flotarian en el vacío. Esta reflexion le causó escalofrio, y, apartando los ojos del precipicio, los dirigió hácia la techumbre, donde creyó percibir una pieza de hierro saliente. No se engañaba: era una especie de óvalo con floron que formaba el adorno de la arista. No sin grandes esfuerzos pudo

izarse hasta allí y cuando se encontró sentado á horcajadas en la viga maestra, se detuvo algunos minutos para respirar y para estudiar el extraño espectáculo que se ofrecia á sus ojos. Sus miradas abrazaban una inmensa extension de techos abruptos é irregulares; todo se volvia torrecillas en tejadillo cubiertos de techados en forma de apagador, piñones puntiagudos, esconces, escuadras, ángulos entrantes ó salientes, esquilones cortados de parte á parte, profundas hondonadas, donde se acumulaba la sombra, chimeneas que hacian muecas, pesadas veletas que desgarraban la vía láctea con sus ejes de hierro y sus flechas de plumas; por sobre el campanario de la capilla, una gran cruz de piedra que parecia estirar los brazos, aquí y allí, blancura del zinc sobresaliendo sobre el negro azulado de la pizarra; á trechos un vago espejismo y algunos claros de una luz pálida envueltos en opacas tinieblas, y luego tres ó cuatro extremidades de árboles grandes que sobresalian de las canales y se esforzaban por sorprender los secretos de las bohardillas. A la luz centelleante de las estrellas, los menores accidentes de arquitectura afectaban contornos extraños, figuras fantásticas, y se perfilaban en el horizonte como sombras chinescas: por do quier un aire de misterio, de curiosidad, de sorpresa despavorida. Todas aquellas sombras se inclinaban hácia Gilberto, le observaban, le interrogaban con la mirada. Unas decian:

«¿Quién es este personaje?» seguramente no es de los nuestros. ¿Qué viene á hacer aquí? No puede ser sino algun ladron atrevido que va á abrir una reja y forzar algun escritorio.

—¡Bah! decian los otros, ¿no veis que es un enamorado afortunado? Su querida le aguarda, y si no se rompe ahorita el bautismo, sonará para él la hora feliz.

—Nada de eso, les respondia Gilberto, no soy sino un pobre devorador de infolios, al cual se le ha ocurrido de golpe correr por los techos para ir á resucitar á un niño que se muere de fastidio y de pesar. Por lo demás, creedme bajo palabra, mi aventura me extraña más que á vosotros.

Despues de aquel mudo coloquio, volvió sus miradas hácia el precipicio, se complació en contemplar las aguas blancas del Rhin, que entreveia vagamente desplegando en la llanura sus ondulosos anillos, como una enorme serpiente de lucientes escamas, y prestó un momento oido á su ruidoso y melancólico murmullo que parecia reprochar su silencio á los perros de guardia, á las lechuzas, á los vientos y á las veletas adormecidas.

Cuando recobró aliento, se aproximó Gilberto á aquella moldura de relieve saliente de donde se proponia suspender su escala; su decepcion fué grande: reconoció que el óvalo de hierro, maltratado con anterioridad por el ábrego, no se sostenía ya sino de un mal clavo, y que cedería infaliblemente al menor esfuerzo.

«¡Decididamente, se dijo, es necesario aceptar el medallon de hierro!»

Y áun cuando le dolió, tomando resueltamente un partido, impacientado por otra parte con tantos pasos perdidos y un tiempo tan precioso consumido en vanos esfuerzos, bajó de nuevo el techo mucho más lijeramente de lo que lo habia subido. Al llegar abajo, conjurando por el poder de su voluntad un nuevo acceso de vértigo de que se sentia amenazado, se acostó boca abajo paralelamente á la canal, y adelantando la cabeza y los brazos fuera del techo, consiguió, no sin mucho trabajo, atar sólidamente su cuerda del modillon de hierro. Hecho esto lanzó su escala en el vacío, y sin entretenerse en verla flotar, giró suavemente sobre sí mismo, volviendo gradualmente la cabeza del lado de la bohardilla y los piés del lado de la escala; terminada la media vuelta, se dejó escurrir fuera del techo hasta los sobacos, quedando así suspenso de los codos. ¡Momento crítico! ¡que llegara á romperse una tablilla, un clavo! No se detuvo á hacer tan siniestra reflexion; estaba enteramente ocupado en atraer hácia sí con los piés la cuerda que se le escapaba y cuando al fin consiguió colocarlos en uno de los escalones superiores, separando su brazo izquierdo del techo, asió fuertemente el modillon, y desprendiendo prontamente á su vez su mano derecha, vino á agarrarse á uno de los montantes de la escala.

«Lo que acabo de hacer, pensó, no está muy mal para un principiante.»

Y se puso á bajar cuidando de medir sus movimientos con una atencion escrupulosa; pero en el momento en que sus piés se encontraban al nivel de la extremidad del techo pequeño, habiendo cometido la imprudencia de inclinarse para mirar el vacío por debajo de él, le sobrecogió un vahido mil veces peor que los que le habian acometido anteriormente. El valle entero comenzó á agitarse al rededor suyo como atormentado por un formidable balance que alternativamente le elevaba hasta el cielo ó le abismaba en las entrañas de la tierra. Y bien pronto acelerándose el movimiento, árboles y piedras, llanuras y montañas, todo se confundió en un negro torbellino que se agitaba con furia creciente y de donde salian relámpagos y globos de fuego. De golpe le pareció que el aire le faltaba; cerró los ojos, un grito ahogado salió de su pecho anhelante..... Todo habia concluido; el torbellino habia pasado por sobre él y acababa de arrebatarle en el espacio. Perdió el conocimiento durante algunos segundos: ¡cuál no fué su sorpresa al encontrarse en la escala cuando abrió de nuevo los ojos! Se habia apegado á ella con tal fuerza que sus uñas penetraron profundamente en la cuerda, y habia asido con sus dientes uno de los escalones superiores, donde se habian incrustado tan bien que trabajo le costó separarlos. Bajó sus miradas al valle; habia vuelto á quedar inmóvil; las levantó hácia el firmamento: las estrellas le contemplaban con ojos favorables. Pasó la lengua por sus labios calenturientos, respirando con toda la fuerza de sus pulmones el aire de la noche, que le pareció embalsama-

do. Lágrimas de alegría se escaparon de sus párpados, y en un transporte cándido se puso á besar con ternura el escalon que poco antes devoraban sus dientes. Vuelto en sí, para disipar la emocion que le causaba el recuerdo de su terrible pesadilla, recurrió al viejo Homero, y recitó de golpe el pasaje de la *Iliada* en que el divino *æda* describe la alegria de un pastor que contempla los astros de lo alto de una roca... En su vida volverá Giiberto á leer esos versos sin recordar el dulce y terrible momento en que los recitó suspendido en los aires, percibiendo por encima de su cabeza la sonrisa infinita de los campos estrellados y bajo sus piés el horror de un precipicio..... En cuanto se sintió más tranquilo, se preparó á bajar el techo pequeño, menos rápido que el otro y cubierto de tejas huecas que dejaban profundas ranuras entre sí; para aumento de dicha, la canal tenia por encima á trechos molduras de hierro fijas en el muro y enrrolladas en forma de volutas. Gilberto imprimió un movimiento oscilatorio á la escala, y en cuanto el balance fué bastante fuerte para que aquel mecedor improvisado llegara á rozar la canal, midiendo el tiempo, separó el pié derecho y lo plantó firmemente en la extremidad de una de las ranuras; luego soltando de la escala su mano derecha, la dirigió vivamente á una de las volutas. Un instante despues, abandonada á sí misma la escala habia vuelto á su lugar. Dieron las doce de la noche. Gilberto se quedó estupefacto al descubrir que habia empleado dos horas en su aventurero viaje. Subir el techo hasta la mitad de su altura, atravesarlo, saltar la ventana, fué cuestion de un momento, despues de lo cual apartando con su mano las cortinas:

«¿Me esperan?» exclamó con voz dulce y se lanzó de un salto en el cuarto.

De rodillas, con la cabeza enterrada en sus manos, estaba Estéfano acurrucado al pié de las santas imágenes. Al oir y al percibir á Gilberto se estremeció, se levantó bruscamente y permaneció inmóvil, con las manos cruzadas por sobre su cabeza, el cuello hundido, los labios temblorosos y entreabiertos por una sonrisa, con rayos y lágrimas en los ojos. ¿Cómo pintar la extrañeza de su fisonomía? mil sentimientos diversos se descubrian en ella: la sorpresa, el reconocimiento, la vergüenza, la inquietud, una larga espera al fin satisfecha, un resto de soberbia que sentia segura su derrota, una incredulidad tenaz obligada á rendirse, el desórden de una imaginacion loca, las delicias de la esperanza y la amargura de los recuerdos, todo esto aparecia en su rostro y formaba en él una mezcla tan confusa que al verle así riendo y llorando á la vez, parecia que era su alegria quien lloraba y su tristeza quien sonreia. Disipado el primer momento de turbacion, lo que dominó en su rostro fué la gravedad, la emocion y como una dulzura soñadora é inquieta. Se alejó de Gilberto retrocediendo y se dejó caer en una silla al extremo del cuarto.

—¿Estoy de más? ¿debo marcharme? preguntó Gilberto, permaneciendo de pié.

Estéfano nada contestó.

—¡Decididamente mi cara no os hace gracia! repuso Gilberto volviéndose á medias hácia la ventana.

Estéfano frunció el entrecejo.

—¡Por favor, no os burleis! dijo con voz sorda. Lo que pasa entre nosotros es muy sério.

—La seriedad que prefiero, dijo Gilberto, es la de la alegria.

Estéfano estrujó con viveza sus cabellos entre sus manos delgadas y finas:

—¿La alegría? dijo, vendrá quizás á su hora. Con tanto hablarme de ella ¿quién sabe?..... Por ahora creo soñar: me asombra el desórden de mis pensamientos. No me pregunteis, no podria contestaros. Y luego me apesara, me irrita el sonido de mi voz; es una discordancia en la música que creo oir. Permitid, pues, que me calle y que os mire.

Y aproximándose á una mesa larga que se encontraba en medio del cuarto, hizo seña á Gilberto de que se sentara en uno de los extremos y él se sentó en el otro.

Despues de un largo silencio, se puso á pensar en voz alta, como si se hubiera reconciliado con el sonido de su voz:

—Ese aire atrevido, resuelto, ¡tanta fiereza en la mirada! ¡tanta bondad en la sonrisa!..... Es otro hombre. ¡Ah! ¡en qué error he caido! no he sabido ver, adivinar nada. Despreciaba, odiaba al que Dios me enviaba para salvarme de la desesperacion..... ¡Ah! hé ahí lo que ocultaba ese aire simple, igual, ese rostro sereno cuya calma me irritaba, esa sabiduría que creia pedantesca, esa facilidad de humor que tomaba por bajeza de perro adulon..... ¿Cómo? ¿Es este realmente el mismo hombre?

Se calló por un momento, luego con voz más entera:

—¿Cómo os habeis hecho para llegar hasta aquí? ¡Ah! ¡Dios mio! ¡es tan rápido ese gran techo! Solo el pensarlo me estremece y se me va la cabeza. En tanto que os esperaba he rogado á los santos por vos, ¿habeis sentido que os socorrieran? desearia saber á que atenerme; ¡me han faltado tantas veces á su palabra!.....

Nuevo silencio, durante el cual miraba Estéfano á Gilberto con una fijeza que estuvo á pique de embarazarle.

—¡Habeis expuesto vuestros dias por mí! repuso al fin el jóven; ¿pero estais seguro de que yo valga la pena? Veamos, sed franco. ¿Os ha hablado alguien de mí? ó bien, ¿á fuerza de interrogar mi carácter habeis hecho en él algun descubrimiento interesante? Responded y guardaos de mentir; mis ojos están fijos en vos, sabrán adivinar si sois sincero.

—Realmente me asombrais, respondió tranquilamente Gilberto, ¿qué puedo tener que ocultaros? Todo mi saber se reduce á dos cosas: sé, en primer lugar, que perteneceis á la raza, á la cofradía de las almas nobles; sé ademas que sois muy desgraciado..... ¡Ah! dispensad, sé algo más. Sé.

á no dudarlo, que he concebido por vos una viva y tierna amistad, y que yo tambien seria muy desgraciado, si no pudiera esperar que correspondiérais á ella.

—¿Vos amistad por mí? ¿Cómo es posible eso?

—¡Oh! ¿os extraña la pregunta? ¿quién ha podido contestar jamás á estas preguntas? es el misterio de los misterios. Os amo porque os amo; no tengo otra explicacion. Seguramente nunca me habeis acogido de un modo halagüeño, aún creo haber tenido quejas de vos: ¡pues bien! á pesar de vuestros desprecios, de vuestra altanería, de vuestras injusticias, no dejaba de amaros. Preguntad el secreto de esta rareza al que ha creado al hombre y puesto en el fondo de sus entrañas ese misterioso poder que se llama simpatía.

—¿Por qué, dijo Estéfano, no era recíproca esa simpatía? Yo, desde el primer dia que os ví, os tomé odio. No sé con qué ojos os miraba, pero habia creido reconocer en vos á un enemigo. ¡Ay! es que desde hacia mucho tiempo la sospecha y la desconfianza habian invadido mi corazon. Y, ved, en este mismo momento, desconfio todavía, temo ser juguete de algun prestigio, de alguna ilusion; creo y no creo, y me siento tentado de exclamar con un personaje de los Santos Evangelios: «Amo mio, hermano mio, amigo mio, creo en vosotros; venid á ayudarme en mi incredulidad.»

—Vuestra incredulidad se curará por sí misma, y estad seguro de que vendrá un dia en que direis con confianza. Hay en este mundo un alma hermana de la mia en la cual puedo desahogar sin temor todos mis cuidados, todos mis pensamientos, todos mis pesares y todas mis esperanzas. Hay un sér que se ocupa sin cesar de mí, cuya gran preocupacion, cuyo interés supremo es mi dicha, un sér á quien pueda decirlo todo, confesarlo todo, un sér que me ama porque me conoce y que me conoce porque me ama, un sér que vive conmigo, que vive en mí y que podrá, si fuera necesario, sacrificarlo todo, hasta su vida, en el santo altar de la amistad! Y no exclamaríais entonces en la alegría de vuestro corazon. ¡Loado sea Dios! ¡poseo un amigo! ¡Bendito sea Dios! he sabido lo que es amar y ser amado.»

Estéfano se echó á llorar.

«¡Ser amado! decia, es una gran palabra y apénas me atrevo á pronunciarla. ¡Ser amado! nunca lo he sido. Creo que mi madre me amaba, ¿qué digo? estoy seguro de ello; ¡pero hace tanto tiempo de ello! Mi madre, es una leyenda para mí. Me parece que cuando la conocí no habia nacido. Recuerdo que á menudo me subia en sus rodillas y me cubria á besos. Tales delicias no son de este mundo; he debido saborearlas en alguna estrella lejana donde los corazones son ménos duros que aquí abajo, y que he habitado algun tiempo, mansion de paz y de inocencia..... Pero un dia me dejó caer mi madre de sus brazos y fuí precipitado á esta tierra donde me aguardaba el odio y me recibió en su seno..... ¡Oh! el odio, ¡lo conoz-

co! Esta segunda madre me ha mecido en sus brazos, me ha alimentad con su leche, me ha prodigado sus preciosas lecciones, ha velado sobre m dia y noche. ¡Oh! maravillosa providencia es el odio; lo ve todo, piensa e todo, lo prevee todo, está presente en todas partes, siempre sobre avis desconoce la fatiga, el tedio, el sueño..... ¡El odio! es el señor de est castillo, lo gobierna; llenos de él están estos corredores, no doy un pas sin encontrarlo; aquí mismo, en este cuarto solitario, veo flotar su imáge en cielo raso, en las tapicerías, al rededor de las cortinas del lecho, y menudo de noche durante el sueño, viene á sentarse en mi pecho, y pu bla mis ensueños de terrores y espectros! Ser odiado sin saber por qu ¡qué suplicio! Y pensar que en mi primer infancia ese padre que me od ha sido un padre para mí! Rara vez me acariciaba, le temía, era sever imperioso; pero, en fin, era un padre, y á veces se tomaba el trabajo decírnoslo. A menudo á nuestra vista su gravedad desaparecia; recuer que me ha sonreido á veces..... Pero un dia, dia maldito, tenia yo ento ces diez años; hacía un mes que habia muerto mi madre..... siempre cerrado en su cuarto, transcurrió una semana sin verlo. Dije á mi a ¡quiero ver á mi padre! fuí á tocar á su puerta, entré, corrí hácia él.. Me rechazó con tal violencia que caí por tierra y me herí la cabeza con la pata de una silla. Me levanté todo ensangrentado; me miró con desp cio, se echó á reir y se salió del cuarto. Mi espíritu se trastornó, todas m ideas se desconcertaron; creí que el sol iba á apagarse y á acabar el mu do. ¡Un padre que se rie al ver correr la sangre de su hijo! ¡Y qué risa!. A menudo me la ha dejado oir despues, y ¡aún no he podido acostumbra me á ella! La fiebre se apoderó de mí, comencé á delirar; me llevaron á l cama, y gritaba á los que me cuidaban: ¡Tengo frio! ¡tengo frio! abriga me..... Y en aquel cuerpo de hielo sentía un corazon que abrasaba, q se consumía: hubiera jurado que un hierro candente habia pasado por é

Estéfano secó sus lágrimas con un bucle de sus cabellos, luego de c dos en la mesa, repuso con voz débil:

—No queria que os hiciérais ilusiones. Me profesais amistad y me pedís en cambio; escuchad: la amistad vive de correspondencia; si no t viera nada que daros, pronto os cansaríais de amarme. Así, escuchadm Ayer, por primera vez en mi vida, he entrado en mi interior, peregri capricho que solo vos habeis podido inspirarme; por primera vez me l examinado seriamente, he examinado atentamente mi corazon, lo he o servado como un médico observa al enfermo, he sumergido mis mirad hasta el fondo, y he reconocido no sé qué de árido y marchito que me l causado miedo. Hace mucho tiempo que sufria mi pobre corazon, pe desde hace un año se ha verificado en mí una crísis terrible que lo l matado. Y ya ahora no queda en este pecho sino un puñado de ceniz frias, buenas á lo sumo para echarlas por las ventanas y dispersarlas viento.

—¡Cómo! ¡sois ortodojo, le dijo Gilberto con tono de autoridad, creeis en los santos, bien que bajo beneficio de inventario, y sin embargo ignorais todavía que la muerte no es sino una palabra, ó por mejor decir, que es un intervalo, un alto en la vida, un tiempo de descanso al cual suceden nuevas mieses! Ignorais ú olvidais que no hay cenizas por frias que sean, que soplando sobre ellas el viento del espíritu, no se las vé estremecer. levantarse y marchar! ¡Y dejais á mi cuidado enseñaros que vuestra alma es capaz de rejuvenecimientos inesperados, que solo con desearlo y quererlo, sentireis despertarse en vuestro seno potencias desconocidas y que, sin salir de vuestra naturaleza, transformándoos de dia en dia, sereis una eterna novedad para vos mismo.

—Estéfano le miró sonriendo:

—¡De modo que habeis atravesado los techos para predicarme la conversion como el padre Alejo!

—La conversion, no sé; no me encargo de hacer milagros; pero la metamorfosis.....

—¡Oh! sí, ¡la metamorfosis de las plantas! exclamó Estéfano con tono de ironia cariñosa; quizás hasta habeis traido el libro.....

—¡Pues se trata ahora de libros!..... Un dia compré en casa de un mercader de granos una pobre cebolla de triste apariencia, un bulto amarillento formado de escamas en cuña que dejaba sentir bajo mis dedos un ruido de hojas secas. Al llegar á casa, tomé aquellas plantas en mis manos, y le dije: «Serás un lirio,» y me contestó: «¡Qué locura! Todo en mí está marchito, desecado; mírame bien, verás que estoy muerta.—¡Déjame hacer! exclamé; imploraré el socorro de las potencias elementales. Diré al cielo: dale de beber. Diré á la tierra: aliméntale con tus jugos. Diré al sol: caliéntale con tus rayos. Y así esta planta que se cree muerta resucitará, traspasará la piedra de su tumba, vivirá, crecerá y las glorias de sus florescencias deslumbrarán mis ojos.....» Y decia verdad; aquella triste raiz, oculta por mí en el seno de la tierra, se sintió trabajada como por el dolor de no ser, como de un confuso deseo de existir; y aquel deseo, aquel dolor llegaron á hacer un alma, y aquella alma tomó vida, y esta vida entró en el cielo divino de sus metamorfosis. Inmutable y diversa á la vez, recogiéndose en sí misma ó dilatándose á impulso de los latidos de una fiebre misteriosa, apareció á la luz bajo la forma de largas hojas temblladoras, luego lanzó hácia el cielo un tallo débil y delicado, y aquel tallo, desplegándose en la cima y coronándose con una diadema de plata mostró á las miradas una flor deslumbradora cuyos perfumes aspiraban los vientos con delicia..... Escuchadme, pues, ¡oh bello lirio cándido! ¡creed en los jugos nutritivos de la tierra, creed en los rocíos del cielo que refrescan, creed sobre todo en los resplandores del sol, y ved si no!..... En este pecho, en este corazon que os ama, os traigo un rayo de ese sol todo poderoso. ¡Ah! bebed en él á grandes tragos la luz y el calor, y vos tambien.

un dia, florecereis, os lo juro, bajo las miradas de la eterna bondad.

Estéfano se echó á llorar de nuevo.

—No se si decís verdad, murmuró; pero vuestro tono, vuestra voz, vuestras miradas..... ¡sobre todo, vuestras miradas!.....

Luego, conteniendo sus lágrimas:

—Me hablais mucho de mi alma; pero mi vida, mi destino, ¿encontrareis tambien el secreto de metamorfosearlos?

—Este secreto lo buscaremos juntos; ya tengo datos acerca de él; solamente no nos apresuremos. Antes de emprender este gran trabajo, es necesario que vuestro corazon haya recobrado sus fuerzas y su salud.

—¡Qué ingrato soy! exclamó Estéfano. ¡Mi destino! pero desde hoy ha cambiado, sí; desde este instante ya no estoy solo en el mundo. Vacío horroroso en que me devoraba, desesperacion que con vuestras sombrías alas creábais la noche al rededor del niño abandonado; todo ha concluido, estoy libre de vosotros; el instrumento del suplicio se ha roto. ¡De hoy en adelante creo, espero, respiro!..... Pero pensadlo, amigo mio, para mí vivir será veros, oiros, hablaros; ¿podreis venir aquí á menudo?

—Tan á menudo como me lo permita la prudencia, dos ó tres veces por semana. Escogeremos bien nuestros dias; consultaremos al cielo; los vientos, las estrellas. Los demas dias, en las horas propicias, asomándonos ambos á la ventana, nos pondremos en comunicacion por medio de signos en que convengamos, porque me parece que teneis, como yo, muy buena vista..... Y ved, conozco el lenguaje de los sordo-mudos, os lo enseñaré, y si alguna vez me trasmitiérais por vuestros dedos un mensaje concebido así: «¡Estoy triste, estoy enfermo, venid esta noche á toda costa!»..... ¡pues bien! digan lo que quieran las estrellas y los vientos.....

—¡Ah! ¡gran Dios! interrumpió Estéfano, ¡exponer locamente vuestros dias!..... ¡antes moriria! Maldicion sobre mí si alguna vez por un capricho..... ¡Ah! ¡desechad tal idea! ¡Pero, os lo ruego, ¿cuánto tiempo durará esa dicha que me prometeis? Algun dia, ¡ay! recobrando vuestra libertad.....

—Quizás tengo que pasar aquí dos, tres años; áun hasta de mí dependerá permanecer más tiempo. Como quiera que sea, estad seguro de que ántes que salga de esta casa, habrá cambiado vuestro destino: os he dicho que creais en el sol; ¡creed tambien en lo imprevisto!

—¡Lo imprevisto! exclamó Estéfano, ¡creo en él desde que le he visto entrar aquí por la ventana!»

Y de golpe, llevándose la mano al corazon, cerró los ojos, palideció y arrojó un doloroso gemido. Gilberto se lanzó hácia él; y rechazándole con dulzura.

«Nada temais; ha venido la alegría, la siento aquí, me abrasa.... dejadme saborear un sufrimiento tan dulce y tan nuevo para mí.»

Permaneció algunos minutos con los ojos cerrados; luego abriéndolos de nuevo y sacudiendo su encantadora cabellera de bucles.

«Sentaos ahí, dijo con tono jovial, y enseñadme bien pronto el lenguaje de los sordos-mudos.

—¡Imposible! contestó Gilberto; ha llegado la hora de la partida.»

Estéfano se incomodó; golpeó con el pié.

«Enseñadme al ménos las dos primeras letras; sino sé la *a* y la *b*, no podré cerrar los ojos en toda la noche.....»

Gilberto tuvo que conformarse con tan impetuoso capricho y terminada su demostracion:

«¡Dos letras más! dijo Estéfano, y os dejo libre; pero de todos modos quiero saber dos letras más.»

Gilberto le tomó por el brazo, le condujo á la ventana; apartando la cortina, le mostró con el dedo las estrellas que ya palidecian y una vaga blancura que aparecia en el horizonte. Entónces, cambiando de nota de repente, pero siempre arrebatado por su ardiente naturaleza, que imprimia á todos los movimientos de su alma el carácter de la pasion, entró Estéfano en una violenta agitacion, á la idea de los peligros que su amigo iba á desafiar.

«Quiero acompañaros, le decia, quiero saber qué peligros correis al venir aquí. Para bajar del techo grande al pequeño, habeis debido serviros de una escala; quiero verla, quiero asegurarme de que es sólida.

—Nada temais, he atendido á ello.

—¡Cuando os digo que quiero verla! no creeré sino á mis ojos y á mis manos. ¿Dónde está esa escala? es indispensable que yo la vea.

—Y yo, os prohibo que salteis la ventana; creedme bajo palabra, mi escala es enteramente nueva y muy sólida.

—¡Ah! ¡Dios mio! exclamó Estéfano, herido por una súbita iluminacion. Apostaria que la habeis atado de aquel gran garfio de hierro que alarga su horroroso pico allá en lo alto, en el ángulo de la pared. ¡Y hace poco que estabais suspendido en el vacío sobre esa mala cuerda flotante! ¡Triple necio yo que no habia caido!.....»

Y con gran asombro de Gilberto, añadió:

«¡No me amais aún lo bastante para tener derecho á correr tales aventuras!

—¡Por favor, calmaos! le dijo Gilberto. Mostrabais hace poco una dulzura, una moderacion que me encantaban. Tened cuidado; podria despertarse Ivan y subir.

—Estas paredes son sordas, estas lozas son espesas; entre este cuarto y la escalera, hay una alcoba, un vestíbulo y dos grandes puertas cerradas, y entre el descanso de la escalera y la jaula de mi carcelero hay un largo corredor, además, es capaz de todo, salvo á venir á rondar de noche al rededor de mi cuarto; ¿qué me importa? ¡qué venga á sorprendernos el odioso Ivan! ¡Me resigno á todo ántes que veros poner los piés de nuevo en esa horrible escala! ¡Y á vuestra vez creedme bajo palabra, si infringis

mi prohibicion, ahora mismo, á vuestra vista, me precipito de cabeza en el abismo!

—Vuestra sinrazon es estrema, repuso Gilberto con tono severo; debo salir de aquí á toda costa. Puesto que os desagrada mi escala, en vez de decir tantas locuras, procurad más bien descubrir.....»

Estéfano se golpeó la frente.

«Hé aquí mi descubrimiento, interrumpió; frente á esta ventana, del otro lado del techo, hay otra que si conseguis abrir os daria seguramente entrada á unos graneros abandonados. No sé hasta donde os conducirán, porque Ivan me ha dicho que, queriendo depositar en ellos muebles antiguos que ya no servian, no habia podido encontrar otra vez la entrada; pero descubrireis sin duda algun ventanillo por donde saldreis al techo grande á mitad del camino de vuestra torrecilla, y os habreis ahorrado muchos trabajos y peligros. ¡Oh! si así fuera, amigo mio, ¡cómo me envaneceria mi descubrimiento!

—¡Así es como me gustais! le dijo Gilberto; en vez de encabritaros como un caballo duro de boca, permaneceis tranquilo y raciocinais.

—Así, para recompensarme, me vais á permitir acompañaros.

—¡Dios me guarde! Y si pretendiérais hacerlo sin mi permiso os juro que jamás volveria aquí.

Y como Estéfano gruñia y se desesperaba, Gilberto tomó su cabeza entre ambas manos, y, atrayéndole sobre su pecho, depositó un beso paternal justamente en la raiz del cabello. Aquel beso produjo un efecto extraordinario que le asombró; Estéfano se estremeció de piés á cabeza y dejó escapar un grito.

—¡Qué torpe soy! le dijo Gilberto con tono inquieto; ¿os habria dañado sin querer?

—Nó, balbució, no temais; era el punto en que me besaba mi madre... ¡qué los santos sean con vos!..... os amo; ¡adios!.....

Y hablando así cubria con sus dos manos su rostro encendido.

¡Ah! ¡si Gilberto hubiera comprendido!..... pero no adivinó nada; bajó al techo, lo atravesó y descubrió á tientas una ventana cuyos cristales estaban rotos; no le costó trabajo abrir. En cuanto se introdujo en los graneros, encendió la vela que habia tenido la precaucion de llevar en el bolsillo. La pieza en que acababa de penetrar era un mal desvan, de tres ó cuatro piés de ancho. Frente á él vió cuatro ó cinco escalones, los subió é hizo rodar sobre sus goznes una puerta vieja, sin cerradura. Le dió entrada á un vasto corredor que, en la otra extremidad no tenia salida aparente; estaba poblado de arañas y de ratas y lleno de muebles viejos abandonados. Gilberto reconoció alzando la vista, que se encontraba en la bohardilla que recibia la luz por el ventanillo grande. El cerrojo que retenia el marco estaba colocado tan alto que no pudo alcanzarlo con la mano. Una mesa vieja y coja yacia en un rincon, enterrada bajo una

triple capa de polvo y habiéndola aproximado al ventanillo, Gilberto

..... En egala les appuis chancelans
Du débris d'un vieux vase, autre injure des ans.

Quitado el cerrojo, pudo ya llegar al techo, y apoyándose en uno de los pilares salientes del fróntis, atrajo á su lugar la contra-ventana que sujetó lo mejor que pudo; despues se encaminó de nuevo en direccion del techo pequeño, porque antes de volver á su albergue era indispensable descolgar y quitar la escala, testigo irrecusable que hubiera depuesto contra él. En tanto que extendido boca abajo estaba entregado por completo á tan delicada operacion, Estéfano de pié en su ventana y temblando como la hoja, desgarraba su pañuelo con los dientes. Quitada la escala le gritó Gilberto:

—Vuestros graneros son admirables; venir á veros será para mí en adelante una diversion.

Cuando se encontró de nuevo en su balcon comenzaba á asomar el alba, y una lechuza que volvia de cazar musgaños, pasó por delante de él en busca de su nido. Gilberto saludó con la mano á aquel nocturno aventurero de quien se sentia compañero, y saltando ligeramente en su cuarto se durmió cinco minutos despues con un sueño profundo.

En el mismo instante, dirigiendo Estéfano la vista hácia las santas imágenes que tan terribles golpes habian recibido de sus manos, exclamó con gesto apasionado:

«¡Oh San Jorge! ¡Oh San Sergio! ¿me ayudareis á guardar mi secreto?»

VICTOR CHERBULIEZ.

(*Continuará.*)

MISCELANEA.

LIQUEFACCION DEL OXIGENO.

Este importante descubrimiento hecho casi simultáneamente por M. L. Cailletet y M. Raoul Pictet y que llama hoy la atencion de los hombres cultos, fué como era natural tomado en consideracion por la Academia de ciencias de Paris.

En sesion de 24 de Diciembre de 1877, M. Dumas antes de darlo á conocer leyó un pasage de las Obras de Lavoisier, donde el creador de la química moderna preveia los hechos que habian de ser mas tarde realizados por Faraday y sus sucesores.

Si se encierra, dice M. Cailletet, oxígeno ú óxido de carbono puro en un tubo, de la forma que he descrito, y colocado en el aparato de compresion que ha funcionado ante la Academia; si se eleva este gas á la temperatura de 29 grados, por medio del ácido sulfuroso, y á la presion de 300 atmósferas próximamente, ambos gases conservan su estado gaseoso. Pero si se les detiene súbitamente, de modo que produzcan, segun la fórmula de Poisson, una temperatura de 200 grados por lo ménos mas abajo del punto de partida, se ve inmediatamente aparecer una niebla intensa, producida por la liquefaccion y quizás por la solidificacion del oxígeno ó del óxido de carbono. Esta niebla se produce por el oxígeno aún en la temperatura ordinaria, puesto que se le deja tiempo para perder el calor que adquiere por el mero hecho de la compresion.

Tambien M. Raoul Pictet ha obtenido, aunque algunos dias despues

de M. Cailletet y por distinto procedimiento, la liquefaccion del oxígeno. M. Pictet ha visto algo más que una niebla; ha visto correr el oxígeno hecho líquido. Su comunicacion va acompañada de una figura que representa el aparato de que se ha servido.

M. Dumas despues de haber analizado las dos comunicaciones precedentes, dió lectura en la Academia á una carta dirigida el 2 de Diciembre á M. H. Sainte-Claire Deville por M. Cailletet, en la que éste le anuncia que acababa de liquidar el óxido de carbono y el oxígeno.

Reconocida la importancia del descubrimiento por MM. *Jamin*, *Dumas*, *Regnault y Berthelot*, todos convinieron en que la prioridad del mismo correspondia á M. Cailletet, lo cual no aminoraba el valor de los experimentos de M. Pictet.

UN LIBRO DEL DR. SCHLIEMANN.

El libro en que el Dr. Schliemann relata los descubrimientos que ha hecho en Mycenas ha sido de antemano traducido al francés y al aleman (el Dr. Schliemann es ciudadano americano y su obra está escrita en inglés); aparecerá simultáneamente en los Estados Unidos, Inglaterra, Leipzig y Paris, precedida de un prólogo de Mr. Gladstone.

JOHAN ERIK RYDQVIST.

La Suecia acaba de perder una de sus ilustraciones. Johan-Erik Rydqvist, director de la Biblioteca nacional de Stockholmo y el primer filólogo escandinavo de nuestra época, ha muerto el 17 de Diciembre de 1877, casi octogenario. Su principal obra *Svenska Sprokets lagar*, es un resúmen crítico é histórico del desenvolvimiento gramatical de la lengua sueca.— Fué editada á expensas del gobierno; y es única en la literatura filológica del Norte. El volúmen intitulado *Luz y Error en el mundo del lenguaje*, es tambien muy notable. Rydqvist ha escrito además varios tratados sobre el drama primitivo en Suecia y otros diversos asuntos del mismo género.

BIOGRAFIA DE JUAN REYNAUD.

Prepárase en Inglaterra una biografía de Juan Reynaud. La viuda del célebre filósofo ha puesto á disposicion de la biografista Miss Bentham Edwards los papeles y manuscritos de su marido.

HISTORIADORES BIZANTINOS.

Hace veinte y siete años que la Academia de Berlin empezó á publicar la coleccion de los *Historiadores bizantinos*. Tan grande empresa concluirá en el año actual. Solo restan por aparecer dos volúmenes; uno se halla en prensa; y el otro en preparacion.

OBRAS INEDITAS DE THOMAS MOORE.

Las obras en prosa y verso, inéditas, del príncipe de los poetas irlandeses, se acaban de publicar en un tomo de 500 páginas con el retrato del autor, en la librería de los Sres. Scribner, Armstrong y Cª—New York.—Sabida la intimidad entre Moore y Byron y la destruccion casi completa de las Memorias de éste, la publicacion del tomo inédito de que nos ocupamos, arrojará nueva luz sobre la vida atormentada del primero de los líricos ingleses.

HISTORJA DE LA LITERATURA FRANCESA.

Por Henry Van-Laun. (G. P. Putnam.—New York).

Acaba de publicarse el tercero y último volúmen de esta magnífica obra, considerada por los críticos ingleses y norte-americanos como una de las principales sobre la materia, y que se estiende hasta la época presente.

ANILLO DE SATURNO.

M. F. Tisserand, ha dirigido en el mes de Diciembre último á la Academia de Ciencias de Paris, una nota sobre el anillo de Saturno. En 1787, Laplace publicó en las «Memorias de la Academia de Ciencias» un trabajo importante sobre el precitado anillo, deduciendo la siguiente conclusion: «Aunque las observaciones no nos hubieran hecho conocer la division del anillo de Saturno en varios anillos concéntricos, la teoría del peso hubiera bastado á convencernos de ello.»

Plana, que más tarde se ha ocupado del mismo asunto, pretende que la conclusion de Laplace, parece poco fundada. Mr. Tisserand, ha tomado de nuevo el trabajo de Plana, y teniendo en cuenta las nociones adquiridas despues sobre la masa y el espesor del anillo, ha llegado á probar que el equilibrio es realmente imposible como lo pensaba Laplace. Por otro lado ha calculado cuál es la mayor anchura que puede presentar un anillo simple á distintas distancias del planeta para que se mantenga en equilibrio: hé ahí el objeto de la presente acta.

ESPRONCEDA EN ITALIANO.

El poema humorístico «*El Diablo Mundo*» ha sido por vez primera traducido en elegantes versos italianos por el afamado poeta Pietro Bordigoni y publicado últimamente en Turin.

LA INUNDACION DE LOS AÑOS.

Con el título que antecede acaba de publicar el octogenario poeta norte-americano W. C. Bryant, un hermoso poema con grabados sobre acero por W. J. Linton.

PIETRO-ANGELO-SECHI.

Acaba de fallecer en Roma (26 de Febrero), este célebre astrónomo italiano. El Padre Secchi nació en Reggio el 29 de Julio de 1818. En 1833 ingresó en la órden de los Jesuitas. En 1841 fué nombrado profesor de física y matemáticas en el colegio de Loreto donde permaneció dos años. En 1844 comenzó en el Colegio Romano un curso de teología que terminó en el Colegio de Georgetown (Distrito de Columbia, Estados Unidos), 1848–49. Permaneció en la Union-Americana hasta 1850, en cuya época fué llamado á Roma para hacerse cargo del Observatorio Astronómico de aquella ciudad.

El Padre Secchi se ha hecho acreedor á la inmortalidad por sus descubrimientos y trabajos relativos á la física solar, á los planetas y al análisis espectroscópico.

LA VIDA EN NUESTRO GLOBO.

En un discurso sobre *Los límites de la Ciencia Natural*, pronunciado en Munich por el Dr. Naegeli ante la Asociacion Alemana, entre otras muchas cosas interesantes, vemos una curiosa teoría que le sirve para refutar las desconsoladoras consecuencias que generalmente se deducen de la hipótesis nebular. Supuesto el estado gaseoso de nuestro globo, que enfriándose gradualmente pasó al líquido y luego al sólido, y continuando siempre la accion de la misma causa, la inferencia natural es que el enfriamiento ha de bajar hasta un grado que al fin haga imposible el mantenimiento de la vida animal en la tierra. La luna estéril y helada, por haber llegado ya á ese grado de enfriamiento, suele presentarse como un ejemplo de triste estado á que algun dia tendrá que llegar tambien nuestro globo.

Esto es cabalmente lo que niega el Dr. Naegeli. Cree que el movimiento y el cambio es la ley del Universo, y que nuestras más exactas observaciones y predicciones sólo pueden estenderse en un espacio muy reducido del área de la verdad, y por lo tanto, no pueden inspirar confianza. «Como sólo vemos, dice, una parte infinitísima del Universo, y sólo tenemos conocimiento incompleto de las fuerzas y los movimientos que podemos apreciar en esta reducidísima fraccion que está á nuestro alcance, nuestras deducciones pueden acaso considerarse exactas y verdaderas, bajo de ciertas condiciones generales, y en todo el transcurso de muchos millones de años; pero sin embargo, si nos referimos á períodos de tiempo mucho más lejanos y prolongados pueden resultar dudosas, y hasta enteramente erróneas.»

Para demostrar que la completa extincion de la vida en nuestro planeta por causa del enfriamiento no es tan segura como se ha creido generalmente, hé aquí la hipótesis de Naegeli:

«En el actual estado de casi absoluta ignorancia en que se encuentran los físicos y químicos acerca de las propiedades de los elementos y del éter, es muy posible que por la condensacion de la materia y cohesion de sus átomos desenvuelva fuerzas de que hoy no tenemos la menor idea, y que al fin tengan energía bastante para producir una disgregacion explosiva de la masa sólida del globo, convirtiéndola en masa gaseosa. Es tambien posible que la cantidad de calórico en todo el universo, (no en nuestro propio sistema planetario) se encuentre distribuida sin igualdad, y que por lo tanto haya regiones de temperatura mucho más elevada que la de nuestro sistema, y otras al contrario, mucho más baja; que por consiguiente existan corrientes de calórico en el espacio infinito, semejantes á las corrientes de aire de nuestra atmósfera; que acaso hayamos estado durante billones de años, bajo la influencia de una de esas corrientes de baja temperatura, por cuya causa el proceso de solidificacion de la tierra ha podido favorecerse grandemente, como en menor escala sucede en la superficie del suelo durante los vientos del Norte, pero que una corriente de temperatura mucho más elevada puede algun dia atravesar las regiones en que gira nuestro globo, y hacer que este vuelva otra vez al estado gaseoso.»

UNION FRANCESA DE LA JUVENTUD.

Algunos jóvenes franceses han tenido el generoso pensamiento de formar una "Asociacion de instruccion y educacion popular" bajo el nombre de *Union francesa de la juventud.* Es su objeto aumentar el número de cursos públicos y gratuitos destinados á los obreros, Ellos mismos serán los profesores, y vista su edad, es del caso recordar el adagio: *Enseñar es aprender dos veces.* Con tal ardor llevan á cabo su proyecto que ya están funcionando cinco secciones—en la alcaldia del 5º distrito; calle de Sablons, 77; Faubourg Saint-Antoine 179; Boulevard Voltaire 145; calle de Saussure (Batignolles) 24.

En el boulevard de la Chapelle se trataba de abrir una nueva seccion el lúnes 7 de Enero á las 8 y media de la noche bajo la presidencia de M. Enrique Brisson, diputado por el Sena.

¡Hé aquí un ejemplo que debiera ser imitado por nuestra juventud!

MUSEO ETNOGRAFICO DE LAS COMISIONES CIENTIFICAS.

Todos los objetos relativos á la etnografía y á la arqueología, traidos por las Comisiones Científicas del gobierno francés, ó adquiridos por otros conductos, serán colocadas con el tiempo en un museo especial llamado «Museo Etnográfico de las Comisiones Científicas». Serán clasificados segun su naturaleza y procedencia geográfica.

CURSO DE FISIOLOGIA.

El doctor Suchard debe haber comenzado el sábado 19 de Enero del año actual en la calle de la Abadía, Paris, un curso de Fisiología y de

Higiene especialmente destinado á las señoritas y á las madres de familia. Convencido de que las grandes verdades de las ciencias biológicas son tan accesibles y tal vez más útiles á las mujeres que á los hombres, M. Suchard tratará de darles lecciones verdaderamente científicas, en las cuales la higiene y la medicina serán el corolario de los hechos incontestables de la anatomía y la fisiología. Este año M. Suchard consagrará ocho conferencias á los fenómenos de la digestion.

EDUCACION SUPERIOR DE LA MUJER.

La Asociacion, para la educacion superior de la mujer, ha tenido una conferencia en Cambridge en los últimos dias del año de 1877. El objeto de esta reunion, en que se contaban muchos profesores de ambos sexos y delegados de los comités locales, era ponerse de acuerdo sobre la direccion que habia de imprimirse á los estudios en las escuelas superioses de señoritas. El parecer casi unánime ha sido de generalizar la enseñanza del latin. Tambien han convenido en que las matemáticas y las ciencias naturales deben formar parte de la educacion de las mismas; pero no se han puesto de acuerdo sobre la edad en que deban comenzar, y el programa adecuado á estos estudios. Las experiencias intentadas hasta hoy han dado diversos resultados, tal ciencia ha tenido mejor éxito en una escuela, cual otra en la vecina. Varios miembros han emitido la opinion que para la enseñanza de las lenguas vivas los profesores nacionales son preferibles á los extranjeros. Es de notarse que en Alemania muchos hombres competentes participan de este modo de ver, que no tiene apénas todavía partidarios en Francia, sino en la Universidad.

M. WHITNEY.

La Academia de inscripciones y bellas letras acaba de nombrar miembro corresponsal á M. Whitney, el eminente autor de la *Vida del lenguage*, publicada en la Biblioteca Científica internacional de París.

M. G. DE SAPORTA.

M. G. de Saporta, Secretario general de la Asociacion francesa para el adelanto de las ciencias acaba de ser nombrado corresponsal de la Academia de Ciencias de Bruselas en remplazo del difunto M. Parlatora, botánico italiano.

LIBRE EXAMEN.

Anúnciase una nueva edicion, muy aumentada, del volúmen de Monsieur Luis Viardot, intitulada *Libre Exámen* (Librería Reinwald). El apéndice contiene una carta dirigida al autor por M. Dupanloup y la respuesta de M. Viardot.

CORRESPONDENCIA DE RICARDO COBDEN

Las hijas de Ricardo Cobden se ocupan en reunir los elementos de su correspondencia con el designio de publicarla más tarde.

EL EXPERIMENTO DEL PENDULO EN LA EXPOSICION DE PARIS EN 1878.

Parece que se trata de renovar en la Exposicion de 1878 el famoso experimento que Leon Foucault hizo no ha mucho en el Panteon, sobre el péndulo, con el fin de demostrar el movimiento de rotacion de la tierra. El experimento se llevará á cabo con nuevas mejoras de modo que llame la atencion de todos los visitantes.

El péndulo, de cerca de 300 kilógramos de peso, oscilará en las estremidades de un hilo de hierro de 65 á 70 metros de largo. Así como se vé, será necesario una construccion especial para colocar el aparato. El péndulo, al oscilar, dejará una especie de canal que permanecerá, igualmente fijo en el espacio, con respecto á las constelaciones del cielo.

Debajo del péndulo se colocará un inmenso globo terrestre de 25 á 30 metros de diámetro. Este globo, descansando sobre el suelo, seguirá necesariamente con los espectadores los movimientos de la tierra. La canal, por el contrario, llevada por un eje á su extremidad, y girando con el péndulo, arrastrará grandes agujas que parecerán mudar de lugar como él.

Teniendo el globo que represente la tierra un volúmen considerable, el movimiento de sus agujas será visible; hará tangible de algun modo á los ménos atentos la rotacion de nuestro planeta sobre su eje.

ANTIGUEDADES TROYANAS.

Las antigüedades troyanas del Doctor Schliemann se exhiben actualmente (en parte) en el *South Kensington Museum*, en Lóndres. *La Academia* declara que nada es comparable á la decepcion causada por la vista de esta coleccion con tanto *bombo* anunciada. Los objetos expuestos no ofrecen, segun ella, nada absolutamente de notable, ni bajo el punto de vista de la forma, de la ejecucion ni de la materia. Dan una triste idea de los tesoros del rey Priamo, suponiendo que le hayan realmente pertenecido y que no sean más bien productos de la industria de los pueblos bárbaros que han habitado la Troadia ántes y despues de Homero.

Mr. T. Edward, el *naturalista-zapatero* de Banff, Escocia, ha sido electo miembro corresponsal de la «Sociedad Real de Física,» de Edimburgo, único y señalado honor conferido á un artesano en Inglaterra.

Director propietario: Dr. José Antonio Cortina.

Habana 28 de Febrero de 1878.

EL POSITIVISMO.

LE POSITIVISME, par André Poey.—Paris, Germer-Baillière, 1876.

Cuando un inesperado renacimiento fija la atencion de los hombres estudiosos de Cuba en el gran espectáculo que presenta en nuestros dias la vida especulativa, cuando la juventud que avanza llena de entusiasmo oye á cada paso hablar de una ciencia moderna y de una filosofía nueva que sobre ella se cimenta, le pide sus métodos y la abraza y completa; la aparicion de un libro de filosofía positiva escrito por un cubano eminente, que exhibe incontestables títulos, heredados y adquiridos, de competencia científica, es acaecimiento de sobrada importancia para que la REVISTA DE CUBA no le consagre benévola atencion y minuciosa crítica.

A ejercerla vamos, sin apasionamiento, pero con firmeza. Creemos tener equilatado el valor social del oficio que debe desempeñar la crítica en una época que se complace en investirse de ese título. Pesar y medir ajenas opiniones establece deberes estrictos de equidad, mesura y buena fé que contrapesen los derechos de que espontáneamente tomamos posesion. No faltarémos á ellos por voluntad nuestra, y en este caso ménos que en otro alguno, por muy especiales circunstancias. El Sr. Poey tiene legítimamente adquirida una gran reputacion como naturalista y meteorólogo, y al presentarse hoy descubiertamente como mantenedor de una doctrina filosófica, se coloca en un campo por donde tambien hemos pasado nosotros.

Esta manifestacion sincera exige algunos ligeros esclarecimientos, á que se perdonará los personales, en gracia de los necesarios.

Salido apénas del aula el que esto escribe, con una preparacion puramente literaria, con mal trabados principios en el órden científico y vagas

nociones metafísicas, por más que hacia cuidadosa enumeracion de los conocimientos allegados, no le era posible concertarlos, ni referirlos á un todo verdaderamente sintético. El gran problema de la conjuncion de lo objetivo y lo subjetivo estaba para mí siempre propuesto y nunca resuelto. Oí hacer referencias por entonces á la doctrina positivista, como la única que realizaba esa síntesis á que tendia mi espíritu mal disciplinado. Me apliqué con fervor á su estudio y, por suerte, cayó en mis manos el trabajo de uno de los más felices expositores del sistema de Comte, Celestino de Bligniéres. Es probable que en aquel tiempo el estilo escabroso, los períodos interminables y el dogmatismo autoritativo del maestro me hubieran distraido de la lectura de su obra fundamental. La construccion del edificio me deslumbró. Aquel andamiaje de nociones científicas, la aparente trabazon de las partes, lo valedero de los datos sacados todos del inmenso depósito de las observaciones y experiencias acumuladas por tantos siglos, lo riguroso de las inferencias y lo neto de las conclusiones, realzadas por el tono convencido y convincente en que estaban enunciadas, me hicieron el efecto no ya de un sistema, sino de un descubrimiento. Instintivamente, por decirlo de este modo, asentí al propósito de incorporar las ciencias á la filosofía, y me penetré del valor del instrumento que aplicaba Comte á sus construcciones, el método objetivo. Pero hice entónces, y debo hacer ahora, dos reservas de alta importancia. Encontré extraña la pretension de fundar una religion demostrada, y rechacé en todas sus partes la constitucion futura de la sociedad, á la vez dictatorial, oligárquica y teocrática. No podia apreciar en aquel tiempo donde estaba el vicio radical de esas dos elaboraciones que se presentaban como secuelas de una doctrina excelente; pero mis sentimientos más acendrados y los preceptos á que desde la infancia se habia amoldado mi inteligencia me hacian aborrecible esa extraña tiranía, decorada con títulos exhumados de donde debian yacer para siempre.

Pedí explicaciones y comentarios á los discípulos más eminentes, y pronto Littré me dió la clave del enigma. Penetré por primera vez en el santuario, y ví sin las vestiduras sacerdotales al Gran Maestro que se me habia querido mostrar siempre desde la trípode. Hallé detras de la obra al Autor; conocí las tres crisis mentales que dejaron señalado con sello tan indeleble sus lucubraciones; y pude apreciar en todas sus fases las aberraciones de aquel espíritu cada vez más desvanecido de presuncion y soberbia. Vida digna de estudio fué, sin duda, la del fundador del positivismo francés, no por la grandeza de carácter del protagonista, ni por lo notable y ruidoso de sus acciones, sino por la mucha enseñanza que de ella se desprende á la consideracion del filósofo. Esa vida nos enseña como la obra representa siempre los estados subjetivos del autor. Vivamente poseido por el método de las ciencias naturales que habian ocupado su primera preparacion mental, Comte en su primera época extiende y preconiza el método

inductivo, sigue la gran corriente moderna que fija en la experiencia el último é irrevocable criterio, y entra en las vias de la gran reforma filosófica de nuestro tiempo, que huye de las afirmaciones extremas, escollo donde han naufragado las anteriores. En todo este período de la concepcion comtista predomina razonablemente lo objetivo, y las generalizaciones filosóficas nacen de las conclusiones legítimamente aceptadas por las ciencias; más adelante la interdiccion de toda lectura que refrescara las nociones adquiridas y aumentara su caudal con las nuevamente elaboradas al exterior, graves sacudidas en el órden efectivo, una viciosa concentracion de las fuerzas mentales, y por último perturbaciones funcionales del órgano del pensamiento fueron dando la preponderancia al elemento subjetivo, y Comte, juguete de la más extraña alucinacion, puso mano á derrocar su obra, creyendo elevar su coronamiento. Lanzándose á velas desplegadas en el procedimiento *a priori*, parece que se propuso eclipsar los delirios de los más febricitantes soñadores; y el sesudo geómetra de la Escuela Politécnica, el docto biólogo capaz de juzgar á los Broussais, el autor del Sistema de Filosofía Positiva, se convierte en el sectario socialista de la Política Positiva, y en el mistagogo poseido de la Religion del Porvenir, en el Sumo Sacerdote del Gran Sér, revelador del misterio futuro de la Vírgen Madre!

Capaz ya de juzgar la obra y su creador, me allegué á los principios de Littré, que rechazando toda la segunda época de Comte, introduce en las doctrinas de la primera restricciones necesarias y hábiles enmiendas que le dan un carácter más científico y ménos dogmático.

Pero, así y todo, el positivismo de Littré guarda demasiado el sabor de su orígen, tiene demasiado la pretension de haber dicho la última palabra tocante á la síntesis que debe abrazar y avalorar todos nuestros conocimientos, para que su cotejo con doctrinas más modestas y más valederas no obstante, dejará de serle desfavorable en un espíritu tan poco dado á estancarse sistemáticamente, como el del autor de estas líneas. El deseo de conocer todos los adherentes de la doctrina que profesaba, me llevó á estudiar algunos filósofos ingleses designados en Francia como positivistas. Me encontré en un mundo nuevo. La escuela inglesa era, sin duda, positivista; pero sin haber pasado por Comte. Habia heredado como él los métodos experimentales, como él hacia caudal de los datos presentados por las ciencias inorgánicas y orgánicas para las generalizaciones más comprensivas y para la determinacion de las leyes últimas, como él reconocia un límite infranqueable á la disquisicion subjetiva, prescindia de la investigacion de las causas primeras y finales, desterraba la ontología y borraba de una vez para siempre la nocion de lo sobrenatural. Al mismo tiempo hacia muchas cosas que habia dejado de hacer Comte. Reducia á cuerpo de doctrina la induccion y sus procedimientos, rehaciendo y completando la lógica; avanzaba en el estudio de los fenómenos físicos y llegaba á la

gran ley de la equivalencia de las fuerzas, y aseguraba sobre bases indestructibles la evolucion orgánica; separaba netamente la psicología de la biología, estudiaba y descubría sus leyes, preparando las de la sociología; y trataba por el método de la observacion y la verificacion todos los problemas fundamentales de la razon humana, dejando solo fuera de su dominio aquellos que hasta aquí no han podido ser sometidos á esa disciplina. Libre de todo dogmatismo, en plena evolucion que no pretende imponer límites al anhelo y necesidad de investigar; esta escuela asienta sus afirmaciones sin temeridad, y ha recorrido un espacio no ménos vasto que el que presenta aún por recorrer. En ella encontré resuelto ese problema de la filiacion histórica que tan dogmáticamente determina á su favor la escuela positivista francesa, y que es la mayor garantía del vigor y vitalidad necesarios para continuar en vías de progreso. Estudiando sus más eminentes sustentadores, navegaba yo por un dilatado océano, dejando atras, como un faro que alumbra riberas á donde no se ha de volver, el positivismo comtista.

Creo que esta somera exposicion de las diversas fases que ha recorrido mi espíritu basta para que se comprenda que estoy muy léjos de considerar desprovisto de valor el positivismo francés, en cuanto representa una tendencia característica de la filosofía moderna, la de sustituir al estudio de lo absoluto, del noumeno, el de lo relativo, de lo fenomenal; si bien me aparto de él en muchas de sus más importantes conclusiones, aún atenuadas por el talento más perspícuo y reposado de Littré, de quien únicamente debe esperar ese sistema la vitalidad necesaria para sostenerse con un carácter doctrinal aceptable.

En esta disposicion de ánimo, la obra del señor Poey no podía dejar de llamar mi atencion y avivar mi curiosidad. Por desgracia, el estudio de la filosofía ha sufrido no solo grave paralizacion, sino que ha retrogradado entre nosotros. Por lo tanto una obra escrita con el criterio de una de las escuelas que tienen por norte la renovacion de ese estudio, y mucho más una obra de vulgarizacion, me parecía venir muy á punto para sembrar y difundir la aficion á los verdaderos métodos y á las ámplias generalizaciones. Este era el menor servicio que esperaba yo de la obra del señor Poey, cuyos antecedentes científicos me lo hacian presumir afiliado á la escuela litreista. Grande y penoso desengaño me ha proporcionado la lectura de su trabajo, y muy principalmente al considerar que es solo como el prefacio de una Biblioteca que se propone publicar, toda ella consagrada á la difusion de las doctrinas que sustenta con calor y conviccion.

El Sr. Poey vuelve resueltamente á Augusto Comte, y se esfuerza en demostrar:

Que el fundador del positivismo trazó los límites de la única filosofía posible:

Que ha sido el precursor de todos los recientes descubrimientos físico-naturales:

Que ha creado y perfeccionado la sociología; descubriendo sus leyes últimas, y aplicándolas en el más perfecto sistema de gobierno:

Que ha sido el apóstol de la nueva religion en que ha de fundirse el cristianismo, el legislador de sus ritos y el fundador de su organizacion.

Exageradas unas, otras inadmisibles, estas proposiciones merecen detenida crítica. No se le ocultó al Sr. Poey que habian de suscitar contradicciones, y trató de fortificarse contra los argumentos así extrínsecos como intrínsecos que pudieran oponérsele. Veamos si lo ha logrado.

El Sr. Poey confiesa que su maestro sufrió tres crísis cerebrales; y está comprobado que en su juventud estuvo largo tiempo atacado de enajenacion mental. El resto de su vida prueba que el desarreglo funcional de su cerebro continuó más ó ménos latente; y bastaria el exámen de sus últimas obras para demostrar que son el producto de un órgano en estado morboso. La excentricidad de sus costumbres, la irascibilidad de su carácter, su soberbia solo comparable á la ingratitud con que hirió á todos sus bienhechores, harian aborrecible aquel hombre, si no se supiera que una excesiva concentracion mental y trabajos árduos, continuados y prematuros minaron desde temprano su integridad cerebral y nublaron á intervalos su razon.

Con estos solos datos, ¿quién no creerá prudente acoger con reserva y no aceptar sin pausado exámen las doctrinas de tal filósofo? Los discípulos más fervientes no dejan de conocer este lado desgraciadamente tan débil, y hacen esfuerzos desesperados por atrincherarlo. La alucinacion de Paulo en el camino de Damasco, las de Mahoma, de Newton, todos los extravíos célebres de algunos grandes hombres, sin excluir el genio de Sócrates y el demonio de Lutero, han sido alegados con tanta inoportunidad como insistencia. El señor Poey llega hasta á exclamar en un rapto de lírico entusiasmo: «Fué locura, pero fué la locura del grande hombre, tronando en medio de los relámpagos deslumbradores del genio, inundando de luz las noches caóticas de lo pasado y porvenir: fué la locura que respeta la obra!» (P. XV.)

En diversos lugares de la suya vuelve el señor Poey sobre esta idea importuna, que le punza como espina no bien extraida. Bueno será recordarle lo que su gran maestro dijo de Saint Simon: «Piensa ser una excepcion á las leyes fisiológicas, creyendo que no hay edad para él, y que vale hoy más que hace veinte años. (*Lettre á Mr. G. d' Eichthal.*)» Si esto decia Comte de una simple degeneracion senil, ¿qué dirémos de una anomalía morbosa evidentemente comprobada? No puede haber dos medidas y dos criterios. Esas locuras que respetan la obra, esos órganos pervertidos con integridad de funciones no pueden aceptarse en buena ley de aseve-

racion científica. Como prueba de que Comte conservaba todo el vigor de sus facultades, durante su último acceso de locura, nos presenta el autor el *descubrimiento* de la identidad de las leyes lógicas y matemáticas. Sin discutir el valor de esta asercion, me limitaré á recordar que desde los escolásticos hasta de Boole este *descubrimiento* ha ocupado la atencion de espíritus muy elevados, el de Leibnitz principalmente que insistió sobre esa idea, llamándola característica universal, y otros como los de Euler, Lambert y Ploucquet. Ya se ve que esta suerte de invenciones no arguye sino la retentividad.

Más adelante obtendrémos otras muestras de los descubrimientos debidos al estado anómalo del cerebro del fundador, cuando digamos algo de la religion que nos predica el señor Poey. Veamos ahora los títulos que alega la filosofía positiva para constituirse en centro de donde irradia todo el pensamiento moderno, para hacer tabla rasa de todas las escuelas que ha elaborado la inteligencia en ebullicion, y para levantar una barrera donde escribe su orgulloso *non plus ultra.*

Por lo pronto basta un conocimiento muy superficial de la filosofía contemporánea para ver que se ha desbordado por encima de ese débil dique y que ha inundado campos extensísimos, del todo ignotos á Comte y sus primeros discípulos. Sin hablar de las escuelas trascendentalistas que, por necesidad ó conviccion, han enriquecido su dominio y renovado sus fuentes, bebiendo en los manantiales de las ciencias físicas, y que á más de los discípulos y secuaces de las antiguas doctrinas, producen un Hartmann en Alemania, y un Ferrier en Inglaterra; las más afines á la comtista, las escuelas experimentales de ambos paises se han engrosado prodigiosamente con materiales de que no hay rastro en el edificio de la escuela única de Comte, Laffitte y Poey. Por otra parte el número cada dia más reducido de comtistas puros es un argumento á que difícilmente se podrá despojar de su significacion. Littré es un continuador que corrige y aumenta, no un discípulo que acepta y propaga, y en torno suyo se agrupan todos los elementos que pueden fecundar algun tiempo la doctrina. En cuanto á los adherentes, de más ó ménos valor, que Comte obtuvo en los comienzos, no tardaron en tomar otras direcciones. Entre estos merece particular mencion Stuart-Mill, cuyas relaciones amistosas con Augusto Comte han sido miradas por algunos como indicio de una disciplina doctrinal recibida por el gran lógico inglés. Pero no es lícito abrigar dudas á este respecto. Stuart-Mill tenia escrita la mejor parte de su Lógica y acabada su sistematizacion de los métodos experimentales, cuando leyó por vez primera el curso de Filosofía Positiva; y él mismo nos ha dicho no hace mucho lo que adquirió con esa lectura. «Respecto á la lógica, la única idea dominante que debo á Comte es la del método deductivo invertido, que se aplica sobre todo á las materias complicadas de la historia y la estadística. (*Mes Mémoires,* p. 200.)» Por lo demás, y esto es más im-

portante, Mill que, en su Lógica, preconizó casi sin reservas la famosa ley de los tres estados, juzgó más tarde las doctrinas sociales de Comte con una severidad que no está exenta de desden.

Mucho predispone todo esto en contra de las exorbitantes pretensiones de la escuela que nos presenta su filosofía como la única posible; pero es tiempo de que le dejemos la palabra, en apoyo y defensa. El señor Poey nos va á decir *le fin mot* del Positivismo, nos va á explicar por qué la filosofía positiva es realmente el *nec plus ultra* de las filosofías. Y esto es así «simplemente porque Comte demuestra que la filosofía no puede ser otra cosa que la sistematizacion positiva de las fuerzas existentes—físicas, vitales, sociales y morales—segun su evolucion y filiacion naturales, reveladas por la historia de la Humanidad. (P. 127).» Esta reduccion á sistema de las fuerzas existentes, es decir, á lo que yo entiendo, la coordinacion y subordinacion de las leyes últimas y secundarias que rigen los fenómenos que son materia de observacion experimental é introspectiva, ha sido el objeto manifiesto de todas las filosofías, desde el panteismo místico é idealista del sânkhya indiano hasta el monismo materialista y científico de nuestros dias. No con menor razon, pues, que Augusto Comte, podria reclamar esa patente de privilegio exclusivo cualquier otro fundador de escuela ó de sistema. Pero si el señor Poey solo ha querido decirnos que su maestro, despues de descubrir las fuerzas sociales y morales, ha erigido la gerarquía de las ciencias en série subordinada, y que en esta disposicion orgánica consiste toda la filosofía, hay que examinar los documentos aducidos en pro de esta nueva aseveracion, para saber á que atenernos. Como esta seriacion de las ciencias es el fundamento de las declamaciones con que sus discípulos quieren referir á Comte cuanto se ha descubierto sin su concurso, y á veces en contra de sus preceptos y predicciones, su crítica servirá de refutacion al segundo de los puntos que he marcado como capitales en la obra de nuestro docto compatriota. Despues diré lo que piensan votos de autoridad irrefutable sobre el valer científico de Comte y de su obra. Demos alguna amplitud á esta investigacion, pues se trata de la parte que hasta aquí no ha sido disputada al maestro; y que es, por tanto, la que fija su verdadera importancia, como enseñanza y preparacion.

Dos son los títulos que alegan con igual constancia los discípulos de Comte, fieles y disidentes, como primordiales en su obra filosófica: la ya citada clasificacion gerárquica de las ciencias, y la constitucion de la sociología. Los examinarémos por separado.

Parece ser desgracia adscrita á los trabajos del fundador del positivismo francés, que se le pueda siempre disputar la prioridad de sus concepciones. Varias clasificaciones de las ciencias se habian ensayado, con mayor ó menor fortuna, desde Bacon hasta la coordinacion de las ciencias inorgánicas por la Escuela Politécnica; pero muy poco ántes de presentar

la suya Augusto Comte, aparece la de Neil Arnott (1828), donde se encuentra el lugar prominente asignado á las matemáticas, las otras ciencias distribuidas conforme á las grandes categorías de leyes que rigen la naturaleza, físicas, químicas, vitales y espirituales, y la division en ciencias abstractas y concretas. Es decir, cuanto hay de verdadero valor filosófico en la série de Comte. Verdad es que éste no se limitó á presentar una clasificacion en que aparecieran los conocimientos humanos agrupados segun el máximun de sus semejanzas, sino que pretendió instituir un órden serial inflexible, segun la ley que llamó de generalidad decreciente, y probar que ese órden era el de su aparicion histórica. Los fenómenos estudiados por las matemáticas son más generales que los estudiados por la astronomía; á su vez estos lo son más que los físicos, los químicos, los biológicos y los sociológicos. Paralelamente la constitucion definitiva de cada una de estas ciencias ha seguido la misma progresion, viniendo despues de la matemática la astronomía, despues la física y así sucesivamente hasta la sociología.

Todo este edificio tan laboriosamente erigido ha sido derrocado por el minucioso análisis de Spencer; y aunque Littré haya hecho acopio de ingenio y sutileza, y hasta sacrificado una de las ciencias fundamentales, de las colocadas más alto en la série, por sustentar el andamiaje de las restantes; la clasificacion de Comte no habrá caido ménos en desprestigio. El señor Poey, aquí como en todo, vuelve sin miramientos atrás, acepta y preconiza la clasificacion primera, con todo el peso de su autoridad de especialista pretende restituir en su puesto á la astronomía, y estima como vergonzosas transaciones, las concesiones que se vió forzado á hacer Littré. Esperamos que en el cuerpo de su enciclopedia positivista nos presentará el señor Poey los valiosos argumentos que le permiten fijar este cartel de desafío en el fróntis de su obra, pero como hasta aquí no tenemos otros datos que los presentados en pro y en contra por Spencer y Littré, á ellos tenemos que atenernos si queremos saber á donde los ha conducido este debate.

El gran filósofo inglés niega que las ciencias se subordinen unas á otras en el órden adoptado por Comte; y niega que hayan hecho su evolucion en ese órden de precedencia. Hay aquí una cuestion dogmática y una cuestion histórica. En cuanto á lo primero, basta preguntar ¿en qué son más generales las relaciones de sucesion de que trata el cálculo, que las relaciones de coexistencia que forman el objeto de la lógica? Y si atendemos á la independencia recíproca, la lógica puede prescindir de la matemática; pero, ¿puede ésta existir sin aquella? Luego el edificio de Comte claudica por su base. Hay una ciencia más abstracta y más independiente que las matemáticas, que estudia relaciones por lo ménos tan generales como las que ellas estudian, y que no se ha *constituido* (segun la expresion que place á Littré) primero que ellas. El filósofo francés se ha guardado

muy bien de tomar en cuenta esta objeccion, que si no explícita, tácitamente hace Spencer, colocando la lógica al frente de las ciencias abstractas y dando sus razones para proceder de esa suerte. Igualmente grave es la objeccion que se levanta contra la astronomía. Segun Comte los fenómenos que estudia caen exclusivamente bajo la dependencia de la ley de gravitacion. Aceptando esto de momento, preguntarémos con Spencer: ¿qué tiene de más general la gravitacion que el calórico, por ejemplo? La forma de movimiento que produce los fenómenos calóricos ¿supone la gravitacion? Ni más ni ménos que esta supone aquella. Además ¿no obra el calórico en los mundos siderales? despues del análisis espectral ¿podrémos negar el papel de la afinidad química en los cuerpos que estudia la astronomía? Esta dificultad insoluble nos explica por qué el señor Poey, doctísimo en estas materias, habla con marcada ironía y asomos de menosprecio de una química cósmica, y concluye autoritariamente que, por muy lejos que lleguen esas pesquisas, serán de ningun provecho para una *aplicacion racional.* Extraño encariñamiento con una doctrina falsa, que lleva á renegar de la ciencia á un hombre de ciencia! Littré, á quien solo se habia opuesto la primera de estas objeciones, la encuentra, como es, irrefutable; y se ve forzado á confesar que la astronomía está fuera de su lugar en la clasificacion comtista. Mas no resolviéndose á abandonar el total de ella, echa mano de un antiguo artificio metafísico. Nos dice que en las ciencias pueden considerarse dos clases de generalidad, una objetiva y otra subjetiva. La generalidad decreciente de Comte es objetiva. Los fenómenos físicos, calórico, luz, electricidad, magnetismo, sonoridad, son más generales que los químicos, y éstos á su vez lo son más que los biológicos. A la par de esta puede haber una generalidad creciente que es subjetiva. Así en biología se han estudiado primero los órganos, despues los tegidos y por último, los elementos anatómicos, yendo de lo particular á lo general; pero es un procedimiento subjetivo. Al mismo tiempo es indudable que objetivamente primero se estudió el cuerpo, despues los órganos y así hasta los elementos, descendiendo de lo más general á lo más particular; lo cual forma una generalidad decreciente. No he tenido más que aproximar estas dos afirmaciones, presentadas por Littré en distintos lugares, para que por sí misma resalte la contradiccion. Fácilmente se advierte que lo llamado general en la primer frase es lo mismo que se denomina particular en la segunda. No es así como debe argumentar un filósofo positivista. Y yendo al corazon de su raciocinio, ¿es tan neta la línea de separacion entre los fenómenos físicos y los químicos que se pueda formar con ellos dos categorías que sean como otros tantos escalones por donde forzosamente haya de subir la inteligencia? ¿Qué dirémos de la alotropia y del isomerismo? No ciertamente, no existe la generalidad decreciente de Comte y Littré. Los fenómenos objetivos están tan íntimamente enlazados que el yo podrá trazar, para la comodidad del análisis, grandes líneas di-

visorias entre ellos, pero sin olvidar amplias fronteras neutrales, do habrán de confundirse muchos fenómenos que resisten á toda clasifica sistemática. Y siendo esto así ¿qué valor podrémos dar á ese desarrollc cesivo en el órden del tiempo de las ciencias clasificadas por Comte hombre, en comunicacion sensible con el mundo externo, ha sido im sionado por fenómenos pertenecientes á todas las que despues ha llam ciencias, ha ido acumulando observaciones, ha ensayado experiencias catalogado unas y otras, y ha ido pasando de las generalizaciones r mentarias, oscurecidas por sus propias imaginaciones, á un conocimi cualitativo que un dia y otro se esfuerza por encerrar en los límites d relaciones primeras, lógicas y cuantitativas. No ha esperado á poseer fecto un instrumento, para aplicarlo á la invencion de otro. Hipócrat Aristóteles trataban de fenómenos biológicos y sociales, cuando la fí estaba en mantillas y no habia ni remotamente aparecido la química. niega esto Littré, ¿cómo habia de negarlo? pero nos dice, á la manera todos los comentaristas, que el maestro no habló de esto, que es el ór de evolucion, sino del de constitucion. Precisamente el órden de evolu era el que Comte queria subordinar á su clasificacion; y en cuanto á la série solo se refiere al órden cronológico en que las ciencias se han c tituido, es decir, en que se han separado, individualizándose, de sus nes; no pasa de ser una sutileza refutada de antemano por el hecho d lógica y la matemática, de la física y la astronomía. Por lo demás, el mo Comte, con una de sus inumerables inconsecuencias, termina el del reconociendo que: «las matemáticas, la astronomía, la física, la químí las ciencias fisiológicas se han desenvuelto en realidad *simultáneamer* bajo la influencia unas de otras. «(*Note sur la création d' une cl d' histoire générale des sciences physiques et mathematiques.*)

Hasta aquí por lo que toca á esta célebre generalizacion. En cuar los pormenores, no seré yo, sino el profesor Huxley quien decidirá co altísima autoridad que «en lo que caracteriza especialmente la filo positiva le encuentra poco valor científico, por no decir que está ent mente desprovisto de él; y que nota en ella muchas cosas tan contrari la esencia misma de la ciencia, como todo lo que encierra el catolici ultramontano (*Lay Sermons*, p. 216.)» Y en efecto ¿qué juicio favor puede formar ningun sabio moderno del lógico que veia en el métod las matemáticas, en el método deductivo puro, y *solamente en él*, el mé general que el espíritu humano emplea *constantemente* en *todas* sus in tigaciones positivas. (*Phil. pos.* t. I, p. 99, 3ª ed)? ¿del físico que h con soberano desprecio de la teoría de las ondulaciones luminosas (*l* t. II, p. 440)? ¿del anatomista que reprueba las pesquisas microscópic el *valor exagerado que se les atribuye*, cuando esas pesquisas han proc do la histología? ¿del biólogo que tronaba contra la unidad morfoló de los tegidos, hoy una de las mayores conquistas de la ciencia, y ap

daba quiméricas las investigaciones que han conducido á ella (*Ibid.* t. III, p. 369)? ¿del naturalista que trata de absurdas las objeciones presentadas contra el arreglo de las especies en série lineal, absurdo hoy preconizado por los zoólogos más competentes (*Ibid.* p. 387)? ¿del psicólogo que acepta y ensalza la frenología, y niega hasta la posibilidad de una ciencia del espíritu? ¿del sociologista que desdeña y befa la economía política?

Estos y otros muchos errores que convencen de superficial el saber enciclopédico de su maestro deben demostrar al señor Poey que son inútiles sus esfuerzos para referir á Comte cuanto han adelantado despues la ciencia y la filosofía; sin que por esto dude nadie de la buena fe de sus asertos, pues tales ilusiones no son privativas de los discípulos de la escuela positivista.

Nos queda aún por examinar á Augusto Comte como creador de la ciencia social, esto es como el que designó y limitó su objeto y el que descubrió sus leyes. Que los fenómenos sociales, reseñados por la historia, constituyen una vasta trama donde se descubre la accion de la causalidad, el inmutable proceso de leyes naturales, y no el reinado del capricho, es una verdad entrevista desde mucho ántes de Comte, y que no ha necesitado de él para elevarse á la categoría de base de una nueva ciencia, la más extensa y complicada de todas. De lo primero son buena prueba Kant, Turgot, Condorcet y muy especialmente Gibbon. Este célebre historiador hace evidente el desarrollo evolutivo en párrafos como el siguiente, que me complazco en citar, por no haber sido hasta aquí alegado en la discusion.

«La guerra, el comercio y el celo religioso, despues del primer descubrimiento de las artes, hán esparcido esos dones inestimables entre los salvajes habitantes del antiguo y nuevo mundo, en donde se han propagado y no serán nunca totalmente perdidos. Podemos, pues, concluir con plena confianza que, desde el principio del mundo, cada siglo ha aumentado y aumenta aun más la riqueza efectiva, la felicidad, la ciencia y tal vez la virtud de la raza humana (*Decadence et chute de l' Empire romain*, chap. XXXVIII.)» Bien claramente está aquí indicado que el progreso de la cultura de los pueblos es un fenómeno sometido á leyes capaces de ser observadas, comparadas y determinadas. La misma existencia de la escuela opuesta de la degeneracion, guiada por el paradójico de Maistre, prueba la gran notoriedad de esas ideas que encontró Comte ya del todo elaboradas.

En cuanto á que no llegó el fundador del positivismo á establecer las leyes, no digamos primeras, pero ni siquiera empíricas, de la ciencia que designó con el nombre de sociología, podria demostrarse extrínsecamente con el espectáculo que hoy nos presenta. Por todas partes surgen investigadores que recogen los hechos que han de someterse á repetidos ensayos; la antropología, la etnografía, los viajes, la lingüística aportan materiales;

congresos de especialistas se reunen para tratar de las cuestiones que el
debate; la política solicita bases positivas; se bosqueja una codificacion de
derecho internacional; comienzan á aparecer obras que aspiran al títu
de orgánicas ó sintéticas; en fin, todo demuestra que se está construyend
desde los cimientos un edificio que hasta aquí no se habia levantado. S
anda en busca de las leyes que abracen el conjunto de los fenómenos cons
titutivos de la ciencia; pero aún no se pretende haberlas encontrado. S
intenta hasta reducir buen número de hechos sociales á generalidades de
órden más elevado, dando los primeros pasos para verificarlos por el mé
todo deductivo; pero por mucha que sea la sagacidad de Spencer cuando
aplica á las corrientes sociales la ley del paralelógramo de las fuerzas, de
Quetelet cuando somete á la del cuadrado de la celeridad los obstáculos
al aumento de poblacion, sin negar la posibilidad de llegar á esta evalua
cion cuantitativa, nos es lícito no ver todavía en esos enunciados otra cos
que aproximaciones analógicas. ¿Y estuviéramos aún aquí si fueran acep
tables las miras del *creador* de la sociología? ¿Ibamos á ser tan obcecado
que, por despego á Comte, se habian de olvidar sus teorías, si no fueran
del todo ficticias, sus conclusiones si no fueran del todo absurdas?

Esas teorías se derivan de la ley que ha pretendido descubrir Comte
y que llama de las tres fases. Dejémosle que nos la exponga él mismo e
los términos que emplea en la primera leccion de su curso: «Estudiand
el desenvolvimiento total de la inteligencia humana en sus diversas esf
ras de actividad, desde su primero y más simple brote hasta nuestros dia
creo haber descubierto una gran ley fundamental, á la cual está sujet
por una necesidad invariable; y que me parece poderse establecer sólid
mente, sea sobre las pruebas racionales suministradas por el conocimien
de nuestra organizacion, sea sobre las verificaciones históricas que res
tan de un exámen atento de lo pasado. Esta ley consiste en que cada u
de nuestras concepciones principales, cada rama de nuestros conocimie
tos pasa sucesivamente por tres estados teóricos diferentes: el estado te
lógico ó ficticio; el estado metafísico ó abstracto; el estado científico ó
sitivo. En otros términos, el espíritu humano, por su naturaleza, emp
sucesivamente en cada una de sus investigaciones tres métodos de filo
far, cuyo carácter es *esencialmente diferente y aún radicalmente opue*
primero el método teológico, despues el metafísico, y en fin el positi
De aquí tres clases de filosofía, ó de sistemas generales de concepcio
sobre el conjunto de los fenómenos, que se excluyen mútuamente, la p
mera es el punto de partida *necesario* de la inteligencia humana; la te
ra su estado fijo y definitivo; la segunda está destinada á servir úni
mente de transicion.»

Fácil me seria probar que el mismo Comte contradice en divers
lugares de sus obras estas categóricas afirmaciones, aseverando que gr
número de nuestros conocimientos no han pasado por la ley de las tr

fases, que el estado positivo ha coexistido más ó menos con el teológico desde los primeros destellos de la inteligencia humana; y por último, que el metafísico es una simple modificacion general del teológico (*Cours de philosophie positive*, t. IV, p. 491.) Pero me bastará someter la ley al criterio de verificacion que el mismo Comte anuncia.

Si la necesidad de esta triple fase está basada en nuestra organizacion, fácil será á cada uno hacer en sí propio la experiencia de ella, con solo dirigir una mirada retrospectiva á la evolucion de las nociones adquiridas por su espíritu; ú observar lo que acaece en el infante. La mayor parte de los hechos que le impresionan son aceptados por el niño sin que se le ocurra pedir su explicacion á una voluntad externa, ni á una entidad abstracta. Mucho ántes de que induzca, dotando á los séres que le rodean de las fuerzas que siente que le ponen á él mismo en accion, ha vivido en un estado puramente positivo, puesto que ha aceptado, como hechos primeros, irreductibles y que no tienen explicacion, muchos de los que como tales le presentará la ciencia que adquiera adulto. Dotará más tarde de voluntad á esos mismos séres, y hará una gran parte en sus indistintas nociones á un antropomorfismo de más en más invasor. El estudio de las razas no civilizadas confirma esta observacion. Al lado de nociones que acepta el salvaje como hechos indemostrados é indemostrables, está la transferencia de la personalidad humana al mundo circunstante, poblado de fetiches, sombras, aparecidos, demonios y genios malignos ó benéficos. En todas partes se ve á la inteligencia recogiendo hechos, diferenciándolos, comparándolos, generalizándolos, induciendo leyes más y más cuantitativas, deduciendo aplicaciones cada vez más ajustadas á la verificacion; fácilmente en los fenómenos simples, próximos y cotidianos; más dificultosamente en los complejos, remotos é intermitentes: induciendo á veces sin los datos necesarios; deduciendo de principios imaginarios; sustituyendo aquí la abstraccion á la realidad; queriendo allá encerrar la naturaleza inmensa en una estrecha generalizacion subjetiva; pero sin pasar siempre y en todos los casos de una primera concepcion ficticia á otra segunda abstracta, para llegar á una última positiva. La sensacion de frio ó calor, por ejemplo, ¿ha necesitado pasar por una fase teológica? La ley de los tres estados es buen ejemplo de una de tantas generalidades, fruto de una observacion imperfecta, á cuyo yugo se ha querido someter despues todo lo existente. Hay nociones que han pasado por esos matices, como por otros; pero de aquí no se sigue que todas hayan de pasar por ellos.

Armado Comte de este gran descubrimiento, no quiso que fuera en sus manos un instrumento inútil. La reorganizacion de la sociedad habia de ser consecuencia del establecimiento de una ciencia que la tiene por objeto. El malestar evidente de las sociedades modernas no reconoce otra causa que la anarquía intelectual, producida por la existencia simultánea en el campo científico de representantes de las tres fases de la inteligen-

cia, teólogos, metafísicos y positivistas, que se libran incesantes combates y mantienen los pueblos en espectacion, faltos de una doctrina que les sea impuesta por la aceptacion unánime de sus maestros naturales, doctrina que se armonice con sus sentimientos y dirija su actividad. La constitucion de una clase donde esté vinculado el conocimiento completo de las ciencias abstractas, es decir, la filosofía positiva, é investida de la suprema direccion espiritual; cuyas decisiones han de ser tan absolutas como los cánones de un concilio ecuménico, podrá solo preparar la regeneracion futura. Esta teocracia será completada por una oligarquía burocrática, en cuyas manos se concentrará todo el poder temporal é impulsor, de modo que los pueblos, encontrándose preparadas de antemano sus creencias y regladas sus actividades, no tendrán otros cuidados terrenales que el cultivo de los sentimientos benévolos y altruistas que tienen por derivacion el culto de la Humanidad, en cuyo seno han de ir á confundirse, para ser deificados á su vez!

Mientras Comte creía deducir lógicamente estos delirios de sus famosas leyes sociales, no hacia más, como se ve, que exhumar reminiscencias de su comunion sansimoniana; y desconociendo las verdaderas fuerzas so- ciales, que no son otras que las facultades humanas elevadas en potenci por el concurso, trataba de encerrarlas en el círculo de hierro de una do ble tiranía, cuando necesitan de la más amplia independencia para hace sin tropiezos su evolucion; acabando por sustituir á una ilosoria anarquí el más estrecho y sofocante socialismo. Y es notable que este mismo soñ dor, que se llamaba republicano y mendigaba una arbitrariedad minist rial en su provecho, cuando queria subvertir todas las bases de la orga zacion actual de los pueblos más civilizados, se presentaba á la par co un continuador de la elaboracion secular del género humano y un resta rador de lo pasado. Esta última idea, que se fué apoderando paulati mente de su inteligencia, le sugirió sus más extravagantes construccion El gran poder del papado en los siglos medios llegó á parecerle el m hermoso espectáculo de la historia; y desde entonces aquella época revis tió en su fantasía exaltada los más brillantes colores. Era necesario retro- traer nuestra civilizacion, nuestra organizacion política y social á aquella edad modelo; era necesario sacrificarlo todo; hasta el más noble atributo del hombre de nuestro siglo, la libertad de conciencia, á aquella maravi- llosa conformidad de creencias que hacia palpitar al unísono todos los co razones; un nuevo sacerdocio de sabios, transmigrados sin duda de lo subterráneos de Ellora ó de los hipogeos de Ibsamboul, iba á poner l bases de la ciencia universal, á revelar los dogmas de la religion de Humanidad y á establecer los ritos del culto esta vez verdaderame católico. Acaso este cuerpo sinodal necesitará una cabeza, un inspir infalible, entonces un sumo pontífice surgirá..... no, ha surgido del dispuesto para su destinacion mesiánica, y se llama ¡Augusto Comte!

Que Littré haya salido cuanto ántes de estas asambleas episcopales, lo comprendo; pero que el señor Poey pretenda un puesto en ellas me parece inexplicable. Y no hay en esto duda, nuestro ilustre compatriota figura, con igual título que los Bonald y los de Maistre, en el número de los apologistas del régimen unitario de la Edad Media y de los detractores de la nuestra, inficionada por el vírus del libre exámen.

Y ¿por qué todo esto? Que es grande la divergencia de opiniones en la época actual, que por donde quiera brotan bosquejos de síntesis futuras, que dentro de cada doctrina se presentan escisiones y diferencias, es cierto, diré más, es natural. Hé aquí la obra de la evolucion; así se cumple la ley del progreso. Toda esta grande actividad intelectual hace bullir la materia que más tarde ha de ir á fundirse en un molde colosal más armónico, más completo que los anteriores. Nuestro período es crítico y analítico; acumula innumerables materiales que no sabemos aún qué mano ajustará; aunque podemos predecir que no será en una forma orgánica como las hasta aquí desechadas. Apénas se formula en el Norte de Europa la gran doctrina del trasformismo evolucional, hace ella misma en el Mediodía su evolucion, y se nos anuncia la teoría ondulatoria. ¡Y se nos viene á hablar de una fé demostrada, de una doctrina aceptada á la vez por todas las inteligencias! ¿Qué quimera es esta? ¿Y se nos presenta como modelo, como ideal á que debemos tender la unidad de creencias en la Europa de los Siglos Medios? Bien vale esto la pena de que nos detengamos.

¿Qué era esa unidad de creencias? En los espíritus más cultivados no existía. El averroismo y el escolasticismo ortodoxo, el realismo y el nominalismo, los dividian en campos irreconciliables. En el resto de la poblacion ¿qué era esa unidad de creencias sino el fruto de la más crasa ignorancia, del predominio de las actividades materiales, forzosa consecuencia de la miseria general, que distraía completamente sus fuerzas de las especulaciones abstractas? La sumision perezosa ó estúpida de la inteligencia propia á la inteligencia agena ¿qué podia producir sino el cuadro espantoso de aquella edad de tinieblas y podredumbre? En los grandes, la ambicion desapoderada, la perfidia innoble, la astucia maquiavélica, la insolencia tiránica, la incredulidad práctica, la caridad egoista, de buena fé solo la hipocresía, la vida crapulosa y la muerte contrita; en el clero la impudicia descarada, la codicia sórdida, la simonía en la plaza pública, el nepotismo infestando la administracion, la relajacion más vergonzosa profanando el claustro, la religion en los labios y el nihilismo en el pecho; en el pueblo el embrutecimiento abyecto, el fanatismo frenético, mil formas de supersticion, y todas las humillaciones, todos los vicios, todas las miserias! Esta era la Europa de la Edad Media:

Non donna di provincie, ma bordello.

Tal vez alegará el Sr. Poey que me he apresurado á juzgar de la doctrina por sus conclusiones prácticas; y que no me he detenido á refutar las probanzas históricas que prodiga Comte y él repite. Ellos nos hacen ver como el tránsito de las creencias del fetichismo, al politeismo, al monoteismo y al positivismo, es el generador de todas las doctrinas, de todos los arreglos sociales, de todas las producciones estéticas, en fin de la corriente progresiva de la vida acumulada por las generaciones. Y en verdad lo he hecho así porque estimo estas pruebas por de ningun valor lógico. Meras relaciones de coexistencia se aceptan como fenómenos de causalidad, y así se justifican todas las teorías sociales. Es muy antiguo el procedimiento. Por otra parte está muy á la mano el artificio dogmático de extender á placer el significado de un término. El panteismo es fetichismo, la correlacion de las fuerzas es fetichismo; Hobbes, Spinoza, son fetichistas; Mayer, Tyndall, Balfour Stewart lo son mal que les pese (Poey, p. 210–237): ¿qué es esto? ¿no estamos aquí en pleno ultramontanismo? Con esta elasticidad de significado todo es todo, y el sofisma pasa por todas partes su nivel. Hé aquí los frutos del método subjetivo. Lo que no cabe en el molde estrecho de la teoría, se mutila, se desfigura, hasta que ajuste, y de este modo la verificacion es un mero juego de cubiletes.

Créalo el Sr. Poey, sus dilatados estudios, sus vastos y sólidos conocimientos no lo han librado del escollo más temible en las regiones de las grandes generalidades donde se cierne la filosofía, el de llevar á todas las investigaciones una teoría ya preparada, el de extender todas las experiencias en este lecho de Procusto, y el de tratar de acallar las dudas propias y agenas con un tono dogmático que suena siempre mal, desde que hemos derrocado todas las trípodes. Páginas elocuentes ha escrito en su libro, mucho calor vivifica no pocos capítulos, pero á veces hay demasiada retórica en su elocuencia, y ese fuego es más de sectario que de filósofo. Esto es lo que deslustra la obra del señor Poey. En su fervor disciplinario hace gala de una intransigencia imperdonable con todo lo que no se le aproxima, y llega hasta á llamar metafísico á Stuart Mill, y á comprender en una misma denominacion á filósofos como Spencer, Hegel, Büchner y Hartmann, sin duda por aquello de que el que no está conmigo está contra mí, el cual es mal principio de clasificacion. Empeñado en jurar por la palabra de su maestro, lo acepta todo, y nos habla reverentemente del Gran Medio, del Gran Fetiche y del Gran Sér; poniendo al servicio de los delirios de un demente aquí el decoro, allí el ingenio; pero inmolando siempre la crítica y el recto juicio. Como un ejemplo de la sutileza con que acostumbra tratar puntos muy escabrosos de la doctrina comtista, oigámosle hablar del *dogma* de la Vírgen Madre: «El misterio católico de la Vírgen Madre se convierte (en el Positivismo), en el lazo de union entre el pasado y el porvenir, volviendo á las grandes tradiciones caballerescas, sin ofender de ningun modo las leyes de la realidad científica.» No nos

parece mal; lo que si no comprendemos es como un espíritu á quien son de muy antiguo familiares las doctrinas científicas pueda estampar sériamente tales conceptos.

El señor Poey trata de desenvolver en una série de monografías toda la doctrina positivista, sin excluir la organizacion social á que segun él estamos fatalmente destinados. No podemos forjarnos la ilusion de que el señor Poey abandone en los volúmenes sucesivos las doctrinas y el apasiomiento que le ha inspirado éste; pero muchas materias de las que han de abrazar sus tratados le son harto familiares, puesto que, por suerte, aún no se ha sometido á la *higiene cerebral* de Augusto Comte, y debemos esperar exposiciones profundas y brillantes en cuanto concierne á las ciencias físicas. A trueque de recordar al sabio director de nuestro observatorio físico-meteorológico, suframos el vernos amenazados de la organizacion, de la reglamentacion y de la anulacion comtista. Concluyamos, pues, deseando que el Sr. Poey lleve á buen término su obra, y que nunca jamás se realicen sus predicciones.

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

Habana, 19 de Febrero de 1878.

ESCRITORES CUBANOS.

Anselmo Suarez y Romero.

(CONCLUSION.)

De esta *Coleccion* escogia Villaverde el artículo titulado *El Guardiero*, que calificaba de *obra maestra* de Anselmo Suarez y Romero. Se publicó por vez primera con este título en la *Revista de la Habana* é inspiró á nuestro pintor Juan Jorge Peoli uno de sus más bellos cuadros. En Diciembre de 1843 escribió aquel este artículo para el *Bazar literario*, pero no apareció sino en el *Faro Industrial* con el título de *Un paseo por la tarde.*

Luis F. Mantilla en su *Série de libros de lectura*, impresa en Nueva York en 1867, insertó varios párrafos del mismo. D. José Domingo Cortés, en la coleccion de prosistas americanos, publicada en 1875 en Paris, reprodujo este artículo. Varios periódicos de la Isla á su vez lo reprodujeron.

José S. Jorrin recordaba leyéndolo, las escenas descritas en Pablo y Virginia por B. de Saint-Pierre.

José A. Echeverría escribió lo siguiente acerca de este cuadro:

«Puedo decir con toda ingenuidad que es bellísimo, y que me da lástima de Cuba, porque revelándose en los escritos de Suarez, ingenio, y más que todo, *ingenio poético*, y una delicadeza inimitable de estilo, no se conquiste el nombre de poeta cantando en verso, ni dé rienda suelta á su inteligencia en alguna obra de fuste aunque sea en prosa, que siendo suya, no podrá nunca llamarse humilde.»

Ved como pinta al *Guardiero y su bohio.*

«Dejé precipitadamente la guardaraya de palmas y naranjos, y entré en una de las de cañas bravas. Una sombra triste habia debajo de ellas, y á su fin, en el limpio

donde estaba el bohío del guardiero, se veía una mancha rojiza del sol, que en medio de tanta obscuridad me parecia la poca luz de esperanza que en sus dias nebulosos alumbra la vida de algunos hombres. El guardiero con su gorro de lana en la cabeza, apoyado en un alto baston de caña brava, encorvado con el peso de los años y de los trabajos que desquician más la vida que los años, hallábase de pié junto á la puerta de su bohío. Un monton de gallinas le rodeaba, y él, llamando á las que aún no habian llegado, desgranaba una mazorca de maiz. De vez en cuando se agachaba y seguia desgranando, algunas gallinas hambrientas le saltaban á los hombros, otras venian á comer casi en sus manos, él entonces extendia velozmente el brazo, cogia por las patas á alguna, se desparramaban todas las otras, y luego volvian á su derredor. Un perrito flaco, de aguzado hocico, manchado de blanco y negro, de orejas paradas, ladraba desde la puerta, á la cual estaba atado con un arique; unas veces impaciente saltaba para correr, otras se sentaba, ahullaba, descansaba un instante la cabeza entre las patas, y al cacareo de alguna gallina, volvia de nuevo, saltando de improviso, á ladrar con más fuerza y petulancia que ántes. Desde la corta distancia á que me hallaba divertíame en observar estas cosas, sino nuevas para mí, muy acordes al ménos con los sentimientos que embargaban enteramente mi alma. Con mis piés, por más ligero que anduviese, sonaba el pajonar de las cañas bravas; en cuanto aquel perrillo vivaracho y arisco me atisbase, de seguro comenzaria á ladrar, azorado el guardiero volveria la cabeza, y al ver á un blanco, á uno de sus amos tan cerca, otros quizás serian sus movimientos y palabras. Era necesario contemplarlo sin que él se apercibiese de mi presencia. era menester dejarlo libre al lado de su negruzco bohío, acallando el incesante ladrar de su fiel y único compañero, entre sus gallinas, no apagar ninguno de los colores, con que así, en medio de tanta soledad, con sus canas, su gorro de lana, sus sandalias de cuero crudo, sus pantalones y camisa de rusia, su baston de caña brava, hablando solo, ó con el perro, ó con las gallinas, era sin embargo el alma de aquel cuadro interesante.....

..... El sol se estaba poniendo á la sazon, sobre el limpio abierto enfrente del bohío alumbraba todavía como el dudoso resplandor de un incendio, y aquí y allí veíanse largos listones de sombra producidos por los troncos de las palmas. En el bohío, vara en tierra, fabricado al pié de un frondosísimo jagüey que se levanta orillas del rio, casi á oscuras ya, percibíase como un fuego fátuo la pálida claridad de la llama que en ellos arde perennemente, y cuya luz iba tomando por momentos un color más vivo. En el limpio no habia ni una yerba siquiera, porque el guardiero muchas veces, ántes de comenzar ó despues que acababa de tejer canastas, le daba una mano con el machete, y todos los dias lo barria con una escoba de palma. La tierra allí era muy bermeja, y mucho más lo parecia por la verdísima yerba que circundaba el limpio. Este se halla rodeado de algunas palmas, de un bosquecillo de cañas de güin, y no léjos se deslizan las azules aguas del rio. Las hojas de aquellas, estremecidas de vez en cuando por el soplo de la brisa, formaban un patético murmullo, que hacia más dulce el lejano y sordo resonar de las cascadas. A ocasiones sucedia á tan deleitable concierto un silencio sepulcral, y solo se escuchaba el ruido leve de alguna hoja que cayera tropezando con las ramas, imágen triste de cómo nuestros dias se van desprendiendo del árbol de la vida; y luego de repente tornaban los murmullos tan suaves, tan melancólicos como los acordes de un arpa.»

Despues de haber estado largo espacio de tiempo observándole sus más insignificantes movimientos, hasta que le oyó entonar aquel cantarcillo que junto con el sonido de las hojas del jagüey, el del rio, el de las palmas y cañas, formaban un concierto tristísimo de tantas armonías reunidas que

inútilmente se buscaria en otras partes; concluye así con esta magnífica invocacion á las noches de su patria:

«Pero levantemos la pluma, amigo mio. Las canciones del trapiche han cesado, y seguramente es media noche y han mudado el cuarto de prima. Abro la ventana y miro para el batey ¡qué hermosa noche! Noches arrobadoras, expléndidas, yo os amo más que mi vida. Noches de amor, dulces noches ¡cómo se desliza la vida con vosotras, cómo se espera con vosotras, cómo inspirais inocencia! Luceros, estrellas, luna, alumbrad! Nubes blancas de gasa, corred, que yo me embebezco contemplándoos. Murmuren tus hojas, mango frondoso, rosas de Alejandría, exhalad vuestros aromas. ¡Ay, noches de Cuba, yo quiero morir mirándoos!»

VI.

El artístico y elegante estilo de Anselmo Suarez y Romero ha recibido espontáneos elogios de cuantos le han estudiado, habiendo merecido por él los dictados de primer *prosista cubano*, de *armonioso hablista* y de *escritor que no ha tenido tipo anterior en Cuba.*

«El habla castellana fluye de la pluma de Suarez, dice Del Monte y »Portillo, como un arroyo limpio, fresco y de armonioso ruido, que refleja »en su linfa cristalina, ora la estrella que aparece adornando el indeciso »cielo de la tarde, ora los contornos elegantes de la palma real, ora la nube »blanca que resbala por el cielo azul turquí de los trópicos.»

Su diccion es siempre castiza y si se nota en ella poca sobriedad de adjetivos, generalmente la correccion y la pureza son admirables, prueba del depurado estudio que hizo de nuestra lengua. Puede calificarse además de poética, acaso demasiado poética para algunos de los géneros que cultivó. La prosa poética, decia Sainte Beuve, es un extremo de la prosa, cuyo uso corrompe y desnaturaliza el lenguaje. Entre los modernos escritores castellanos, bajo este aspecto es comparable el suyo al de Castelar en sus *Recuerdos de Italia.* Tambien nos vienen reminiscencias del *Atala* de Chateaubriand cuando admiramos algunas de sus pinturas de nuestros campos.

Sencillez, facilidad y naturalidad, hallaba Villaverde en su estilo, mucho candor y castidad de pensamientos, y sobre todo, tal y tan exquisito sentimiento en la mayor parte de sus artículos, que en más de un pasaje no pueden contenerse las lágrimas. «Con una imaginacion viva y poética, »añade, dotado de mucha sensibilidad, con el alma llena de fé y de entu»siasmo, no hay que extrañar que cuando ha escrito lo haya hecho siem»pre con elocuencia conmovedora, y con rasgos tales de estilo y de armo»nía de lenguaje, que ántes de ahora le han granjeado el renombre de »primer prosista cubano.»

Considerado su estilo por su propiedad, belleza y amenidad conveniente para servir de modelo, su *coleccion* se destinó por esta causa para texto de lectura en muchos colegios. El magistrado Sr. D. Gabriel Estre-

lla, juzgando en el periódico *El Reino*, de Madrid, la preciosa coleccion de poesías y de artículos en prosa publicada bajo el título de «Noches literarias en casa de D. Nicolás Azcárate,» en la cual se insertó el titulado *Escenas cubanas* de A. Suarez, se expresa en estos términos:

«En sus escritos resalta la correccion y galanura del lenguaje, de modo que se reconoce fácilmente que Suarez es de los escritores de Cuba que más han estudiado nuestros clásicos.»

En *Los Camafeos*, periódico de carácter satírico que se publicaba en esta ciudad por los años de 1865, insertó Angel Mestre y Tolon la siguiente semblanza de Suarez:

«¡Qué bien le sienta á Anselmo Suarez y Romero el sobrenombre de *Silvio Pellico cubano* con que literariamente le han bautizado algunos de sus amigos!

Ataviada de un estilo correcto y delicadísimo, advierto en cuanto escribe la idea filosófica del pensador hermanada con el santo propósito del poeta; que poeta es tambien el que desdeñando la red de la metrificacion, y

La estéril pompa de la inútil rima,

sabe desposar su alma con las escenas más bellas de la creacion, y merced á tan feliz consorcio, hace que la mente conciba cuadros llenos de luz y de vida, como los suyos de la naturaleza cubana.....

.....

Agregad á las dotes intelectuales aducidas, una imaginacion que fluctúa en las regiones de lo ideal y de lo hermoso, una alma que se cierne sobre las ruinas de lo pasado; imprimid en la frente de ese sér que imaginais, un sello de melancolía inefable; cerrad del todo su barba ennegrecida [¡ay, en 1865!]; haced orgullosa su cabeza, ingénua su mirada, pensativa su boca, agradable su conversacion y tendreis el retrato de Anselmo Suarez y Romero.»

Sus escritos contienen, segun Azcárate, «en seductoras formas, una diccion tan correcta como espontánea.» Para Navarrete y Romay su estilo severo, correcto y elegante revela todo un escritor. *Galana* y *académica* hemos dicho tambien, que llamó Villergas su pluma, al juzgar el prólogo de los *Estudios Jurídicos* de Vazquez en su *Moro Muza*.

Piñeyro notaba, desde hacía tiempo, en cuanto publicaba Suarez, un cuidado por la elegancia y propiedad de la frase, que iba siendo ya poco comun. Para él, éste escribia con esmero y conocia la lengua castellana, aunque notaba en su prosa cierta afectacion de arcaismo.

José Z. Gonzalez del Valle observaba en sus escritos siempre una misma cosa, y era, la demasiada soltura, la demasiada fluidez de sus conceptos y de su estilo, que le llevaban más allá del blanco á que aspiraba. Ya Del Monte, en 1839, hallaba tambien en su prosa una exhuberante frondosidad.

Sus pintorescas descripciones casi siempre bellísimas, en las cuales derramaba la ternura exquisita de su pecho, impregnadas las más de las veces de profundísima melancolía, luciendo ese colorido apacible y bucólico de nuestros campos, cuyo esplendor tan admirablemente supo pintar

en ellas, tienen sin embargo el defecto que ya otros habian notado, de ser demasiado prolijas. Ese excesivo apego de Suarez á describir todos los pormenores, dice Piñeyro, fatigando al lector, produce al cabo un efecto contrario á la intencion del pintor; por lo cual sus cuadros, eran para él, á menudo monótonos, por la exagerada minuciosidad de sus detalles. El mismo Suarez estimaba justa la crítica de Piñeyro.

Tambien se notan en ellos algunas repeticiones. A veces un mismo color se encuentra en dos ó más lienzos desleido de una misma manera. *La negra Ursula*, uno de los que publicó bajo el título de *Escenas domésticas en Cuba* en el *Porvenir del Carmelo*, y que se halla en su libro *La clase de dictado*, es de los que se presentaron más de una ocasion, si bien bajo forma algo variada, igual en el fondo. En el titulado *Ingenios* la descripcion del toque de los tambores y de los bailes de la negrada, está tomada de la pintura del dia de tambor en el ingenio que se hace en la novela *Francisco*, y en otros más se hallan repetidas algunas imágenes y hasta las mismas palabras. Se notan tambien las mismas repeticiones en los escritos de Castelar y en los de Bernardino de Saint-Pierre, quienes llegan á habituarse de tal modo á ciertas imágenes y á ciertas locuciones, que con frecuencia tropezamos con ellas en sus pintorescas páginas.

Y sin embargo de estos defectos, era Suarez un gran colorista y en la composicion literaria, lo que se llama un verdadero artista. Escribia con atildamiento, procurando que sus frases no disonasen á los oidos cultos, y con tal amor y tan exquisito gusto, que sus períodos tienen toda la rotundidez, expresion y armonía apetecidas, pudiendo á veces citarse como modelos de lenguaje estético. En algunos de sus artículos «Debajo de las cañas bravas» y «La música de las palmas», por ejemplo, la belleza musical de su palabra es tan conforme al asunto, tan suave y tan dulce, que llegan á nuestro oido los rumores de las ramas de aquellos árboles agitados por la brisa, siendo entonces su estilo verdaderamente *onomatopéyico*.

Jamás tomó la pluma sin sentirse afectado; y por eso casi todos sus escritos son el producto de una verdadera inspiracion, de una poderosa y rica fantasía.

Dotado de florida imaginacion, de gran memoria, amante apasionado de lo bello y haciéndole siempre reflejar en sus obras, conocedor profundo de la lengua castellana, y revelando cuanto brotaba de su pintoresca pluma su discrecion, su talento y la delicadeza de su gusto literario, fué notable entre los principales escritores cubanos.

José Domingo Cortés, teniendo presente estas dotes, incluyó su nombre en el *Diccionario biográfico americano* (1), diciendo que sus escritos habian llamado la atencion, tanto por lo fino de la observacion, cuanto por la riqueza y galanura del estilo.

---

[1] Paris 1875.

VII.

Ramon de Palma habia recogido con proligidad cuanto publicó en multitud de periódicos, reuniéndolo en cuatro volúmenes que se confiaron á Rafael Mª de Mendive para que hiciese la edicion completa de sus obras. Dos de ellos estaban destinados á las poesías y los otros dos á las composiciones en prosa.

En 1861 apareció el primero en la imprenta del Tiempo con un prólogo de Anselmo Suarez y Romero.

José A. Echeverría aconsejó á Mendive que éste fuera quien lo escribiese, pues ningun otro, le decia, «podria hacerlo con esa delicadeza de »sentimiento, con esa suavidad de tintes que embellecen sus escritos, los »cuales siempre me ponen triste, prueba inequívoca de que conmueven la »parte más elevada del alma, á donde habrá Vd. observado que casi nun»ca llegan las vibraciones de la alegría.»

Es justo decir aquí que si solamente se publicó el primer tomo de las obras de que hablamos, no fué por negligencia de Mendive, sino á causa de que éste no pudo sacar ni con mucho los gastos de impresion. ¿Dónde estarán hoy los otros tres volúmenes? preguntaba desconsolado y presintiendo su completo extravío, Suarez.

El prólogo lo leyó éste á sus amigos Zambrana, Desvernine y Mendive, cuando todavía se hallaba manuscrito. Impreso ya, volvió á leerse una noche en casa de este último, punto á que acudian siempre los que sabian apreciar en su verdadero valor las obras del talento y de la fantasía. Unos decian que era magnífico, otros que hacia honor á los sentimientos de su autor y lo aplaudian por la pureza de la diccion, conviniendo los más en que era lo mejor que habia salido de su pluma.

Hé aquí cómo el Director de la *Revista Habanera* compendiaba dicho prólogo:

«El estilo de Suarez en esta carta conserva el tipo que le es peculiar; su diccion en lo general es correcta y fácil; sus reflexiones aparecen á veces mezcladas con esos rasgos melancólicos y floridos que tanto abundan en todas sus obras. Es una carta dirigida al poeta editor de las obras de Palma, en la que le habla detenidamente de varios asuntos que han tenido relacion con la historia literaria de Cuba desde los dias de Del Monte hasta el presente. Despues de una poétiea y sentida introduccion dedica el Sr. Suarez largas páginas á la apreciacion de los méritos y talentos de Del Monte que tanto influjo ejerció en los jóvenes escritores que se reunian en su casa; trata de seguida de circunstancias particulares en que pudo estimar en su verdadero valor las dotes morales é intelectuales que sobresalian en Palma, y emite su opinion sobre el carácter de sus producciones, concluyendo con algunas observaciones en que procura probar que los adelantamientos industriales léjos de acortar el vuelo del pensamiento lo favorecen, é indica que la instruccipn de nuestra época, que no está tan circunscrita á un corto número de individuos como años atras, promete dar buenos frutos; bien que los hombres de hoy no pueden compararse con los que les precedieron.»

Despues de haber resumido de esta manera el mencionado *Prólo* penetra el Sr. Zenea en el terreno de la crítica haciendo algunas servaciones acerca de varios pasajes del mismo con los cuales no estaba acuerdo, habiéndolas hecho tambien algunos otros que se creyeron alu dos en la asercion final del citado escrito.

«A los pasajes en que me impugnaba Zenea, nos dice Suarez, y á las reflexion que otros me hicieron cerca de diferentes puntos, me pareció conveniente contesta Verifiquélo en una larga carta que el 11 de Setiembre de 1862 dirigí á Mendive, que, junto con las réplicas de mis adversarios verá la luz algun dia. Mi contestacion escrita casi toda á la memoria, y sin consultar apenas ningun dato, podrá adolecer d errores; pero siempre servirá para demostrar, que si despues de las reformas que desd 1842 se han ido introduciendo en nuestro plan de estudios, contamos hoy con un multitud de hombres en general más instruidos que los que aprendieron ántes qu aquella fecha, entre éstos hubo varios que no desmerecen al lado de los primeros; tambien unos cuantos que ni siquiera han sido igualados todavia.»

La *Contestacion á los impugnadores del prólogo escrito al frente de lo obras de Ramon de Palma*, consagrada al objeto que su título claramente expresa y á demostrar que algunos de aquellos hombres que estudiaro ántes de la reforma del plan de estudios del 42 no han sido igualad todavia entre nosotros; es uno de los libros más interesantes y mejor escr tos de Anselmo Suarez y Romero. En él se encuentra toda la historia l teraria de Cuba, que ya no será dado escribir sin venir á beber en ta copiosa fuente. Su lectura nos recuerda «la severa y prepotente lógica d »Saco, esa lógica inflexible y grandiosa con que ha rendido siempre á t »dos sus adversarios», que tanto enalteció su querido amigo Suarez y qu en dicha obra demostró no haberla olvidado, porque es un modelo de r busta dialéctica y de correccion y elegancia en la frase.

Uno de los más distinguidos jóvenes perteneciente á los estudiante de la época posterior á la reforma universitaria, le escribia así: «Pue do decirle á Vd, con sinceridad que no vacilaria un instante en pone mi firma al pié de todo lo que manifiesta Vd. en ese libro. No encuentr mejor modo de expresarle que estoy de acuerdo completamente en toda las ideas y apreciaciones.» Lo cual demuestra que el libro de que habl mos, léjos de ser una diatriba contra el progreso y de servir de desalient á la juventud estudiosa de nuestros dias, es un incentivo constante qu poniéndole á la vista, lo que unos cuantos hicieron con tan escasos medic de difusion, la excita á estudiar alentándola para que en medio de los po derosos recursos con que hoy cuenta la instruccion, llegue á aprovechars de ellos, elevándose á la altura de los primeros. «Si el hecho depende, con »tinúa el sobredicho jóven, de causas que conviene remover, y que pode »mos remover, entonces Vd. ha hecho una importante revelacion, y gran »demente animadora á nuestra juventud. Yo me atrevo á adelantar, qu »la razon de que no haya hoy quien prometa llegar á ser lo que era Vare

» la, está pura y simplemente, en que *no se estudia, ni se sabe estudiar.*
» Hay que empezar por persuadirse de que no se sabe nada, para comenzar
» á estudiar filosofía, y eso es *rara avis;* y hay que continuar por estudiar,
» y meditar mucho, mucho, mucho; sin distraerse en pleitos y negocios.»

En el *Prólogo* se destaca admirablemente la elevada personalidad de Domingo Del Monte y se pintan su influencia en nuestra literatura, la irradiacion de sus opiniones y sentimientos, y aquellas tertulias que constituian una especie de academia, en la que sólo regian las leyes del buen gusto, y que Suarez nos describe de la siguiente manera:

«Cada cual leia la obra que habia escrito, leíase á presencia de unos cuantos amigos, discutíase libremente sobre sus bellezas y defectos, introducíanse en ella las correcciones convenidas, llevábase á la prensa, y se tornaba despues á examinarla muchas veces en la repeticion de aquellas gratas conferencias. Allí concurria Valle, mozo imberbe todavia pero prodigio ya por su encumbrada capacidad, por su arrebatadora elocuencia y por lo inmaculado de sus afectos y costumbres; que así estudiaba las leyes y la filosofía como las ciencias naturales y la literatura; que se atrevia á entrar en recias lides con el hombre más grande de nuestra patria; que escribia novelas, versos, memorias, informes, disertaciones; y que en lo más florido de sus años murió víctima de su frágil constitucion y de sus incesantes trabajos intelectuales. Allí concurria Echeverría, cuya aplicacion nos aguijoneaba á todos; muy dado á los libros económicos é históricos; poeta más bien de arte que de inspiracion, pero castizo y acicalado prosador; primero director de dos colegios, y despues administrador, aunque sin abandonar nunca el cultivo de las letras, de la más opulenta de nuestras compañías de caminos de hierro. Allí concurria Villaverde, que con fresco colorido trazó bellísimos cuadros de costumbres y de la naturaleza cubanas, y escribió algunos volúmenes de novelas; espíritu observador y analítico; viviendo del magisterio y del producto de sus obras; conocedor del idioma castellano, si bien amenudo por querer acordarse demasiado de los clásicos, aprisionaba el pensamiento en términos y giros desusados; y derramando ahora lágrimas en tierra estraña cada vez que se acuerda de la suya. Allí concurria Cárdenas y Rodriguez, de instruccion poco comun, desenfadado al par que decente escritor de costumbres, castizo en la frase, distinguido fabulista, y, más modesto y retraido de lo que á su perspícua inteligencia cuadra y de lo que á las letras y á la patria conviene, sumido hace años en lúgubre silencio. Allí concurria el médico Zambrana, cultivador de muchas ciencias; escritor distinguido en prosa y verso, si bien perjudicándole amenudo, para la precision y la elegancia, la facilidad con que corre su pluma: y hombre no ménos notable por su talento que por su alemana estudiosidad. Allí concurria Betancourt, prosista y poeta, aunque señalado sobre todo por sus artículos de costumbres, en los cuales, sin embargo, suele, apartándose de la verdad, caer en las exageraciones de la caricatura. Allí concurria Jorrin, nunca en sus pálidos versos enardecido por el sagrado fuego de la inspiracion, pero atildado prosador, y más amigo de estudiar en las literaturas extranjeras, principalmente en la alemana y en la italiana, que de trasmitir al papel el resultado de sus excursiones intelectuales. Allí concurria Govantes, que en las leyes parecia poder llegar con el tiempo casi á la altura en que se habia colocado, y adonde ningun jurisconsulto ha subido ni antes ni despues entre nosotros, su hermano José Agustin. Allí concurria, ya en sus viajes, ya por medio de una correspondencia constante, el grande Milanés: aquel Milanés, que despues de habernos asombrado con las modulaciones solemnes de su lira, en donde junto con el vate que se arroba ante la belleza, se vé al filósofo que acordándo-

se siempre de los otros hombres, solloza amargamente ante la miseria y los vicios, nunca pierde la esperanza, trabaja sin tregua por la enmienda, y aconseja el valor y la lástima; aquel Milanés, duro algunas veces en la construccion de la frase, otras injusto hasta en sus gritos de dolor á causa de la misma egregia índole de su alma, otras descendiendo, por el afan de querer pintar la verdad, de las ideales regiones de la poesía á las realidades de la vida, y otras sembrando el desencanto y la postracion con los desgarradores ayes de su laud; aquel Milanés que nadie puede leer sin sentir y sin meditar á un propio tiempo; aquel Milanés que conocen y aprecian los meditabundos germanos; aquel Milanés, que despues de haber dejado en su rápido curso una brillante estela que nunca se apagará, vive ahora sin saber cómo se halla su patria, indiferente á la suerte de los hombres, huyendo de ellos, huyendo de los libros, huyendo de sus amigos, inmóvil en un rincon semanas enteras, no acordándose siquiera de alimentarse, en la misma ciudad que con su génio ilustró, bajo el mismo cielo, al lado del mismo mar, de los mismos rios, de las mismas mujeres que se conmovian leyéndolo; aquel Milanés que hoy, con pasos inciertos, distraida la mirada y los modales desmañados, camina por aquellas calles y paseos, por donde en un tiempo cruzaba con las ilusiones de la juventud y de la poesía, siendo objeto para todos de profundísima lástima. Allí concurría, tocando humildemente á la puerta, y solo sentándose á fuerza de vivas instancias, Manzano, cuyos apuntes autobiográficos, traducidos en la lengua inglesa, son un modelo de narracion sencilla y pintoresca, y que, mal poeta dramático, fué eminente poeta lírico, si bien su musa necesitó para prorrumpir en melodías severas y tiernas, no la claridad de los dias apacibles, sino la lobreguez de las noches tempestuosas, porque apenas en virtud de una noble suscricion trocó las cadenas del cautiverio por los dulzores de la libertad, nunca más volvieron á resonar en su laud cantos ningunos semejantes á los que abrumado de congojas habia exhalado. Allí concurria Plácido, de inspiracion ménos sostenida y ménos pura y ménos ingénua y ménos ideal que la de Manzano [1], aunque demostrando donde quiera más saber y más artificio; poeta inclinado á la lisonja; entre cuyas obras hay un romance que puede sostener el paralelo con los mejores escritos hasta ahora en la lengua castellana; y que, tan pronto espléndido como pálido, siempre lo he comparado á los relámpagos con que se encienden por instantes las nubes de una borrasca.»

En las anteriores líneas se dejan bosquejadas las semblanzas de algunos de los concurrentes á aquellas célebres tertulias, y en la *Impugnacion* á que nos hemos referido, se acentúan más, convirtiéndose en verdaderas biografías, que á su vez constituyen una série de trabajos críticos «suaves en la forma y de acrisolado gusto en el fondo», como Suarez nos dice que eran las críticas de Del Monte. La figura de éste queda completada en tan precioso libro, en que se propuso aclarar cuanto tiene relacion con el movimiento intelectual de esta Antilla, tributándose el debido homenage al mérito de algunos de sus hijos.

Es un complemento digno de ese concienzudo *Prólogo*, que en concepto del entendido literato Cárlos Navarrete y Romay, por lo bien pensado y bien escrito, es lo mejor que ha salido de la pluma de Suarez. Ese era, para el mismo, su verdadero terreno, por lo cual con fundado motivo, le

---

[1] En alguna parte de sus escritos posteriores, confesó Suarez que era exagerada la superioridad que aquí daba á Manzano sobre Plácido.

pedia que escribiera una obra de importancia: la historia de la literatura cubana.

Escogiendo materiales, acumulándolos y poniéndolos en órden, este libro y algunos otros escritos de Suarez, servirían de base para formar esa historia, que aún no ha sido escrita y que nadie mejor que él hubiera legado á sus compatriotas ávidos de conocerla. Amigo y discípulo de Del Monte, en su casa entró en amistad con cuantos entonces cultivaban con lucimiento las letras: allí se formó él tambien: allí adquirió aquel exquisito gusto literario que siempre resalta en todas sus producciones; allí aprendió á examinar el fondo y la forma de los libros que iban apareciendo y á descubrir sus tendencias; allí empezó tambien á admirar lo bello, «á »seguir con anhelante interés la vida de los hombres que se distinguian »en el mundo literario», y finalmente, al lado de aquel culto é inolvidable humanista, adquirió sólida y extensa instruccion. ¿Qué más elementos necesitaba para emprender la obra que le pedian sus amigos? La posteridad se lamentará siempre de que no se lo hubieran permitido las abrumadoras cargas que sobre su existencia gravitaban.

VIII.

En 1864 escribió Anselmo Suarez y Romero para la *Ofrenda al bazar de la Real Casa de Beneficencia*, su celebrado artículo *El Cementerio del ingenio.*»

En 1873 se reprodujo en el *Mundo Nuevo de Nueva York* con la siguiente introduccion:

«Este artículo es una pintura embellecida é interesante de la esclavitud africana y la vida del campo en Cuba; pero la abundancia de términos locales y puramente cubanos que contiene, lo hace un curioso ejemplo de lengua y literatura hispano-americana, por cuyo motivo lo recomendamos especialmente á nuestros lectores.»

El editor de aquella preciosa coleccion de poesías y artículos en prosa, decia, que en su libro lucia la suya Anselmo Suarez y Romero, «el escritor »correcto, cuyo pincel soberbio sabe siempre encontrar el mejor tono para »llorar una desgracia de la patria, ó para ensalzar las mil bellezas de »nuestra naturaleza.»

Es uno de esos escritos que tanto por el fondo como por la forma, constituyen un conjunto bellísimo. Su lectura causa en nuestro espíritu una emocion profunda, haciéndonos derramar abundantes lágrimas. ¿Puede haber páginas más elocuentes y desgarradoras que esas pequeñas biografías del anciano Pedro, de la mulata Dorotea, del calesero Cárlos, del mina Rogerio y de la infortunada Gertrudis? Los lectores de la REVISTA, que acaban de ver reproducido en ella tan magnífico artículo, habrán podido juzgarlo y se convencerán de la exactitud de este aserto. Pero no presteis atencion á nuestro desautorizado juicio, oígase el de otro más

competente. José Silverio Jorrin, atildado prosador y de variada er dicion manifestaba que esa obra le agradaba tanto, que la consid raba como la mejor de cuantas habian salido de su pluma. «Es una s »rie de cuadros, agrega, llenos de verdad, de melancolía y de vibrado »emocion; cuadros que entristecen y cautivan, que dicen más al coraz »que á los ojos, que trasportan el alma fuera de los lindes de los mater »les intereses, y la llevan á reflexionar y fortificarse en los grandes y sev »ros principios que constituyen el ideal de la civilizacion dentro del cr »tianismo.»

En nuestro concepto, este artículo es un modelo en el género descr tivo, en el cual siempre es dificil dejar de incurrir en la monotonía frialdad que produce la pintura de los espectáculos de la naturale cuando no va acompañada de la expresion de los sentimientos que su co templacion ha causado en el ánimo del que escribe. *El Cementerio del genio*, no es la pintura material de este tristísimo lugar: es toda la his ria del trabajo forzado y de sus indescriptibles amarguras.

IX.

A pesar de que el mismo Suarez nos diga que fué un mal estudia de derecho, porque su aplicacion á los códigos y á los expositores de doctrinas jurídicas se señaló por frecuentes y prolongadas intermitenc y trate de demostrarlo; prueba lo contrario el aserto de su condiscíp Jose Zacarías Gonzalez del Valle.«Suarez habia estudiado en su juventu »derecho, nos dice éste, no limitándose á considerar las leyes como un p »frio de los gobiernos, ni como una artificiosa red de los legisladores; s »que subiendo más alto, ayudado de Compte, comprendió que habia u »ciencia de donde emanaban los fundamentos y reglas del arte y que est »ba en la esencia misma del hombre, en sus necesidades de toda especi »ejerciendo estas su influjo sobre su libre actividad, segun la cultura y m »dios que los pueblos alcanzan.»

El año de 1837 fué bachiller en esa ciencia, pero la necesidad de atend sin descanso á los bienes de su familia, fué la causa de que su voz no escuchara jamás en los tribunales, ni pedimento ninguno autorizado p él, con el carácter de letrado, se hubiera allí leido.

Convencido de lo incompleto de los estudios que conforme al antig plan pudo hacer y que se reducian al derecho civil y á algo del roma asistió á academias privadas, entre las cuales hubo una que duró seis añ y fué la que tuvo en su casa el malogrado José María Calvet, en don todas las tardes se reunian varios estudiantes á aprender los ramos que l nuevos reglamentos universitarios exigian para poder desempeñar la ab gacía. En su libro inédito, *Contestacion á los impugnadores del Prólogo á obras de R. de Palma*, nos ha dejado un elegante trozo en que nos pin

la manera cómo allí se estudiaba y nos permite contemplar las semblanzas de los Govantes, Allo, López y Jorrin, sus concurrentes más asiduos.

Fué tambien alumno de la Academia de práctica forense y asistió á las clases de economía política que dieron simultáneamente en 1841, el uno en el colegio de San Cárlos y el otro en la Real y Pontificia Universidad, Antonio Bachiller y Morales y Ramon de Armas, «*entusiastas cultivadores de aquella ciencia y fervidos proclamadores de la libertad de cambios.*» En la misma Universidad estudió derecho canónico. Oyó el memorable curso que sobre derecho mercantil explicó en el Liceo José A. Cintra.

En diversas ocasiones, despues de haber cerrado como para siempre los libros de derecho, tornó á hojearlos con el fin de prepararse para alcanzar la licenciatura, incorporándose en una academia que varios de los alumnos más aplicados de la Universidad tuvieron, primero en casa de Alejandro María López, y despues en la de José R. Izquierdo. Allí le tocó explicar como fingido catedrático las asignaturas de derecho mercantil, procedimientos y economía política. [1]

A instancias de su íntimo amigo José I. Rodriguez, decidió al fin graduarse de Licenciado en derecho civil y canónico, habiendo sido brillantísimo su exámen. Copiamos lo que acerca del acto publicó *El Siglo:*

«El lúnes 30 de Abril de 1866 se efectuaron en el aula magna de la Real Universidad los ejercicios para el grado de Licenciado en la facultad de Derecho civil y canónico de nuestro amigo el elegante, correcto y profundo escritor D. Anselmo Suarez y Romero. Inútil es decir que en los brillantes ejercicios del Sr. Suarez el resultado correspondió perfectamente con lo que constituye la aspiracion más elevada del profesor y del alumno. La nota de *sobresaliente* que los señores Jueces le decretaron sin titubear, comprueba nuestro aserto.»

El domingo siguiente (6 de Mayo del mismo año de 1866) tuvo lugar la ceremonia de la investidura. Su discurso de ciencia, «*acaso el de tendencias más liberales que se ha oido en la Universidad,*» versó sobre el siguiente importantísimo tema económico: *¿Los medios de subsistencia no pueden aumentarse con la misma rapidez que la poblacion?* Fué escuchado con las más visibles muestras de aprobacion. «Y las merecia bajo todos conceptos, así por la pureza de la doctrina, como por la brillantez del estilo y magnificencia de los cuadros que con mano maestra habia trazado.» (Son palabras del artículo de *El Siglo.*)

Dicho discurso fué publicado por este periódico y tambien por *La Idea*, que dió cuenta en sus columnas de los ejercicios que precedieron al grado, en estos términos:

---

[1] Carta I. Introduccion á los Estudios Jurídicos de Andrés C. Vazquez. Pormenores relativos á mi grado de Licenciado. Juicios sobre mis obras. (inédito).

«El distinguido literato y escritor concienzudo, no era ni podia ser un adocenado estudiante de Derecho. En sus exámenes dió pruebas de sus buenos y sólidos estudios jurídicos, mereciendo del jurado la más elevada de las calificaciones, que por unanimidad le discernió. Recibió después la investidura correspondiente, ante una concurrencia ilustradísima y numerosa, leyendo un notable discurso sobre las subsistencias, en que dió á conocer los puntos que calza en materias económicas.»

Todos estos antecedentes servirán para apoyar el juicio que hemos aventurado. Anselmo Suarez y Romero, apartado del foro por la tirana necesidad á la cual sacrificó su juventud y su porvenir, habia estudiado el derecho profundamente como acaba de verse, y hubiera podido ser uno de nuestros más eminentes jurisconsultos. Sin vocacion por la abogacía, que es la práctica, amaba la jurisprudencia, que es la teoría. Ahí están sus textos llenos de innumerables anotaciones en sus márgenes, sus lecciones extractadas, sus escritos en los variados y complicadísimos asuntos de su familia, que siempre autorizaban letrados amigos, sus informes anuales sobre el estado de los bienes comunes, ahí están, en fin, sus once cartas que sirvieron de introduccion á los *Estudios Jurídicos de Andrés C. Vazquez*, sus cuestiones con el Ayuntamiento de Güines, las que sostuvo con motivo del aprovechamiento de las aguas del Máyabeque y su ilustrada polémica en las columnas de *El Siglo*, con Rafael Morales y Gonzalez, sobre la autoridad legal del Código de la Novísima Recopilacion.

Con la misma aplicacion y con el mismo fervoroso entusiasmo de la adolescencia, continuó Suarez estudiando las asignaturas del período del doctorado con ánimo de recibir esta distincion académica, y siguiendo las aspiraciones de toda su vida, dejar oir su prepotente y elocuentísima palabra, raudal inagotable de consuelo y de esperanza, desde las cátedras de nuestra Universidad. Sensible es que no se hubieran realizado sus deseos, proporcionando así dias de gloria á nuestro primer instituto de enseñanza.

Su carrera, que le abrió nuevos campos donde consagrar su actividad en gloria suya y provecho del pais, no fué segun hemos dicho ya, practicada por él. Tropezó de nuevo con el obstáculo con que siempre tropezaba: la necesidad de sacrificarse por su familia, que amaba con delirio. Pero ¡cuántos letrados, sin embargo de amar tambien á su familia y de no abandonar sus negocios particulares, ilustraron nuestro foro! Este cargo se ha dirigido muy frecuentemente á Anselmo Suarez y Romero, cuya vida era preciso haber conocido en todos sus pormenores íntimos, para comprender lo injustificado de esa imputacion. Es cierto que hombres de su importancia se deben á la comunidad, que en ellos funda justas y legítimas esperanzas; pero tambien lo es, que si Suarez no sirvió á su pais como jurisconsulto, ni como catedrático de su Universidad, pocos escritores tan elegantes y castizos han pintado cual él sus bellezas físicas y sus dolores morales.

X.

En 1868 publicó sus *Estudios Jurídicos* el jóven letrado Andrés Clemente Vazquez. precediéndoles, como *Introduccion*, once cartas de Anselmo Suarez y Romero, en las cuales emite este escritor su juicio sobre los artículos que forman el libro.

La Prensa de la Habana juzgó muy favorablemente dichas cartas, que ostentan, segun dice, cabal conocimiento del idioma, y á la par, de las modernas necesidades del mismo.

El *Diario de la Marina* dijo que no vacilaba en dar la preferencia, entre todos los trabajos de Suarez, á esta introduccion á los *Estudios jurídicos*, en que se muestra crítico imparcial y frio razonador.

Dichas cartas, fechadas en el *Ingenio Surinam*, examinan las cuestiones jurídicas de que se ocupan los *Estudios*, con aquella proligidad que es característica de Suarez. En la segunda hay un admirable párrafo dedicado á contener el desbordado entusiasmo del autor por el progreso, grande y laudable en sí, pero que le conduce al extremo de sentar utópicas conclusiones. Suarez no puede ménos de reconocer que la humanidad obedece siempre á la ley de su perfeccionamiento, y eleva himnos en loor de todas las brillantes conquistas que ya se han obtenido; pero al mismo tiempo confiesa «que lejos de haberse llegado al venturoso término por todos anhelado, hay una infinidad de motivos porque derramar copiosas lágrimas, »pues existen aún la injusticia y la iniquidad sobre la tierra.» El referido brillantísimo trozo se lee con efusion, y en nuestro concepto vale por todo lo demás de la *Introduccion*. ¡Qué elocuencia! ¡Qué fluidez y qué correccion de estilo! Y sobre todo ¡qué pasmosa erudicion! Si no pecaramos ya de demasiado extensos, lo transcribiríamos aquí íntegro: nos conformaremos con recomendar su lectura, particularmente á aquellos que no han estudiado los escritos de Suarez con elevado criterio y la aptitud necesaria para juzgarlos.

La carta novena, que habla de la administracion de justicia en Cuba, es de un interés de actualidad para nuestro foro, y todo aquel que conozca los obstáculos que se presentan en la práctica de los tribunales, por entender unos mismos jueces en los asuntos civiles y en los procesos criminales, habrá de conformarse con estas ideas.

Por último, la undécima se consagra exclusivamente á demostrar que los elogios tributados en todo tiempo por él al eminente jurisconsulto José Agustin Govantes, eran justos y merecidos. Con tal motivo nos dejó escrita una completa biografía de aquel sábio catedrático de derecho del Seminario, pintándonos, de la manera que le es peculiar y que él solo ha sabido hacer entre nosotros, la época en que hizo sus estudios, el estado de la enseñanza entónces, su arrebatadora elocuencia, y la revolucion que

causó en el estudio del derecho en Cuba. Cuando comienza á relatar su vida de jurisconsulto, traza un paralelo entre éste y el abogado, digno de meditarse por cuantos vestimos la honrosa toga.

A pesar del mérito intrínseco de esta correspondencia, y sin embargo de que brillen en ella trozos escogidos en que campean la riqueza y galanura del estilo, comprendemos que no todas las cartas están escritas con aquel arte y aquel amor á la perfeccion de la forma, que se reflejan en otras composiciones de Suarez. Bajo este aspecto, la crítica que de esta produccion hizo Piñeyro en el *Ateneo*, es severa é imparcial, pues con justicia dijo que en su estilo revelaba algun descuido el autor, y que no de otra manera se explicaban para él, el uso de ciertas frases y lo desapacible y vulgar de su construccion.

XI.

En el mismo periódico *El Ateneo* y con motivo de ese mismo juicio de los *Estudios Jurídicos*, habló Enrique Piñeyro de los *Cuadros campestres* de Anselmo Suarez y Romero, manifestando que siempre le habian parecido *un tanto frios y un tanto afectados*, no por defecto del talento literario de aquél, que desde luego reconocia, sino porque su posicion personal, al escribir sobre el tema especial que constituye el carácter de la mayoría de sus escritos, era bastante violenta y no poco incomprensible.

El curso de los acontecimientos nos ha conducido insensiblemente á hablar de este período de la vida de Anselmo Suarez y del doloroso incidente de su polémica con Piñeyro.

No siéndonos posible tratar la cuestion con el debido desenfado, diremos únicamente que Suarez, en su libro inédito *Juicios sobre mis obras* dejó hecha su defensa, condensada en el siguiente párrafo de una carta que dirigió á su querido amigo el probo é ilustrado jurisconsulto Doctor D. Antonio Gonzalez de Mendoza:

«Yo no esperaba, no, la declaracion de que nunca he pecado; pero sí que se atendiese á mis intermitencias de virtud. Durante treinta años mi lástima ha brotado como las flores que suelen aparecer en las áridas rocas de una montaña.

»Desde que tenia veinte años la suerte de ciertas criaturas desventuradas me ha arrancado algunas lágrimas. Se las he hecho tambien derramar á mis compatriotas.»

XII.

Suarez amaba con predileccion la ciencia de Adan Smith y de Federico Bastiat. Por los años de 1841 asistía á la cátedra de economía política que tenia á su cargo Ramon de Armas en la antigua Universidad. Allí oyó muchas veces la palabra del caloroso Bermudez, las disertaciones del malogrado hijo de Arango, las profundas observaciones que sobre los ban-

cos hizo Valiente, y como él mismo nos refiere, allí examinó en franco debate, *si en las grandes heredades cubanas podria substituirse el trabajo obligatorio por el trabajo libre* (1).

Desde entonces siguió, en compañía de Valle, cultivando con verdadera fruicion esa ciencia moderna que tan bien llegó á conocer, como lo demuestran los *Elencos* que formó para la clase que daba á unas discípulas suyas, su discurso sobre subsistencias en el acto de su investidura de licenciado en derecho, de que hemos hablado, y las frecuentes reflexiones económicas de que están salpicados no pocos de sus artículos de costumbres.

Los primeros se hallan inéditos en su precioso tomo sobre *Educacion*, y aunque este género de trabajos se considere para muchos de escaso mérito, si se tiene en cuenta que constituyen el sumario de los conocimientos del autor en el ramo que analiza y la forma original hasta cierto punto de la exposicion, se convendrá en que lejos de ser descarnados índices, á veces son la condensacion científica de uno de los variados ramos de nuestros estudios. El elenco de economía política á que nos referimos, no es un mero extracto formado con un texto á la vista: es una série de profundas máximas y pensamientos económicos puestos al alcance de una tierna inteligencia, en que el autor luce sus conocimientos en la materia, y muchas veces nos ilustra con sus propias reflexiones aplicadas á su pátria.

Suarez fué el primer maestro que en Cuba explicó al bello sexo los rudimentos de esta ciencia, y así concluye las proposiciones de su *Elenco*:

«Los que defienden que á la mujer le está vedado el terreno de la *Economía política* y que solamente debe estudiar la *Economia doméstica*, no reflexionan que la última tiene las mismas bases que la primera; no reflexionan que todos los dias la mujer produce, cambia y consume riquezas, por lo cual debe saber las leyes que éstas siguen respecto de la produccion, de los cambios y de los consumos; no reflexionan que formando parte de la especie humana, todo lo que le interesa al hombre le interesa á ella tambien; y no reflexionan finalmente, que solo en los pueblos despóticamente gobernados es en los que se procura tener á la mujer sumida en la más abyecta ignorancia. La mujer sin instruccion se parece á un bello campo cubierto de árboles y de flores no inundados por la luz del sol.»

Ya Azcárate, en nuestra apreciable *Revista de Jurisprudencia y Administracion* del año de 1860, habia examinado con relacion á este asunto los artículos de Suarez y los recomendaba «no tanto por las bellezas lite»rarias que lucen en cada una de sus frases, como por las máximas econó»micas con que el autor ha sabido realizar de una manera deliciosa el »*utile dulce* de Horacio y concluye citando un poético y profundo trozo, »tomado del artículo *Los Bohios al obscurecer*, digno, en su concepto, de Bastiat. «Bajo los títulos que nos son más familiares y comunes, decia Ci-

(1) Crítica. Tomo I. (Inédito.)

»rilo Villaverde, ha tratado Suarez las cuestiones de más trascendenc
»importancia social, y hasta en sus escritos de menores dimensiones
»sabido elevarse á la altura de la ciencia.» Tiene razon el conocido nc
lista cubano: Suarez que era un verdadero artista literario, era por co
guiente hombre ilustrado y culto.

Donde se manifistan en todo su esplendor los conocimientos que ha
llegado á adquirir en economía política, es en su notabilísimo discurso
mencionado, leido en el acto de su investidura de licenciado en derec
Despues de combatir con mágica frase y uncion sacrosanta en su espíri
las desgarradoras teorías de Malthus, sostiene que los tesoros de la na
raleza corresponderán siempre á los nobles esfuerzos del trabajo, y den
mando en el conturbado ánimo consoladoras y vivificantes palabras,
muestra que aquellos no están circunscritos á la deletérea progre
aritmética, porque de otro modo seria incompleta la grandiosa obra
Omnipotente. Los obstáculos existentes son removibles, y á la ciencia
todas sus caleidoscópicas manifestaciones, dice, es á la que toca señalar
á fin de que, funcionando la produccion de la riqueza con su cabal en
gia, camine paralelamente á la poblacion, sin permanecer nunca qu
y sin confesarse jamás vencida. Con grande erudicion y siempre en ar
niosa prosa, expone sintéticamente cuáles son estos obstáculos y de
manera pueden removerse, constituyendo sus doctrinas un verdad
ideal de civilizacion, no muy difícil de ver realizado y al cual deben
rar todos los pueblos de la tierra.

XIII.

Anselmo Suarez y Romero no se limita solamente en sus escrito
describir con gran riqueza de sentimiento la espléndida naturaleza cu
na, su tendencia dominante es la de observar moralmente nuestras c
tumbres, inculcando en el corazon de sus compatriotas las elevadas ide
y sublimes principios predicados por el cristianismo respecto á la frate
nidad universal.

Federico Milanés, en el juicio publicado en el *Liceo de Matanzas*, c
cia que era un escritor «que habia descubierto nuevas y hermosas send
»en las vírgenes florestas de nuestra literatura, entusiasta de todo cuar
»es bueno y bello, y sobre todo lleno del más acendrado patriotismo.»

«Por variados y diversos que hayan sido los asuntos que ha trata
»Suarez en sus escritos, agrega Villaverde, se advierte sin esfuerzo, q
»en todos ellos le ha guiado un pensamiento profundo y trascendent
»acendrar el corazon de sus compatriotas, y le ha sostenido un sen
»miento único y vivificante, el amor ardiente hácia su país.»

«Alguna vez, nos dice el mismo Suarez, salia de mi alma un suspiro
»en mis desaliñados artículos, desahogaba, hasta cierto punto, el asomb

»la lástima, el amor y las esperanzas que los objetos producian en mi con»movido pecho.»

«Hay en su habla, dice Del Monte y Portillo, en sus ideas, en sus senti»mientos tanto amor caritativo á la humanidad, tanta fé, tanta uncion, »tan galanas esperanzas y tanta elocuencia, que leyendo sus artículos, ol»vidamos involuntariamente la voz desconsoladora de la experiencia, y »osamos sonreir viendo cernirse sobre nuestras cabezas bellas ilusiones de »bien, evocadas por ese poeta que consuela y conmueve.»

La índole principal de sus producciones es fijar la atencion de sus compatriotas en la desgraciada suerte de numerosas criaturas que nos rodean, despertándonos sentimientos de conmiseracion y obligándonos á pensar constantemente en la resolucion de los complicados problemas que respecto á la pavorosa cuestion del trabajo nos tiene reservados el porvenir. Por eso su *Coleccion* fué señalada para texto de lectura en algunos colegios, porque en manos de los niños, como decia el articulista de la *Revista de Jurisprudencia*, «servirá para fomentar en su pecho el patrio»tismo, que es la primera virtud de las almas bien templadas, el amor á »lo bello, que es compañero inseparable del amor á lo bueno, y la compa»sion á los desgraciados en que ha de fundarse la regeneracion de nues»tras costumbres.»

Otro notable abogado, amigo suyo, le aplaudia en cariñosa carta, las tendencias humanitarias del *Francisco*.

Y tienen la misma propension el celebrado *Cementerio del Ingenio*, el *Guardiero*, *La negra Ursula* y otros que seria prolijo citar.

Pero donde con mayor perseverancia ejerció Suarez su influencia civilizadora y filantrópica, fué en sus escritos en los *albums*, archivos de las femeniles galas, como los llamaba el gran Quintana, en que es más comun depositar alguna flor de galantería, que exhortar al cumplimiento del deber. Puede aplicárseles muy bien cuanto él decía hablando de las amenísimas cartas de Domingo Del Monte: «En todas hay un con»sejo, una exhortacion una enseñanza; en todas, hablándose en favor de »la humanidad con el entusiasmo de un apóstol, se excita á la conmise»racion; en todas se derrama á raudales la ternura de un pecho sensible »y varonil.»

La mayor parte de esos escritos permanece todavía inédita. Suarez los ha conservado reunidos en un tomo, que forma el segundo volúmen de sus *Cuadros cubanos*. El dia que se impriman sus *Obras completas* y puedan ser leidos, entónces se apreciará el verdadero valor del literato que las letras cubanas acaban de perder. Esparcidos en los numerosos libros en que fueron estampados por la mano de su autor, han ido leyéndose en el seno de numerosas familias que los conservan como verdaderos tesoros.

El fin social de sus obras literarias, su marcadísima tendencia educa-

dora, los levantados sentimientos morales que inspiran, los cristianos dogmas que difunden, y finalmente, el prestigio de su forma, hacen á Anselmo Suarez y Romero acreedor al título de primer moralista cubano, sí, conforme cree Littré, *moralista* es el escritor de costumbres sociales, y no el que solamente ha cultivado la filosofía moral.

Su último artículo fué el juicio crítico de la novela *¿Es Angel?* del Sr. D. Eduardo Ezponda, publicado en este mismo periódico, y que hemos mencionado al juzgar sus trabajos de *Crítica*. A pesar de que Suarez nos repetia constantemente que carecia de dotes para ser apellidado crítico, sin duda porque no podian ocultárseles sus sentimientos artísticos, incompatibles casi siempre con las facultades reflexivas y analizadoras del que examina una obra; en el mencionado juicio dió pruebas que demuestran lo contrario de lo que él mismo afirmaba. Son notables los pasajes en que elogia la hermosa y rica lengua de Castilla, que tan á fondo conocia y que tan verdaderamente amaba, y el otro en que manifiesta la importancia de la novela moderna.

Pero ántes que este juicio, habia escrito, á su regreso del ingenio *Surinam*, á cuya finca hacia seis años que no iba, un interesantísimo cuadro que tituló *Después de seis años*, en el álbum de la Sra. Dª Luisa Mayolino de Torre, predilecta y tierna amiga suya, aquella que con singular esmero ponia en limpio los borradores de sus trabajos literarios, ayudándonos á compartir esa grata tarea. Su estilo es tan poético, que pocos esfuerzos costó á su amigo el conocido poeta Cárlos Navarrete y Romay ponerlo en verso, con lo cual demostró una vez más, que Anselmo Suarez y Romero era un poeta que escribia en prosa.

En el fondo de dicho cuadro, dice Poey, «en extremo laudable, res»plandecen en alto grado las ideas liberales y los sentimientos humanita»rios, siendo intachable la forma y el estilo digno de una pluma cortada »por Jovellanos.»

La bellísima poesía de Navarrete, titulada *La vuelta al ingenio. Hace seis años*, que transcribiríamos aquí con gusto, si nos fuera posible hacerlo, expresa admirablemente la profunda melancolía que el cuadro de Suarez esparce en el ánimo de cuantos lo leen. Su autor iba ya subiendo, como él mismo decia en el álbum de unas distinguidas señoritas, la cuesta de la montaña y acercándose cada vez más á la cima solitaria y triste, desde donde habia de dirigir un eterno adios al espléndido valle de la vida, que abajo se extiende en lontananza: no es extraño, pues, que la contemplacion de las mismas desgarradoras escenas que toda su vida se vió en la ineludible necesidad de presenciar, sin que en sus facultades estuviera el haberlo evitado, produjera, como le dijo un amigo suyo, *aquella explosion grandilocuente de gozo y de tristeza, de sentimiento tierno y de severa reflexion que constituye su magnífico cuadro*, todavía inédito y desconocido de la mayor parte de nuestros lectores. Por la índole del asunto

que trata y por la série de reflexiones que sugiere en el ánimo de su autor, merece ser leido y seriamente meditado.

XIV.

Aunque muchos trabajos literarios de Anselmo Suarez y Romero se han publicado desde 1838 á la fecha en que murió, es mucho mayor el número de los que todavía no han salido á luz.

Hacia cinco ó seis años que, viendo acercarse su hora suprema, preparaba sus manuscritos de manera que no costase gran esfuerzo á sus editores el darlos á la imprenta. Desde algun tiempo atrás, tambien pensó en hacer una segunda edicion de su *Coleccion de artículos*, pero como es sabido, estas empresas ofrecen inmensas dificultades en este pais, donde casi nunca se agota la primera tirada de ningun libro. Sin embargo, aquella *Coleccion*, á pesar del equitativo precio fijado á cada ejemplar, y de haber sido regalados gran número de ellos á las casas de enseñanza, produjo una utilidad efectiva á su autor, citándose el caso, no solamente por su rareza, sino para demostrar la favorable acogida que desde un principio tuvieron las producciones de Suarez, que algunos juzgan todavía ligeramente y sin haber leido ni tan siquiera lo que ha dado al público.

Si sus obras completas llegan á imprimirse formarán nueve volúmenes, bajo este órden: *Cuadros cubanos*, que contendrán, el primero, la novela *Francisco* y los *Fragmentos* de la misma, y el segundo los Cuadros campestres, los de la naturaleza cubana, muchos de sus cuentos de *La clase de dictado*, y sus numerosos escritos en álbums; los cuatro tomos sobre *Crítica*, que constarán de lo publicado en su *Coleccion* sobre esta materia y biografías, el *Prólogo á las obras de R. Palma*, la contestacion á los impugnadores del mismo, y los dos prospectos que redactó para la *Biblioteca de escritores cubanos*, que con loable intencion pensó formar el Señor D. José Gutierrez de la Vega; el preciosísimo sobre *Educacion*, cuyo contenido hemos examinado ya; el de *Jurisprudencia y otras materias análogas*, donde se hallarán sus apreciables estudios de economía política, y el voluminoso tomo que formó para contestar á Piñeyro, en el cual se encontrarán los *Juicios sobre mis obras*.

XV.

Tal era el escritor.—Hablemos ahora del hombre.

De gran energia de carácter y de severísimos principios, fué un modelo de virtudes públicas y privadas. Comprendiendo que por su posicion se debia á su familia, todo lo sacrificó, presente, porvenir y hasta sus aficiones literarias, por conservar sin mancilla el nombre de su padre y pagar

su crecidísima deuda. Todo lo posponía á la posibilidad de que se viesen burlados los acreedores de éste.

De ideas muy avanzadas respecto á la cuestion del trabajo forzado en la Isla de Cuba, la férrea mano de la necesidad le obligó á aparentar que transigia con ciertas doctrinas. *Siervo adscripto á la gleba*, nuevo Laocoonte encadenado por serpientes que le oprimian y ahogaban, sin poderse desasir ni aún quejar; así como el sacerdote troyano, buscaba el cielo con sus ojos, él exhalaba su terrible dolor en elocuentes y admirables páginas, que son la más legítima defensa de toda su vida y la más vehemente protesta de su situacion penosísima.

Y sin embargo, siempre estaba alegre de ánimo y tranquilo de conciencia. De regular estatura, en un tiempo de complexion vigorosa, cerrado su rostro de encanecida barba; de ancha y despejada frente que reflejaba la lucidez de su clara inteligencia, su aspecto á primera vista adusto y severo, atraia á cuantos oian fluir de sus labios su mágica palabra, expresada siempre con aquella cultura é ilustracion que demuestran sus escritos.

Los que solamente han leido estos, no le conocen sino á medias. Era preciso escuchar una conversacion suya, enmudecer de repente y admirar aquella especie de irradiacion reflejada en su fisonomía cuando su tema, por ejemplo, era el elogio de Varela, Saco ó de alguno de los que han ilustrado la historia de la civilizacion en esta tierra, para apreciarle por completo y poder juzgarle.

Entónces se iba animando por grados, se entusiasmaba hasta la exaltacion, el fuego de su alma brotaba en cada frase, presentaba pruebas, aducia argumentos, traia á cuento multitud de anécdotas, y fingiendo que alguno de los que tenian la fortuna de oirle no estaba de acuerdo con sus opiniones, prevenia sus réplicas y le abrumaba con incontrastable lógica, fascinando y seduciendo en aquel momento su arrobadora elocuencia.

Su trato era solicitado con afan por su amenidad y dulzura; y su casa como la de su maestro Domingo del Monte, al cual era digno de ser comparado, la frecuentábamos sus amigos, buscando unos, consejo en medio de las tribulaciones de la vida, y los más, profunda enseñanza y sana crítica.

Llamaba siempre la atencion ver constantemente rodeado de jóvenes á aquel que por su aspecto parecia un anciano venerable; pero el secreto de ese atractivo consistia en que Anselmo Suarez, por sus costumbres, por sus opiniones y sentimientos, era tan jóven como aquellos, y hubiera tambien podido exclamar con Béranger:

L'on a toujours vingt ans
Dans quelque coin du cœur.

Su apacible vida no presenta episodios interesantes como la de los hé-

roes: en ella no hay otros acontecimientos que sus triunfos literarios, porque él tampoco aspiró á otro título que al de *escritor*. Ya hemos visto que no solamente alcanzó un nombre ilustre como tal, sino que mereció ser colocado entre los *primeros prosistas cubanos*. Sus escritos, eminentemente moralizadores, le granjearon tambien el de *primer moralista* de esta tierra.

Rodeado de su familia, en brazos de Cárlos Navarrete y Romay y del que esto escribe, murió dulce y tranquilamente, como habia vivido, el lúnes 7 de Enero del corriente año, dejando un gran vacío en el corazon de los que intrañablemente le queríamos, y otro inmenso, muy difícil de llenar, en las letras cubanas.

VIDAL MORALES Y MORALES.

8 de Febrero de 1878.

NOTA.—Copiamos á continuacion las frases de Anselmo Suarez y Romero relativas á sus juicios de Manzano y de Plácido:

»En estos elogios á Manzano (los que hizo en el Prólogo á las obras de Ramon de »Palma) hay sin duda exageracion, y confieso que anduve errado al decir que Plácido »*era de inspiracion ménos sostenida y ménos pura y ménos ingénua y ménos ideal que* »*la de aquel.*

»Mi excesivo entusiasmo por Manzano puede hallar disculpa en el asombro que »causa ver á un hombre de su condicion escribiendo cosas de algun mérito; pero en el »paralelo cedí involuntariamente á la amargura que siempre he experimentado leyendo »varias composiciones de Plácido dedicadas más á la lisonja que á la sublime expresion »de conceptos inspirados por el inmaculado sentimiento de la belleza. Este último sin »embargo no fué nunca esclavo, mientras que Manzano lo fué por más de treinta años. »Para juzgarlo bien es preciso no olvidar nunca este dato; y al notarse como Manzano »despues de redimido, apénas volvió á escribir nada digno de mencion, téngase pre»sente que un hombre de color liberto es casi lo mismo, en cuanto á medios de ins»truirse y de remontar el vuelo que uno de color esclavo.»

En el periódico *El Liceo de la Habana* se publicó otro paralelo entre los mismos poetas del eminente literato tantas veces mencionado en este escrito y á quien tanto debe nuestra literatura: Domingo Del Monte y Aponte.

LA PRIMAVERA.

¿Por qué tan bello y armonioso cántico
Rompe alegre del bosque la quietud?
¿Por qué del cielo la anchurosa bóveda
Más puro ostenta su brillante azul?

¿Por qué cuando las sombras del crepúsculo
Comienzan lentamente á descender,
Es tan suave el susurro de los plátanos,
Tan blandos los aromas del café?

Pasaron ya las madrugadas pálidas,
Las tardes del invierno sin fulgor:
Ved, cual semeja la pradera anchísima,
Un lago deslumbrante de verdor.

Naturaleza de colores mágicos
Se engalana con júbilo feliz,
Para brillar en el festin espléndido,
Que ofrece Mayo y que prepara Abril.

Risueña y pura las colinas fértiles,
Primavera gentil recorre ya;
Con su ligera y sonrosada túnica,
Que ondula en sueltos giros al azar.

Prende el cabello una guirnalda de húmedos
Capullos no acabados de entreabrir

Y en cuyos breves y rizados pétalos
Se ven mil gotas diáfanas lucir.

Nacarados pimpollos y ranúnculos
Llenan la falda en apiñado haz,
Y aromando la atmósfera derrámanse,
Y las huella á su paso la deidad.

La aurora, de su manto los aljófares
Para adornar su cuello le envió;
Y en sus sienes las perlas del crepúsculo
El aura deliciosa conjeló.

Como en el cielo nubecilla fúlgida,
Libre vuela por campos de zafir,
Así con marcha presurosa y rápida
Baja la cuesta la beldad gentil.

Al prado llega y á la tierra próvida,
Súbito inunda alegre resplandor,
Y en armoniosas vibraciones líricas
Se desenvuelve el eco de su voz.

«¡Salud oh, valles! del invierno lánguido,
Murió, les dice, la época glacial;
Y de mi boca al sonreir, los céfiros
A los bosques su música darán.

«Sin verdor ni hermosura, melancólicos,
Estos caros lugares vuelvo á ver:
¿Do están las galas que mi amor benéfico
Os prodigara generoso ayer?

«Del helado Diciembre el soplo frígido,
De mis dones la gloria devastó;
Mas vuestra pompa y esplendor magnífico,
De nuevo os brindo placentera yo.»

Y de su dulce voz al eco mágico,
Prospera el campo, alégrase el pensil,
Y alzan aves y fuentes dulces cánticos
A la diosa suprema del Abril.

ROSA KRÜGER.

CUBA PRIMITIVA.

Origen, lenguas, tradiciones, é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas.

PRIMERA PARTE.

ESTUDIOS PRELIMINARES Y COMPARATIVOS.

CAPITULO V.

Se procura demostrar que los indios de Yucatan no poblaron á Cuba.—Lengua maya y quiche comparadas con la de las Antillas.—Autoridades que corroboran la demostracion.

Contrayéndome á la poblacion en especial de las Antillas, en que se han reproducido las mismas opiniones, las hay aún más contraidas. Alejo de Venegas, citado por Torquemada, cree que los fenicios ó cartagineses poblaron las islas que descubrió Colon, que eran conocidas ántes por más de 2000 años, y cita á Aristóteles: «y no será, dice, fundamento temerario afirmar que los cartagineses las poblaron; y luego de los moradores de dichas islas se poblasen todas las provincias de Tierra Firme..... que aquellos cartagineses que poblaron la isla (barruntamos por firmes señales que es la Española) se multiplicaron los hombres y cundiesen hasta Cuba (1).» El autor explica así la poblacion por toda la América hasta las islas de Javi que están al Oriente.

Esa opinion no era singular, pues le parecia tan bien al P. Lizana que explica que el clima y la falta de posteriores comunicaciones con Cartago

(1) Monarq. Indiana, lib. I, cap. X, pág. 28.

los hizo bárbaros y toscos (1): pero dejemos la cuestion de orígen y estudiemos lo existente al llegar los españoles.

Una preocupacion muy general ha enlazado á los aborígenes de Cuba con Yucatan: la lengua de esa península se ha querido que fuera la de Cuba; y no hay para ello más razon que el estar Cabo Catoche cerca del de San Antonio. Otros recientemente han querido que los antiguos cubanos fueran á Centro América y dejaran allí esas magníficas ruinas que admira el mundo y han hecho estudiar una civilizacion que ha desaparecido dejando expléndidas huellas. Antes se supusieron transmigraciones de los habitantes de Cuba hácia Florida, en demanda de la fuente de la juventud, cuyas aguas rejuvenecen. Los primeros españoles de tan buena fé creyeron esto último, que se bañaban en cuantas aguas iban encontrando sin hallarse rejuvenecidos: así lo experimentó Juan Ponce de Leon que recorrió todas las islas *Biruini* durante seis meses sin topar con la prodigiosa fuente.

En medio de tantas contradicciones no faltó alguno que buscase la relacion etnológica de las Antillas con el continente por el otro lado: quien más atinado á mi juicio encontró más enlace entre las formaciones del continente meridional, indicándose en la cadena del archipiélago las cimas de las antiquísimas montañas que coronaban los terrenos que yacen bajo el mar caribe y la entrada del golfo mejicano. Si la geología, si la historia no pueden hoy resolver la cuestion solas, los restos de la lengua que tienen analogía y parentesco meridional, separan por abismos la procedencia septentrional, por más que sea una la variedad del indio americano en la noche impenetrable de la creacion, en el misterioso génesis de la Humanidad.

El profundo Duponceau ha encontrado en el artificio gramatical de las lenguas americanas un carácter general que ha llamado *polisentéticos:* aunque su trabajo ha sido hecho sobre las lenguas septentrionales, los idiomas caribes, el galibí y sus parientes ó afines, ofrecen la misma particularidad. En el galibí la adicion de una letra indica por ejemplo las personas de los tiempos si se antepone ó pospone; con pocas palabras expresan así muchas ideas.

Las teogonías y tradiciones religiosas pueden servir para distinguir las familias; estudiando lo que nos ha conservado el P. Roman, el laborioso P. Ximenez y los pocos restos de tradiciones indias verémos que debe buscarse los orígenes de Cuba en la parte contraria á la creencia más general. Lástima es que hubiera escritores, por otra parte muy recomendables, como Remesal, que creyeran inútil, vano y estéril empeño el de conservar las leyendas de los indios de Centro América. Parecíale al humano escri-

(1) Del Principio y Fundacion &c. P. 3. (Publicados por el abate Brasseur de Bourbourg.)

tor que era cosa harto inconveniente conservar unos recuerdos desconcertados y absurdos, y que por otra parte eran ocasion de que los indígenas no fueran sinceros cristianos. Remesal, como el venerable Obispo Casas, queria que las conversiones fueran verdaderas y bien preparadas: el célebre P. Motolinia, conservador de las tradiciones aztecas, condenaba la escrupulosidad de esas exigencias: pero la piedad exajerada religiosa hizo desaparecer los anales de esas gentes, y lo que nos queda es suficiente para rastrear los orígenes de ellos solo en cuanto son suficientes para distinguir las familias americanas.

¿Y en dónde se halla alguna referencia á las tradiciones de las Antillas? No se encuentra ninguna en el continente septentrional: la palabra *huracan* solo y en diferente sentido, acaso alguna otra que se haya escapado á mi observacion.

Tradujo el Rev. P. Francisco Ximenez. «La historia del orígen de los indios de la provincia de Guatemala,» de la lengua *quinché* que ha dado á luz en Viena el Dr. Scherzer (1857) pero por su lectura se conoce que ha sido escrita despues de la conquista: en ella se habla de los cristianos y de los que poseian la tierra al ocuparla los españoles aunque ántes de los sucesos de los primeros hombres creados por sus divinidades. La crítica juiciosa escrita sobre la apreciacion de ciertas semejanzas al cáos, al espíritu de Dios vagando sobre las aguas, al diluvio y al infierno: no podrá determinar si esas son tradiciones ó interpolaciones de los mismos indígenas ó de la piedad de los misioneros con religiosos fines.

Sin embargo, no hay un solo dato que se refiera á los indios de las Antillas en esa teogonía: ya se ha dicho que se lee la palabra *huracan*, nombre de un dios que significa *pierna* y otras veces *corazon del cielo*. La lectura de ese libro causaba al buen padre Remesal fatiga, cansancio y eso mismo tienen que experimentar cuantos lo lean: «porque esta materia está tan llena de cosas sin concierto y que tan lejos están de ser del gusto del entendimiento con su substancia ni con su modo, que ántes le fatigan y causan las cosas tan sin órden y que lo mismo es trasladarlas de la memoria ó libros de los naturales, ó lo que los autores dichos escribieron, que imaginarlos el pensamiento más desconcertado del mundo.»

Huracan, Chipocaculha, Baxa-caculha, Ugaxcen, *creadores*, *madres* y *padres*, de concierto con otras divinidades ó séres superiores dieron vida á los séres ensayando ó tanteando por decirlo así las de los hombres actuales En una confusísima relacion en que hablan los molinos, platos, tinajas y todos los animales; donde las ruedas de los molinos dicen: «holi, holi, huqui, huqui» y se remedan otros ruidos, se habla de tres creaciones distintas hasta lograr que resultare un hombre que los reconociera y ensalzase como las demás criaturas. Primero se valian de una sustancia que se alteraba con la humedad y deshacia: le desbarataron, pues, y volvieron á amasar. Entonces con el consejo de *Huracan* y otros se formó de made-

ra; pero el hombre de palo se olvidó de dar gracias á *Huracan*, el *corazon del cielo*, y se obscureció la tierra y empezó una llovizna noche y dia, y todos los animales vinieron y hablaron acusándole hasta los molinos y los platos y tinajas; le mordieron los perros &. &. Eran ya muchos los hombres de palo que se destruyeron para dar lugar al hombre actual: el hombre de madera era realmente de corcho y la mujer de corazon de espadaña.

Despues que se destruyó el poder de los séres del Infierno y que dos de los séres vencedores se convirtieron en el Sol y la Luna, se esclareció el cielo, determinaron Tepen y Cucumatz en *monton*, cabildo ó consejo hallar lo que pretendian *que era carne de hombre*. El gato de monte, el lobo, el chocoy y el cuervo presentaron las mazorcas ó espigas de maiz amarillo y blanco de Paxil y Cayala, dos pueblos ó lugares riquísimos de todo género de frutos que era *el paraiso*. La palabra maiz del traductor, es la otra reminiscencia ó analogía de tierra de las Antillas. De nueve preparaciones ó bebidas que de este grano hizo la Xcumane sacaron Tepen y Cucumatz los hombres actuales que se llamaron Balanquitze, Balamacab, Mahucatah é Iquibalan. Mas tarde se reformaron: no salieron perfectos al crearse porque sabian mucho; les echa vaho en los ojos para que no vieran; se quedaron dormidos y al despertar se encontraron con cuatro mujeres Cuhapaluna, Chomiha, Tzummiha y Caquixaha.

Cuando llegaron los españoles estaban en la 12ª generacion y las historias á que nos referimos se extienden hasta la 14ª y se leen los nombres cristianos de Rojas, Cortés y Robles, entre los descendientes de aquellos antisonoros nombres indígenas.

La ligerísima relacion hecha hasta aquí demuestra que no hay rastro en esas fábulas de la gente taina, yucaco y siboney. El *huracan* y el *maiz* (cita de la parte del traductor) son las únicas reminiscencias; ni otra cosa ni objeto.

La única palabra huracan no se encuentra escrita de un modo idéntico en el diccionario *galibi: hiorakan* es la más parecida; y significa lo mismo que *maboya* ó *mabuya*, espíritu malo, el diablo.

El laborioso abate Brasseur de Bourbourg ha publicado en Paris (1861) el *Popol Vuh*, libro sagrado de mitos de la antigüedad americana: creia que el manuscrito era inédito, pero solo lo era el original, que ya se habia publicado la traduccion del P. Ximenez, cuyo manuscrito vió el escritor francés encomiando sus conocimientos en la lengua indígena y le atribuye el descubrimiento del códice á fines del siglo XVII, aunque lo considera poco conocedor de los anales mejicanos, y con las preocupaciones de su tiempo; parecíale el libro ininteligible y la traduccion insoportable. En cuanto al Dr. Scherzer dice que desconoce hasta los provincialismos.

La nueva impresion del libro se ha hecho con el texto original en quiché y es su lectura un nuevo apoyo de lo que dejo dicho. Más clara la narracion, dividida en capítulos y mejorado acaso el original, no hay ningun

vestigio de semejanza. Es verdad que en esencia los dos libros no son más que uno; hay algunas variantes. Donde se colocó la palabra *animales* para dar razon de la tierra del maiz amarillo y el blanco, nuestro escritor nacional pone bárbaros, mientras los determina el francés; cuando llega á hablar de la 4ª creacion en que se forman los cuatro primeros hombres, se explica en una nota que es la *casta sacerdotal y noble* de lo que allí se trata; pero ni siquiera se llamaba el maiz como en las Antillas: el texto dice: «gana-hal», «zaqui-hal».

En la notable introduccion que le sirve de comentario solo se encuentra la palabra Chichiazthi, en el sentido que nuestro *chichicaste* (pág. XI nota) palabra que suponemos traida de Méjico á Cuba. En las tradiciones Tzendales que comenta Ordoñez (pág. LXIX) dice que un gran número de indios instruidos de Yucatan aseguraban que habia sido poblado del Oriente y venido de las Canarias por las Antillas (1).

El mismo Ordoñez cree que *Valum Votan*, la tierra de *Votan* es Cuba (pág. LXXXVIII.) De esto se infiere que unos dicen que de Cuba fueron y otros que á ella vinieron los primeros pobladores: pero ¿y las pruebas?

Respecto de los caribes observa el abate Brasseur de Bourbourg que los españoles encontraron en todo el litoral de la América continental que descubrieron en el siglo XVI los mismos indios de Caramari, Cartagena y Santa Marta: raza guerrera de quienes se jactaban descender los paises vecinos. Como los *nahuas* se deprimian la frente, siendo niños, para que se les presentasen más salientes los ojos. Poco ántes de la llegada de los españoles se habian visto en las Antillas: la etimología de su nombre que significa *guerrero* en guaraní, indica como la palabra *nahual* el orgullo de la raza. Al llegar á este punto no se le ocurre al sabio americanista señalar ningun parentesco etnológico entre Yucatan y los cubanos; por el contrario reproduce otra teoría no más fundada: copia á los que dijeron que los indios meridionales creian haber venido de las llanuras de Florida. Para el francés los caribes ejercieron en la América septentrional la influencia «que los *nahualts* de Méjico.»

¿Y qué datos hay para asegurar que sean unos mismos? ¿quién habla de las tradiciones de Florida? Es, pues, una cosa demostrable que no hay nada comun entre los indios de las Antillas y los del Yucatan y de Centro América. El exámen de la lengua maya acaba de destruir la preocupacion que he venido combatiendo.

El «arte de la lengua maya reducido á sucintas reglas, y el *lexicon yucateco* por el padre Fr. Pedro Beltran de Santa Rosa maestro de lengua maya en el convento de San Francisco de Mérida (México 1746.)» ofrece

---

(1) Colon notó gran semejanza entre los indígenas canarios y los de Haytí. Berthelot halla parecidos los nombres que se conservan de ambos paises.

la prueba material de que ninguna palabra maya es usada por los indios haitianos, ni yucayos, ni siboneyes ni con mucha diferencia. Entre las voces antillanas que nos quedan, baile, se dice *areito;* y en yucateco *okol;* cama, *hamaca* aquí (Cuba) y allá *chac, chachu;* cesto, *macuto, jabuco* y *xac* en yucateco; todo es diferente y hasta para espresar el fenómeno natural que llamaban huracan los isleños, dicen los yucatecos molayik, *xanayik* á pesar de tener á *huracan* en otro sentido.

¿En qué se ha podido fundar la presuncion de que la lengua de Cuba era la misma maya y que se pobló por los indios de Yucatan? Personas muy discretas y estudiosas han sostenido esa verdadera suposicion: preciso me será insistir en otro lugar en sostener lo contrario. Yo creo que el único fundamento del error es uno que cometió el célebre italiano P. Mártir, que todos copiaron despues, á pesar del desengaño que debió producir el aserto del verídico cronista Diaz del Castillo. Hé aquí la clave.

Efectivamente Horn trasladó de Acosta las siguientes palabras: «la lengua varaguaiana es de todas (las de América) extensísima: en todo Paraguay y Brasil se entiende como en Yucatan y otros puntos desde el estrecho de Magallanes y Santa María.» A lo que agregó que si se entiende en Yucatan, tambien en Haytí, y en Cuba, porque los intérpretes de Cortés que llevó de Cuba á Yucatan entendian la lengua del pais, que como dice Pedro Mártir sino *era el mismo idioma era consanguineo* (1) (*a*). Y no tenia razon P. Mártir: el ingenio Diaz del Castillo cuenta que los intérpretes que llevó Cortés eran Melchor y Julian, indios que trajeron de Cuba de las *primeras expediciones* á la descubierta. «Y estándolos esperando, dice Diaz, vino una india moza de buen parecer y comenzó á hablar la lengua de Jamaica..... y como muchos de nuestros soldados y yo lo entendiamos *muy bien aquella lengua que es la de Cuba* nos admiramos y preguntamos ¿cómo estaba allí?» Hé ahí que eran lenguas distintas y semejantes las de Cuba y Jamaica. Contiene ese hecho una prueba de las posibles comunicaciones que podian tener los pueblos americanos. La india contó que hacia dos años que fué arrojada á aquellas costas en una canoa en que iban á pescar indios de Jamaica, en número de 10, á los islotes; y las corrientes los echaron en aquella tierra en donde fueron sacrificados sus compañeros á los ídolos. Vean, pues, que pronto se combatió sin éxito el error de P. Mártir que copia Horn, la narracion del más verídico de los cronistas, testigo presencial de los acontecimientos (2).

Otros escritores lejos de buscar enlaces históricos entre Yucatan y las

---

(1) De Oríg. quit. American. lib. I, pág. 107.

(*a*) Las palabras de Pedro Mártir son las siguientes: «Ubi illuxit accedunt barbari, appellant interpretes Cubenses nostros, quorum idioma, si non idem, consanguineum tamen. De Ynsulis Nuper inventis pág. 335. Colon 1574.

(2) Conquista de Nueva España, cap. VIII, pág. 9. (Colec. de Rivadeneira t. 26.)

Antillas, los hallan muy distintos al explicar la leyenda de Votan: tenemos que completar nuestro trabajo de referencias si bien no ocultarémos la más favorable á los que sostienen la anterior fábula para poner fin á este capítulo.

D. Pablo Félix Cabrera, de Guatemala, con vista de los jeroglíficos mejicanos ha procurado demostrar las relaciones entre fenicios y americanos. Teoría ingeniosa que merece tomarse en consideracion. Cabrera observa que Trípoli se llamó *Chivin:* así la divisa de Votan dice: «Yo soy serpiente porque yo soy Chivin,» debe leerse Trípoli. Cree que Votan es nieto de Hércules tirio; que la isla Española es la antigua Septimania; que la ciudad de Alceta es *Valum;* que las trece serpientes son las Islas Canarias. Cabrera lleva á Votan á Roma y agrega cosas maravillosas, concluyendo con que la colonia cartaginés que vino á América fué durante la primera guerra púnica. Habla de la predicacion del apóstol Santo Tomás aunque con más extension en otra parte (1).

Es pura leyenda más fantástica que histórica lo que queda de Votan: condensa esas tradiciones un escritor mejicano en los términos siguientes: «Segun la primera version Votan era nieto de Noé: asistió á la construccion de la torre de Babel, gran casa en que cada uno recibió su idioma particular, y Dios los envió á tomar posesion de las tierras indianas.

«Otra version presenta á Votan como originario de Tiro, Trípoli en Siria. El descendia como la nacion Chivin de Helth, hijo de Canaan. Otros, en fin, le hacen descendiente de Hércules y de Cadmo.»

«Además en la relacion que el mismo Votan cuidó de dejar indica su orígen: «Yo soy culebra, dice, porque yo soy *Chivin* perteneciente á una nacion célebre por haber dado nacimiento al gran Cadmo..... quien mereció ser mudado en culebra y elevado al rango de los dioses. Y con la gloria de su raza entono un canto á siete naciones Tzequitas, que á la vuelta de muchos años encontró las siete familias que yo habia conducido á Valun-Votan y á los que distribuí tierras.«

«Diodoro cuenta, agrega el escritor, traduciéndolo de un periódico europeo, que Hércules navegó al rededor del mundo y llegó hasta Septimania, hoy Cuba, donde fundó á Alceta, capital de la Isla. De este modo puede explicarse como Votan nieto de Hércules tirio vino á embarcar en Alceta que llama Valum-Votan, su primera colonia en el nuevo mundo (2).»

«Parece que Votan emprendió viajes al antiguo hemisferio y que se hallaba en Roma á tiempo de verificarse la ereccion del templo de

---

(1) Rivero. Antigüedades Peruanas, cap. I.

(2) Uno de los apéndices de mis «Apuntes para la Historia de las Letras é Instruccion pública» t. II, pág. 143, contiene mi juicio sobre estas tradiciones con motivo de la memoria que escribió mi amigo el Dr. Valdés Aguirre.

Rómulo y Remo. Fué el primero que suministró á los cartagineses y á los romanos las primeras noticias de América, á donde cada uno de estos pueblos se apresuró á mandar una colonia ántes de la primera guerra púnica. Habiéndose prolongado la ausencia de Votan, á su regreso encontró que nuevas colonias se habian reunido á las que habia conducido á Cuba.» (1)

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

(1) Museo Mexicano t. II, pág. 35 (1843).

LA HISTORIA DE LA CIVILIZACION,

Y LA CIENCIA NATURAL. (1)

(*Discurso pronunciado en las conferencias científicas de Colonia.*)

I.

El lugar que frente á la naturaleza ocupaba el hombre primitivo, y que aún hoy ocupa el salvage, ya sabemos que se diferencia mucho de lo que han soñado filósofos y poetas, en cuyas bellas pinturas, donde su imaginacion se ha esplayado á rienda suelta, no habia nada de verdadero.— Las condiciones idílicas con que se han representado á la humanidad en su infancia, no se han realizado nunca en ninguna parte.

La historia del hombre ha comenzado en todas partes por la edad de piedra y no por la *edad de oro*. En lugar de aquellos nobles zagales, de aquellas graciosas pastoras que bajo un hermoso cielo, en medio de un rico paisage vivian inocentemente del rendimiento de sus ganados, y en el seno de la virtud gozaban de la más completa ventura, la realidad nos presenta turbas groseras y atroces luchando con la intemperie, con el hambre y con las fieras salvages; sumidas en sordicie, en la estúpida ignorancia, en el cruel egoismo, y entre las cuales se veia esclava á la mujer, la vejez maltratada, y que con ritos supersticiosos consagraban el canibalismo, engendrado por la miseria.

Tan difícil nos seria representarnos el estado moral de esos hombres

(1) Este discurso del célebre fisiólogo aleman Du Bois-Reymond se pronunció en 24 de Marzo de 1877 y apareció en la *Deutsche Rundschau* en Noviembre del propio año.

como el de los niños, porque no podemos prescindir de los adelantos de todas las generaciones en cuyos hombros nos levantamos y cuyos inmensos trabajos aumentados estamos aprovechando. Si como asegura Paul Broca, la masa media del cerebro de un parisien del dia, excede á la del parisien del siglo XII, ¿no será lícito suponer que nuestro cerebro, gracias á un progreso gradual, está mucho más desarrollado que el de los hombres de la edad de piedra, que vivieron cien mil años ha? Este cerebro, ya mejor dispuesto por la misma naturaleza, se somete desde muy temprano á un sin número de influencias inconscientes, y luego á las influencias conscientes de la educacion, que lo llevan á una distancia casi inmensurable del cerebro de aquellos seres todavía medio sumergidos en la animalidad.

La idea de la causalidad, que halla expresion en esta pregunta: «¿por qué?» salida de los labios de nuestros niños como precioso indicio de una inteligencia que empieza á nacer, ha sido considerada por algunos como una facultad fundamental del espíritu humano, mientras que otros no ven más que una facultad adquirida, y derivada de la facultad de generalizar.

Verdad es que entre hombres incultos la necesidad de una causa se satisface á tan poca costa que apénas merece aquel nombre. Nada tan curioso, dice C. Martins, como observar lo poco desenvuelta que está la idea de causalidad entre los habitantes de Sahara. Para ellos no hay causas en el sentido que damos á esa palabra; no hay ley para ellos. Lo que no existe no es lo sobrenatural, sino lo natural. Cada fenómeno es efecto de la accion inmediata de misterioso poder. El ingeniero francés que cava un pozo artesiano en los estratos de yeso del desierto y así les procura el beneficio de un nuevo palmar, no es para ellos un hombre superior cuyas miradas penetran en el seno de la tierra y que sabe abrirlo, sino un fautor de milagros que aunque infiel, está con Alá en más íntima relacion que ellos mismos, y que como Moisés, puede hacer brotar el agua del peñasco.

En aquella época, no hay ciencia todavía. Es la infancia de nuestra especie, que tiene bastante semejanza con la del hombre. Como esa es por excelencia la edad de las ideas inconscientes, estas deben de haber sido, con ayuda de la experiencia, las que condujeron á la invencion de los primeros instrumentos, que no fueron inventados de una vez y en un solo lugar, sino en diferentes puntos del globo, despues de repetidos ensayos. De ese nacieron la palanca, la cuña y el hacha, la clava y la lanza; la honda y el lazo; el arco y la flecha; la vela, el timon y el remo; la red y el jaimo, y finalmente, el uso del fuego, que junto con el lenguage es lo que más notablemente distingue al hombre del animal y hasta le imprime un carácter anatómico, pintando de negro sus pulmones, por el efecto del humo. Así pues, el hombre ha justificado sin duda alguna la definicion que de él habia dado Franklin cuando dijo que era un animal que sabe crear sus instrumentos.

II.

LA EDAD ANTROPOMORFICA.

Por efecto de una profunda tendencia innata, el hombre empezó desde muy temprano á considerar todo cuanto le acontecia, favorable ó adverso, todos los resultados de las fuerzas naturales, independientes de su voluntad, como obra de un ser semejante á él, y ordinariamente oculto á sus miradas. A ese ser lo concebia como libre de las trabas que á el lo contienen, pero atribuyéndole sentimientos hostiles ó benévolos semejantes á los suyos propios, ódio y amor, cólera ó gratitud. El conjunto de esas creencias en una época ó un pueblo determinado es lo que se llama la religion de esa época ó de ese pueblo. Ahí puede verse tambien el aspecto antropomórfico de la concepcion de la naturaleza, en que esta aparece personificada. Homero nos presenta claramente á la vista esta situacion del hombre frente á la naturaleza.

Segun David Federico Strauss, la tendencia del hombre á personificar las fuerzas de la naturaleza, proviene de que por ella obtiene la esperanza de congraciarse con potencias desconocidas y temidas. Tal vez tenga esa tendencia un fundamento más profundo. Al principio el hombre no vé en los fenómenos otra causa sino su propia voluntad, de la que tiene conciencia inmediata, y por eso para él todos los fenómenos son manifestaciones de voluntades como la suya. Esta hipótesis aparece tanto más probable, cuanto estamos viendo que todavía en nuestros dias penetran y subsisten análogas personificaciones, aunque bajo forma ménos grosera, en las teorías de las ciencias naturales.

En efecto, no puede negarse que ese es el orígen de la nocion de *fuerza*, que tanto ha dañado á la ciencia y que aún se introduce en ella, á pesar de todos los esfuerzos. Hay espíritus embrolladores que se figuran muy seriamente que con semejantes ficciones antropomórficas hacen más inteligible la recíproca atraccion de los cuerpos en el espacio. Esa voluntad que segun nuestros sabios modernos, atrae á los átomos entre sí, ¿en qué se diferencia de las antiguas divinidades que animaban los planetas? La ciencia humana parece que otra vez ha retrocedido á su punto de partida.

En su *Historia de la Civilizacion*, T. Buckle hace derivar, de una manera muy convincente á primera vista, todas las religiones primitivas, del aspecto de la naturaleza en los diversos paises donde tuvieron su orígen. Nos muestra la India, limitada al Norte por la cadena del Himalaya donde el monte Everest se levanta á una altura doble de la del Mont-Blanc, donde la garganta de Kwen-Lun, que conduce al Thibet está casi al nivel de la cumbre del Cáucaso y donde uno de los valles secundarios apénas podrian colmarse con el Yungfrau, el Monge y el Eiger volcados dentro.

Nos muestra al Sur la península indiana con sus costas sin puertos, avanzando en un mar abierto hasta el polo y frecuentemente agitado por los ciclones. Desde aquellas montañas hasta este mar, rios que no consienten puentes corren á través de matorrales sin límites donde á cada paso amagan al viajero las bestias feroces y las sierpes ponzoñosas. En la India inglesa, segun datos oficiales, el tributo anual pagado á las sierpes venenosas, sobre todo á la *cobra di capella*, no baja de 11,000 vidas humanas al año. Las malas cosechas, el hambre y las inundaciones se suceden en Bengala con lúgubre regularidad. El cólera, que se pasea por todo el mundo, tiene su cuna en el delta del Ganges. En aquella peste indiana del Radjahstan, que se caracteriza por la gangrena de los pulmones, Hirsh ha reconocido la *peste negra* de la Edad Media, la peste florentina de que habla Boccaccio, y que entonces recorrió el mundo como el *cólera* en nuestros dias.

El hombre, se pregunta Buckle, ¿no se sentirá débil é impotente en presencia de una naturaleza que le ofrece la muerte bajo tantas diferentes formas? No puede formar conceptos racionales, y en medio de su espanto, imagina seres potentes y maléficos, á los que atribuye aquellos fenómenos destructores. Diviniza los objetos de su terror, les levanta altares, ofreciéndoles sacrificios. Por eso en la mitología de la India todo es disforme. Los hombres viven centenas de millares de años. Las épocas del mundo se computan por unidades seguidas de sesenta y tres ceros. El dios Shiwa, que forma con Brahma y Vischnou la trinidad indiana, es un mónstruo con tres ojos, un collar de huesos humanos y un cinto de serpientes; tiene en la mano un cráneo, y es su vestido una piel de tigre. El *cobra*, cuya mordedura es mortal, se enrosca en su hombro izquierdo. Su esposa Dourga aparece con la cara azul, las manos ensangrentadas, los dientes amenazantes, cuatro brazos, el cráneo de un gigante en la mano, collar de cabezas humanas y por cinto una sarta de manos cortadas. Así todas las divinidades de la India tienen algo de inhumano y monstruoso, miembros innumerables y color extraño.

Buckle cree tener pruebas de que en la América Central los fenómenos terribles de las regiones tropicales han ejercido igual influencia en las concepciones religiosas. El viajero Kennan atribuye el *chamanismo* de los habitantes de los desiertos de Siberia á la tristeza del mundo que los rodea. Aislado en la Foundra con su manada de rengíferos, viendo á la luz de la aurora boreal los lobos que rugen en derredor, el coriaco vela durante las noches polares y se cree rodeado de espíritus maléficos, cuya ira conjura por medio de sortilegios y sacrificios de perros.

La lúgubre sublimidad del Edda está en perfecta armonía con la naturaleza de Islandia, donde las fuerzas volcánicas están en pugna con los hielos. Para contraste con esos aspectos de la naturaleza y con las religiones que han producido, Buckle describe luego los encantos naturales de

Grecia, y á ellos atribuye el carácter tan humanamente bello de la mit logía helénica. Con sus innumerables promontorios, abarcando tranquil: ensenadas y en medio de una muchedumbre de islas deleitosas, Grec surgia del seno de un mar mediterráneo, sereno y sin borrascas, sin mo: tañas cubiertas de eterna nieve, sin rios caudalosos, sin desiertos ni volc nes, y con un clima tan salubre que en el transcurso de diez siglos solo ha contado una gran epidemia, la que nos pintó Tucídides. Allí, di Buckle, el hombre no se veia oprimido por la naturaleza; allí podia nac esa poesía que nos reanima con su inmarcesible frescura, porque no era personificacion de las fuerzas destructoras de la naturaleza, sinó la ap teósis de todo lo que es puramente humano. Es verdad que en la mitolog griega subsistieron algunos elementos de monstruosos objetos de horr para el gusto cultivado y amante de la belleza de la forma, y que afe ese mundo imaginario donde aún se recrea la fantasía de muchos artista pero vemos al hombre arrostrando á esos mónstruos, como Ulises á Scil y muchas veces venciéndolos. Belerofonte triunfa de la Quimera y Tes del Minotauro; y poco á poco, por gradaciones imperceptibles, y sob todo, por medio de la graciosa personificacion de los genios de los bosque los montes y los rios, esas creaciones de la imaginacion artística de l griegos llegan al fin á trasformarse en figuras enteramente humanas.

No seria difícil seguir de este modo haciendo nuevas aplicaciones d las ideas de Buckle, (que son las mismas que sostiene tambien Lecky), explicar el monoteismo de los Semitas por su residencia en los desierto donde la naturaleza, pobre de formas y de colores, reviste una grandio uniformidad.

No podria, pues, negarse que hay algun fundamento en esa teoría qu pretende armonizar las formas religiosas con los aspectos de la naturalez pero, como muchas otras deducciones de Buckle, se ve allí el sello de u racionalismo algo superficial, que se desentiende de toda una série de h chos complexos, de más difícil explicacion, estableciendo una relacion d masiado inmediata entre las religiones y las localidades. Sería fácil extr viarse queriendo derivar toda la mitología indiana de los supuest horrores de la naturaleza en el Indostan. Entre el Himalaya y el mar d Sur hay millares de leguas cuadradas ocupadas por fértiles regiones; h habitadas por una poblacion muy densa y donde la naturaleza no presen ninguno de esos rasgos que puedan asombrar la imaginacion. A los q crearon el dogma de los brahmanes ¿qué podia importarles una cadena montañas que no tenian que escalar, ni un océano que jamás tuvieron q navegar? ¿Podria nadie suponer que los judíos, trasladados á la regi entre el Ganges y el Indo, habrian inventado el brahmanismo; ó que l coriacos, habitando el Peloponeso, hubieran concebido la religion helénic Esto nos lleva á una consideracion de que no hicieron cuenta ni Buckle Lecky. El encadenamiento de las causas se formularia con más exactitu

diciendo que el carácter psicológico particular de cualquier raza, proviene, entre otras cosas, de las impresiones producidas por el aspecto de la region en donde se haya desenvuelto, y que luego ese carácter particular, junto con otras muchas circunstancias, determina las formas religiosas.

III

LA EDAD ESPECULATIVA—ESTÉTICA.

Buckle atribuye igualmente á los rasgos del paisaje de Grecia el sentido de la medida que distingue al genio griego. Entre los griegos, dice, la imaginacion no imperaba sin freno y sin contrapeso; el espíritu de investigacion y exámen la dominaba y la regulaba, pero sin cortarle las alas. Aunque al principio hubiesen tomado mucho los griegos de los sacerdotes egipcios, la historia demuestra que desde los primeros tiempos tuvieron, en oposicion con las ideas antropomórficas, un concepto de la naturaleza que se acercaba al punto de vista científico. Este concepto, aunque todavía confundido con el antropomorfismo, tuvo sus principios en los sistemas de los físicos de Jonia, y en el espacio de dos y medio siglos se elevó á tanta altura, que podemos ver en gérmen en la doctrina de Epicuro, la ley de la *conservacion de la fuerza*, en la que hoy se funda el atrevido edificio de la física moderna. Si no pudo Epicuro formularla claramente, ni aplicarla prácticamente, sin embargo, hizo de ella una demostracion casi idéntica á otra de Leibniz, pero dos mil años más nueva.

De manera que frente á las cuestiones fundamentales aquellos antiguos pensadores estaban en el fondo casi tan adelantados, ó mejor dicho, casi tan poco adelantados como nosotros, lo cual es un dato de inmensa importancia para la teoría de la inteligencia humana.

Si consideramos las nociones de matemáticas, de astronomía y de acústica que poseian Táles y Pitágoras, diríamos que la humanidad habia ya, desde aquellos tiempos, llegado, en las costas del Mediterráneo, á la idea de causalidad, y que un progreso no interrumpido debiera conducirla á los últimos grados de la ciencia de la naturaleza, que solo se han alcanzado en nuestros dias, y asegurarle por ese medio el dominio del mundo. Pero todos sabemos que no ha sido así.

Por *Ciencia de la naturaleza* entendemos ahora, no solamente el conjunto de nociones acerca de la naturaleza animada ó inanimada, sus producciones, sus leyes y sus efectos, sino tambien el conocimiento consciente del único método que puede servir para acrecer aquellas nociones, y la aplicacion, tambien consciente de estas últimas, á fines de utilidad práctica, á la medicina, la navegacion, &, &; es decir, el dominio metódico de la naturaleza sometida y utilizada para aumentar las potencias, el bienestar y los placeres del hombre.

Bien puede decirse que la ciencia natural, entendida de esta mane nunca fué conocida por los griegos ni los romanos. Los principios prot tieron mucho, pero faltaba la fuerza creadora. En el curso de los diez glos que pasaron entre Tales y Pitágoras, y la caida del imperio Occidente, es verdad que algunos se levantaron á prodigiosa altura. A químedes y Aristóteles merecen indudablemente ser colocados entre más grandes maestros de la humanidad. Tambien la escuela de Alej dría, durante algun tiempo, pareció haber asegurado la marcha del p greso. Pero nada muestra mejor lo incierta y vacilante que andaba ciencia de los antiguos, como el hecho de presentarse Plinio, compila desprovisto de sentido crítico, cuatro siglos despues de Aristóteles, ó s un intervalo casi igual al que separa á Newton de Rogerio Bacon; que como si viéramos á Herodoto cambiando de época con Tácito.

La historia del espíritu humano ofrece pocos fenómenos más notab Aquellos pueblos cuyas creaciones artísticas y poéticas todavía nos de tan; que en Metafísica, Historia y Derecho, nos han dejado modelos clá sicos; que todavía son nuestros maestros en la elocuencia, en el arte mi tar, en la administracion de justicia; son los mismos que, en tratándose la ciencia natural, nunca consiguen ir más allá del punto de vista infant de la simple credulidad de la hipótesis caprichosa. La inteligencia vola libremente con las alas de Icaro en la region de las especulaciones tr cendentes, pero no tenia aquel teson reflexivo que es necesario para sul en la senda de la induccion, árduo camino, por el único que de los hec particulares, rigurosamente observados, conduce con seguridad á las v dades generales. Era incapaz de elevarse paso á paso y metódicamente los accidentes hasta las leyes.

Es cierto que en Sócrates y Aristóteles se encuentra en gérmen método inductivo; pero nadie sabia aplicar á los casos particulares ese n mo método, cuya exactitud se confesaba en términos generales y teóri y por eso en la antigüedad no pudo pasar de esos primeros tímidos en yos. Aun cuando habian observado bien los antiguos, sus tentativas de plicacion se perdian en estravagancias tan insensatas y tan insípidas, nos parecen preferibles sus fábulas del gran Pan reinando en los bosq y los campos con su cortejo de ninfas con doradas trenzas, de Posei aplacando ó serenando las olas con su tridente de Zeus fulminando sus yos. La relacion que hace Prometeo encadenado por los servicios que bia prestado á la humanidad, es la imágen fiel de la ciencia antigua lado de la astronomía, de la aritmética, de la escritura, de la navegaci del laboreo de las minas y del arte curar, enumera tambien, como do de igual valor, la explicacion de los sueños, la interpretacion del vuelo las aves, el conocimiento de las señales que ofrecian las entrañas de víctimas.

En su muy instructivo discurso sobre *El atraso de las ciencias e*

los antiguos, Mr. de Littrow encuentra en el diálogo de Plutarco intitulado *El hombre en la luna*, una prueba notable de lo incapacitados que estaban los antiguos para raciocinar científicamente. Tambien pudo haber citado las increibles aberraciones del *Timeo* de Platon, y todo el libro *De las opiniones de los filósofos* que nos ha llegado bajo el nombre de Plutarco. De esta obra dice Biot, que en ella puede encontrarse el gérmen de todos los descubrimientos científicos modernos, y hasta esos mismos descubrimientos; «pero, agrega, esas opiniones, ó mejor dicho, esas fantasías filosóficas nada enseñan á descubrir; cuando allí se encuentra algo verdadero, aparece tan casual é incierto como lo falso. Son como billetes de lotería cuyo valor no puede saberse hasta despues del sorteo.»

Pero Littrow demuestra tambien lo que hasta ahora apenas se habia sospechado: que los antiguos no sabian observar de una manera científica.

La Fisiología nos enseña que es necesario aprender á ver. La inmensa mayoría de los hombres ignora que contínuamente estamos viendo imágenes dobles de todos los objetos, sin que de ello nos demos cuenta. Pocos son los que perciben las imágenes llamadas *accidentales*, los efectos de transparencia que áun en estado de salud ocurren en los medios ópticos del ojo, ó las alucinaciones que preceden al sueño. No habrá más de doscientos años desde que Mariotte descubrió que en cada uno de los ojos tenemos un punto ciego, que revestimos con el color del fondo, dando así la interpretacion más verosímil al vacío producido en el campo visual. Desde 1809, es decir, desde que Malus descubrió la polarizacion de la luz, observadores como Arago, Biot, Fresnel y Brewster, han procurado distinguir la luz polarizada de la ordinaria, por medio de la simple vista. Desde que Haidinguer lo consiguió en 1844, todo ojo experimentado percibe en el color normal del cielo azul los haces amarillos que llevan el nombre de aquel.

En el dominio de la acústica, sabido es que las notas armónicas no caen al principio bajo la percepcion inmediata, aunque el timbre que le dan al sonido sea sensible para todo el mundo, escepto para aquellas ramas de la raza alemana que pronuncian mal los diptongos.

Pero no se trata aquí de esas sutilezas, sino de cosas que todos pueden ver como las estrellas. Los antiguos, con su limpio cielo, podian observarlas con más facilidad que nosotros; además que para ellos tenian más importancia práctica que para nosotros, puesto que ántes de la invencion de la brújula, ellas eran su único guía por mar y por tierra. Sin embargo, Plinio el mayor decia que no pasaban de 1,600 las estrellas conocidas por la simple vista, mientras que Argelander contaba 3,256, y Heis, que veia las estrellas como puntos sin rayos, veia otras 2,000 más. Hay que advertir que los antiguos, bajo una latitud ménos alta, podian abarcar con la vista una parte más extensa de la esfera celeste. El número de estrellas catalogadas por ellos, va siendo cada vez menor segun se va pasando de

un grado de magnitud á otro mayor, cuando en realidad, cada órden de magnitud contiene mayor número de estrellas que todos los precedentes. Tolomeo conocia cinco nebulosas ó conglomeraciones de estrellas; Argelander distinguia diez y nueve con la vista. Hiparco y Tolomeo omitian la nebulosa de Orion y la de Andrómeda. Lo más estraño es que los antiguos no contaban bien el número de las Pléyades, aunque sobre ello se disputaba y por lo mismo es de creerse que observaran con más atencion, y aunque esa constelacion era de alguna importancia para determinar las estaciones. Segun Arato, contemporáneo de los sucesores de Alejandro Magno, las Pléyades eran siete, acaso para ajustarse al número sagrado. Trescientos años despues decia Ovidio:—*Quæ septem dici, sex tamen esse solent;* y desde entonces hablaron los poetas de una pléyade perdida. Hoy las personas dotadas de buena vista, aunque no conozcan la astronomía, pueden distinguir de catorce á diez y seis estrellas en la mencionada constelacion.

Segun Littrow, los antiguos describieron el firmamento de una manera muy incompleta, como si fuesen algo miopes; ó como si la potencia visual de la retina humana se hubiese aguzado despues, lo cual está en contraposicion con otros datos que tenemos. Al contrario, nunca admiramos bastante la seguridad del golpe de vista artístico, es las imágenes que nos dejaron del cuerpo humano. Si contaron mal las pléyades, nadie ha trazado despues tan perfectamente las líneas ondulantes de la belleza femenina; y el gladiador moribundo presenta en todos sus músculos tantas pruebas de exacta observacion, que ha sido necesario imaginar que las antiguas escuelas de escultura poseian todos los misterios de la anatomía. Generalmente se explica la superioridad de los antiguos escultores por la ventaja que sobre nuestros artistas, obligados á recurrir á vulgares modelos, les proporcionaba el contínuo espectáculo de las formas desnudas y los movimientos libres en los gimnasios y en los juegos públicos. Pero respecto á las formas femeninas los artistas antiguos no tenian ventaja ninguna sobre los contemporáneos, y sin embargo, tambien en ellas alcanzaron la perfeccion. Los modernos han tenido tan buenas ocasiones para estudiar al caballo vivo, como los antiguos para los atletas, y sin embargo, se asegura que en tiempos de Franz Krüger él era el único que pintaba bien la delantera del caballo. Realmente, los antiguos sobresalian en esta clase de observaciones, mientras que estaba enteramente fuera de sus hábitos el apreciar con exactitud en cualquier fenómeno la extension, el peso y la duracion. Respecto á las formas artísticas, su vista habia llegado á la perfeccion, pero no estaban educados para la apreciacion científica de los hechos. Desconocieron enteramente el arte de la experimentacion, por cuyo medio la observacion metódica, bajo condiciones que arbitrariamente se modifican, y combinándose con una crítica razonada y una inventiva imaginacion, constituyen una actividad intelectual esencialmen-

te moderna, que no solo trae consigo la certidumbre en la ciencia empírica, sino que tambien muchas veces consigue producir fenómenos nuevos.

Táles conocía ya «el alma del ámbar»; y la virtud de la *piedra de Heráclea* era familiar á los antiguos como un juguete; y sin embargo, nunca pasaron de un conocimiento puramente rudimentario de unos fenómenos que han servido al génio de los modernos para deducir todo un mundo de hechos y de ideas. En los tiempos de Alejandro Magno ya se habia despertado bastante interés por los objetos notables de la naturaleza; y él solia remitirle algunos á su preceptor Aristóteles desde el teatro de sus conquistas. Pero qué poco aprovecharon los romanos las incomparables facilidades que tuvieron para enriquecer la Historia Natural! De todos los confines de su inmenso imperio traian animales para regalo de su mesa, ó para las luchas del circo. Se ha hablado de sus pajareras; pero no hemos leido nunca que en Roma hubiese un lugar destinado á la exhibicion de animales y plantas, un jardin zoológico, como lo tuvieron los aztecas.

Sin observaciones científicas, sin experimentos, sin teorías, no puede haber progreso positivo en las artes industriales, pues aquel supone un aprovechamiento racional de las fuerzas naturales estudiadas en sus efectos regulares, y eso no le era posible á los antiguos. Es cierto que estaban entre ellos muy adelantados algunos ramos de la industria. Eran maestros consumados en arquitectura, en la construccion de puentes y caminos, en la metalurgia y en la talla de piedras finas. El arte de la fortificacion, el asalto y la defensa de plazas sitiadas, habian en los últimos tiempos de Roma llegado á un adelanto sorprendente.

Pero para poder juzgar del estado de la industria entre los antiguos es necesario compararlos con otros pueblos. Los trabajos en que sobresalian, pertenecen á un grado de civilizacion relativamente inferior. La arquitectura, por ejemplo, llegó á grande altura entre los egipcios, los asirios, los naturales de la India y hasta los peruanos del tiempo de los Incas. Pero estos tres descubrimientos, la brújula, la pólvora y la imprenta, señalan en el progreso industrial un grado mucho más elevado. Vienen luego las máquinas movidas por el calórico, que es un tercer grado al que solo pudo llegar la Europa moderna.

Los antiguos no habian llegado siquiera al segundo grado, pues en este se le adelantaron los pueblos civilizados del Asia Oriental, que comparados con griegos y romanos nos parecen bárbaros. Es verdad que ellos solo se servian de la brújula en sus viajes por tierra, que la pólvora solo la usaban para fuegos de artificio, y que su incómoda escritura no les permitia valerse de tipos movibles. Pero en la cerámica y en las industrias textiles, indios, chinos y japoneses sobrepujaron á los pueblos clásicos. Puede decirse, pues, que la civilizacion antigua tenia un pié todavía en la edad de bronce. Para tener idea cabal de la lentitud de sus progresos, es necesario ver la diferencia que hay entre la civilizacion material de los tiem-

pos de Pericles y la de los dias de Constantino, y compararla luego con la que hay entre nuestra civilizacion actual y la de la época de Barbaroja.

Los trabajos industriales de los antiguos estaban casi enteramente en manos de esclavos; á eso han atribuido algunos su inferioridad relativa. Pero, ¿no deberíamos ver en ese mismo desprecio de los ciudadanos libres para con esas ocupaciones una prueba de su escasa aptitud para la industria? Sea una ú otra cosa, el hecho es que la civilizacion material de los antiguos era incompleta y tenia defectos correspondientes á los que hemos notado en su cultura intelectual.

De ahí viene tambien el contraste que puede verse entre el mérito estético y la imperfeccion práctica de las obras de los antiguos. ¿Quién no admira en nuestros museos esos candelabros desenterrados de las elegantes casas romanas cubiertas por el Vesubio? De un ligero ramo cuyas hojas estremece el viento, cuelgan meciéndose muchas lámparas curiosamente esculpidas. A la luz de esas lámparas escribia César sus campañas, Ciceron pulia sus períodos, Horacio cincelaba sus odas. Pues no son más que depósitos de aceite, con un pábilo sumergido, como una de esas lámparas humeantes que hoy despreciaria cualquiera cocinera. Estudiar la causa de la luz de la lámpara; hallarla en la combustion de una sustancia rica en materias carbonadas (combustion imperfecta, pero llevada á punto que en la llama quemante, mas nó alumbrante, producto de una combustion perfecta, queden moléculas incandescentes de carbono sólido); obtener ese grado de combustion regulando la cantidad de aire y de aceite que deba entrar; defender la llama del viento, los objetos inmediatos del humo, y el olfato de las emanaciones repugnantes, nada de esto le ocurrió nunca, durante tantos siglos, á los artistas que en la magna Grecia fabricaban lámparas. Para ellos la lámpara más perfecta era la más bella; si hacia falta más luz suspendian mayor número de lámparas de un árbol de bronce más grande.

La civilizacion antigua se asemeja, pues, á una de aquellas medallas griegas, donde el artista ha grabado la admirable imágen de un dios, pero sin haber podido redondearla. Por lo tanto tenemos derecho á considerarla como esencialmente estética, y así definimos la actitud de los antiguos en presencia de la naturaleza como *especulativo-estética*.

Funesta ha sido á la humanidad esa inferioridad de los antiguos en las ciencias naturales. Ella fué una de las causas principales del derrumbamiento de la civilizacion antigua. La mayor calamidad que ha padecido la especie humana, la invasion de los bárbaros en las costas del Mediterráneo, habria podido evitarse si los antiguos hubieran conocido la ciencia natural de la manera que hoy la entendemos.

Acaso no se haya estudiado el punto con toda la atencion que merece. Cuando Montesquieu y Gibbon explicaban la caida del Imperio Romano, la ciencia natural no tenia la importancia que hoy en la opinion de las

gentes; y aún hoy mismo la mayor parte de los historiadores no tienen de ello plena conciencia. Las causas que arruinaron el Imperio, haciéndolo presa de los bárbaros han dado lugar á profundas é ingeniosas indagaciones. Es indudable que aquejaban al mundo antiguo enfermedades internas de mucha gravedad. La esclavitud, el militarismo pretoriano, la corrupcion de las costumbres, la aversion al matrimonio, la decadencia de la virtud cívica y del espíritu militar, la frivolidad de una civilizacion refinada que habia agotado todos los deleites, profanado todo ideal y que dentro de sí misma no hallaba nada con que poder sobreponerse á sí propia, estas han sido las causas más conocidas de la irremediable caida del mundo romano.

Sin embargo, el éxito obtenido cada vez que al trono de los Césares subia un hombre de temple, demuestra que las cosas no habian llegado á tan desesperado extremo. Hasta en los últimos tiempos siempre se pudo establecer la regularidad y el órden; y las legiones todavía mostraban ante el enemigo que no habian del todo olvidado su valor tradicional y su disciplina, ya que aún en los dias de la grandeza de Roma, no pueda decirse que siempre fueron victoriosas. La venida del cristianismo no desorganizó el mundo antiguo tanto como pudiera creerse, porque si una parte de la vieja civilizacion «fué arrancada como la mala yerba,» sus principales elementos quedaron intactos. Los templos, los teatros, los baños, los tribunales, quedaron en pié, á veces bajo la proteccion de la cruz victoriosa. La inmensa cantidad de obras artísticas desafió la rabia de los demoledores y los rollos de papiro de las bibliotecas continuaron guardando los tesoros acumulados en diez siglos.

Lo que importaba era detener á las muchedumbres bárbaras que se precipitaban del nordeste, el tiempo suficiente para contener el torrente, y conseguir que esas masas fuesen arrastradas al cáuce de la civilizacion, con lo cual ésta se habia salvado.

Cierto es que estaba condenada irremisiblemente á la muerte, segun Liebig, que tambien ha examinado la decadencia de la civilizacion antigua desde el punto de vista de las ciencias naturales. Sus estudios sobre los abonos químicos lo han inducido á creer que el imperio romano sucumbió por la misma causa que ántes habia hecho sucumbir á la Grecia y despues á la dominacion española: porque en la region de donde sacaban los romanos sus cereales la tierra habia perdido las sustancias minerales indispensables para la produccion del trigo, principalmente los fosfatos y la potasa. Conrad ha refutado este aserto, demostrando que no hay pruebas de tal agotamiento en los terrenos. Donde quiera que Liebig supone la tierra empobrecida por el cultivo continuado, puede atribuirse otra causa á la evidente esterilidad: ya la sequía, por efecto de falta de riego ó por desmontes imprudentes; ya la formacion de pantanos, por hundimientos volcánicos ó por descuido en la direccion del curso de los rios.

En Italia muchas regiones densamente pobladas ántes, darian hoy tambien pingües cosechas, si el dragon de la *malaria* no vigilase el toison de oro de sus mieses; y la España meridional no perdió su fertilidad sinó cuando la intolerancia cristiana desterró á los industriosos moriscos y la desidia nacional dejó que se obstruyesen las acequias. Donde quiera que la esterilidad de la tierra no haya provenido de causas naturales, irresistibles, puede asegurarse que ella no ha sido la causa, sino el resultado de la decadencia política. Con mejores condiciones sociales, la primitiva fecundidad volveria de nuevo. El desmonte es casi el único mal sin remedio como lo demuestra el ejemplo de la Provenza.

Así, pues, la civilizacion antigua no ha sucumbido por haberse agotado los fosfatos y la potasa en las comarcas mediterráneas, sino porque estaba asentada en la estética y la especulacion, es decir, sobre flojas arenas que fácilmente pudo arrastrar el torrente de las bárbaras invasiones. Figurémonos á los soldados de las legiones armados con fusiles de chispa en lugar del *pilum*; con artillería en lugar de balistas y catapultas, aunque fuese aquella la atrasada del siglo XVI, ¿quién duda que los invasores, desde los Cimbrios y los Teutones hasta los Vándalos, habrian sido pronto rechazados, llevando un buen escarmiento? Es verdad que el *pilum* bastó á los romanos para repeler á los teutones, porque con armas iguales, la superioridad del soldado en el arte militar y en la fuerza física é intelectual, le aseguran la victoria contra las hordas sin disciplina; pero con armas de fuego, los romanos habrian vencido á los bárbaros, áun sin el génio de Mario y sin los esfuerzos prodigiosos que hicieron en Aix. Inútil es congeturar lo que habria sucedido en otras circunstancias, pero esto parece evidente: que si los antiguos se hubiesen cuidado de oponer á la fuerza bruta aquella absoluta superioridad que es consiguiente al dominio de la naturaleza y á la industria perfeccionada, los dos elementos nacionales del poema de los Nibelungen, los gigantes del norte y los caballeros de las *estepas* asiáticas habrian sido impotentes contra el imperio romano, á pesar de aquella corrupcion «cuya fetidez subia hasta los cielos.» Y si la potencia inventiva de los antiguos hubiera llegado hasta la invencion de la imprenta, no tendríamos que lamentar eternamente, á pesar de la invasion de los bárbaros, la pérdida de las obras maestras de tantos oradores, poetas é historiadores.

EMILIO DU BOIS-REYMOND.

(*Continuará.*)

UN NATURALISTA DEL SIGLO XVIII

EN CUBA.

ANTONIO PARRA.

Descripcion de diferentes piezas de historia natural las más del ramo marítimo, representadas en setenta y cinco láminas. Su autor Don Antonio Parra. En la Havana año de 1787 con las licencias necesarias. En la Imprenta de la Capitanía General.

Precede á esta curiosa obra una dedicatoria en esta forma:

«Al Rey Nuestro Señor.—Señor: la multitud de producciones admirables, de que abunda la Isla de Cuba, y los mares que la rodean, en los tres Reynos Animal, Vegetal y Mineral, me inspiró, desde los principios de mi entrada en ella, un deseo grande de acopiar una coleccion. Convidábame la variedad y hermosura de tantos primores, como sabia naturaleza produce en tierra y mar, dignas de la admiracion de todo el género humano. Con esto, movido de un genial apego á todo lo que es objeto de la reflexion de un naturalista, determiné ocupar los ratos sobrantes de mis precisas obligaciones en la adquisicion de algunas de ellas.

»Lo primero que llamó mi atencion fué el ramo marítimo. Sin embargo de las cortas luces que me acompañaban puse la primer mano á la disseccion de algunos Pescados. A fuerza de algun trabajo, venció la industria las dificultades que á cada paso se me ofrecian. Algunos curiosos que me visitaban elogiaron mis primeras tentativas. Cobré con esto ánimo, é impelido, al mismo tiempo de la aficion, deliberé tomar por único objeto la empresa. A el año me hallaba con algun número de especies; de modo que á medida que crecia la coleccion, se aumentaba el número de visitas, con el fin de que les mostrase lo que habia recogido. Algunos sugetos de distincion dieron al todo de la coleccion un mérito sobresaliente, de cuyas re-

sultas, y del grande amor que he profesado siempre á V. M. resolví desde aquel punto poner á V. R. piés quanto llegase á adquirir.

»Desde entonces medité serian necesarias algunas piezas de las preciosas maderas de este Pais, para presentar á V. M. las diferentes clases que pudiese conseguir. En efecto, mandé construir las piezas letra *A* para los cangrejos y letra *B* para los pescados. No bien se habia empezado la obra quando recibí una carta del Director del Real Gabinete, en la que me exortaba continuase en la adquisicion de quanto pudiese: esto alentó más, y más mis deseos; avivé las diligencias, y encargos hasta conseguir las que se hallan en el dia en mi poder. Ya en esta situacion advertí era forzoso dar á V. M. al tiempo de presentar el todo de la coleccion, una exacta descripcion de las diferentes piezas, y naturales producciones que la componen. Efectivamente lo puse en práctica, la dí á la prensa; pero luego noté, que eran indispensables las láminas para dar un diseño de cada cosa en particular.

»Lamentábame de la escasez de gravadores, quando mi hijo se ofreció á gravarlas. Sin embargo de que nunca habia visto semejante exercicio, me animó á fiarlas á su mano, el conocimiento que me asistia de su mucha industria, y de ver que poseía un corto rasgo de dibujo. Despues de varias tentativas logró el éxito, segun manifiesta este tomo, que tengo el honor de consagrar á V. M. Y si bien mi ánimo, no fué jamás presentar uno sin otro, espero que V. M. recibirá benignamente esta corta demostracion, y que atendidas las circunstancias que me han obligado á no traher el todo, se dignará indemnizarme, y admitir favorablemente el fervoroso anhelo que me ha excitado siempre á más altos ofrecimientos, que el que tengo la honra de dedicar á el alto respeto de V. M. por tanto ruego al Todopoderoso guarde la importantísima vida de V. M. los muchos años que desea para beneficio general de toda la Nacion Española.

El más humilde y obediente vasallo D. V. M.—*Antonio Parra.*»

Esta obra en un volúmen, en cuarto, se compone de ciento noventa y cinco páginas; con índice y fé de erratas al final que ocupan cinco páginas no numeradas. Contiene setenta y cinco láminas incluyendo en ellas las que señaladas con las letras *A* y *B*, se hallan al principio de la obra y á mitad de la dedicatoria. De estas setenta y cinco, setenta son descriptivas de peces y producciones marítimas, pues las tres últimas, ó sean la 73, 74 y 75 se refieren á la disforme hernia que padecia el negro congo Domingo Fernandez.

Dividirémos las setenta y cinco láminas en ocho secciones. La primera de treinta y ocho láminas que describen sesenta y dos peces mencionados y explicados en el texto. La segunda, de dos láminas en las que se dan á conocer cuatro peces de agua dulce. La tercera, de tres láminas que contienen tres anfibios. La cuarta, que tiene nueve láminas referentes á quince crustáceos anfibios ó cangrejos marítimos. La quinta, con siete

láminas que señalan diez crustáceos no anfibios, marinos y de rio. La sexta, con dos láminas referentes á testáceos: una describe la madre, ó matriz de los caracoles; y la otra habla del macao. La séptima, con tres láminas descriptivas de las plantas marítimas en número de treinta y tres. La octava, con seis láminas que describen treinta y nueve objetos ó petrificaciones.

Concluye el volúmen con los grabados ó láminas setenta y una, setenta y dos, y setenta y tres que dan á conocer el entero retrato del negro Domingo Fernandez que en aquel tiempo vivia en la Habana de las limosnas que de puerta en puerta pedia. Su cuerpo está desnudo de la cintura abajo. La lámina 71 le presenta de frente, la 72 de costado y la siguiente de espalda. En las tres puede contemplarse las condiciones patológicas de ese vicio morboso que llegaba casi hasta los piés. (1)

---

(1) Para más exacta inteligencia de esta obra y como curiosidad bibliográfica se reproduce íntegro á continuacion el índice que es así:

PESCADOS MARITIMOS.

Bagre	lámina	31	página	68
Bajonado	...	8	...	13
Barbero	...	21	...	45
Bonací Cardenal	...	16	...	29
Bonací Arará	...	16	...	30
Brotula	...	31	...	70
Caballerote	...	25	...	52
Cabrilla	...	36	...	93
Catalineta	...	7	...	12
Catalufa	...	12	...	20
Caxis	...	8	...	14
Chapin	...	17	...	31
Cherna	...	24	...	50
Chiri vita	...	6	...	9
Chiri vita	...	6	...	10
Chi ino	...	9	...	15
Cu yo	...	11	...	19
Erra uda	...	32	...	71
Gab lo	...	4	...	5
Gon zella	...	37	...	95
Gri zo	...	29	...	60
Gri zo Guanavana	...	29	...	62
Gal afate	...	11	...	18
Gall udo	...	34	...	84
Gata	...	34	...	86
Jua camaya	...	26	...	54
Jua tívere	...	5	...	7
Jua tívere	...	5	...	8

Ha de advertirse que en la primera seccion, ó sea la de peces, lá na 17, está la figura 2, que representa el *Chapin* macho, diferente de hembra. En la lámina 28 hay tres especies de *Vieja*.

En la cuarta seccion, ó sea la de crustáceos, anfibios, aparece en la mina 47, la figura 3, especie diferente del *Cangrejo gallo*. En la 48, figura 2, especie diferente del *Cangrejo gallo chico;* en la 49, las figura y 3, especies distintas del *Cangrejo jaiba;* y en la 50, la figura 3, difere especie del *Cangrejo cornudo*.

En la seccion quinta, que trata de los crustáceos no anfibios, está figura 2, de la lámina 54, especie distinta del *Langostino*, y en la lám 59, vemos que la hembra *Cangrejo ajae de Manglar* es distinta especie macho. Ultimamente, en la seccion sexta, lámina 60, que nos dá á cono la madre de los caracoles, se encuentra una segunda figura que difiere mucho á la otra que se señala con el número primero.

Refiriéndonos ahora á las láminas *A* y *B* juntamente colocadas despues de otra en la mitad de la dedicatoria, segun ántes dijimos, de mayor dimension que las demás, por cuya razon van dobladas en forma que el libro exige. La primera representa una urna trabajada maderas del pais, y que descansa en un pié tambien de madera, elegan mente adornado con finas molduras, terminando la urna por su parte perior, con la forma de cúpula, y esta con tres diosas que llevan en manos crustáceos, por atributos. Las finas molduras dominan tambien

---

Innominado	lámina	37	página
Izabelita	...	7	...
Jabonsillo	...	24	...
Jocú	...	25	...
Lagarto	...	18	...
Lixa Trompa	...	22	...
Lixa Barbuda	...	22	...
Lixa Colorada	...	23	...
Loro	...	27	...
Macaví	...	35	...
Matijuelo blanco	...	13	...
Matijuelo colorado	...	13	...
Morcielago	...	14	...
Pegador	...	36	...
Perro colorado	...	3	...
Perro	...	3	...
Pescador	...	1	...
Pez de Espada	...	33	...
Picuda	...	35	...
Quiebra Hacha	...	12	...
Rabirrubia	...	20	...
Rabirrubia de lo alto	...	20	...
Rabirrubia Jenizára	...	21	...

derredor de la urna que rodeada de seis gruesos cristales contiene los crustáceos de mar, tierra y de agua dulce.

La segunda lámina (letra *B*) no merece tanto elogio como la primera; por la confusion que en el grabado se nota: no es posible formar idea cierta de lo que realmente seria ese otro mueble regalado al gabinete de Historia Natural de Madrid, y de su buen ó mal aspecto exterior.

Parece representar un acuario, pero no con agua y peces vivos. Es un acuario figurado, y dentro de él vemos un árbol—que no sabemos si era obra del arte, ó una petrificacion marina de esa forma colocada allí—en cuyas ramas ó desviaciones parciales del tronco se pusieron los peces. Dos indios toscamente grabados y desnudos, sostienen de pié y por ambos lados el acuario, colocado en una mesa que tambien ostentaba maderas del pais y bellas molduras. El dios Neptuno con el tridente remata la parte superior del acuario.

Los grabados de la obra de Parra hacen honor á la publicacion que por su mérito para el hombre de letras, merece se consigne en los anales de la Bibliografía Cubana como la *joya más apreciable del repertorio científico*. Significa esa obra más aún: los primeros dias del arte del grabado en Cuba, el amor al pais, el deseo nobilísimo de educar, la abnegacion, el estudio continuado y fecundo de una clara inteligencia; en fin, la primera piedra con que se inauguraba en Cuba la escuela experimental aplicada á las Ciencias físico-naturales.

Raro	lámina	30	página	66
Rascacio	...	18	...	34
Rubio volador	...	38	...	98
Serrana	...	2	...	2
Sobaco	...	10	...	17
Tamburil	...	19	...	37
Trompa	...	27	...	57
Trompetero	...	30	...	63
Trompetero colorado	...	30	...	65
Viexas	...	28	...	58
Volador	...	15	...	28
Siguatera, su descripcion			...	100

PESCADOS DE AGUA DULCE.

Guavina	lámina	39	página	105
Esturion	...	39	...	106
Chiffis	...	40	...	109
Manjuarí	...	40	...	111

ANFIBIOS.

Tortuga, Carey y Caguama	láminas	41, 42 y 43	página	112

Los grabados de la obra á que nos referimos, son bastante perfectos si se aprecia debidamente la epoca en que aparecieron. Merecen especial mencion la lámina primera señalada con la letra *A*, los grabados sobre petrificaciones (láminas 65, 66, 67, 68 y 69) y las tres últimas que se refieren al negro Domingo Fernandez.

Si algunas de las observaciones del Sr. Parra están redactadas en términos pocos científicos son, no obstante, útiles, claras y por lo general ciertas; y han dado lugar á trabajos más detenidos, ámplios y completos. Parra no era el profesor que vive en la Ciencia y con la Ciencia á la que constantemente sigue, imponiéndola á sus alumnos porque la cree redentora del error; y que hace de ella un patrimonio para ser útil á la sociedad y á la vez para atender á sus necesidades. Parra no era profesor, era el observador laborioso, que recogiendo observaciones cuando se lo permitian aquellas imprescindibles ocupaciones de que dependia su subsistencia, impelido por el *bien*, deseaba se ilustrasen los que buenamente le siguieran. El encendió la luz: tocaba á los demás conducirla. Conducirla bien: hé aquí la obra, la mision de la Ciencia. Y no puede la Ciencia desdeñar la experimentacion. La Ciencia sin método de observacion más ó ménos inmediato, más ó ménos urgente, segun los casos, no puede producir *jamás* fecundidad, progreso, órden y armonía en la aplicacion de las teorías; en las que los hechos indudablemente contribuyen á asegurar el plan metódico de su unidad. Por eso para el naturalista cubano ha de merecer

---

CRUSTACEOS.

Cangrejos Marítimos, de Agua dulce y terrestres.

Ajaes terrestres	lámina	58	página	164
Ajaes de Manglar	...	59	...	166
Araña Carapacho	...	56	...	159
Araña	...	56	...	162
Arrecife	...	48	...	131
Camaron de lo alto	...	55	...	154
Camaron de agua dulce	...	55	...	157
Cargador	...	46	...	126
Cornudo	...	50	...	135
Denton	...	51	...	136
Erizo estrellado	...	52	...	139
Espinoso	...	47	...	127
Galera	...	54	...	155
Gallo	...	47	...	128
Gallo chico	...	48	...	130
Langosta	...	53	...	144
Langustinos	...	54	...	148
Moro	...	45	...	124
Moro colorado	...	45	...	125

siempre grandes elogios el libro de Parra cayendo en él como campo germinador, lluvia abundantísima de continuados y bien sazonados estudios.

Parra observó bien. Con denodado esfuerzo, con incansable afan, realizó lo que ántes de él nadie habia hecho en la Habana. Y es de suponer: que á la vez de efectuar sus averiguaciones, se ilustrase con conocimientos generales que le diesen guia en la recoleccion de datos, y suministrasen método á sus clasificaciones. Consultó á Tournefort y prueba de ello es lo que se manifiesta en el comienzo de la *Parte Segunda*, que trata de las *Esponjas* como producciones marítimas. Pruébalo tambien cuando del pez *Innominado*, dice: «Son tan pocos los que se cojen de esta especie que los pescadores ignoran todavía su nombre. Aunque su contextura representa una culebra marina, no obstante, no se parece á ninguno de los que traen los autores.» (Pág. 96.)

Merece se reproduzca y conozca la curiosa observacion que practicó en el pez llamado Tamboril. «Estos pescados, dice, no se comen porque son venenosos. Algunos pescadores los componen echándolos en sal y limon, despues de desollados. Por mi parte hice la prueba de darlo á comer á una gata y dos pollos, el uno murió á la media hora, y el otro duraria como una hora: la gata á las tres ó cuatro horas de haberle comido empezó á hechar por la boca ciertas babas, se iva á parar, y no podia, haciendo varios movimientos con el cuerpo, y demonstrando la gravedad del veneno con varios sínthomas mortales: entonces compadecido, le dí á beber aseyte, limon y sal; con tan buen efecto, que al otro dia ya estaba restablecida.

Peludo	lámina	50	página	134
Santoya	...	44	...	122
Terrestres	...	57	...	163
Tortuga	...	51	...	137
Xaivas	...	49	...	132
Xaivas de Horquilla	...	51	...	138

TESTACEOS.

Madre ó Matriz de los caracoles	lámina	60	página	167
Macao	...	61	...	170

Producciones Marítimas, Petrificaciones y varias piezas curiosas.

Esponjas	lámina	62 y 63	página	173
Plantas marítimas	...	64	...	179
Petrificaciones de animales	...	65	...	181
Piedras curiosas	...	66 y 67	...	184
Explicacion de seis paises curiosos	...	68 y 69	...	185
Estrella ramosa	...	69	...	189
Palma animal	...	70	...	191
Negro Ernia disforme	...	71, 72 y 73	...	194

Estaba preñada, y en breves dias parió, los hijos nacieron paralíticos de piés y manos, con los rabos torcidos y nudosos, moviendo la cabeza á uno y otro lado, y caminando para atrás; sin embargo, los conservé por el tiempo de cuatro meses, pero viéndolos imposibilitados, los mandé tirar al mar.» (1)

De la Rabirubia genízara, dice: «Este es del genero de los pequeños. Lo hermoso de sus colores lo hace apreciable. La cabeza es chica, y mucho más la boca, pues no guarda proporcion. La mandíbula superior forma un semicírculo, la inferior la punta de una cuchara, tiene una andana de dientes en cada mandíbula, de los que sobresalen dos superiores y dos inferiores. Los ojos situados en medio de la cabeza son redondos, azules en la niña y morados en lo demás. Tiene seis nadaderas, la notable es la dorsal, que se extiende desde la cabeza hasta el principio de la cola: va de menor á mayor y en sus dos tercios anteriores salen á trechos unas espinas finas. Está cubierto de una escama bastantemente grande y apretada. En quanto á su color en la cabeza es de carmin obscuro, el lomo algo más claro, el pecho rosado subido, parte del cuerpo y cola naranjado, las aletas jugulares negras; y negras tambien las puntas de la aleta dorsal y del ano: el timon un color de púrpura. Este pescado es de fondo; y el pescador que le cogió, que tiene como 40 años en el oficio, dice que es el único que ha visto de esta especie.» (2)

EUSEBIO VALDES DOMINGUEZ.

(*Continuará.*)

(1) Página 41.
(2) Página 44 de la obra.

EL CONDE KOSTIA.

XVI.

He vuelto ayer noche al lado de Estéfano por la bohardilla y los graneros; no he empleado en el viaje sino veinte minutos. Hacia un poco de viento, y me alegró no tener nada que ver con el garfio de hierro. Llegué á las diez, y partí á las doce y media. Al separarme del jóven, me sentia á la vez asustado y enagenado, asustado por el ardor fogoso de su carácter y los esfuerzos que me costará moderar sus arrebatos, pero enajenado, maravillado de la rapidez y del despejo de su inteligencia, de la vivacidad de su imaginacion y de la flexibilidad completamente eslava de un natural feliz. Seguramente, la triste y árida existencia que lleva hace años, hubiera roto los resortes de un alma ménos bien templada que la suya; pero le han salvado el vigor y la elasticidad de su temperamento. Solo que he llegado á tiempo, porque me ha confesado que la idea del suicidio le asediaba desde su malhadada escapada castigada con quince horas de prision.

—«Mi ensayo ha sido desgraciado, me decia, pero estaba decidido á repetirlo; ya habia sondeado el vado: á la otra ocasion, hubiera pasado el rio.»

Me apresuré á cortar la conversacion; además, no estaba de humor para detenerse en asunto tan lúgubre. ¡Cuán feliz parecia al volver á verme! ¡qué cándidamente se pintaba la alegría de su rostro, y qué parleras eran sus miradas!

Nos ocupamos primeramente de la lengua de los signos; nada escapaba á su inteligencia árida; solo se quejaba de mi lentitud para explicarme.

—«¡He comprendido, he comprendido! exclamaba; á otra cosa, señor mio, á otra cosa; no soy un asno.»

Por mi honor, no tenia idea de tal rapidez de concepcion.

—«Los Eslavos aprenden pronto, le dije, y olvidan lo mismo.»

Para probarme lo contrario, me contestó bastante correctamente por signos:

—«¡Sois un majadero.»

Yo estaba confuso; luego de golpe:

—«Hombre extraordinario, me dijo con una gravedad que me hizo sonreir, contadme algo de vuestra vida.

—Extraordinario, ni poco ni mucho, le dije.

—Y yo os afirmo, contestó, que la humanidad se compone de tiranos, de criados y de un solo Gilberto.

—¡Bah! los Gilberto son numerosos.

—¡No hay más que uno! ¡no hay más que uno!» exclamó con un fuego y una energía en el acento que me han encantado.

Le dejé decir; no me desagrada que por ahora vea en mí un ser excepcional, porque es bueno que yo le imponga. Para satisfacerlo, le he contado la historia de mi juventud. Esta vez me reprochó ser demasiado breve y no entrar en detalles, y como no cesaban de preguntarme:

—«¡No agotemos desde hoy este punto! le dije; por lo demás, es preferible mostrar lo mejor.

—¿Tendríais algo que ocultarme por casualidad?

—No, pero os confesaré que no me gusta hablar de mí mucho tiempo; pronto me canso.

—¡Pues cómo! me dijo con tono de reproche, ¿no estamos aquí para hablar sin cesar de tí, de mí, de nosotros?

—Sin duda, y nuestra ocupacion favorita será ocuparnos de nosotros; pero para que sea más delicioso el pasatiempo, será bueno que nos ocupemos con frecuencia de otra cosa.

—¿De otra cosa? ¿Y de qué?

—De lo que no somos nosotros.

—¡Eh! ¿y qué me importa lo que no sea ni tú, ni yo?

—¡Ah! ved; el que tiene la sensatez de salir á menudo de sí acaba por descubrirse en las cosas que le parecian más extrañas á su ser; percibe que el hombre está emparentado con todo el universo y que aún los astros son de su familia; descubre conformidades secretas entre su alma y la naturaleza, entre las leyes de su pensamiento y las plantas, los elementos y todas las formas de la vida universal; se convence de que el mundo y él se han hecho el uno para el otro formados por la misma mano, y á la vez que estudiándolo, aprende á conocerse mejor, repite con alegría el dicho de un sabio: el espíritu del hombre es el espíritu «de lo que es.»

—Un discurso tan bello está á mil leguas de mi inteligencia; pero lo que sé, es que ese laberinto concuerda mal con aquel admirable programa de amistad que me mostrabais el otro dia. Un verdadero

amigo, decíais, se ocupa sin cesar de su amigo; vive con él, en él, por él.

—Lejos de suprimir nada de mi programa, lo completo..... ¡Amarse en Dios! Es una expresion que habeis debido oir con frecuencia al padre Alejo. La traduzco así: Pensar juntos, gozar juntos del universo, adorar juntos el mismo ideal.

—En ese concepto, no seré nunca el amigo que soñais, pues yo no pienso, gozo muy poco del universo, y en cuanto al ideal, no sé lo que es ni me cuido de saberlo.

—¡Bah! no se debe jurar por nada. Cuando el lirio haya florecido..... Entretanto, ¿no estimais que uno de los mayores placeres que puedan gustar dos amigos, es viajar juntos? ¡Y qué son los viajes á pié ó á caballo comparados con los que pueden hacer, arrebatados en sus alas, dos almas estrechamente unidas que vuelan en concierto al reino de las ideas!»

Permaneció algunos instantes silencioso; luego me dijo:

—«El amo de esta casa tiene razon al trataros de ideólogo.....» ¡Las ideas! ¡las ideas! nunca he tenido nada que ver con ellas, y os prevengo, tengo la cabeza tan vacía como una cáscara de nuez roida por un raton.

—Pero, en fin, ¿trabajais algunas veces, leeis, estudiais?

—En la Martinica, el padre Alejo, me daba dos ó tres horas de lecciones diarias. Me enseñaba la historia, la geografía, y, con otros cuentos del mismo género, los inconcebibles méritos y las perfecciones sobrehumanas de su eterno Pauselinos. Las disertaciones de aquel espiritual magister me divertian muy poco, como comprendereis, y me ponia furioso porque su charla fastidiosa se inscrustaba á pesar mio en mi memoria, que es la más tenaz del mundo.

—¿Y no continuó sus lecciones?

—Desde nuestra vuelta á Europa, mi padre le ordenó que no me enseñara más que el catecismo. Era, decia, el único estudio de que fuera capaz mi cerebro, alelado.

—¿De modo que desde hace tres años pasais vuestros dias en una ociosidad completa?

—Nada de eso; he estado siempre ocupado desde la mañana hasta la noche.

—¿Y en qué?

—En sentarme, en levantarme, en volver á sentarme, en pasearme en mi cuarto, de arriba abajo, en pensar en las musarañas, en contar las junturas de estas losas y las tejas del techo pequeño, en contemplar el garfio de hierro y la gárgola que lo termina, en ver caminar las nubes por el aire, luego en acostarme ahí, en aquel hueco de la pared, permaneciendo allí, inmóvil, con los ojos cerrados, rumiando el enigma de mi destino, preguntándome lo que puedo haber hecho á Dios para que me castigue tan cruelmente, recordando mis sufrimientos pasados, saboreando de antemano mis sufrimientos futuros, llorando y soñando, soñando y llorando, hasta

que fatigado, cansado y agotado acabo por dormirme, ó bien exaspe: por el tedio bajo corriendo á la choza de Ivan, y allí exhalo con tod bertad mi desprecio, mi furor y mi desesperacion.»

Estas palabras, pronunciadas con un tono en que respiraba toc amargura de su alma, me causaron un violento disgusto. Me estremec: pensar en aquella juventud abandonada cuyas penas agriaban incess mente la soledad y el ocio, en aquella alma abandonada sin defensa sombrío fastidio, en aquel pobre corazon acurrucado y encarnizado s sí mismo como sobre una presa, devorándose, descubriendo como por to sus heridas y envenenándolas, sin que nunca el trabajo ni el estudi nieran á arrancarle un solo instante de su monótono suplicio. ¡Oh, c Kostia! ¡qué refinado es vuestro ódio!

—«¡Lo que me asombra, le dije, es que viviendo de ese modo n hayais vuelto loco!»

—En lo sucesivo, continuó sin responderme, tendré ocupaciones dulces. Pensaré en vos, creeré veros, repasaré en mi memoria todas v tras palabras, todos vuestros gestos; observaré atentamente el estad cielo, y diré á las nubes: ¡Id, verted más lejos esos aguaceros que p los techos resbaladizos! Y á los vientos: ¡Soplad furiosos hasta la n pero, así que el sol se ponga, suspended vuestro hálito, para que p venir mi amigo! Y á las estrellas: ¡Brillad esta noche con vuestros má vos resplandores, alumbrad sus pasos! Y miraré con frecuencia mi rel exclamaré: ¡Dentro de diez horas, dentro de cinco, dentro de dos es aquí! Y para engañar el tedio me asomaré á la ventana, véaos ó n diré con los dedos todas las locuras que se me ocurran.»

Le tomé las manos y le dije:

—«Hijo mio, escuchadme, y creed en mi experiencia. La vida del s miento no basta al hombre, y es una ilusion fatal creer que puede lle se el vacío del tiempo con el corazon. Cualesquiera que sean las ale que pueda procuraros la tierna y fiel amistad que os he consagrado será nunca capaz de llenar toda vuestra existencia. No reclameis, sé lo digo. Hoy esta amistad tiene para vos un encanto de novedad y com aire de aventura que exalta é inflama vuestra imaginacion. ¡Pobre in dulo, súbitamente tocado por la gracia, desconfiad de los engaños y l del entusiasmo! Los incrédulos convertidos se vuelven fácilmente sup ticiosos. ¡Ah! no vayais á alimentaros de viento y de quimeras ni á so felicidades imposibles. Al caer desde las nubes sobre vos mismo, me ac cariais vuestras decepciones..... «¿Así es como cumples tus compromi »me dirias. Falso profeta, ¿dónde está la felicidad que me prometias? ¡ »me abrasa una sed que no puedes saciar, y noto que con todo tu art »podrias curar la aridez de mi vida ni de mi alma.....» ¡Ah! contestad si alguna vez emplearais este lenguaje, ¿vuestras quejas, vuestras exi cias, vuestras recriminaciones, mi impotencia para satisfaceros, no se

suficientes para amargar nuestra amistad, y convertirla en un suplicio, en un fardo, una fuente de tormentos y de disgustos?..... Niño, te lo suplico, no imites al salvaje que, prosternado ante su fetiche, se deshace en idolatrías y en esperanzas insensatas, y al siguiente dia le azota injuriosamente reprochándole sus imposturas y sus mentiras! ¡Pobre loco, tu ciego furor se engaña de objeto, porque el impostor eres tú mismo, tú que imaginaste ese dios cuyo único crímen es no existir!»

A estas palabras, arrojó una mirada furtiva á las imágenes de los santos, y bajó luego la cabeza suspirando.

—«Tarde ó temprano, repuso, llegará el momento en que necesitareis reunir todas vuestras fuerzas para vencer ó desarmar vuestro destino. Entonces, en pié á vuestro lado, combatiré por vos; pero sin vos, seré impotente; y la victoria dependerá de vuestra cordura y vuestro valor. Preparaos, pues, desde hoy á este gran combate, ¡y ojalá al sonar la hora podais encontraros en posesion de la salud del alma y del cuerpo! Estéfano, Estéfano, pensad en ello: la fuerza es la salud, la salud es la calma, y la calma es el don precioso que hace á un corazon bien dirigido una razon madurada por la reflexion y el estudio. Ejercitad, pues, y nutrid vuestro espíritu, sentireis algun dia que os vuelven las fuerzas y reanimado súbitamente por un soplo fecundante el abatimiento de vuestro pecho desfallecido. Pero si rehusais á vuestra inteligencia el alimento que reclama para no perecer y extinguirse; si, despreciando mis consejos, os obstinariais en no vivir sino con el corazon; si á fuerza de odiar y de amar olvidais pensar y reflexionar, entonces, me lo temo, estariais condenado para siempre á estériles agitaciones, á esas fiebres que consumen el alma y á la incurable impotencia de la voluntad.»

Su rostro tomó una expresion de tristeza, y creí ver brillar lágrimas entre sus pestañas.

—«¡Ah! dijo, ¡cuánto hablabais el otro dia!» «En este pecho, en este corazon, me deciais, os traigo un rayo de sol; bebed su luz y su calor, y, os lo juro, bello lirio, acabareis por florecer bajo las miradas de la eterna bondad!» Ved que tenia razon al alabaros mi memoria; es fiel y tenaz, lo que no deja de ser embarazoso para los grandes habladores que se desmienten sin pudor de un dia á otro.

—¡Oh! permitid, le contesté, no me desdigo de nada, pero, puesto que vuestra memoria es tan exacta, ¿no os acordais de que no solo os hablé de la luz del sol, sino de los jugos nutritivos de la tierra? Sin duda el calor es quien anima y hace los gérmenes, pero las plantas no se nutren de sol; los rayos celestes son escitantes que despiertan en ellas un secreto apetito de vida, adhiriéndose de momento sus raices, como glotones recien-nacidos de las manos de la tierra, aspiran sus jugos vivificantes, sube la sabia, sube..... y se realiza el divino misterio.»

Mucho me engaño, ó la verdad de mis palabras le impresionó; pero lo

ocultó cuidadosamente. Se paseó por el cuarto con aire resuelto é irritado; luego, deteniéndose delante de mí y cruzándose de brazos:

«¡Ahora, me dijo, descubro que el corredor de noche y el *otro* son inseparables!»

—¿No estais aún reconciliado con el *otro?*

—Ya no le injurio, esto debe bastarle. Todo mi afecto es para el héroe; el pedante no tiene derecho sino á mi tolerancia.

—¡Pues bien! puesto que tolerais al pedante, tolerad tambien sus impertinentes preguntas y responded, os lo ruego, á esta:

—¡Oh! ¿No hay libros en este cuarto?

—¡Ah! ¡los reconozco bien en esto! exclamó ¡Libros! ¡libros! ¡Eh! pues sí, tenemos la alegría de poseerlos. Mirad, he ahí un gran armario que está lleno; pero os advierto que ninguno he leido.»

Abrí el armario que me mostraba con el dedo. ¡Dios! ¡qué extraña biblioteca! Supongo que el conde ha amontonado allí todos los libros de deshecho con otros ménos despreciables de que no se le presenta ocasion de servirse. En medio del horroroso desórden en que yacia aquel revoltillo, cubierto de polvo percibí una Historia universal en holandés que formaba cuatro enormes in-folio, las obras completas de Paracelso, una gramática zenda, un tomo suelto de la *Biblioteca histórica de la Francia* del P. Lelong, la *Bibliotheca mediæ et infimæ latinitatis* de Fabricio, las obras de Muret..... ¿qué sé yo? Con todo noté tambien algunas obras de historia en frances y un manual de botánica. Comenzaba á escoger, cuando Estéfano, con el rostro encendido, se me aproximó, y mirándome con ojos chispeantes.

—«¡Médico de mi alma, me dijo, prescríbeme todas las órdenes que te plazcan; pero no me hables de leer, porque me dejaria matar ántes que obedecerte!»

—¿Odiais mucho los libros? le dije con tono contristado.

—En mi infancia, replicó, era un lector infatigable. Todavía en la Martinica, devoré muchos viajes pintorescos, algunos clásicos franceses y todas las tragedias de la tierra, y de todo esto me ha quedado algo en la cabeza; pero desde hace tres años, es decir, desde el dia en que comencé á reflexionar, le he tomado horror á los libros.»

Y enardeciéndose cada vez más:

—«¡Oh! sí, creedme, los ódio y los odiaré siempre desde lo más íntimo de mi alma.

—Pero ¿por qué?

—¡Ah! ¡quieres saber por qué!.....»

Y entonces dando rienda suelta á su arrebato:

—«¡Los ódio, exclamó con voz ahogada por la emocion, los ódio porque son las delicias del padre que me ódia, y me han suplantado para siempre en su corazon! ¿Me hareis el favor de comprenderme? No es de mármol; no es de bronce; es de carne y hueso como nosotros. Y quizás á ciertas ho-

ras, sintiéndose hastiado y triste, busca con la mirada á su alrededor, algo que amar, que acariciar, que estrechar entre sus brazos, y tal vez se acuerda entonces que tiene un hijo, y que un hijo es una de aquellas cosas que un padre se complace en amar, en acariciar, en estrechar contra su seno.....porque, en fin, así sucede, ¿no es verdad? eso no es tan contrario á la naturaleza, ó, si es un milagro, ¿se ha obrado alguna vez ese milagro?..... Pero en el momento en que le asaltan tales pensamientos y siente ablandarse su corazon, fundirse en su pecho, percibe sus libros, sus libros bien amados, sus libros adorados; abre uno, y se ensimisma..... ¡Adios fatiga! ¡adios tristeza! ¡adios el recuerdo de su hijo! Héle ya contento, nada falta á su felicidad; y sus manos, paseándose con orgullo por sobre la vitela, olvidan que poco ántes, á tientas, buscaban una cabeza rubia cuyos bucles pudiera ensortijar al rededor de sus dedos..... ¡Y no es todo! Hay instantes tambien, pongo por testigo al cielo, en que se siente presa de una turbacion secreta al pensar que cerca de él, en su casa, hay un sér á quien revelan y desesperan su frialdad, su rudeza, su desprecio, su sonrisa de hielo, su crueldad, su injusticia, un sér que sufre, que se desola, que se roe el corazon..... Y entonces oye como un suspiro ó como el ruido de un sollozo que llega hasta él al traves de las paredes, y á pesar suyo tiembla y siente en el fondo de su alma no sé qué que se parece á un remordimiento..... Pero de repente percibe sus libros..... ¡Adios turbacion, adios arrepentimiento! Aunque su víctima solloce á su antojo, ya no le oye. ¡Está bien lejos de ella, viaja, está en Roma, está en Byzancio, está más allá del Océano, está más allá de las nubes! ¿Acaso los gritos de un niño pueden llegar hasta allá?..... ¡Y me preguntais por qué no amo los libros! ¡Ah! ¡por mi alma, los ódio cual la muerte! ¡Los ódio, porque los ama con furor, los ódio porque son su enfermedad, los ódio porque endurecen y desecan su corazon, los ódio porque son su deleite supremo, y que en este deleite ahoga sin pena y sin vergüenza la felicidad de su hijo y sus entrañas de padre!»

Al concluir, fuera de sí, cogió algunos de los tomos que yo habia separado y echándolos por tierra, se puso á patearlos con furor. Le rogué que se calmara; acabó por oir mis consejos, y, recogiendo aquellos volúmenes estrujados y rotos, los echó en el armario, cuya puerta cerró y guardó la llave en su bolsillo.

——«Puesto que esto pasais, le dije volviendo á sentarme, no os hablaré más de lectura; pero decidme, ¿no tendreis algun gusto, algun talento, algun pasatiempo favorito?.....

——Antes amaba con locura el dibujo. En otro tiempo, el padre Alejo me dió lecciones. Dibujaba de capricho ó del natural. Comenzó tambien á enseñarme á pintar y á hacer aguadas. Aún tengo mis creyones, mis pinceles, mi paleta, mis cajas de colores, pero ya no las toco: desde hace mucho tiempo no tengo gusto para nada.....»

Al decir esto, sacó del fondo de un armario una cartera grande llena de dibujos, y la abrió en mi presencia. No pude contener un grito de sorpresa y de alegría. Aquellos dibujos no eran en su mayoría sino esbozos, pero reconocí en ellos á la primera ojeada un lápiz fácil, suave, un gusto delicado, el sentimiento del órden y las proporciones, instintos de artista, los gérmenes de un talento feliz y verdadero.....

—«¡Estamos salvados!» dije en voz baja.

Me detuve á considerar una figura de mujer dibujada á tres creyones.

—«Es el retrato de mi madre, me dijo, y sus ojos se humedecieron..... Lo he dibujado mil y mil veces, por un medallon que llevo bajo mi túnica, y que es una obra maestra.»

Sacó de su seno el medallon de oro y me lo mostró.

No pude contener una exclamacion al notar la semejanza de la madre y del hijo: semejanza en los rasgos, se entiende, pues las fisonomías difieren como lo negro y lo blanco. El rostro melancólicamente plácido de la condesa Olga parece decir: «Encargaos de querer por mí, no respondo de nada.....» Sí, hay algo de *irresponsable* en este rostro. Distinguí tambien en la cartera algunas aguadas con toques que indicaban una mano firme y ligera á la vez, y, algo más abajo, no sé qué composicion fantástica, diablos entrelazados, cabezas de muerto..... Pasé adelante, y topé con un papel largo cubierto todo de caricaturas hechas á la pluma. Reconocí al padre Alejo y á Ivan pintados en toda clase de actitudes y representando entre sí escenas grotescas. Experimenté un gran consuelo al notar que su padre no figuraba en ellas. En el reverso de la hoja, leí esta inscripcion en mayúsculas: «El más tonto de los ratones de Holanda en su queso.....» El queso era un pesado in-folio y el raton..... ¡Ah! ¡Dios mio! el raton tenia cabeza humana, y esa cabeza se parecia tanto á la de un íntimo amigo mio.....

—«Sí, soy yo, yo mismo,» le dije riéndome.

Se inclinó por sobre mi hombro y se sonrojó.

—«¿Qué estais mirando?» exclamó.

Y, arrancándome la hoja de las manos, la arrimó á la lámpara y la lanzó al espacio completamente encendida, á riesgo de prender las cortinas. Despues palmoteando:

—«¡Una idea! dijo. Puesto que quereis que trabaje, el primer dia haré vuestro retrato. Os representaré tal como os veo, desde que me operasteis la catarata, ó más bien será del héroe de quien se ocupará mi creyon, del corredor de noche, del hombre de la blusa. En cuanto al pedante, ¡encárguese de él quien quiera!

—Veremos eso despues, le respondí, nada nos apura.»

Y despues de haber reflexionado:

—«Yo tambien tengo mi idea. Amais las flores y las pinturas; pintad un herbario.

—¿Qué es eso?

—Hé aquí papel de marca. Pintareis en él á la aguada una coleccion de todas las flores de este pais, de todas aquellas, al ménos, que descubrais en vuestros paseos. Si no sabeis los nombres, os los enseñaré, ó los buscaremos juntos.

—Siempre que no haya libros de por medio.

—Nos pasarémos sin ellos en cuanto sea posible. Reuniré todo mi saber para contaros la historia de esas bonitas flores pintadas; os hablaré de sus familias, os enseñaré á clasificarlas; en una palabra, os haré partícipe de lo poco, de lo poquísimo que sé de botánica.....»

Me hizo cien objecciones absurdas, entre otras, que encontraba á todas las flores de los campos y de los bosques del pais un aire bajo y servil; y luego una cosa y despues otra, expresándose con tono vivo, pero animado.

—«¡Jóven caballo escapado, decia para mis adentros, te enseñaré la botánica y á no romper el freno de tu pasion!»

Sin embargo no he podido sacarle ninguna promesa positiva.

14 de Julio.

¡Victoria! A grandes martillazos, he acabado por alojar la idea de pintar el herbario en esa cabeza testaruda. Solo que me ha puesto una condicion, no se presta á pintar sino las flores cogidas y traidas por mí.

Despues de algunas dificultades, tuve que ceder.

«¡Ah! le he dicho, cuidaos de cogerlas vos tambien, pues de otra manera Ivan.....»

Domingo 15 de Julio.

Hoy á medio dia, he dado un gran paseo por los bosques. He conseguido reunir algunas labiadas, lamias, la búgula piramidal, la germandrina salvaje. En medio de mi tarea, oí el trote de un caballo..... Era él, con un manojo de yerbas y de flores en la mano. Ivan, que como de costumbre le seguia á diez pasos de distancia, me miró desde lejos con aire inquieto: evidentemente temia que yo me les acercara; pero, cuando estuvo á diez pasos de mí, Estéfano, volviendo la cabeza, lanzó su caballo á todo escape. E Ivan me lanzó al pasar una sonrisa de piedad triunfante! Pobre y simple Ivan, ¿no oiste nuestras almas que se hablaban?

16 de Julio.

Le he llevado ayer noche mis labiadas. Despues de algunas frases sueltas, traté de detallarle lo mejor posible los caracteres de esa interesante familia. Me escuchaba por complacencia; con el tiempo me escuchará por curiosidad..... tanto más cuanto que, dicho sea entre nosotros, no soy un maestro fastidioso; pero no me atrevo todavía á interrogarle socráticamente. Las *preguntícas cortas* le pondrian en fuga, nuestro jóven tiene la cabeza junto á la gorra. Acabada la leccion, quiso empezar su herbario á mi vista. Los honores de la preferencia se concedieron á la germandrina; sus

pequeñas corolas blancas finamente divididas y el porte delicado de su tallo le agradaban, en tanto que hallaba las lamias y la búgula *extremadamente* vulgares, y, pronunciada por él, la palabra *extremadamente* es de las más expresivas. Mientras que hacia esbozos al creyon, le he contado tres historias, un cuento de hadas, una anécdota de Plutarco y algunos rasgos de la vida de San Francisco de Asis. Escuchó el cuento de hadas sin bostezar ni pestañear; pero los otros dos le han hecho más de una vez sacudir la cabeza.....

—«¿Es cierto lo que me estais contando? exclamó. ¿Os dejariais cortar la cabeza?»

Y cuando llegué á San Francisco abrazando al leproso:

—«¡Oh! ¡esta vez, exagerais!»

Despues, hablando á San Jorge:

—«En conciencia, ¿habriais hecho otro tanto?.....»

Acabó por distraerse y bromear. Como me suplicaba que le cantara una cancioncilla, le tararee *Cadet Roussel*, que no conocia; los *tres cabellos* le han hecho reir hasta llorar, pero ha pagado bien caro este exceso de alegría. En el momento en que me levantaba para partir, se sintió presa de un acceso de lágrimas, y trabajo me costó consolarlo. Así me arrepentí de haberle escitado tanto. Debo mirar por sus nervios no ponerle nunca en un estado de ánimo que contraste demasiado con las realidades de su vida. Es menester á toda costa evitar ciertos recuerdos.

17 de Julio.

Antier, mientras dibujaba, le miré á mis anchas. ¡Qué finura de rasgos! ¡qué pureza en las líneas! Quisiera ser pintor: ¡qué partido no sacaria de ese rostro! Nada encuentro que decir, sino que la boca es demasiado pequeña: cuando está de mal humor, le da un aire duro y afectado; en cambio, en cuanto se desarruga, las sonrisas se empujan, se oprimen, no encontrando salida; los extremos de los labios se levantan y se tuercen ligeramente con una gracia picante y singular. En cuanto á sus ojos, son muy de su pais: son grises de hierro y no tienen brillo por sí mismos; pero en cuanto se apasionan chispean ó brillan. Lo que me asombra, es que á pesar de su destino su cara ha permanecido jóven. Sus mejillas y el contorno de su barba son de un niño. Donde se revela el sufrimiento, es en la palidez, en la red de venillas azulosas que se dibuja en sus dos sienes, en sus manos algo secas, demasiado delgadas para su edad. Y luego, por lo comun, hay como un velo en aquel rostro: diríase esos vapores semitransparentes del otoño que envuelven y ahogan en su gozo flotante los contornos de las colinas. Cuando, por efecto de algun movimiento súbito del alma, cae el velo, asombra, deslumbra. Lo raro y encantador es, que sus cabellos son castaño-claro, sus pestañas casi oscuras, y sus largas cejas arqueadas de un negro de azabache; lo que da á esta cara tan regular algo de extraña; no se habitúa uno á ella: siempre es nueva.

19 de Julio.

Admiro su continente en la mesa. Sentado enfrente de mí, aparenta no verme, mientras que vos, grave Gilberto, no sabeis á veces que hacer con vuestros ojos; pero el otro dia atravesó el salon con un paso tan vivo y ligero, que el conde le miró de reojo: es necesario que le obligue á contenerse todavía más. Me inquieta tambien que, en nuestras entrevistas nocturnas, alza la voz con frecuencia, mueve los muebles, da vueltas por el cuarto; pero me asegura que no hay que temer. Las paredes son espesas, y la parte baja del cuarto de la escalera está separada del corredor por un vuelo de mampostería que debe interceptar los sonidos ¡Y luego la alcoba, el vestíbulo, las dos puertas de roble! Esas dos puertas, nunca se cierran con llave. Ivan, me ha dicho, está á mil leguas de sospechar nada, y lo único que pudiera excitar su desconfianza, seria un exceso de precauciones.

«Y además. añadió, por gracia de Dios; comienza á envejecer, su espíritu se entorpece, es más crédulo que ántes. Así le he convencido fácilmente de que no os perdonaria jamás la muerte de mi perro. Al propio tiempo, se pone sordo y duerme como un tronco. Algunas veces, para perturbarle en su sueño, me entretenia en hacer ladrar á Voraz; pero en vano: el único ruido que no deja de oir nunca, es la campanilla de mi padre. Confieso tambien que, si alguien se atreviera á tocar su grande y fea puerta de roble..... ¡ah! ¡entonces sí se despertaria sobresaltado! Y es que esa puerta es propiedad suya, su cosa; su idea fija; tiene un modo de mirarla como diciendo: «¡Veis esta puerta, es mia!» Debo decir que á sus ojos, lo más bello que hay en el mundo, es una puerta cerrada. Así quiere, sonrie en grande, á esta horrible, á esta infame puerta, cuenta sus clavos. y se los come á besos.

—Y decis que dadas las nueve ¿no sube aquí nunca?

—Nunca, jamás. ¡Y ya se guardaria muy bien de hacerlo! exclamó levantando la cabeza con aire indignado.

—Ya veis que es un carcelero que no carece de recursos. Concibo que no le ameis mucho; pero con todo, guardándoos bajo llave, no hace sino ejecutar las órdenes que ha recibido.

—Y yo os digo que goza haciéndome sufrir. Ese malvado no ha hecho en toda su vida sino una buena accion, cuando os salvó del furor de Voraz. Teniendo en cuenta aquel buen impulso, no le digo más lo que pienso de él, pero no dejo de pensarlo, y encuentro muy extraño que pretendais que le ame.

—Por última vez, no os pido que le ameis, sino que creais que en el fondo os ama.....»

Al decir estas palabras, le entró tal furor que me apresuré á cambiar de conversacion.

«¿No sentis algunas veces á Voraz?

—Le encargaba, que me guardara de los duendes; pero ya no les tengo miedo desde que uno de ellos se ha vuelto amigo mio.....»

A lo cual añadió con tono más grave:

«Soy supersticioso, creo en los espíritus; pero les desafío á que se aproximen á mi lecho en lo sucesivo. Me basta con evocar la imágen del hombre de la blusa.....»

Se ruborizó y no acabó su frase. ¡Pobre niño! el doloroso misterio de su destino, lejos de abatir su imaginacion, la exalta y la embriaga, y no me extraña que acomode la amistad al giro romanesco de sus pensamientos...

«Os engañais, le dije, no es mi imágen, es la botánica quien os guarda de los espíritus. No hay mejor remedio contra los terrores locos que el estudio de la naturaleza.

—¡Siempre pedante! exclamó, y me lanzó su gorra al rostro.

22 de Julio.

Algunas veces se desborda en torrentes de palabras; lo que no me sorprende. ¡Hace tantos años que está callado! ¿Cómo ha podido soportar tan prolongado silencio? Su flexibilidad es quien le ha salvado. Por apasionado que sea, su alma es una aquellas telas que dan de sí.

23 de Julio.

Vladimir Paulitch, apareció ayer al final de la comida. La presencia de este hombre me causa un disgusto invencible. Es de una frialdad que me hiela..... y luego su tono dogmático, su sonrisa de una cortesía despreciativa. Sabe siempre de antemano lo que vais á decirle, os escucha por atencion..... Este Vladimir tiene la intolerancia irónica de los materialistas. En resumidas cuentas, puede ser un hombre muy honrado; ¿pero por qué se hizo el denunciante de la pobre Olga? no le creo capaz del fanatismo de la amistad. En cuanto á su habilidad como médico, es incontestable; el conde está enteramente restablecido; está mejor que nunca. ¡Qué vigor! ¡qué jovialidad de espíritu! Lo que me confunde, es que, en nuestras conferencias, al cabo de la hora, llegó á no ver en él sino al historiador, al espíritu superior, al erudito; olvido enteramente al hombre de los borceguíes, al sonámbulo, al perseguidor de mi Estéfano, y me entrego sin reserva al encanto de su conversacion..... ¡Oh, hombres de letras! ¡hombres de letras!

26 de Julio.

Estéfano me decia ayer:

«Lo que hace que me sorprenda á veces augurando bien del porvenir, es que descubro una especie de encadenamiento en todo lo que me sucede desde hace tres meses. Un dia tuve la dicha y la locura de engañar la vigilancia de Ivan; bajé á la caballeriza, ensillé yo mismo mi caballo y me fuí sólo por el campo. Apénas me sentí en libertad cuando concebí el deseo de huir para no volver más; pero proyectar no es nada, es necesario querer. Queria y no queria; flotaba entre el deseo y el temor, y sucesiva-

mente espoleaba mi caballo y le retiraba bruscamente la brida. Al fin tuve que confesar que, á pesar de mi deseo por huir, jamás tendria valor para ello, y con el alma presa del más acerbo dolor, volví á tomar, con la cabeza baja, el camino que debia conducirme á mi prision. En el camino, encontré un jóven campesino que me miró con aire burlon, y como estaba de mal humor le crucé el rostro de un latigazo. Un poco más lejos, queriendo dar de beber á mi caballo, divisé á un quidam sentado al lado de la fuente donde deseaba detenerme, y sabeis como descargué en aquel impertinente mi bílis y mi despecho. Sin disputa, estuve injusto, brutal, pérfido; pero no tengo de qué arrepentirme, porque, en fin, si la primera vez que os ví no hubiera hecho saltar vuestro sombrero al foso, no os hubiérais irritado contra mí, no hubiérais adivinado mi situacion, no os habríais compadecido de ella, ni hubiérais salvado de manos de los filisteos mi mi bello clavel de penachos; sí por un error tonto no hubiera sospechado que qneriais apropiaros dicho clavel, no os hubiera hecho insultar por el bendito de Fritz, y por consiguiente no me hubieran obligado á satisfaceros; sin la humillacion que experimenté, no me habria decidido tan pronto á matarme; si no hubiera intentado matarme á vuestra vista, no hubierais concebido el proyecto de salvarme de la desesperacion, no hubiérais venido á buscarme al terrado, no hubiérais arrancado mi guante á Voraz, y Voraz no hubiera muerto. Pero, si Voraz viviera aún, no podríais venir aquí, y si no viniérais, no nos ocuparíamos en este momento en mirarnos, en hablarnos, en tratar de plantas, de héroes, de santos, de tí, de mí y para acabar mi razonamiento, no sabría aún lo que es la felicidad.

—Hé ahí lo que se llama raciocinar, le dijo, á la manera del padre Alejo.....

—Ha protestado mucho y me administró tres bofetadas.

27 de Julio.

Hoy me decía:

«No poseo aún la felicidad; pero me parece por momentos que la veo, que la toco.»

28 de Julio.

Hoy tambien ha aparecido á los postres el doctor Vladimir. Me ha lanzado algunas pullas; sospecho que no le agrado mucho. ¿Su afecto por el conde llegaria hasta encelarse por la estimacion y la amistad que me profesa? Hemos hablado de filosofía; se ha esforzado por probarme que todo es materia. Le he picado en lo vivo recordándole que todos sus argumentos se hallan en d'Holbach. He procurado demostrarle que la materia misma es espiritualista, que áun las piedras creen en el espíritu. En vez de contestar ha divagado. Por lo demas, hablaba bien, es decir, expresaba con delicadeza ideas groseras. Lo que le falta, sobre todo, es alegría. Tiene algo de saturnino en el espíritu; sus ideas tienen el tinte aplomado. El conde, por buen gusto, encontró que se obstinaba demasiado, sin contar

que Kostia Petrovitch detesta lo absoluto, tanto en la negativa como en la afirmativa. Me ha dado las gracias con una sonrisa cuando dije al doctor para terminar el debate:

«Caballero, no se puede emplear más espíritu en negarlo.»

Y añadió aludiendo á la delgadez del personaje:

«Mi querido Vladimir, si negais el espíritu, ¿qué os quedará?.....»

30 de Julio.

Ayer, con gran pesar mio, lo encontré llorando.

«Esta noche, amigo mio, me dijo, dejarémos á un lado, si permitis, el tomillo, la salvia y la alhucema, pues me es imposible hablaros de otra cosa que de mí.»

La noche anterior, habia tenido un sueño que lo agitó profundamente. Atravesaba el corredor; de repente siente una mano que se posa sobre su hombro y le tira suavemente de un bucle de sus cabellos; se vuelve y reconoce á su padre que le mira sonriendo..... Se despertó lanzando un grito: ¡ay! ¡no era sino un sueño!

«¡Ay! ¡si lo hubiérais visto sonreir! me media, me parecia que el corredor se iluminaba.....»

¡Adios botánica! No hemos hablado sino de su vision y de todas las reflexiones que le sugeria. Esta larga y triste plática ha tenido de bueno el convencerme que no vuelve á su padre ódio por ódio. Detesta cordialmente á Ivan, desprecia al padre Alejo, cuyos nobles y gloriosos sufrimientos ignorados, y á quien considera simplemente como un vividor. Y como Ivan y el padre Alejo representan á sus ojos los dos tercios de la humanidad, tiene poca ternura por el *humanum pecus*. En cuanto á su tirano, ni le ódia ni le desprecia; solo que en su presencia experimenta ese asombro mezclado de horror y de sorpresa que inspiran los grandes desórdenes de la naturaleza..... Así, que le abra mañana sus brazos, se precipitará en ellos exclamando:

«Padre desnaturalizado, habeis estado loco durante ocho años. ¡Ah! ¡gran Dios! ¡no dejeis oscurecerse más vuestra razon!»

«Que ese amo inexorable me maltrate, decia, siempre que me diga su secreto. No hay malos tratamientos que no prefiera á su silencio. Cuando estábamos en la Martinica, tenia á veces accesos de violencia que me erizaba los cabellos; hubiera querido meterme bajo tierra, temia que me destrozara; pero al ménos se ocupaba de mí, me miraba, existia para él, y á pesar de mis terrores me sentia menos desgraciado que hoy. Y no creais que lo que más me disguste sea mi cautividad. Sin duda, á mi edad es bien duro y humillante ser vigilado y estar encerrado bajo llave; pero me resignaria más fácilmente, si fuera mi mismo padre quien abriera y cerrara el postigo. ¡Ay! soy tan poca cosa á sus ojos que descarga en mi siervo el cuidado de tiranizarme. Y luego durante los cortos instantes en que se ve obligado á sufrir mi presencia, ¡qué frente tan severa! ¡qué cejas tan alta-

neras! ¡qué silencio mortal! Pensad que desde hace más de un año no me ha hablado sino dos veces, y sabeis en qué circunstancias! Considerad tambien que no ha entrado nunca en esta torre; no, nunca he tenido la curiosidad de saber como era mi prision. Además no puede ignorar que habito encima de un precipicio: ¡pues bien! sabe que la idea del suicidio se apoderó de mí cierto dia, y ni siquiera se le ha ocurrido poner rejas á esa ventana.

—Es que no ha tomado en serio vuestra tentativa.

—¡Cómo me desprecia en ese caso!.....

Le he hecho presente que su padre estaba enfermo, que estaba sujeto á crísis nerviosas capaces de desordenar las organizaciones más robustas, que el doctor Vladimir respondia de su curacion, que una vez restablecido su humor cambiaria, y que ese seria el momento de sitiar aquella plaza ya más accesible.....

«Sin embargo es necesario no precipitar nada, le dije, tengamos el valor de la paciencia.»

He razonado tan bien que acabe por vencer su abatimiento. Cuando le veo rendirse á mis razones, me entra el deseo de abrazarlo; pero es un placer que me vedo: sé lo que cuesta por experiencia.....

Un momento despues, no sé con qué motivo, me habló de su hermana muerta en la Martinica.

—«¿Por qué la arrebató Dios á mi ternura?»

—¡Ay! le dije, no hubiera podido soportar la vida á que os han condenado!

—¿Y por qué?

—Porque hubiera sufrido diez veces más que vos. Pensadlo, ¡los nervios y el corazon de una mujer!.....»

Me miró con aire singular; al parecer no concebia que se pudiera sufrir más que él. Entonces me habló largamente de las mujeres, que son para él, segun dice, un misterio impenetrable, y repetia con insistencia:

—«¡No las despreciais como él?»

—Me guardaria de ello, ¡recuerdo haber tenido madre!

—¿Es vuestra única razon?

—Algun dia os diré las demás.»

Al partir y cuando ya subia á la ventana, me asió impetuosamente por el brazo, diciéndome:

—«¿Podríais jurarme que si no me conociérais seriais ménos feliz?

—¡Lo juro!.....

Su rostro se iluminó y sus ojos lanzaron relámpagos.

6 de Agosto.

¡La savia sube, sube..... ¡cielo y tierra, benditos seais!

8 de Agosto.

Y tú tambien, te metamorfoseas, mi viejo Gilberto; te rejuveneces á la

simple vista. Un espíritu nuevo ha entrado en ti; tu sangre circula libremente; llevas más erguida la cabeza, tu andar es más vivo, hay luz en tus ojos, hay más aire en tu pecho, y sientes fermentar en tu c zon como una celeste levadura..... Mi viejo amigo, has salido de tu l inutilidad..... ¡Producir un alma!..... ¡oh! ¡gloriosa tarea! ¡Dios ben á la madre y á la hija!

9 de Agosto.

Lo que asombra dolorosamente á Estéfano, es la amistad que me pensa su padre.

«Tiene la facultad de amar, y no me ama; ¡es que soy odioso!»

¡Pobre inocente! Es cierto que á pesar suyo el conde ha llegad amarme. El buen padre Alejo me decia el otro dia:

«Sois un hombre hábil, hijo mio; habeis arrojado algun encanto s Kostia Petrovitch, y os profesa un afecto que nunca habia concedi nadie.»

Con todo, se comprende, y hay buenas razones para que me ame a Primera razon: le soy muy útil; segunda razon: me encuentra adaptab la vida, tanto que no sabe, y, espero, que no sabrá nunca..... tercera zon: tengo dicernimiento y crítica, y esto hace que soporte mi idealis mis títeres, lo que llama mis *linternas*; cuarta razon: tengo en el espí una tendencia espinozista que le agrada: *non flere, non indignari, sed i lligere;* quinta, sexta, sétima razones: ambos llevamos la Byzantina nuestro corazon. ¡Oh! con esto es suficiente para unir á dos hombre vida y en muerte.....

»Mi bien amado Estéfano, hijo mio, niño, no te irrites contra esa a tad que te asombra; será algun dia nuestra áncora de salvacion.»

11 de Agosto.

El armario de los libros está siempre cerrado, hasta pretende h echado la llave por la ventana; pero ¿qué necesidad tenemos de lib Las plantas los reemplazan. Su herbario pintado se enriquece todos dias; cuenta ya veinte especies y cinco familias. Ayer, Estéfano se dist hasta el extremo de mirarlo con aire de orgullo satisfecho..... ¡Qué me sentia! sin embargo me he guardado mi alegría. Lo que tambien ha encantado, es que se ha decidido á escribir de memoria al pié d páginas los nombres franceses y latinos de cada planta. «Es una conce que hago al pedante,» me ha dicho; lo que no impide que se envanec ayer de haber escrito sin faltas aquellos cuarenta nombres. Le he tr últimamente ranúnculos y anémonas. Tomó en su mano la celedonia clamando:

«¡Dejadme, voy á contaros la historia de esta maravilla y jóven pers

Y me detalló todos sus caracteres con una maravillosa exactitud. ¡ viva y luminosa inteligencia! pero tambien ¡qué humor tan fogos temblaban tanto las manos que le grité:

«¡Sangre fria! ¡sangre fria! ¡El velo de Isis debe levantarse con mano firme!.....»

Me he desquitado explicándole en dos palabras quien es Isis, lo que le interesó bien poco..... Su obra maestra, como reproduccion fiel de la naturaleza, es su ranúnculo de los pantanos, que le habia designado, siguiendo la palabra latina, bajo el nombre de *ranúnculo malvado.* Ha representado con tanta vida esas insignificantes florecitas amarillas que es imposible no prendarse de ellas.

«Esta envenenadora me ha inspirado, decia. A fuerza de tratar al padre Alejo, comienzo á querer bien á los malvados.

Le he reprendido crudamente, pero no se ha conmovido por ello.

13 de Agosto.

La conducta del conde es atroz, y sin embargo, la comprendo. Su orgullo, su carácter íntegro, despótico, el horror de haber sido engañado.... Y por otra parte ¿es realmente el padre de Estéfano?..... Esos dos niños nacidos despues de seis años de matrimonio, y algunos años más tarde descubrir..... Hay sospechas ménos fundadas. ¡Y luego esa fatal semejanza que le presenta sin cesar á la vista la imágen de la infiel aborrecida! A medida que se ha marcado la semejanza ha debido aumentar el ódio..... Su sonrisa misma, aquella sonrisa extraña que no es sino de él á dar crédito al padre Alejo, la ha heredado Estéfano de su madre..... *¡He enterrado la sonrisa!* ¡Horrible grito que oigo todavía!..... Además, en el ódio bárbaro de ese padre, creo reconocer más instinto que sistema; vive al dia. Estoy seguro que el conde Kostia no se ha preguntado nunca: ¿qué haré de mi hijo cuando tenga veinte años?.....

14 de Agosto.

Ivan, á quien pedí noticias de Estéfano, me dijo:

«No os inquieteis por él. Desde hace un mes, está mucho mejor, se endulza de dia en dia; ¡lo que es haber visto de cerca la muerte!.....»

15 de Agosto.

M. Leminof me ha dado esta mañana una sorpresa.

«Mi querido Gilberto, me dijo á quema ropa, no me tengo por un hombre perfecto; pero soy seguramente lo que llaman un buen hombre, y poseo á mayor abundamiento cierta delicadeza de conciencia que á veces me incomoda. Sin cumplidos, sois un hombre de gran mérito. ¡Pues bien! os exploto indignamente, porque estais en la edad en que uno se forma un nombre y una carrera, y esos años decisivos, los empleais en trabajar para mí y en reunir, como obrero, los materiales de una gran obra que no os proporcionará ni gloria ni provecho. Tengo que haceros una proposicion: sed colaborador mio: compondrémos juntos esa obra monumental, que aparecerá con nuestros dos nombres, y que, lo juro por mi cabeza, os dará la celebridad. Estamos de acuerdo sobre casi todas las cuestiones de hecho, y en cuanto á nuestros disentimientos en las ideas..... ¡Dios mio! no

hemos nacido ergotistas ni uno ni otro; acabarémos por entendernos, y suponiendo que no nos entendamos, os daré carta blanca, pues, francamente, no hay idea por la cual quisiera morir. Vamos ¿qué os parece, mi querido Gilberto? No nos separarémos, hasta que la obra esté terminada, y pienso que juntos llevarémos una vida alegre.»

A pesar de sus instancias, no le he dicho que sí; solamente consiguió la promesa de que le contestaria dentro de un mes.... Estéfano, Estéfano, ¡cuán torpe seria si no aprovechase este feliz incidente para tu libertad! Sí, llegará un dia en que me será permitido decir á tu padre: «¡En nombre de vuestra salud, en nombre de vuestro reposo, en nombre de vuestros estudios, que reclaman toda la libertad de vuestros espíritu, en nombre de la obra comun que hemos emprendido, alejad de vuestra casa á ese niño cuya vista os aflije y os irrita! Enviadle á una casa de educacion, á un colegio..... y hareis felices á dos á un tiempo.....» ¡Justo cielo! ¡cuán dura será de sitiar esa plaza fuerte! Pero, á fuerza de paciencia, de habilidad, de vigilante atencion..... ¿No he tomado ya al asalto un campo atrincherado..... el corazon de Estéfano? No, no desespero de conseguirlo..... ¡Y sin embargo, caro me costará el éxito con que me lisongeo! ¡Verle salir de esa casa, separarme de él para siempre..... A esta idea mi corazon sangra y se desgarra.....

16 de Agosto.

El doctor Vladimir partirá en los primeros dias del mes próximo; no lo sentiré; decididamente este hombre no me agrada. El otro dia, en la mesa, miraba á Estéfano con ojos que me daban miedo.

17 de Agosto.

¿Qué pasa en el corazon de Estéfano? Estoy contento de él bajo todos conceptos. En primer lugar, me ama mucho; luego trabaja, se interesa cada vez más por su herbario, *por lo que no somos nosotros*. Su inteligencia se abre y se desplega á la simple vista: es una florescencia que me encanta..... pero hay momentos en que está atormentado de una secreta inquietud cuya causa me oculta..... El otro dia, viéndole estremecerse, le dije:

«¿Qué teneis?»

Me respondió pasándose las manos por la frente:

«Nada. Hablemos de ranúnculos, de gencianas, de anémonas.....»

18 de Agosto.

El cielo es propicio á mis expediciones nocturnas; hace seis semanas que no cae una gota de agua. El viento del norte, que sopla algunas veces con violencia durante el dia, cae regularmente por la noche. En cuanto al vértigo, ni noticias. ¡Oh poder del hábito!

19 de Agosto.

¡Qué desgracia! Antes de ayer Estéfano, al atravesar el vestíbulo que precede á la sala, ha soltado, no sé con qué motivo, una gran carcajada.

El conde dió un salto en la silla, y se puso lívido. Hoy han vendido á Soliman; hace poco se lo llevaba un chalan. Ivan, á quien acabo de encontrar, tenia gruesas lágrimas en los ojos. Pobre Estéfano, ¿qué dirá?

20 de Agosto.

¡Cosa extraña! ayer esperaba encontrarle desesperado; le encontró alegre, sonriente.

«Estaba seguro, me dijo, que pagaria caro aquella malhadada carcajada. Mi padre se engañó, no era un estallido de alegría, sino una convulsion puramente nerviosa que me asaltó pensando en ciertas cosas y en un momento en que no estaba muy alegre..... Por lo demás, excepto la vida, ya no podia arrebatarme sino dos cosas, mi caballo ó mis cabellos, y, ¡loado sea Dios! no ha estado muy inspirado en su eleccion, y no me hirió en el lado más sensible.

—¡Cómo! entre Soliman y vuestros cabellos.....

—¿No son bellos? me dijo con viveza.

—¡Magníficos indudablemente! le respondí sonriendo.

—Siempre me he envanecido algo de ellos, replicó haciéndolos flotar sobre sus hombros; pero les tengo mas apego desde que sé que os agradan.

—¡Oh! respecto á eso, le repliqué, aunque tuvierais rapada la cabeza, no os amaria ménos.....»

Esta respuesta, no sé por qué le ha picado en lo vivo. En el resto de la noche, estuvo preocupado y sombrío.

23 de Agosto.

Pero ¿qué le pasa? Parece más resignado con su suerte; ya no se queja ni de Ivan ni de su padre; pretende no sentir las largas correrias qne hacia dos veces por semana á través de los bosques; en una palabra, afecta una indiferencia asombrosa por todo lo que agitaba y apasionaba su corazon. Y sin embargo es presa de perplejidades que me asustan. Por momentos creo adivinar que sus miradas me dirigen mudos reproches. Parece decirme:

«Ahora mi tristeza viene de tí, amigo, ¡consolador mio!.....»

¡Bah! algun capricho, alguna fantasía..... Ya conseguiré confesarle.

25 de Agosto.

He creido conveniente comunicarle las proposiciones que me ha hecho su padre y el proyecto que me ha sugerido. Le dije:

«¡Qué alegría seria para mí arrancaros de esta prision, y sin embargo seria una alegría mezclada de tristeza! Pero á donde quiera que vayais, encontrarémos medio de escribirnos y de volver á vernos. La amistad que existe entre nosotros es uno de esos lazos que el destino no puede romper.....

—¡Oh! sí, me respondió con tono sarcástico, vendriais á verme una vez al año, el dia de mi santo, y cuidariais de traerme un ramillete.....»

Y á estas palabras soltó una carcajada muy parecida á la del otro dia.

30 de Agosto.

¡Cuánto me hizo sufrir ayer! ¡Aún no me he repuesto! ¡Cómo! ¡es él..... á mí..... Dios! ¡qué amargura en el lenguaje! ¡qué aspereza en la ironia!... Conde Kostia, os engañais, este niño es vuestro; concedo que tenga los rasgos y la sonrisa de su madre, pero hay algo de vuestra alma en la suya..... ¿Qué agravios puede tener de mí? No adivino sino dos. El domingo último, hácia las tres, nos asomamos los dos á la ventana. Me dirigió por señas un discurso muy animado y muy largo, contra las reglas de prudencia que le he prescrito. Me hablaba, creo, de Soliman y de un paseo á pié que rehusó hacer con Ivan. No le prestaba sino una atencion distraida, porque estaba ocupado en buscar con la mirada si alguien nos miraba. De repente percibí al extremo de la colina, sentado sobre una roca, al gran Fritz y á la pequeña cabrera á la cual hace la corte. En el momento en que iba á responder á Estéfano, levantaron los ojos hácia mí. Me puse á mirar el paisaje, y no tardé en abandonar el puesto. Estéfano no los podia ver desde su ventana; no habrá comprendido el motivo de mi retirada..... Otro agravio. Por primera vez he estado más de tres dias sin ir á verle, pero ántes de ayer el viento era tan violento que derribó una chimenea cerca de aquí..... y para castigarme por tan gran crímen se ha permitido decirme que yo era sin duda botánico excelente, un filántropo sin igual, pero que no entendia nada de las *delicadezas del sentimiento*. Y luego:

«Sois de aquellos hombres que llevan toda la tierra en su corazon. Por más que digais, estoy seguro que por lo ménos teneis un centenar de amigos íntimos?

—Teneis razon, le repliqué; y hasta por cierto he arriesgado ya mi vida.....»

Despues de esto vino su salida constante sobre el suicidio. Diez veces le supliqué que abandonara tan odioso asunto; ¡con qué insistencia volvia á lo mismo! No hablaba sino de láudano, de morfina, de arsénico; afectaba consultarme con viva curiosidad sobre las propiedades de toda clase de tóxicos.

«Cuando uno quiere despacharse en toda forma, decia, el veneno es el mejor método, y conozco á alguien que se aferra á él.»

Luego, tomando en sus manos una flor de beleño que estaba sobre la mesa:

«¡Qué bella me parece tu fealdad! se puso á decirle. Me gustan tus anchas hojas recortadas, semejantes á manos atrevidas que no sueltan la presa; me gusta tu feo tronco velloso; amo tambien tu acre y repulsivo perfume; pero si quieres saberlo, lo que me gusta en tí sobre todo, es que tu pecho está henchido de veneno y que tu faz es lívida y odiosa como la muerte!.....»

Le arranqué de las manos aquella desgraciada planta, y habiéndola

arrojado por la ventana, partí sin decirle adios..... A decir verdad, siempre le he creido más aposionado que sensible; pero ¿no será sino apasionado? ó bien aunque lo oculta, la pérdida de su querido alazan.....

31 de Agosto.

Era injusto con él. Su corazon es desigual, tempestuoso, le vuelve á veces la desconfianza y la intranquilidad; pero al fin, ¡es un corazon! Ayer noche, á pesar de la tempestad, á pesar del firme propósito que habia formado de permanecer muchos dias sin volver á verle, no pude contenerme: me puse en camino. El viaje no fué fácil; la lluvia y el viento me pegaban los cabellos al rostro; el aire estaba lleno de ruidos fúnebres, y los cabriales del techado temblaban y crugian debajo de mí..... Al fin llegué ¡Qué grito de alegría y asombro lanzó viéndome aparecer! ¡Con qué arranque de afecto estrechó mis manos entre las suyas! ¡Cómo se pintaba en su rostro el arrepentimiento, y con qué efusion extendió su corazon á mis piés!..... No le pedí explicaciones: me horrorizan, y hay casos en que el silencio es el mejor intérprete de las almas. Le dejé sentar en tierra, con la cabeza apoyada en mis rodillas; permaneció casi una hora en esa posicion, sin decir palabra, con los ojos cerrados, mientras la lluvia azotaba los cristales con golpes precipitados y la trailla chillona de los vientos paseaba sus furores en la sombría noche, cuando se levantó:

«Hé ahí, me dijo, los momentos más felices que he pasado aun en este mundo.»

Pero lo que turbó singularmente su felicidad, fué que á media noche, cuando me disponia á partir, la tempestad redobló de violencia. El pobre niño palideció de angustia.

«Ya estais bien castigado, le dige; esto os enseñará á no malear con inútiles accesos de humor, esa cosa santa y bella que se llama amistad.....»

En el momento en que acababa de subir mi flotante escala, sacudida por el viento, cuando, de pié en mi estrecho balcon, me preparaba á retirarla, se abrió el cielo, me sentí como azotado por un torbellino de llamas, y, á treinta pasos mios, se precipitó un rayo sobre la cima de un gran árbol con estrépito horrible. Aun me pregunto como es que no caí. Lo que sí, es que entré en mi cuarto mojado hasta los huesos, pero con el corazon contento.

7 de Setiembre.

Durante los ocho últimos dias, le he visto tres veces. No me ha dado motivos de quejas, trabajo, reflexion; su juicio se forma; ni un instante de mal humor; está tranquilo, dócil, dulce como un cordero..... Si, pero el exceso mismo de su dulzura me inquieta. Hay en su estado no sé qué que no me parece natural, y extraño aquellos arrebatos, aquellas niñerias de que habia procurado curarse..... Estéfano, os habeis vuelto muy diferente de lo que creais. Hace poco tiempo aún, vuestros piés no tocaban á tierra: vivo, brusco, ardiente, salian á borbotones de vuestros labios relám-

pagos de cólera ó de alegría, y en un instante pasabais de la desesperacion al entusiasmo, pero no os reconozco en nuestras últimas entrevistas. Nuevos gestos de niño mal criado, no mas aquellas familiaridades que tanto amaba! Vuestras mismas miradas, al encontrar las mias, parecen ménos seguras; á veces flotan inciertas al rededor mio, y por el asombro que en ellas se pintan me inclino á creer que mi talla se ha agrandado súbitamente algunos codos y que ya no podeis medirla de una mirada..... Y luego esos suspiros que se os escapan..... Y sin embargo, ya no os quejais de nada; vuestro destino parece haber llegado á seros extraño. Es necesario que á pesar mio..... ¡Oh! ¡desgraciado niño! quiero saber..... hablarás, me dirás.....

10 de Setiembre.

¡Cielos! ¡qué rayo de luz! Padre Alejo, ¡no me lo habiais dicho todo!.... Mientras más pienso en ello..... ¡Ah! Gilberto, ¡qué escamas cubrian tus ojos!..... Ayer le llevé aquella copia del poema de las *Metamórfosis* que le habia prometido. Algunos fragmentos que le recité, le inspiraron el deseo de leer toda la pieza; no en el libro, sino transcrita por mi mano..... La leíamos juntos, dístico por dístico. Yo traducía, explicaba, comentaba. Cuando llegamos á aquellos versos: «Recuerda tan solo como la union que »se verificó entre nuestras almas fué un gérmen de donde nació con el »tiempo un hábito dulce y encantador y bien pronto la amistad reveló á »su vez, su poder á nuestros corazones, hasta que llegando el último el »amor, la coronó de flores y frutos.....» A estas palabras fué presa de un temblor.

«No prosigamos! me dijo rechazando el papel léjos de sí. ¡Basta de poesía por esta noche!.....» y poniéndose de codos en la mesa, abrió y hojeó su hervario; pero sus miradas y sus pensamientos estaban léjos de allí. De golpe se levantó, dió algunos pasos por el cuarto, despues, volviéndose hácia mí:

«¿Pensais tambien que la amistad puede convertirse en amor?»

—Goethe lo asegura; debemos creerlo.

Tomó una flor de la mesa, la contempló un instante, y dejándola caer á tierra:

«¡Soy un ignorante! murmuró bajando los ojos. Decidme: ¿qué es el amor?»

—Es la locura de la amistad.

—¿No habeis estado loco nunca?

—Nó, é imagino que no lo estaré jamás.

Permaneció un minuto inmóvil, con los brazos pendientes; al fin, levantándolos lentamente y, con un gesto que le es familiar, cruzando sus manos por sobre su cabeza, apartó los ojos del suelo y me miró fijamente..... ¡Oh! ¡extraña expresion!..... Su vista extraviada, una sonrisa triste y misteriosa errando sobre sus labios, su boca que queria hablar y á

quien faltaba la voz..... Ese rostro, desde ayer noche, está siempre ante mis ojos; me persigue, me importuna; en este mismo instante, su imágen viene á imprimirse sobre el papel en que escribo..... ¿Sería, pues, un disfraz forzado esa túnica de terciopelo negro? Sí, el carácter de Estéfano, su alma, las rarezas de su conducta, todo lo que me asombraba, todo lo que me asustaba, ya me lo explico ahora..... ¡Gilberto! ¡Gilberto! ¿qué has hecho? ¿en qué abismo.....? Y sin embargo tal vez me engaño, porque, en fin, ¿cómo creer?..... Oigo sonar la campanilla de la comida..... ¡Voy á *verle* de nuevo!..... Tiemblo, siento en mí..... ¡Oh pobre corazon mio atormentado, oculta al ménos tu desórden á todas las miradas!

VICTOR CHERBULIEZ.

(*Continuará.*)

MISCELANEA.

MUERTE DE CLAUDIO BERNARD.

Con razon dicen los periódicos ilustrados del extranjero que Francia acaba de sufrir una pérdida que dejará en los anales de la Ciencia un vacío tan difícil de llenar, como la muerte de Thiers en los anales de la política. Como éste ha desaparecido en los momentos en que más necesidad tenia de él su pais natal, próximo á presentarse ante Europa, encarnado en la persona de sus hombres más ilustres.

Tan profundo sentimiento ha causado en Francia la muerte de ese ilustre varon, de quien dijo Mr. Pasteur, uno de los miembros más eminentes de la Academia de Ciencias de Paris «no es solamente un gran fisiólogo, es la fisiología misma,» que habiendo propuesto á la Cámara de Diputados Mr. Bardoux, Ministro de instruccion pública, de culto y bellas artes, que el Estado costeara los funerales, la Asamblea prorrumpió en espontáneos y vivos aplausos.

La Revista, al unirse á ese sentimiento, dice con Mr. Gambetta, uno de los que más entusiastas se mostraron en tan célebre sesion: «las voces de sus colegas y amigos, más autorizadas, deben solas preparar el juicio de la historia; nosotros saludamos simplemente la entrada de Claudio Bernard en la inmortalidad.»

LA BIBLIOTECA DE ASTOR.

La relacion anual de los encargados indica que la Biblioteca de Astor (Nueva York) se halla en una condicion muy próspera. El número actual

de los volúmenes que encierra es de 177,387, de los cuales 25,000 han sido comprados en estos dos últimos años. Las obras de la Biblioteca han sido consultadas en 1877 por 58,000 personas.

Los libros que han reunido más lectores son los relativos á los privilegios de invencion y patentes. Vienen en segundo término las obras que tratan de la historia de América, y en tercer lugar las referentes á la Gran Bretaña.

RELIQUIAS PREHISTORICAS.

Ha llegado últimamente á Nueva York, procedente de Panamá, una coleccion de antigüedades que provienen de las tumbas de una raza prehistórica que habitaba antiguamente la América Central. En Chiriqui, es decir, á 300 millas N. E. de Panamá es donde se encuentran esas tumbas.

Propónese una sociedad etnológica americana explorar esa region en interés de la ciencia. Una circunstancia de las más significativas es el hallazgo de un raro mineral conocido bajo el nombre de *jade*. Este mineral se encuentra en China, en la Nueva Zelandia y en el N. O. de la América. Se cree que Chiriquí encierra todavía tesoros de un valor incalculable para los etnólogos y los anticuarios.

OBRAS DE FILOLOGIA.

Mr. H. Sweet, se halla en vias de publicar dos obras notables que demuestran los progresos de la filología. Una de ellas se titula: «Estudios comparativos de las lenguas vivas teutónicas,» la otra tratará del «Estudio práctico de las lenguas.»

EL ORIGEN DE LAS NACIONES.

El distinguido Orientalista Mr. George Rawlinson, hermano de Sir Henry Rawlinson, Presidente de la «Real Sociedad Geográfica,» de Lóndres, y uno de los más importantes investigadores de las inscripciones cuneiformes del Asia Menor, ha publicado últimamente en New-York, en la libreria de Scribner y Compª la notable obra que encabeza estas líneas. Mr. G. Rawlinson es conocido por diversas obras sobre asuntos del Oriente, entre ella: «Las cinco grandes monarquías del mundo Oriental.»

ESCUELAS PARA NIÑOS EN NASSAU.

En Nassau (N. P.) hay ochenta y seis escuelas, para niños de todas condiciones; de ellas las dos terceras son gratuitas. Cuenta con tres periódicos y un hermoso gabinete de lectura.

LA PRIMERA BIBLIOTECA POPULAR.

El primero que ha pensado en las bibliotecas populares fué Franklin. «Si cada uno de nosotros tiene un volúmen, dijo á sus compañeros, y lo pone á la disposicion de los demás, resultarán doce volúmenes. Pongamos ciento, doscientos, trescientos, tendrémos cada uno, ciento, doscientos, trescientos volúmenes á nuestra disposicion.» Esto sin disputa era un gran beneficio y se fundó la biblioteca. ¿Sabeis lo que ha llegado á ser esa biblioteca fundada por un obrero y doce de sus compañeros? Ha llegado á ser la biblioteca de Filadelfia, que cuenta hoy con cerca de 900.000 volúmenes. Como ejemplo de los milagros que produce la asociacion, citarémos la biblioteca de los comerciantes de Nueva York que tiene 5.600 suscritores, 60.000 volúmenes y que recibe todos los años 180 revistas y diariamente 160 periódicos.

Las últimas pensiones concedidas por la reina Victoria á las viudas de personajes notables de la Gran Bretaña, son: 150 libras esterlinas á la viuda de Mr. Jorge Smith, el célebre arqueólogo y á la de Mr. Eduardo Guillermo Lane, notable orientalista; 100 libras á la viuda del Dr. Bleck, famoso lingüista, y 75 libras á cada una de las tres señoritas María Ana, Juana Amelia y Sarah *De Foe*, descendientes de Daniel de Foe, autor del *Robinson Crusoe*.

Mr. Thomas Wright, de Inglaterra, muerto recientemente, fué uno de los fundadores de la «Asociacion Británica de Arqueología.»

El General norte-americano St. George Cooke acaba de dar á la estampa una narracion histórica y personal de «La Conquista de Nuevo-Méjico y California.»

NOTA.—En la primera parte del artículo *Escritores cubanos*, Anselmo Suarez y Romero, publicada en el número anterior de la Revista de Cuba hay las siguientes erratas:

PAG.	LINEA.	DICE.	LEASE.
116	10	*atractivo*,	*atractivo*, que
127	7	flexidez	fluidez
127	24	guardian	guardiero
127	24	niños	minas
129	20	de artículo	del artículo

Director propietario: Dr. José Antonio Cortina.

Habana 28 de Febrero de 1878.

PROSPECTO

PARA UNA BIBLIOTECA DE ESCRITORES CUBANOS (1).

(INEDITO.)

Descubierta la Isla de Cuba á fines del siglo XV, no hubo en ella, sin embargo, establecimiento alguno tipográfico hasta principios del siglo XVIII, y cuantos fijen la vista sobre el catálogo de las obras aquí impresas, habrán de reconocer que, aún en las épocas de mayor movimiento intelectual, el número de producciones dadas á la estampa ha sido sumamente escaso en comparacion de la multitud de libros que aparecen sin cesar en otros paises. Quedaron, por consiguiente, inéditos no pocos trabajos de importancia, y respecto á los mismos que lograron ver la luz á pesar de no ofrecer la menor esperanza de lucro á sus autores, es sabido que las ediciones, limitadas por lo comun á una exígua cantidad de ejemplares, rara

(1) El Sr. D. José Gutierrez de la Vega, Gobernador de la Habana, concibió el proyecto de publicar en una série de volúmenes, con el título de *Biblioteca de escritores cubanos*, las obras más notables que éstos hubiesen dado á luz ó permaneciesen inéditas; y con el fin de que lo ayudasen en su propósito, convocó para varias juntas en su morada á todos aquellos que se habian señalado por su amor á las ciencias ó las letras.

A la última de las sesiones celebradas concurrí yo, y en ella se me designó unánimamente para que redactase el *Prospecto*. Puse desde luego manos á la obra, y por conducto de Antonio Gonzalez de Mendoza se lo remití á Gutierrez de la Vega, á quien no agradó; por lo cual y porque además pretendia introducir algunas variaciones desacordes con mis ideas, escribí otro prospecto, que se halla copiado despues del presente, y que le complació mucho; pero como siempre quisiese añadir algo de su cosecha y yo no me prestase á ello, nada más volvió á hablarse de la *Biblioteca de escritores cubanos*.

vez llegaron á repetirse, y que las circunstancias hicieron introducir supresiones en virtud de las cuales los pensamientos no se presentaban con la fuerza que se habian concebido. Apénas ha resonado tampoco entre nosotros la prepotente voz del periodismo, y largo tiempo transcurrió sin que hubiese más papel diario que el publicado en esta ciudad, formando singular contraste con el lúgubre silencio que guardaba el resto de las poblaciones.

Las cosas han principiado á variar, porque la verdad es que las imprentas no están reducidas á una sola, que con más frecuencia se publican libros, que los acentos del periodismo intentan levantar del mortal desmayo á los pueblos, que va surgiendo el deseo de discutirlo todo, y que en esta tarea, hácia la cual con pujante energía arrastra el espíritu de la época, tropezamos con ménos obstáculos que los que ántes impedian señalar hasta los extravíos de la administracion municipal. La aficion á leer se propaga, las ediciones no hallan tan difícil salida, el ejercicio de la imprenta es ya una industria entre nosotros, y los escritores suelen recoger, sobre el galardon de los aplausos, la pecuniaria recompensa debida á los trabajos del entendimiento. Erígense escuelas, ábrense institutos, háblase de fundar otra universidad; colecciónanse obras por medio de patrióticos donativos para formar bibliotecas locales; tiéndese la vista por las sociedades de recreo á las clases sumidas en la ignorancia con el fin de enseñarlas; comiénzase á combatir la funesta inclinacion á buscar placer en el servil pasatiempo del juego, en lugar de correr á saborearlos, puros y enaltecedores, en el desarrollo de la inteligencia y en la depuracion de los afectos; pronúnciansc discursos, con los cuales nos ensayamos en el uso de la palabra; sostiénense en los liceos públicas controversias; pensiónase á jóvenes que afuera se instruyan en los principios de cuanto se enlaza con la agricultura, y hácense tales desembolsos con el designio de que á las prácticas hijas del acaso reemplace el racional movimiento de la ciencia; reconócese el derecho de los vecinos para intervenir en el empleo de las contribuciones destinadas á satisfacer necesidades municipales; dáse un paso para borrar el taraceado cuadro de nuestros gravosos impuestos, sustituyéndolo con el sistema de gabelas que directamente fijadas en proporcion á las rentas de los ciudadanos, léjos de adormecerlos por la ignorancia del tamaño del desembolso, los excitan á pensar en la relacion que hay entre los tributos y los gastos; colúmbrase alboreando en el horizonte la supresion de las aduanas y establecida la fraternizadora libertad de los cambios; y presiéntese, en medio de la efervescencia de las ideas que al fin se condenará, por estéril y peligroso, el método que en momento aciago adoptamos, hace más de tres siglos, para explotar los bellos y feraces terrenos en donde al lado de las palmas y la seibas crecen la caña y el cafeto. Con gas nos alumbramos, usamos caminos de hierro, y alambres telegráficos, ya elevados en pilares, ya posados en el fondo del mar, nos

permiten comunicarnos instantáneamente hasta con los demás pueblos.

Evidente inexactitud seria negar que la Isla de Cuba de hoy no es ni la inculta region que en las aguas caribes encontraron los descubridores, ni la casi desierta colonia que, ántes de abrirse muchos años despues una brecha al monopolio mercantil, arrastraba una existencia lánguida y obscura entre la pobreza y la ignorancia, ni tampoco, por último, la tierra en que, cerca de la actual generacion, el saber era patrimonio de contados hombres excelsos que luchando con todo linaje de inconvenientes, sobrepujaron empero á sus contemporáneos hundidos en caliginosa noche.—Si estaria aquí fuera de lugar la enumeracion de las diferentes causas que han contribuido á esta especie de nueva vida, menester será que impulsados por la justicia nos acordemos de los varones eminentes cuyos escritos cooperaron poderosamente á traer las cosas á la situacion en que se hallan. Sobre la tierra que los cubre no se levantan suntuosos mausoleos; pero sus palabras las deben escuchar siempre con religioso respeto cuantos sientan palpitar en su pecho un corazon cubano; fueron hombres que, nacidos aquí ó allende los mares, derramaron, á despecho de los valladares de la época, los tesoros de su saber y de su inspiracion; y ya que durante su vida recogieron algunos la cosecha de los dolores, nos proponemos ahora demostrar nuestra gratitud de la única manera que creemos digna de sus preclaras intenciones.

¿Más qué hombres son esos cuyos trabajos intelectuales de general influencia vamos á reproducir en la *Biblioteca de escritores cubanos?* Son los que habiendo colocado las primeras piedras del edificio de nuestra regeneracion, dejaron obras impresas ó manuscritas que hoy pueden leer solamente las personas que á costa de inmensas fatigas han logrado reunirlas en sus bibliotecas particulares; son los que la tradicion, esta especie de jurado cuyos veredictos sirven de base á los fallos de la historia, nos ha enseñado á venerar; y son por fin, los que un necio desden nada más se atreveria á despreciar.

No hay labios que no pronuncien en Cuba el nombre de *Félix Varela*, por haber sido incuestionablemente quien, con sus obras filosóficas arrimadas como arietes á los muros de ráncias doctrinas, las desmoronó, abrió el anchuroso campo de la investigacion y de la controversia, nos enseñó á pensar por nosotros mismos, y cuando, á la edad de treinta y dos años, partió para ocuparse en los debates parlamentarios, habia dejado tras sí un reguero de luz imperecedera.

Tomás Romay, que alcanzó una vida octogenaria consumida fervientemente en el asíduo estudio y en el inmaculado ejercicio de las virtudes privadas y públicas, es tambien uno de nuestros ilustres mayores. Su perspicuo talento, sin poderse encerrar en el espacio de la medicina, se cernió sobre las otras ciencias, y sus obras serán siempre notables, así por la profundidad de los pensamientos, como por la elegancia, concision y energía

del estilo. Este varon extraordinario no habia salido nunca de las playas cubanas.

Francisco de Arango sí tuvo ocasion de aumentar sus conocimientos visitando tierras extrangeras. De ellas nos trajo el hielo, la caña blanca, y una multitud de mejoras en nuestra agricultura. Obra suya fué el desestanco del tabaco, la libre introduccion de brazos, las nuevas franquicias comerciales, y el preclaro ejemplo de la donacion de una espaciosa casa destinada á la enseñanza de las primeras letras en un pueblo del campo. Por la importancia y variedad de sus escritos se asemeja al insigne Jovellanos.

José de la Luz y José Zacarías Gonzalez del Valle descollaron en la filosofía. El primero estudió profundamente todo lo que en los tiempos antiguos y modernos se ha escrito sobre esta ciencia, para lo cual le sirvió el cabal conocimiento de siete idiomas que escribia y hablaba con pasmosa facilidad y correccion; pero si en filosofía fué el más esplóndido astro americano, señalóse tambien en los otros ramos del saber, y como educador puede afirmarse que en ningun pais ha habido quien le aventaje por el método, por la paciencia y por el amor,

Jóven falleció el segundo á consecuencia de perennes trabajos intelectuales, y sin embargo, en las aulas se recordará por mucho tiempo aquella portentosa memoria, aquella honda percepcion para la cual lo más abstruso era sencillo, y aquel raudal de elocuencia con que seducia al auditorio.

Antes que *Varela*, ántes que *Luz* y ántes que *Gonzalez del Valle* brillasen en la ciencia de Platon, se veia discurrir, grave y modesto, por los cláustros de un edificio que nosotros nunca debemos olvidar al presbítero *José Agustin Caballero*. Sábio para aquellos tiempos y para nuestro suelo, sábio lo habrian proclamado tambien cualquiera otra edad, y todos los paises civilizados. Su discurso pronunciado ante las reliquias de *Cristóbal Colon*, palpita con los férvidos arrebatos oratorios en que hubieran prorumpido *Demóstenes* y *Ciceron*, si hubieran tenido la dicha de saber, atónitos, que en los confines del dilatado mar occidental se extendian el continente y las islas de la América.

Remigio Cernadas fué un religioso dominico, que entró en el convento de su órden para aprender muy pronto todas las ciencias eclesiásticas, lanzar miradas de águila á través de las paredes del monasterio sintiendo el sacudimiento de las ideas del siglo, como se conmueven las peñas al embate de las olas, y derramar en elocuentes arengas el fondo de doctrinas y el primor en la frase que lo elevaron á la altura de un distinguido orador sagrado.

En el centro de nuestra isla hay una region en que se dilatan las llanuras y se alzan los troncos de árboles seculares. La mayor parte de aquel territorio está dedicado á la crianza de ganados, cuyas carnes y pieles constituyen su principal riqueza. En un rio de allí entraron, al ano-

checer del veinte y siete de Octubre de 1492, las tres famosas carabelas. Pero después de tres siglos de casi completo aislamiento ocasionado por la dificultad de las comunicaciones, la comarca del Camagüey apénas producia sino lo estrictamente necesario para el consumo propio, las costumbres eran añejas, las preocupaciones hormigueaban, y en medio del comun atraso solamente surgian capacidades privilegiadas por la naturaleza. Se necesitaba un hombre que rompiese aquel letargo, y este hombre fué *Gaspar Betancourt*. Sus escritos se parecen á los retumbantes golpes del martillo que cae sobre el hierro colocado en el yunque. Merced á sus ciclópeos esfuerzos, las locomotoras rujen dia y noche desde la ciudad de Puerto Príncipe hasta la bahía de Nuevitas.

Jovellanos decia que los juicios de la opinion jamás se niegan al mérito. Prisionero cayó en Bailén el francés *Pedro Alejandro Auber*, y luego, conducido en frágil balandra por un marinero griego, atravesó las líneas de los sitiadores de la Coruña, enderezando el rumbo hácia Santa Cruz de Tenerife. De allí vino á Cuba. Naturalista y matemático, en Cuba se dedicó al magisterio; en los periódicos de Cuba escribió infinidad de artículos; en Cuba habló desde las cátedras de botánica y de física y en Cuba resplandecieron dentro del hogar doméstico todas las virtudes del jefe de una familia. Así es que *Auber* no fué francés sino *cubano*.

En Venezuela nació *Domingo Del Monte;* pero hasta los rasgos de su fisonomía eran los nuestros. Su predileccion por la lengua castellana hizo que la manejase con singular atildamiento. Dióse á la más asídua averiguacion de los hechos de la historia americana. Con ática sal trazó en algunos artículos nuestras costumbres. Sacó del laud armoniosos versos, en los cuales campean los aliños de una diccion afiligranada. Agrupábanse en torno suyo los hombres aficionados á las letras, y cuando el buen gusto que contribuyó á formar con su crítica justa y amable no lo colocase entre nuestros compatriotas acreedores á honrosa recordacion, sabido es que él fué un incansable propagador de las doctrinas que aconsejan la caridad para con una raza infortunada.

Ley providencial parece ser que haya en todos los paises criaturas por extremo sensibles á la belleza para endulzar las penalidades de la vida con los arrobadores acentos de la lira. Por eso desde las regiones orientales de Cuba brotaron las melancólicas melodías de *Manuel Justo Rubalcaba;* y *Manuel Zequeira*, emprendiendo remontado vuelo desde las márgenes del Almendares, describió con heróico pincel gloriosas luchas aproximándose á menudo al robusto tono de Quintana y de Gallego, hasta que, herido de una enfermedad tan triste como la muerte, anduvo vagando, cual sombra sepulcral, en los últimos años de su existencia.

En la ciudad de Méjico está enterrado el cadáver de *Don José María Heredia*, quien á la edad de ocho años traducia á Horacio, á la de diez hacia versos, y, despues de haber vivido siempre una vida tan agitada

como proceloso era su espíritu, murió en Toluca á los treinta y seis años. El sacrosanto amor á la pátria fué la sublime cuerda que en su laud resonó grandiosamente, y que nunca palideció, ni aún en aquel momento en que contemplando las cataratas del Niágara, echa de ménos entre los agrestes pinos el blando susurro de las palmas que aquí mecen sus penachos al soplo de la brisa bajo un cielo purísimo. Los tormentos de la proscripcion bañaron de amarga melancolía muchos cantos suyos. Por eso, como montañosa ola que precipitadamente viene á quebrantarse gemebunda en las rocas de la playa, fué turbulenta y breve la existencia de Heredia.

Aconteció á *José Jacinto Milanés* lo que á *Zequeira*. Con la razon perdida vivió muchos años en la misma ciudad que habia escuchado los preludios de su lira, escritos desde el despacho de la casa de comercio donde ganaba un sueldo. Poeta meditabundo y grave, convirtió su atencion á las dolencias sociales. La ternura de su alma angélica, transpira en cada nota, y por entre formas con frecuencia duras y desapacibles, se descubre siempre la hidalguía de sus intentos. El entierro de este artista, á quien todos amábamos porque él nos amaba á todos, fué una magnífica ovacion tributada por el pueblo al génio y á la virtud.

Dos hombres, obscuros por el nacimiento, se dejaron tambien arrebatar entre nosotros por el mágico poder con que la poesía expresa las ideales creaciones de la fantasía, *Gabriel de la Concepcion Valdés* fué el uno, y *Juan Francisco Manzano* se llamaba el otro. Las inspiraciones del primero se parecen á los relámpagos que en medio de una borrasca hienden las lóbregas nubes; y aunque incorrecto por lo comun en sus obras, quizás en la lengua castellana no habrá ningun romance que supere á uno de los suyos, ni hay corazon tampoco que no se contriste al repetir las supremas palabras por él murmuradas en momentos terribles. El otro poeta habia sido esclavo. Esclavo aprendió á leer y á escribir, esclavo compuso sus primeros versos, esclavo bosquejó la consternadora relacion de su angustiosa vida, y esclavo trabó amistad con los literatos que lo redimieron. Su musa severa y levantada, casi no permite oir el ruido de las cadenas del cautiverio; pero como si el dolor hubiese sido su único númen, *Juan Francisco Manzano* enmudeció cuando á las noches de la servidumbre, sucedieron las auroras de la libertad.

Tales son, á grandes rasgos pintados, algunos de los hombres que habiendo descendido al sepulcro, deben, sin embargo, continuar hablando por medio de sus obras, con nosotros y las generaciones futuras. Mucha paciencia exige sin duda la tarea que nos hemos impuesto, y los gastos que ocasionará la *Biblioteca de escritores cubanos*, no podrian cubrirse, si dejaran de recurrir presurosos á apuntarse en las listas de suscricion todos los amantes de las glorias pátrias; pero abrigamos completa fé en la feliz cima de nuestra empresa, no solamente porque en Cuba abundan los ciudadanos generosos, sino tambien por otra circunstancia.

La iniciativa del proyecto se debe al Excmo. é Illmo. Sr. D. José Gutierrez de la Vega, Gobernador Político de esta ciudad; quien reflexionando que uno de los medios más eficaces para promover el adelantamiento de los pueblos, es reproducir los selectos trabajos intelectuales de cuantos se distinguieron por su saber y patriotismo, convocó una junta, compuesta de individuos dedicados á las ciencias y las letras, con la mira de que lo ayudasen á realizar en Cuba lo que habia hecho en otros dos puntos de la monarquía respecto de los escritores granadinos y de los dramáticos griegos. Allí expuso que: «si ántes de venir á ejercer su mando entre nosotros, habia tratado con intimidad y querido mucho á varios »cubanos, no le eran desconocidas las mejores producciones en prosa y en »verso con que no sin bastante fundamento nos envanecíamos; que aquel »afecto á sus hermanos ultramarinos se habia acrecentado despues hasta lo »sumo, y con él la favorable idea que acerca de nuestros progresos tenia; »que nuestras glorias lo eran tambien de la Nacion de que formamos parte; que se habia llenado de sentimiento cada vez que ansiando leer alguna »obra de nuestros antepasados, no lo habia logrado por falta de ejemplares; y que creia prestar un servicio á la causa de la ilustracion ofreciendo su ardiente apoyo como particular y funcionario, con el objeto de que »se imprimiesen correcta y elegantemente eu muchos volúmenes las producciones de los cubanos que hubiesen contribuido á impulsar esta hermosa provincia hácia el grado de cultura en que se encuentra.»

Los concurrentes oyeron con profundo placer las palabras del Excelentísimo é Illmo Sr. D. José Gutierrez de la Vega, así por los elogios que entusiasmado tributaba á los hombres que aquí han descollado en las ciencias y las letras, como por la esperanza de que sus esfuerzos verian al cabo realizados los deseos que ya habian abrigado acerca del mismo particular. Procedióse á nombrar una *Comision Directiva* para que excogitase los medios más á propósito para dar principio cuanto ántes á la impresion de la *Biblioteca de escritores cubanos;* y esta *Comision Directiva*, bajo la presidencia del fervoroso iniciador del proyecto es la que ahora decidida á trabajar constantemente hasta realizarlo, tiene el honor de exitar al público á fin de que suscribiéndose proporcione los recursos necesarios. Habana y Abril 2 de 1868.

La Comision Directiva.

Anselmo SUAREZ Y ROMERO.

LITERATURA COMPARADA.

Los Menecmos de Plauto y sus imitaciones modernas.

El hombre, en sus múltiples relaciones consigo mismo, con la sociedad y con la naturaleza, es el objeto del arte dramático. No hay en nosotros sensacion que este arte no estudie, sentimiento que no analice, emocion que no observe, ni pasion que no escudriñe. Nos busca en la vida doméstica, nos sigue en la vida pública; y no hay sexo, edad, estado ni condicion que escapen á su estudio. Con materia tan dúctil y tan inmensos recursos, su principio se pierde en la noche de los tiempos, y puede augurársele una duracion igual á la del género humano. El cuadro en que mueve sus figuras no es ménos vasto. La naturaleza entera. Todos los lugares, todos los tiempos son aptos para servir de fondo á sus móviles escenas, y no solo el artificio humano, sino las leyes ocultas ó patentes que rigen los fenómenos externos le sirven para auxiliarse en el proceso de sus tramas y desenvolver las más dramáticas peripecias. Los resortes que toca no pueden encerrarse en clasificacion. El genio todo lo utiliza con este fin. Y á las veces se muestra potentísimo, tomando á la naturaleza algun sencillo procedimiento, que ilustra y esclarece con torrentes de la luz de su fantasía.

Uno de estos sencillos resortes naturales me propongo estudiar aquí, porque en manos de uno de los más felices ingenios de la antigüedad fué empleado tan dramáticamente que se ha perpetuado hasta nuestros dias en la escena, obteniendo la preferencia de autores eminentísimos de los tiempos modernos. Por estas mismas razones va á permitírseme cotejar con un antiguo modelo piezas de los teatros que han seguido más fielmente las huellas de griegos y romanos, el francés y el italiano, y piezas de los tea-

tros que han tomado rumbo diametralmente opuesto, el inglés y el español, y en este último obras de los dos períodos en que naturalmente se divide (1).

La semejanza exterior de dos personas, que á veces se aproxima á la identidad hasta confundirse con ella, es en la vida real y doméstica caso no extraño, ni raro, y ocasion, por tanto, de frecuentes errores. El uso feliz que de ella puede hacer el poeta dramático, sobre todo el cómico, salta á la vista; y toda la dificultad para emplearla con acierto está en motivarla de manera que no se ofendan los fueros de la verosimilitud. Por tres veces echó mano de este fenómeno el insigne Plauto, para fundar sobre él todo el edificio de otras tantas de sus piezas más acabadas. Una de éstas, *Los Menecmos*, fijará principalmente mi atencion, porque en ella, á mi sentir, puso más de manifiesto como la alianza feliz del arte y la naturaleza es la productora de las grandes obras que constituyen el tesoro intelectual que nos han legado las anteriores generaciones.

Nada más ingenioso y á la vez natural que el fundamento de esta comedia. *Los Menecmos* tienen un extraordinario parecido porque son gemelos. La ingeniosidad del autor va ahora á transformar este hecho simplísimo en motivo de las más cómicas y extrañas aventuras. Pero, ántes de entrar á referirlas, convendrá apuntar algunas ideas sobre la manera de considerar los antiguos la comedia, tan distante de la que nos han hecho concebir una civilizacion y una filosofía tan diversas, como son diversos los usos y teorías que han producido.

Neta y simple era la division del género dramático que hacian los contemporáneos de Plauto, sin que jamás el zueco soñase en alzarse hasta el coturno (*Versibus exponi tragicis res comica non vult..... Singula quæque locum teneant sortita decenter. Ad Pisones* 89–92.) Alguna que ótra aislada tentativa para hacer converger los dos géneros, ántes parece hija de un feliz instinto del genio para abrirse una nueva ruta, que producto de doctrinas universalmente recibidas. La tragedia, velada en su majestad, mostrando patente á los mortales el proceso de las rigurosas sentencias del Destino, no permitia que la pedestre comedia tocase siquiera su elevado pedestal. Armada ésta de la vis cómica, en trueco del verbo satírico ya perdido, tenia en el foro ancha plaza para sorprender las flaquezas humanas, desenmascarar los vicios y perseguir con terrible azote las torpezas que desde el doméstico triclinio salian á inficionar la vida pública. Encu-

(1) Cuando hablo del teatro moderno, en estudios como el presente, me refiero siempre á las épocas históricas y de ningun modo á la coetánea. Así es que en el teatro español no comprendo el actual período; á pesar de que no carece de obras notables, ni hago de la época de Moratin uno, por faltarle todas las condiciones para ello. Si el presente es un período de incertidumbre y de tanteo, aquél no fué más que una ráfaga de imitacion que por suerte pasó prestísimamente.

brir la severa leccion moral bajo la irónica carcajada, sazonar la profunda sentencia con la chistosa agudeza, *castigare ridendo mores*, esta era su tarea, á que no podia faltar si queria tener derecho para lanzar á los tempestuosos *subsellia* el imperioso *plaudite*.

La filosofía del arte dramático, entre los antiguos, ha pronunciado por boca de su oráculo, Aristóteles, que no reconocia á la fábula cómica otro fundamento estético que lo ridículo (1). Todo se subordinaba á este principio, la exposicion, nudo y desenlace de la accion, tanto como los caractéres de los personajes, y como la leccion moral que en último término debia ofrecer la pieza. Esta intencion moralizadora, sobre todo, estaba basada en los naturales efectos de lo risible en el ánimo, y á veces se buscará en vano en el contexto ó en alguna de las partes de la obra. Y en efecto, cuando el espectador contempla el objeto ridículo, dicho, accion ó escena, excitada su sensibilidad y penetrado su intelecto del ligero desórden que comporta, prorumpe en espontánea carcajada; mas, si al dirigir interiormente la reflexion, descubre una imágen de sí propio, ó siquiera un mero asentimiento, cesa la risa, verifícase la reaccion, y el sentimiento vigoroso de la propia dignidad despierta un saludable rubor que puede tomar los caractéres de la vergüenza. Por eso el poeta solo cuidaba de revestir su copia de todas las trazas de la verosimilitud, sin ponerle al pié el rótulo que descubriese la intencion que dirigia su mano. Presentaba á aquellos avaros romanos, sepultureros de tantas riquezas, un cristal donde veian copiados todos sus rasgos en la fisonomía del sórdido Euclion, y á aquellos degenerados griegos que querian hacer que olvidaban la humillacion presente, jactándose de las hazañas de sus antepasados, su modelo fidelísimo en el fanfarron Pyrgopolinice. Podria, pues, tildarse de gazmoña la crítica de Mr. A. François, cuando, en el pasaje de la pieza que voy á examinar, donde uno de los gemelos, que ha recibido cierta vestidura por equivocacion, se promete á sí mismo no volverla más á manos de su dueño, supone que esta es una chanza de Menecmo Sosicles (A. 3º E. 7ª) El autor no pensó en las delicadezas de un comentador futuro, y no decoró á su personaje de una virtud muy extraña entre sus espectadores, sino le atribuyó un vicio de los más generales en aquella sociedad. Y tanto es así que en situacion idéntica el otro Menecmo no se expresa de diverso modo (A. 5º, esc. 7ª); y Mr. Naudet empleó mal su severidad en notarle de estafador. Lo acertado aquí es indagar si la generalidad de los coetáneos de Plauto se reconocerian en esos rasgos de su poeta: esos romanos entre quienes llegó á ser oficio lucrativo predecir al hijo disoluto la próxima muerte del padre rico (*funus promittere patris;* Juvenal, sat. 3ª). Todo

(1) Véase el capítulo 5º de su Poética; p. 6, del tomo IV de la ed. greco-latina de Paris de 1654, y 25 de la trad. francesa de la Poética, con notas perpétuas, por Barthélemy Saint-Hilaire.

lo demás es olvidar las funciones de la crítica que no debe exigir á una edad las virtudes de otra, aunque sí ponerlas á todas en alto predicamento (1).

La doctrina aristotélica, además, se halla justificada por otras causas no ménos naturales. La risa estaba ennoblecida, por decirlo así, entre los antiguos, cuya filosofía eminentemente práctica, escudriñaba sabiamente los más íntimos resortes del alma y señalaba sus efectos. «Se dice con justicia, escribia Estrabon, que los mortales imitan á Dios de la manera más conveniente por la beneficencia y la caridad; y seria razonable decir que le imitan viviendo felices, compartiendo su existencia entre la alegría (los placeres), las solemnidades, las discusiones filosóficas y las artes de las Musas.» Y Séneca: «Regocijarse y alegrarse es propio de la virtud y natural en ella.» Solo el misticismo extremado (exagerado, no) de ciertos ascéticos cristianos pudo subvertir más tarde estas profundas verdades, pretendiendo hacer pesar sobre la vida humana, ya por tantos contrarios combatida, las nebulosidades de sus espíritus medrosos y enfermizos. Verdad es que Platon juzgaba censurable la risa, si era descompasada; pero no necesitaban los místicos tradicion ninguna filosófica para producir y extremar esta doctrina. La misma sobreexcitacion, contínua y voluntariamente provocada, de los hemisferios emocionales que la engendró entre los yoguis del Indostan, la produjo, siglos despues, entre los anacoretas y cenobitas europeos. La proscripcion de la comedia, sin embargo, fué pasajera, y si hoy se recuerda esta aberracion de algunas notables inteligencias es porque contribuyó á modificar la manera de gustar y practicar la poesía cómica; y nos conviene tenerlo así en cuenta en la prosecucion de este estudio (2).

Ya con estas prevenciones podemos, sin temor de que nos salten á los ojos las radicales diferencias de teatros tan distintos como el antiguo y los modernos, circunscribirnos á la pieza de Plauto. Dos gemelos que todo el mundo conociera podrian ocasionar algunas equivocaciones, pero éstas serian fácilmente descubiertas. Suponer la existencia de los mellizos ignorada de casi todos era el medio de abrir la puerta á las más cómicas situaciones; y de este fundamento han querido arrancar la mayor parte de los autores cuyas obras voy á examinar. Plauto lo motiva, suponiendo que uno de los gemelos se extravia, de niño, entre la multitud congregada

(1) Por eso Goldoni, al copiar la situacion en sus *Dos gemelos venecianos*, obró cuerdamente al prestar otros sentimientos á su Tonino: «Ste zogie e sti bezzi no la xe roba mia: *son galantomo*, e no la vogio.» Atto 2º scena 2ª

(2) ¿Qué error, amamantado en las altas esferas intelectuales, no deja tras sí larga sucesion? La risa fué anatematizada; y, aún hoy, uno de los escritores más insignes de la época moderna, el eximio Lamartine ha querido extrañar lo cómico del dominio de la poesía. Aristófanes, Plauto, Ariosto, Butler, Quevedo, Benavente, Molière, Heine ¡no han sido poetas!

para unos juegos, y va á parar entre las manos de un rico mercader de Epidamno (Durazo), viejo y sin hijos. Este lo recoge, lo adopta, lo casa acomodadamente, y le lega, al morir, toda su hacienda. Entre tanto el padre de los gemelos, residente en Siracusa, muere del pesar que le ocasiona la pérdida de su hijo; y el abuelo, para memoria del perdido, llama al otro, que era su vivo retrato, con el mismo nombre de Menecmo que llevaba y conserva el primero. Este segundo Menecmo, ya en edad proporcionada, determina recorrer algunos paises en busca de su hermano; y arriba por fin á Epidamno. El hermano buscado, jóven disoluto, ama á la cortesana Erotia, en cuya morada tiene dispuesta una merienda para celebrar el hurto de un manto (*palla*), hecho á su esposa, y con la cual obsequia á su amada; todo á sabiendas y en compañía de su parásito Cepillo (*Peniculus*) (1). Lengua y criadillas de cerdo, lardo, jamoncillo, cabeza de jabalí ó salmon, estos y otros manjares grasos y apetitosos, sazonados con primor por el arte de Cilindro, aguardan á Menecmo de Epidamno en casa de la bella Erotia; pero hé aquí que sobreviene el Menecmo de Siracusa, que se oye llamar por su nombre y se ve invitado á un festejo y colacion del todo inesperados. Su esclavo Mesenio le ha advertido del humor alegre y de las costumbres fáciles de los habitantes de aquella ciudad, por lo que sospecha que es un lazo que le tiende hábilmente alguna cortesana. Tercia ésta en la escena, tomándole por el primer Menecmo; y el recien llegado, protestando de no dejarse engañar, es al fin seducido por sus atractivos, acepta el papel que se le impone y penetra con ella en su morada. Regresa el parásito, todo temeroso de llegar tarde, á punto que Menecmo de Siracusa deja la sala del festin; lo increpa; y éste, desconociéndole, lo rechaza y despide. Cepillo, creyéndose burlado y afrentado, acude á la esposa de Menecmo de Epidamno y le descubre los amores de su marido, y cómo enriquece á Erotia con sus despojos. Llena de ira y dolor, sale la mujer al encuentro de este Menecmo, que llega descuidado, y, despues de una escena violenta, le niega la entrada en la casa conyugal donde penetra cerrando la puerta. Menecmo se dirige á casa de Erotia, para suplicarle que le vuelva la vestidura que le habia donado; pero la cortesana, que la habia entregado al otro gemelo, cree que es un pretexto para desposeerla, riñe con éste y le arroja de su casa. Poco despues su esposa sorprende á su hermano con el disputado manto, lo toma por su marido, lo llena de injurias que él contesta entre sorprendido y enojado, hasta que ella concluye por enviar en busca de su padre (2). Acude el

(1) Aludiendo al *cepillo* con que se recogian los relieves de la mesa. Esta costumbre, tan comun en Plauto y ántes en Aristófanes, de dar á los personajes, sobre todo los más cómicos, nombres alusivos y metafóricos, ha tenido muchos que la sigan en la escena moderna.

(2) Entre los romanos del tiempo de Plauto el padre podia separar á sus hijas de sus maridos.

anciano, hace cargos al Menecmo inocente, quien ya trasportado de cólera al verse asediado por personas extrañas, le replica en los términos más violentos, negando conocerle á él, á su hija y á todos los que tiene delante. Créenle loco, y van apresurados por un médico; continúan las equivocaciones; atan por órden del médico al otro Menecmo, que es puesto en libertad por el esclavo de su hermano; y cuando ya la confusion ha llegado á su colmo, se deshace naturalmente esta máquina, viéndose y reconociéndose los gemelos. Qué ancho campo presentan estas escenas á la vena fácil y al chispeante ingenio de Plauto para sembrar todo el raudal de sus gracias y presentar las más cómicas situaciones, no hay para qué encarecerlo. Aceptados los antecedentes, esas peripecias entran sin esfuerzo en el cuadro. Todos se engañan, y nadie pretende engañarse; y esta es la fuente de la excelentísima vis cómica que domina en toda la pieza. Pero ¿dónde está en ella la intencion rectificadora de costumbres? No, por cierto, y recuérdese lo dicho ántes, en el argumento; ni en el enlace y desenlace de la accion. Como que es toda satírica, está en las figuras, verdaderos tipos más que individualidades; en el parásito, en la cortesana, en el disoluto, en la mujer celosa (que no tiene nombre propio), en el padre, cuyas máximas son en absoluto favorables á la independencia y supremacía del marido. No perdamos esto de vista, pues aquí está la raiz de la diferencia entre el teatro cómico antiguo y el moderno y contemporáneo. Volvamos á lo que toca más de cerca á mi propósito.

Ya en *Anfitrion*, otra de las piezas de Plauto que se basan en el parecido de varias personas, hay burladores y burlados. Una leyenda, que se supone venida á Grecia desde las riberas del Gánges, referia que Júpiter, para seducir á Alcmena, habia tomado la figura de su marido Anfitrion. Este asunto mitológico dió materia á la musa trágica, y fué notable arresto de Plauto convertirlo en argumento cómico. Para esto, dió por adjunto al rey de los dioses á su hijo Mercurio, que tomó las trazas de Sosias, esclavo de Anfitrion. El dios, llevado de su carácter maleante y burlador, se complace en atormentar á Sosias: á más, la doble semejanza da márgen á notables equivocaciones de Alcmena y sus familiares, desconcierta y llena de recelos á Anfitrion, produce riñas y disturbios entre los esposos, y termina, cuando á Júpiter le place, por la revelacion de la divina intriga. Pocas obras presenta el teatro de los antiguos más dignas de estudio, desde el punto de vista de las costumbres y las creencias; pero aquí no tengo que atender sino al resorte empleado para mover las figuras, y me limitaré á observar que el mismo Plauto, duplicando los parecidos, señaló el camino á Shakespeare que, en su *Comedia de los Engaños*, sacó á la escena dos parejas de mellizos. Sin disculpar, ni ménos justificar como el gran Schlegel, el procedimiento del insigne dramático, hago aquí hincapié para señalar la injusticia con que lo acusa un crítico francés de haber adulterado á Plauto. En él encontró el ejemplo.

La pieza inglesa no es intachable, ni mucho ménos. Steevens cree fi memente que alguna mano extraña interpoló en ella varios pasajes indi nos del autor de la mayor parte. Y en efecto, si es lícito á un extranje dar su voto en tan espinoso problema, siempre me ha parecido que much intercalaciones en prosa no son de Shakespeare. Mas ¡cómo en esta ob escrita á la ligera, evidentemente imitada y hasta, si se quiere, desfigurad aparece ya toda la diferencia que separa las dos épocas teatrales á qu pertenecen ella y su modelo! ¿En dónde están los tipos? Individuos cuya pasiones nos mueven é interesan ocupan de contínuo la escena. La vid humana poetizada se refleja á nuestra vista. Adriana, enamorada y celosa no es un tipo, no es una fria escultura que fija un solo aspecto de esta pa sion, nó, ella le dá el color de su personalidad, la vivifica. «Sí, Antífolus sí; mírame con extrañeza, frunce el ceño; guarda para otra más querid un semblante alegre, yo no soy Adriana, no soy tu esposa. Ah! hubo u tiempo en que voluntariamente me decian tus protestas que ninguna vo sonaba en tu oido más dulcemente que la mia, que ningun objeto era gra to á tus ojos si no lo miraban los mios, que ningun contacto era más suav para la tuya que el de mi mano, que ningun manjar regalaba tu gusto si no el que yo te trinchaba (Acto 2º, esc. 2ª)» ¡Qué verdad en los afecto ¡qué delicadeza en la expresion de estas nimiedades tan dulces y ta pintorescas! Todo nos revela otra sociedad, otros tiempos, otro art Añadamos mayor movimiento, más aparato escénico, más interés, en fi inspirado por el conjunto y los pormenores, y, apreciando de un golpe l respectivas excelencias de las dos piezas, podremos dejar á un lado las in pefecciones. ¿Cabria disculpar por tales bellezas los defectos de la pálid imitacion de Goldoni? ¿Qué hay en *Los dos gemelos venecianos* que mere ca la atencion de la crítica? ¿La introduccion de aquel traidor melodr mático que idea y ejecuta tan impensadamente un crímen horroroso? ¿E sangriento desenlace de una pieza que no tiene justificacion sino en género cómico? En verdad que la bella invencion de Plauto difícilment seria reconocida en la escena italiana; y si he hecho esta ligera mencio de la obra de Goldoni ha sido para notar como, áun obedeciendo á l mismas exteriores excitaciones, bajo el influjo de idénticas ideas y afecto el génio, siempre grande y original, sabe perfeccionar cuanto toma ent las manos, donde el talento vulgar no logra sino deslustrar lo que desm ñadamente contrahace.

Antes de pasar decididamente á la segunda parte de mi estudio, cr justo dejar estampado que el escritor latino empleó tambien el arbitr dramático que examino para un enredo que podría llamar amoroso si temiera degradar el epíteto. De este modo, sin salir de los límites en q forzosamente estaba circunscrito, su agudísimo ingenio diversificó los r sultados, partiendo siempre de un mismo procedimiento. En *Las Báqu des*, son éstas dos cortesanas gemelas, de las cuales están prendados d

cariñosos amigos; causando su extraordinaria semejanza que Mnesíloco, el uno de ellos, se crea engañado por Pistoclero, que es el otro. No por esto pierde la obra el carácter satírico que distingue las de aquel período; ántes bien solo este carácter puede legitimar su desenlace. Por el contrario, al llegar á las imitaciones modernas, esta marca desaparece, y lo patético va tomando su lugar al lado de lo cómico. Tendencia que hemos visto exagerada y llevada hasta lo absurdo por Goldoni.

Las dos más antiguas imitaciones de *Los Menecmos* que conozco, pertenecen á la escena española. Una calcada directamente en la del poeta de Sarsina, la otra tomada de una novela italiana. No hay que extrañarlo. Aunque el teatro español se emancipó muy presto de toda tutela, en sus principios tambien fué, como la novela y los otros géneros poéticos, grandemente tributario de las letras italianas. Paguémosles de paso este tributo de reconocimiento, ya que en las obras de los grandes escritores toscanos adquirieron los que nos han servido de maestros más de un primor de estilo y de invencion, y con ellas aquilató y aguzó su ingenio eximio el príncipe de la literatura castellana, el gran Cervantes (1).

El célebre novelador Bandello recorrió, el primero, todo el trayecto que separa las dos literaturas antigua y moderna con una feliz innovacion en el fundamento de la fábula, que abre la puerta al complicado juego de las pasiones. Los mellizos son hijo é hija. Esta, por acasos amorosos, se ve forzada á tomar hábitos varoniles; y con esto comienzan los despropósitos de accion á que se presta el asunto. Lope de Rueda lo trasladó al teatro en su *Comedia de los engañados;* pero, con la timidez del niño que se suelta á andar, esbozó ligeramente el cuadro, atendiendo ántes que á la invencion y lo patético, á las sales y primores de lenguaje en que ciertamente abunda. Al gran Shakespeare estaba reservado revestirlo de los más

(1) Hay que hacer aquí una importante observacion á la par histórica y literaria. Precisamente en la época en que los literatos españoles iban á beber con preferencia en las fuentes italianas, se verificaba en esta literatura un movimiento de acerba oposicion al papismo, que estallaba por todas partes en motes sangrientos, acerados epigramas, sátiras, comedias y novelas. ¿Cómo no se propagó á España? Porque en la frontera velaban los esbirros inquisitoriales, y todo libro inficionado era puesto sin remision en el bando del imperio, en el Indice Expurgatorio. Para cerciorarse de esta verdad no hay más que leer las obras de ingenios españoles escritas y publicadas por entonces en Italia, como las de Torres Naharro, Delicado, Castillejo, Segura, etc. y advertir el espíritu que reina en ellas. Así como el de muchas escritas en España, pero que permanecieron inéditas; de que puede dar buen ejemplo el *Diálogo entre Caronte y el ánima de Pedro Luis Farnesio* del insigne Don Diego Hurtado de Mendoza. Cierto que algunos de esos libros se reimprimieron y corrieron despues en España, pero ¡de qué suerte! indigna y procazmente mutilados. Los graves definidores dominicos que eran implacables para todo lo que tocase al arca santa de la inmunidad clerical, no querian cargar sus conciencias, y dejaban incólumes las proposiciones más ofensivas á la moral pública. En las obras de Cristóbal de Castillejo, por ejemplo, mientras tacha-

brillantes colores é infundir en sus personajes el soplo vivificante que habia de hacerlos mover poderosamente animados. Violante, bella dama tiernamente prendada de Orsino, duque de Hiria, halla medios de entrar á su servicio como paje, y de cautivar su voluntad con su discrecion y amorosos obsequios; hasta tal punto, que Orsino elige al bello paje para que mueva en su favor el ánimo de la condesa Olivia, desdeñosa beldad de su corte. Solicita la disfrazada Violante el acceso en casa de su afortunada rival, insta é importuna hasta que llega á su presencia; y aunque allí defiende con vehemencia y fidelidad la causa de su señor, su donosa apostura hace más mella que sus argumentos en el corazon de Olivia. Encendida ésta en súbita pasion, ofrece al gallardo tercero, con su mano, un nombre ilustre y cuantiosos tesoros; y cuando ya desespera de ablandar tan duro pecho, el encuentro de Sebastian, hermano de Violante, á quien toma ella por su amado gentilhombre, cambia sus fortunas y da por resultado un improviso casamiento. El despecho del duque al saberlo, las desesperadas negativas de Violante, el dolor de la Condesa que se cree afrentada y repudiada, las quejas de otros personajes secundarios tambien engañados por la semejanza, ya patéticas, ya cómicas, presentan un cuadro en alto grado interesante y diversificado por las más varias emociones, que termina por el reconocimiento de los hermanos y el logro de los deseos de las dos enamoradas damas.

El fondo de la intriga es el mismo en Bandello y Lope de Rueda que en la pieza inglesa; pero, fuera de allí, por donde quiera surge la más completa divergencia. Aun los personajes que han sido completamente trasladados de una escena á otra sufren un cambio radical, pertenecen ya á otra raza, viven en otros climas. Lelia (que es la Violante de Lope de Rueda) pone todo su conato en apartar á su señor y amado de los amores

---

ban todo un largo pasaje que saca á la vergüenza las malas costumbres de ciertas casas religiosas, respetaban un cuento obsceno y grosero en que solo intervienen seglares. Quede estampado en elogio del corrector Lopez de Velasco, aquel que, con tanta gracia y destreza, donde el autor escribia:

«No se escapa
Hombre vivo, desde el Papa,
Reyes ni emperadores,
Duques y grandes señores,
Hasta quien no tiene capa,
Desta guerra (de amor):»

sabia sustituir:

«No se escapa
Hombre vivo *ni solapa*
De reyes ni emperadores, etc.» *Sermon de amores.*

Excuso los comentarios.

de Clavela: «¿Qué quieres que te diga, señor, sino que harto ciego es el que no ve por tela de cedazo? Averiguadamente ella te aborrece por todo extremo.—¡Ay que ya lo veo! pero dime, mi Fabio..... aquesas veces que á visitarla de mi parte has ido, ¿qué semblante te muestra cuando en mi negocio en hablar os ocupais?—¿Qué quieres, señor, que te diga, sino que ninguna vez de tí le hablo que con alegre rostro me vuelva respuesta? Como si tú, señor, le hubieses hecho las mayores injurias y los mayores agravios que á doncella de su suerte hacerse pudiese.—Pues ¿qué remedio? —Que cambies de propósito y ames en otro lugar, pues tan mal te paga el amor que muestras tenelle, y el aficion tan grande con que la sirves. (A. 2º esc. 6ª).» Violante, poseida de un amor más profundo, más delicado y, si se quiere, más fantástico, granjea con fidelidad el adelantamiento del Duque en el afecto de Olivia. Y cumple con firmeza la oferta que hace á Orsino de cortejar en su nombre y con el mayor empeño á su dama, confiando secretamente en la fuerza de su propio amor, y tal vez, aunque no lo dice, en la poca del que mueve al Duque (1).

Esta diferencia de caracteres es capital. El amor sensual del Mediodía, que lo mismo llama en su apoyo á la violencia que á la astucia, y el amor espiritual del Norte, nebuloso como las fantasías de que se acompaña, están el uno frente al otro. Ambos son verdaderos, segun la intencion del poeta; pero ambos llevan el sello que los caracteriza. La misma distancia separa á Clavela y Olivia, colocadas tambien en idéntica situacion. Pasman la verdad y la profundidad con que están puestas en boca de la fantástica *lady* los siguientes afectos: «¡Oh qué bien parece el desden en su mirada, y la ira y el desprecio en sus labios. No descubre más pronto el delito sus manos teñidas de sangre, que se manifiesta el amor, cuando se le quiere tener oculto. La noche ama la luz del mediodia. Cesario, por las rosas de la primavera, por la inocencia, el honor, la verdad, por todo lo sagrado para el amor, yo te amo tanto que á pesar de todos tus desprecios ni la razon, ni la voluntad, bastan á poner freno á mi pasion (A. 3º escena 1ª).» La de Clavela no es tan declamadora. Al rededor de estos personajes principales, como ruedas de la complicada máquina que levanta, agrupa el poeta inglés otros secundarios que extienden, complican y hermosean la fábula con episodios animadísimos por lo cómicos y característicos. Los dos *sires*, ébrios consuetudinarios, el sesudo Malvolio, desvanecido por una quimérica esperanza, encerrado en salud por loco y befado por el bufon de oficio, Clown, son los únicos caracteres magistralmente trazados, y los otros un profundo apólogo en accion. Esta pieza que se titula

(1) «I'll do my best,
To woo your lady: (*aside*) yet a barful strife!
Whoe' er I. woo, myself would be his wife.»
Twelfthnight; or What you will. A. 1.*er. S.* 4.*ta.*

Como usted quiera, se dice que fué la última de Shakespeare. Digno coronamiento del grandioso edificio que levantó su númen.

¡Cómo se advierte que hemos cambiado de *medio* estético! Solo cuando algunas forzadas imitaciones, como la de Juan de Timoneda en el teatro español y las de Regnard y Molière en el francés, tratan de galvanizar sus recuerdos, aparecen animados de un ficticio soplo de vida las creaciones de Plauto. El gracejo inimitable, la verdad de los caracteres en personajes franceses mal disfrazados de griegos, el decoro con que trata su escurridizo argumento no son prendas bastantes para hacer del Anfitrion de Molière otra cosa que una hábil y bella imitacion. Por más que se admiren en esta tela pinceladas de gran maestro, el desacuerdo latente entre el fondo y la forma le quita gran parte del valor artístico, á pesar de su valor cómico. Hay algo, y áun mucho forzado en toda la obra, á la cual solo su estilo admirable salva de caer en el dominio de la farsa.

En cambio todo es original, todo característico en las piezas españolas que se fundan en el resorte de la semejanza. Miéntras más se estudia éste teatro, más se descubre el sello de su poderosa originalidad, de su feliz correspondencia con el génio de la nacion en cuyas costumbres se arraigaba, de cuyo pensamiento se nutría. La amplitud de sus planes, lo intrincado de sus trazas, lo arriesgado de sus procedimientos, lo violento de sus desenlaces, en donde el nudo más se corta que se desata, el movimiento, la vida que se explaya bullente por todas las escenas están retratando un pueblo del Mediodía en su edad viril, pero no olvidados los hervores de la mocedad, arrebatado en sus pasiones, casi desvariado en sus fantasías. La regularidad plautiana no tiene aquí cabida. Fie Molière en su lápiz de caricaturista el buen éxito de su arriesgada imitacion. Tirso tomará simplemente el pretexto dramático, si no lo descubre, trocándolo desde su orígen, y se lanzará en alas de la invencion por las regiones de lo novelesco. No más gemelos. Cierto caballero español, por desabrimientos de su hermano mayor, pasa á Flándes, donde un padre, engañado por singular semejanza, le abraza por hijo y trata de llevarlo á casa. Impulsado por malos trances de fortuna, por las instancias de su picaresco lacayo y hasta por ciertos asomos de aficion amorosa, el caballero consiente y adopta el nombre y familia que se le vienen como llovidos. Antes que ayunar prefiere ser Oton, segun la frase feliz del insigne maestro (1).

---

(1) *Chinchilla*....—«Ven, y daréte razon
De lo que quieres saber.
Don Rodrigo.—En fin ¿que Oton he de ser?
Chinchilla....—O ayunar, ó ser Oton.»

El castigo del penseque. A. 1º esc. 6ª

En nota, aunque merece artículo especial, vaya un pasaje de esta pieza que

Seguir el hilo de esta bellísima fábula no cabe en los límites de mi estudio, que solo mira á poner en evidencia las transformaciones que ha ido sufriendo el pensamiento de Plauto; baste indicar que en manos del sin par Moreto pasa á ser principal el arbitrio de la semejanza que en las de Tirso es meramente explicativo. Apoyándose en idéntica equivocacion de un padre, *el parecido en la Córte* se introduce en casa de su dama, con título de hermano; mas sobreviene luego el hijo verdadero, con no poca alteracion en los rasgos fisonómicos, despues de años de ausencia; y de aquí nace el sazonadísimo enredo que produce en esta pieza los divertidos incidentes que la hermosean, todo salpicado por las inagotables sales del poeta.

Más ingeniosa aún es la traza de Alarcon en *El semejante á sí mismo.* Don Juan de Castro, tiernamente enamorado de una prima suya que habita bajo el mismo techo, pero impertinentemente celoso, teniendo que partirse á Lima á recoger una herencia, discurre, de concierto con su primo Don Diego de Lujan, á quien se aguarda en su casa y á quien su pa-

---

muestra á una nueva luz al maestro Tellez. Le veremos descubriendo desde muy temprano en lo más íntimo del cuerpo social una úlcera que aún hoy está clamando por remedio. Dice así la condesa Diana, importunada por sus consejeros para que acepte nuevo esposo:

«Nadie espere, Pinabel,
Tener de mi esposo nombre,
Pues murió el Duque con él;
Que en la libertad de un hombre
Libre, soberbio y cruel,

No estriba bien la flaqueza
De una mujer, á quien ves
Con mocedad y riqueza;
Porque es locura el ser piés
La que puede ser cabeza.

Cansada de estar casada
Estoy. ¡Gracias á los cielos,
Que no lloro despreciada,
Ya desdenes, ya desvelos
De una aficion mal pagada!

Si en el conyugal amor
Hubiera penas iguales
Para el esposo agresor,
Y sus obras desleales
Tocaran en el honor,

Como las de una mujer;

dre desconoce, fingir que es notable la semejanza entre ambos; ideando la traza de hacer que Don Diego envíe por suyo propio el retrato del enamorado primo. Con esta invencion, despacha Castro á Lima á un fiel amigo, y retorna á su casa convertido en Don Diego, con el intento de probar la fidelidad de su dama. Bien se advertirá, por lo dicho, la admirable disposicion de esta pieza. Las escenas en que el celoso echa á la calle el secreto que luego trata de recoger, viendo que su prima se deja arrastrar de la pasion, engañada por aquel retrato vivo de su Don Juan, son inimitables. En honor de Alarcon hay que decir, de paso, que el desenlace está perfectamente estudiado y motivado, contra lo general en la antigua escena española (1).

Véanse, pues, de manifiesto los distintos rumbos que la musa dramática va tomando, segun los tiempos y los lugares, áun auxiliada por un mismo procedimiento. La semejanza exterior de dos personas guía el pincel satírico de Plauto, despierta la vis cómica de Moliere, mueve la apasionada inspiracion de Shakespeare y aviva la fantasía de Tirso, Alarcon

---

Perseverara en los dos
El recíproco querer;
Pero que en la ley de Dios
Iguales vengan á ser

Los delitos del marido
Y la esposa; y que en el suelo
Haya el vulgo establecido
Venganza en leyes del duelo
Para el esposo ofendido,

Y no para la mujer;
Esa es terrible crueldad,
Suficiente á deshacer
A amor, que sin igualdad
No sabe permanecer.» A. 1º esc. 8ª

La fórmula matrimonial fué propuesta, ha siglos ya, por Shakespeare en la primer disputa de Oberon y Titania:—«Am not I thy lord?—Then I must be thy lady.» ¿Cuándo la aplicarémos?

(1) Don Luis Fernandez Guerra, en su notable libro *Alarcon*, encuentra semejanza entre esta comedia y *La celosa de sí misma* de Tirso, sin decidir la prioridad. Como esta semejanza no versa sobre el parecido de personas, no entra en mi objeto examinarla. Para terminar señalaré aquí otras piezas del repertorio español en que se recuerda *Los Menecmos;* tales son *La española de Florencia* (atribuida á Calderon), *Los dos Robledos* (esta comedia, citada por Fernandez Guerra en su edicion de Moreto, no se encuentra en los catálogos de Mesoneros Romanos, La Barrera, ni en el de la Biblioteca Salvá) en el antiguo, y *Las Memorias de Juan García* (Breton de los Herreros) en el moderno.

y Moreto, produciendo extremadísimas fábulas, no por lo que tienen de comun ménos pertenecientes á las escenas que embellecen. Esta es la regla capital del arte, esto lo que ha querido enseñar el presente estudio. En el fondo comun de las invenciones del génio puede y aún debe inspirarse el artista, siempre que sepa vaciar en nuevos moldes las antiguas concepciones, respetando el elemento permanente, diversificando el variable. El pensamiento es trasmisible, es asimilable; pero la forma ha de ser individual, ha de ser creada. Sin esto no hay obras de arte, habrá, cuando más, meras copias.

ENRIQUE JOSE VARONA.

Camagüey, 18 de Junio de 1875.

AXÉL.

(POEMA DE ISAIAS TEGNER.) (*a*)

A mi querido amigo José Antonio Cortina.

I.

¡Cuánto me place recordar los tiempos
De Cárlos doce, de inmortal memoria,
Como la paz de la conciencia, alegres,
Y hermosos como el Sol de la victoria!
En el Norte su brillo
Fúlgido se refleja todavía;

(*a*) Isaías Tegner, nació en la provincia de Vermland, Suecia, el 13 de Noviembre de 1782. A los diez y ocho años hizo su estreno en la carrera poética por una elegía sobre la muerte de su hermano que llamó la atencion general; los poemas líricos que le sucedieron aumentaron en alto grado su popularidad, mereciendo uno de ellos, *Swea*, en 1811 el gran premio de poesía conferido por la Academia sueca. En 1820 apareció *Axél*, cuyo éxito fué completo, pues apénas bastaron cuatro ediciones á satisfacer el entusiasmo popular. Traducido al aleman, por la baronesa Helvig, produjo tan viva sensacion en Alemania, que el gran *Goethe*, sobrio de elogios, le llamó un nuevo y brillante meteoro, destinado á embellecer el mundo poético. A AXÉL sucedió el bello y delicado poema LA PRIMERA COMUNION, y algunos años más tarde el famoso FRITHIOF, que puso el sello á su reputacion universal. FRITHIOF es un vasto santuario en el que el genio de Tegner ha dejado oir todas sus voces; es el poema nacional de la Suecia.

Ningun poeta sueco ha pintado con más verdad y encanto que Tegner, la vida de

Y en traje azul parece
Que se miran vagar augustas sombras
Al triste Sol del moribundo dia.
Alzo mis ojos con respeto santo
Ante vosotros, de la edad pasada
Héroes ilustres, que en nervudos brazos
Blandíais luenga espada.

II.

Allá en mi infancia conocí á un anciano,
Soldado de aquel rayo de la guerra,
Reliquia ilustre de pasados tiempos
Que cual trofeo conservó la tierra.
La plata que aquel hombre poseía
Brillaba en su cabeza centenaria:
Las nobles cicatrices de su frente,
Como de piedra tumular las *runas* (1)
Contaban su valor. Humilde choza
En la selva habitaba; allí sus años
Deslizáronse en paz modestamente.
Reliquias de otros tiempos, poseía
Dos joyas para él más estimables
Que todo el Universo:
Dos joyas; una Biblia y una espada,
Sobre la cual de Cárlos doce el nombre
Grabado se veia.
Como verde colina que conserva
Las urnas del guerrero, del anciano
La memoria guardaba

---

los antiguos y valientes piratas escandinavos, cuyos heróicos corazones no eran del todo inaccesibles á las dulzuras del amor. Una imaginacion inagotable, una energía constantemente juvenil y una sensibilidad verdadera forman el carácter del talento poético de Tegner.

Tegner fué profesor de griego en la universidad ds Lund. Como la mayor parte de los poetas suecos siguió la carrera de la Iglesia y en 1824 fué nombrado Obispo de Wexjó, cuyo elevado puesto desempeñó con evangélica uncion hasta su muerte acaecida el 2 de Noviembre de 1846.

Aunque la presente traduccion de AXÉL está hecha sobre una traduccion francesa y otra inglesa que se recomiendan como fieles por jueces competentes, no me atrevo á considerar la mia, sino como una traduccion más ó ménos libre.—A. S.

(1) Letras, inscripciones y poesías de los antiguos escandinavos, grabadas en las rocas.

Del gran rey las hazañas portentosas,
Hazañas, cuyas huellas luminosas
Aún hoy se buscan en region distante;
(¡Tan alto el vuelo remontó en un dia
El águila gigante!)
¡Cómo entónce el anciano sonreía!
Su cuerpo, por los años encorvado,
Se erguia recordando los peligros
Del héroe rey amado.
Como una espada penetrantes eran
Las palabras que entónces de sus lábios
Tumultuosas brotaban.
En las veladas del invierno luengas
Contaba sus proezas el guerrero;
Y al pronunciar de Cárlos doce el nombre
Saludaba, quitándose el sombrero.

Olvidar un instante no he podido
El vivo monumento
De esos tiempos heróicos: conmovido
Escuché las hazañas de su gloria,
Y quedó para siempre su recuerdo
Grabado en mi memoria.
Ya el anciano soldado
En la mansion reposa de la muerte.
¡Paz á sus restos! De su lábio un dia
De Axél la historia oí: no la he olvidado.

III.

En Bénder (1) el gran rey permanecia:
Su nombre, ántes glorioso, era insultado;
Devastadas sus tierras, y su gente,
Cual gladiador herido, agonizante,
De rodillas, detrás de sus broqueles,
Heróica combatia.
Solo en el régio pecho la esperanza,
La fé en el triunfo permanecen fieles.
Aunque furiosa tempestad las hojas
Arrancaba con súbita violencia

(1) Bénder pertenecia á Turquía en la época á que se refiere este poema.

Del libro del destino; aunque temblaba
La tierra en torno suyo, la presencia
Del rey era tranquila cual la roca
Que el mar bate irascible,
Cual la firmeza en torno de una tumba,
Cual permanece en pié la inaccesible
Bóveda altiva en medio del incendio
Que una ciudad derrumba.

IV.

A Axél dijo una tarde el rey guerrero:
«Toma este pliego, y corre noche y dia
Hasta llegar á Suecia: á tu llegada
Entrégalo al Senado:
Parte al punto de Dios con la alta ayuda,
Y de la patria las antiguas rocas
En mi nombre saluda!»

Grato á Axél fué viajar; y con orgullo
Tomó al punto la carta, y en su seno
Alegre la guardó.—Sirviendo á Cárlos
En Holofzin (1) halló gloriosa muerte
El padre del guerrero; desde entónces
Creció el hijo en los campos de batalla
Entre el fragor de los rugientes bronces.

Era su talle esbelto cual los pinos
De la Suecia: guardaban sus mejillas
De la rosa los tintes purpurinos.
Como un dia sin nubes era hermosa
Su frente despejada,
Y á la par revelaban sus facciones
Honor y gravedad; y su mirada
En íntima confianza alzar pudiera
De la luz á las fúlgidas regiones.

V.

Axél fué recibido en los *trabantes* (2)
De Cárlos doce: el número formaban

(1) Holofzin, ciudad de Polonia, donde Cárlos XII venció en 1708 á los Rusos.
(2) Los Trabantes formaban parte de la guardia real.

Siete que el mismo príncipe escogía,
Y á la prueba del fuego y de la espada
A todos, implacable, sometia.
Sucesores cristianos del pirata
Que en otros tiempos asoló los mares,
Nunca en lechos mullidos
Descanso hallaron: en la dura tierra
Dormian, en sus mantos extendidos;
Y á pesar del invierno y sus horrores
Tan apaciblemente reposaban
Como en prado de flores.
Nunca á la lumbre del hogar llegaban;
Jamas en un combate al enemigo
Dar la espalda debian:
Solo tal vez tras el heróico esfuerzo
De haber *uno* luchado contra *siete*
Siempre al contrario el pecho presentando.
En fin, última ley; ley implacable
Difícil de observar, les prohibia
Rendir al yugo del amor el alma:
Sus esposas el rey les escogia.
En vano la sonrisa deliciosa
De dos labios de rosa,
Y de un turgente seno
La suave ondulacion, ni de amorosos
Ojos de azul celeste la mirada,
Debieran un momento conmoverlos:
Consagrados estaban á su espada.

VI.

Axél apresta su bridon, gozoso:
Cabalga noche y dia,
Y ya tras sí dejaba
De Ukrania las fronteras, cuando el bosque
Sordo rumor de picas y de sables
Deja oir; cerca brillan..... rodeado
Se vé el guerrero en círculo acerado.
—«Pliegos de Bénder llevas! Baja! Al punto
Esos pliegos, ó mueres!» Y un sablazo
Fué de Axél la respuesta: su enemigo
Al golpe rudo la cerviz inclina
Y en sangre cae bañado.

Apoyado en el tronco de una encina
Mide Axél el peligro
Y lucha con valor desesperado.
Mas de un fuerte contrario muerde el polvo,
Y Axél heróico lidia
Cumpliendo con honor su juramento.
Mas no eran *siete* contra *uno*: eran
Veinte contra uno solo, mas no cede.
Socorro de los suyos no esperaba;
Y más de una profunda
Herida ya su muerte le anunciaba:
Su corazon; apénas si latia;
Su mano, antes pujante, que el acero
Empuñaba, ya inerte se entreabria;
Y los azules ojos del guerrero
Velan noche sombria.

VII.

¡Hurrah! se oye en la selva: el valeroso
Halcon y el perro fiel siguen su presa.
Cazadores se lanzan al galope:
Una amazona, hermosa como el dia,
Cual torbellino en atigrado potro
Y verde traje á aquellos precedia.
Los bandidos al punto se dispersan:
Los muertos de que el suelo se cubria,
Asustan el corcel de la amazona,
Que en tierra salta. Allí, como la encina
Que el huracan del Norte en horroroso
Impetu troncha y lo derriba al suelo,
Axél yacía; pero ¡cuán hermoso!

Cual Diana enamorada
Que cerca de Endimion permanecía
En Látmos, inclinada
Junto al doncel permaneció Maria.
Una chispa de vida en aquel seno
Desgarrado sorprende, y al herido
Hace que lleven á su hogar, no léjos
Del sitio aquel donde cayó rendido.

VIII.

De compasion y de dolor movida
Maria junto al lecho permanece
Del exánime Axél; su angustia crece,
Y una mirada de dolor profundo
En sus mejillas incoloras clava;
Mirada que de amor encierra un mundo.
Al verla se juzgára flor hermosa
Del jardin de la Grecia,
Que cabe alguna estátua derribada
De Herácles se ostentaba esplendorosa.
Vuelve de su letargo Axél, y en torno
Fijando la mirada,
Prorumpe á hablar. Mas ay! aquellos ojos
Tan dulces otro tiempo, ahora turbados
Lanzan chispas de enojos.
«—¿En dónde estoy? ¿Qué quieres?
¿Qué quieres, jóven, dí? Ah! sus miradas
No pueden, nó, no deben las mujeres
Fijar en mí un momento, pues mi vida
Pertenece al rey Cárlos..... Ay! tu llanto
Caer no debe en mi mortal herida!
Mi padre habita en la celeste altura:
El conoce mi santo juramento,
Y me lanza miradas de amargura.
Sin embargo, ¡cuán bello, cuán hermoso,
Angel de tentacion, hácia mí llegas!
¡Apártate, Satan! ¿En dónde, en dónde
La carta está que con su propia mano
El rey Cárlos ha escrito? ¿Dó la espada,
Legado de mi padre? Presto, presto,
Dadme la espada, que con ella el polvo
Quiero que muerda mi feroz contrario.....
¡Y el rey Cárlos no estaba allí presente!
Como espigas maduras
Bajo la hoz del segador caian,
Y caía mi sangre juntamente!
¡Mi honor está empeñado!
¡La carta dadme y á Estokolmo vuelo!
No perdamos el tiempo! pronto pronto,
Que mucho tardo á mi impaciente anhelo!»

Así el jóven guerrero
En el delirio de la fiebre hablaba;
Y cual la muerte, pálida su frente
Exánime doblaba.

IX.

Al jóven adalid por largo tiempo
Vida y muerte disputan; mas la vida
Llega á triunfar: por grados
Desparece el peligro, y aunque débil,
La serena mirada fija amante
En el ángel hermoso que á su lado
Brilla con luz radiante.
Hija de Oriente, en torno de su cuello
En rizos descendía
Su cabellera negra y abundante
Que á la lóbrega noche semejaba:
Alma noble en sus ojos se leia;
Y era su frente como el mármol; fresco
De su rostro el color, como la aurora.
La juventud y la salud, triunfantes,
Agitaban las ondas de su seno.
Era María un cielo de verano
Que embalsaman perfumes de mil flores
Y un sol brillante anima:
Un fuego santo y á la par terrestre
Luchaba en su mirada.
Cual águila de Júpiter, á veces
Era fria, orgullosa:
Cual de blancas palomas
Que el carro ciñen de Afrodita, era
Otras veces risueña y amorosa.

X.

Pronto, Axél, el dolor de tus heridas
Ha de pasar, y quedarán tan solo
Las cicatrices; mas tu jóven pecho
¿Cuál ántes latirá? ¿Libre cual ántes?
No mires con amor aquella mano
Que restañó tu sangre: entre las tuyas
La blanca mano reposar no debe.

Más ruda que lo fué del otomano
La diestra armada del cortante alfange
De Bénder triste en la llanura un dia,
Pesada para tí será y temible
La mano de alabastro de María.
Fuera mejor que en Pultawá (1) los rayos
Del Czar sintieras, que las dulces frases
De esperanza y consuelo que pronuncian
Aquellos labios en tu incauto oido.
Ah! si la paz el alma fatigada
Corre á buscar en el jardin florido,
Apóyate en tu espada;
Mas nó en la diestra femenil de aquella
Mujer enamorada.

XI.

Milagro de la tierra, profunda maravilla,
Amor, astro de gozo; soplo divino, amor:
Del mundo en el desierto refrigerante brisa;
Del cielo la esperanza, consuelo del dolor.

Chispa vital y ardiente del corazon humano:
Las olas tras las olas en el Occéano van,
Y las estrellas de oro en el sereno cielo
En pos de un astro gimen en misterioso afan.

Para el humano eres un rayo de la tarde,
Un pálido recuerdo de un tiempo encantador
De goces inefables, de luces misteriosas
Que vierten en la infancia del mundo su fulgor.

Entónces habitaba un cielo azul, sin nubes;
Era inocente y puro, y hermoso su mirar;
Y en juegos deliciosos y en cantos de ternura
En brazos del Eterno volaba á descansar.

Entónces de sus labios brotaba una plegaria:
Los ángeles le amaban con infinito amor;

(1) En Pultawá las tropas de Cárlos XII fueron derrotadas por los rusos en 1709, y el monarca sueco buscó un refugio en Bénder, en Turquía.

Mas ay! cayó del Cielo, perdiendo en su caída
Su castidad pristina, su paz y su candor.

Pero al mirar de nuevo á un santo ser querido
Remóntase su espíritu á la inmortal mansion.
Los versos del poeta, la hermosa primavera
Murmuran en su oido *amor, amor, amor!*

Y al eco melodioso su pecho se estremece
Como al amado acento del canto nacional,
El pobre suizo errante en extranjeras playas
Conmuévese pensando en su país natal.

XII.

Las postrimeras luces de la tarde
En el Ocaso trémulas morian;
Los astros refulgentes su carrera
Tranquilos proseguian.
La tierra, iluminada en esa noche,
Alegre parecía cual la novia
Que lleva en su abundante cabellera
La corona nupcial. En la espesura
Del ruiseñor la nota resonaba,
Tan pura cual los cantos melodiosos
De Frazen (1) inmortal: de la natura,
Aunque muda y tranquila reposaba,
Hubiérais el latido
De su grandioso corazon oido.
Enlazadas las manos tiernamente
Van Maria y Axél. Cual dos amantes
Que cambian sus anillos, los recuerdos
De su infancia entre sí los dos cambiaban.
Axél le refería los instantes
De inefables delicias
Que en su paterno hogar, ya desolado,
Gozára, y de su madre las caricias.
Le hablaba de su choza, allá en el Norte
Entre selvas de pinos construida;
De sus hermanos, en la infancia muertos,

(1) El Lamartine del Norte de Europa.

Y de la patria al corazon querida:
Y cómo del guerrero las antiguas
Canciones en su alma despertaron
Amor á las batallas. A menudo
Soñaba que de acero una armadura
Era á su pecho escudo;
Y cabalgando en un corcél guerrero
De gigantescas formas,
Atravesaba cual Sigurd (1) las llamas
De Vafúr, do del Norte las Sibilas
Sobre empinada roca, entre laureles,
Su espléndido palacio han construido,
Que al rayo amarillento de la luna
Parece en vivas llamas circuido.
Su corazon, entónces oprimido,
Apénas palpitaba:
A las selvas corria,
Y con gozo infantil veloz trepaba
A la alta copa del excelso pino,
Y allí su corazon y sus mejillas
El ábrego del Norte refrescaba.

«¡Qué no pudiera yo sobre esa errante
Nube subir, y en atrevido vuelo
El golfo azul, distante,
Salvar; y al venturoso
Sitio llegar donde al valiente brilla
De la victoria el sol esplendoroso!
Allí donde la fama le reserva
Guirnaldas inmortales; dó el invicto
Cárlos arranca con su fuerte espada
Coronas que en las sienes del guerrero
Coloca altivo con su diestra armada.

«Cuando cumplí tres lustros, ya mi madre
No me detuvo: en sus amantes brazos
Llanto á raudales derramé, y al punto
Partí para Polonia. Desde entónces
En medio de los campos de batalla
Pasé mi vida; y mi placer supremo
Fué escuchar el rugir de la metralla.

(1) Héroe de uno de los poemas del *Edda*; mató al dragon Fahner.

Mas si al acaso por mi mal veia
Un ave alimentar sus pequeñuelos,
Y acariciarlos; si jugar miraba
A un tierno infante con las bellas flores
De la márgen de frescos arroyuelos;
Entónces de la guerra los horrores
Un inmenso vacío en mí dejaban,
Y las espigas de la paz hermosa
Mi pecho cautivaban.
Parecíame ver la misteriosa
Faz de una vírgen solitaria y bella,
Cabe humilde cabaña; y es la misma
Imágen que en mis sueños se reviste
Con angélicas formas. ¡Cuánto tiempo
Ha que esa imágen se encarnó en mi mente,
Y tenáz me persigue noche y dia...!
Tus formas ha tomado,
Y tu semblante celestial, María!»

ANTONIO SELLEN.

(Finalizará.)

CUBA PRIMITIVA.

Origen, lenguas, tradiciones, é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas.

PRIMERA PARTE.

ESTUDIOS PRELIMINARES Y COMPARATIVOS.

CAPITULO VI.

Investigaciones más recientes. Tradiciones de las Antillas. Inconvenientes históricos. Deducciones geológicas. CODEX CHIMALPOPOCA.

Nada se encuentra especial sobre las Antillas en trabajos de investigacion y recoleccion: se refieren á demostrar la unidad de orígen suponiendo que la poblacion pasó del antiguo al nuevo mundo. Pero si los europeos defienden sus tradiciones tambien conservan las de los nuevos pueblos en curiosas narraciones. Segun las tradiciones de los caribes conforme á los escritores críticos como Champlain, y descriptivos como Laborde, y lo observa Souvestre (*Au but du monde*), *Lucuo* formó el mundo que conocemos; los sacerdotes caribes contaban que habia hecho todas las cosas; que vino de un mundo que se halla sobre las nubes, pais de los génios y de las almas. Creó primero la tierra sin aguas ni flores, ni montañas, No hay puntos de semejanza entre el orígen del mundo segun esta tradicion y la *quiché*.

Más podia relacionarse con la egipcia la teogonía caribe: segun los egipcios el sol varia de nombres: al mediodia es *Ra*, de noche *Atun* y como autor de la vida *Kheper*. *Neitt* es la madre del sol, *Nub* la vaca que

recibió á *Hovo;* y *Nun* el soplo divino *mens agitat molem* (1). En los nombres que se van á copiar de las tradiciones americanas se encuentra algo semejante: *Racuman* (los frutos) contiene la sílaba *Ra* ya conocida y que entra en la composicion de los nombres de los faraones, desde que se consideraban como santificados ó dioses con el hecho de ser reyes. Pero es la verdad que la semejanza se queda en el sonido material porque tienen las palabras otra significacion.

Los caribes concibieron una idea de Lucuo más levantada que los que le hicieron formar al hombre de harina: le bastó tocar el ombligo con su propia pierna; de ese contacto nacieron *diez grandes caribes* que luego se elevaron al rango de *Dioses.*

El primero se llamó *Noum* (astro de la tarde): orgulloso de su belleza se mostró á la tierra toda; pero *Huïn* (el sol) se presentó á poco y *Noum* abochornada con el paralelo se escondió para no salir más que de noche. Los otros grandes caribes se dividieron el patronato de los demás fenómenos y cosas notables de la tierra: *Achinaon*, presidió la lluvia; *Juluco*, el arco iris; *Curumon*, las olas; *Sabacu*, las tempestades; *Racuman*, los frutos; *Simacani*, los cometas; *Cualina*, es el jefe de los *semis* ó *zemes*, genios buenos hijos de *Loncuo* y de las primeras mujeres.

Esa teogonía contiene sus incidencias características. El arco iris (*Juluco*) tiene los colores que le distinguen porque ese dios se alimentaba de peces, lagartijas, hojas verdes y colibries; *Racuman* se representaba en forma de serpiente con cabeza de hombre: vivia sobre un árbol llamado *cabata*, desde donde ofrecia frutas á los pasajeros y luego se convirtió en estrella. *Sicomani* anunciaba como un cometa la ira del cielo.

La tierra influida por el sol se hinchó formando montañas y creándose la vegetacion. Esa fué la época de la creacion de los primeros hombres que vivian muchos años sin envegecer porque se mantenian siempre de pescado jóven. *Lucuo* vivió mucho tiempo con sus criaturas y al cabo se marchó al pais de los *semis* donde residió en lo adelante.

Su ausencia fué causa de que se disminuyese la pesca, y se aumentasen las contrariedades de la naturaleza y los hombres vivieron como fieras ó animales silvestres. *Lucuo* se compadeció y se apareció á un anciano y le reveló los medios de mejorar con el trabajo su situacion. Lucuo rompió su baston en menudos pedazos que enterró encargando al anciano que volviese á verlos dentro de algun tiempo: á los nueve meses encontró el viejo convertidos en *yucas* los pedazos en que dividió *Lucuo* el baston. Tambien en las islas mayores hay algo de esta tradicion agrícola.

Cuando los caribes se encontraron felices, olvidaron á su dios y no le presentaron *casabe* ni otra ofrenda (*alakris*). Entonces hizo descender los rios sobre la tierra desde el cielo, cuya agua era el sudor de los *semis* y la

(1) Revue des Deux Mondes, pág. 182, t. 71 (1867.)

tierra fué inundada, no salvándose más hombres que algunos en las montañas que son los ascendientes de los hombres actuales.

La existencia del diablo ó espíritu malo, con el nombre de *mabuya*, es una de las creencias de los indios: y tanto los *semis* como los *mabuyos*, se multiplican constantemente porque los hay de los distintos sexos. Los *boyes* ó sacerdotes, pueden conjurar al mal espíritu que está en guerra siempre con los espíritus buenos; un *semi*, que se llama *cocheixi*, asiste á cada sacerdote para ayudarle en los trabajos profesionales.

La calabaza ó higuera en que estaban contenidas las aguas, segun la tradicion haitiana, como las aguas provenientes de los sudores de los semis, son ridículas versiones; pero ambas pueden recordar un hecho histórico que acaso comprueben los geólogos con el tiempo: la separacion de las islas del continente.

No es posible encontrar tradiciones históricas admirables, acerca de la primitiva poblacion de las Indias Occidentales. Ni las teorías de García (1), del oidor Rocha (2), del sabio Hervás (3), están libres de objeciones. El ilustre Clavijero lo ha demostrado respecto de obras (4); pero el mismo Hervas (5) ha reconocido á mi anterior propósito la existencia de un hecho escrito en las formas con que se presentan las Antillas y Lucayas que indican un cataclismo, que él atribuye al hundimiento de la *Atlántida*, y autores modernos al levantamiento de la cordillera de los Andes.

«Las alteraciones, pues, sucedidas en la faz de la tierra, principalmente en lo que en la actualidad ocupan los mares, ya que en los continentes que aun duran, han sido ciertamente pequeñas, han podido separar naciones que tenian una misma descendencia. Así los caribes de la Florida, que parecen convenir en orígen con los caribes (del continente) de Tierra Firme ó del Orinoco, de estos se pudieron separar cuando los muchos y grandes rios que desaguan en el golfo mejicano lo formaron y rebosaron sus aguas é hicieron el archipiélago de islas, promontorios, picos y bajíos que le rodean..... Las alteraciones, pues, que en la superficie terrestre han hecho muchas causas naturales y principalmente las que han formado las islas ó han separado el continente, han dividido y alejado no pocas naciones, que descendian de una misma familia.»

Esto, que es racional y científico, está conforme con las tradiciones vagas é incompletas de los caribes de las Antillas como lo hemos indicado

---

(1) Orígen de las Indias del Nuevo Mundo é Indias Occidentales. Segunda impresion. Madrid 1729.

(2) Tratado único y singular &, lo extracto en otro lugar de esta obra y publiqué un juicio en periódicos de la Habana, reproducido en los de la Isla de Cuba.

(3) Catálogo de las lenguas. Madrid 1800. T. 1º XI int. Trat. 1º

(4) Storia Antic. del Messico. Pool.

(5) Cat. de las Leng. t. 1º pág. 83.

ya: los de las Antillas menores, en efecto, atribuian su formacion al diluvio causado por los sudores de los buenos génios; y en cuanto á las mayores ó tainos á la ruptura de una calabaza que inundó la tierra de que solo quedaron enjutos los puntos más elevados que ahora son las islas. Esto no ha podido impedir que entre esas islas se hayan continuado comunicaciones por las costas del continente como las de Paria que tanto llamó la atencion del cronista Oviedo desde los tiempos de la conquista.

Segun las tradiciones de las Antillas mayores que Pedro Martin de Angleria (1) conserva ó extracta menudamente de la relacion del hermano Ramon (2), que por órden de Colon escribió un sumario de los ritos, creencias y anticuallas de los indios de Haití, fueron inundaciones las que crearon las islas. Segun esas tradiciones eran autotones los haitianos: en dos cuevas llamadas *Caribajaguá* y *Amaiauna* bajo la custodia de *Macocael*, convertido en piedra, encerró *Guagoniana* á los hombres. Salieron las mujeres y los niños que acosados del hambre en la isla de *Matinino* gritaron *toa*, *toa*, es decir, madre: entonces fueron convertidos en ranas y *toa* es la voz con que se designa ese animal. De los antros en que vagaban los hombres lograron escapar algunos buscando mujeres por un descuido de Macocael por el que fué convertido en piedra segun queda dicho. Vieron efectivamente una noche ciertos séres que les parecieron mujeres y quisieron cojerlos y detenerlos, pero se les iban de las manos y entonces buscaron hombres de manos ásperas que habian sufrido lepra y les habian quedado las manos escabrosas y se llamaban *caracaracoles*. Con este medio lograron pescar los resbaladizos séres aunque pocos, pero no quedó remediado el mal: las cuatro al parecer mujeres que se detuvieron *caxerc femínea natura comperiunt*. Por consejo de los viejos encargaron al pájaro que llamamos carpintero «qui acuto rostro intra ipsarum inquina foramen effodiat»—cuya operacion quedó practicada. He reducido á su última expresion este extracto que demuestra que se creian aborígenas las hembras y no venidas de otros climas. Pero el nacimiento de los mares fué para ellos posterior al suyo; como el sol y la luna que salieron de dos agujeros de las cuevas *Bithaitél* y *Marôhu* que allí enseñaban. El orígen del mar dió sus formas al archipiélago como ahora se encuentra. Habiendo perdido *Yaya* su único hijo lo encerró en una calabaza ó güiro como un sepulcro: impaciente y curioso á los pocos meses la abrió y vió con asombro que estaba llena de grandes peces y pequeños de muchas especies. Divulgóse la noticia. Cuatro hermanos nacidos de un solo parto: cuatrigénitos, de cuyo parto murió la madre, quisieron cojer de esos peces: cojieron la calabaza en cuyo acto fueron sorprendidos por *Yaya:* huyeron cayéndoseles la ca-

(1) De Rebus Americanicis et novo orbe Decadis, 3 pag. 102, Colonia 1574.

(2) Como introduccion á la 2ª parte de esta obra pondré íntegra la relacion por mi traducida corrigiendo las erratas.

labaza de las manos, que se rompió derramándose el agua y los animales llenándose los prados y toda la tierra menos las cumbres de las montañas que dieron por resultado á las islas. No es necesario hablar de los viajes de los jóvenes hermanos; del prodigioso nacimiento de la mujer que les sirvió de compañera y completar sus absurdas leyendas: todo será tratado en otro lugar, aquí conste que se creian originarios de la Isla.

Muy diversa es la tradicion de Haití que en sus *Fastos Universales* inserta Mr. Buret de Longchamps (1823) y reproduce César Cantú en las ilustraciones de su *Historia Universal*, edicion italiana. «Los habitantes de Haití creian que cuanto en el universo existe trae su orígen de la union de dos séres llamados *Taraxtaihetomos* y *Tepapa* que tenian forma de un escollo. Engendraron una hija *Tetowmatatayo* (el año y los meses colectivamente). De la misma manera se reprodujeron las estrellas y los plantas. Entre los hijos de los primeros séres los hubo inferiores llamados *Eatuas:* de dos *Eatuas* que habitaron de antiguo la tierra vinieron los hombres. Nació el primer hombre redondo como una pelota pero su madre fuerza de tirones y trabajos le dió sus formas, y tuvo por nombre *Eo* que quiere decir viento. No habiendo mujeres se unió á su propia ma con la que tuvo una hija que solo dió á luz hembras de su especie por gun tiempo hasta que logró tener un varon, que con sus hermanas p la tierra. *Tane* fué el otro hijo de las primeras madres á quien los hai nos consideran muy influyente en los sucesos humanos. Tal es lo que expresa y extracto de una para mí errada version que por lo ménos no indígena de Haití.

Si se examina la situacion de las Antillas parece indicarse que su p blacion, sino ha sido anterior á la formacion de las islas del archipiéla de ellas y mar caribe, vino por la parte del continente meridional en qu existian numerosos caribes, e indios semejantes á los que hallaron en la islas los conquistadores españoles: *todos unos* como dijeron al verlos y co idénticas costumbres.

Las investigaciones históricas de Brasseur de Bourboug han venido dar un apoyo más á la tradicion haitiana que suponia que los hombre habia salido de Haití para poblar al mundo; el escritor francés solo se re fiere á las Antillas, pero le quita esa honra á Haití para darla á Puerto Rico. Sobre esa creencia he publicado en mis *Tradiciones Indias*, inserto en la *América Ilustrada* (Nueva York) una idea general: ahora copio de mi propio escrito, los siguientes párrafos que hacen á mi actual propósito

«..... el célebre americanista Brasseur de Bourboug ha encontrado nuevos datos en su gran descubrimiento arqueológico del *Codex Chimalpopoca*, manuscrito mexicano que contiene, segun él dice, la historia de u larga série de años. El abate piensa que es la historia genuina del gén

(1) Storia Universale lib. 1º Schiavam. E.

humano desde el período glacial. En un tomo en 8º que contiene el texto mexicano y su traduccion, ocupando aquel la parte superior de la página, con certificacion fiscal de que es copia de un antiguo ejemplar conservado en México, que autoriza el oficial público encargado de su conservacion. Lo vió el redactor de *The World* de Nueva York, cuando *leyó* el discurso que aquí procuro dar á conocer. La circunstancia de estar escrito en caracteres comunes todo el libro, se ha explicado por el descendiente de Mocteczuma, educado por los españoles, que quiso conservar las tradiciones cuando supo por los nobles mexicanos que los manuscritos en geroglíficos los iban á quemar: los monjes, los frailes y soldados querian hacer desaparecer esos símbolos ó auxiliares de la idolatría. En 1540 cayeron algunos franciscanos en la cuenta de que esos geroglíficos contenian la historia del pais, y entonces ya quedaban pocos.

«En este libro citado, se lee la historia verdadera del período glacial; la de la formacion de la meseta del Atlantis (donde está el Océano-Atlántico) y su relacion está conforme con los monumentos que se encuentran en Yucatan. El laborioso y entendido abate ilustró su *lectura* ó discurso con la exhibicion de dibujos que representan las figuras, el rompimiento del hielo y los sucesos que siguieron.

«Yo voy á suprimir todo lo que no se refiera á la aparicion de las islas en las cuales se hospedó la fuente de la humana vitalidad, segun el *Codex Chimalpopoca;* y aunque difieren sus pormenores de la tradicion antillana, con ella coincide la que de las islas se pobló la tierra: entre esas diferencias es una que supone á *Boriquen* la cuna del hombre cuando los *tainos* creian que fué en Haití y aún existe la cueva allí que lo acredita, y la isla *Matinino* ó de las mujeres, que son datos más materiales que el simple dicho del *Codex.* Sin embargo voy á seguir exponiendo la tradiccion *Chimalpopoca.*

«Las cuatro islas que se formaron al romperse los hielos con Cuba, Haití, Jamaica y Puerto Rico las cuales han sufrido grandes convulsiones, y entre otras las que les causó el diluvio: el libro dice que se llamó de *Noachian*, lo que se parece á *Noé*, como si lo hubiera colocado el educado de los europeos, príncipe Azteca, para inclinar á sus paisanos á recibir como cierta la revelacion judaica. Es, no obstante, el diluvio de *Noachiam* uno de los períodos históricos: como el causado por *Yaya-el* en la leyenda ó *areito* antillano.

«El hombre apareció cuando se descubrieron las islas y fué Puerto Rico el lugar más antiguo de su habitamiento; se explica si fué producto de creaciones sucesivas ó un ser formado de súbito como hoy lo conocemos. El libro habla efectivamente de cuatro islas, pero sus nombres son traduccion y traduccion libre del intérprete como debe suponerse cuando se habla de *Puerto Rico:* que es castellano puro, que miente por la barba porque ni es solo un puerto, ni es rico que digamos el objeto á que se

aplica: en cuanto á los otros nombres son todos *tainos* de los indios nobles ó buenos de las grandes Antillas y las Bahamas ó Lucayas: pero aplicados por Mr. Brasseur de Bourboug.

«En ambos lados, dice el libro que se abrió la tierra en cuatro puntos: en el primer espacio esta *Acalt* (Puerto Rico); en el segundo, Tepalt (Haití); en el tercero, *Calli* (Cuba); en el cuarto, *Tochthi* (Jamaica). Para dar orígen á *Acalt* se reventaron cuatro de las siete cuevas de *Ozts* (las islas Canarias) arrojando torrentes de fuego que llegaron á Alito (el Perú) y están esparcidos en ambos lados (el Atlántico.)»

«Por más respeto que nos merezcan las interpretaciones de esas tradiciones, no parecen indiscutibles: solo en cuanto al número de las islas, áun cuando no le correspondan los nombres antiguos á los modernos son las mismas de estos mares por la razon muy sencilla, pero muy doble, de *que no hay otras de su importancia y estension.*

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

LOS CRUCIFICADOS.

Imitacion de Victor Hugo.

¡El vulgo adora cuanto inventa el ódio!
Y en tanto que desgarra su laurel,
Al férvido Aristógiton; de Harmódio,
La gloria mancha con amarga hiel.....

En sus iras, tan solo ver anhela,
De la ignominia en afrentosa cruz,
A cuanto no se arrastra, á cuanto vuela;
A cuanto no es mentira, á cuanto es luz!

Acusa á Fidias, de vender mujeres;
Al gran Epaminondas, de traidor;
A Sócrates, de darse á los placeres;
A Arístides, el justo, de impostor.....!

A Caton, de arrojar á las murenas
Sus míseros esclavos; á Escipion,
De trocar sus victorias en cadenas.....
¡Cadenas que llevó en su corazon!

De avaro, á Miguel Angel.....! Al divino,
Entre todos los genios, Rafael,
De vender, como torpe libertino,
Por impúdicos besos su pincel.....!

Incestuoso Molier; felon el Dante;
Voltaire, ateo; Diderot, venal.....!
¡Para todos, la sátira infamante!
¡Para todos, el látigo infernal.....!

¿A qué mártir, apóstol ó profeta;
A qué artista, guerrero ó trovador,
No le ha arrancado la mordaz saeta
De la calumnia, un grito de dolor.....?

¡Uno solo se encuentra inmaculado
De infamias tantas en el gran festin.....!
¡Uno solo no está crucificado
Por las humanas víboras.....! ¡Cain!

R. M. DE MENDIVE.

LA HISTORIA DE LA CIVILIZACION,

Y LA CIENCIA NATURAL.

(*Discurso pronunciado en las conferencias científicas de Colonia.*)

(Concluye.)

IV.

LA EDAD ESCOLÁSTICO-ASCÉTICA.

La antigua civilizacion habia naufragado; la noche de la Edad Media se extendía por aquellas costas del Mediterráneo tan llenas antes de luz, de gloria y de hermosura. Una funesta circunstancia vino entonces á aumentar la desolacion intelectual, deteniendo enteramente y por mucho tiempo el progreso de las ciencias naturales, ya tan lento en la antigüedad.

Con la caida del imperio romano coincidió la del politeismo cuyas raices arrancaban de la edad antropomórfica. El cristianismo que recibió la herencia del Olimpo, poblado ya por añadidura con cien bárbaras divinidades, desalojó á sus habitantes arrojándolos á la region intermediaria de los espectros y los demonios. Pero no se contentó con purificar así los templos. Hijo del judaismo que nunca conoció el arte ni la ciencia y solo estimó la fuerza moral, la nueva fé limitó el círculo de las ideas saludables al hombre, á la categoria del bien y del mal y las relaciones entre Dios y su criatura pecadora. En oposicion con el paganismo, corrompido por las sensualidades, enseñó á sus fieles á desatarse con desprecio de la vida terrena y á esperar temerosos el juicio final que ya se acercaba. La tierra

en toda su gloria aparecia entonces á los hombres como una vivienda d un dia, indigna de su amor, y donde solo debia el alma prepararse par otra condicion mejor. El cristianismo desdeñaba, como vestidura corrupt ble del alma hecha á semejanza de Dios, ese cuerpo humano, corona obra maestra de la naturaleza, que debemos al amor de un padre y de un madre; aún más, el cristianismo odiaba ese cuerpo como fuente funesta d pecado. El verdadero creyente no podia morder, sin temblar, los dorad frutos del árbol de la vida. Los medios para pasar los dias de prueba d la manera más agradable á Dios eran el celibato en los claustros y la co sagracion de toda la vida á la oracion y la penitencia; y los elegidos consolaban esperando la eterna bienaventuranza despues de la muerte.

Es evidente que este nuevo modo de ver el mundo era muy poco fav rable al progreso de las ciencias naturales. Sin embargo, hoy seria m difícil tener una idea cabal de la situacion que toma frente á la natural za el espíritu humano, guiado por el cristianismo de la Edad Medi Un rasgo de la vida de Francisco Petrarca viene apropósito para caso.

En Petrarca aun estaban vivos los recuerdos de la clásica antigüed entremezclados extrañamente con las creencias de su tiempo. En Aviñ tenia á su vista el Monte Ventoso, último antemural de los Alpes Marí mos, combatido frecuentemente por el *Mistral*. Tiempo habia que deseal trepar á su cumbre, y subia de punto ese deseo cuando leia en Tito Liv que Filipo de Macedonia, el enemigo de los romanos, habia llegado á más alto del Hemus, en Tracia, para contemplar desde allí á la vez Ponto-Euxino y el Adriático. Al fin, el 26 de Abril de 1336, se llevó cabo el proyecto. Es un hermoso dia, y un magnífico cuadro se presenta la vista de Petrarca y de su hermano menor Gerardo. Las nubes tendid bajo sus piés le indican la posibilidad de lo que habia tantas veces leid sin darle credito, respecto del Olimpo y del Athos. La lejana cordille de los Alpes le recuerda á Anibal, y más allá con los ojos del alma si los del cuerpo, cree divisar á Italia, la tierra de sus ensueños. Pero de pente le parece que la cadena que lo amarra se extiende y lo hiere; d lante de él se levanta la imágen de su dama, de aquella que está al abajo, en Aviñon, y á quien vió por primera vez, ha cerca de nueve añ dia por dia, el 6 de Abril de 1327. Al estado de su corazon aplica es verso de Ovidio:

Odero si potero, si non, invitus amabo.

que por cierto no demuestra una pasion muy ardorosa. Pero lo hace v ver á la realidad el esplendor del espectáculo que lo rodea, el Ródanc sus piés, y allá á lo lejos el espejo del Mediterráneo brillando entre Agu Muertas y Marsella. Entregado á estas impresiones, se le ocurre cons

tar, á guisa de oráculo, un pequeño ejemplar de *Las Confesiones* de San Agustin, que siempre lleva consigo. Allí leyó estas palabras: «Los hombres se ponen á contemplar la altura de las montañas, la inmensidad de las olas, el curso de los grandes rios, la ancha estension del Occéano, la marcha de las constelaciones, y se olvidan de sí mismos.» Este pasaje no tiene en el libro una significacion ascética; al contrario, se encuentra en medio de una explicacion teórica de la memoria que hace bastante honor al místico obispo de Hipona; pero Petrarca vé el dedo de Dios en esas palabras, que tan bien parecian acomodarse á su situacion presente. Confuso y contrito baja de la montaña sin decir nada y aquella misma noche escribe á su confesor Dionisio de Roberti la angustiada carta de donde he sacado esta relacion. Sin pensar en la salvacion de su alma, el desgraciado se habia un instante abandonado al placer inocente de poner los ojos en el mundo pecador, en lugar de absorverse en una lúgubre contemplacion interna. La humanidad occidental tenia entonces tan enferma el alma, que eso era bastante para que un hombre de conciencia y de sentimientos delicados, como era Petrarca pero que distaba mucho de ser un *esprit fort*, se pusiese en tan dolorosa contradiccion con sí mismo.

Sin embargo, el *Decameron* demuestra que no estaba todo el mundo templado en el mismo tono. En la *Divina Comedia* vemos una imaginacion poética, de gran potencia, armada con todas las nociones científicas de la época, y que reviste sus concepciones ascéticas con un manto de tan vivo realismo, que el rey Juan de Sajonia pudo trazar un plano topográfico del infierno, como si en sus regiones Virgilio no hubiera sido el guia de un poeta sino de un viajero naturalista, como si dijéramos, un Leopoldo de Buch.

Durante ese triste período, el cristianismo alejaba los espíritus del estudio de la naturaleza, no solo porque rebajaba en su situacion el mundo fenomenal, sino tambien porque los encaminaba á otros fines extraños, hasta entónces desconocidos. En medio de las tinieblas en que ella misma se envolvia, la inteligencia humana se ejercitaba en problemas de tal naturaleza, que muy bien podia habérsele gritado, como Romeo á Mercutio: ——«Silencio! silencio! estás hablando de una cosa que no tiene sér.»—Las mejores cabezas de aquel tiempo consagraban á la distincion entre lo falso y lo absurdo un valor incansable, y la más ingeniosa sutileza. Como planta que crece en la oscuridad, la antigua filosofía engendraba retoños enfermizos arrastrándose en busca de la luz, sin fuerza ni color. De sus dos ramas principales, la una, el platonismo, conducía á los delirios de los gnósticos; la otra, el aristotelismo, á la esterilidad escolástica. Esta última quedó dueña del terreno, y la edad *ascética escolástica* quedará en la historia como saludable ejemplo de los errores en que puede caer el espíritu humano cuando, abandonado á sí mismo, se separa de la realidad y cree poder prescindir de las revelaciones de la naturaleza.

V.

LOS ORIGENES DE LA CIENCIA MODERNA.

Como por el estudio de la antigüedad, restaurado por Petrarca y Boccacio, la humanidad volvió á recobrarse saliendo de la senda en que se habia extraviado, el período de desenvolvimiento que vino despues puede llamarse la *edad del humanismo*. El espíritu del Occidente cristiano, despertando de un sueño confuso, pudo á través de empolvados pergaminos volverse al mundo pagano, con mirada libre y serena; y apenas podia dar crédito á sus propios ojos viendo en que círculo tan estrecho y miserable se habia dejado encerrar de un modo inconcebible, por espacio de mil años. Una corriente de nuevas ideas se derramó por las escuelas, los castillos, las ciudades y hasta los claustros, y cada vez más potente, barrió al fin el desierto estéril de las opiniones de la Edad Media.

Junto con las ideas de los antiguos surgieron tambien de la tumba sus obras artísticas, y de esta resurreccion del espíritu de la antigüedad, renació bajo nuevas formas lo bello, y llegó el arte casi súbitamente á ese florecimiento que no ha vuelto á verse despues, y que es al arte griego lo mismo que una flor de perfecta belleza, pero sin olor, comparada con otra, de forma ménos pura, pero con perfumes divinos.

Este renacimiento, y sus naturales consecuencias, la reforma religiosa y la renovacion de la filosofía y de las ciencias que de ella dependen, han sido ya esplicadas de una vez con sagacidad; pero hay un punto que ha sido poco estudiado y que convendria examinar despacio. Habiamos visto que los antiguos no conocian la ciencia como hoy la entendemos. ¿Cómo, pues, y por qué misterio se esplica que la restauracion de los estudios clásicos haya sido lo que dió tanto impulso á la ciencia moderna? ¿Cómo es que los antiguos, que no sabian esperimentar ni observar ni pensar de una manera verdaderamente científica, hayan podido con sus doctrinas y su enseñanza producir una descendencia en la que aquellas facultades se han desenvuelto sin interrupcion, con la seguridad del instinto, una generacion que se asemeja á sus antepasados como el pato á la gallina que la ha empollado? ¿Cómo ha tenido lugar en los pueblos modernos esa brusca y victoriosa aparicion de la idea de causalidad, que entre los antiguos solo se manifestaba de una manera oscura, casi infantil?

Los celtas y los germanos, que á porfia con los pueblos latinos, tomaron parte en la renovacion del trabajo intelectual ¿poseian acaso, por predisposicion natural el instinto de la causalidad, en mayor grado que griegos y romanos? Estaba mezclada con sangre romana ó celta la sangre toscana, en las venas de aquel jóven que viendo el vaiven de las lámparas

sagradas bajo la bóveda del Buschetto, descubrió el isocronismo de las oscilaciones del péndulo?

Indudablemente, la vida del Norte, más solitaria y reconcentrada, el ocio tranquilo de los claustros, las exigencias de un clima más inclemente fueron circunstancias favorables á la investigacion y los adelantos industriales de los modernos; pero remontando atrás en la historia de la ciencia moderna muchas sendas nos conducirán al laboratorio de los alquimistas, á los observatorios de los astrólogos, y es sabido que allí se encuentra otro elemento civilizador, la filosofía de los árabes.

Mientras que el Occidente dormia en la noche de la barbárie, bajo el símbolo de la cruz, en el Oriente se estaba desarrollando, bajo el verde estandarte de Mahoma, una civilizacion original que no se limitaba á conservar las conquistas de los antiguos en las matemáticas, la astronomía y la medicina, sino que las enriquecian con nuevas é importantes adquisiciones, y que de diversos modos influyó en los pueblos de Europa, por el intermedio de los cruzados y de los moros españoles, y será lícito buscar allí el orígen de las nuevas ideas que el espíritu europeo, despertando por el estudio de la antigüedad, no pudo haber encontrado en esa fuente. Pero ocurre preguntar ¿de dónde les vino á los árabes esa concepcion más científica de la naturaleza, ese sentimiento más vivo de la causalidad? ¿Estaba esa raza inteligente mejor dotada para la observacion y el estudio de la realidad? No está esto muy de acuerdo con lo que por otros datos sabemos de las tendencias de la raza semítica, mejor dispuesta para las sutilezas dialécticas, para los ejercicios de imaginacion y las meditaciones especulativas.

El lustre y el progreso de las ciencias naturales bajo el influjo del islamismo, y su desarrollo en el Occidente cristiano, cuando éste pudo romper las trabas de la teología escolástica, pueden esplicarse por otra causa más profunda y que puede aplicarse igualmente á cada uno de esos dos hechos. Esa causa reside, en efecto, en una especialidad psicológica de la raza semítica, la que no solo ha tenido parte directa en la creacion de la ciencia moderna por los descubrimientos de los árabes, sino que á ello ha contribuido tambien indirectamente, dotando al mundo con las religiones monoteistas. Aunque parezca una paradoja, la ciencia moderna debe su orígen al cristianismo.

Hay entre el politeismo y el monoteismo esta diferencia; que el primero es esencialmente tolerante, el segundo fundamentalmente intolerante. Sócrates fué víctima aparente del fanatismo religioso; pero su condenacion fué debida más que á otra cosa, á motivos políticos, y á la altanera actitud que tomó en el tribunal. En tiempo de los apóstoles los atenienses rogaban hasta *á los dioses desconocidos*, para no olvidar á ninguno. El Panteon de Roma acogia á todos los dioses, inclusos los de los pueblos conquistados. Los cristianos no fueron perseguidos por los emperadores, sino como hom-

bres peligrosos al Estado. No procedian así el judaismo, el cristianismo ni el islamismo: cada una de esas religiones se consideraba en posesion de la única creencia salvadora. La idea de una verdad absoluta vino al mundo por medio de esas religiones. Y así como los griegos y los romanos consentian otros dioses al lado de los suyos nacionales y que para ellos no tenia significacion la parábola semítica de los tres anillos, del mismo modo, en materia de ciencia no se preocupaban mucho de la verdad exacta. El sentimiento de la causalidad era en ellos tan débil, que les bastaba una opinion ingeniosa y plausible para esplicar la causa de cualquier fenómeno; la investigacion de las causas primeras se reducia á una agradable conversacion acerca de las probabilidades más aparentes. «¿Qué es la verdad?» preguntaba sarcásticamente Poncio Pilatos. Pero Jesús decia: «Yo he venido al mundo para dar testimonio de la verdad.» y se dejaba clavar en la Cruz.

La idea de un Dios que no tolera ningun otro Dios á su lado, que no se presenta como ficcion humana rodeada de fábulas indignas, sino como el Sér Supremo y absoluto que para sí reclama todas las aspiraciones morales del hombre y cuyo omnisciencias descubre todas las transgresiones para castigarlas infaliblemente; esa idea transmitida de generacion en generacion por muchos siglos, ha concluido por obrar sobre la misma ciencia y acostumbrando el espíritu humano á la concepcion de una razon única de las cosas, en él ha despertado el deseo de conocer esa razon.

La antigüedad nunca pudo concebir el pensamiento de Fausto: «Es necesario, es necesario, aunque me cueste la vida.» La tremenda seriedad de una religion que reevindicaba para sí sola la verdad, que amenazaba á sus adversarios con penas eternas en la otra vida y que aún en esta se arrogaba el derecho de castigarlos de antemano con terribles castigos, imprimió al fin en la humanidad ese carácter melancólico y profundo, que estaba más en armonia que la frívola alegría del paganismo con la ruda tarea de investigacion.

¡Tantos mártires habian enseñado como se muere por la fé! ¿Cómo podian faltar hombres dispuestos á una vida de sacrificios por la ciencia, y si fuere necesario á morir por ella? Al despertar en el pecho humano esa ardiente pasion por la ciencia, la religion cristiana reparaba el daño que habia hecho con su ascetismo.

VI.

LA EDAD DE LA INDUCCION Y DE LA INDUSTRIA.

Pero mucho camino habia que andar aún para llegar al templo de la verdad. Nada tan á propósito para desalentar á la especulacion, siempre dispuesta en Alemania á levantar la cabeza, como es ver la marcha vaci-

lante que al principio siguió la ciencia al despertar de su largo sueño. Si por la especulacion pudiera llegarse á alguna parte, indudablemente seria ántes que á ningun otro, á un terreno relativamente accesible á nuestra inteligencia, como el de las leyes del movimiento.

Sin embargo, así como Kant no pudo despues encontrar *a priori* el principio de la conservacion de la fuerza, tampoco pudieron entonces las mejores inteligencias adivinar *a priori* las verdades más resueltas de la mecánica, esas que despues se han confundido de tal manera con la carne y la sangre de la humanidad, que los partidarios de las ideas innatas podrian inclinarse á incluirlas entre los conceptos primitivos de la mente.

Parécenos ahora inconcebible que hayan sido necesarias las más profundas meditaciones para descubrir la llamada *ley de inercia* de la materia, la primera de las leyes del movimiento, segun la cual, el movimiento de un cuerpo no puede modificarse sin intervencion de una causa externa. Hasta la época de que hablo, nadie habia comprendido con claridad por qué una bola de billar que está rodando acaba por pararse. El mismo Galileo creyó al principio que un cuerpo, como, por ejemplo, el agua, podia moverse circularmente sin que una causa externa la obligara. Keplero no tenia una idea exacta de las leyes del movimiento, y no habia pasado de la doctrina pitagórica respecto al particular. Puede asegurarse que prescindiendo de Arquímedes cuya enseñanza estaba olvidada ó mal comprendida, la humanidad no habia dado un solo paso en dos mil años, en lo tocante á esa materia. Cuando recuerda uno esa lentitud, causa gran sorpresa la rapidez del adelanto que siguió despues, y en ello se ve el efecto de ese nuevo sentimiento que el monoteismo despertó en los pueblos civilizados. Desde que la mente cansada de agitarse en las olas de la especulacion y en el *mare tenebrosum* de la teología escolástica, pisó la tierra firme de la investigacion inductiva, no tuvo luego que hacer más que seguir triunfalmente su marcha para llegar de un salto á la mayor altura posible. No hay más que un intervalo de cincuenta años, entre los *Discursos* de Galileo y los *Principios* de Newton publicados en 1686, al año mismo en que formulaba Leibniz el principio de la conservacion de la fuerza.

Con rápidos descubrimientos en geografía, en astronomía, física y química, se abrió la fecunda época en que vivimos y que podemos llamar *la edad de la induccion y de la industria*. En efecto, los progresos obtenidos se deben á haberse sustituido en las ciencias naturales la especulacion por la induccion, por el *método epaktikée*, que va siguiendo á los hechos paso á paso. No es fácil dar una idea precisa de este método, porque en el fondo no es más que el sentido comun aplicado al problema que se trate de resolver.

Esta nueva faz de la vida del hombre es tan consoladora como era ántes triste verla sugeta, durante las nieblas de la edad media, á las creaciones de su fantasía. Cuando se abarca todo el conjunto de la historia de

la humanidad, no se encuentra en ninguna parte, esceptuando el florecimiento del helenismo, efímero como la belleza, espectáculo más hermoso que el que desde entonces empieza á dibujarse y que continúa hasta nuestros dias desenvolviéndose cada vez con mayor riqueza.

Así descubrimos una historia universal muy diferente de la que ordinariamente lleva ese nombre. En esta no se nos habla generalmente más que del advenimiento ó de la caida de imperios y dinastías, de tratados y contiendas de sucesion, de guerras y conquistas, de sitios y batallas, de insurrecciones y banderías, de ciudades devastadas y pueblos oprimidos, de muertes y suplicios, de conjuraciones palaciegas ó intrigas sacerdotales; nos enseña la guerra de todos contra todos, la hirviente lucha del orgullo, la sensualidad, la violencia, la traicion, la venganza, la mentira, la supersticion y el fanatismo. Apénas ha venido á iluminar este oscuro cuadro, á largos intérvalos, la imágen de un reinado feliz ó una prosperidad pacífica; y con más frecuencia la de un valor heróico, casi siempre útil. ¿Y á dónde va ese camino que atraviesa torrentes de lágrimas y mares de sangre? Las fuerzas cuya lucha constituye la historia política ¿han realizado algun progreso estable y seguro? ¿Son los monarcas más sabios ó los pueblos más moderados? ¿La única enseñanza de la historia no es esta verdad: que la historia nada enseña á los hombres? ¿Ha alcanzado la humanidad en nuestros dias, y sin peligro de retroceso, un grado más alto de libertad, de poder, de arte, de moralidad, bienestar y ciencia? Lo que vemos en la historia ¿no es la representacion del trabajo de Sisifo; y no confesamos implícitamente que la civilizacion está condenada á perecer, cuando hablamos de sus épocas diversas?

Por desgracia es demasiado cierto: esa clase de historia es la única que han conocido durante muchos siglos los hombres, y la mayor parte de estos todavía no conocen otra. El juego colosal del destino cuyas puestas son los bienes que todo el mundo sabe estimar, y las pasiones ardientes que allí contienden, he aquí el drama cuyo poeta es el génio de la humanidad, cuyos autores son los hombres, drama que hondamente conmueve los corazones sinceros y está lleno de lecciones tan profundas como mal escuchadas.

Pero pongámonos un instante frente al espacio infinito, y representémonos las masas de materia cósmica, las nebulosas, los sistemas solares, figurémonos, como un punto imperceptible en esa infinidad, nuestro sol precipitándose en regiones desconocidas arrastrando consigo los planetas, girando cada cual en su órbita; Júpiter, ese gigante globo con sus satélites, y Saturno con sus anillos. Despues representémonos nuestra Tierra que no es más que un punto en ese sistema, recorriendo el espacio con la velocidad de un meteoro, con sus mares y sus montañas siguiendo el curso arrebatado de la esfera. Penetrémos con la idea en sus entrañas encandecidas, y recordemos los grandes rasgos de su historia. Despues de perío-

dos inmensurables, la lava encendida se ha apagado en su superficie, que se ha hecho habitable; las séries de séres animados aparecen sucesivamente, hasta que en el crepúsculo de las tradiciones, iluminado recientemente por los descubrimientos prehistóricos, vemos despuntar los orígenes de nuestra especie.

A esta manera de ver la historia de la tierra la llamarémos *la perspectiva de Arquímedes*, en oposicion á la idea del hombre considerado como centro del universo. Porque en efecto de esta manera hallarémos un punto de apoyo intelectual, fuera de la tierra, así como Arquímedes buscaba un punto de apoyo material para levantarla.

¡Qué insignificantes y mezquinas son las cosas terrestres contempladas de esta manera! ¡Qué pequeños esos sucesos á que se les atribuye importancia bastante para agruparlos bajo el pomposo nombre de historia universal, cuando una mitad no es realmente más que la historia de las guerras, y la otra mitad la de las alucinaciones de algunos pueblos civilizados! ¡Cuánta locura y vanidad en esas batallas por algunos palmos de tierra, ó unos laureles ensangrentados! Frente al sublime espectáculo del universo que se despliega á nuestra vista, quisiéramos poder imponer la paz y la concordia á esa humanidad que está eternamente peleando por bienes falsos. Subiendo á la perspectiva de Arquímedes, nos veremos libres de ese delirio que ha hecho á la humanidad soñar con una morada de entes superiores, que habitan allá arriba en alguna parte de ese espacio helado, etéreo, inundado por las ondulaciones de los rayos colorificos y luminosos y por la perpétua lluvia de meteoros. ¡Qué cosa más insensata que aquellas asambleas donde los hombres más sabios y profundos de su tiempo se reunian para resolver si la esencia del Padre era idéntica á la del Hijo, ó si solamente era semejante! ¡Y cuán ridículo parecia, si no fuere tan lamentable, la cueva de la abjuracion de Galileo, al recordar que el reo junto con sus jueces iban todos navegando «por el piélago inmenso del vacío!» Y cuánto más odiosos no han de parecer esas matanzas de San Bartolome, esos autos de fe, cuyo horror llega al colmo en las hogueras de Miguel Servet y Gordano Bruno. Para los objetos de veneracion á que se consagraban esas hecatombes ya no queda ningun lugar en el espacio infinito, contemplado desde la perspectiva de Arquímedes, y habrá que relegarlas á *la cuarta dimension*.

Para esclarecer esa supuesta historia del mundo, no hay más que una antorcha, de que hasta ahora nunca se ha echado mano: la ciencia de las enfermedades mentales de los pueblos. Lo mismo que sucede en las enfermedades mentales del individuo, no es posible trazar con exactitud la línea divisoria entre la perversidad y la demencia. El pequeño grupo que desde el mirador de Arquímedes contempla á sus piés las agitaciones humanas, tiene razon para pensar que la verdadera historia del género humano es aquella que nos lo pinta, á través de sus errores, sus caidas y sus

dolores, saliendo poco á poco de un estado vecino al de las bestias, siguien do sus progresos en las artes y las ciencias, afirmando su dominio sobre l naturaleza, acreciendo dia por dia su bienestar, rompiendo los lazos de l supersticion y continuamente acercándose á ese término en que el homb llega al fin á ser hombre. Por lo tocante al gobierno de los Estados, y las empresas guerreras, cuyas estériles y monótonas vicisitudes nos refie la historia, la humanidad ha tenido bastantes predecesores, hasta entre animales invertebrados; mientras que en la historia de la civilizaci figura solo el hombre. Hegel dijo que el caballo y el hierro «eran los ganos absolutos en que se funda el poder.» Con más verdad pudiera de se que la ciencia es el órgano absoluto de la civilizacion, y por lo tanto verdadera historia de la humanidad es la de la ciencia.

Mientras más pequeña parezca la especie humana, vista desde el rador de Arquímedes, tanto más grandiosa será su accion sobre la nat leza, y más admirables sus esfuerzos para domeñarla, y más interesante historia de sus conquistas intelectuales. Los dias memorables de esa his ria no son por cierto los mismos de su historia política; y ella nos presen otros reyes y otros héroes que los que acata el mundo con sus pueril homenages. Al principio del siglo XVIII ¿quién es el hombre que atr nuestras miradas? No es aquel rey rodeado de confesores, mancebas y m riscales incendiarios; aquel rey contra quien combatíamos todavía despu de Sedan, segun el dicho de Ranke á Thiers; sino el más grande de lo mortales, Sir Isaac Newton, estudiando un problema, bajo las hayas d Cambridge. Y al principio de nuestro siglo, no es aquel hombre indoma ble que se ve entre las ruinas de Moscow, aquel que inventó la estrecha patrioteria para hacer de ella instrumento de su egoismo; sino Alejandr Volta, en su quinta junto al lago de Cómo combinando el órgano eléctric artificial que iba á dotar al hombre casi con la omnipotencia; ó aquel otr vencedor del espacio, Jorge Stephenson, poniendo en movimiento delant de su casita ahumada de Killingworth, el primer modelo de la locomotora.

Bella cosa seria trazar el cambio pacífico que ha obrado la ciencia e la humanidad en el trascurso de los últimos siglos. Así como ha hech desaparecer de encima de nuestras cabezas la bóveda sofocante de un firmamento material, de igual manera ha librado nuestras almas. Par cuantos hayan aprovechado sus enseñanzas, ella ha realizado las aspira ciones del poeta que entre la turba de cortesanos, en la antesala de Octa vio, delante de un poderío sin ejemplo, pensaba, no sin envidia, en la se gura tranquilidad del discípulo de Epicuro:

Felix qui potuit rerum cognoscere causas
Atque metus omnes et inexorabile fatum
Subjecit pedibus, strepitumque Acherontis avari.

La ciencia ha puesto la ley en lugar del milagro, y espectros y fantasmas se han desvanecido á su presencia como ante las primeras claridades del dia. Ella ha roto la tiranía de las antiguas mentiras. Ha apagado las hogueras de las brujas y los hereges. Ha afilado las armas de la crítica histórica y enfrenado el orgullo de la especulacion. Ella ha determinado los límites de nuestros conocimientos, enseñando á sus alumnos á sondear sin vértigo, con los ojos, el abismo que por todas partes rodea la escarpada cima de la duda universal. ¡Y qué libre y holgadamente se respira en esas alturas! El oido apenas percibe el lejano murmullo de la muchedumbre allá abajo, los gemidos de la ambicion burlada y los gritos de guerra de los pueblos!

Como para ella el hombre no es ya el centro ni el fin del universo, tampoco es la Europa toda la tierra. Despues de haber abierto las puertas del Ghetto, ha deshecho los grillos del africano; y ha conquistado el mundo, aunque no á la manera de Alejandro ó de los romanos. Si la literatura es el lazo natural de los pueblos, la ciencia es su verdadero lazo internacional, Voltaire pudo encontrar detestable á Shakespeare, pero se inclinó delante de Newton. Para los siglos venideros, el triunfo de la ciencia señalará en la historia una era tan decisiva como lo fué para nosotros el triunfo del monoteismo realizado hace mil ochocientos años. Poco importa que los pueblos nunca se encuentren preparados para esa forma de religion, porque ¿acaso han realizado ellos nunca el ideal del cristianismo?

En la literatura, la primera expresion de esta idea se encuentra en Voltaire. El rasgo característico de Voltaire, á quien David Strauss no ha hecho plena justicia, es la tendencia científica que trajo de Inglaterra, que cultivó en Cirey y que le hizo sentir vivamente la diferencia entre la historia política, única estudiada en su tiempo, y la historia de la civilizacion. Con su audacia y su claridad de costumbre, puso de manifiesto el papel histórico de la ciencia en lo pasado y el porvenir. Esta idea fundamental resplandece cien veces en sus escritos, opúsculos, cartas y cuentos filosóficos. En su admirable flexibilidad, un dia contemplaba las cosas humanas, desde el punto de vista antropocéntrico, como en su *Historia de Carlos XII;* y el dia siguiente desde el mirador de Arquímedes, como en el *Micromegas.*

Los enciclopedistas siguieron en esto á Voltaire, y además, inculcaron con más insistencia que él, la conveniencia de utilizar metódicamente las fuerzas naturales, estudiadas en sus efectos regulares. De allí esa tendencia industrial que tan bien ha notado Losenkranz como uno de los rasgos que distinguian á Diderot, quien por ello tuvo algun parentesco intelectual con Benjamin Franklin, celebrado como padre del utilitarismo, al otro lado del Océano.

Sus sueños se han visto sobrepujados. El hombre no es ya un animal que se sirve de instrumentos, como aparece en los primeros tiempos de su

historia; ya se ha hecho un animal racional que viaja con el vapor, escribe con la electricidad y pinta con los rayos del sol. La luz solar transformada en fuerza y acumulada en el diamante negro, ha aumentado un millon de veces su poder. Las siete maravillas de la antigüedad y las obras de los romanos no valen nada al lado de las empresas que vemos llevarse á cabo todos los dias. La circunferencia del planeta ha llegado á ser estrecha para nuestra raza, y apenas hay alturas ni abismos que nos oculten arcano alguno. Donde no puede llegar el hombre materialmente penetra su espíritu con las mágicas alas del cálculo. En la noche más negra, en los más borrascosos mares, el barco sigue el más corto derrotero evitando la zona de los ciclones. La geología realiza lo que ofrecia la vara adivinatoria, y nos brinda liberalmente el agua, la sal, el carbon y el petróleo. El número de los metales se aumenta cada dia; y si la química no ha encontrado aún la piedra filosofal, tal vez la consiga mañana. Entre tanto, rivaliza con la naturaleza orgánica y como ella sabe mezclar lo útil con lo agradable. De los resíduos negros y fétidos del gas del alumbrado, ha sabido sacar colores cuyo brillo desluce el plumaje de los pájaros tropicales. Ha conseguido hacer perfumes sin flores y sin sol. Si el enigma de Sanson no estuviera aún descifrado ¿quién hubiera adivinado el que la química ha resuelto, á saber: sacar de una sustancia nauseabunda el más grato de los sabores? El arte de Gay-Lussac ha conseguido anular la diferencia de las estaciones en todas las mesas, que nó solo en las de los ricos. El envenenador ve con rabia impotente descubierto su crímen. Esos ángeles exterminadores, la peste, la viruela, el escorbuto, están encadenados. El vendaje de Lister impide la entrada de gérmenes mortíferos en la llaga del soldado herido. El *cloral* tiende las alas del dios del sueño sobre el espíritu atormentado, y el cloroformo, si se quiere, suprime los dolores á que una antigua maldicion condenó á la mujer.

Así se ha realizado lo que habia previsto, ha doscientos cincuenta años el profundo génio de Hobbes: saber es poder. Todos las pueblos de raza europea, en el antiguo y el nuevo mundo, rivalizan en esa via con ardor. Decia recientemente un célebre crítico que la altura á que llega la humanidad en una época dada, puede medirse por el adelanto de las artes plásticas. Segun esa opinion, el período que se extiende desde Fidias hasta Lycippo y el siglo XVI, habrán sido las eras de mayor cultura de la humanidad, que no volverán á reproducirse; y si no puede negarse á nuestros tiempos algunos destellos de civilizacion, se deben á los bosquejos de Cornelius! Tomar por medida de la cultura una sola de las manifestaciones de la actividad humana es una idea falsa que conduce á erróneas apreciaciones, como por ejemplo, la medida puramente moral aplicada á la humanidad por el semitismo. Pero si hay algun criterio que por si pueda ser bastante para juzgar de los progresos de la humanidad, parece que debiera buscarse en el dominio que ejerza el hombre sobre la naturaleza. El

esplendor del arte depende de circunstancias accidentales como el talento, el gusto, la proteccion, la prosperidad. Pero en el estudio y la dominacion de la naturaleza no hay paradas; las conquistas hechas siguen extendiéndose, y la fuerza creadora obra sin cansarse. Así es como cada generacion puede ver más y más lejos, levantada sobre los hombros de la precedente. Ningun *nec plus ultra* desalienta á los estudiosos; ninguna autoridad los oprime y hasta la misma medianía puede alcanzar un lugar honroso si busca la verdad con celo y de buena fé. Además, no es el arte lo que puede poner la civilizacion á salvo de una catástrofe. Con todo su esplendor, el arte sucumbiria como otras veces á los piés de la barbarie en iguales circunstancias; solo la ciencia puede darnos una seguridad tan completa, que ni soñamos en preguntarnos la causa.

Conocida es la triste profecia de Macaulay, cuando supone que la iglesia de Roma subsistirá aún en toda su fuerza el dia en que algun viajero de la Nueva Zelandia se siente en un arco derruido del puente de Lóndres para dibujar las ruinas de la Catedral de San Pablo. En esta fantástica idea, Macaulay ha pagado su tributo á esa concepcion pesimista que suele inducir en los historiadores el espectáculo de las vicisitudes de la historia política. Ese siniestro vaticinio es error del gran retórico. En igual error incurrió al suponer que los fundamentos de la teología natural son hoy los mismos que en las épocas precedentes; que un pensador moderno no está en mejor aptitud que Thales ó Simónides para filosofar sobre el orígen de las cosas; y que acerca de la inmortalidad del alma un europeo instruido, bajo el punto de vista puramente humano y prescindiendo de toda revelacion no tiene más probabilidad de saber lo cierto que un indio de la tríbu de los pieles-rojas. En uno y otro caso Macaulay, en su carácter de historiador, y tambien, segun parece, por efecto de cierta tendencia particular de su espíritu, no se ha hecho cargo de los cambios que la ciencia ha realizado en las condiciones de la humanidad y que continúa llevando á cabo con acelerada rapidez. No es hoy la humanidad lo que fué en la antigüedad y en la Edad Media; y el nuevo elemento traido por la ciencia hace que no se puedan comparar las circunstancias, las ideas y las opiniones. Nuestra ciencia y nuestra civilizacion tienen hondos cimientos en el terreno de la induccion y de la industria: la civilizacion y la ciencia de los antiguos vacilaban sobre el flojo suelo de la especulacion y de la estética, y estaban predestinadas á una ruina infalible.

VII.

PELIGROS QUE AMAGAN Á NUESTRA CIVILIZACION.

¿Qué es lo que podria poner coto á la civilizacion moderna? ¿Dónde están las centellas que derribarán esta nueva torre de Babel? Causa vértigo

pensar adonde podrá llevar á la humanidad el actual desenvolvimiento continuado por centenas de millares, decenas y centenas de millares de años ó acaso más? Como el topo, ella se abre camino á través de las montañas y debajo de los mares; ¿no tomará tambien las alas del pájaro para elevarse en los aires? Como ha resuelto los problemas de la ciencia ¿no resolverá tambien los del espíritu?

Pero ay! no es de temerse, como dice el adagio aleman, que los árboles crezcan hasta el cielo. La humanidad difícilmente conseguirá volar, y nunca sabrá cómo la materia llega á pensar. Es más fácil resignarse á estas limitaciones que no al eterno periodo glacial que la ciencia nos señala como fin inevitable de todas las cosas terrestres. Cosa estraña! El dominio de la naturaleza que parece asegurar á la civilizacion una duracion perpétua, poniéndola á cubierto de otra invasion de bárbaros, nos quita por otro lado esa esperanza, disipando la ilusion de que la tierra pueda ser siempre habitable.

Llegará dia en que el hombre no podrá decir como hoy: «Ved, el sol de Homero brilla aún sobre nuestras cabezas!» Llegará dia en que la tierra no sea más que una esfera de hielo, girando en torno de un sol enfriado hasta el rojo cereza. Vendrá un dia en que *será* la oscuridad porque se habrán cerrado los últimos ojos, así como *fué* la luz el dia en que se abrieron los ojos que la vieron primero.

Pero millares de años han de pasar antes de esa catástrofe. El jóven no se arredra en medio de sus trabajos ó sus placeres, porque piensa en las dolencias de la vejez ó en el inevitable fin de la muerte. Tampoco debemos nosotros atormentarnos pensando en el funesto destino que aguarda á una posteridad lejana y desconocida. ¿Pero no debe inquietarnos algo más el peligro mucho ménos lejano, que amenaza á la actual civilizacion, mediante el agotamiento de las minas de carbon que tendrá lugar en un período de tiempo determinable? Cuando se piensa en la dificultad de sustituir con otro ese combustible, no puede menos de causar angustia el culpable desperdicio que presenciamos. No es fácil moderar hoy la actividad de la industria; ademas, «los ricos son siempre los que tienen razon»; y á las generaciones futuras es á las que interesa buscar el modo de atravesar los mares sin carbon. Tratando de impedir la dilapidacion de la *hulla* que se nota en Inglaterra más que en ningun otro país, el Parlamento inglés obraria más cuerdamente que nó interviniendo en los métodos de la fisiología experimental, como lo ha hecho, en perjuicio de los progresos de la ciencia y de su propia dignidad.

Otros peligros puede tambien temer nuestra civilizacion. No hay por que temer otra invencion de bárbaros; pero en el centro de las grandes ciudades, en las colmenas de la industria, se propaga una muchedumbre que impulsada por agitadores insensatos ó criminales puede ser tan peligrosa por su brutalidad y su ignorancia como lo fueron los hunos y los

vándalos en otros tiempos. Ya lo dijo Macaulay, y eso que no fué testigo de los sucesos de 1871. Pero tambien en este particular vió las cosas bajo un aspecto demasiado sombrío, porque por la naturaleza misma de las cosas, esos peligros tienen que reducirse á ciertos límites en el tiempo y en el espacio. En su conjunto la civilizacion no tiene qué temer de la *Internacional roja*. La guerra de Espartaco, la de los campesinos, la insurreccion de los anabaptistas, fueron luchas de clases, análogas á las de hoy; el porvenir verá la sublevacion de Junio y la de la *Commune* con los mismos ojos con que ahora vemos las de los siglos pasados, y tendrá que combatir el mismo mal, bajo diferentes formas.

El peligro á que me refiero no amenaza directamente la duracion de nuestra cultura. Hablo de la forma peligrosa que tiende á tomar, conforme á la actual direccion de su crecimiento. No es fácil definir con exactitud ese pligro; es lo resultante de mil circunstancias que nos rodean, obrando de un modo tan insensible que no pueden notarse sino con alguna abstraccion y una observacion penetrante. Por lo demás, ese peligro ha sido ya más de una vez indicado con temor, porque cabalmente procede de una situacion que ha sido designada como una de las dolencias de nuestra época, pero sin que nadie se haya dado cuenta, con toda claridad, de que es una consecuencia necesaria del rumbo que ha seguido la civilizacion, segun la historia que acabo de trazar.

La ciencia de la naturaleza, lo mismo que todas las demás, restringe el horizonte intelectual, si se cultiva exclusivamente. La mirada se dirige á las cosas próximas y palpables que caen bajo la percepcion inmediata de los sentidos, con una certidumbre casi absoluta. Distrae la mente de otras consideraciones más generales aunque ménos positivas y la habitúa á no moverse en las regiones donde no existen cantidades determinables. Bajo ciertos aspectos, esto ofrece grandes ventajas, pero si llega á dominar exclusivamente, fuerza es confesar que la ciencia natural empobrece de ideas el espíritu, de imágenes la fantasía, de afectos el corazon, y que conduce á una manera de sentir estrecha, árida y dura, y odiosa á las musas y á las gracias. Tiene eso de particular la ciencia, que por un lado estimula los más sublimes esfuerzos del espíritu humano, mientras que por una série de gradaciones insensibles produce una actividad puramente mecánica, encaminada únicamente al lucro. Con las exigencias cada vez más imperiosas de la vida, se hace imposible evitar que la ciencia no se extravie continuamente en esa direccion.

El aspecto industrial de la actividad científica, viene siempre insensiblemente á colocarse en primera línea, y las generaciones sucesivas se ven cada vez con más fuerza arrastradas por la vía de los intereses materiales. La participacion de todos en la vida política contribuye tambien á distraernos del culto de las ideas. Entre la inquieta agitacion en que se mueve el mundo civilizado, no es posible más que vivir en la hora presen-

te; ¿quién tiene tiempo ni voluntad de bajar al profundo pozo de la ve dad, ó sumergirse en el mar de la belleza inmortal? Hoy la educaci parece una construccion inorgánica; consiste en una acumulacion de r sultados ya obtenidos, separados de sus raices; de fenómenos útiles pe secos; de consideraciones superficiales. Pocos se cuidan de saber de q manera se descubrió la verdad, cómo se encadenan los hechos que no pu den ser conocidos sino en su trabazon; ni mucho ménos de la perfeccion las bellezas de la forma. La literatura y el arte se rebajan humildemen al gusto constante y grosero de la muchedumbre que la prensa diaria rige á su capricho. Cuando no hay más que celebridades de un dia, d aparece una de los estímulos más nobles del alma, la ambicion de u gloria duradera. Así decrece la fecundidad intelectual, que necesi retraimiento del mundo, fidelidad paciente á las cosas eternas; y si co dijo Fontenelle, la industria debe su impulso á la ciencia pura, es peligra con aquello mismo que en parte es obra suya. En una palabra, idealismo sucumbe en la lucha con el realismo, y entonces imperan l intereses materiales.

No es extraño que ese rasgo de la civilizacion moderna se haya man festado más claramente que en otras partes en aquel pais donde más se l fomentado la produccion de riquezas materiales y ha sido más tenaz lucha con la naturaleza, y donde una poblacion, inmigrada en masa, te que comenzar una vida nueva. La mayor parte de esa inmigracion hab bajo el punto de vista intelectual, quemado sus barcos detrás; no tr consigo recuerdos históricos ni tradiciones literarias que sirviesen de c trapeso á la tendencia que le arrastraba á la industria y la actividad crativa. No es pues estraño que América sea el principal baluarte utilitarismo. Allí donde están en discusion las condiciones fundamenta de la sociedad humana, se ven surgir esas personalidades cuya opulen lujo y elegancia externa contrastan de tal manera con su ignorancia, estrechez de ideas y su intrínseca grosería, que presentan el cuadro una neo-barbárie. Esos aspectos de la vida americana tantas veces des tos ya, desde Sealsfied hasta Bret Harte, han dado lugar á que con palabra *americanizacion* se designe el hundimiento de la civilizac europea bajo el oleage del realismo y la creciente preponderancia de industria. Despues, la bandera estrellada ha ondeado en una guerra *una idea*, gloria que la bandera tricolor reclamaba ántes para sí sola, p pedir luego, como un espadachin, la recompensa de sus servicios militar El pais del porvenir puede aún enseñar á sus detractores otra bandera estrellas, la de sus jóvenes glorias literarias, en la que cada estrella es nombre ilustre en la Ciencia, la Poesía ó la Historia. Sin embarga, la labra ha tenido voga, y los americanos no *americanizados* no llevará mala parte que continuemos usándola, porque ellos serán los primeros confesar la falta que se nota en la educacion del jóven gigante.

Pero hablando con desden de la civilizacion americana, ¿no podrá echársenos en cara que vemos la paja en el ojo ageno y nó la viga en el nuestro? A los peligros que nos amenazan ¿cuál es la resistencia que ofrece nuestra cultura alemana, tan antigua y tan sólida comparada con la de América? Si nos despojaramos de las ilusiones que nos halagan, confesaríamos que ya nosotros hemos adelantado bastante en la vía de la *americanizacion*. Alemania está unida y fuerte; hemos cumplido el deseo de nuestra juventud de ver el nombre aleman otra vez respetado por mar y tierra. ¿Quién osará quejarse de tales triunfos? pero coloquémonos con el pensamiento en aquella Alemania de nuestra juventud, en aquella patria desmembrada, pobre, pequeña, vulgar; que es como si dejando los frios esplendores de la capital del Imperio nos trasladásemos á una de esas pequeñas ciudades del interior con sus techos gachos y sus paredes cubiertas por la vid y la yedra ¿no comprendemos que nos falta alguna cosa en este presente cuyas grandezas nos tienen sorprendidos y deslumbrados? En la transformacion por que ha pasado Alemania no se ha sacrificado lo bueno junto con lo malo? Viendo cesar sus vagas aspiraciones, sus afanes estériles, su desconfianza, ¿no ha perdido á la vez el pueblo aleman mucho de su entusiasmo por el ideal, de su desinteresado amor á la verdad, de sus afecciones hondas y tranquilas? Como un sueño ha pasado el fugaz florecimiento de nuestra literatura. Como en los salones de Paris la amable conversacion ha sido reemplazada por las secas realidades de la ciencia y de la política, así tambien nosotros rechazamos á la poética descendencia de los héroes clásicos y románticos. El mismo Goethe, si fuese un jóven de nuestros dias, no escribiria probablemente su *Goetz*, ni su *Werther*, ni su *Fausto*; preferiria desplegar en el Parlamento aquellas facultades oratorias que en él habia adivinado Gall, y que él no pudo nunca ejercitar sino de lante de los pájaros de Malcesina. En medio de tanto brillo con que hoy luce la ciencia alemana, tenemos la pena de no encontrar en la generacion que sube aquel noble ardor que es la única garantía de un continuado progreso intelectual. La aficion á las especulaciones filosóficas que muy recientemente se ha despertado en Alemania no es más que una prueba de la verdad del adagio: *Naturam expellas furca &c.*

Pero eso no puede bastar á tranquilizarnos contra esa indiferencia general y creciente de la juventud para con todo aquello que no sea de inmediata utilidad, que no produzca algun beneficio ó no sea de provecho para prosperar en el mundo.

VIII.

LA EDUCACION EN PRUSIA, COMBATIENDO LA AMERICANIZACION.

¿Cómo levantar á la juventud de semejante degradacion? Es fácil responder, como tantas veces se ha hecho. A la ciencia que diseca el ideal,

que repele desdeñosamente todo lo que no puede esclarecer con sus luces frias, que despoja á la Historia de su más profundo interés, y á la naturaleza de su velo seductor, opongamos el *palladium del humanismo*. Fué el *humanismo* lo que libertó á nuestra especie de los calabozos de la teología escolástica, y ahora debe otra vez entrar en batalla con el nuevo enemigo de la cultura armónica. Los héroes y los dioses de la antigüedad revestidos de encanto imperecedero; las historias y los mitos de los pueblos mediterráneos donde ha echado raices todo lo bello y todo lo bueno; el aspecto de una civilizacion. estraña á la ciencia, es cierto, pero en cuyo seno el hombre aspiró nuevavente al más noble ideal; hé aquí lo que podria ejercer saludable influencia en los sentimientos de la juventud y sostenerla en la lucha con esa neo-barbárie que nos ahoga cada vez más con sus brazos de hierro. Es necesario que el helenismo rechace al americanismo lejos de nuestras fronteras intelectuales.

Pero ¿será posible mantener á la juventud en contacto más íntimo y más continuo que hasta ahora con la clásica antigüedad? ¿No se han tomado ya para un mismo fin todas las convenientes disposiciones en nuestros antiguos y sólidos Gimnasios? ¿Cuál otro pais podria jactarse de dar una instruccion clásica tan erudita y tan profunda á un número igual de jóvenes, incluyendo á los más escasos de fortuna? Otros paises tienen catedráticos de Universidad muy distinguidos; pero el maestro laborioso, modesto, á veces profundamente instruido, es un tipo aleman de que nuestra patria tiene derecho á estar orgullosa. En cuanto á enseñanza clásica de nuestros Gimnasios no solamente estamos en primera línea, sino que al parecer hemos llegado al límite de lo posible. Por lo mismo, si este es al único recurso que tenemos contra la decadencia del idealismo aleman, muy poca esperanza puede quedarnos de evitarla.

Parecerá paradoja sostener que si el fin deseado no puede lograrse con las dósis más fuertes de griego y latin, acaso se consiga con dósis más moderadas; pero, francamente, creo que si nuestros Gimnasios no han de ser auxiliares de la americanizacion en vez de ser sus adversarios, es necesario hacer algunas reformas en su plan de estudios. (1)

Aunque no es mi propósito combatir á los hombres distinguidos que han tenido ni á los que hoy tienen parte en la organizacion de nuestros Gimnasios, no puedo callar mi creencia de que estos últimos no se han modificado en su espíritu con bastante rapidez para poder seguir el desenvolvimiento de la ciencia moderna. Por lo que precede se habrá visto que no puedo desentenderme del peligro á que se halla expuesta nuestra

---

(1) Suprimimos algunos párrafos del Discurso llenos de pormenores, de escaso interés para nosotros, relativos á la enseñanza superior de los Gimnasios y Escuelas industriales de Prusia.

cultura intelectual por los excesos del realismo. Pero no es posible dar por nula y de ningun valor la nueva direccion que ha dado la licencia al espíritu moderno. Negar la inmensa revolucion que acabo de bosquejar seria imitar al avestruz que esconde su cabeza en la arena; la empresa de contener el curso de la historia universal seria tan peligrosa como inútil. Pero es un hecho, que hasta ahora los Gimnasios no se han puesto enteramente de acuerdo con ese movimiento, pues á pesar de algunas concesiones más aparentes que positivas son todavía lo que eran en tiempo de la Reforma cuando aún no existia la ciencia natural, es decir, escuelas eruditas que servian de preparacion para las ciencias morales.

De esta manera, el Gimnasio no corresponde ú las exigencias de la época, y en esto cabalmente consiste la superioridad de la *real schule* (escuela científica ó industrial); pero no es mi objeto discutir la difícil cuestion de los privilegios respectivos de una y otra institucion. Confieso, sin embargo, que opino con los que quisieran confundirlas en un solo Instituto Superior, cuyos alumnos saliesen de allí en aptitud para entrar lo mismo en la Universidad que en el ejército, en la Academia industrial ó en la de Arquitectura; bien entendido que ese Instituto seria el Gimnasio de Humanidades, racionalmente reformado; sacrificando éste á las necesidades presentes algunas de sus pretensiones, respetables sin duda, pero ya anticuadas y conformándose un poco más con las tendencias del mundo moderno.

Para esto último ¿qué es lo que le pido al Gimnasio? Poca cosa en el fondo. En primer lugar, un poco más de matemáticas. Su programa debe incluir el estudio de las ecuaciones de segundo grado, de algunas otras curvas planas, y además dar alguna luz sobre el cálculo diferencial por medio de la teoría de las tangentes; para lo cual seria necesario consagrar á las matemáticas seis ú ocho lecciones semanales en vez de cuatro; y que en los exámenes aquellas tuviesen la misma importancia que la Historia y las Lenguas Clásicas.

Pudiera suponerse que yo le pediria tambien al Gimnasio mayor extension en la enseñanza de las ciencias naturales; pero lo que yo deseo no es convertirlo en escuela de ciencias naturales, sino que satisfaga las necesidades de los que van á ser médicos, ingenieros y militares, lo mismo que los que han de ser jueces, predicadores ó profesores de lenguas muertas. Quisiera que en las clases inferiores se estudiase Historia Natural para despertar el sentido de la observacion y familiarizar á los niños con el método de clasificacion, que tambien tiene sus raices en las más profundas capacidades de la mente y cuya potencia educadora tan elocuentemente ha pintado Cuvier. El darwinismo no debe entrar en el Gimnasio, aunque soy partidario de esa doctrina. En las clases superiores yo preferiría, por las razones que he expuesto en mi Informe, nó la Física ni la Química con experimentos, sino la Mecánica, los elementos de la Astronomía, los

de la Geografía física y matemática, á las que sin inconveniente pudiera consagrarse una hora diaria más que hoy.

Pero ¿habria tiempo disponible para estas innovaciones? En la primera clase la supresion de la enseñanza religiosa podria proporcionar dos horas. No se comprende para que sirve esa enseñanza en una clase cuyos alumnos protestantes han pasado ya todos por la confirmacion. El plan de estudios semioficial á que ya hice referencia consagra al programa de esa enseñanza toda una media página impresa con tipos pequeños, mientras que el de las matemáticas se ha reducido á cinco renglones. Cuando se lee esa página y la otra correspondiente de la segunda clase superior, cree uno tener delante el programa de un seminario de Teología. No se concibe por qué razon la lectura de los Padres de la Iglesia y el estudio de sus sutilezas dogmáticas hayan de tener parte en la instruccion general que debe dar él Gimnasio á sus alumnos.

El otro medio que propongo para dar más espacio á las matemáticas y á las ciencias naturales, acaso encuentre más objeciones que el primero, por lo ménos mayor número de opositores entre la generalidad. Quisiera yo, aunque apenas me atrevo á decirlo, que se dedicase ménos tiempo al estudio de composicion en la lengua griega. Mi entusiasmo por las bellezas de la literatura griega no es ménos ardiente que el de ningun pedagogo aleman; pero, ó mucho me equivoco, ó el objeto verdadero del estudio del griego es dar á conocer la poesía, la historia y el arte de los griegos, penetrar sus pensamientos y su ideal. Todo esto puede conseguirse sin ese trabajo árduo, y casi siempre estéril, que se requiere para aprender á estropear un par de frases griegas. Cuando Goethe compuso su *Iphigenia*, cuando Thorwaldsen modeló su *Triunfo de Alejandro*, ni uno ni otro podrian haber escrito una improvisacion en griego en la segunda clase inferior de cualquiera de nuestros Gimnasios. Si hay algun autor griego leido por muchos alumnos con inteligencia y hasta con entusiasmo, amado por muchos de ellos y aprendido de memoria, seguramente es el padre Homero. Y sin embargo, su dialecto es tan diferente de aquel en que se escriben las improvisaciones griegas en las clases, que este ejercicio nada sirve para ayudar á comprenderlo. Resulta, pues, que sin necesidad de ejercicios de composicion, es muy posible aprender una lengua muerta lo suficiente para leer á los autores. Lo mismo que á Homero se podria entender á los escritores áticos aunque los ejercicios escritos se limitasen al análisis y la traduccion. Ya otra vez he manifestado mi herética opinion, de que se consagra á la composicion en griego relativamente mucho más tiempo que á escribir en aleman. Para ejercitar la inteligencia, para excitar y educar el gusto de las calidades mejores del estilo, la exactitud y la brevedad, el idioma latino, con su claridad transparente, su precision y figura de expresion, seria incontestablemente preferible al griego, con su abundancia de formas y de partículas, cuyo sentido no se presta tanto á ser disecado

diarlos y hacerlos insensibles á la belleza del helenismo, inspirando aversion á las humanidades á fuerza de atormentarlos pedantescamente con las formas gramaticales, y violentarlos en una direccion que los pone en pugna con todo el mundo que los rodea, podrá entonces darles una educacion armónica, que aunque descansando sobre cimientos históricos, aproveche á la vez, en la prudente proporcion, los elementos que le ofrece la cultura moderna. La enseñanza, dando así cabida en su propio seno al realismo, pero moderadamente, encontrará mejores armas para combatir sus excesos. Sacrificando una parte de lo que tiene, fortifica el todo; y tal vez así consiga salvar, si no fuere ya tarde, el precioso bien que la nacion le ha confiado: el idealismo aleman.

E. DU BOIS-REYMOND.

Catedrático de la Universidad de Berlin.

UN NATURALISTA DEL SIGLO XVIII

EN CUBA.

ANTONIO PARRA.

Hablando del pez Guacamaya (1) dice: «este le llaman Guacamaya por tener el pico parecido al Guacamayo, y al mismo tiempo mucha parte de sus colores. El largo de él una vara, aunque suele haverlos mayores. La cabeza corta, casi redonda, y roma en su punta. La boca, por lo que pertenece á sus mandíbulas, es totalmente de hueso, y tanto una como otra presentan dos pulgadas de superficie exterior, compuestas de dos piezas cada una, todo azul, no tiene dientes, y en su lugar tiene unos granos redondos con que solo corta los alimentos, pues para triturarlos tiene en la parte posterior de la boca, en el principio del tragadero á distancia de una quarta de las mandíbulas, instrumentos propios. Estos granos que equivalen á los dientes, cojen quasi tres líneas, son muchos, seguramente para que gastados unos, entren otros á ocupar su lugar. Los ojos son redondos, del tamaño de una peseta, su color vario, en la córnea opaca y negro en la pupila. Tiene dos aletas jugulares, dos pectorales, una dorsal, que se extiende á todo lo largo del lomo de tres pulgadas de ancho, y una del ano: el timon ahorquillado, las escamas son sumamente grandes, con ventaja á los demás pescados. La parte superior de la cabeza tiene un color obscuro, lo demás de la cabeza rosado, parte del pecho interpolado de verde, y encarnado, la mitad anterior del cuerpo color de canela obscuro; lo restante hasta el timon todo verde, la raiz de las aletas verde, lo res-

(1) Pág. 54 y siguientes.

tante color muzgo: las aletas jugulares color de sangre en su raiz, y muzgo en su restante, el timon obscuro, lo que corresponde á los filamentos que forman la horquilla encarnado bajo, y el borde de lo demás de la horquilla verde.

«Este pez tiene de particular en el parage citado los instrumentos (figura 2) de la trituracion, que se presentan: estos, se reducen á tres huesos, uno inferior con una superficie de dos pulgadas de largo, y algo más de una de ancho; esta está sembrada de varios óvalos que representan el esmalte de los dientes, sobre estos esmaltes juegan las otras dos piezas que tienen cada una algo más de dos pulgadas con una hilera de dientes cortantes unos, y otros no, los que están separados por otros más chicos, colocados á los lados extremos entre diente y diente. Una vez de cortados los alimentos por el pico van á parar entre aquellas piezas en donde por un movimiento de adelante para atrás son triturados por este instrumento singular que el Autor de la naturaleza ha sido servido darles para que admirémos su Sabia Providencia. Los seis que siguen tienen los mismos instrumentos (1).»

Del erizo dice: «Este tiene la cabeza achatada, prominente en el lugar donde tiene los ojos redondos veteados de amarillo y negro y la niña azul. Todo lo que corresponde al hocico y circunferencia de los ojos lizo, como tambien los brazos de las nadaderas y las partes laterales de la cola. La boca es bastantemente grande en forma de semicírculo, no tiene dientes: pero los suple la consistencia de los huesos que componen ámbas mandíbulas, las que en su canto externo están sobresalientes formando una especie de cortes con el que cortan los alimentos y los anzuelos, á los pescadores: tienen sus labios, en las partes laterales superiores del tercio anterior dos nadaderas bastantemente grandes, las que nacen de dos como brazos bien notables, los que en la parte anterior tienen dos endiduras, ó válvulas de arriba para abajo que corresponden á las agallas. En el principio de la cola tienen otras dos, casi redondas, que tienen tambien su orígen en otros dos brazos más largos y delgados, éstos están colocados verticalmente, uno en el lomo, y otro en la parte inferior. Todo lo demas del cuerpo está sembrado de espinas bastantemente largas, de modo, que hay algunas que tienen más de dos pulgadas. Estas tienen por base otras tres que forman la figura de una *T* ó una yunque de herrero. Este animal abate las espinas quando está tranquilo, y las encrespa, quando irritado. El timon termina en figura de semicírculo. Todo el cuerpo nadaderas, cola y espinas, está sembrado de cortejos negros en fondo color de canela y la barriga blanca; su carne no se come, y los pescadores se alegran poco de cogerlos, pues los matan á palos y los echan al agua.

«La hembra se distingue del macho en que la cabeza es mucho más

(1) Que son el *Loro*, la *Trompa*, *La Vieja* y sus tres especies. V. Dominguez.

chica, así mismo la boca, en que el cuerpo es casi redondo y más corto. La vejiga pneumática (figura 2) es particular—tanto por su figura como por no tener conducto ninguno—se parece á dos tetas de cabra. En la parte superior se le distingue una pieza que forma una especie de círculo, y está como engastada (1).»

Sobre el pez de espada se escribió lo que sigue: «Todos los animales tanto terrestres como marinos tienen sus ciertas armas con que defenderse de sus enemigos, y de aquellos que su instinto les presenta puedan dañarlos: así este pez tiene seguramente la espada ó sierra, con este fin. Un sugeto de mucha verdad dice haber visto, que este animal pelea con otros mayores ó de su igual, sin exceptuar la ballena. El modo de atacar ó defenderse es dando una salida, y á su regreso sacando quasi la mitad de su cuerpo fuera del agua, inclina la cabeza á un lado, y sacude á su enemigo un golpe con los dientes. Tambien es dable, que respecto á que este animal come almejas, sieno y yervas, pues no se les halla otra cosa en sus buches, le sirva la espada para hosar y arrancar la yerva y el demas pasto. Estos pescados se crian regularmente en las sondas ó parages bajíos. El hecho de no tener este pescado dientes hace persuadir que no toma alimentos, que necesiten trituracion, y lo acredita la experiencia; por lo que hemos dicho de no hallarse nada en sus buches. Los pescadores los hallan regularmente en lo que llaman pescaderos ó comederos. Para cogerlos, se valen del conocimiento de que son poco tímidos; esto es, que no se espantan de pronto, ni arrancan con violencia; por lo que con muy poco cuidado les tiran el harpon en cuanto logran verlo: este harpon tiene en su extremo una argolla, la que está asida á un cabo; inmediatamente que el pescado se siente herido arranca con violencia teniendo el pescador cuidado de arriarle cordel, de modo, que al volver ofrece poca resistencia por la decadencia de fuerzas que resulta de la herida, lo llaman poco á poco así hasta meterlo dentro del barco; bien que siempre es menester tener algun cuidado por los sacudimientos que dá, los que cesan desde el momento en que el pescador pueda clavar la punta del cuchillo en el lugar que dixe hablando de la cabeza, cuya herida tiene la hembra que se presenta para que se satisfaga el curioso. La carne de este pez no deja de ser sabrosa, se come fresca y hecha tasajo (2).»

Es interesante tambien lo que escribe sobre la siguatera. «El dia 15 de Marzo de 1786, dice, comimos del pez Cubera veinte y dos personas, y todas contrajimos sus efectos, bien que unos más que otros. Mi familia quedó inabil, de modo, que el dia siguiente fué preciso ocurrir á la calle á buscar quien sirviese; todos estaban postrados; pero cada uno se quejaba

(1) Pág. 60 y siguientes.
(2) Pág. 81 y sigs.

de diferente dolencia, aunque la comun y general eran evacuaciones, con mas ó menos pujo. Ocurrí á las limonadas con las que se logró algun alivio, bien que se experimentaron otros muchos remedios, y por tanto no se puede averiguar cual fué el mas poderoso contra este mal. Noté particularmente que ninguno sintió la menor novedad hasta despues de haber dormido un tanto. En mí observe se me oprimia el pecho ocasionándome un gran dolor y afliccion. La lengua se me puso áspera y desabrida, efectos que experimentaron quasi todos, y á algunos se les inflamó. Lo mas singular que notamos, fué que al beber agua fria, en la punta de la lengua experimentabamos una picazon tan incómoda como si la punzaran con alfileres; pero tomándola tibia no se sentia nada. Tambien fué particular en que en el acto de inspirar se introducía un frio que penetraba las entrañas, causando un gran desconsuelo.

»En los ojos una picazon y ardor insoportable. En las uñas, especialmente en su union un círculo morado, y si me mojaba las manos sentia un gran dolor entre uña y carne y una frialdad que se extendia á los dedos manos y brazos. A veces acometia pujo en la orina, otras se percibia correr por lo interior de los huesos una frialdad que parecía hielo, y á estos acompañaba tambien el dolor; y últimamente se manifestó la rasquera, nada menos incómoda. Estos sínthomas mas ó menos graves, duraron quasi un mes, bien que he sabido de muchos que han experimentado sus efectos mucho mas tiempo. Por lo general la enfermedad no es mortal: no obstante algunos han muerto.

»Por lo comun se atribuye este veneno que contrahen los pezcadores á una fruta de un árbol que llaman Manzanillo, que se cria á las orillas del mar y que se conoce por venenoso; pero es inverosímil este modo de pensar, respecto á que en la Costafirme se notan estos mismos árboles con mucha más abundancia, y no se observa allí semejante siguatera; ni tampoco es general en las Islas de Barlovento; bien que algunas veces lo han experimentado en algunas. Yo creeré que sea difícil de averiguar el orígen de semejante veneno, ni su qualidad; pues si atendemos á los sínthomas, veremos que unos manifiestan señales de un Alkali poderoso, y que otros de un áccido vigente. Si atendemos al buen efecto que produce el sumo de limon, colegiremos ser alkalina la virtud de dicho veneno; pero si miramos la frialdad que ocasiona diremos será áccida su qualidad. Lo mismo sucederá si indagamos la causa por lo demás sínthomas. La falta de especulacion, y repetidas observaciones, ha ocasionado el defecto de nociones que se experimenta en una materia tan delicada y tan útil al Género-humano. Hasta la presente, la curan los Médicos empíricamente: de modo, que si fuese á escribir los remedios que da el Público para esta enfermedad, se llenaria un volúmen no chico: esta es la razon porque no me determinaré á señalar ninguno, y dejaré á los facultativos, pues les pertenece de obligacion este cuidado. Lo único que podré hacer es, encargar á los

que se hallaren en este puerto, que no coman jamás sino de aquellos que la experiencia ha enseñado no ensiguatar (1).

Del Manjuari dice: «Este tiene las mismas circunstancias que el Chifis, solo con la diferencia de que la cabeza se parece á la del caiman, ancha y aplanada; tiene tres andanas de dientes, los de la andana del medio son grandes y puntiagudos. En la mandibula superior, en su extremo, no tiene más que un agujero de cada lado, en lo demás es como el antecedente. Estos se cojen en las lagunas y rios de esta Isla, suele haberlos mayores. Su carne se come fresca, y hecha tasajo, y dicen que es muy propia para favorecer las enfermedades Cutáneas (2).»

Con referencia á las tres especies *tortuga*, *carey* y *caguama*, Parra hizo la siguiente observacion: «Estos animales son ovíparos, se distinguen el macho de la hembra en que esta tiene el rabo mucho mas pequeño en su nacimiento, cuando el macho lo tiene mucho mas grueso y el ano junto á la punta. Los pescadores aseguran que están pegadas dos meses con el fin de coabitar, y han observado que los machos que se cogen poco despues de haberse separado estan muy flacos. Estas tres clases se unen indistintamente para el acto del coito. Tambien aseguran que, en el tiempo en que estan unidos, el macho come la comida que arranca la hembra: que no comen todos un mismo alimento aunque yo he criado algunas dándoles carne indistintamente. Quando las hembras estan fecundas salen á la playa, y con las aletas hacen un hoyo capaz de contener el dilatado número de huevos, y despues ponen en él, teniendo el cuidado de cubrir con la misma arena los huevos, dexando una señal para volver á el. Esta maniobra la hacen regularmente de noche, y las veces que repiten la postura son en tres lunas diferentes. En el acto de poner aunque vean gente no se mueven; de modo, que aseguran haberse llegado á ellas, y recibido los huevos. Las señas que dexan son unos montoncitos de arena con inmediacion a el lugar á donde pusieron los huevos: luego los dexan á que el padre de los vivientes vivifique con su calor los huevos, cuya cáscara rompen y penetrando la arena salen fuera, y una vez que se hallan en su superficie por un instinto natural se detienen un tanto, hasta cerciorarse a donde deben dirigir su carrera para su natural elemento, para el que corren precipitadamente, siendo mucha parte de ellos presa de otros animales, que los devoran. Y es de notar que las claras de los huevos no se cuagula. Una vez que se hallan en su casa; esto es, en el mar se nutren hasta llegar a el tamaño que las vemos, quando al nacer serán quando mas del tamaño de un peso duro. Las conchas de la tortuga son de un color cenizo, y algunas manchas de pintas obscuras y negras, el pescuezo cenizo y lo restante de la piel blanco. Las del Carey hacen diferentes obras por su diversidad de colores, el cuello cenizo y lo restante de la piel tambien blan-

(1) Página 100 y siguientes.
(2) Pág. 111.

co. Las de la caguama son de color de café mas, ó menos claras, el cuello obscuro. Las conchas del carey solo tienen estimacion, pues de ellas se hacen muchas piezas curiosas, y dignas de la mayor estimacion. En las tres especies de estos animales se hallan unas conchas que llaman lapas, (lámina 43 figura 2), estas por lo regular son redondas, convexas por arriba y planas por abaxo, blancas y duras, de un color de marfil, estas estan huecas y en el vacío tienen un animal; el que tiene la boca en la cara superior del agujero con cuatro dientes. Por la cara inferior representa la estructura del hueso cortado de una tibia, y se adhiere de modo á las conchas, que las destruye enteramente. Aunque suelen estar separadas, no obstante llegan á hallarse muchas juntas, y en otras cubiertas todas de dicho insecto. El carey solo se coge por la concha, pues su carne es de poco ó ningun uso, la de la tortuga es la mas apreciable. El modo de coger estos animales es por lo general con red: para lo que los pescadores las tienden con el cuidado de que una pesqueria esté distante de la otra quando menos una legua. A las tortugas que es de las que se hace mas uso de su carne, las ponen en ciertos cercos que forman en la playa para conducirlas al puerto quando tengan por conveniente. Estos cercos llaman corrales. Al carey lo matan en cuanto lo cogen para arrancarle las conchas. De la caguama recogen los huevos de los que llenan intestinos, los ahuman para venderlos; pues se hace de ellos alguna estimacion; y solo los que los cogen comen la carne de estos animales. Tambien suelen aprovechar la grasa: asi mismo fresca sirve para cocinar algunos guisados, y á veces se usa para alumbrarse, y para zulaque ó betun de los navios. Los cogen con harpón, y algunas veces en los tiempos propios de la paricion, las aguardan en las playas en donde les salen al encuentro, y las vuelven boca arriba, con cuya diligencia se hallan incapaces de moverse. Tambien suelen cogerlas con lazo, especialmente quando se hallan quoabitando, puse en este tiempo estan como abombadas, y por consiguiente permiten se acerque el pescador. Estos van por las playas buscando los nidos de los huevos por medio de un palo puntiagudo el que clavan en la arena, hasta hallar con ellos.

»Se advierte, que quando se mata una tortuga preñada, próxima á la primer postura, se hallan tres clases de huevos, unos enteramente formados con la cáscara ya en su debida consistencia; pero siempre se mantiene flexible: otros algo menores que parecen puras hiemas; y otros mucho mas pequeños, parecidos á los del ovario de una gallina. Para que se vean estas tres especies con toda distincion se presentarán los de una, y satisfará el curioso la complacencia, que pueda ocasionar tan crecido número. Estos estan adheridos á una membrana que los cubre, como el mesenterio á los intestinos (1).»

(1) Páj. 116 y sig.

Sobre cangrejos maritimos hace curiosas observaciones: «Hay de varias clases, dice. No nos detendremos en especificar su organizacion, y solo daremos una idea de las particularidades que se notan en cada clase: en esta coleccion hay maritimos, de agua dulce y terrestres. Se distinguen los machos de las hembras en que la pieza que cubre el pecho y vientre de las hembras es quasi redondo, y en algunos ovalada; en los machos se nota una pieza en el centro, que viene de atrás para adelante, en forma de una pirámide. En algunos, coje todo lo largo de esta pieza, pero en otros dos tercios mas, ó menos. Encima de ella tiene las partes de la generacion por lo que para coabitar abren esta puertecita: la hembra tiene encima de toda la pieza redonda que cubre el pecho y el vientre el ovario, como se puede ver en las dos jaibas macho y hembra, las que tienen levantadas estas piezas para que se distinga claramente una de otra. Lo mismo sucede en todos los demas cangrejos. Y así, quando se abre esta, se ve todo lleno de huevos colorados. Son de carne dura y dificil de cozer; la medicina hace uso de ella. Con las tenazas cogen la comida, y la dirigen á la boca, la que habren y cierran con dos piezas compuestas de otras muchas piecesitas (1).»

De notablemente científica puede calificarse la descripcion del Erizo Estrellado hecha por el naturalista portugues. «Llámase este estrellado por tener una estrella gravada en su cara superior. Los de mayor tamaño, tendran seis pulgadas de largo, cinco de ancho y dos de grueso; su figura se aproxima á la ovalada. Todo el, compone una caxa huesosa. Esta cubierto de unas puntas cortas, con las que anda, (figura 1.) Recien cogido no manifiesta la estrella; pero caidas las puas, se deja ver fácilmente, formada de cinco ojas puntiagudas en el centro, en un punto reparable (figura 2.) Todo lo restante de la cara superior esta sembrado de unas cavidades, las que corresponde á la raiz de cada pelo. En la cara inferior (figura 3) tiene una concavidad de quasi una pulgada, y en el centro un agujero, en el que están colocados los dientes. Tambien se notan cinco divisiones, correspondientes á la mitad de cada oja de la estrella: por ahí se designan las suturas, como demuestra la figura 3, por las que se parten en cinco piezas diferentes (figura 4). Toda la cara inferior esta abierta de las mismas cavidades de las raices del pelo. En el borde inferior, y en la parte posterior, que es mas obtusa se halla un agujero que es el ano, por donde arrojan los excrementos. Esto es por lo que toca á la parte exterior; interiormente es lo que mas admira al Naturalista pues sus partes son tan magnificas, como produccion de solo el Supremo Autor. En primer lugar: en la figura 5, se demuestra cortada la tapa por las lineas que forman la estrella. Levantada esta presenta las partes internas huesosas, admirables. El conjunto de ellas, forma una estrella de varios primores por sus exqui-

(1) Pág. 121.

sitas labores. En primer lugar manifiesta en el centro una roseta cóncava, en la que estan colocadas las viceras naturales y de su centro sale el intestino, en lo demas forma cinco cortes, ó ángulos compuestos de varias láminas colocadas en órden. Para mayor claridad, hablaremos de cada pieza en particular. En primer lugar, componen esta estrella diez piezas mayores. Una de estas diez, es la que representa la figura 6 y explicada esta, se debe entender lo mismo de las restantes. Esta está compuesta de dos partes, una compacta, y otra formada de varias ojas, estas tienen dos caras, una externa compuesta de láminas, y otra lisa; y es por lo que se une con la compañera. La segunda parte solo tiene una cara, por la que se articula con la compañera, y tres bordes, el anterior, que es el que hay que notar, tiene una cavidad en la que está articulado el diente: dos juntas forman el alveolo (figura 7) y por consiguiente son cinco. En la union de dos de estas piezas, por la parte superior, dexan un hueco, en el que estan colocadas maravillosamente tres piecesitas, de figura de la pepita de un melon verde, estas se designan por la figura 8. Estas ayudan á formar aquella coronita que se nota al levantar la mencionada pieza. Por la parte inferior forman otra figura. Esto es, la superior está convexa y la inferior cóncava, y en el centro, el esmalte de los cinco dientes, como se manifiestan en la figura 9.

«Se notan en cada dos piezas, dos cavidades ovaladas, en las que encajan unos otros dientes que nacen de la circunferencia del agujero, por donde se dexan ver los dientes. Quitada esta estrella (figura 10) se manifiestan varias columnas y pilares, admirados si se miran con un microscopio por lo especial de sus labores, los que sirven para fortificar las bóvedas de la concha; y tras de estos siguen cavidades guardando la figura acomodada, á lo que presenta exteriormente. Todo el interior parece de alabastro, y se halla sembrado de varias cavidades, mas ó menos profundas, para que se adhieran á el animalito. Las piezas de la estrella articulada, se mueven, y con su movimiento trituran los dientes el alimento. La extructura interior de esta pieza, exige toda la ciencia de un naturalista completo; pues sus articulaciones, extructura, y resortes piden el auxilio de la mas fina física. Las partes blandas que componen las viceras animales, y naturales se reducen á una porcion de tubos membranosos, mas ó menos grandes. Del centro de la estrella sale uno que va á la boca, y es seguramente el esófago, este está adherido á la bóveda superior y de ahí sigue dando varias vueltas por toda la cavidad, como acontece con los intestinos en el abdómen, Su circunferencia se nota llena de una gordura ó pinguedo amarillo, y muchas partes barrosas y terreas. Lo admirable es que siendo los alimentos tan consistentes sean las membranas tan finas que apenas permitan tocarse sin que se dislaceren. Lo demás está ocupado por un humor agrioso. Estas tripas, que así se pueden llamar, van á parar á un intestino que termina en el ano, que es aquel agujero que se nota en la

extremidad posterior. Aunque con un mal microscopio he registrado todas estas partes blandas, no ha sido posible distinguir parte alguna de las que se notan en los demas animales como corazon, hígado, arterias, venas, etc. De lo que debe admirarse mas y mas la sabiduría del Supremo Autor. Y respecto á que es indubitable que el alimento sea hierba y tierra, se dexa percibir mas y mas los diversos medios que favorecen al Criador para que se executen las funciones animales.» (1)

De la Galera, pez de ese nombre, ha dicho que «es uno de los crustaceos mas curiosos de toda la coleccion. Su largo será de trece pulgadas, su ancho dos y media, y su grueso una. Es convexo por la cara superior, y de una materia compacta y lisa como la de los cangrejos, y quasi aplanado por la inferior, bien que membranoso. Su cabeza esta separada del cuerpo, su largo dos pulgadas y media, parece mirado por encima un insecto alado, pues las dos conchas laterales parecen dos alas. Lo que propiamente compone la cabeza es quadrilongo; en el borde anterior tiene los ojos en figura de martillo, bien que parece nacen de otra pieza que está asida á dicho borde. De la parte inferior, y laterales salen dos cuernecitos trifurcados, de la parte externa sale otro, y una paleta transparente ovalada, peluda por sus bordes. Las partes laterales, ó alas son dos conchas ovaladas, transparentes y sumamentes delgadas. Por el borde posterior está articulada con la primer pieza del cuerpo: estas forman anillos y son en número de doce, con la que compone la cola. Tienen la propia extructura que las de la langosta. De la primer pieza salen ocho compuestas cada una de seis partes: estas son delgadas y transparentes, con algunos pelos; la última pieza parece un cuchillo corbo, y termina con una uña encorvada, delgada y fina. De la parte externa de la primer pieza nace un extremo del largo de nueve pulgadas y del grueso de media. Se compone de seis piezas: las quatro primeras tienen una figura irregular, bien que son cavas. La penultima es aplanada, tiene, por consiguiente, dos caras lisas, y dos bordes. En el borde anterior tiene una endidura en la que se esconden, como en una bayna de un cuchillo, las espinas de la ultima pieza y ademas quatro espinas. La postrer pieza es tambien aplanada, mas angosta y del borde interno nacen ocho espinas que crecen en proporcion; la última de esta está encorvada para adentro. De cerca de la union de la tercera pieza con la quarta, de la quarta con la quinta y de esta con la sexta salen otras tres piezas de cada lado, compuestas de cinco partes cada una, con su articulacion. La última parece la punta de un pincel. De la union de la segunda con la tercera sale otra piecesita, que forma media caña, ó como una cuchara de artillero. De la base de la última pieza nace de cada lado un cuerpecito delgado, asido solo con una membrana. Del medio de las cinco piezas siguientes salen unos flecos membranosos, delgados y

(1) Pág. 139 y sig.

transparentes, uno de cada lado; y de la cara anterior de esta, quasi de su base, sale otra transversal. La antepenúltima pieza tiene un borde dentado por la cara superior y las dos siguientes lo mismo. De las partes laterales de la penúltima nacen dos cuerpos, uno mayor, otro menor, quadrangulares, los que terminan en unas paletas peludas por los bordes, y tienen dos espinas bastantemente largas. La última pieza tiene la figura de un semicírculo, espinosa quasi en su mayor parte: en medio sobresale una eminencia ovalada y lisa, todo lo demas es áspero. Por la cara inferior es plana y lisa. El color de las conchas anacarado y el inferior blanco.» (1)

De los Cangrejos terrestres se espuso lo siguiente: «Estos tienen los bordes del carapacho romos, y tienen de particular, que no se nota en los marinos, las cavidades de los ojos, ú orbitas ovaladas de una pulgada de largo, y poco menos de ancho, desproporcionadas á el tamaño que tienen. La boca derecha es mucho mas chica que la izquierda, aunque suelen en esto variar, pero de la misma figura que la de los marinos: lo mismo decimos de las patas. En estas se notan unas líneas de pelos bastantemente negros: las uñas, no son tan duras ni consistentes como la de los marinos, pero tienen dos bordes dentados. En las partes laterales de la boca tienen un pelo amarillo obscuro, que se puede llamar barba: el color del cuerpo y de las bocas blanco, algo rosado; el de las piernas verde, aunque en otros es blanco. Estos hacen unos hoyos bastante profundos en donde se esconden, y llevan las presas para comer. Se comen, y se hace grande uso de ellos en toda la Isla de Cuba: de modo, que los traen á esta Ciudad de la Havana, en costales á su tiempo para venderlos al público. Se hallan á distancia de unas diez leguas del mar, y los hay todos blancos, y todos azules, de estos no se presenta ninguno, porque al disecarlos, y extraher la carne se arranca una túnica azul que es la que les da dicho color.» (2)

Refiriéndose á la madre ó matriz de los caracoles dice: «Llámase madre de los caracoles, porque en ella reside el gérmen de su generacion y nutricion, hasta el tiempo de su sensitiva animacion. Esta es una especie de cuerda del tamaño, en longitud, de cinco á seis quartas, y del grueso de cuatro pulgadas. Está compuesta de un número indefinido de células ó bayas, compuestas de dos membranas transparentes de bastante consistencia, las que solo están unidas en su circunferencia, formando en su union una especie de fleco doble uno mayor, y otro menor, los que forman cortos pliegues para mayor fortificacion: estas células se hallan aderidas á una pequeña cuerda, ó nervio, solo por un corto frenillo. Este nervio se extiende á todo lo largo de la cara mas plana de la cuerda. Cada celdilla tiene en una de sus caras un pequeño agujero quasi quasi al medio y parte opuesta del frenillo, por el que salen los caracoles quando naturaleza ofre-

(1) Pág. 151 y sigs.
(2) Pág. 163.

ce ya disposicion para vivir solos; cada célula de estas contiene un corto número de caracoles, que aun del tamaño de un grano de alpiste presentan la dureza y la organizacion perfecta del caracol, segun su especie.

La matriz que se presenta da los caracoles que comunmente sirven para beber agua y son de un tamaño bastantemente considerable, y no dexan de tener bastante estimacion por ser muy aseados. Se hallan estas en las orillas de las playas arenosas, á una braza de fondo poco más ó ménos; segun el informe de los pescadores, sigue el nervio hasta la profundidad de una vara poco más ó ménos, bien que, no he podido averiguar el origen de donde nacen, y seria desde luego útil el que se hiciese un particular escrutinio. Esta cuerda, segun su natural posicion, está enroscada desde el fondo, y solo llega á descubrir su cabeza quando baja la marea. Este primor de la naturaleza, es uno de los que merecen toda la reflexion de los más sabios naturalistas: si paramos un tanto la atencion, deberemos creer, que el nervio es el vaso que sirve de veículo al jugo nutritivo y germinante de estos caracoles.

«La otra madre de caracol, figura 2, representa un copo compuesto de diferentes flores, las que no son otra casa, que unas celdillas cónicas, cuya punta es el parage por donde están aderidas á la piedra. Estas celdillas son en número bastante considerable. Su extructura es una membrana muy delgada, transparente, formando un tubo cónico, y representando una flor del género de las campanillas. Esta, en su boca, está cerrada por una membrana, la que tiene un agujero redondo en medio, para dar salida al caracol una vez de formado, y animado, sobre esta membrana sobresale un pequeño fleco hondeado.

Estas, juntas por sus puntas, se hallan aderidas á una pequeña masa, por las que están pegadas en la piedra de donde reciben el jugo nutricio. Los caracoles son de mayor tamaño que los antecedentes, y forman una punta de su boca.»

EUSEBIO VALDES DOMINGUEZ.

(*Continuará.*)

---

(1) Pág. 167 y siguientes.

EL CONDE KOSTIA.

XVII.

Algunas horas más tarde, Gilberto penetró en el cuarto de Estéfano, quien sorprendido de su palidez y de la turbacion de su voz, se informó con ansiedad de su estado.

—Os aseguro que me encuentro muy bien, le respondió Gilberto dominando su emocion.

—¿Me habeis traido flores?

—No, no he tenido tiempo de ir á buscarlas.

—Es decir, que no habeis tenido tiempo de pensar en mí.....

—¡Oh! ¡perdonad! puedo pensar en vos trabajando, leyendo griego y aún durmiendo.—A propósito anoche os he visto en sueño, me tratábais de pedante y me arrojábais al rostro vuestro birrete.

—¡Extravagante sueño!

—¡Ah! permitid..... me parece que un dia.....

—Sí, un dia, antiguamente, hace dos siglos.

—¿Hace, pues, tanto tiempo que nos conocemos?

—No realmente dos siglos, pero poco más ó ménos. En cuanto á mí, he vivido tres veces. Mi primera vida la pasé al lado de mi madre. La segunda..... no hablemos de eso! La tercera, comenzó la noche en que por vez primera saltasteis esa ventana. Y de eso hace mucho tiempo á juzgar por todo lo que desde entonces ha pasado en mi alma, en mi imaginacion, en mi espíritu. ¿Es posible que esos dos siglos solo hayan durado dos meses? ¿Y cómo puede acontecer que en tan breve intérvalo se hayan operado en mí tan grandes cambios? porque son tales que trabajo me cuesta reconocerme.

—Uno de esos cambios, del cual me enorgullezco, es que ya no me arrojais á la cabeza vuestro birrete.

—Es una confianza que solo me tomaba con el pedante.

—¿Y os habeis al fin reconciliado con él?

—He descubierto que el pedante no existe. En vos se hallan hermanados el héroe y el filósofo.

—Descubrimiento á la verdad que no esperaba de vos, y que tanto como me admira, me halaga.

—¡Cuando os digo que he cambiado radicalmente, y que ya no me reconozco!

—Y yo, magüer vuestras transformaciones, os reconozco muy bien. Mi querido Estéfano ha conservado sus hábitos de exagerar todas sus impresiones. En otros tiempos yo era un hombre insoportable; hoy soy un sér extraordinario que pasa su vida en concebir y ejecutar proyectos heróicos. ¡Bah! mi poeta, no soy ni un malvado ni un paladin, y lo que más honor me hace, es que no soy un tonto, que no me falta ánimo y que corro sobre los techos con pasmosa agilidad. ¡Oh! respecto á esto último me hago propia justicia, y estoy decidido á sostener que no tengo rival en eso de saltar sobre los cabrios; mas no paran ahí mis perfecciones; bueno será añadir que tengo los ojos color de vincapervinca, que hago los nudos de la corbata á las mil maravillas, y que sé distinguir una labiada de un papilonaceo.

—¡Callaos! exclamó Estéfano con el brio de otros tiempos; ¡callaos! Os prohibo que hableis de ese modo de mi santo patron, de mi ángel guardian, del incomparable amigo que me ha salvado de la desesperacion, de la locura y de la muerte!

Luego, calmándose, continuó:

—Nó; no exagero: digo las cosas tales como son, y la prueba que sois un hombre extraordinario es que todo lo que haceis os parece sencillo y natural.

Y como Gilberto se encogiese de hombros sonriendo:

—¿Qué teneis? prosiguió. Tomadme el pulso y vereis que no tengo fiebre..... ¿No habeis notado cuán sereno estoy hace dias?

—Confieso que vuestra calma me sorprende, pero ¿es realmente calma? Sospecho que habeis cubierto solamente el brasero, y que el fuego dormita bajo las cenizas.

—Y vos removeis esa ceniza para hacer brotar llamas de ella. ¡Enhobuena! os prevengo que no lo conseguireis, y que permaneceré insensible á vuestras provocaciones.

—Así, pues, desde hace una semana ¿sentis realmente más tranquilos vuestro espíritu y vuestro corazon?

—Sí, y tengo motivos para ello. Existia en mí un gran fautor de sediciones, un gran urdidor de enredos: era mi orgullo. Vos conoceis.....

aquella linda jugarreta que os hice ha diez dias..... aquel hermoso discurso sobre el beleño..... todo eso era un rasgo de desesperacion de mi orgullo que hacia de las suyas hasta el fin, y que, sintiéndose herido, queria vender muy caro su vida.

—Todo eso es muy misterioso para mí.

—Sí, es un gran misterio que es tiempo ya que os descubra.

—¡Hablad! os escucharé con religiosa atencion, dijo Gilberto, quien apénas respiraba.

Estéfano se ocultó el rostro entre las manos; luego, trás un breve silencio, dijo:

—No me encuentro con ánimo de hablar todavía. Antes de haceros una revelacion que tal vez juzgariais de extravagante, quiero probaros la serenidad de mi espíritu y lo discreto que he llegado á ser en vuestra escuela. Sabed, pues, que ántes de conoceros la religion no era á mis ojos sino una mágia grosera en la que creia con apasionado desatino. Consideraba la oracion como un sortilegio al cual atribuia el poder de domeñar la divina voluntad: diariamente amonestaba al cielo para que en mi favor hiciera un milagro, y al verme rechazado, mis plegarias no oidas caian de nuevo sobre mi corazon como plomo. Entonces me sublevé contra las inteligencias celestes que rehusaban entregarse á mis encantamientos, ó bien buscaba angustiosamente á qué vicio de forma, á qué precaucion abandonada, á qué pecado de omision debia imputar la impotencia de mis operaciones mágicas y de mis fórmulas..... ¡Ah! San Jorge, San Sergio, si pudiérais hablar, qué extrañas relaciones podriais hacer.....! Le diriais nuevamente las extravagantes preguntas que os hacia, los absurdos prodigios que reclamaba de vuestras espadas, las obsesiones con que cansaba vuestra paciencia y así sucesivamente mis tribulaciones, mis sollozos, los torrentes de lágrimas vertidos á vuestras plantas, cómo mi cabeza se rompia contra las paredes ó barria las baldosas con sus cabellos en desórden, y cómo de repente brotaban de mis ojos relámpagos de furor, gritos de rabia, transportes, injurias, y cómo mis manos delirantes amenazaban al cielo y mis piés pulverizaban vuestros nimbos de oro bajo sus pataleos insensatos.....! ¡Ah! amigo mio. qué transformacion.....! Hoy me juzgo incapaz de semejantes locuras; hoy no quisiera jurar..... pero lo que sé, es que una noche..... aquella noche, Gilberto mio, vuestra elocuencia tan serena á la par como apasionada, habia tomado un vuelo sublime, y á propósito de una pobre magarza de frente pálida, procurabais revelarme algunas de las grandes leyes de la naturaleza. Os escuchaba sin prestar gran atencion, pero luego que hubisteis partido, como me sucede á menudo, todo lo que me habiais dicho tomaba nuevas formas en mi espíritu, y olvidando mi pasado, mi presente, olvidando hasta mi existencia, lanzéme lejos de este castillo, remontéme al espacio hasta esa estrella azulada que desde mi ventana veo brillar en el horizonte, y desde lo alto de este mi-

rador aéreo, me puse á conversar con esa razon suprema que se manifiesta igualmente en las florecillas de los bosques y en los esplendores de las noches. Entónces, sintiendo de repente refrescarse todo mi sér, me preguntaba: «Lo que esperimento en este instante, ¿no será la religion?» Y me respondia: «Sí, la religion; la religion que se halla en la verdad!» Gilberto mio, lo que sentí ese dia, tal vez no lo vuelva á sentir jamás; pero ¿no es suficiente que una sola vez en mi vida haya gustado de tan santas delicias para que dejeis de tratarme como á un niño sin juicio?»

Gilberto le respondió con un apreton de mano. «¡Ay! se decia, cuando él me revele su secreto, ya no tendré el derecho de decirle que es un loco.»

«Os habeis hecho más tratable,—prosiguió Estéfano, eso me alienta á proseguir. En otros tiempos, os repetiré, despues de haber orado, me sentaba allí en esa baldosa, bajo la lamparilla, y cerrando los ojos, abandonábame luengas horas á locas meditaciones. Os lo aseguro; eran verdaderas visiones: veia entreabrirse los cielos y al Padre Eterno celebrar consejos en su palacio: «Espíritus celestes, decia pasándose la mano por su barba blanca, tiempo es de auxiliar á este niño!» Y al punto daba sus órdenes á sus mensajeros y á sus servidores. San Jorge se revestia con su brillante armadura, descendia de las nubes con el estrépito del rayo; á un golpe de su formidable espada hendia este sombrío castillo; las paredes se desplomaban; sentíame transportado á los espacios; llevábanme en sus alas de fuego los ángeles y deponíanme en alguna isla florida donde me esperaban mi madre y la felicidad. A veces complacíame en saborear los ásperos placeres de la venganza. Por órden de Dios, entraban los demonios en este recinto, armados con sus horcas enrojecidas; se apoderaban de Ivan, le llevaban al suplicio..... á las parrillas.....! Vanas y asquerosas imaginaciones que solo servian para irritar mi dolor y para aumentar mis terrores.....! Gilberto mio, noches pasadas, me hablábais aquí de una felicidad que de nada es deudora á la fortuna, y sobre la cual no tiene poder alguno; felicidad divina que el hombre puede saborear aun en el seno mismo del sufrimiento, y que encanta sus más sombríos disgustos..... Apénas me dejasteis, fuí á sentarme al pié de los santos, y despues de recitar mis oraciones, me entregué á religiosas meditaciones, pero en ese momento no me imaginé siquiera al Padre Eterno olvidando al Universo por ocuparse solo de mi suerte, ni vi tampoco demonios que daban tormento á mi carcelero..... Lo que se ofreció á mis miradas fué el Cristo..... Vestido con un manto negro, permanecia de pié en medio del Cielo, y los soles precipitábanse en masa en torno suyo para ver mejor su rostro, como niños curiosos que se forman en fila para ver pasar á un rey. La tierra silenciosa le contemplaba tambien; el Océano sacudia temblando su manto de espuma, las palmeras se balanceaban suavemente sobre las rocas, y águilas gigantes, de alas estendidas, giraban lentamente trazando en las ondas de los aires una grande estela de fuego. Entonces *él* separó los plie-

gues de un manto y dejó ver una gran herida por la que se escapaba una sangre roja, y al verla correr, dibujóse en sus lábios una sonrisa tan dulce, que hubiérase dicho que un alba nueva surgía en el Universo. Y mientras tanto, su sangre seguia corriendo, y los astros, el Océano, las palmeras del desierto, las águilas del cielo esclamaron despavoridos. «Señor, ¿quién sois?» Y una voz, suave como el suspiro lejano de un órgano, les respondió: «Soy la alegría en la pasion!»

A estas palabras los ojos de Estéfano se enardecieron, y mirando fijamente á Gilberto:

«Y ahora ¿no soy sino un espíritu quimérico, un niño medio loco, un cerebro enfermo que se alimenta de bagatelas, un incorregible? Nó, asentis que me he aprovechado de vuestras lecciones, que me ha entrado un grano de sabiduría en el cerebro, y que sin haber visto el fondo de las cosas, tengo momentos de lucidez..... Si es así, Gilberto mio, cree, como palabra del Evangelio, lo que voy á decirte: Has trabajado con todas tus fuerzas para curar mi alma, y en el mundo no existe médico más hábil que tú. Y sin embargo, tus esfuerzos hubieran sido estériles si á tu lado no hubieses tenido un aliado poderoso que no conoces, y que voy á revelarte..... ¡Ah! dime, cuando por vez primera has penetrado en este cuarto, ¿no sentiste que un espíritu celeste seguia tus huellas? Tú has pardo, él ha quedado; él no me ha abandonado, y no me abandonará jamás. ¡Mira! ¿Estas paredes no te hablan de él? ¿Esos santos no mueven sus labios para murmurarte tu nombre? Y el aire que se respira aqui ¿no está lleno de esos perfumes deliciosos que en su tránsito vierten los mensajeros celestes? ¡Cuán estraño me pareció ese genio al principio! Su rostro érame desconocido, y sus facciones nunca se me aparecieron en mis sueños. Inquieto, confuso, le decia: «Quién eres? ¿cuál es su nombre?» Y un dia, Gilberto, un dia, me respondió..... por tu boca..... Gilberto, Gilberto..... ¡Oh! ¡qué caprichosa compañía me habeis dado en su persona! A veces sentábase á mi lado, pálido, lúgubre y vestido de luto, y vertia en mi corazon tristezas emponzoñadas cuya amargura jamás habia sospechado! Y sintiendo en mí un vivo anhelo de morir: «Yo te conozco, le decia, tú debes ser el hermano de la muerte!» Pero transformándose de repente se me aparecia agitando en su manos un muñeco cuyos cascabeles agitaba, y murmuraba en mis oidos canciones que conmovian todo mi sér..... Mi cabeza daba vueltas; cruzaban llamas ante mis ojos, mis miradas vacilantes ofuscaban mil visiones, y me parecia, pobre niño nutrido con hiel y lágrimas, que la vida era una fiesta eterna sobre la cual el cielo se inclinaba sonriendo..... Entonces deciale al génio: «En esa hora os conozco mejor, sois el hermano de la locura.....» Pero de nuevo se transformaba y de repente lo veia alzarse ante mí envuelto en grandes alas blancas como un serafin; serio y dulce á la vez; una razon divina aparecia en sus miradas y la serenidad que brillaba en su frente anunciaba á un habitan-

te del Cielo..... En esos momentos, Gilberto mio, su voz era más penetrante y más persuasiva que la tuya; me repetia tus palabras, y me alentaba á creerlas; grababa tus lecciones en mi espíritu, insinuaba tu sabiduria en mi locura, tu alma en mi alma, y óyela bien, si el lirio ha bebido los jugos de la tierra, si el lirio ha brotado, si el lirio debe florecer un dia, no es al impotente sol que me has traido en tu seno á quien debemos dar gracias, sino á *él*, al espíritu, á él, que alumbró en mi corazon una llama santa que pluguiera á Dios alumbrase tambien el tuyo!»

Y al decir estas palabras se levantó, y con trémulo acento exclamó: «¿He dicho bastante? ¿Me has comprendido al fin?»

—¡Nó! respondió resueltamente Gilberto..... no conozco ese espíritu celeste.....!

Estéfano se retorció los brazos:

—Cruel, ¿no quieres adivinar nada? murmuró con aire estraviado.

Y acercándose á la ventana, permaneció de bruces en ella algunos instantes. Cuando se volvió del lado donde le hablaba Gilberto, sus ojos estaban húmedos por las lágrimas, luego, por uno de esos visibles movimientos que le eran familiares, asomó la sonrisa á sus labios.

—Poco ha he escrito lo que no me atrevo á deciros, replicó.

Y sacando una carta del seno:

—«Es el único medio que me he reservado. Esperaba que me hubierais ahorrado el disgusto de recurrir á él. ¡Oh corazon de mármol..... cómo humillas mi orgullo!

Y le presentó la carta; pero mudando de dictámen, dijo: «Quiero añadir algunas palabras.»

Y se dirigió á la mesa. Pero habiendo caido su pluma al suelo y no encontrándola, sacó punta á un lápiz con un puñal muy afilado que tomó de una gabeta.

—¡Qué estraña cuchilla teneis! le dijo Gilberto.

—Es un estilete ruso de lafábrica de Toula. Pertenece á Ivan quien me lo prestó ántes de ayer para desarraigar una planta, y se ha olvidado reclamármelo.

—Me obligareis á devolvérselo, respondió Gilberto: es un juguete que no me gusta mucho ver en vuestras manos.

Estéfano hizo un signo de asentimiento. La carta que él habia escrito pocas horas antes estaba concebida en estos términos.

«Gilberto mio, oye una historia. Yo tenia once años cuando *mi hermano Estéfano* murió. Apénas fué sepultado me llamó mi padre. Tenia en sus manos vestidos iguales á los que hoy llevo y me dijo: «Estéfano, oid. Mi hija acaba de morir: mi hijo vive todavía.» Y como yo me obstinaba á no comprender, envió á buscar un ataud, lo colocó sobre una mesa y me metió en él, y cerrándolo poco á poco, me decia: «Hija mia, ¿estás muerta?» Cuando lo hubo cerrado enteramente, me decidí á hablar, y grité: «Padre

mio, vuestra hija es muerta! ¡Sea como querais.....!» Entonces me sacó del ataud, llena de horror y de espanto, y él exclamaba: «Estéfano, acordaos que mi hija ha muerto..... Si alguna vez lo olvidárais.....!»

Ni una palabra más repitió; pero sus miradas dijeron el resto... Gilberto, en este instante la hija de mi padre resucita para decirte que te ama con un amor invencible, que no le es dado ocultar por más largo tiempo. En mi sencillez, he creido al principio amaros como me amabais, pero vos mismo os habeis ocupado en desengañarme. Cierto dia me hablasteis de nuestra próxima separacion, y me deciais: «Nos volveremos á ver.» Y no comprendias el grito de mi corazon que os respondia: «Tormento infinito, pasar un dia sin verte!» Cuando conocí que vuestra amistad era solamente un sacrificio, una virtud y que la mia era una locura, entonces la hija de mi padre pensó morir, y duros fueron los tormentos que su orgullo herido le impuso. ¡Ah! ¡qué no hubiera yo dado, Gilberto mio, para que adivinando quien era yo, cayeses á mis plantas, exclamando: Yo tambien, yo sé amar con locura! Pero ¡nó! nada has comprendido; nada has sospechado! Mis cabellos, la semejanza con mi madre, esa sonrisa que dicen haber pasado de sus labios á los mios..... ¡Oh! el más ciego de los hombres..... cómo te iba aborreciendo poco á poco.....! ¿Pero no parece á la verdad que hay una fatalidad que me persigue? Esa mano armada de garras que con abrumante peso caia sobre mis espaldas, me obligó á prosternarme ante tí; hoy no siento ya sus uñas en mis carnes, y sin embargo mis rodillas vacilan, se debilitan..... y nuevamente me ves caer á tus plantas..... ¡Oh! sí; mi pobre orgullo ha muerto! ¡La tempestad amenazaba cuando dió su postrer suspiro! Creo que te acuerdas de esa noche tempestuosa.

Inmóvil tras los vidrios de la ventana, devoraba mi vista ansiosa las tinieblas para descubrirte en el seno de la tormenta..... De repente los cielos se incendiaron, y te apercibí de pié al borde de tu ventana, inclinándote orgullosamente sobre el abismo al cual parecias desafiar..... Envuelto en luz brillante te me apareciste como un espíritu bienhechor, y exclamé: «Ese es uno de los elegidos del Eterno, puedo sin rubor demandarle gracia y perdon!» Y ahora, Gilberto mio, no vayas á decirme que mi amor es una enfermedad y que curándole radicalmente..... ¡Dios mio! eso de nada serviria, los santos mismos han rehusado curarme.....! No pretendas tampoco asustarme, no me hables de obstáculos insuperables, de lo imposible de nuestra union, de los peligros que nos amenazan.....! ¡El porvenir.....! hablarémos de él más tarde..... ahora solo quiero saber una cosa. que eres capaz de amarme como yo te amo..... Amigo, si el ódio puede cambiarse en amor, ¿le seria imposible á la amistad? Gilberto, Gilberto, olvidad lo que la barbarie refinada de un padre ha hecho de mí..... olvidad mis transportes, mis violencias, mis terquedades de niño mal criado; olvidad la vehemencia de mi lenguaje, la brusquedad de mis gestos; olvidad la fuente; el látigo levantado sobre vos; olvidad esas jóvenes

aldeanas por las que me dejaba besar los piés; olvidad hasta ese birrete que os lancé al rostro, porque..... el cielo es testigo..... siento despertarse en mi seno un corazon de mujer; sacude su largo sueño; se agita, suspira, habla, y el primer nombre que pronuncia, el único que quiere saber..... es el tuyo.....

«¿Qué más puedo decirte? Quiero aparecerme en tus sueños adornada como para una fiesta, vestida de blanco, con la sonrisa en los labios, con perlas alrededor del cuello; en torno de mi cabeza las flores que tanto amas, las anémonas blancas, las gentianas azules..... Solamente ten cuidado, porque en mi corona se han deslizado flores de beleño..... Arráncalas tú mismo de mis cabellos, no sea que sus perfumes viertan en mi corazon un veneno mortal.....! Pero nó; yo no quiero asustarte. Estéfano es discreta, ella es razonable, ella no pide lo imposible; ella te da tiempo para respirar, para reflexionar..... Permanece si lo quieres, una semana, quince dias, un mes, ¡oh Dios mio! sin mostrarte en mi presencia, hasta que surja ese dia feliz en que puedas exclamar con tu poeta adorado: «A su vez, la amistad reveló su poder á mi corazon, y en fin el amor, que llegó el postrero, la coronó de flores y de frutos.»

A esta carta, Estéfano añadió las palabras siguientes:

«Y si ese dia, Gilberto, si ese dia no llegara jamás.....!»

Pero ella dudó; su mano temblaba; miró sucesivamente á Gilberto y al cuchillo, y levantándose de repente, exclamó:

«Yo no sé cómo acabar mi carta. Suplireis fácilmente lo que le falta. No la leais aquí; llevadla á vuestra torre; allí podreis meditar con más confianza.....»

Y al decir estas frases, le dió la carta y lanzó una carcajada convulsiva.

—¡Siempre esa misma risa que detesto! dijo Gilberto esforzándose en ocultar la angustia que le devoraba.

—¿Quieres saber lo que significa? le dijo la jóven atentamente. Cuando hace tres años fuimos á Baden-Baden, el padre Alexis tuvo la ocurrencia de llevarme á una casa de juego, y al entrar en ella oí una carcajada que debe parecerse mucho á las que tanto detestais..... ¿Quién se toma la libertad de reirse de ese modo? pregunté al buen padre. Fué á informarse y me dijo que el que se reia era un hombre que acabada de hacer ganancias fabulosas, y que se disponia á jugarlo todo á una carta..... ¡Jugarlo todo á una carta! repitió ella. ¡Si fuese á perder.....!»

De repente sus pupilas se dilataron, su mirada se hizo más brillante, echó la cabeza para atrás, y estendiendo el brazo hácia Gilberto, exclamó:

—¡Tú sabes quien soy, y me has condenado en tu corazon.....! Reflexiónalo.....! mi vida está en tus manos.....!

Y retrocediendo algunos pasos, se volvió bruscamente, se deslizó por la habitacion, abrió apresuradamente una puerta lateral y desapareció.

¿De qué arbitrios se valió Gilberto para volver á su casa? Todo lo que sabe es que al salir de la buharda, aturdido, olvidando todo peligro, cometió por vez primera la insigne imprudencia de atravesar de pié ese techo que por lo comun solia hacerlo sentado. No viendo ni oyendo nada, absorto por completo en un solo pensamiento, corrió precipitadamente. En su talante y modo de andar, la luna, que brillaba en el cielo, debió tomarlo por un loco ó por un sonámbulo. Llegaba á la estremidad del techo, cuando se deslizó bajo sus piés una pizarra rota; cayó pesadamente, y lo hubiera pasado muy mal, si al caer su mano no hubiese encontrado por milagro la punta colgante de la escala, á la cual tuvo la suerte de asirse con fuerza. Las pizarras son desmenuzables, y cuando chocan contra un cuerpo duro, se rompen en mil pedazos. La que Gilberto acababa de lanzar en el espacio encontró una punta de roca que le hizo trizas, y uno de esos fragmentos dió un golpe en la mano, sin causarle lesion, á un hombre que casualmente rondaba á esa hora por lo alto de la rambla.

Quiso la suerte que esa noche tuviera M. Leminoff que enviar una carta urgente por la posta, y á eso de las nueve, contrario á los usos y costumbres de su casa, mandó á Fritz á una aldea á una legua de distancia, por donde debia pasar un expreso durante la noche. Por su desgracia, Fritz vió á su vuelta brillar una luz en el aposento de su Dulcinea. El apetito, la ocasion, un diablillo que tal vez le empujaba, hiciéronle desviarse de su camino, marchar en línea recta á la cabaña, abrir la puerta que estaba cerrada con un pestillo, entrar sigilosamente y sorprender á su bella sentada en un banquillo remendando su ropa. Siéntase á su lado, la requiebra y luego se toma algunas libertades..... La doncella ágil y traviesa, en vez de despertar á su padre que dormia en la pieza contigua, precipítase hácia la puerta, lánzase fuera y en veloz carrera llega á alcanzar la senda que costea la rambla. Cien veces más ágil que Fritz toma la delantera, luego se detiene, le llama, y ya á punto de creerla en sus brazos, déjalo ella burlado corriendo á más y mejor. La muchacha continúa este juego, pero hallándose cansada, se esconde detrás de un matorral, y riéndose bajo la mantilla, ve pasar al amartelado gigante, que inundado en sudor continúa ascendiendo y resbalando de lo lindo con el temor de caer repentinamente en el precipicio. Al fin, á fuerza de trepar, llega al punto donde el sendero se detiene, á dos pasos de la cornisa que tenia cuarenta piés de elevacion. ¿Cómo pudo escalar su fantástica novia esa muralla? De repente oye una voz argentina que lo llama de abajo. Despechado, dáse un puñetazo en la frente; pero en los momentos de descender llega á sus oidos un ruido singular, un fragmento de pizarra toca ligeramente su mano y le arranca un grito de sorpresa. Alza vivamente la cabeza, y á favor de los rayos de la luna apercibe á su derecha una sombra suspendida en los aires. La ve subir, detenerse en los bordes de una ventana, inclinarse y luego desaparecer completamente.

—«¡Oh! ¡oh!—se dijo medio aturdido—¡eso es particular.....! ¿Luego ıñor secretario ronda todas las noches sobre los techos? ¡Y para eso ›s buscado escalas de seda! Mucho me engaño ó S. E. el Conde gusta- ›co de esa invencion. ¡Diablo! Segura planta y buen ojo debe tener y ıo ha de valer la damisela cuando así arriesga su vida el Señor Se- .rio.....! ¡Y luego fiése usted de esas mosquitas muertas!»

'an estupefacto quedó el gran Fritz de su descubrimiento, que sentóse ıto sobre una piedra para conferenciar consigo mismo. La idea madre tomó posesion de su cerebro fué que el Señor Secretario pertenecia á ıstre cofradia de los ambidextros, y que sus correrias nocturnas tenian nóvil el hallazgo de un tesoro escondido. Enorgullecido de su perspi- . y encantado por la ocasion que se le ofrecia de satisfacer sus resenti- ıtos, bajó de nuevo el sendero, no sin gran trabajo, y sordo á la voz as carcajadas de la cabrera, que le provocaba, se dirigió á pasos pre- ados hácia el castillo.

¡Hola! Señor Secretario, se decia el perillan con maligna sonrisa, me ›is hecho rodar una escalera y habeis tenido intencion de arrojarme sta casa. ¿Qué diriais si os hiciera salir por la ventana?»

VICTOR CHERBULIEZ.

(*Continuará.*)

Mortalidad de la Habana en el invierno de 1878, por A. G. del Valle.

1878. Causas de defuncion.	INVIERNO. Enero.	Febrero.	Marzo.	Suma.	Invierno de 1877	De más.	De menos
Alcoholismo	3	2	6	11	.....	11	.....
Antrax	1	1	.....	2	.....	2	.....
Beriberi	.....	.....	.....	.....	1	.....	1
Cólera esporádico	.....	.....	.....	.....	2	.....	2
Idem infantil	4	13	21	38	53	.....	15
Diarrea de paises cálidos	139	87	106	332	108	224	.....
Difteria	5	5	2	12	10	2	.....
Disentería	16	15	9	40	47	.....	7
Eclampsia infantil	6	4	3	13	13	.....	.....
Escarlatina	.....	.....	.....	.....	2	.....	2
Erisipela	1	1	1	3	.....	3	.....
Enfermedades del corazon	17	24	24	65	.....	65	.....
Idem del hígado	15	27	34	76	55	21	.....
Fiebre amarilla	26	13	5	44	28	16	.....
Fiebre biliosa	3	3	2	8	11	.....	3
Fiebre palúdica	16	29	31	76	58	18	.....
Fiebre tifoidea	7	11	13	31	30	1	.....
Meningitis	19	21	25	65	68	.....	3
Muermo	.....	.....	.....	.....	1	.....	1
Neumonía	37	31	20	88	61	27	.....
Parto y fiebre puerperal	2	1	4	7	10	.....	3
Pénfigo	.....	.....	1	1	.....	1	.....
Sarampion	.....	2	7	9	.....	9	.....
Tétano en adultos	7	3	3	13	12	1	.....
Tétano infantil	46	34	44	124	83	41	.....
Tísis	168	147	150	465	466	.....	1
Tos ferina	.....	2	2	4	3	1	.....
Viruelas	90	141	259	490	12	478	.....
Longevidad	1	1	2	4	2	2	.....
De otros males	278	229	247	754	837	.....	83
Muerte repentina	10	7	11	28	8	20	.....
Suicidios	2	1	1	4	.....	4	.....
Homicidios	3	2	7	12	.....	12	.....
Sumas de 1878	922	857	1040	2819	.....	959	121
Idem de 1877	686	609	686	.....	1981	.....	.....
Diferencias	+236	+248	+354	+838	.....	+838	.....
Promedio diario mensual y estacional.							
Año de 1878	29'74	30'60	33'55	31'30	.....	9'30	.....
Año de 1877	22'13	21'75	22'13	.....	22'00	.....	.....
Diferencias	+ 7'61	+ 8'85	+ 11'42	+ 9'30	.....	9'30	.....

Mortalidad por razas, edad y sexo, comparada con el invierno de 1877 -

	BLANCOS.						DE COLOR.					
	VARONES			HEMBRAS			VARONES			HEMBRAS		
	1878	1877	Difs.	1878	1877	Difs.	1878	1877	Difs.	1878	1877	Difs.
Adultos	1241	794	+447	251	237	+14	205	158	+47	220	204	+16
Asiáticos	71	65	+ 6	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....	.....
Párvulos	284	185	+ 99	269	166	+103	136	112	+24	142	60	+82
Sumas	1596	1044	+552	520	403	+117	341	270	+71	362	264	+98

MISCELANEA.

EXPOSICION DE 1878.

ncipales editores de libros y periódicos americanos, inspirados
emitida por MM. Wiley, de New York, Lea, de Philadelphia,
de Boston, toman en este momento las últimas medidas para
ına exposicion especial muy completa que comprenderá el mo-
más importantes publicaciones, periódicos y de otra clase, des-
ıcion de los Estados Unidos.
ı, por demás antigua, de una exposicion de periódicos de todos
e encontrará por tanto casi realizada en Paris este año. M. de
ɔnsul en dicha capital del rey de Siam, acaba de conseguir á
la lista de envio, que mostrará al público europeo la situacion
ıa en su pais.

PAPIRO EGIPCIO.

eo del Louvre acaba de adquirir para su museo egipciano un
lel *Libro de los muertos*, que habia pertenecido á la princesa
ıadre de Her-Hor, gran sacerdote Ammon. Este papiro se halla
ı estado de conservacion.

MISIONES CIENTIFICAS.

ıiderio Chamay acaba de ser encargado por el ministerio de
pública francés de una mision para explorar la Nueva Zelan-
mania y la Nueva Gales del Sur.
ision no tiene solamente un interés geográfico: M. Chamay se

ocupará tambien de profundas indagaciones etnológicas y sobre todo lin-
güísticas.

LITERATURA PROVENZAL.

El libro de M. Annitage sobre la literatura provenzal, que está listo para la impresion, contendrá obras inéditas en prosa que se remontan hasta fines del siglo XIV. Entre otras citarémos: *La destruccion de Jerusalem, la Toma de Narbona, por Philomena*, segun los manuscritos del British Museum y de la Biblioteca nacional; el Envio de Seth al Paraiso, segun los Breviarios de Amor, de los que solo existen dos manuscritos, uno en la Biblioteca nacional y otro en el British Museum.

UN MUSEO DESCONOCIDO.

¿Se dudaria que existe en plena América del Sur, en Lima, una maravillosa galeria de cuadros, compuesta únicamente de obras de grandes maestros?

Pertenece á D. Manuel Ortiz de Zerallos, y, aumentada constantemente, hay doscientos años que ha sido comenzada por uno de sus antepasados, que la ha formado con telas compradas á los conventos ó iglesias. Despues se ha enriquecido con las colecciones del marqués de Hastings, del conde de Agnani, del marqués de Lara y con colecciones de las familias notables de España ó Italia.

Estas pinturas, expuestas en cinco salones inmensos ascienden á *mil ciento setenta* y las firman el Ticiano, Rafael, Miguel Angel, el Dominico, Rembrandt, Van Dyck, Poussin, Rubens, el Tintoreto, Murillo, Velazquez, etc. Su autenticidad no parece dudosa: aparte de la firma que se halla en casi todos los cuadros, D. Manuel de Zerallos posee las pruebas más evidentes.

El Gobierno de Chile le ha ofrecido recientemente quince millones de pesos por esta coleccion; pero D. Manuel ha rehusado, diciendo: «que no tiene el derecho de deshacerse de bienes que son el honor de su familia.»

UNA CINCUENTENA.

El Athenæum, una de las primeras Revistas literarias inglesas, acaba de celebrar el quincuagésimo año de su fundacion. En efecto, en Febrero de 1828 fué creada en Lóndres por MM. Sterling, Cárlos Dike y Silk Buckingham.

Entre los nombres célebres que se encuentran en la coleccion de este periódico durante el medio siglo, merecen ser citados los de Thomas Hord, Carlyle, W. Hamilton, &., y entre los colaboradores extranjeros Sainte Beuve (que fué tambien durante largo tiempo uno de los principales re-

dactores de la *Revista Suiza*), Henri Heine, Von Hammer, Freiligrath, *Julio Janin*, los hermanos Grimm, *Edmundo About*. Desde 1846, el «Athenæum» une á su parte literaria, que forma siempre su principal elemento, noticias industriales y comerciales.

LOS ANTIGUOS POETAS DE LA HUNGRIA.

Acaba de aparecer el primer volúmen del *Corpus poetarum hungaricorum*. Comprende un ejemplar escogido de composiciones en lenguaje húngaro, sacado de obras de poetas anteriores al siglo XVI ó importantes sobre todo á título de documentos históricos y filosóficos. El *Corpus poetarum hungaricorum* se ha publicado bajo los auspicios de la Academia de Ciencias húngaras: está anotado por M. Aron Szilady.

LIBRO DE ACTUALIDAD.

Próximamente aparecerá en Lóndres un libro esencialmente actual:—«Los ejércitos de las potencias europeas.» Encontrarse en él el cuadro de las fuerzas de tierra y mar de los diferentes paises, el detalle de su organizacion, la historia de los regimientos célebres, &ª &ª

EPISODIOS DE HISTORIA CONTEMPORANEA.

El célebre historiador italiano, César Cantú, publica actualmente tres episodios de historia contemporánea: *Monti*, *Il Conciliatore e i Carbonari*, *Mangoni*.

OBRAS DEL VIAJERO STANLEY.

El eminente viajero H. Stanley publicará la relacion de sus últimas exploraciones con los siguientes títulos: *Fuente del Nilo*, *Rio Livingstone*, *En torno de los grandes lagos*. Estas obras serán traducidas casi simultáneamente al francés.

FILOLOGIA HISTORICA.

El Dr. Thausen, profesor de filología comparada de la Universidad de Copenhague ha hecho imprimir tres conferencias pronunciadas en Oxford en 1876, en las que busca el orígen del nombre *Rusia*. Su conclusion es como sigue: «En su orígen, este nombre pertenecía á una tribu escandinava que invadió el suelo eslavo y, bien que muy inferior en número, dominó á las poblaciones indígenas.» La palabra se regó de boca en boca, y llegó por fin, cuando la unidad de la Rusia se hizo, á designar la nacion entera. Ha tenido, como se vé, la misma fortuna que el nombre de *franceses*.

OBSERVATORIO DE PARIS.

M. Tisserand, el nuevo elegido de la Academia de ciencias, vá á ser nombrado, segun se dice, director del Observatorio de Paris. Este nombramiento será ciertamente acogido con el más grande favor por todo el mundo científico.

PASO DE MERCURIO.

Se sabe que las Cámaras francesas han votado un crédito especial para la observacion del próximo paso de Mercurio por el Sol. Este fenómeno presenta una gran importancia bajo el punto de vista de las teorías astronómicas y permitirá tal vez descubrir al fin el planeta que Le Verrier suponia entre el Sol y Mercurio.

California es donde la observacion podia hacerse en las mejores condiciones. Dos jóvenes astrónomos bien conocidos del mundo científico MM. A. Angot y André, se han embarcado recientemente en el Havre para ir allá á ejecutar sus trabajos. Estarán de vuelta en Paris á fines de Junio.

NECROLOGIA.

Se anuncia la muerte de varios sabios de diversas nacionalidades. La Italia ha perdido uno de sus jurisconsultos y hombres de Estado más distinguidos, el conde Sclopis di Salerano, muerto en Turin, el 8 de Marzo á los 80 años de edad. El conde de Salerano habia tomado parte, en 1837, en la redaccion del Código Civil sardo. Sus principales obras son *La Historia de la antigua legislacion del Piamonte*, *La Historia de la legislacion italiana*, *Un ensayo sobre los estados generales y las otras instituciones políticas del Piamonte y de la Saboya*.

La muerte de M. C. N. Goodwin, juez en Shangai, es una pérdida para la egiptología. Espíritu penetrante y preciso, M. Goodwin cuya erudicion era tan variada como sólida, habia conquistado un puesto eminente entre los descifradores de geroglíficos. Ha publicado excelentes artículos en los boletines científicos y varias obras sobre diversos asuntos.

Toda la Suiza compartirá los recuerdos dejados en Lucema por M. Ernesto Grossbach, profesor de filosofía y de literatura alemana, que habia llegado á ser tan popular, que de muy apartados lugares venian á escucharlo. La modestia le era característica. Su curso sobre la estética y la historia literaria pareció tan notable, que de todas partes le pidieron la publicacion, á lo que no accedió M. Grossbach. Salvo algunos escritos de circunstancias, jamás ha consentido la publicacion de sus numerosos tra-

LIBROS INGLESES EN 1877.

El *Publisher's Circular* contiene algunas citas interesantes sobre el comercio de libros en el Reino Unido en 1877. A pesar de la atonia casi general de los asuntos se nota un lijero aumento sobre los años precedentes en el número de los libros publicados el año último en Inglaterra. El año de 1875 dió un total de 4,854; el de 1876 de 4,888, y el de 1877 un total de 5,095 libros.

Las obras de teologia figuran en número de 485; las de educacion y filologia 539, contra 470 publicadas en 1876. Las obras de ficcion han alcanzado la cifra de 854; las de jurisprudencia 118. La Economía política comprende un total de 189 publicaciones; las Bellas Artes, las ciencias, los libros ilustrados dan la misma cifra de 189; la historia y la biografía, la de 373; los viajes, la geografía, 209; la poesía, el drama, 572; la medicina, 215; las monografías, folletos y ensayos 588.

HISTORIA DE PORTUGAL.

Varios escritores portugueses preparan una gran historia nacional. La obra se dividirá en cinco épocas; cada época será firmada por un nombre distinto. El promotor de la idea es M. F. de Carvalho, director de la *Correspondencia*.

SOCIEDAD DE ANTROPOLOGIA.

Tenemos el gusto de anunciar que esta asociacion se encuentra al fin en aptitud para funcionar con regularidad, habiendo ya el Gobierno Superior aprobado su Reglamento, prévio informe de la Real Academia de Medicina, que segun nuestras noticias, fué muy favorablemente evacuado por esta, siendo ponente el Dr. Finlay.

La Sociedad celebra el domingo 5 de Mayo, á la una de la tarde, su primera sesion ordinaria. En ella se hará el nombramiento de las Secciones, medida indispensable para la celebracion de las conferencias y se dará lectura á dos disertaciones de los distinguidos miembros de la Sociedad, Sres. Santos Fernandez y Plá.

DOS OBRAS IMPORTANTES.

En Cassel (Alemania) se han publicado dos obras muy importantes sobre la República Argentina. Se refieren á la constitucion geológica del suelo argentino, y son el resultado de los estudios que el gobierno nacional encargó en los años de 71, 72 y 73 á los profesores Stelzner y Lorentz de la Academia de Ciencias exactas de Córdoba. (Buenos Aires).

GRAN FERROCARRIL.

Se estudia actualmente en San Francisco de California el proyecto de un ferro-carril que partiendo de dicho punto atraviese la California meridional, Méjico, Estados de la América Central, de la Occidental y de la Meridional hasta Buenos Aires. Esta vía férrea tendrá una extension de 10,000 á 11,000 kilómetros, además de 5382 kilómetros de vias accesorias, destinadas á establecer relaciones con los principales centros industriales de las diversas comarcas que atraviesa, calculándose que los gastos ascenderán á unos 6.250,000 francos por milla de 1609 metros de longitud ó sea un total de 72, 278.750,000 francos próximamente.

SOBRE EL VUELO DE LOS PAJAROS.

En la Academia de Ciencias de Paris se ha leido una memoria muy interesante de M. Marcy sobre el vuelo de los pájaros. Despues de haber aplicado los aparatos registradores al estudio complejo del vuelo y de haber determinado las condiciones del mismo, M. Marcy ha conseguido reproducir los movimientos de las alas de los insectos. Prosiguiendo por esta misma via, M. Marcy intenta servirse de este doble método, á la vez analítico y sintético, para abordar de una manera científica el problema de la locomocion aérea.

En la Memoria demuestra M. Marcy, por diferentes pruebas, que la resistencia del aire crece con la velocidad de traslacion del pájaro, y así explica como se obtiene el punto de apoyo en el vuelo.

Esta explicacion se habia hecho ya otra vez á la misma corporacion, pero sin pruebas: la comprobacion y la experiencia práctica se deben á M. Marcy, á quien la Academia ha dado un voto de gracias por sus estudios y trabajos.

ES OBJETO DE DISCUSION

en los Estados Unidos de América, la autenticidad de los objetos encontrados por J. Gass en un sepulcro indio cerca de Davenport, (Iowa); consisten en planchas de pizarra de un pié cuadrado con un espesor de pulgada y media, con grabados representando una pira á cuyo alrededor se efectúa una danza, estrellas, el Sol y la Luna, inscripciones en caractéres desconocidos, bosquejos de hombres, mostodontes y otros cuadrúpedos, pájaros, árboles y diversos objetos. Una de las tablas tiene señalados los cuatro puntos cardinales y doce equidistantes que se supone indican los signos del Zodiaco.

Estos objetos fueron hallados junto á restos humanos, entre varias ca-

pas de conchas, en un túmulo de tierra, y si estos objetos, que se suponen de origeu indio, son genuinos, constituyen un importante descubrimiento arqueológico.

PREMIOS CONFERIDOS POR LA SOCIEDAD REAL DE LONDRES.

La Sociedad Real de Lóndres ha conferido los siguientes premios: 1º Medalla Copley al profesor James De Dana por sus investigaciones biológicas, geológicas y mineralógicas, efectuadas durante cincuenta años. 2º Una medalla real á Federico A. Abel por sus estudios físico-químicos referentes al algodon, pólvora y otras materias explosivas. 3º Una medalla real al profesor Osvald Heer, de Zurich, por sus numerosas exploraciones é importantes escritos acerca de los terrenos terciarios de Europa, Norte del Atlántico, Norte de Asia y Norte de América, como tambien por la Exposicion de las afinidades que presentan en sus relaciones geológicas climatológicas, 4º una medalla Davy á los Sres. Roberto Guillermo Bunsen, Roberto Kirchkoff por sus descubrimientos en el análisis espectral. Todas estas recompensas han sido distribuidas últimamente al celebrarse el aniversario de dicha Sociedad.

LA OPERA ZILIA.

En el próximo número de la REVISTA se publicará un juicio crítico de esta ópera del jóven compositor habanero Sr. Villate, debido á nuestro colaborador el Sr. D. Serafin Ramirez. Hecho este trabajo para el presente número no ha podido salir á causa de los muchos originales.

BIBLIOTECAS DE FRANCIA.

De la estadística de las Bibliotecas de Francia, publicada últimamente por el ministerio de instruccion pública, tomamos los siguientes datos acerca de las principales existentes en Paris:

La Biblioteca Nacional contiene más de medio millon de volúmenes; la del Arsenal posee 200.000 volúmenes y 8.009 manuscritos, siendo en su casi totalidad referentes al teatro; la del Conservatorio de Artes y Oficios, 20.000; la del Cuerpo legislativo 50.000; la del Instituto 100.000; la del Louvre, 100.000; la del Ministerio de Estado, 14.000; la de la Facultad de Medicina 35.000; la de la Facultad de Derecho, 9.000; la Mazarina, (fundada en el siglo XVII) 160.000; la de Santa Genoveva, 170.000; la del Museo de Historia Natural, 35.000; la de Soborna 225.000 y la del palacio de Luxemburgo 20.000 volúmenes.

DON JOSE AMADOR DE LOS RIOS.

La literatura española contemporánea acaba de experimentar una gran pérdida. El Sr. D. José Amador de los Rios, individuo de número de las Reales Academias de la Historia y nobles artes de San Fernando y Decano de la facultad de filosofía y letras de la Universidad Central, ha muerto en Sevilla el 17 de Febrero último, contando apénas sesenta años de edad. Deja un nombre ilustre en las letras que perpetuarán su brillante traduccion de la *Historia de la literatura española de Sismonde de Sismondi*, su *Sevilla pintoresca*, su *Toledo pintoresca*, sus profundos *Estudios históricos, políticos y literarios sobre los Judíos de España*, obra admirada por Ticknor, y refundida en parte en su voluminosa Historia política y social de los Judíos de España y Portugal, recientemente publicada, y más que ninguna su notabilisima *Historia crítica de la literatura española*, trabajo de gigantescas miras, cuya terminacion siempre lamentaremos que no haya podido llevarse á cabo. Tambien escribió la vida del célebre Marqués de Santillana cuyas obras compiló é ilustró, publicándolas por vez primera en Madrid por el año de 1852. Cuando la Academia de la Historia dió á luz la *Historia general y natural de Indias* de Gonzalo Fernandez de Oviedo y Valdés, encargó á su erudito miembro D. José Amador de los Rios la noticia sobre la vida y escritos de aquel cronista, que precede á la magnífica edicion de dicha obra. Colaborador de varios periódicos, en todos ellos nos dejó relevantes muestras de su extraordinaria erudicion, y en estos últimos tiempos la Revista de la Universidad Central publicaba notables artículos suyos.

A él se debe, segun dice D. Manuel de la Revilla, la renovacion de los estudios critico-literarios y artísticos en España.

RECIENTES PUBLICACIONES HISTORICAS EN FRANCIA.

Es verdaderamente asombroso el movimiento intelectual que se observa en esta gran nacion, y pretender seguirlo sin permanecer al fin de la jornada siempre atrasado no seria fácil; pues el tiempo no bastaria para leer tantas obras, ni la atencion podria fijarse en tantos y tan variados estudios. Refiriéndonos únicamente á las de historia que acaban de publicarse, haremos una ligerísima indicacion de las más notables, con el fin de que los lectores de la REVISTA DE CUBA tengan noticia de ellas.

Todos conocen ya la primera parte de *L' histoire d' un crime* de Víctor Hugo y aquellos que no han tenido la fortuna de haberla leido en el original francés, pueden hacerlo en la traduccion española que acaba de dar á la estampa con una bien escrita introduccion de Castelar la casa editorial de Victoriano Suarez en Madrid. La última parte del libro es tan

dramática como la primera y su estilo nervioso y cáustico, es apropiado al asunto que refiere su esclarecido autor, testigo de los acontecimientos que relata. Comprende la narracion de los sucesos que originaron el nacimiento y la caida del segundo imperio, y si es cierto que existen otras obras más severas que nos pintan bajo todos sus aspectos esta época de la historia contemporánea, ninguna lo hace con tal riqueza de detalles, ni con tan punzante ironia. *Le Nabab* de Alfonso Daudet y el útimo libro de Víctor Hugo han hecho tanto daño al bonapartismo como el Manifiesto de Mr. Thiers publicado en circunstancias críticas. La Matanza, la Victoria y la Caida son los títulos de los últimos capítulos de la obra.

Desde 1876 que leimos el primer tomo de *Les Origines de la France Contemporaine* de Mr. Taine, anhelábamos la aparicion del segundo, que acaba de ver la luz bajo el título de *La Révolution*, consagrado, segun nos dice su mismo autor, á demostrar que las insurrecciones de la demagogia y la Asamblea constituyente produjeron el más completo desgobierno en aquel pais. La historia del partido que llegó á dominar ejerciendo el poder conforme á sus principios extremos, será objeto de otro volúmen.

El punto de vista bajo el cual se estudian estos acontecimientos que tanto preocuparon á los Mignet, Thiers, Blanc, Quinet, Janet, Michelet, Lamartine, Sybel, Carlyle y otros, es enteramente nuevo, y ninguno se ha aprovechado con éxito tan extraordinario de los documentos que el sabio H. Taine ha consultado. Su libro, como el anterior, dedicado al estudio del *Antiguo régimen*, no es solo una narracion histórica, es una diseccion de los sucesos, es un proceso de la época, en que la observacion más minuciosa, la crítica más fina y el análisis más profundo, permiten conocer de una manera satisfactoria los hechos que se relatan. El método y las deducciones tienen una novedad visible y hacen del libro uno de los trabajos más elevados y concienzudos de nuestro tiempo. Mr. Taine no es solamente un literato, es un psicólogo eminente y su *Historia de la literatura inglesa*, en la que por vez primera la examina bajo un punto de vista experimental, considerándola como ciencia positiva, le elevó á envidiable altura. La anarquía expontánea, la Asamblea constituyente y su obra y la constitucion aplicada son los títulos de las tres partes del libro. La REVISTA dará á conocer próximamente á sus lectores algunos de sus principales capítulos.

Merced á la elegante traduccion de Mr. Ludovic Carrau, está al alcance de la generalidad el bellísimo libro del ilustre profesor de la Universidad de Edimburgo Mr. Robert Flint, titulado *La philosophie de l' histoire en France*, primera parte de su obra sobre la materia, cuya segunda se refiere á la Alemania. En él nos presenta una série de estudios críticos de

las doctrinas de Bodin, Bossuet, Montesquieu, Turgot, Voltaire, Condorcet, la escuela teocrática Saint Simon y Fourrier, Cousin y Jouffroy, Guizot, Buchez y Leroux, Augusto Comte, Michelet y Quinet, Tocqueville, Barrot y Laurent, en clara y brillante forma, tan útiles al filósofo como al historiador,

La teoría científica del progreso humano se halla en este libro tratada con una crítica sagaz y profunda y algunos sistemas, como el de Saint Simon, el de Cousin, por ejemplo, son refutados de una manera admirable por el antiguo catedrático de Saint Andrews, de cuyas ideas se deduce que el progreso es un hecho incontestable é indiscutible, regido por una ley fundada en la necesidad íntima de nuestra alma hácia un ideal de belleza, de verdad, de felicidad y de perfeccion. El progreso es para él el triunfo de la razon y de la libertad moral sobre la naturaleza y el fatalismo.

El último libro de Mr. Renan *Mélanges d' histoire et de voyages*, está formado, segun él mismo nos dice, de varios trabajos que no tienen más enlace que el amor á la verdad histórica y á los métodos que permiten hallarla. Escrito por la pluma de Renan, es de una lectura seductora é instructiva, revelando en cada página al sabio, al erudito, al filólogo y al crítico incomparable, cuyo estilo es digno del primer prosista de Francia en los tiempos actuales. Entre los capítulos más interesantes y amenos se encuentran el juicio de la célebre obra del malogrado Beulé sobre los Césares, titulada *Le procès des Césars*; el discurso sobre la emperatriz Faustina, leido en la sesion anual de las cinco Academias en 1867; el consagrado al arte y su decadencia en la edad media y finalmente el que dedica á la obra de M. Dozy sobre la España musulmana y el Cid. La historia de la filología clásica en la antigüedad, los gramáticos griegos, la primitiva gramática de la India, la historia de la instruccion pública en China y los orígenes de la lengua francesa pertenecen á la série de los más profundos.

UNA BALA HISTORICA.

Próximo á cerrarse este número hemos tenido el gusto de recibir un folleto, que con el título que encabeza estas líneas ha escrito el Sr. D. Ignacio Guasp sobre la bala hallada en el ataud que contiene los supuestos restos de Colon, encontrados en Santo Domingo. En el próximo número nos ocuparémos más detenidamente de este folleto, elegantemente impreso por la imprenta de la Viuda de Soler y Comp.ª calle de Ricla n.º 40.

Director propietario: Dr. José Antonio Cortina.

Habana 30 de Abril de 1878.

JURISPRUDENCIA PRACTICA.

AUTOS PARA MEJOR PROVEER.

Los autos para mejor proveer son de suma importancia en el procedimiento. Obligados los Jueces y Tribunales á depurar la verdad entre las variadísimas pruebas que, para sostener una accion ó alegar una excepcion, traen á los autos los litigantes, la ley, que no cede á las circunstancias del momento y mira siempre al porvenir, no podia ménos que suministrar á sus sacerdotes un medio que usado con moderacion satisfaciese los intereses encontrados, dejando incólume lo que hay de más importante en el órden social: el derecho y la justicia.

Este medio tan trascendental lo hallamos en los autos *para mejor proveer*, que segun los comentaristas Reus y Manresa, «son los que dictan los »Jueces y Tribunales ántes de la sentencia, acordando que se practique »alguna diligencia que consideran conveniente para resolver la cuestion »con mayor acierto», ó como dice Escriche: «los que dá el Juez espontá»neamente en los casos dudosos, mandando practicar alguna diligencia, ó »tomar alguna nueva declaracion, ó presentar ciertos instrumentos, para »poder sentenciar con más acierto.» (1)

Aunque inspirados en la legislacion alfonsina y admitidos por una práctica no interrumpida, la vaguedad de la antigua jurisprudencia no determinaba la forma en que habian de dictarse en los negocios civiles estos autos desde tan remoto tiempo usados en los juicios criminales y contencioso-administrativos.

La Ley de Enjuiciamiento Civil vino á llenar más tarde con su sancion

(1) Diccionario razonado de Legislacion y Jurisprudencia.

tan notable vacío, consignando en el art. 48 que: «*Los Jueces y Tribunales podrán para mejor proveer:* 1º *Decretar que se traiga á la vista cualquier documento que crean conveniente para esclarecer el derecho de los litigantes.* 2º *Exigir confesion judicial á cualquiera de los litigantes sobre hechos que estimen de influencia en la cuestion y no resulten probados.* 3º *Decretar la práctica de cualquier reconocimiento ó avalúo que reputen necesarios.* 4º *Traer á la vista cualesquiera autos que tengan relacion con el pleito.*»

No es nuestro propósito entrar en el exámen de este artículo comentado ya por muy distinguidos jurisconsultos, entre los cuales Reus y Manresa asientan que «*Si la verdad es cosa que los juzgadores deben catar en los pleitos sobre todas las otras cosas del mundo, é por ende cuando las partes contienden sobre algun pleito en juyzio, deben los juzgadores ser acuciosos en pensar de saber la verdad dél por cuantas maneras pudieren.....*», como dice una ley de Partida (1) la razon y la justicia aconsejan que el Juez pueda y deba decretar la práctica de las diligencias que estime oportunas cuando las pruebas practicadas no hayan esclarecido los hechos y abrigue su ánimo alguna duda, ó cuando considere que aún hay algunas *maneras de catar la verdad*, que no aparece tan clara como fuera de desear para que su fallo sea tenido como justo.»

Bien sabido es además que deben los Jueces y Tribunales, como dice la Ley Recopilada, fallar segun lo alegado y probado en los litigios (2) y que es un deber inherente á la mision que representan y al carácter mismo del procedimiento, inquirir la verdad por cuantos medios racionales y legales estén á su alcance, aunque las partes no los hayan mencionado ni traido al juicio.

Como esto pudiera, sin embargo, dar lugar á abusos, la ley, siempre previsora, ha corregido la vaguedad de la antigua jurisprudencia, reduciendo á cuatro las diligencias de los autos supradichos.

No nos detendrémos á analizarlas con minuciosidad; solo dirémos respecto á las primeras, que así como ántes se *traian á los autos*, hoy pueden ser *traidos á la vista* todos los documentos que sirvan de instruccion al Juez y que éste considere de importancia para *catar la verdad*, ora se hayan mencionado por las partes durante la tramitacion, ora hayan llegado á su conocimiento por cualquier otro conducto, el que deberá, no obstánte, indicarse en prenda de imparcialidad y para garantía moral de los que contienden. Por lo que respecta á las segundas, observarémos que esas confesiones, consignadas por vez primera en el Digesto y el Código y sancionadas más tarde por las leyes de Partida, han de concretarse á puntos de importancia, que guarden entera congruencia con el procedimiento

(1) Ley 11, tit. 4º Part. 3ª

(2) Tambien lo dispone el artículo 803 de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

y que no hayan sido probados: y que en éste como en el caso anterior, se hace trasparente el espíritu de la ley que es conceder al Juez, con entera independencia de los que litigan, facultades discrecionales para que, en posesion de la verdad y bien aconsejado por la doctrina y la sana crítica, cumpla su difícil mision.

Sin entrar en el prolijo exámen de la forma en que deba hacerse la citacion, responsabilidad del que no comparece, efectos de su declaracion, etcétera, por no importar á nuestro propósito, solo indicarémos de paso, que es necesario no confundir esta diligencia con el *juramentum in litem*, exigible entre las partes hasta la *citacion para definitiva*.

En cuanto á la práctica de cualquier reconocimiento ó avalúo, repetirémos lo que en los casos anteriores: que pueden disponerlo los Jueces, siempre que lo reputen indispensable, pues que otra cosa seria parcialidad ó negligencia y mal cuadra ésta, con un principio encaminado al esclarecimiento de la verdad y por tanto, á la más recta administracion de justicia.

Y finalmente, respecto al cuarto inciso, ó sea traer á la vista cualesquiera autos que tengan relacion con el pleito, solo advertirémos que no se contradice la ley en esta disposicion con el principio de que debe sentenciarse *secundum allegata et probata*. Nó, hay cuestiones que se rozan tanto, que tienen un enlace tan íntimo, que son como el forzoso complemento de otras, y de ahí la necesidad en que se halla un Juez recto de traer á la vista algunos expedientes, bien lo hayan solicitado las partes en tiempo oportuno, ora hayan llegado á su conocimiento por otro medio que deberá tambien indicar para los fines anteriormente enunciados.

Como se vé de esta rápida reseña de los cuatro incisos del artículo 48 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, los Jueces y Tribunales están facultados para ordenar la práctica de cualquiera de estas diligencias, sin que las partes puedan ni tengan que intervenir en nada, pues que se trata de un asunto de su exclusiva y discrecional competencia.

Pero como quiera que la ley no indica, ó mejor dicho, no formula al ocuparse del inciso tercero, la manera de practicar todas estas diligencias: los comentaristas Reus y Manresa tratan de subsanar el vacío y dicen, «Aunque la ley no indica en este punto la manera cómo deben practicarse dichas diligencias, es indudable que deberá hacerse en los mismos términos que expresa al hablar de las pruebas en el juicio ordinario. Así, por ejemplo, cuando se trata de practicar para mejor proveer un reconocimiento judicial ó vista ocular, se observará lo dispuesto en los artículos 304 y 305; si el reconocimiento debe ser pericial, en cuya diligencia se halla comprendido el cótejo de letras de que hablan los artículos 287 á 290, los peritos serán nombrados por las partes conforme al artículo 303, evacuando su cometido de la misma manera que en dicho artículo se preceptúa, y cuando se haya de hacer algun avalúo, deberá efectuarse por

peritos que nombren los interesados (artículo 443) en la misma forma que expresa dicho artículo 303.»

Esta opinion, muy respetable por su procedencia, es sin embargo, en nuestro concepto errónea y ha dado lugar á no pocas cuestiones judiciales, que otra cosa no significan las múltiples resoluciones del Tribunal Supremo de Justicia sobre asunto de tanta importancia, en las que se restablece, digámoslo así, el verdadero concepto de los autos para mejor proveer, desconocido por los consabidos comentaristas.

Y no es esta por cierto una suposicion gratuita. A nadie se oculta que en los juicios es á veces indispensable dictar *autos para mejor proveer*, ordenando la ejecucion de alguna de las diligencias á que se contrae el artículo 48 en la forma legal que más garantía de imparcialidad preste al que juzga; y el empeño con que piden los litigantes su reforma ó reposicion y la marcada obstinacion con que apelan de las providencias y del Juez para ante la Superioridad, cuando no se les concede ni una ni otra. Y como quiera que aquella reforma ó reposicion no se pide, ni esta apelacion se establece contra el auto para mejor proveer sino contra la manera como se dispone la práctica de las diligencias, nos parece muy importante en vista de la deficiencia que respecto á este particular se nota en la Ley de Enjuiciamiento Civil, estudiar la siguiente cuestion que surge naturalmente como consecuencia del mismo y de la opinion de los comentaristas Reus y Manresa.

¿Qué recurso cabe contra los autos para mejor proveer en que no se ordene la práctica de las diligencias en los mismos términos que expresa la ley al hablar de las pruebas en el juicio ordinario?

Desde luego nos atreveríamos á asentar que no siendo ley la opinion de los citados comentaristas y sí potestativo en los Jueces y Tribunales el otorgamiento de autos para mejor proveer (1) no puede imponerse aquella en un acto que sólo tiene por objeto esclarecer la conciencia del que juzga (2).

Pero la cuestion merece un exámen detenido; y como se funda en lo dicho por los comentaristas, bueno es resolverla con las razones que estos puedan proporcionarnos, sin perjuicio de robustecer más tarde nuestra opinion con autoridad superior.

Empiezan haciéndose cargo de la naturaleza especial de estos autos en su aplicacion al derecho civil, los examinan dentro del espíritu de la legislacion alfonsina y dando á entender que estaban encarnados en nuestro derecho por una práctica no interumpida y que respondian á necesidades apremiantes, concluyen aplaudiendo su sancion en la Ley de

---

(1) C. de 1º de Mayo de 1875.—*Gaceta* de 30 de Junio t. XXXI, pág. 723.

(2) Sent. de 11 de Diciembre de 1865.

Enjuiciamiento Civil, que como es sabido, vino á darles forma metódica dentro de un código, á consignarlos como precepto.

«La consignacion esplícita de estos autos en la nueva Ley, dicen, deja en pié la antigua y fundamental teoría de que los Jueces deben juzgar segun lo alegado y probado por las partes: *secundum allegata et probata.* La ley de Partida últimamente citada decia que cuando los Jueces supieren la verdad debian dar su sentencia en la manera que entendieren que lo han de hacer segun derecho. *Cierto é derechurero,* decia otra ley (1), *segun mandan las leyes de nuestro libro, é catada, é escodriñada é sabida la verdad del fecho, debe ser dado todo juyzio, mayormente aquel que dicen sentencia definitiva;* y finalmente segun una ley recopilada (2) *seyendo hallada y probada la verdad* del fecho por el proceso, *en cualquier de las instancias que se viere, sobre que se pueda dar cierta sentencia, los Jueces que conoscieren de los pleitos y los hobiesen de librar, los determinen y juzguen segun la verdad que hallasen probada en tales pleitos.*

Despues de examinar si ha sido ó no conveniente la conservacion de esta doctrina en la nueva ley, tratan de la oportunidad para dictar los tales autos y convienen en que siendo su objeto desvanecer las dudas que pudiera abrigar el ánimo del Juez, es lógico que deben dictarse, despues de citadas las partes para sentencia, ó con posterioridad á la vista, en el caso de que se pidiera ésta dentro de los dos dias siguientes á la citacion, pues que hasta entonces cabe á los contendientes el derecho de hacer alegaciones y éstas pudieran desvanecer todo género de dudas.

De acuerdo con dichos comentaristas, dicen á su vez los Dres. Galindo y Caravantes: «Respecto del período del juicio en que deben dictarse (hablan de los autos para mejor proveer), teniendo por objeto suplir la falta de prueba practicada por los litigantes, es consecuencia que se dicten cuando éstos hayan concluido de verificar sus pruebas. Pueden dictarse, pues, en primera instancia, desde que se cita á las partes para sentencia definitiva si éstas no pidieran vista pública, pues en tal caso, se dictarán despues de celebrada la vista. En los Tribunales Superiores, siempre despues de la vista, pues en estos hay siempre vista pública.» (3)

Afirman más tarde Reus y Manresa la superioridad del beneficio sobre el perjuicio que puedan estos autos irrogar á los interesados. Y formulando por fin la siguiente pregunta: ¿Será apelable el auto que dicten los Jueces y Tribunales para mejor proveer? concluyen despues de varias consideraciones en esta forma: «La ley faculta á los Jueces para que dicten

---

(1) Ley 3ª, tít. 22, Partida 3ª

(2) Ley 2ª, tít. 16, libro 11, Nov. Rec.

(3) Diccionario razonado de Legislacion y Jurisprudencia por Escriche. Nueva edicion reformada y considerablemente aumentada por los Dres. D. Leon Galindo y de Vera y D. José Vicente y Caravantes.

»esos autos cuando lo crean oportuno para su mayor ilustracion; y esta »facultad *exclusivamente suya*, no puede ser coartada ni restringida so»pena de que quede *nula é ilusoria.*»

Sentencia tan terminante parecia resolver la cuestion definitivamente; pero estos mismos comentaristas que así se expresan restringen al tratar del inciso 3º del art. 48 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, la facultad de los Jueces estableciendo como indudable que las diligencias de que trata el mismo deben hacerse en los términos que expresa la ley al hablar de las pruebas en el juicio ordinario. Esto nos lleva insensiblemente á la siguiente pregunta: ¿Será válido el reconocimiento judicial ó vista ocular que, á consecuencia de un auto para mejor proveer, se practique, sin observar lo dispuesto en los artículos 304 y 305 de la Ley de Enjuiciamiento Civil? ¿Será válido, tambien, el reconocimiento pericial que por el mismo motivo se lleve á cabo, bien sobre cotejo de letras ó sobre la práctica de algun avalúo, sin observar lo preceptuado por los artículos 287 y siguientes hasta el 290, 303 y 443 de la Ley de Enjuiciamiento Civil?

Segun hemos indicado ántes, Reus y Manresa al llenar el vacío, la verdadera laguna que en la Ley de Enjuiciamiento Civil se advierte al tratar de esta materia han incurrido en grave error. Veamos, como confirmacion de este aserto y á la luz del derecho y de la sana crítica, si el vacío existe y en caso afirmativo si se ha llenado debidamente, que esto nos llevará á la resolucion del problema.

De muy antiguo arrancan las ámplias facultades del que juzga en la indagacion y esclarecimiento de la verdad. Ya en los fueros de Segovia y Alcalá hallamos acertadas disposiciones sobre el particular y vienen por fin las leyes de Partida, que como es sabido asientan su base sobre el derecho romano, fuente inmediata del derecho universal, á decirnos terminantemente: «que deben los juzgadores ser acuciosos en pensar de saber la »verdad del» (refiérense al pleito.)

De modo que la antigua jurisprudencia, léjos de oponer obstáculo alguno á los juzgadores, les aconsejan que *sean acuciosos en pensar de saber la verdad*, pero como hemos manifestado ya, nótase en ella una gran vaguedad, notable vacío que ha venido á subsanar el art. 48 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, reduciendo á cuatro las diligencias cuya práctica pueden ordenar los Jueces y Tribunales para mejor proveer.

Ajustado este artículo en un todo al espíritu de la antigua legislacion, sobre el sagrado ministerio de la magistratura, nada contiene sobre la forma en que hayan de practicarse tales diligencias, lo que constituye sin duda alguna uno de los tantos vacíos de la Ley de Enjuiciamiento Civil, tratados por Reus y Manresa, La Rua, Caravantes y otros notables comentaristas. Convenimos con los primeros que es un vacío el no indicar el estado del juicio ó de la instancia en que puedan y deban dictarse estos autos; tambien nos parece que si bien no hay prescripcion legal que lo

fije, la práctica ha resuelto la duda sin grandes esfuerzos, teniendo en cuenta los principios fundamentales que rigen en materia de procedimientos y atendiendo á la clase y naturaleza de la actuacion. De acuerdo tambien con la opinion de aquellos comentaristas sobre el período del juicio en que deben dictarse estos autos, no lo estamos en cuanto á la forma que establecen para la ejecucion de las diligencias á que se contrae el inciso 3º del art. 48 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, laguna que han tratado de cegar Reus y Manresa, incurriendo en grave contradiccion y desconociendo la naturaleza filosófica de estos autos.

Que la contradiccion existe, es tan indudable, que ellos mismos van á demostrárnoslo con sus propias palabras. Despues de hablar sobre la *conclusion* para definitiva, trámite sustancial, segun la antigua ley, copian del art. 329: «Que devueltos los autos por el demandado con su alegato, se mandarán traer á la vista con citacion para oir sentencia definitiva,» y dicen: «Luego desde esta citacion, que segun la nueva ley hace ahora las veces de conclusion, comenzará á correr el término en primera instancia para dictar los autos para mejor proveer, pudiendo hacerlo el Juez hasta que dicte sentencia, pues para dictarla con más acierto, que esto quiere decir, para *mejor proveer*, se le concede la facultad que consigna el artículo 48. Esto debe entenderse, en el caso de que las partes no pidan vista pública dentro de los dos dias siguientes al de la citacion, como preceptúa el art. 330; pues si tuviese lugar este trámite, como en él pueden los defensores de las partes desvanecer con sus alegaciones las dudas que abrigue el Juez, parece que sólo estará en su lugar el auto para mejor proveer, despues de la vista y cuando á pesar de ella no haya quedado completamente esclarecida la verdad.»

Pues bien, si desde la citacion para sentencia empieza á correr el término en primera instancia para dictar los autos *para mejor proveer*, á menos que las partes pidan vista pública, en cuyo caso parece natural, que empiece despues de celebrada ésta; y si la *citacion* para sentencia equivale á la *conclusion* para definitiva de la antigua ley, quedando terminada por tanto la intervencion de las partes en el procedimiento, ¿cómo nos dicen más tarde que aunque la ley no indica la manera en que deban practicarse las diligencias ordenadas en los autos para mejor proveer, es indudable que debe hacerse en los mismos términos que expresa al hablar de las pruebas en el juicio ordinario, siendo así que en estas pruebas intervienen forzosamente las partes y que el auto para mejor proveer se dicta despues de la citacion para sentencia en que cesa por completo la intervencion de éstas, solamente autorizadas para pedir vista pública del pleito?

Esto es tanto más extraño en los comentaristas Reus y Manresa cuanto que al tratar de la facultad de los Jueces y Tribunales para dictar estos autos, consignan terminantemente, que no puede dejarse bajo ningun concepto á los que litigan la apreciacion de los méritos del procedimiento,

pues que no les toca á ellos juzgar de lo que se haya alegado y probado en el juicio; por cuya razon debe negarse toda solicitud encaminada á inclinar el ánimo del Juez hácia la ejecucion de cualquiera de las diligencias del art. 48, en atencion á que si prevaleciese otra doctrina se daria el absurdo de una prueba extemporánea é ilegal y se desvirtuaria una disposicion, autorizada ya por el criterio racional y una práctica no interrumpida constante.

Pero aún hay más: Reus y Manresa consignan terminantemente que: «la ley faculta á los Jueces para que dicten esos autos cuando lo crean »oportuno para su mayor ilustracion; y esta facultad *exclusivamente suya*, »no puede ser coartada ni restringida, so pena de que quede *nula ó ilusoria*.»

¿Cómo, pues, si los Jueces están facultados *exclusivamente* por la ley para dictar tales autos sin que esta *facultad* pueda ser *coartada* ni *restringida* por nadie, podrán *coartarla ni restringirla* los comentaristas sin contradecirse, ni desconocer la naturaleza filosófica de los mismos?

Es, pues, contradictorio y erróneo sostener que deban dichas diligencias practicarse en tal ó cual forma.

Descubrir la verdad á todo trance, sin que en esto tengan para qué intervenir los litigantes á ménos que el Juez los llame expresamente, hé ahí el objeto de los repetidos autos; y tan arraigada se halla en nuestra legislacion la idea de que la verdad se haga y como tal se imponga en los litigios, que áun en el caso de que no se haya cumplido con todos los requisitos de la ley, debe el Juez fallar conforme á ella segun lo preceptúan las leyes de Espéculo, el Fuero Real, las de Partida, los Ordenamientos de Alcalá y Segovia y la Novísima Recopilacion.

Vease sinó el Ordenamiento de Alcalá en su ley 1ª tit. 12 establecer que *los Judgadores que conosciere del pleyto ó de los pleytos, ó los ovieren de librar, que los libren, é los judguen segunt la verdat, que en los procesos fallaren probada*. Y á la Novísima Recopilacion disponer en su Libro 11, tit. 16, ley 2ª, *que los Jueces que conosciere de los pleitos y los hubieren de librar, los determinen y juzguen segun la verdad que hallaren por [illegible] en los pleitos, y las sentencias, que en ellos dieren, por las razones [illegible] valederas.*

La misma Part. 3ª tit. 4º Ley 11 citada por los comentaristas y que trata de «Como los Judgadores deuen escodriñar por quantas razones [illegible] de saber la verdad de los pleytos que fueren comenzados ante [illegible] la idea de que pueda restringirse nunca tal [illegible] en los Jueces. [illegible] *Judgadores* [illegible]

[illegible] 12 [illegible] la N. R. [illegible]

catar en los pleytos, sobre todas las otras cosas del mundo è por ende, cuando las partes contienden sobre algund pleyto en juyzio, deuen los Judgadores, ser acuciosos en puñar de saber la verdad dél, por cuantas maneras pudieren. Primeramente, por conoscencia que fagan por sí mismos el demandador è el demandado en juyzio ó por preguntas que los Jueces fagan á las partes, en razon de aquellas cosas sobre que es la contienda. Otrosí por jura, en la manera que diximos en el título do fabla della. Porque, cuando por ninguna destas carreras non pudieren los Judgadores saber la verdad han de recebir testigos, los que las partes traxeren para prouar sus intenciones, tomando la jura ánte ellos paladinamente ante las partes, è recibiendo despues los dichos de cada uno por si en poridad (1) *ó en lugar apartado. E sobre todo, si por preuillejos, ó por cartas valederas, ó por señales manifiestas, ó por grandes sospechas* (2) *non la pudieren saber deuen fazer en la manera que mostramos en las leyes* (3) *deste libro, ó en los logares do fabla en cada vna destas razones, è quando supieren la verdad, deuen dar su juyzio, en la manera que entendieren que lo han de fazer segund derecho.*

A algunos parecerá supérfluo la cita de esta ley que tiene para nosotros la importancia de ser la fuente de donde tan rica doctrina sacan los comentaristas, con la que estamos conforme á pesar de no aceptar las consecuencias que de ella deducen.

Como hemos visto, la antigua legislacion guia al Juez, lo aconseja, le proporciona, en una palabra, medios racionales y justos para que descubra la verdad; pero no legisla sobre su conciencia. Y como á veces sucede que á pesar de las múltiples y variadas pruebas que para sostener una accion ó alegar una excepcion traen á los autos los litigantes, la verdad no se destaca de entre ellas, la ley, siempre previsora y atenta al porvenir, adoptó un justo término medio, sancionando en el artículo 48 de la Ley de Enjuiciamiento Civil lo que era ya no interrumpida práctica, bien que con ciertas limitaciones muy útiles á la buena marcha del procedimiento. Faculta así á sus delegados, para que con la intervencion de las partes ó sin ella, segun á sus altas miras convenga, y dentro del círculo que les

(1) *En poridad* Adde. 1 26, tit. 16, Part. 3ª

(2) *O por grandes sospechas.* Habes hic text. ad id quod notat Gloss. in 1. 2. in verbo *legitimis, D. de excus. tut.* quam allegat totus mundos secumdum Nicol. de Neap. ibi quod plures prœsumptiones inducunt probationem, et vide Bald. in 1. *spadonem,* 15. § *qui jura,* 11. D. *de* excusat. tut.

(3) *Las leyes.* Vel absolvendo reum, vel deferendo juramentum, vel subjiciendo torturæ in criminalibus cum sunt indicia.

Ley XI.—Perscrutetur judex per vias, quibus potesi, veritatem: per confessiones, aut interrogationes, seu juramenta, aut signa certa vel instrumenta, seu testes palam juratos, et postea in secreto deponentes, et secundum probata juridice proferat sententiam. Hoc dicit. Concordat cap. Judicantem, 30, quest. fin.

traza, traigan á los autos los datos indispensables para la más recta administracion de justicia.

Podríamos sostener ya sin temor de ser contradichos que el vacío, la laguna á que hacen referencia los comentaristas Reus y Manresa, existe verdaderamente, en razon á que la Ley de Enjuiciamiento Civil en su artículo 48, aunque se ajusta en un todo á los principios del derecho y á la práctica admitida ya de antiguo en los juicios civiles sobre los autos para mejor proveer, tan comunes en los juicios criminales y contencioso-administrativos, no indica, como fuera de desear, el estado del juicio y forma en que deban practicarse estos autos.

Pero no es esta, sin embargo, la cuestion primordial. Siendo los autos para mejor proveer de la exclusiva competencia de los Jueces, y no teniendo las partes más intervencion que la que ellos mismos quieran darle, parece natural deducir que toca á los Jueces indicar la forma en que hayan de practicarse las diligencias que tales autos originen, pues que se trata de un derecho *suyo y no de las partes*.

El punto importante es la forma en que el supuesto vacío se ha llenado. Hasta ahora hemos sostenido que es viciosa por contradictoria; tócanos demostrar que tambien lo es, como opuesta á los principios del derecho.

Al establecer los comentaristas como incuestionable que las diligencias en los autos para mejor proveer deben practicarse en los mismos términos que expresa la ley al hablar de las pruebas en el juicio ordinario, confunden, en nuestro concepto, el carácter de éstas y desconocen la naturaleza de ese procedimiento especialísimo, coartando facultades omnímodas, exclusivas, y dando á los que litigan un derecho que no tienen. La reforma establecida por Reus y Manresa coarta en efecto derechos absolutos: los de los Jueces y Tribunales para dictar estos autos; y concede derechos ilusorios: los que da á las partes para intervenir en los mismos. Algo más que ilusorio, podríamos asegurar, porque no bien les ha concedido el derecho de intervencion en estos autos, cuando á renglon seguido les dice que no pueden suplicar ni mucho ménos apelar de ellos, pues aunque esten autorizados por el art. 67 de la L. de E. C. para apelar de las sentencias definitivas y de las interlocutorias que decidan un artículo, dentro de los cinco dias siguientes á las mismas; y por el art. 55 de la referida Ley para pedir reposicion dentro de tres dias improrogables de las providencias interlocutorias pronunciadas por los Jueces de Primera Instancia, y si no la estimaren, para apelar de ella en término igual al anterior, los indicados autos no están comprendidos en la categoría de sentencia definitiva, ni de sentencia interlocutoria que decidan un artículo; pero ni siquiera pueden calificarse de interlocutorios, porque no se dictan *inter locuentes*. Pues bien; si no se dictan *inter locuentes* ¿qué significa esa intervencion que se da á las partes al asentar que «cuando se haya de hacer algun avalúo de-

berá efectuarse por peritos que nombren los interesados (art. 443) en la misma forma que expresa dicho artículo 303?» Vemos, que este raciocinio no resiste al menor embate de la crítica, máxime si nos fijamos un punto en las siguientes palabras de los mismos Reus y Manresa, al tratar de estos.» Son de un carácter *especial* y hasta *anómalo;* los providencia el Juez para su instruccion solamente, sin consideracion á los litigantes, en un período del juicio *en que estos nada pueden hacer;* y está reservada *á aquel exclusivamente* para estudiar el espediente y dictar el fallo que corresponda. En su consecuencia, mirada la cuestion bajo este punto de vista, no puede ofrecer dificultad en consignar que el precepto del art. 68 no comprende ni hace relacion á los autos para mejor proveer. Si otra doctrina se sustentara sobre no tener fundamento alguno racional y legal, se hallaria en abierta oposicion con la naturaleza y objeto de estos mismos autos.»

Para dar mayor claridad á este punto, pongamos un ejemplo: dice el inciso tercero del artículo 48 de la Ley de Enjuiciamiento Civil: «Decretar »la práctica de cualquier reconocimiento ó avalúo que reputen necesario» y escogemos éste porque segun Reus y Manresa «ha sido el medio de que »los Jueces y Tribunales se han valido más comunmente para desvanecer »la duda que abrigaban sobre algun hecho litigioso.» Ahora bien: ¿La práctica del reconocicimiento ó avalúo que reputen necesario los Jueces y Tribunales ha de llevarse á efecto indispensablemente en la forma que dispone el artículo 443 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, es decir, por peritos que nombren los interesados, segun opinan aquellos? ¿No es esto dar á las partes un derecho de intervencion que no tienen, pues que ha espirado en la *citacion para sentencia*, equivalente á la *conclusion* antigua, y desde aquella ó desde que se celebra la vista en su caso, empieza á correr el término para dictar los autos de que tratamos?

¿Es el auto para mejor proveer un derecho que da la ley á la parte ó al Juez?

Y si es una facultad discrecional que á éste se le confiere para la mejor administracion de justicia ¿podrá coartarse la misma con formas determinadas?

Medítese un instante sobre estos puntos, y se convendrá con nosotros en que el Juez es quien debe elegir el perito, designando persona de su confianza. Esto no quiere decir, sin embargo, que le esté vedado llamar á las partes para que lo elijan, pues como hemos dicho ya, su facultad es discrecional.

Y así tiene que ser; de otro modo se incurriria en la grave contradiccion de llamar absoluto á lo limitado, aparte de que se infringiria uno de los más elementales principios del derecho, practicando fuera de tiempo y lugar una verdadera prueba.

Si en vez de un simple avalúo como hemos supuesto, se tratase de una tasacion de daños y perjuicios ¿podria la eleccion de peritos por las partes

tener el sello de imparcialidad que la hecha por un Juez? La costumbre responderá por nosotros, que cuando se trata de esta prueba en el término correspondiente, en desacuerdo aquellas, por regla general, éste es quien elige el tercero en discordia; no es por lo tanto extraño que cuando se trata de un asunto de la absoluta incumbencia del Juez terminada ya la prueba y el derecho de intervencion de los litigantes, elija éste el perito ó llame á las partes para que lo hagan, segun convenga á sus levantados propósitos, sin que en ninguno de los dos casos pueda haber reclamaciones.

Y como quiera que no se trata de una verdadera prueba, que como hemos dicho es improcedente en este estado del juicio, no parece lógico que se designe con el nombre de tercer perito, al que en caso de discordia practique un avalúo, sin más carácter que el de un delegado judicial, es decir, sin otra mision que la de esclarecer la conciencia del Juez sobre un punto dudoso.

Y afirmamos que es improcedente la promocion de prueba en este estado del juicio, porque segun el art. 276 de la L. de E. C.: *las diligencias de prueba solo podrán practicarse dentro del término probatorio, sin que baste juramentar á los testigos dentro de él para examinarlos despues;* segun el art. 292: *todo litigante está obligado á declarar, bajo juramento, en cualquier estado del juicio, contestada que sea la demanda hasta la citacion para definitiva, cuando así lo exigiere el contrario;* segun el 866: *antes de haberse notificado la providencia en que se manden á traer los autos á la vista, pueden las partes exigirse confesiones judiciales, con tal que sean sobre hechos que no hayan sido objeto de otras que se hayan exigido en la primera instancia;* y segun el art. 867: *tambien podrán traer los documentos de que juren no haber tenido hasta entonces conocimiento*, todos los cuales pueden resumirse en que citadas las partes para sentencia, no pueden los Jueces y Tribunales admitir pruebas ni justificaciones de ninguna clase. Solo es potestativo en ellos ordenar que se practique para mejor proveer, la que estimen conveniente (1). Entiéndase, sin embargo, que no pretendemos, significar con esto, que puedan ni deban extralimitarse de lo preceptuado por el artículo 48 de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

Se nos dirá quizás, que si no por las partes, se viola por el Juez el principio jurídico, pero á esto replicarémos que «*no deben en rigor calificarse de diligencias de prueba los autos para mejor proveer* (2).

Por consiguiente si el vacío existe, no se ha llenado con acierto en razon á que se han confundido estas diligencias con las de prueba en el juicio ordinario y revestido á los litigantes de un derecho que en realidad no tienen. Y en efecto, es éste tan ilusorio, que el Tribunal Supremo de

(1) Sent. del T. S. de J. de 22 de Febrero de 1862.

(2) Sent. de 20 de Marzo de 1862.

Justicia en Sentencia de 11 de Diciembre de 1865, consigna terminantemente: que las partes no tienen derecho á intervenir en un acto que solo tiene por objeto esclarecer la conciencia de los Jueces» y como sino bastara esto, en Casacion de 9 de Octubre de 1866, añade que «el auto para mejor proveer no es un incidente de los reconocidos como tales por la Ley de Enjuiciamiento Civil» ni en ello se *dá otra intervencion á las partes que las que el mismo auto taxativamente les señala.*

Pero aún hay más; á los Jueces les está prohibido dar traslado á las partes en estos autos, ni en calidad de *sin perjuicio.* (1)

Hemos tratado esta cuestion dentro de la ley y de la jurisprudencia del Tribunal Supremo de Justicia, es decir, dentro del derecho constituido, sin aprobarlo ni desaprobarlo. Mas como pudiera parecer demasiado absoluto el derecho que estos autos confieren á los que juzgan bueno es consignar con Reus y Manresa «que los Jueces y Tribunales no están facultados siempre para decretar cualquier reconocimiento ó avalúo: la ley lo limita solo al caso especial de que lo reputen *necesario.* No basta, pues, que lo crean *útil,* que lo estimen *conveniente,* es preciso que, segun las reglas de la buena crítica, lo reputen *necesario,* indispensable para esclarecer la cuestion que se controvierte.»

Concluiríamos con lo manifestado, asentando que siendo el objeto de los autos para mejor proveer esclarecer la conciencia de los jueces, á estos toca indicar la forma en que hayan de practicarse, sin que puedan las partes oponer obstáculo de ningun género, ni tener más intervencion que las que el mismo auto taxativamente les señale, pues que no proceden estas diligencias en interés particular, sino en el de la más recta administracion de justicia, por cuyo motivo, su admision pertenece al criterio del tribunal sin lesion de ningun derecho para las partes que litigan, ni poder, por consiguiente, constituir indefension su negativa (1). Pero como los Dres. Galindo y Caravantes dicen al tratar del inciso tercero: «Estas diligencias deben practicarse, segun la clase de reconocimiento ó avalúo de que se trate, con arreglo á las disposiciones especiales de la ley para cada una de ellas», y esto pudiera dar lugar á que algunos abrigaran dudas sobre la cuestion que venimos estudiando, parécenos necesario indicar que al referirse estos señores á disposiciones especiales de la ley para cada caso, sólo se contraen á la forma de practicar las diligencias dentro del mandato judicial; y nos fundamos en que más tarde añaden: «Es protestativo y no obligatorio en los Jueces y Tribunales decretar para mejor »proveer despues de concluso ó visto el pleito, que se traiga á los autos un »documento, ó la práctica de cualquier reconocimiento ú otra de las dili»gencias expresadas en el art. 48 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, que

(1) Sent. de 16 de Octubre de 1857.
(1) Sent. de 19 de Marzo de 1869.

»crean conducente á esclarecer el derecho de los litigantes, sin que »lo tengan para intervenir en dicho acto, que sólo tiene por objeto ilu »la conciencia judicial y sin que la mayor ó menor extension de tales »tuaciones pueda producir indefension ni dar lugar á las faltas 5ª y 6ª d »art. 1013 de dicha ley para el efecto de fundar en ellas el recurso de c »sacion: sent. del Tribunal Supremo de 22 de Febrero, 26 de Abril »7 de Junio de 1862, de 23 de Noviembre de 1863 y 11 de Diciembre »de 1865.

»El auto para mejor proveer no es un incidente de los reconocidos co»mo tales por la Ley de Enjuiciamiento, ni en ellos se da otra interven»cion á las partes que las que el mismo auto taxativamente les señala, y »no procede, por tanto, la admision de las pretensiones que estas quieran »introducir sobre lo practicado en virtud de dicho auto: Sent. de 31 de »Marzo de 1866.

»Las actuaciones en ejecucion de autos para mejor proveer, no pueden »en rigor calificarse de diligencias de prueba, para el efecto de que las »invalide la falta de citacion de los interesados: Sent. de 20 de Marzo de »1861.» (1)

No seria, por tanto, aventurado afirmar que Galindo y Caravantes no opinan como Reus y Manresa en la cuestion que dilucidamos.

Tampoco opinan como ellos los notables jurisconsultos que al tratar esta materia en una obra (2) bajo todos conceptos importante, se expresan así:

«Sabido es que despues de concluir los litigantes para definitiva les queda cerrada la puerta para traer á los autos nuevas pruebas, documentos y antecedentes que puedan corroborar su derecho y que el espacio de tiempo que media entre la conclusion y la sentencia, queda reservado para que el Juez examinando detenidamente los hechos y apreciando los méritos de los autos dicte su fallo con todo conocimiento de causa. El más importante de los deberes que con relacion á este objeto le imponen las leyes mismas, consiste en averiguar la verdad por todos los medios posibles á fin de que sobre ella pueda fundarse la decision. *Verdad*, dice la Ley 11, tit. 14 Part. 3ª, *es cosa que los juzgadores deben catar en los pleitos sobre todas las otras del mundo; é por ende quando las partes entienden sobre algun pleyto en juicio, deuen los juzgadores ser acuciosos en pensar de saber la verdad dél por cuantas maneras pudieren: E quando supieren la verdad deuen dar su juicio en la manera que entendieren que lo han de*

(1) Diccionario razonado de Legislacion y Jurisprudencia por Escriche. Nueva edicion reformada y considerablemente aumentada por los Dres. D. Leon Galindo y de Vera y D. José Vicente y Caravantes.

(2) Enciclopedia Española de Derecho y Administracion ó Nuevo Teatro Universal de la Legislacion de España é Indias.

facer segun derecho. Si las probanzas, pues, de los litigantes dejan alguna duda en el ánimo del Juez, que éste puede desvanecer por medio de alguna diligencia posterior; si los hechos ofrecen alguna oscuridad, fácil de disipar por el mismo medio, si el Juez, en fin, cree que aún hay algunas *maneras* de saber y determinar mejor la verdad de los fundamentos que debe apreciar para dictar su fallo, no solo puede sino que tiene el deber de mandar que se practiquen las diligencias conducentes para ellos usando de la fórmula indicada, es decir, mandando que para mejor proveer, se ejecute tal ó cual cosa.»

«Como puede inferirse fácilmente, el auto para mejor proveer, no es obligatorio en el Juez que lo dicta. No fundándose esta providencia sino en la apreciacion particular del Juez que cree incompletos los méritos del proceso, ó que cree poder mejorarlos y robustecerlos con alguna otra diligencia, su juicio y no la opinion de los demás, debe ser la regla exclusiva en este caso. No falta, sin embargo, algun escritor práctico entre los antiguos que considera á los Jueces obligados á dictar semejantes proveidos, añadiendo que no haciéndolo, puede apelarse de su negativa. Esta opinion carece, sin embargo, de sólido fundamento.»

«Por último, el *auto para mejor proveer*, segun la opinion más general de los autores prácticos, no es apelable. Fundado, como hemos dicho, en la apreciacion particular del Juez que estime insuficientes las pruebas, ó que cree poder fijar por ese medio la verdad de los hechos de una manera más segura, no debe impedirse que se lleve á efecto la diligencia acordada por el Juez. Además el perjuicio que pudiera experimentar alguna de las partes con la dilacion consiguiente es tan leve comparado con el provecho que puede resultar de ellas, que no debe tomarse en consideracion para impedirla. Estas observaciones justifican en nuestro concepto suficientemente la opinion de los que estiman inapelables los autos de que tratamos. El correctivo del abuso que en esta parte pudieran cometer los Jueces inferiores, está en la facultad que tienen los superiores para exigirles la responsabilidad en que incurririan de lleno si la dilacion fuese innecesaria y la diligencia gratuita ó notoriamente inconducente.»

Aceptar la teoría de Reus y Manresa, equivaldria además á confundir la *confesion judicial* con el *juramentum in litem*, exigible entre las partes hasta la citacion para definitiva.

Fácil nos seria citar nuevas resoluciones del Tribunal Supremo de Justicia en apoyo de la opinion que hemos sustentado, pero creemos suficientes las transcritas para dar por demostrado que las diligencias en los autos para mejor proveer no es indispensable que se practiquen en los mismos términos expresados por la ley al hablar de las pruebas en el juicio ordinario como sostienen Reus y Manresa, sino á voluntad del que juzga en razon á no tener otro objeto que esclarecer la conciencia de éste.

Reducir la facultad de un Juez á determinada forma en materia de

tantísima importancia, seria hacer ilusorio el derecho que la ley le confiere, entorpecer la administracion de justicia.

Tienen así estas diligencias el sagrado sello de su orígen. Consideradas indispensables por los Jueces, estos en persona ó por medio de sus delegados las llevan á efecto y son de tal naturaleza que cualquiera que sea su resultado no es motivo de casacion (1).

Es, pues, evidente que si existe el vacío supuesto por Reus y Manresa en el art. 48 de la Ley de Enjuiciamiento, el que por nuestra parte no negamos, debió llenarse tomando inspiracion en las doctrinas legales y sobre todo en el elevado espíritu filosófico que acerca de tan importante materia presidió á la formacion de las leyes de Alcalá, Segovia y las Partidas, adoptando como dice Fernandez de la Rua «un término medio, el sistema de libertad en el Juez, combinado con precauciones bien meditadas, á fin de no recojer abundante cosecha de perjuicios;» con tanto mayor motivo cuanto que segun el mismo autor las disposiciones que comprende el art. 48 son acaso las más graves y trascendentales de la L. de E. C.» De una parte, dice, se presenta á la consideracion del legislador la antigua jurisprudencia fundamental que santifica el principio de que el Juez debe juzgar *juxta allegata et probata*, con todos sus beneficios y funestas consecuencias; de otra, la bellísima teoría que recomienda la investigacion de la verdad por todos los medios posibles, como única base de la recta y buena administracion de la justicia; pero rodeada tambien de ilusiones fascinadoras, que encubren las maquinaciones, los amaños y la parcialidad.»

El vacío podria, por tanto, llenarse dentro del espíritu legal, diciendo que: «los *autos para mejor proveer* se practicaran en la forma que indiquen los Jueces y Tribunales»; con cuya conclusion parece conformarse tambien el Tribunal Supremo de Justicia al preceptuar que las partes no tienen más intervencion en dichos autos que las que taxativamente le dan los Jueces y Tribunales, en oposicion á la forma exigida por Reus y Manresa que da intervencion á las partes por derecho propio.

En disposicion ya de contestar á nuestra primera pregunta ¿será válido el reconocimiento judicial ó vista ocular, que á consecuencia de un auto para mejor proveer se practique, sin observar lo dispuesto en los artículos 304 y 305 de la Ley de Enjuiciamento Civil, es decir, sin citacion de las partes, ni asistencia de las mismas al acto del reconocimiento? Manifestarémos que en nuestro concepto es válido por los motivos indicados, militando además á nuestro favor las dos razones siguientes aplicables á dicho reconocimiento en el término de prueba. «La falta de citacion para la diligencia de inspeccion judicial, como que la tiene que hacer el Juez por s

(1) Sent. del T. S. de J. de 31 de Marzo de 1859, 20 de Marzo y 26 de Abril de 1862, 23 de Noviembre de 1863.

»mismo, no produce nulidad (Sent. 19, Noviembre 1859.)» y 2ª «Teniendo »por objeto el reconocimiento judicial como medio probatorio, segun las »leyes 8ª y 13ª, tít. XIV, Part. 3ª y art. 279 de la Ley de Enjuiciamiento »Civil, que el Juez vea *cuál es el fecho porque ha de dar su juicio, è en que »manera la podrá mejor è más directamente de partir*, corresponde por »consiguiente al mismo apreciar el resultado de esta diligencia y decidir »lo que entienda más acertado, sin que contra esta apreciacion pueda ale»garse la infraccion de las citadas leyes, que solamente la obligan á prac»ticar dicho reconocimiento (Sent. 13 de Junio de 1866) (1).» Pues bien si se le da tanta facultad al Juez tratándose de una verdadera prueba en que las partes tienen derecho á intervenir ¿cuánta mayor no debe dársela en los autos para mejor proveer, cuyo único objeto es esclarecer su conciencia, y en el que las partes no tienen derecho de intervencion?.....

Por lo que respecta á nuestra segunda pregunta ó sea ¿será válido tambien el reconocimiento pericial que por el mismo motivo se lleve á cabo bien sobre cotejo de letras ó sobre la práctica de algun avalúo, sin observar la preceptuada por los arts. 287 y siguientes hasta el 290, 303 y 443 de la Ley de Enjuiciamiento Civil? nos parece inútil contestar que será completamente válido, pues al Juez toca señalar la forma en que han de practicarse las diligencias del auto para mejor proveer en razon á que dicho auto solo tiene por objeto esclarecer su conciencia.

No quiere esto, sin embargo, decir que se extiendan las facultades del Juez hasta el extremo de poder variar la naturaleza íntima de ciertas diligencias: no, lo que hemos demostrado es, que tratándose de un auto de su exclusiva competencia tiene el incuestionable derecho de elegir la forma en que deba practicarse, siempre que ésta no sea contraria á los principios legales; por cuya razon es absurdo cualquier recurso que contra el mismo pretendan establecer los contendientes.

A propósito no nos hemos ocupado de las diligencias que pueden acordarse para mejor proveer en el juicio arbitral, consignadas en el art. 801 de la Ley de Enjuiciamiento Civil, por no considerarlas indispensables á nuestro estudio y habernos extendido ya demasiado.

Tampoco nos ha parecido necesario consignar, que fieles los repetidos comentaristas á la doctrina que sustentan, redactan los formularios de estos autos dando á las partes esa improcedente intervencion de que tanto hemos hablado, con lo cual sin embargo, no queremos significar que estén mal redactados, sino que con intervencion ó sin ella, estarian bien, pues que como tantas veces hemos repetido, es potestativo en los Jueces y Tribunales el dar ó no intervencion á los litigantes en las diligencias de que trata el artículo 48 de la Ley de Enjuiciamiento Civil.

Pero sí creemos útil manifestar por vía de conclusion que en el apén-

(1) Ley de E. C. reformada & por Ros Basca.

dice á la obra de dichos señores que comenta y explica la Ley de E. C. publicada en 1869, se copian sin comentarios de ningun género y lo que es más grave, sin la rectificacion que de tan distinguido jurisconsulto era de esperarse, resoluciones del Tribunal Supremo de Justicia que vienen á echar por tierra la rara doctrina que hemos combatido.

Resuelta ya la cuestion, podemos concluir asentando que no cabe recurso alguno contra los autos para mejor proveer en que no se ordene la práctica de las diligencias en los mismos términos que expresa la Ley el hablar de las pruebas en el juicio ordinario, y que á los Jueces y Tribunales compete en absoluto designar la forma en que deben practicarse aquellas, pues como aconseja la razon, la sana crítica indica y preceptúa al Tribunal Supremo de Justicia, las partes no tienen derecho á intervenir en un acto, cuyo único objeto es esclarecer la conciencia de los Jueces.

JOSÉ ANTONIO CORTINA.

CRITICA LITERARIA.

Un dia de emociones.—Novela original por D. Dámaso Gil y Aclea. Madrid 1877.

Dos ejemplares del libro, objeto de este artículo, han sido remitidos por su autor á la Direccion de la REVISTA DE CUBA. Cumple á ésta publicar un «juicio crítico» como lo hemos prometido, ya que se ha llenado la condicion que al efecto exige.

No pocas son las dificultades con que se tropieza en el juicio y apreciacion de las producciones llamadas de *bella literatura*, dificultades que no siempre pueden ser vencidas, por lo que á veces hay que orillarlas, y que proceden y arrancan del concepto que se tenga del arte, así como de la esfera de accion de la fantasía y de los medios de ejecucion. Rara vez acontece que el artista vea las cosas de idéntico ó parecido modo que el crítico. El artista estima y cree que el crítico empequeñece su obra al analizarla y que al disecarla la priva de la vida y fuerza con que fuera concebida y dada á luz. Es indudable que la imaginacion tiene sus fueros y que el arte posee dominios que le son propios y no prestados. La justicia exige que no se vulneren los primeros y se respete la integridad de los segundos; y reclámalo con la justicia la conservacion y porvenir del arte, como una de las fases en que se manifiesta la actividad del espíritu; pero ¿cuáles son los límites que no es lícito ni conveniente traspasar? No es esta de las preguntas que suelen hacerse los autores de novelas, poesías y fantaseos. Por lo general son harto celosos, más que celosos, intransigentes en punto al goce y ejercicio de la libertad, por más que el goce entrañe el uso y el abuso y no sea el ejercicio de buena ley. Como la imaginacion es madre del arte y el arte es inviolable, estiman que la impunidad es un privilegio que nace del arte mismo y que en él tiene su plena justi-

ficacion; más aún, que es una necesidad imperiosa el concederlo porque el medir y regular los altos y libres vuelos de la fantasía, el someterlos á la jurisdiccion de un tribunal y á los peligros de la responsabilidad, sería tanto como proponerse, á sabiendas, la destruccion y muerte del arte; sería tanto como condenar por igual la existencia de las flores porque no todas ostentan los mismos colores, ni ofrecen idéntica estructura ni exhalan igual perfume; por donde se vé que la crítica debe ante todo poseer la clara conciencia de los estrechos límites y modesta esfera en que le sea permitido moverse, debiendo, por lo mismo, ceñirse al análisis de la obra, á desentrañar sus elementos constitutivos, á determinar su respectivo orígen y naturaleza, así como las relaciones de armonía ó de contraste en que se encuentren y á señalar su recíproca accion y grado de influencia; pero absteniéndose cuidadosamente de formular juicios y de entrar en apreciaciones en lo tocante á la belleza de la produccion, por aquello de que la belleza se siente y no se juzga. El crítico, al igual del naturalista, no es competente para censurar lo que vé, observa y estudia, pues ni uno ni otro han presidido la formacion de las obras que respectivamente someten á su exámen ni construido los materiales con que están elaboradas; y así como en la naturaleza todo es bueno, así en las creaciones de la imaginacion todo es bello, ó por lo ménos, siempre encierran algo bello. En suma: lo que se pretende es que la crítica esté animada de un optimismo inmutable y se haga cuenta de que para ella no existe el sentido estético. Ay! de nosotros si llegara á prevalecer tan interesada doctrina! Así y todo, con crítica armada del sentido estético, presenciamos con susto la aparicion de engendros y esperpentos ¿qué no sería si la facultad de imaginar y de espresar lo imaginado llegaran á ser derechos ilegislables? Sin más preámbulos entremos en el exámen de «Un dia de emociones.»

I.

¿A qué género literario pertenece la obra indicada? Su autor la califica de *Novela;* pero á la verdad, que no parece sea tal. Nosotros al menos tenemos escrúpulos, más que escrúpulos, motivos que nos llevan á disentir de la opinion del Sr. D. Dámaso Gil y Aclea. En abono de nuestro parecer, vamos á presentar un breve análisis del libro, y el lector juzgará de lado de quien está la razon.

Da principios *Un dia de emociones* con la descripcion de la sierra del Bejucal, tal como era y se presentaba en el año de 1791 á los ojos de un «observador atento al par que sensible» á las bellezas y esplendores de la naturaleza agreste. Por de contado que D. Dámaso Gil y Aclea no habrá sido el observador, dada la fecha de la contemplacion. En las entrañas de la sierra existe una oscurísima y húmeda cueva, que fué teatro de un trágico suceso. Aquí refiere el autor la leyenda de la india Aborit, que á la

vista de Cristóbal Colon, se encendió en amores por él, con gran descontento y rábia del indio Yagüey, el cual enloquecido por los celos, con mano airosa puso término á la vida de la virginal Aborit y á la suya propia. De seguida entra el autor á ocuparse de un jóven lusianés nombrado D. Juan Nuño del Ripoll, á quien nos pinta con sombríos colores y nos presenta como el tipo más acabado y repugnante del hombre disoluto y del *amo* cruel entre los crueles. Al considerar el autor que ya hoy no podria vivir en la impunidad un mónstruo cual D. Juan Nuño del Ripoll, se detiene y entona un breve himno en loor de la civilizacion moderna, cuyos atributos son entre otros los ferro-carriles y el reinado del derecho. Sigue un rápido diálogo entre Ripoll y su esclavo Marcelo, en que el amo da sus órdenes para asegurar el éxito de una criminal empresa que tiene entre manos. Descripcion física y moral de Marcelo; era un *cerebro inorgánico.* Ama entrañablemente á la esclava Josefa. De su union nació el negro Tomás, de quien se habla en términos espeluznantes: «no respetó á »la mujer en cinta, al honrado artesano, al humilde siervo ni al anciano »desvalido.» Y todo ¿por qué? Porque era hijo de su padre, esto es, porque recibió la existencia del esclavo Marcelo, ente feroz y astuto. Esto da pié al autor para disertar acerca de la trasmision hereditaria en punto á los instintos, inclinaciones y sentimientos. Tomás recibió en el cadalso el castigo de sus horrendos crímenes; y el verdugo, «*ese descendiente de la miseria moral,*» mostró en sus «*legales manos* la cabeza del aleve.» En el capítulo 9º *comienza* el incendio del ingenio «*La Susana*» perteneciente á Ripoll. Una terrible batalla se libra en el ánimo de Marcelo. ¿Josefa ó *lamo?* Si corre á salvar de las llamas á Josefa, desobedece á *lamo*, á quien teme y ama; si obedece á *lamo*, tendrá que ausentarse; y á Josefa, por quien vive y respira ¿quién la salvará? Una tempestad bajo un cráneo. Decídese Marcelo por *lamo.* ¡Qué remordimientos! Mientras tanto el incendio continúa; pero el autor pospone lo del incendio, y entra en una relacion retrospectiva. Háblanos de un barco negrero; nos hace una descripcion que ya es de suponerse como será, y dícenos que entre los africanos, venia el negro *Znozeguera, descendientes de reyes*; africanos se entiende. El tal Znozeguera mereció mejor suerte. El autor nos lo presenta cual un ser extraordinario por lo peregrino de su inteligencia, la elevacion de sus sentimientos y lo sufrido de su carácter, compáralo nada ménos que con el condor, «*ese César de los elementos.*» La mala estrella de Znozeguera, lo condujo al ingenio «*La Susana*;» allí murió su hijo Pedrillo á manos de Marcelo. El capítulo 16 es uno de las muchas salidas de tono que presenta «*Un dia de emociones.*» En dicho capítulo se habla de la conciencia, se dice que «Babel es la verdad,» se cita la escala de Jacob, símbolo de la fé en la ciencia así como tambien á Mahoma y á Jesús; el primero, el profeta de la carne, y el segundo que representa el triunfo del espíritu es de la conciencia. En el capítulo siguiente nos traslada al Niágara: háblanos de la

influencia de los calostros en la corriente, la cual se acrecienta hasta llegar á la *apotebsis física*. ¿Qué relacion tienen las cataratas del Niágara con el incendio de «*La Susana?*» ¿Servirán sus aguas para extinguirlo? El autor nos conduce ahora á «una region en que Dios se recreará.» ¿Será la sierra del Bejucal? Nó; estamos en el Paraguay, oyendo los intensos alaridos del lúgubre Caraya; estamos en presencia de un mono paraguayo; pero ¡cuántas no son las maravillas que embellecen la residencia de la gente simia! Tantas maravillas, arrancan de los labios, ó por lo ménos de la pluma de D. Dámaso Gil y Aclea, esta sagrada exclamacion «*Dios.*» De esa exclamacion nace el capítulo 9º destinado á Dios y que termina con una elocuente ecuacion. Dios es Dios. Habla luego de los primores de armonía que en sus manifestaciones ostenta la Naturaleza; y á manera de apéndice, nos recuerda el apego que los guayanas tienen á sus pátrios lares. Pero el autor está dotado en grado eminente de la facultad que llaman asociacion de ideas; por eso es, que la descripcion del Paraguay y del *lúgubre caraya*, trae á su memoria el recuerdo de San Ignacio de Loyola y de los que á él se asociaron para fundar la Compañía de Jesus. Consecuencia, que, en el capítulo 22, se remonta al siglo XVI y nos instruye de que, en los alrededores de la capital de Francia, se encontraban reunidos á la sazon, «cinco españoles, un portugués y un italiano discutiendo los proyectos de un vizcaino, de noble y antiquísima ascendencia, y cuya vida tuvo dos fases: una hasta los treinta años, destinada á la guerra, á los saraos y á los amores; y otra posterior en que una imperfeccion física, *cambió su organismo*, y le hizo fijarse en más grandes empresas. Muda la decoracion: hétenos otra vez en el Paraguay. Victoria que el entendido general D. Pedro Ceballos alcanzó sobre los portugueses, conquistando valiosas posesiones, las que dice el autor con exacta puntualidad histórica, fueron devueltas á los vencidos por el artículo 21 del Tratado de Paris de 1763. Mas ¿con qué fin se nos hablado dos veces del Paraguay y ahora de San Ignacio de Loyola y del General Ceballos? para presentarnos un nuevo personaje: D. Julian de Almansa, pariente y secretario de Ceballos. El D. Julian da un dia un mal paso y cae en un abismo; sálvase milagrosamente y durante su enfermedad lo asiste y atiende con gran ternura y suma asiduidad una bellísima india paraguaya, de nombre Ondina, hija del indio Oyaní. Préndase de ella D. Julian; pero su amor se ve contrariado por la posicion y raza de su amada, hasta que el amor venció merced á circunstancias extraordinarias y cuando estaban furiosamente agitados los vientos. *El huracan*, dice el autor, *unió dos almas*, y el juramento de amor puso término á la tempestad. Al fin se casaron? Ceballos fué relevado, y D. Julian con su esposa y su hija, la bella Amelia, se trasladó á la Península, fijando luego su residencia en las cercanías de la sierra del Bejucal. Consagrado está el capítulo 29 á relatar la vida, usos, costumbres, gastos, (no pasaban de 550 pesos anuales) y género de alimen-

tacion de un nuevo personaje, á saber, el cura párroco del Bejucal. Como síntesis de carácter y sentimientos, nos dice el autor que «practicaba su »ministerio con la humanidad del apóstol, pero con el orgullo del justo.» Háblase otra vez de D. Julian de Almansa, ya sexagenario y viudo, pues la bella Ondina habia muerto de nostalgia.

En el capítulo 35, se reanuda la narracion del incendio de «*La Susana.*» Ya era tiempo. El negro Marcelo consuma el rapto de Amelia, la hija de Almansa, no sin que éste dé muerte á cinco negros y su perro, el fiel Bey, «se arroje *hambriento de frenesí*» al rostro de Marcelo, á quien salta un ojo, le arranca la nariz y parte de un labio; pero Marcelo lejos de ceder, creció en fuerzas. Descripcion del incendio. Znozeguera se conduce con gran acierto y solicitud para extinguirlo. Salva á Josefa, mujer de Marcelo y al hijo de éste, el feroz Tomás, á trueque de perder su vida y sin retroceder ante «los *inquietos é impresionables* besos de las llamas.» Josefa muere de una congestion cerebral, en presencia de Marcelo. Corre éste en busca de los esclavos Juan y José, que le acompañaron en el rapto de Amelia, y los encuentra en el estado más lastimoso que darse puede: á Juan con la cabeza separada del tronco y á José con una profunda herida que le dividia el hombro izquierdo, el corazon y los pulmones en direccion oblícua.» ¡Qué exactitud!

El autor, en materia de personajes, posee una fuerza prolífica digna de atencion. Preséntanos ahora, en el capítulo XLII, tres nuevos personajes, un pescador, su mujer y su hija. El autor, como tiene de costumbre, aplica de nuevo su método *ab ovo*, el procedimiento embriológico, y dando al olvido el incendio de «La Susana», se remonta al año de 1763, el 4 de Noviembre, dia de San Cárlos Borromeo, y nos conduce al cerro de la Cabaña, porque allí tenía su residencia el pescador, el cual pescador fué luego el contratista que levantó los barrancos, donde está la fundicion de Tomati, para en ellas acuartelar las tropas del general Navia; todo, merced á la proteccion que le dispensaba un militar de alta graduacion, con quien llevó relaciones amorosas la hija del pescador. Era ésta bella de rostro pero pésima de alma; ó como dice el autor, rubia, blanca, fascinadora, *más gruesa que cualquier delgada y más pequeña de cualquier alta.* Matilde Uría, tal era su nombre, vendía sus favores. Fué su residencia una casa sita en la calle del Inquisidor entre Sol y Luz, mansion suntuosísima, templo del placer. D. Juan, como no podia ménos de suceder, se prendó de la bella hurí, pero ésta, voluble, por demás, pronto hubo de mirarlo con desvio hasta que á la postre lo despidió lindamente. Despues de habernos hablado de Matilde Uria, pasa «*Un dia de emociones*» á encomiar las virtudes de D. Luis de las Casas, gobernador á la sazon de la Isla de Cuba. Recuerda entónces el autor que dejó presa de las llamas al ingenio *La Susana*, y sin transicion de ningun género, nos conduce de nuevo al teatro de tan prolongados estragos. Refiérenos que D. Juan, ébrio

de cólera, dió cuero y más cuero á seis negros; que exhaustas las fuer-les azuzó los perros y que, por último, mandó que fueran arrojados á llamas. ¡Qué horror! Otras escenas espeluznantes nos describe el autor como fatigado de amontonar tanto crímen y tanta maldad, deja que ingenio siga ardiendo y se traslada ¿á dónde? A la Universidad de Sa manca en 1791. Háblanos de un nuevo personaje, D. Lorenzo Masper jóven distinguido por su talento y virtudes; privado de recursos, acredi su insolvencia y continuó sus estudios hasta recibirse de doctor en med cina. Luego vino á la Isla, y cuando se dirigia á Bejucal recomendado p el Marqués de San-Felipe y Santiago, notó el incendio de «*La Susana* En su camino encontró á los negros Juan y José que habian robado á l bella Amelia, y sin decir oste ni moste, de un tajo decapitó á José, y Juan no cupo mejor suerte. Hecho esto, que no fué poco, D. Lorenzo s postró estático contemplando la belleza de la desmayada Amelia. El seño Gil y Aclea no quiso imitar en lo estático á D. Lorenzo, y poniéndose e movimiento, nos lleva en ráudo vuelo á las faldas de la Cabaña. Era e dia 4 de Noviembre de 1791. A las cuatro de la tarde, subia un preso bajaban un ataud. ¿Quién era el preso? D. Juan, que tal parecía tene cincuenta años de edad. El ataud contenia el cadáver de Matilde Uría ¡Qué coincidencias hay en la vida!

El capítulo XLVIII está destinado á narrar una entrevista del Obisp con el General Las Casas. Insta el prelado porque se destierre á Matild Uría á causa de su mal vicio. El General le contesta: «Mis ideas me di »tan la correccion para los maléficos; pero miéntras mi conciencia no m »exige que aplique la vara de la justicia, hasta entónces, señor Obispo, n »puedo tomarla en mis manos. Perdonadme si no accedo á vuestra pr »tension.» ¿Y sabeis por qué el General no accede á la pretension d Obispo? Porque la culpable habia fallecido. Razon decisiva en verda ¿Cómo había de aplicarse la vara de la justicia á un cadáver? Ciertamen no se comprenden los escrúpulos que el autor pone en la conciencia D. Luis de las Casas.

Continúa el incendio de «*La Susana*». D. Julian y el cura salen busca de Amelia. Detiénelos el autor para entonar un himno (en prosa la cueva de la Sierra del Bejucal al amanecer del dia 4 de Noviembre 1791, lamentando no poseer inspiracion ni medios para describir las bel zas de la cueva, así como el cuadro que en su seno se presenta: Ame desmayada y D. Lorenzo arrobado. Vuelve Amelia en sí y síguese u escena de amor casto y puro. Es la última de las múltiples emociones aquel dia. Punto final: el matrimonio de la *inocente* y *ruborizada* Ame con el *severo* y *sonriente* Lorenzo.

II.

¿Y será esto una novela? Parécenos que no. Una novela en la legítima acepcion de la palabra, en su sentido literario, es una obra de arte constituida y animada por *una* accion, que se narra y va desenvolviéndose en una série de hechos, de manifestaciones exteriores. Los hechos han de nacer y originarse del concurso siempre vivo de ideas, sentimientos, pasiones é intereses, puestos en juego por el carácter y temperamento de los personajes. La novela, como toda obra de arte, ha de ser un organismo, un todo completo en su conjunto y armónico en sus partes; ha de encerrar *unidad* de propósito y de plan; en la unidad se revela la persistencia de la idea, móvil de la accion narrada; muéstrase la hilacion del argumento, el fondo comun de cuanto se relata y describe. Ha de ofrecer variedad, pues la unidad no es la conformidad. Ademas, la monotonía no es ley de la vida, y como la novela ha de tener por contenido propio la vida por su narracion y descripcion, á más de la que ha de poseer como obra de arte, dicho se está que la variedad es una condicion tan esencial como la unidad; mejor dicho, toda unidad en el arte y en la naturaleza implica la existencia de la variedad; sin ésta no hay unidad, lo que habrá será uniformidad, la muerte, no la vida. La variedad existe en las personas y en las cosas; por eso, en la novela, los personajes han de tener fisonomía propia, carácter distintivo así como cada una de las situaciones, que constituyen la trama y eslabonamiento de la accion, ha de tener un sentido propio, un valor especial, una tendencia determinada; á modo de líneas convergentes, que no por terminar en un punto comun pierden su individualidad. De la variedad nace el interés; ésta es la animacion, el movimiento, el choque de las ideas, el encuentro de las pasiones con las crísis que origina, la lucha del alma consigo misma, y de la voluntad con la voluntad de los demas y con las circunstancias exteriores que muchas veces coartan y anulan la energía del espíritu en sus esfuerzos por encarnarse en los hechos. Finalmente, la novela, como toda obra de arte, ha de presentar armonía, es decir, la subordinacion de las partes al todo, de la variedad á la unidad. En ésta va encarnada la idea principal, dominadora, el *fin* á que tiende la accion; y la variedad se vé significada por el empleo de los *medios* encaminados á la consecucion del fin, al desenlace de la accion, en el cual ha de quedar patentizada la unidad del pensamiento y del propósito. Prescíndase de la armonía y no habrá unidad ni variedad, sino confusion é incoherencia; no habrá *distincion* entre las partes de *un mismo* todo, sino *separacion*, lo cual es incompatible con las relaciones que deben reinar y persistir en el seno de todo organismo, relaciones de *coordinacion* entre las partes y de *subordinacion* con respecto al todo, al conjunto. La union de elementos que no tengan entre si relacio-

nes naturales y lógicas, jamás dará de sí la unidad *orgánica;* no será [illegible] que un mero *agregado*. En vano se buscará en él la armonía; no la pu[illegible] tener, y por ende, carecerá tanto de valor lógico como de mérito artíst[illegible] Claro se vé que sin las condiciones apuntadas no habrá obra de arte; [illegible] habrá novela, no existirá el conjunto armónico, causa de la impresion to[illegible] que en el ánimo produce toda creacion verdaderamente artística. Supr[illegible] manse esas condiciones, prescíndase del calor del sentimiento, y la ob[illegible] literaria no tendrá vida, ni carácter ni individualidad distintiva; habr[illegible] un libro más, no una produccion artística.

III.

Ninguna de las condiciones indicadas se cumple en *Un dia de emociones*. Carece en absoluto de plan; es la incoherencia elevada á sistema. Es una novela sin accion, lo cual es un contrasentido, á menos que el incendio de los cañaverales del ingenio «*La Susana*» se le tenga y estime como accion, pero en ese caso no cabe en el cuadro de la novela, porque en ella la accion ha de ser *humana*. Pues bien; bajo este punto de vista, único aceptable, hay que convenir por fuerza en que «*Un dia de emociones*», es una novela sin accion, esto es, no es una novela. En vano se buscaría en libro tal, esa coordinacion y sucesion de hechos humanos en que va encarnándose la idea principal, unas veces favorecida, otras contrariada, siempre viva, hasta quedar definitivamente asentada. Consecuencia: que la narracion en «*Un dia de emociones*» es pobre, pobrísima, desnuda de vida y movimiento, de criterio y animacion.

«*Un dia de emociones*», más que una obra literaria, en el buen sentido de la palabra, es un confuso hacinamiento de elucubraciones teológico-filosófico-sociales, de escenas espeluznantes, de estudiados arranques de lirismo y de frases de relumbron. Es un principio que la novela por su índole es objetiva, y que, por ello, emplea la narracion y la descripcion como formas adecuadas, sin que sea lícito al novelista hablar de sí; tiene que ceñirse á narrar y describir. En «*Un dia de emociones*» sucede lo contrario: D. Dámaso Gil y Aclea figura siempre en primer término, es el verdadero protagonista; en una palabra, es exhibido constantemente. Esprésanos de una manera directa su modo de pensar en ciertas cuestiones físico-fisiológicas, cual es la trasmision hereditaria, al hablarnos del negro Tomás; dícenos lo que cree de la moralidad y del progreso; entona himnos en honor y alabanza de Dios y de la naturaleza; nos habla largo y tendido de sus impresiones, ideas, sentimientos; en suma, nos abre su alma, nos revela el mundo de sus pensamientos, mundo en que ciertamente no parece que reina la ley de la gravitacion, segun es la confusion que en él se observa.

¿Qué dirémos de los personajes? Que son sombras sin objeto; y decimos

sin objeto, porque hay sombras que llenan un fin: ejemplo, las sombras en los dramas de Shakespeare. Ninguno de los pretendidos personajes de «Un dia de emociones,» tiene relieve ni contornos; muda es su voz, torpe su paso, jamás se manifiestan. Los conocemos por referencia, esto es, por la filiacion que de ellos nos presenta el Sr. Gil y Aclea. Con todo, su número es crecido, tan crecido que la memoria se fatiga y el ánimo se desconcierta. El autor no sabe como entenderse con tan numerosa prole. Verdad es que se trata de un mundo poblado de séres muertos, á quienes ni siquiera se trata de galvanizar para darles las apariencias de la vida, ya que no la realidad. D. Dámaso Gil y Aclea, encariñado con su obra, cuida de hablarnos detallada y minuciosamente de cada uno de sus personajes y ¿qué sucede? Que á fuerza de presentar y describir individuos, se olvida de la accion, la suprime y nos presenta un inventario de nombres, antecedentes y señas particulares, un verdadero talonario de cédulas de vecindad. Al Sr. Gil y Aclea le conviene más inspirarse en la sobriedad de la tragedia clásica en punto á personajes que competir en prodigalidad con el drama moderno. Los personajes en las obras literarias son á manera de cifras y guarismos morales, que se combinan en ciertas y determinadas proporciones, para llegar á un resultado, á una solucion. Mientras más crecido sea su número, más dificil y laboriosa habrá de ser la operacion, mayores las probabilidades del error. Cálculos de esta índole á veces pueden resolverse con el talento, la aplicacion y el estudio; pero la solucion más completa es obra del genio y de la inspiracion. De las ocultas entrañas de lo inconsciente es de donde nace y se origina el sabido valor de las obras artísticas en que, por decirlo así, circula la sávia de una vida exhuberante é inmortal. No quiere decir esto que el Sr. Gil y Aclea carezca de inspiracion y que lo inconsciente permanezca en él retraido y silencioso, nó; lo que quiere decir es que el Sr. Gil y Aclea no mide las alturas y que, confiado en su inventiva, facultad en él predominante, se propone alcanzar un fin suprimiendo los medios que el arte señala, y la prudencia aconseja.

Por otra parte, los tipos á que se refire «*Un dia de emociones*» son vulgarísimos, como el del cura de Bejucal, ó falsos como el del esclavo Znozeguera y la esclava Josefa ó exagerados como el de D. Juan. Sensible es que D. Dámaso Gil y Aclea haya confundido lo estético con lo real y olvidándose de que el contenido del arte no es por su calidad idéntico al contenido de la realidad. Esa confusion y tal olvido nos obliga á clasificar «*Un dia de emociones*» entre las más crudas producciones del *realismo*, negacion de todo arte que no sea mecánico. El Sr. Gil y Aclea, confunde lo trágico con lo horrible, el sentimiento con la sensacion, la emocion estética con la crispacion nerviosa. Quizás sin saberlo es sectario del *efectismo*, esa prostitucion del arte tan merecida cuanto donosamente vituperada por el distinguido crítico D. Ricardo del Monte en su excelente estudio sobre las poesías de Saturnino Martinez.

Ya hemos dicho que en «*Un dia de emociones*» la narracion es lánguida, incoherente é interrumpida por múltiples digresiones. Hablando con más exactitud, cabe decir que la pseudo-novela es una superposicion de narraciones parciales, cuya suma no produce la narracion total ni á ello contribuye por ser aquellas á modo de cantidades heterogéneas. Los poquísimos diálogos que encierra el libro que nos ocupa carecen de animacion y vivacidad. Las descripciones están muy lejos de ser sencillas y naturales; por cuya razon no pueden ser exactas. La paleta del Sr. Gil y Aclea no tiene sino colores chillones ó pálidos, y su pincel no es siempre muy delicado. Su gran procedimiento en las descripciones es la hipérbole, la hinchazon en las palabras, que encubre el raquitismo en las ideas ó en la inspiracion. Así es, que el lector, en vez de ir reproduciendo en su interior el objeto cuya descripcion se le hace, no lee más que palabras altisonantes, frases sin sentido y metáforas piramidales; todo lo cual produce la fatiga y hace caer el libro de las manos. Hé aquí la descripcion del Niágara: «*Nace el Niágara y emprende su camino recibiendo los calostros de* »*la madre. Crece en tiempo, en tamaño y lo robustece consistente leche.* »*Hombre* ya, enérgico, *viril, potente*, se precipita por los senderos, *corre*, »*vuela, atropella, aniquila, arrebata, absorve, atrae, se enfurece* y *muestra* »sus atléticas fuerzas; encuentra de improviso el vacío y se *despeña, des-* »*ciende entónces.* Quitadle aquellos calostros y no se elevará jamás; dejád- »selos y lo vereis como se eleva y *reivindicándose á su recuerdo produce* »*una apotéosis física.*» A la verdad es preferible aquello de «*Yo soy Heredia, ¡Oh! Niágara profundo!*» al ménos tiene el mérito de la concision y de dejar á cada cual en libertad de imaginar á sus anchas. La tal descripcion es lo que llaman una metáfora continuada, pero en este caso, reñida con el buen gusto literario, con la gramática y con el sentido comun.

Veamos el estilo y el lenguaje. Es un estilo de relumbron, recargado de epitetos campanudos, de metáforas tan inexactas como de mal gusto y de comparaciones desgraciadas. El lenguaje es incorrecto, desaliñado hasta lo sumo. Algunas muestras hemos presentado al ofrecer un resúmen del libro. Presentarémos algunas otras para que se vea más y más lo fundado de nuestras apreciaciones.

Página 16. «Cuentan las crónicas y más de un anciano, no tanto como son añosos algunos cedros que guardan la entrada, nos ha referido (á la vista de ella y al descender el sol en su carrera) dispuesto el ánimo y atentos á oir siempre gustosos la voz de la verdad, que ella fué testigo del siguiente trágico suceso.» No cabe construccion más desdichada; es un verdadero laberinto.

En la página 33 se compara á la esclava Josefa con «esos *jazmines* que esbeltos ayer van constantes perdiendo su vigor junto con la fragancia que les diera naturaleza.» Hasta en las comparaciones es preciso cubrir las apariencias. Téngalo en cuenta el Sr. Gil y Aclea.

Página 64. «La conciencia, *dice el legista*, castiga! Nó; mejor *debiera* instruir y luego ejecutar, aplicar su reglamento.»

«Tanta luz recibe una *cavidad* cuanta en ella quiere quien la *introduce. Admitido* un rayo, *que equivale á dos de oscuridad que se evaporan*, mejor dicho que desaparecen tras él, pueden sobrevenir la inundacion de claridad.»

«La cuestion es de forma.»

«¿Existe el principio, la causa? Luego tambien los efectos; buscarlos; he ahí la otra.»

«Babel es la verdad, que se *descompone* por la pasion, que no triunfa.» Es un modelo de logomaquia.

IV.

Y sin embargo, puede asegurarse que el autor de «*Un dia de emociones*» no carece de aptitudes, pero ¿de qué le sirven si están faltas de educacion y disciplina? Obran desordenadamente, no aparecen sometidas á direccion alguna, y si obedecen á un fin, es á un fin desdichado, cual lo es el *efectismo*, del peor género por cierto. Se nos ha dicho que el Sr. Gil y Aclea es de carácter harto vivo y de temperamento harto impaciente para corregir lo que escribe y que áun cuando lo quisiera, no se lo permitirian ni lo ardiente de su fantasía ni lo vehemente de sus sentimientos. Si tal fuere, fuerza sería entónces que se abstuviera en lo sucesivo de continuar escribiendo para el público. Nada más sensible que su indiferencia ó desden, máxime cuando son merecidos. El escribir para el público exige la observancia de deberes muy estrechos y preparacion bastante; y ni aún así se alcanza siempre el éxito. El Sr. Gil y Aclea, antes de publicar novelas, debió haber nutrido su inteligencia con el estudio de los preceptos que la sana crítica y el buen gusto han venido consagrando como norma y pauta de toda produccion literaria, preceptos que por descansar en la naturaleza de las cosas están aún y estarán *vigentes*, segun la atinada y oportuna frase del Sr. del Monte en el notable trabajo que hemos indicado. No basta el estudio de los preceptos y la dócil sumision á ellos; es tambien indispensable la lectura asídua de los modelos en el género para adquirir el buen gusto, asimilárselo y contraer hábitos sanos en la concepcion y ejecucion de la obra. Todo tiene que ser regulado, todo debe ser sometido á medida. La misma inspiracion por espontánea que parezca, siempre guarda íntima armonía y secreta correspondencia con las circunstancias que la provocan y determinan su nacimiento y accion.

Preciso es no encerrarse en la propia individualidad. En uno de los capítulos de «*Un dia de emociones*», encomia su autor los beneficios de la historia y de la sociedad. Pues bien; atienda á que en la época literaria tambien existe una historia y una sociedad; y así como el individuo no se

basta, sino que ha menester en el órden civil, político y económico, de la cooperacion de sus semejantes y del Estado, sin que por ello pierda su personalidad, antes al contrario, la afianza y se vé en ella protegido; así tambien en el dominio literario preciso se hace ponerse en relacion con las obras que han merecido el elogio de la crítica y la sancion de las generaciones; de ahí la necesidad del estudio, como condicion de éxito, sin que por ello se menoscabe la originalidad, antes bien, el caudal propio se avalora y enriquece con el ageno.

Quizás, sobreponiéndose á sí propio, se enmiende el Sr. Gil y Aclea, y comprendiendo, como comprender debe, que la novela implica hoy un ministerio de muy difícil desempeño y de incalculable alcance, haga exámen de conciencia, mida sus fuerzas, aprecie en toda su importancia las grandes y múltiples dificultades que ofrece la composicion de una buena novela al par que la diversidad de aptitudes que requiere; y entónces á su buen juicio quedará reservado el desistir su propósito de continuar escribiendo para el público en el género que ha elegido, ó de proseguir en su empeño, pero no como hasta ahora, sino con criterio y elementos que no pugnen con el buen sentido ni confieran agravio á las prescripciones del arte. Asáltanos el temor de que el Sr. Gil y Aclea sea un pecador impenitente. Lo decimos porque en una novela dada á la estampa posteriormente con el título de «*Juan Perez*» ha incurrido en las mismas faltas de bulto que se notan en «*Un dia de emociones*», segun el conciso pero completo juicio formulado por el eminente crítico D. Manuel de la Revilla y publicado en la *Revista Contemporánea* de Madrid. Dice así:

«El autor de *Juan Perez* ha elegido para su obra un buen argumento, »interesante y conmovedor á la vez, pero no ha sabido desarrollarlo. Los »caractéres de los personajes apénas están dibujados; la accion camina »desordenadamente y la narra con la mayor confusion y desaliño: digre»siones inútiles las embarazan á cada monento; y el lenguaje, pretencioso »y altisonante, peca casi siempre de incorrecto y de poco natural. Estos »graves defectos oscurecen la belleza del fondo y privan de toda cualidad »estética á la novela.»

A pesar de todo, esperamos que el Sr. Gil y Aclea, penetrado de las condiciones que requiere y exige el cultivo de un género literario tan difícil como el de la novela, haga cuanto esté á su alcance por llenarlas cumplidamente.

ANTONIO GOVIN.

AXÉL.

(POEMA DE ISAIAS TEGNER.)

A mi querido amigo José Antonio Cortina.

XIII.

Y María, turbada, le responde:
—«¡Oh cuánto es venturoso
El sexo vuestro, Axél! De las cadenas
El peso doloroso
No cual nosotras soportais! Apénas
Aire de vida respirais, el brillo
De la gloria os fascina;
Y la tierra y el cielo os pertenecen
Y el Sol de la esperanza os ilumina.
Pero nosotras ¡ay! pobres mujeres
Formadas fuimos para el hombre, y tiernas
Curamos sus heridas; sí, mas luego
Infiel nos deja. Víctima expiatoria
Es la mujer amante,
Y el hombre fuego es que la devora
Y se eleva á los cielos arrogante.

»Mi padre ha sucumbido
Del Czar en el ejército, y apénas
A mi madre infeliz he conocido.
Cual hija del desierto, sin cultura,

Los años de mi vida transcurrieron
En aqueste castillo, do el esclavo
En torpe vasallaje
El capricho del déspota obedece.
Un pecho generoso se estremece,
Y profundo desprecio experimenta,
Al ver cuán fácilmente al yugo doblan
Los hombres la cerviz. ¿En las estepas
Al caballo salvage acaso viste?
Ligeros cual los ciervos, van errantes
En plena libertad; mas si el peligro
Husmean en el aire, se detienen,
Y oido atento prestan, y de pronto
Corren en medio á la llanura inmensa,
De polvo envueltos en la nube densa,
Que levantan sus cascos no ferrados;
En salvage clamor los aires hienden,
Y relinchan de gozo alborozados.
Del desierto, hijos libres, ¡cuán dichosa
En esas selvas vuestra vida corre!
La estancia en el castillo érame odiosa:
Al lobo de los bosques, valerosa
Aprendí á combatir; y ¡cuántas veces
De las garras del oso he rescatado
Una víctima triste! Mas nosotras
Nunca, Naturaleza, te vencemos:
Mujeres siempre somos: en las chozas
Lo mismo que en el trono. Cual las vides,
Que sin apoyo al punto languidecen,
En el desierto de la vida, aisladas,
A su vez las mujeres desfallecen.

»Mas siento ahora que el turbado seno
Se agita en impaciencia dolorosa
De mil encantos lleno.
Fin ni límites tiene: se diria
Que sus alas me arrancan de la tierra,
Y á la region de la esperanza hermosa
Llevan el alma mia.
Otras veces de súbito desciendo
Hácia vosotros, árboles queridos,
Que al par de mí crecísteis, esmaltada
Colina y arroyuelos gemidores.

Compañeros del alma desolada,
Mil veces os he visto indiferente
Y escuché vuestros cánticos de amores
Sin comprenderlos: hoy tan solamente
Pienso en vosotros! Sentimientos puros
Y más nobles me animan.....» Sus mejillas
El rubor y la dicha reanimaron,
Y suspiros sus frases apagaron.

XIV.

Canta en la selva el ruiseñor: la luna
Entre nubes, velada, escucha atenta.
Un largo, eterno beso
Ardiente cual la vida,
Como la tumba fiel, en una sola
Celestial armonía
Confunde los amantes corazones
De Axél y de María.
Diríase esas llamas que se lanzan
Del altar de crüentos sacrificios,
Que á medida que al cielo van llegando,
Al reunirse, sólo una columna
De fuego van formando.
Para Axél y María, el Universo
De existir ha cesado, y su carrera
El tiempo ha detenido.
Las horas del mortal están contadas;
Mas de la muerte y del amor los besos
Eternos son! ¡Amantes venturosos!
¡Un incendio tal vez devoraria
La tierra, y no lo vieran!
¡El firmamento ante sus piés caeria
Y el estrépito inmenso no sintieran!
De la terrestre dicha al goce unidos
Hubieran sus espíritus pasado
En éxtasis divino confundidos.

XV.

De su excursion celeste
Axél volvió primero. »Por mi espada,
Por la gloria del Norte, por los astros
Que iluminan la bóveda azulada,

Ante el Cielo y la tierra que me escuchan,
Me perteneces, sí. Dado me fuera
Vivir, morir contigo eternamente
Léjos, léjos del campo de batalla
En un valle riente
Donde la paz habite!
Mas ¡ay! María, santo juramento
De libertad me priva.
Pálidas las mejillas, la mirada
Amenazante, entre los dos terrible
Pone su diestra helada.
No tiembles, nó; tal vez será posible
El juramento deshacer..... Mas debo
Ahora partir.....! Cuando el risueño Mayo
Nos invite de nuevo á su florida
Fiesta, yo volveré, y entre mis brazos
Te llamaré mi esposa!
Adios en tanto, adios, sér de mi vida!»

Dice, y aparta de ella la mirada:
Monta el corcel brioso;
Blande en su diestra la cortante espada,
Y de nuevo del Czár las cien provincias
Recorre impetuoso.
Durante el esplendor del claro dia
Ocúltase en las selvas y de noche
Del Norte el astro en su excursion le guia.
Trás mil peligros, y del Czár las huéstes
Burlando valeroso
A la régia ciudad del Mélar llega:
Con asombro le escuchan, y al Senado
De Cárlos doce la misiva entrega.

XVI.

María, en tanto, sin cesar repite
De Axél el nombre en las desiertas salas
De su mansion; repítelo en las selvas,
Lo repite en los valles, lo confía
A los vientos del Norte, y se pregunta:
—«¿Cuál es el juramento
Que la sagrada libertad le quita?
¿Por una vírgen de su patria acaso

Su corazon palpita?
¿El alma puede ciega
Más de una vez amar? Oh! nunca, nunca!
¡Mi corazon lo niega!
Vírgen del Norte, que la nieve cubre,
Una es preciso, de las dos, que muera!
¡Las pasiones del Sur, su fuego ignoras!
Oh! sí..... sabré encontrarte
Aún más allá de tus nevadas cimas,
Y en abrazo mortal sabré estrecharte!
¿Pero no fué en la infancia
Cuando el Norte dejó? Ah! desde entónces
El aire de su patria no respira!
Sólo de Axél en la serena frente
El grave honor se mira;
Que yo en el fuego que sus ojos lanzan
Ví el fondo de su alma, como á un rayo
De Sol el fondo de apacible fuente.
¿Por qué me huyes? ¿Qué deber sagrado
Te prescribe ¡oh Axél! tu juramento?
¿Mi pecho destrozar? ¡Mi voz se pierde
En la region del viento!
Soy una viuda que en las tumbas llora,
Una paloma que recorre el cielo,
Y no encuentra á su queja gemidora
Una frase siquiera de consuelo.
La selva nos separa: la onda ruge
Entre nosotros, y mi voz no escucha.
¡Si sus huellas seguir me fuera dado!
¿Mas lo podré? ¡Yo soy mujer! Qué importa!
¡Nadie habrá de saberlo! Del soldado
La espada ceñiré! No es la primera
Vez que el peligro desafío: siempre
De mi diestra la bala fué certera.
¡Un Dios, Axél, me inspira y eres mio!
En mi bridon me lanzaré en tu busca
De valle en valle, y en el Norte frio
Refrescaré mi ardiente pensamiento,
Y arrancaré á tus labios
Tu santo juramento.
¡Oh! llévame en tus alas á la guerra,
Bravo bridon, y de mi Axél amado
A la lejana tierra!»

XVII.

Así dice y al punto se transforma.
Bajo el guerrero casco se ocultaba
Su negra cabellera,
Y entre pieles de búfalo su seno
Amante se ajustaba.
Pólvora, balas, puso en cartuchera
Que al cinto ciñe: al hombro delicado
La carabina, símbolo de muerte
Cuelga y al cinturon tajante espada.
En torno de sus labios una sombra
Marcial bigote imita: se diria
Que eran dos rosas bellas
Que un negro velo fúnebre cubria.

«Adios morada paternal! Un dia
Tal vez la dicha y el amor,—lo espero,—
A tí me volverán.—Lóbrega noche,
Envuélveme en tus sombras, y propicia
Condúceme á la márgen donde alienta
El sér que tanto quiero!»

XVIII.

Del Norte en las riberas, la imponente
Ciudad que Pedro edificó, se eleva,
Do mas de una corona sus tributos
Humildemente envía.
Allí sus pasos dirigió María,
Y en medio del fragor de las espadas,
Y en flotas, destinadas
A llevar el incendio y guerra y muerte
A las costas de Suecia,—solicita
Pasaje la doncella.
Un jefe de esas hordas de salvages
Mirándola, la dice: «Me pareces
Más temible á las vírgenes del Norte
Que á sus bravos guerreros. ¡Por mi vida!
Entre nosotros no hay cuartel, ¿Escuchas?
¡Dios y San Nicolás en esta guerra
Conocen solamente la salida!»

XIX.

Se hinchan las velas: las hirvientes ondas
Las proras hienden, y del Sol poniente
A la luz se divisan las montañas
De la Suecia imponente.
A pesar de las luchas portentosas
De las olas y el tiempo, allí se ostentan
Sus ásperas orillas majestuosas.
De Sota (1) en las riberas desembarcan.
En Sota, do Hjalmár, jóven guerrero,
Y la bella Ingeborg en otros dias
El ósculo se dieron postrimero.
Allí murió Ingeborg, cuando su amado
Fué á unirse á Odin (2): sobre las rocas vaga
Su espíritu, plañendo
La muerte de su amigo idolatrado.
¡Escandinavo Leúcades! Si el Norte
Llega á olvidar tu tierna, triste historia,
De Hjalmár la cancion fúnebre, grave,
Hará sacra al Escalda (3) tu memoria.

XX.

Arden ya las aldeas: espantados
Los niños gritan y huyen las mujeres.
¡Conocian de Rusia los soldados!
Resuena noche y dia
El guerrero clarin en las montañas.
¡Ay! pero no despierta
A los que duermen en la tumba fria!
¡Ay! infelice pueblo devastado,
Tus guerreros dormitan en la fosa!
Une empero el peligro de la patria
Un grupo de hombres, que al costado ciñen
Esas espadas que en Germania un dia
Gloria á las huéstes de Gustavo Adolfo
Supieron dar; antiguos arcabuces

(1) Pequeño puerto de Suecia.
(2) Ir á reunirse con Odin se dice de un guerrero muerto en el campo de batalla.
(3) Escalda equivale á poeta, bardo.

Llevan algunos, y alabardas rotas
Que más allá del Belt vencer supieron.
Esos pocos guerreros mal armados,
Cuanto la Suecia entonces poseía,
No vacilan un punto, y denodados
Buscan la muerte: el ruso numeroso
No opone un hombre á un hombre;
Es nube que se extiende en la llanura
Y abarca el horizonte:
De la alta cima el exterminio lanza,
Y la muerte en las filas del contrario
Destruye cuanto alcanza.

XXI.

Semejante al dios Thor, el Dios del trueno,
La fuerte diestra armada,
Axél al campo del combate llega
En aquella fatál, triste jornada.
Allí la fuga y el terror dominan,
Y como un ángel en el trance fuerte
Valor infunde al ánima turbada.
Su pecho es rudo acero,
Y su brazo es el rayo de la muerte.
El órden restablece, y va lijero
En su blanco bridon entre las rotas
Fuerzas, con voz enérgica exclamando:
»Estrechad vuestras filas, compatriotas!
Soy del invicto Cárlos mensajero.
Que un solo pensamiento nos anime:
¡Dios y el rey Cárlos! nuestro grito sea.»
¡Dios y el rey Cárlos! resonó en los aires
Y el eco lo repite en las montañas;
Y de la agreste cima do la muerte
Se entronizó triunfante,
Al punto aquellos héroes se apoderan
Con ímpetu arrogante.
De la guerra parece que se abrieron
Los abismos entonces, y la tierra
Se cubre de cadáveres: la espada
Azota al enemigo, que en sus naves
Busca refugio, y á merced del viento
Se aleja en vergonzosa retirada.

Como bestia salvaje satisfecha
De sangre y de feroz carnicería
El campo de batalla permanece
En profundo reposo;
Y esa escena de muerte iluminaba
El astro de la noche silencioso.

XXII.

Del mar sombrío en la desierta orilla
Axél triste vagaba
En medio de cadáveres. Tendidos
Yacen en grupos, y en estrechos lazos
Mil séres confundidos.
«¿Quieres saber lo que en la tierra duran,
Lo que son en verdad fieles abrazos?
No busques, nó, los del amor; mas vuela
Al campo de batalla. Observa el odio
Como estrecha en la angustia de la muerte
Contra su seno al enemigo. ¡Mira!
Los transportes de amor, la dicha humana,
Como el favonio que gentil suspira,
Murmurando se van; mas la pobreza
Y el profundo pesar y el odio intenso,
Fieles y eternos son hasta en la tumba.»
Así murmura Axél, y de repente
Escucha en el silencio de la noche
Tierna una voz que entre gemidos llora:
«Tengo séd, dame agua, Axél querido,
Oye el acento postrimer de aquella
Que aún muriendo te adora.»
Al oir esa voz, Axél al punto
Enmedio de las rocas se abalanza
Y contempla un guerrero allí tendido
Sin fuerzas ya: se acerca; mas de pronto
Surge la luna entre las densas nubes
Brillando como un Sol de mediodia,
Y baña sus facciones..... Axél tiembla.....
La reconoce..... «¡Oh Dios! ¡es mi María!»

XXIII.

Y era ella misma, sí! Sus sufrimientos
María dominando,

Prorrumpe en melancólicos acentos:
«Buenas tardes, Axél; nó, buenas noches,
Que ya la muerte de mi pecho amante
Se viene apoderando.
No me preguntes, nó, por qué he venido;
Me condujo mi amor, y eso es bastante.

«Cuando la eterna noche del olvido
Comienza, y cuando el hombre
Al borde se halla del sepulcro, entonces
¡Cuán otras aparecen
La vida y sus miserias.....! Solo es digno
De morar en el alto firmamento
Un amor como el nuestro. Yo he querido
Conocer tu sagrado juramento;
Por eso aquí he venido!
Ahora en la noche de la eterna ausencia
Lo veré en las estrellas. Sí; mis ojos,
Axél, ya lo contemplan, y tan pura
Como su luz irradia tu inocencia.
No me condenes, nó, si fuí imprudente!
Es que te amaba tanto!
Mas no mi muerte lágrimas te arranque,
No riegues mi sepulcro con tu llanto.
Madre, hermanos ni padre yo tenia:
Mi Universo formabas.....
En esta hora de eternal ausencia
¡Jura que tuya soy, que tú me amabas!
¿Lo juras? Ah! no exhalaré un lamento!
¡Es la hora más bella de mi vida!
¿No moriré sobre tu seno amante?
¿No guardarán mis restos las montañas
De tu patria querida?
Mira! una nube pasa por la luna,
Al disiparse moriré, y entónces
En la opuesta ribera silenciosa
Por tí á los cielos rogaré. En mi tumba
Tus manos plantel extrangera rosa;
Y cuando só la nieve sepultada
Esa hija del Sol, el sueño eterno
Duerma tambien, Axél, piensa en tu amada
Que cual ella su frente dolorosa
Dobló al beso de muerte del invierno.

¡Los dias de su amor fueron fugaces!
¡Ya ha pasado la nube!
¡Adios! adios!»—Sus manos moribundas
Estrechan las de Axél: lanza un suspiro.....
¡Su espíritu inmortal al cielo sube!

XXIV.

Murió; y entónces lívida, sombría
Del abismo profundo
Surgió la compañera de la muerte,
La locura infeliz: su sien ceñia
Guirnalda de amapolas;
Su cabello, en desórden: en el cielo
Tan pronto fija la mirada inquieta
Como la fija en el tranquilo suelo.
Una sonrisa convulsiva lanza
Su boca contraida,
Y brota de sus ojos apagados
Una lágrima triste, comprimida.
De Axél toca la frente;
Y en torno de la tumba de María
Vaga el jóven guerrero.
Resuena en las profundas soledades
Su canto de agonía,
Y el eco lo repite lastimero.

«Silencio, onda azulada! No te estrelles
De nuevo en la ribera!
Mis sueños turbas: tu rumor salvage
Detesto y escucharle no quisiera.
Tu blanca espuma enrojecida miro,
Y eres ay! de la muerte mensajera.
En su sangre bañado
Aquí un doncel no ha mucho se veia.....
Una rosa en su tumba he colocado.
Su rostro angelical se parecia.....
Yo sé á quien... yo sé á quien... yo iré á buscarla
Cuando Mayo produzca nuevas flores.....
Me dicen que en el seno de la tierra
Duerme mi prometida,
Y que la yerba de los campos cubre
Su frente entristecida

Y su fiel corazon; mas, ¡ah! no es cierto!
Pálida cual la muerte en esta roca
Mis ojos ¡ay! la vieron.....!
Tal efecto los rayos de la luna
En ellos produjeron.....!
Sus mejillas, sus labios sonrosados
Como el viento del Norte estaban frios,
Como la tumba helados!

«Yo la rogué que oido me prestara
Un momento siquiera!
Ella pasó la mano por mi frente.....
Mi espíritu cubrieron negras sombras.....
Luego... torné á la vida!—Allá en Oriente,
Léjos, muy léjos vió la luz primera.
¡Oh! cuánto Axél feliz entónces era!
En medio de las selvas se elevaba
Espléndido castillo.....
¡A mi amada infeliz pertenecia:
Me asesinaron en el bosque, y ella
Me dió la vida en amoroso beso,
Y dióme el corazon! Ay! tan ardiente
Y no palpita ya; y ahora su seno
Helado eternamente!
Todo acabó! Despareced, estrellas!
Extinguid, extinguid vuestros fulgores,
Que en la noche sombría de mi vida
La estrella se extinguió de mis amores.
Vedla! Sangrienta de los cielos baja!
Recorre el monte... el llano.....!
Olor de sangre de la orilla viene,
Y sangrienta tambien está mi mano!»

XXV.

Así de Sota en la escarpada roca
Gime el jóven guerrero;
Y allí le vé la estrella matutina
Y de la tarde el pálido lucero.
Del mar en la ribera una mañana
Exánime le hallaron,
Ambas manos unidas
En actitud de orar; y contemplaron

En sus pupilas, por el viento heladas,
Lágrimas no vertidas;
Y fijas de María en el sepulcro
De sus extintos ojos las miradas.

ANTONIO SELLEN.

Febrero de 1878.

HIC JACET.

(VERSOS PENSADOS EN UN CEMENTERIO.)

Todo deja al pasar alguna herida,
Ansias la duda, y la verdad temor;
Miedo la muerte, y lágrimas la vida;
Odios el hombre, y la mujer amor!.....

Cuanto en su esfera el corazon alcanza
Es lo que hastiado de obtener está!.....
En el mundo moral no hay esperanza
De nuevas dichas, ni dolores ya!

Una breve sonrisa, algun amargo
Lamento, todos sus asuntos son,
Una historia muy vieja, y sin embargo,
Salir de ella no sabe el corazon!

Ansiar, temer, sentir, y de seguro
No hallar el puerto de que viaja en pos,
Y envenenarse en manantial impuro
O murmurar, sin entenderlo: ¡Dios!

Y así seguir subiendo su Calvario
Bajo la cruz que en turno le tocó,
Para que al verle en su último sudario
Los que vengan detrás digan: *murió!*

ISAAC CARRILLO Y O'FARRILL.

CUBA PRIMITIVA.

Origen, lenguas, tradiciones, é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas.

PRIMERA PARTE.

ESTUDIOS PRELIMINARES Y COMPARATIVOS.

CAPITULO VII.

Tradiciones sobre orígenes de la nacion caribe del continente — Lafiteau, Duteche, Ursistock, Rochefort y otros.

Entre las poblaciones que encontraron los españoles en su edad de piedra, eran de las más adelantadas, las caribes del continente; y su aspecto, y la mayor parte de sus cualidades, concuerdan con las descripciones contemporáneas, en especial de Oviedo, respecto de los naturales de Cuba, y los entusiasmados juicios del cronista Torquemada (1): pero á nuestro propósito es más contraido á lo expuesto, lo escrito por el Padre Gumilla (2): «Entre todos ellos (los indios) se hallan naciones que se precian de muy entendidas y cierto que en el aire del cuerpo, el desembarazo y modo de hablar, en la mayor suavidad del lenguage y en otras señales, hay naciones que han manifestado ventajas á otras. La sobresaliente y dominante en Orinoco, es la nacion caribe que se extiende por la costa oriental hasta la Guyana y *aún hoy vive mucha* gente de ellos en Trinidad

(1) Monarquía Indiana, cap. 25.
(2) Orinoco Ilustrado en varios capítulos del primer tomo.

de Barlovento y en las tres islas colocadas junto á la Martinica: ni sé que haya en aquellos paises nacion que los iguale ó los exceda. Lo cierto es que, como despues veremos, en valer se tiene, y á veces vénse á los caribes cuando suben armados Orinoco arriba y llegan ó procuran abordar á los caberes.

»Son los caribes de buen arte, altos de cuerpo y bien hechos: hablan desde la primera vez con cualquiera con tanto desembarazo como si fuera muy amigo y conocido.»

Y no debemos omitir las palabras de Torquemada con referencia á Haití: «Hubo hombres, dice, y mujeres de tan buena disposicion y compostura en los rostros que aunque lo tenian algo moreno, especialmente las mujeres, podian ser señaladas y miradas en España por muy hermosas y conoció en la Vega mujeres casadas con españoles nobles y caballeros (que ellas eran señoras de pueblos) que eran de *admirable hermosura* y casi tan *blancas como las españolas.*»

Agrega que eran de «muy buenos y proporcionados cuerpos—dice que era mayor la hermosura en *Jaragua;* pues la gente de las Lucayas, á una mano así hombres como mujeres eran de mucha gracia y hermosura. Los de la isla de Cuba y Jamaica, lo mismo.»

Y dijo Colon de los indios de las Antillas: «no se han hallando hombres monstrudos como muchos pensauan antes es toda gente de *muy lindo acatamiento* (1).» Y esa raza esbelta, hablando lenguas diversas, se encuentra en toda la América casi siempre frente al indio más parecido á los asiáticos que han traido los europeos á América para suplir á los negros.

Y esa raza esbelta, que no recuerda la mongólica, con rasgos caucásicos, hablando lenguas diversas se encuentran en toda la América, casi siempre frente á frente al indio más parecido á los asiáticos, llevando el *maiz*, la *yuca*, la *hamaca* y las mismas costumbres. Esto ha sido reconocido por escritores recientes; pero que la profunda observacion de los primeros cronistas dejó *trazada en los hechos*. Castañeda halló en los *quinibas*, no el tipo indiano ó asiático sino el morisco: «sus mujeres son bien hechas: su fisonomía más parece morisca (*árabe*) que indiana (2).»

¿Y se puede confundir un caribe ó sus semejantes con un yucateco ó *brasilero* de otras tribus? Los que hemos visto los indios del Sur, los de Florida y áun varios *pieles rojas* del Norte no es posible que los confundamos. Los que no los han visto, que examinen los cronistas antiguos y modernos y notarán la diferencia. El P. Landa dice: «Los indios de Yucatan son bien dispuestos, altos y recios..... y comunmente son *estivados* porque en su niñez las madres los llevan de una parte á otra, van ahorcajadas en

(1) Cartas (en castellano) de Colon á Rafael Sanis ó Sanchez Bib. Mars. vol. XVI página 82.

(2) Voyage de Cibola Ap. 3me. pág. 354.

los quadriles..... Tienen á gala sér vizcos lo cual hazian, colgándoles del pelo un pegotillo (1).» El viajero inglés Bullock ha pintado tambien *estevados* algunos indios de un viaje á México, acaso exagerando el pensamiento del P. Landa. que él no pudo leer por estar entonces su libro inédito (2). Al lado de sus indios de ojos vizcos ó asiáticos medio verticales, rechonchos, *estevados* ó *cotorros* estan las otras tribus que han creido de indudable procedencia caribe algunos escritores. Brasseur de Bourbourg, pretende haber demostrado que las poblaciones de Méjico y Centro América, que exponía, por la prueba que suministran las lenguas y costumbres. *hasta las embocaduras del Orinoco* son caribes; la misma raza *que poblaba á Cuba*, Haití y las otras Antillas. (3)

Esos indios aventajaban tambien en orgullo á los demás, no podian comprender que descendian de otras tierras, porque se creian los únicos séres dignos de ser hombres, cuando se les preguntaba ¿de dónde vinieron sus mayores? contestaban: «Ana carina roto,» que segun Gumilla, significa: «nosotros solamente somos gente.» Júzganse dueños y superiores de los demás y aseguraban sin rodeos de modestia, ni humildad, ni aparente: «*A mucon poporóco itoto nanto*,» que segun el propio misionero, significa: «todos los demás son esclavos nuestros.»

La nacion *caliba* que es afin de la caribe y la *Achagua* explican el orígen de los caribes de una manera que descubre á ser cierta, que lo dudo, las rivalidades de la familia. Dicen los Calibas que *Purú* envió á su hijo á matar una serpiente horrible que desolaba al Orinoco y el demonio fué condenado al infierno con júbilo de los habitantes; pero les duró poco la alegría porque la corrompida serpiente produjo unos gusanos de dos de los cuales salieron un hombre y una mujer, de los cuales proceden los caribes que han heredado las cualidades sanguinarias del cruel reptil.

Más genuina es otra version. Creen los Achaguas que los caribes, sus parientes, descienden de tigres: para probarlo de la palabra *Chabí* que dan en su lengua á esa fiera, hacen *Chabinabí* que es como llaman los caribes; otros derivan el nombre de *Chabí* (tigre) y *Chabina* (lanza ó chuzo) de cuya reunion resulta que son hijos del tigre y de la lanza. De esto se deduce que por ninguna tradicion se trasluce cómo vinieron los *grandes caribes* á Tierra Firme y tampoco los de las Antillas dicen nada histórico de su aparicion allí: ni aún hay acuerdo entre las suposiciones más modernas.

El siempre citado Mártir de Angleria expone que los caribes de las islas procedian del continente de la nacion *caribana*: «unde caribes insu-

---

(1) Relacion de las cosas de Yucatan § XX pág. 112.

(2) Sixth month of resid: and Trav. in Mexico. (Láminas de los pag. 78, 186 y 199.)

(3) Rev. Orient. et Americaine. T. VII pág. 288.

lares originem habere nomenque ritinere dicatur.» El nombre y la procedencia era continental, en donde se hablaba la lengua de las islas hasta *Coiba*, en donde ya era distinta. Las diferencias de vocablos eran pocas: en la Española se llamaba cacique al régulo ó jefe; en la provincia de Coiba *Chebni* y *Tiba* en otras partes: el noble en la Española *taino*, y en Coiba *saco* y más lejos *yura*.

El insigne Hervas, que siempre extrañaré no ver más apreciado en España por los suyos, en vista de los trabajos impresos y manuscritos del respetable Gilli, dice lo siguiente: «La lengua caribe es la más universal de las naciones de Tierra Firme y fué idioma de *los indios que poblaban las islas Antillas.*» Segun esos trabajos habia 25 dialectos caribes desde el Orinoco al mar de las Antillas, y segun Rusching son 27. El abate Gilli entre las reglas que da para conocer los dialectos caribes es el uso de la terminacion *oto* de muchas de sus palabras (1).

«Todos los autores convienen en que era caribe la lengua que se hablaba en todas las Antillas.» La duda para el abate Hervas consistia en saber cómo las poblaron: y en verdad no estuvo atinado en adoptar las ménos probables de las suposiciones aunque no se decide definitivamente sin pruebas (2). Los indios de la isla de San Vicente dijeron á Mr. Du Montel, como se lee en sus *Memorias*, que la raza dominante en los primeros tiempos fué de los *aronaques* y parte de ellos se retiraron á las Antillas, viniendo por Tabago; que los *Calibitos* fueron sus amigos. Los prófugos de la tiranía de *Aronaques*, que dominaban á los caribes, nombraron sus caciques y fueron amigos de los *calibitos* y enemigos de los *aronaques*. Esa alianza parece dictada por el temor que debian inspirar sus antiguos compatriotas.

Los habitantes de Haití relataban que sus antepasados (3) *unidos á los calibitos* salian de Tierra Firme para hacer guerra á los aronaques, que habitaban en las Islas, y los caribes mataron á todos los varones, y quedaron las hembras con ellos y por eso la lengua de las mujeres que se conservó entre ellas es semejante en algunas cosas á las palabras de los aronaques del continente ó Tierra Firme. Es cosa generalmente sabida que las mujeres de las Antillas hablaban lengua distinta que los hombres.

La facilidad conque los indios corrompian su idioma y hasta lo olvidaban se demuestra en casos prácticos en las misiones y se consignan en los diccionarios: en ellos se encuentra *boutcka*, por vasija y es nuestra botella; *pero*, por perro aplicado á ese animal; *camicha*, por vestido que es nuestra camisa que ha viajado de Roma á las Indias; *caballito*, una especie de bote (4) por su semejanza al que usan los niños hecho de madera; *paha*

(1) Hervas. Catal. de las lenguas, t. 1. pág. 201 (todo el capítulo III.)
(2) Id. pág. 203.
(3) Hervas, Ibidem.
(4) San Nicolás (1874) nº 5, vol. 1º

(pronúnciese paja por túmulo en Minessota; y hasta en las islas Sandwich que suena *capa*, por vestido. Nada tiene de extraño que se mezclase la lengua de los vencedores y de los vencidos y aún se modificase.

Consta por esas diversas versiones acerca del orígen de la poblacion de las Antillas que cuando se hablaba de inmigraciones se suponian del lado de la que por mucho tiempo se llamó Tierra ó Costa Firme. Fácil fuera aumentar las Autoridades, Dutertre, Lafiteau & porque es lo general. Un escritor únicamente, pero de grave autoridad, á pesar de no llevar el libro el verdadero nombre de su autor (1) ha creido que los caribes todos descienden de los que supone habitaban en la América Septentrional cerca de Florida.

Rochefort que es el seudónimo aludido, se estasía copiando cuanto dice el inglés Bristok de los *apolochinos* y les dedica una digresion notable para consignar su estado de civilizacion (2). Segun ese escritor los caribes vivian con el nombre de *cofachiques* ó *cofachites* cerca de los apalachines de Florida. Estos eran adoradores del sol; supersticiosos pero idólatras los caribes. Los cofachites tuvieron guerra con aquellos y terminaron por someterse aceptando su religion y costumbres, y se vistieron como sus vecinos. La sumision no fué sincera pues tuvieron siempre el pensamiento de engañarlos: un siglo duró en estado de union interrumpido por guerras, que tuvieron por consecuencia la separacion definitiva de una parte de los cofachites que los arrojaron sus mismos compatriotas coligados con los apalachines. Aquellos cofachites á quienes hace padres de todos los caribes de ambos continentes y de sus islas pasaron á las Antillas desde donde poblaron los extensos lugares en que se encuentran caribes. La que supone cuna de los caribes no llevaba ese nombre y significa en esa version *hombre añadido*, como si dijéramos recien llegado: así lo dice el mismo Bristok cuando explica que *caraibe* en lengua apalachina es lo propio que *gente añadida*.

No se ha probado que efectivamente eran caribes los *cochifitos*, contra los que hay datos más respetables (3) pues como se ve en una obra del Inca Garcilaso, el intérprete Juan Ortiz, que hablaba la lengua *apalache* que aprendió en su largo cautiverio, jamás les habló de gente vestida, de nada de lo que trae Bristok, el mismo Ortiz ú Orotiz andaba desnudo, *con un pañete;* y por poco lo matan los mismos que lo iban á buscar. En apalache habló á los *cofuchitos* cuando se encontraron: si hubieran sido caribes ó *añadidos*, recien venidos y unidos á los apalachinos algo se hubiera indicado; pues luego, decia Bristok, *crecieron* y se multiplicaron y

(1) Véase á Pinelo, Biblioteca Occidental &.

(2) Hist. nat. et moral des isles Antilles d' Amerique cap. 7, pág. 350. (Edic. Roterdam 1681).

(3) La Florida, por Garcilaso lib. 3 y en especial cap. 9.

separaron finalmente: todo hace creer que los caribes vinieron de otros puntos en donde se encuentran compactas y numerosas poblaciones que lejos de ser *cofachitos* ni sus afines hasta descubren el sonido de la *f* en sus dialectos. Dice Bristok que todavía se conservan algunas palabras *caribes* en la lengua de los cofachitos que se quedaron con los apalachines, como *boutton*, maza; pero esa es palabra de los *caribes flecheros*, *macana* es la que usaban los antillanos y caribes de la América del Sur; lo mismo puede decirse de *bonari*, *etoton*, allonba, allonani, *taonabo*, *akaruboue*. Solo la palabra *mabuya*, aunque aplicada al diablo, figura en el caribe del continente significando una culebra. Agrega que algunas veces le dan el nombre de *caraibe*, pero no da el fundamento.

El modo que supone los trajo á las Antillas es tambien inverosímil: los que se separaron de sus compañeros del continente septentrional se ampararon de las naciones ribereñas del mar, donde fueron bien acogidos; pero es el caso que arribaron unas canoas ó piraguas á consecuencia de un naufragio con 12 hombres de Siguateo, una de las Lucayas, en dos buques, los cuales les ponderaron el clima de su isla. Los cofachitos oyeron con júbilo las noticias, porque estaban disgustados en su nuevo país: determinaron su hégira ó éxodo y hurtando los barcos ó canoas de sus huéspedes, hicieron rumbo á Siguateo en donde fueron bien acogidos. Ocuparon luego la isla de *Ayai*, desierta, y desde ahí se extendieron por las demás islas y pasaron al continente donde se establecieron en poderosas naciones de que luego hemos tenido conocimiento.

La tradicion de Bristok carece de todo fundamento y está en contradiccion con los hechos geográficos. Unicamente se parece á lo que Cárdenas conserva en las siguientes palabras. «El nombre de esta region (Florida) fué canto ó tierra famosa entre los indios circunvecinos, que segun su opinion más cierta vinieron de ella á poblar la isla Española, la de Cuba, San Juan de Boriquen, Jamaica y otras, y *volvieron á ella* los de la isla de Cuba, antes de la dominacion de los españoles, á buscar un rio (los de Cuba) ó fuente que dicen remozaba. Asentaron un pueblo en la Florida, cuya generacion aún dura.»

La tradicion del historiador de la Florida difiere completamente de lo anteriormente expresado, y no se explica el motivo de que se encuentren ó no voces caribes entre quitapaluchina, y el confuso hecho histórico de la existencia de indios de distintos caribes en el concepto de *añadidos* ó *recien* llegados.

La relacion de Bernardo de Escalante Fontaneda (1) encomiada por Muñoz, tambien contradice al inglés y á su entusiasta traductor. Las relaciones de Cuba con Florida descritas por quien vivió entre esos indios y sabia sus lenguas, léjos de reconocer puntos de contacto, acredita que al

(1) Ternaux Compans, Voyages, Relations &. t. 20, pág. 17.

llegar los cubanos á aquel territorio arrastrados por una preocupacion vulgar fueron *hechos prisioneros*. Efectivamente, como aparecen de la misma certificacion de Escalante, salió de Cartagena de Indias y naufragó sobre las costas de Florida con otros, y como naufragó, sirvió luego de intérprete á sus compatriotas, compañeros de infortunio.

Copiemos las palabras decisivas en esta fábula: «Se habia dicho que los indios de Cuba adoraban al *rio Jordan* (de Florida) pero esto no es verdad. Juan Ponce de Leon fiándose de las relaciones de indios de Cuba y Santo Domingo hizo una expedicion para su reconocimiento en Florida sea por la gloria, ó porque pensó rejuvenecerse bañándose en el rio. Pero todo era mentira de los cubanos y otros isleños que decian que el Jordan estaba en Florida. Durante mi permanencia en el país como prisionero me he bañado en cuantos rios encontré sin hallar el Oscuro. Ha largo tiempo que un gran número de indios de Cuba abordaron, buscando el Jordan, á la provincia de Caolos (otros escriben *Calos*) cuyo padre (pues era el nombre del cacique) se llamaba Senqueme; los hicieron prisioneros y con ellos se formó una aldea y sus descendientes *viven todavía*.»

«Es ridículo que Juan Ponce de Leon hubiera ido á buscar el Jordan á Florida.» En cuanto á los apalachines viven como todos los indios segun el autor y lo que antes hemos visto con el testimonio de Orotiz ú Ortiz; todos andan desnudos y se cubren los sexos con pedazos de pieles y tejidos de algodon.

La verdad histórica en vista de lo expuesto hasta aquí es que los habitantes de Cuba y Costafirme *eran todos unos*, como dijo el almirante; y que hayan venido del continente á las islas ó por el contrario, son la variedad misma de la raza india ménos parecida á la mongólica: iguales en caractéres físicos y costumbres á los indios caribes del continente; hermanos ó *quaitiaos* como ellos se llamaban.

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

LA FILOSOFIA DE VOLTAIRE

segun la crítica alemana.

El 30 de Mayo de 1778 espiraba en Paris el patriarca de Ferney, Voltaire. Concitadas en torno de su cadáver todas las ruines pasiones que su voz poderosa habia hecho enmudecer, dieron la señal de la guerra que se habia de librar á su memoria, negando sepultura á sus restos. El 30 de Mayo de 1878, no ya Francia que reparó solemnemente su falta, franqueándole en 1791 las puertas del Panteon, sino todo el mundo culto, congregado en torno de su estátua, conmemora el primer centenario de la muerte del infatigable campeon de la moral y de la justicia universales. Nuestra época discierne á Voltaire el honor reservado á los mejores, y lo hace con plena conciencia y justicia plena. Voltaire no fué solo un elegante poeta, un polígrafo elocuente, un historiador diserto, un polemista ingenioso, un crítico sagaz, un vulgarizador de la ciencia y un filósofo libre pensador, fué más que todo ésto, fué un apóstol de la tolerancia y de la humanidad, cuya voz, cuya pluma y cuyas influencias estuvieron siempre al servicio de toda debilidad oprimida, de toda ley violada, de todo derecho negado ó desconocido.

Pasados ya los tiempos de la pasion y del fanatismo, cuando no existen ni discípulos ni enemigos, cuando la crítica imparcial, á cuyos oidos no llegan ya ni el rumor prolongado de los aplausos, ni el ruido atronador de las invectivas, pronuncia su inapelable fallo, Voltaire, por los merecimientos de su vida y de sus obras, entra en el dominio de la conciencia pública, alumbrado por la aureola de que place á la posteridad rodear las sienes de los hombres verdaderamente grandes. Alemania que fué la primera en lanzarse en los procedimientos reaccionarios que hicieron desconocer por un momento los méritos de Voltaire, ha sido tambien la primera en aquilatarlos en la balanza de la crítica racional. El profundo y

luminoso estudio de A. Gérard, que ofrecemos á continuacion á los lectores de la REVISTA, presenta en bien meditado resúmen las conclusiones á que han llegado los críticos germanos; unánimes en reconocer el papel primordial representado por el filósofo de Ferney en el movimiento intelectual y social del pasado siglo (1).

Dejémosle la palabra, pues creemos que de ningun modo mejor podríamos solemnizar esta fecha que, de hoy más, no ha de correr inadvertida para las generaciones venideras.

Voltaire es amado en Alemania; no solo en obsequio á la memoria de Federico II, sino como el representante del que fué llamado «Siglo de las luces», y de la manera de filosofar que ha auxiliado tal vez más la causa del nuevo Renacimiento. En hecho de verdad, esta simpatía no es muy añeja. El nombre de Rousseau fué el que primero hizo fortuna del otro lado del Rin. Los directores del pensamiento aleman fueron al principio Juan Jacobo y David Hume; quienes suscitaron á Kant, Hamonn y Jacobi. Los filósofos de la segunda generacion, los Schlegel, Fichte, Schelling, Hegel, aunque más libres de influencias estranjeras, ántes dependerian aún de Juan Jacobo que de Voltaire. Hasta entónces, en efecto, Voltaire compartía el descrédito con que eran miradas la exégesis descontentadiza de Reimarus y la filosofía llamada *popular*, por lo vulgar y mediocre sin duda, obra de enciclopedistas tan ingénuos como el buen Nicolaï. *La jóven Alemania* le dió poder y prestigio. Luis Börne y Enrique Heine, que llevaban el cetro de la crítica y de la ironía, debian naturalmente colocarse bajo la inspiracion de un nombre que es, por sí solo, la crítica y la ironía personificadas. Vino despues la gran liquidacion de la escuela hegeliana; y cuando, á la muerte del *Caliban del pensamiento* (2), estallaron todas las discusiones que solo él habia podido contener, en la guerra civil á que se entregaron los discípulos, si la extrema derecha, refugiada en una especie de torysmo exagerado, llegó casi á hacer causa comun con Hobbes y José de Maistre, la izquierda estuvo por Voltaire. El duelo entre *maître* Aroüet y *monsieur* de Maistre, empezado en Francia, se continuaba en Alemania; con más encarnizamiento tal vez, aunque tambien, hay que decirlo, con ménos ingénio. En toda esta polémica, solo un espíritu se mostró verdaderamente grande: el de David Federico Strauss. A la verdad Strauss no estaba por ninguno de los contendientes, y su juicio permaneció libre; pacífico y reposado, no consistió en él que la lucha no hubiese terminado ántes. Ya desde entónces pudo juzgarse el pasado siglo

---

(1) Este estudio se publicó en la *Revue philosophique* de Th. Ribot, en el número correspondiente á Mayo de 1877.

(2) Así denominaba Schopenhauer á Hegel.

sin prejuicio ni pasiones; la historia habia comenzado. Como Juan Jacobó y Hume, en lugar de ser un nombre de escuela, una consigna, Voltaire ya no fué más que Voltaire; y comenzó á encontrar no ya fanáticos sectarios ó irreconciliables enemigos, sino historiadores. Se escribió su vida y se analizaron sus obras. En lo más recio del combate, Armando Grimm, hijo y sobrino de los célebres Grimm, tributaba sus homenajes, en uno de sus *Ensayos*, á ese francés que era para Goethe el representante privilegiado, el prototipo de la Francia (1). En una obra, comenzada á publicar hace tres años, *El nuevo Plutarco*, que contendrá la biografía de los hombres ilustres posteriores á la Reforma, un puesto honroso ha tocado á Voltaire, despues de Martin Lutero y Oliverio Cronwell. Pero, entre los trabajos importantes y duraderos consagrados á este gran nombre, hay que citar en primera línea la *Historia literaria del siglo diez y ocho* de Armando Hettner, y las *Seis Conferencias* dedicadas por Strauss á la princesa Alicia. Voltaire devuelto á su época, y explicado por ella: hé aquí el objeto de esos dos libros, graves y serenos, donde no domina otra pasion que la pesquisa de la verdad y la aplicacion de la justicia (2). Si añadimos el corto y precioso estudio de Emilio du Bois-Reymond sobre los conocimientos de Voltaire en astronomía, física é historia natural, y algunas páginas muy enérgicas de Alberto Lange, será casi una revelacion para nosotros saber el juicio simpático que, como á su pesar tal vez, ha formado Alemania del pensador y escritor en que la Francia gusta más de reconocerse (3).

I.

La crítica alemana tiene un nombre para designar el siglo último y sobre todo su obra: AUFKLAERUNG; como si dijéramos el siglo del esfuerzo *hácia la claridad*. En la filiacion de los hechos y de las leyes históricas este nombre tiene un sentido determinado, y el grupo de ideas y sentimientos que resume es de la mayor importancia. Para apreciar el papel de Voltaire, que fué tal vez el primer obrero y áun el maestro en ese siglo, hay que comprender el espíritu general, la tendencia del *momento* en que apareció.

Comparando el siglo de Luis XIV á los tiempos en que él vivió, notaba Voltaire que en la época de aquel monarca habia en Francia más génios, más poetas, en el sentido original del vocablo; y que despues de su

---

(1) Puede verse el juicio de Goethe sobre Voltaire en las Conversaciones con Eckermann.

(2) *Literaturgeschicte des* XVIII *Jahrhunderts*. 1860.— *Voltaire*, par Strauss: traduccion francesa de L. Narval.

(3) Du Bois-Reymond. *Voltaire in seine Beziehung zur Naturwissenschaft*. La trad. francesa se ha publicado en la *Revue des cours scientifiques* (25 de Julio de 1868). —Alberto Lange, *Geschichte des Materialismus*, 3ª ed. Tom. 1º pág. 301-306.

muerte, por el contrario, los grandes hombres eran más y más raros y el arte parecia ménos brillante, si bien la nacion en conjunto era más culta, estaba más ilustrada. Esta observacion, justa y sagaz, ha llegado á ser una ley, el dia en que un exámen más minucioso, si no más atento, ha revelado mejor las delicadas relaciones que ligan entre sí los períodos y, pudiéramos decir las épocas de la historia intelectual. A no dudarlo, los orígenes de la cultura actual datan del Renacimiento: entre esos principios y el estado presente han mediado dos siglos, dos etapas. ¿Cómo se ha recorrido ese camino? Y, dejando á un lado el siglo en que estamos, ¿cómo la crísis del décimo sexto fué seguida de un siglo sobre todo artístico y literario, para ir á parar á un siglo de luces, de filósofía y de razon? Ciertamente la sociedad humana parece que es en sí misma una fuerza original, lo que la hace diferir de sus miembros componentes; hay en ella una especie de conciencia colectiva; y su historia no podria confundirse con la de los indivíduos que viven de su vida. Sin embargo, cuando queremos analizar esa fuerza y comprender exactamente su carácter y su ley, pronto se nos hace evidente que el secreto está en la constitucion misma del espíritu humano. Hamann y Herder, los primeros quizás que, despues de los grandes místicos de la Edad Media, hayan comprendido el papel representado en todas las obras humanas por el instinto ciego, la *inconsciencia* de esos autores innominados, las razas, los pueblos, la humanidad, fueron deudores de esta revelacion á una psicología más profunda. Schelling y Hegel buscaban igualmente la fórmula de la historia solo en el espíritu: la série de los siglos no fué para ellos sino un drama filosófico, donde un solo actor ocupaba la escena, el espíritu y siempre el espíritu. Los grandes acontecimientos, las crísis, las revoluciones fueron otros tantos episodios en la vida del espíritu que, á través del tiempo, se eleva de sus creencias primitivas y de sus primeros sueños á las verdades de la más sublime filosofía. Desde este punto de vista, como ya Lessing lo habia presentido y segun su expresion, la historia viene á ser la *educacion* continuada del espíritu humano. Siendo así, á medida que se modifica la ciencia del espíritu, se interpreta diversamente la historia. Hoy que, en Alemania lo mismo que Inglaterra, prevale la tendencia naturalista y el psicólogo se aproxima al fisiólogo, una exactitud más rigurosa preside la investigacion de las leyes históricas. Desde hoy ya nos es lícito esperar una fisiología de la historia (1). De todos modos, veamos como deberíamos representarnos, en consonancia con estas ideas, el carácter original del siglo diez y ocho, el siglo de Voltaire.

El siglo diez y seis ha sido, empleando el lenguaje de Augusto Comte, el siglo *crítico* por excelencia; una era de renovacion y de renuevos; la

(1) En el estudio citado anteriormente, Du Bois-Reymond indica la ley por la que, en la historia, la ciencia sigue al arte.

Reforma y el Renacimiento. La fé vá á refrigerarse en las primeras fuentes; y la humanidad, por retroceder á la naturaleza, vuelve á la juventud del mundo, es decir, á los antiguos. Pero fué un siglo harto agitado para tener conciencia distinta de su obra; y á despecho de las maravillas que produjo y del arte que legó, es sobre todo el siglo de la accion. Solo á este precio ha fundado! A los dos siglos subsecuentes tocó sacar las consecuencias. El uno ha sido el artista, conmovido delante de los horizontes recien descubiertos; el otro ha sido el sabio, atento á esas novedades y curioso de penetrar su misterio. Si el arte como quiere Heriberto Spencer, es una especie de *fac-simile* de la accion, que no aparece sino despues de ella y parece continuarla (si lo ideal es la consecuencia de lo real); si ademas la ciencia viene siempre precedida por un arte, del cual no es más, por decirlo así; que la abstraccion y la fórmula: ¿no podríamos comprender las relaciones que enlazan esos *momentos* de la historia? ¿Y no es evidente que esas relaciones son las leyes mismas del espíritu humano? ¿Qué viene á ser el trabajo de estos tres siglos, sino el proceso natural del espíritu que, absorto al principio por la vida, distraido por el tumulto de la realidad, se recoge poco á poco en sus recuerdos; toma posesion y se hace dueño de sí mismo, reproduce, imagina, inventa, crea; y, por último, despues de haber hecho pasar á sí, por el don del poeta, esa vida en que ántes se dispersaba, procura comprenderla y encontrar su ley? Y esto de tal modo que, en la ley enunciada por la ciencia, aparece todavía el ideal de donde ha nacido, y, más á lo léjos, la gran crísis de la historia y del espíritu, de donde han salido un arte y una ciencia. Y de tal modo, tambien, que el personaje en quien llega á resumirse el pensamiento de toda una época evoca por sí solo una legion de pensadores, artistas y héroes. Voltaire, en efecto, el solo nombre de Voltaire tiene esta significacion extensa y profunda; ya Goethe lo habia reconocido y la Alemania contemporánea ha ratificado su juicio. ¿Qué manera de pensar, qué filosofía resultó de la revolucion del siglo diez y seis y del arte del diez y siete? ¿Cómo es *el siglo de las luces* el coronamiento del Renacimiento y la Reforma? ¿Es éste el prefacio de la filosofía de Voltaire? Hay que indicarlo, por lo ménos. (1)

Al fin del siglo diez y seis, ni el Renacimiento ni la Reforma habian triunfado recíprocamente; y acabaron por ajustar una especie de transaccion. Desde el principio Erasmo hacía votos por el advenimiento de un cristianismo filosófico en que se hubieran mezclado las dos inspiraciones; y es curioso observar que la conclusion del siglo fué tal como la habia deseado el comienzo. Aliados un instante por la comunidad de ciertos estudios y tambien quizás, por política, y separados despues en los albores de un triunfo que los impulsaba en distintas vias, el Renacimiento y la Re-

(1) A propósito de esto, véase en *L'ancien regimèe* de H. Taine las páginas dedicadas al estudio del espíritu clásico.

forma concluyeron por una conciliacion. Despues que, por una parte, los *humanistas* puros y, por la otra, los *evangélicos* hubieron extremado las opiniones que los dividian; despues que los unos, de consecuencia en consecuencia, hubieron llegado hasta una verdadera restauracion del paganismo, miéntras los otros, á fuerza de celo protestante, suscitaban una nueva escolástica, la escolástica luterana; esta especie de guerra civil del pensamiento tuvo que concluir por un tratado de paz. Hubo como un edicto de Nantes, en el cual, por medio de mútuas concesiones y una generosa y recíproca tolerancia, el humanismo pagano y la fé reformada llegaban casi á fundirse uno en otro. El resultado, que preservaba igualmente todos los derechos, fué una filosofía cristiana, respetuosa á la vez con la creencia y con el arte: el espíritu del Evangelio en la forma antigua. Así se preparaba el siglo subsecuente que, cristiano por el pensamiento, supo dar á sus sentimientos y á su fé una expresion de elegancia, exactitud y belleza del todo pagana. Descartes y Corneille, Bossuet y Racine, Labruyère y Boileau convirtieron en realidad el sueño de Erasmo. ¿Qué fué *el gran siglo, la edad clásica*, sino el encuentro, ó mejor, la alianza del ideal pagano y de la religion cristiana? el acuerdo, la armonía de los antiguos y los modernos?

Es claro que en esta convivencia del culto antiguo y la creencia moderna la fé debia hacerse mas secular, tomar mayor amplitud. ¿No basta recordar los distintos esfuerzos para reconciliar las diferentes confesiones? Bossuet y Leibniz trabajaron en esta empresa con el mismo celo é idéntico espíritu. Y si su buena voluntad tuvo que ceder el campo ante las resistencias políticas en una época en que los sentimientos religiosos tenian que contar siempre con las cancillerias, á lo ménos casi por toda Europa se contituyó una especie de *Broad Church*, una iglesia no más tolerante quizás, pero sí más vasta, con alguna complacencia en las cosas del siglo, cierto desasimiento de los dogmas, tal cual indulgencia respecto á la filosofía y la moral humanas. Inglaterra, sobre todo, al salir de sus largas querellas religiosas y parlamentarias, dividida en sectas sin número, protestante por naturaleza y regida por una dinastía católica, habia tenido que habituarse á descuidar las diferencias de *Credo*, para poseer siquiera las exterioridades de la paz. Constreñida por la necesidad á aceptar con los labios, si no con el corazon, la vida comun de creencias enemigas, tuvo la primera que hacer, por los demás, el aprendizaje de la tolerancia con esta forma rudimentaria: la libertad de indiferencia. Mitigadas las antiguas enemistades y resignadas las teologías á llevar en paciencia las contrarias, el resultado fué que, á las doctrinas, á los dogmas y al rigor de las fórmulas se sustituyó poco á poco, en el espíritu público, el sentimiento de lo divino sin definiciou, sin límites, *quis Deus incertum est, habitat Deus*. El deismo, que era esa religion franca y libre por la cual trabajaban conjuntamente, y sin saberlo tal vez, los teólogos y los filósofos del siglo diez y siete, el deismo fué la única fé del siglo en que vivió Voltai-

re. Ahora bien, el deismo, así lo han probado los acontecimientos, no ha sido en la historia del pensamiento, sino la transicion por cuyo medio la idea de Dios, de puramente teológica se ha convertido en una idea sobre todo moral. Cuando, en lugar de dominar y regir la moral, el concepto de Dios, debió, al contrario, conformarse con ella y, más aún, tomarle prestados su carácter y su sancion, cuando lo divino y lo bueno, léjos de estar sometidos al capricho de la divinidad, como lo pretendian en un tiempo los Scotistas, exigia precisamente que la divinidad les estuviese sometida, cuando, para acabar de decirlo, el ideal divino, so pena de perecer, debia confundirse con el ideal moral, verdaderamente la humanidad habia concluido una gran jornada. Esta jornada es el *Aufklaerung*. Tal vez Hegel no ha reconocido el sentido de este progreso intelectual, cuando no ha visto en la filosofía del diez y ocho sino crítica y negacion. La originalidad y el valor de ese siglo, que hoy le conceden, con Tomas Buckle, los historiadores alemanes, consisten en que tuvo la inteligencia y la pasion de las ideas morales. Y tanto que les ha subordinado todo el resto y, en el esceso de su celo, ha parecido sacrificarles muchas veces hasta la ciencia. David Hume, Rousseau y Kant que representan sus últimas tendencias y su esfuerzo supremo han demostrado bastante con su ejemplo hasta qué punto se cuidaban únicamente de la moral; y el cansancio especulativo, el descrédito de la ciencia, el misticismo cuyo contagio esparcieron, se presentan como los mejores y más verídicos testigos de su espíritu y su obra. Sí, ese siglo incrédulo y destructor ha tenido una religion: la moral; y la ha tenido hasta el fanatismo.

Voltaire, ciertamente, fué y permanece siendo, con legítimo derecho, el génio de aquel tiempo. Preparado, como lo estaba, por su propia naturaleza, por su educacion de humanista y de clásico y por su residencia en Inglaterra; discípulo del Renacimiento y del gran siglo; perteneciendo á la doble tradicion de los *libertinos* franceses (1) y de los deistas ingleses, ¿no existia una armonía prestabilita entre él y el *momento* histórico en que apareció? La ciencia, la filosofía, la historia y la moral del *Aufklaerung:* todo lo concibió y todo lo expresó. Inglaterra ha podido suministrarle su psicología y su física, la Alemania de Leibniz darle algunas luces, la exegésis protestante instruirle en la marcha de sus polémicas religiosas, y un legista italiano ayudarle en sus tentativas de beneficencia social; pero nadie, sino él, ha tenido conciencia cabal y distinta de la obra que se habia de llevar á cabo. Así lo ha observado Strauss. De tal modo, añade du Bois-Reymond, que, á fuerza de identificarle con el siglo de que es maestro, más de uno, emancipado por él, está á mil leguas de reconocerse volteriano.

(1) En el siglo clásico de las letras francesas la palabra *libertino* significaba aproximadamente lo que hoy *libre pensador*. (Nota de la REVISTA.)

II.

Es moda en Francia tratar muy de ligero los conocimientos científicos de Voltaire; Alemania es más justa á este respecto. El mismo du Bois-Reymond, el eminente fisiologista que acabo de citar, en un discurso pronunciado ocho años ha ante la Academia de Berlin, recuerda los títulos de Voltaire para ser contado entre los promotores de las ciencias en el siglo diez y ocho. En un tiempo en que todavia los sabios franceses no juraban sino por Descártes, Voltaire fué el primero que dió á conocer las investigaciones y el sistema de Newton. El determinó á madama du Châtelet á traducir los *Principios;* y él mismo, decidido tal vez por el ejemplo del veneciano Algarotti que leyó en Cirey unos diálogos titulados *Il Newtonianismo per le donne*, escribió sus *Elementos de la filosofía de Newton.* En la lucha que se trabó á poco entre los discípulos ya de Descártes, ya de Newton, ya de Leibniz, en la crísis científica en que se mezclaron las ideas que han apresurado la concepcion contemporánea del universo ¿qué partido debia ser el suyo? El, fundador de la filosofía moral, convertida en manos de Hume y Kant en la filosofía *crítica*, ¿por quién se decidiria en ese combate de alta fisica y cosmologia, cuyo punto de mira no era el hombre, sino la naturaleza?

En estos momentos la ciencia alemana parece engolfarse en dos direcciones muy distintas; inspirándose, ya en las doctrinas naturalistas que prevalecian en Francia á fines del siglo último en los Holbach y los Diderot, ya en ese espíritu de análisis entre positivo y escéptico, por el cual ciertos sabios coetáneos se reconocen sucesores de Kant. Por una parte Haeckel y Strauss, á cuyos ojos la naturaleza es un *Todo* animado, siempre en movimiento, en evolucion, de donde eterna y sucesivamente emanan las fuerzas, los elementos y los séres; por la otra Lange, la antigua escuela psicológica de Herbart, y la nueva escuela fisiológica de Wundt, Helmholtz, Fechner y el mismo du Bois-Reymond, reunidos en este comun pensamiento: que, en el conocimiento de la realidad, el instrumento, es decir, el espíritu humano, tiene una parte igualmente importante, si no mayor, que el objeto ó sea la materia. Vuelta del todo hácia la naturaleza, con los unos, hácia el espíritu, con los otros, la ciencia alemana se encamina á la solucion que parece reservada al porvenir: aproximar y reconciliar, hasta confundirlos, esos dos términos opuestos que han estado en incesante pugna desde el orígen de la filosofía, el espíritu y la naturaleza. Si es tal verdaderamente el destino que desde hoy nos es lícito prever, sin duda nada de lo pasado habrá sido inútil. Buckle ha reconocido ya lo que habia hecho en este sentido la ciencia del siglo diez y ocho; y ha indicado

el papel de los agentes en apariencia más oscuros (1). ¿Cuál ha sido el de Voltaire?

Voltaire, nadie se sorprenderá por esto, no tiene, en ciencia, ningun sistema, ni aún el que ha expuesto tan estensamente. No está por Descártes, ni por Leibniz, pero tampoco está por Newton. Es verdad que acepta y sostiene la atraccion, mas no como una teoría, sino como un hecho; y en las discusiones suscitadas con este motivo guarda libre su juicio, su pensamiento independiente. La doctrina newtoniana ponia una vez más sobre el tapete la eterna cuestion del movimiento y de la fuerza; forzando el espíritu á prestar nueva atencion á los problemas infinitos de la materia. Entre el *mecanismo* cartesiano que, á más de referirlo todo al movimiento, supone en el mundo una cantidad de él invariable y constante, y el dinamismo de Léibniz que sustituye la fuerza al movimiento, á la constancia de éste la conservacion de aquella, se colocaba la explicacion mixta de Newton que, sucesivamente, ha podido parecer favorable á uno y otro partido. Sin embargo, Newton, en rigor, se inclinaba más á la fórmula de Descártes, solo que le repugnaba admitir la constancia del movimiento ni más ni ménos que la conservacion de la fuerza, como cosas meramente hipotéticas. Desconfiando de las hipótesis, solo las necesidades del método matemático y ciertos hábitos de imaginacion, tenaces hasta en la ciencia, parecian aproximarlo á las ideas cartesianas. En el fondo, se abstenia de decidir, de lo cual es buena prueba la incertidumbre final que ha permitido á las teorías más diversas invocar igualmente su autoridad. Voltaire encontró el medio de abstenerse aún más que Newton, porque al mismo tiempo que rechaza el pensamiento de Descártes y el de Léibniz, considera temerarias ciertas conjeturas de su maestro que van más allá de los hechos, más allá de la experiencia. Para mostrar la constancia del movimiento, Descártes, como le sucede muchas veces, habia invocado el argumento de las perfecciones divinas; preguntándose si un Dios inmutable no habria debido cifrar su gloria en crear un universo donde, á su ejemplo, el obrero único, el movimiento, estuviera él mismo exento de cambio, de movilidad. Y Voltaire responde que es igualmente conforme al poder de Dios obrar como atenta providencia que, léjos de abandonar los séres á los mil choques del acaso mecánico, les asigna y conserva á cada uno su aspecto, calidad y figura (2). Léibniz se negaba á ver en el movimiento, instable por naturaleza, el agente de la permanencia y de la identidad, prefiriendo la Fuerza que, en su concepto, permanece imperecedera y en su misma esencia, á traves de la aparente variedad del mundo. Y Voltaire contesta que la fuerza perece cuando choca con cuerpos no elásticos,

---

(1) Véanse en Buckle, *History of civilisation*, los capítulos consagrados á la exposicion de las ciencias escocesas en el siglo XVIII (Hutton, Leslie, Hunter, Smith).

(2) Prefacio de los *Eléments de la philosophie de Newton*.

incapaces de propagarla; así como, por el contrario, nace sola, por una especie de creacion particular, en los séres organizados (1). Newton, en fin, cuando trataba de entrar en los pormenores de su propia teoría, cuando, sobre todo, procuraba representarse su mecanismo, venia á concebir la atraccion, no como una extraña fascinacion á distancia, sino más bien como una especie de contacto mecánico, casi molecular; para más claridad, y tal vez asediado por esa tiranía de la imaginacion de que nadie se escapa, volvia á tomar por su cuenta la antigua ficcion de los átomos, y todo reposaba, en último término, sobre el doble poder de las afinidades ó de las repulsiones. Y Voltaire responde que la hipótesis de los átomos, además de que cae fuera de la accion de los sentidos, le parece desconocer lo que hay individual y especial en los séres; de admitir él los átomos, seria á la manera de Epicuro; en vez de concebirlos enteramente iguales unos á otros, de una identidad geométrica y abstracta, los querria, como el infiel discípulo de Demócrito, especiales y dotado cada uno de su fisonomía y su virtud propia (2). Mirando de cerca ¿no es siempre un mismo argumento el que Voltaire opone á unos y otros? ¿no sostiene siempre y contra todos la misma causa; á saber, que, á pesar de los esfuerzos de los diversos sistemas, igualmente enamorados de la unidad, el mundo no es uno, sino que ostenta, por el contrario, una ilimitada variedad? Todo sistema parece á Voltaire casi un atentado contra la realidad, contra la vida (3). Si la filosofía, segun una definicion de todas las épocas, es siempre, más ó ménos, una reduccion á la unidad; ciertamente Voltaire presentaria pocos títulos para llamarse filósofo. Seria más bien moralista; tan vecino de la estimacion y de los miramientos que la moral ordena hácia las personas, es el respeto que le inspira lo individual, lo particular. Podríamos creer acaso que, presintiendo una filosofía venidera, Voltaire se ha figurado el universo como dotado de vida, de una vaga conciencia quizás, y áun como un bosquejo de la persona humana (4). Además, puesto que nadie se niega á reconocer la afinidad de Voltaire y de Kant en más de un punto: ¿por qué no habria hasta en los tanteos científicos de Voltaire, una como adivinacion de lo que Kant, al fin de la *Metodología*, ha llamado *Teología moral?* (5).

Es más sencillo, sin embargo, y más exacto pensar, con la crítica ale-

---

(1) Memoria sobre las *Forces vives*. Parece casi inútil recordar que es la ciencia del siglo XVIII la que habla, y que estos argumentos carecen por completo de valor desde que las observaciones y experiencias de Joule, los dos Thomson, Helmholtz, Raukuil, Clausius etc., han verificado el gran principio de la conservacion de la energía. (Nota de la REVISTA.)

(2) *Eléments de la philosophie de Newton. Preface.*

(3) Véase la poesía titulada: *Les Systèmes.*

(4) Léase su pequeño tratado: *Il faut prendre parti ou le principe d'action.*

(5) En esta teología moral se vislumbra un bosquejo de la filosofía de Schelling.

mana, que los siglos preocupados ante todo de la moral, como entre los antiguos el siglo de Epicuro y de Zenon y entre los modernos el del *Aufklaerung*, se desentienden de la ciencia propiamente dicha y se llegan á ella, las más de las veces, ya con indiferencia, ya con intenciones preconcebidas. Epicuro es como el modelo de esos filósofos que, ó desdeñan las ciencias, ó la hacen servir á sus designios solamente. Bayle que, por esto mismo, ha comprendido tan bien á Epicuro, no abrigaba ilusiones sobre la física y la lógica epicúreas; comprendia que para un espíritu ávido únicamente de paz, de calma y de serenidad moral, solo es buena y verdadera la ciencia que le pone en posesion del contento apetecido. ¿Qué importan tal ó tal doctrina, tal ó tal verdad, si la tranquilidad del corazon y del alma está sólidamente asegurada? Voltaire seguramente no se ha formado de todo en todo el ideal de Epicuro; la abnegacion, el quietismo casi monástico de la escuela no eran para agradarle. El no sueña, por el contrario, sino con la lucha, la accion, la energía; y repite, con Vauvenagues, que la vida es un combate. Pero, si tiene otras ambiciones morales, por lo ménos se conforma con Epicuro en no reservar á la ciencia sino un lugar secundario y subordinado. Para él, como para Epicuro, la ciencia es un medio, no un fin. Por esto trata con cierta ironía todo lo que en ella le parece un mero juego de ociosos y desocupados. Mucho se divirtió, la Academia de Berlin no lo ha olvidado, á expensas del pobre Manpertius, convertido por él en el doctor Akakia (1); y no se mostró más indulgente con las anguilas y caracoles de Needham (2). No tan mal, si, por lo ménos, su ingeniosidad le hubiera servido siempre fielmente, y, bajo pretexto de sátira, hubiera atacado ménos las justas apreciaciones de Bernardo Palissy en Geología (3) y las observaciones exactísimas de Trembley sobre la naturaleza de los pólipos. La excusa de Voltaire, si puede pasar por tal, es que no amaba la ciencia por sí misma. No amaba en ella sino la actividad que imprime al espíritu, la disciplina que le impone, y la garantía que le asegura contra el retorno de lo que él llama las supersticiones ó las fábulas. En fin, la amaba tal vez un poco á la manera de Bacon, como un agente social que civiliza la vida, la ilustra, la exorna y concurre á su bienestar, elegancia y emancipacion. La amaba tal como la ha conocido y practicado en el Castillo de Cirey, al lado de la marquesa du Châtelet, cuando se entregaba á sus experiencias sobre la naturaleza del fuego. Du Bois-Reymond le representa en medio de sus hornillos y de sus instrumentos, muy atareado en su laboratorio, y casi involuntariamente, al recuerdo de un cuadro célebre del pintor prusiano Hildebrand (4), lo

(1) *La doctrine du docteur Akakia* fué quemada de órden de Federico 2º

(2) Compárense á Du Bois-Reymond (pág. 17) y á Saigey, *Essai sur la physique de Voltaire.*

(3) Voltaire, *Singularités de la nature.*

(4) El gabinete de A. de Humbodlt, por Hildebrand.

compara á Alejandro de Humboldt. No; Humboldt se habia consagrado por entero á la ciencia, y Voltaire se habia fijado otra tarea diversa. El siglo diez y ocho, y Voltaire á su cabeza, ha emancipado y fundado las ciencias morales. Todo lo ha sacrificado ante ellas. El real amigo de Voltaire, el soberano de *Aubklaerung*, Federico II., lo habia presentido perfectamente. El tambien ensayó la ciencia pura, como su maestro y como la marquesa de Châtelet, á quien llamaba la Vénus-Newton. Por un instante *se precipitó de cabeza en la física;* pero no tardó en salir de ella con el *Anti-Machiavelo*, con la moral, en la mano.

(*Concluirá.*)

(Revue philosophique.)

A. GERARD.

EXAMEN DE LA OPERA ZILIA

del maestro G. Villate estrenada con general aplauso en el «Teatro Italiano» de Paris el 1º de Diciembre de 1877.

I.

Cuando no fueran tantos los consejos de hombres doctísimos recomendando el amor al estudio, el amor al trabajo, así como el esmero, constancia y empeño conque deben practicarse: cuando no estuvieran á la vista tantos y tan hermosos ejemplos de sus provechosos resultados, nos bastaria solo el caso del Sr. Villate para comprobarlo evidentemente.

Dedicado desde muy jóven al estudio de la música, hábilmente dirijido por el distinguido compositor y pianista Espadero, sin tener otro afan, otro empeño, otro punto de mira que el arte, tan fácil habria sido descubrir su vocacion, como difícil señalar aún á sus maestros y amigos el lugar que algun dia llegaria á ocupar aquel jóven aficionado que hoy llaman en Europa el «maestro Villate.»

En vano buscaríamos en sus primeros años ninguno de aquellos rasgos que caracterizan el génio en ciernes: ninguno de aquellos hechos que tan interesante hacen despues la vida de los grandes artistas.

De él no pudiera decirse como de Mozart que tocaba piano y violin á los cuatro años, componia á los cinco y á los doce escribia su ópera *Finta.*

Tampoco se le ve reducido á la triste situacion de Haydn que á los seis años tocaba y cantaba en las iglesias para proporcionarse el sustento de su vida.

Villate no es desalentado por su maestro como Beethoven, que abru-

mado y afligido exclamaba á cada instante: «Yo soy discípulo de Haydn, pero Haydn no es mi maestro.»

Tampoco sufre como Donizetti el tormento de una vocacion contrariada; no por cierto: su padre es el primero en animarle y como que su posicion es cómoda, le permite llevar al hijo una vida descansada, así que pudo dedicar toda su atencion, todas sus fuerzas físicas é intelectuales al cultivo de un arte que era su adoracion.

Sus primeras composiciones, forzoso es decirlo, son bastante mediocres, acusando algunas de ellas cierta pobreza de sentimiento rítmico.

Su constancia y aplicacion, verdaderamente notables, en cambio sus progresos muy lentos y sin anunciar nada extraordinario. Tampoco se revela en su fisonomía, ni en su conversacion ningun rasgo del talento que ocultaba y que por una misteriosa causa sin duda, no lograba su desenvolvimiento.

Pues bien grato nos es confesar hoy, que si bien el tiempo no ha rasgado (para nosotros al ménos) el velo que todo lo cubria, Villate ha pasado de modesto estudiante á distinguido compositor. Esto es un hecho.

Un viaje á Paris con su ópera Zilia lo decidió todo. La empresa que acometia el jóven artista, empresa que todos habrán adivinado y los trabajos de Hércules, ya se ve que eran una misma cosa; pero como que al hombre resuelto nada le arredra:

Si fractus illabatur orbis
Impavidum ferient ruinæ.

¿Qué importa? dice, seguro de su obra y de su fortuna. ¿Qué importa? repite y marcha y llega á Paris en un buen momento y á Mr. Escudier en otro, y como que á todos sus pasos y á todos sus actos le precede y le preside su buena estrella, logra de repente su constante anhelo, su sueño de oro. Escudier le ofrece poner su ópera en escena.

¡Cuántos y cuántos hombres destinados á señalarse por sus grandes hechos, despues de haber vencido dificultades inmensas, despues de haber arrostrado contra la opinion pública, contra el destino propio, en los momentos de ver realizados sus ensueños, cumplidas sus esperanzas, han sido arrebatados por la muerte, dejando el lugar á otros, sino más meritorios, más favorecidos al ménos de la fortuna!

Los tres compositores Orgitano, Generali y Morlachi preparan una revolucion musical, que, realizada los habria hecho inmortales, y de la cual solo se aprovecha Rossini, así como supo aprovecharse tambien del celebrado *crescendo* usado por primera vez en las obras del maestro Mosca que muere oscurecido; y no lo decimos por rebajar el génio incomparable de Rossini, no por cierto, solo sí para probar una vez más la veleidad de la fortuna.

Rossini es el compositor dichoso. El recuerdo de los maestros más célebres del siglo pasado *Galuppi*, *Portogallo*, *Zingarelli*, *Piccini* y otros casi se habia borrado. *Cimarosa* que habria sido para él un formidable adversario habia muerto en 1801, y por último, *Paisiello* aunque vivo ya, no existia para el arte hacia muchos años; así que, solo de sus contemporáneos pudo abrigar sérios temores; pero ni aún esto le sucedió, pues cuando empezaron á sonar los nombres de *Meyerbeer*, *Paccini*, *Mercadante* y otros ya el suyo brillaba con fuertes resplandores, por eso hemos dicho que fué el compositor dichoso, porque encontró solitario, además el camino que habia de cruzar en su vida artística, otros que vinieron despues lo han encontrado sembrado de abrojos y han tenido que trabajar sobre un estilo y formas que ya aquel habia gastado con profusion. Así que *Carraffa*, *Paccini*, *Mercadante*, *Raimondi*, *Vaccaj*, *Sapienza*, *Donizetti*, *Bellini*, *Meyerbeer* y *Verdi* han tenido que luchar forzosamente contra el torrente de *rossinismo* que habia inundado el mundo musical.

De esta famosa falange solo *Bellini*, *Meyerbeer* y *Verdi* han podido salvar sus nombres. En cuanto á *Donizetti*, lo han querido tratar, bien que injustamente como un copiador servil del gran maestro de *Pézzaro*. Los demás han muerto con sus obras y con la más cruel injusticia. ¡Triste ejemplo por cierto de nuestras veleidades y miserias!

Pues bien: Villate si se quiere (y esto habla en su obsequio) ha encontrado en peores condiciones que aquellos el teatro lírico y el buen gusto musical, ámbas cosas estremadamente refinadas despues del reinado de *Rossini*. Refinadas, sí, por la misma escuela italiana encarnada hoy en *Verdi*: por la alemana en *Meyerbeer*, y por la francesa que tantos y tan grandes modelos ha ofrecido en *Auber*, *Halevy*, *Boildieu*, *Herold*, *Thomas*, *Gounod* y otros.

¿Qué causas, pues, habrán podido influir en el reciente triunfo de nuestro compatriota?

¿Habrá cambiado por ventura el gusto musical de la época como hizo *Bellini* con sus dulces inspiraciones?

¿Habrá escrito algo nuevo, algo fantástico, algo del porvenir como *Wagner*?

¿Habrá hecho en sus melodías y armonías alguna evolucion desconocida hasta ahora?

¿Habrá dado á las voces, á la orquesta otros giros más importantes que los que hasta hoy han tenido?

Hé aquí un gran misterio: misterio que no tratamos de profundizar.

De todos modos, á nuestra vista el Sr. Villate tiene el mérito, el grandísimo mérito, de haber sido el primer cubano que ha abordado con ánimo sereno y firme tan árdua empresa coronándola con un éxito feliz.

Escribir una ópera en cuatro actos; estrenarla en el «Teatro Italiano» en Paris con general aplauso, aplauso que despues ha confirmado la pren-

sa francesa, no es una bicoca y solo se alcanza con talento y suerte, con suerte y talento.

La *Favorita*, que seguramente no es inferior á Zilia, fué, sin embargo, ménos dichosa y solo despues de una série de triunfos en los teatros de provincia la aceptó el público parisien.

Nosotros no podemos explicarnos aún hoy el rápido desarrollo del talento musical del Sr. Villate; pero dejar de reconocerlo tal cual se presenta al mundo artístico, dejar de admirarlo y enaltecerlo..... eso no.

Veamos ahora, ántes que la nuestra, la opinion de hombres autorizados por sus conocimientos y experiencia, en quienes ninguna clase de efecto deben ejercer, como pudiera suceder en nosotros ciertas razones de simpatías personales.

Le Rappel..... «Es preciso citar en Zilia el lindo coro de salida, el duo de Orseolo y Zilia donde se encuentra una frase llena de ternura con un bonito acompañamiento de violines: la romanza á tres tiempos de Marcela: el coro pintoresco de señores en el segundo acto: una marcha inspirada por la de *Tanhausser* á la cual no falta grandeza; el noble apóstrofe de Gallieno, *oh al fin cor te dissera!* y sobre todo un gran conjunto lleno de calor despues de la escena en que Gallieno entrega su espada al consejo, que le niega la rehabilitacion de su nombre; en fin, el *trio* que termina el acto.

»En el tercero citarémos el *aria* de Marcela cuyo *debut* encierra muy felices armonías, y cuyo final está verdaderamente bien declamado: el feroz recitado de Briano de aspecto variado y con un picante *ritornello* de flautas, clarinetes y *pizzicati*. La cancion báquica de Marcela es muy original sobre todo la estrofa acompañada por los instrumentos de madera. En fin en este acto, el mejor de la partitura, no debe olvidarse el juramento de los Uscoques escrito con amplitud. Se hizo repetir en el cuarto acto un cuarteto que valia una interpretacion más justa.

»Zilia es para Villate un *debut* lleno de promesas y que le valdrá sin duda un libreto mejor. La interpretacion de las señoras Litta y Sanz, de Tamberlick, Pandolfini y Nanetti ha sido la mejor que ha podido darse. El Sr. Escudier ha puesto la obra con más lucimiento del que se acostumbra en el teatro italiano.»

L' entre' acte. »El Sr. Villate es un músico habanero del cual Escudier ha comprendido el talento y porvenir. El Sr. Escudier se consagró en otro tiempo á la fortuna de Verdi y ya se ve que tuvo razon. Es un director que tiene fé, conviccion que busca y sabe encontrar. Habiendo adivinado á Villate no ha tardado mucho en presentarlo.

»El hecho es que nos encontramos en el teatro italiano en presencia de una verdadera gran ópera, brillante, llena de movimiento, variada y encerrando en ella todos los esplendores del género sin esceptuar el baile. Cuatro actos llenos de situaciones, de peripecias dramáticas y sorprendentes.

»Hemos debido abreviar todo lo posible el análisis del libreto en que pudiéramos censurar todos los detalles. Dirémos que ha servido mucho al compositor y que Villate ha sacado muy hábil partido de las situaciones numerosas que en él se encuentran. Su música, notablemente instrumentada, es grande, poderosa, y por su energia y efecto recuerda más de una vez las más vigorosas inspiraciones de Verdi. Imposible es detallarla á una hora tan avanzada, sin embargo, citarémos algunos trozos que han producido una viva impresion. Toda la parte instrumental y coral de la entrada de la córte en el segundo acto, un magnífico coro de gitanos en el tercero, otro coro acompañando y coronando un aria llena de elocuencia y brío dicha por Tamberlick que ha sido repetida con gran alegría del auditorio, las coplas cantadas con raro atractivo y una voz vibrante y sonora por la señora Sanz, el famoso cuarteto sin acompañamiento con que termina el tercer acto, etc. Este acto que ha sido especialmente aplaudido está interrumpido por un bonito baile de gitanos y gitanas arreglado y puesto en escena con esquisito gusto.»

Le Petite Presse. «Zilia es una obra notable, se nota en ella un temperamento, una fuerza y un ardor que revelan en aquel que los posee, un hombre de talento, y es seguro que el autor de Zilia se contará entre los compositores del porvenir.»

Le Menestrel. «La música no me permitiré juzgarla en una sola audicion. Conformémonos pues con saber, que el jóven maestro Villate dista de ser uu advenedizo. Este importante *debut* quizás sea el preludio de grandes obras. Hay un temperamento lírico incontestable en el autor de Zilia: posee la fuerza y la gracia. Lo que le hace traicion es quizás la inexperiencia general de las voces, de los instrumentos y de la escena: me explicaré. Villate sabe mucho en detalle, pero el conjunto de sus facultades parece falto de unidad y equilibrio: con nuevos estudios, sérias meditaciones, el Sr. Villate hará sin duda gran honor á la Habana musical; y harémos notar un hecho que tiene su mérito: aunque habanero de nacimiento el autor de Zilia, ha abusado ménos de las *contradanzas habaneras* que muchos compositores franceses en sus recientes obras líricas.»

Le Monde Artiste. «No reprocharémos al Sr. Villate autor de la partitura (Zilia) por no haber hecho ni *Guillermo Tell* ni *Hugonotes:* todo lo que puede exigirse á un *debutante* es el indicio de un temperamento dramático, el gérmen de cualidades escénicas y la frase musical á veces original: en fin, una comprension suficiente de la sonoridad de las voces y de la orquesta. Todo esto lo hemos encontrado en la obra del Sr. Villate, y si ciertas partes indican una mano tímida, otras llevan el sello de cierto vigor de concepcion. Algunos trozos pudiéramos citar y dejando correr la pluma señalarémos la bonita romanza «Se un cero al diavolo,» el coro «Zitti! Zitti!» la marcha brillante que le sigue; la cancion original «Sia nero il ciel» (bissée): un *duetto* cuyo alegro es elegante; el cuarteto sin acom-

pañamiento que ha sido repetido, y en fin, en el cuarto acto, por su buena construccion, el aria de Orseolo.»

Le Petit Parisien. «Salimos del teatro italiano donde un jóven compositor desconocido acaba de conseguir una brillante victoria; el Sr. Villate, que ninguna produccion musical habia fijado hasta aquí la atencion pública, ha empezado con un golpe maestro. Zilia es una bella obra sobre la cual volverémos á hablar porque la hemos de oir nuevamente con gran placer. La agradable sorpresa que ha causado al público entero es la prueba de un éxito verdadero para el teatro italiano y la promesa de un bello porvenir para el compositor.

»La música del Sr. Villate es parecida á la de Verdi, viva, animada y dramática.

»¿El autor de Zilia es acaso un discípulo del maestro?

»En todo caso es uno de sus admiradores, y ahora comprendemos por qué Mr. Escudier ha acogido con oficiosidad la ópera de un *debutante:* ha percibido un discípulo, un continuador del jefe actual de la escuela italiana.

»Citarémos brevemente los grandes trozos que han tenido más éxito.

»En el primer acto el gran duo de Orseolo y su hija Zilia.

»En el segundo, el hermoso conjunto del Dux, Orseolo, Zilia, Marcela y Gallieno.

»En el tercero la gran aria de Marcela *¡Zilia! con quanto amore.....* y la de Gallieno que se le ha hecho repetir á Tamberlick.

»En el cuarto la gran escena de Marcela y Orseolo y la escena final, *l' amai quand' era l' idolo.....*

»La interpretacion de Zilia ha sido excelente. Creemos que Mr. Escudier está llamado á devolver la voga al teatro italiano.»

Le Siecle..... «Pero el trozo capital de toda la partitura es el cuartero que sigue. Es de un bello carácter, muy sonoro y superiormente escrito para las voces en el estilo de Verdi.

»El cuarto acto es corto, pero interesante y felizmente inspirado. Está compuesto de una gran aria de barítono, de una escena dramática y de un quinteto bien distribuido en sus partes y hábilmente acompañado por la orquesta.

»En resúmen, esta primera obra del compositor cubano es de tal naturaleza que hace concebir las más sérias esperanzas. No es un *debut* comun y es necesario agradecer al director de los Italianos haber abierto las puertas de su aristocrático teatro á este jóven talento que llegará un dia á ser un célebre maestro.»

Pero, no es posible continuar por más tiempo reproduciendo aquí cuanto se ha escrito de Zilia. La opinion esta vez ha sido bastante consecuente, y si es cierto que no todos los críticos han juzgado favorablemente la obra, puede el autor tener la dulce satisfaccion de saber que estos han

sido los ménos y que si bien en sus escritos brilla mucho aquella sal ática tan peculiar al talento y carácter de sus autores, en cambio escasea mucho la sólida razon. No se escribe con el pelo ni con la barba, se escribe con el *entendimiento que suele mejorarse con los años.* Al ménos así lo dijo el incomparable ingenio que lo dijo.

En cuanto á nuestro parecer lo darémos con la debida reserva, pues no es posible juzgar del mérito de una composicion de música, sebre todo si esta es teatral examinándola solo á libro abierto. Se necesita oir todos sus efectos y oirlos tal cual los ha concebido y presentado el autor, lo cual es imposible obtener por lo que arroja una reduccion de orquesta á piano, siempre mezquina.—En cambio seremos muy francos y segun nuestro sentir diremos la verdad, valga lo que valga.

II.

Triste y menguada cosa es por cierto ver de que manera y con cuán rápida facilidad muda el buen gusto, amoldándose como cera á las diversas épocas que atraviesa; y que con la misma facilidad con que gira la veleta cambien nuestros juicios sobre las mas grandes concepciones del génio —¡oh triste condicion humana!

¿Por qué rechazar desapiadadamente hoy lo que fué ayer objeto de nuestras delicias? ¿Por qué poner en todo el sello de nuestra inconstancia?

Que aquellas constantes y violentas mutaciones se verificaran exclusivamente en esa plaga universal, en esa especie de demencia que han dado en llamar *moda* y que la mujer vistiese hoy de corto y mañana de largo, que pintase ó nó su rostro, que exagerara ó nó su tocado, malo fuera, más al fin pase que nada ofende á su natural encanto; pero que se haga extensiva á todo, que en todo interponga su perniciosa influencia y que con la moda vivamos y por la moda muramos sobre ser ridículo es harto abominable.

«Piensan algunos, dice Feijóo, que la variacion de las modas depende «de que sucesivamente se vá refinando más el gusto ó la inventiva de los «hombres cada dia es mas delicada—¡Notable engaño! No agrada la mo«da nueva por mejor, sino por nueva.—Aún dije demasiado. No agrada «porque es nueva sino porque se juzga que lo es y por lo comun se juzga »mal.»

Pues bien, esto sentado, debe presumirse que el autor de Zilia ha tenido muy presente el gusto de la época para escribir á la *moda* que hoy impera y no exponer su obra á lo que llaman los italianos un *fiasco.*

Ahora bien ¿habrá sido prudente tomar por modelo las obras de los antiguos maestros cuyas formas rechazan terminantemente nuestros contemporáneos?

¿No se deben contar en ese número con muy raras escepciones no solo

las óperas de los compositores de fines del siglo pasado, sinó aún las c mismo Rossini y otros maestros posteriores en su primera *manera*?

El gusto del dia, esto es, la *moda* reclama, al ménos hasta que se efect una nueva revolucion, un corte, un estilo, un sabor digámoslo así á Mey - ber, Gounod y Verdi sobre todo en sus últimas obras: todo lo que no esto parecerá débil, pálido, monótono y morirá repentinamente.

Por eso aplaudimos en vez de censurar (como han hecho otros) al au de Zilia, que seguramente escribe para el público y no para individu dades determinadas, la idea de estudiar é imitar tan grandes mode pues de ese modo satisface su buen gusto, que de tal debe calificars una exigencia de la época.

Antes de entrar en ciertos detalles debemos manifestar que las p porciones de la obra revelan una rica y fácil inspiracion, siendo much los momentos felices del autor en la marcha, forma y desarrollo que le *h* dado: muchas y muy bellas las melodías y caprichosas combinaciones a mónicas que la enriquecen imprimiéndole á veces un delicioso atractivo Así que en verdad, parece injusto detener la vista en pequeños lunare que á no ser por la imparcialidad que debemos á nuestro propósito pasa ríamos sin mencionarlos.

Entre estos podríamos señalar la gradacion de fuerza que si bien es no table y muy calculada del primero al tercer acto, en cambio á la termina cion de éste, el mas importante, decae el interés haciéndose el último alg cansado. En la Alceste de Glück es aún más notable este defecto por se el primero el mas fuerte y el último el mas débil, inexplicable contr sentido en un hombre tan grande y que dió lugar á la justa censu de Rousseau.

No sucede así por cierto en Norma: norma á nuestro juicio es de bello en el género lírico dramático. En esta obra monumental termina primer acto con el gran *terceto* «oh di qual sei tu vittima» lucha horrib de sentimientos provocados por un corazon ingrato y pérfido. La justa c lera de Norma logra sofocar el inícuo intento del seductor cuya plan hollaba por segunda vez aquella mansion del dolor. En este momento música está á la altura de la situacion dramática que es cuanto pue decirse.

El segundo ó séase último acto termina con una plegaria en *Mi men* en la cual recomienda Norma á su padre «aquellas inocentes víctimas d su pasado error»; y el más tierno y doloroso, el más grande y sublime d todos los concertantes.

Pero volvamos de nuevo á Zilia para señalar la gran *Marcha* del s gundo acto, que en verdad nos ha parecido muy pobre, y aunque algun hayan querido favorecerla, diciendo que su autor se habia inspirado en de *Tannhaüsser*, á nosotros nos ha hecho el efecto de una obra calculad en un mal momento.

Al terminar el doce por ocho del *pezzo concertato* con tres compases de *pianissimo* para caer de repente en el *larghetto* se siente algo desagradable: un vacío cuya mala impresion se ha repetido cuantas veces hemos oido ese *morceau*, por lo demás tan bello. Igual efecto nos ha proporcionado el ária de Orseolo punto en que la tonalidad de *La natural* modula á *Rê bemol*. El autor dirá lo que guste. Nosotros no vemos la cuestion bajo el punto de vista *rítmico:* sabemos que ámbas melodías están perfectamente medidas; pero creemos que en ellas se ha querido condensar demasiado un pensamiento hermoso, es decir: la idea es rica, la exposicion pobre. ¿No cree el autor que en aquellas palabras del concertante *»l'unico ben che rimanga al cor»* y en las de Orseolo *«vi sento d' intorno á me»* pudo muy bien ó prolongar la melodía ó hacer algun dibujo armónico con resultados mas felices?

Por fin la marcha de los *Uscoques*, el Vals y algunas otras piezas desdicen mucho de la obra y tanto que no parecen del mismo autor; por fortuna encontramos tambien sólidas razones que atenúan hasta cierto punto los defectos mencionados, como son el temor de un primer ensayo en género tan difícil, el cansancio y fatiga de una inteligencia no acostumbrada á tan dura tarea y sobre todo la inexperiencia, piedra de toque de todo *debutante*.

Por eso y por algunas otras razones que no son del caso enumerar hemos dicho hace poco que á no ser por la imparcialidad de nuestro propósito habríamos pasado ciertos lunares sin mencionarlos, pues la verdad es que mas estamos, mucho mas, por la benevolencia que por la recta justicia, y así como hemos señalado todo aquello que nos ha parecido pobre ó incorrecto, trataremos de aplaudir á su vez lo mucho bueno que contiene, lo cual haremos con la sinceridad y empeño del que nunca supo abrigar innoble emulacion ni negra envidia, que alaba sin afectacion, censura sin menosprecio.

El coro de introduccion «Dolce brezza l' onde increspa» es suave y delicioso haciendo resaltar la insistencia del primer motivo su bella melodía, fresca como el rocío de la mañana.

Bello es tambien el *ductto* de Zilia y Orseolo sobre todo á la entrada del tres por cuatro despues de llevar la modulacion á Mi natural por la inharmonía de Si bemol en La sostenido. La frase «Padre son morti, pace á lor sia» así como la armonía que la acompaña no puede tener mayor sentimiento, mayor ternura.

La romanza de Marcela «Se un cero al diavolo:» el coro de Espias á voces solas y el ária de Gallieno, á la cual no faltan reminicencias de Gounod, son piezas notables por la propiedad y distincion de sus formas.

El juego de armonías que sigue al *pezzo concertato* en el momento en que la corte se retira: el *tercetto* final del segundo acto: el andante de Briano «Verso le rive» así como el *allegretto* de Zilia y Marcela; la *can-*

cion del Padre Noé: el ária de Gallieno en la cual hemos visto un *Do sostenido* escrito espresamente para Tamberlick; el duo de Zilia y Gallieno compuesto, al ménos su *andante*, bajo la antigua forma italiana; la severa introduccion del cuarto acto y por último, el ária de Orseolo, son otras tantas páginas hermosas que deben haber contribuido poderosamente á la justa reputacion del jóven maestro.

El cuarteto en La bemol, final del tercer acto es famoso y como dice muy bien «Le Siecle» *de un bello carácter muy sonoro y superiormente escrito para las voces en el estilo de Verdi;* pero se nos ocurre preguntar ¿en qué consiste que este *morceau* escrito en *compasillo* nos hace sentir á veces el *movimiento á tres tiempos?*

Con justo y noble intento hemos dejado para el final de este artículo, final que con impaciencia deben esperar nuestros lectores, la interesante introduccion y romanza de Marcella. «Va la mente ognor pensando» obra maestra á nuestro juicio de la ópera Zilia.

Obra maestra, sí, por la espontaneidad del pensamiento que la hace sencilla, suave, primorosa. Obra maestra porque la armonía que la adorna, más bien que la acompaña está perfectamente dispuesta, así que sin tratar de sobreponerse al canto (segun lo exige la moda) hace justa ostentacion de sus propias galas. Obra maestra, por fin, porque el *ritornello* que precede al *recitado* y los últimos compases de orquesta son de una originalidad deliciosa.

El *recitado medido* tal como la ha adoptado el autor, sino es una novedad, ofrece al ménos mayor garantía para su justa ejecucion. La instrumentacion muy rica á veces, segun el sentir de algunos críticos.

Así pues la obra debe calificarse, en nuestro concepto, de buena y aunque tiene sus defectos como sucede *con todo lo que sale de manos del hombre;* en cambio encierra bellezas cuyos resplandores apagan la tibia luz de aquellos.

Se ha dicho que Zilia está escrita á espensas de Gounod, Meyerbeer y Verdi: mas ¿qué importa? Aparte de que un compositor no puede humanamente hacer una ópera con retazos y reminiscencias de otros. ¿No se dijo de Halevy que su *Juive* era un ramillete compuesto con magnolias de Weber, camelias de Auber y violetas de Bellini? ¿No se dijo de Bellini que la introduccion del coro de *guerreros* en Norma era un plagio de la Sonata de Piano en *Dó sostenido menor* de Beethoven? ¿No se dijo de Verdi que su Nabuco era un conjunto de *Cactus* y laureles rosas escogidos en el jardin de Rossini? ¿No se dijo..... pero ya es tiempo de concluir y concluimos dando nuestra cordial enhorabuena al autor de Zilia que tan buen puesto ha sabido dejar su nombre en Europa; advirtiendo, que á no ser por el temor de incurrir en frivolidades impertinentes le aconsejaríamos cultivara cada vez más, pero con aquel ardor y entusiasmo que despiertan los primeros aplausos, una carrera que tan brillantemente ha

comenzado. La Habana artística no puede ni debe permanecer muda ante ese golpe maestro; que mengua seria y no poca permitir que en Paris y solo en Paris se aplaude la obra de uo compositor habanaro.

SERAFIN RAMIREZ.

Mayo 10 1878.

LOS INSULTADORES.

Con tal que sus ramajes
Se extiendan como expléndidos boscajes;
¿Qué caso habrá de hacer el roble erguido
Del fango corrompido
Que oprime su raiz; ni del veneno
Con que el humilde y mísero gusano,
De torpe envidia, y de soberbia lleno,
Quiera manchar su tronco soberano.....?

Al viejo torreon, perpétuo emblema
De bélico poema;
Al Esfinge, entre escombros escondido;
Al Coloso del tiempo,—que aún dormido,—
La misma muerte lo contempla absorta,
La injuria de una hormiga, ¿qué le importa?

En el silencio de la noche, cuando
Sus alas bate de placer temblando
El ángel de los sueños, fugitivo;
Con los brazos cruzados, pensativo
El coloso, los astros contemplando
En abstraccion profunda se recrea.....!
Entónces, él ignora si la sombra
Que á veces le rodea,
Odio, calumnia, ó liviandad se nombra.....!
No sabe por qué silba la serpiente;
Por qué la hiena muerde; por qué miente
La azucena, al clavel, en sus amores;

Por qué se mueve el asqueroso enjambre
De insectos roedores;
Por qué son los satélites del hambre,
Del oro, y del honor, calumniadores.....!

En tanto que la turba de reptiles
Creyéndolo dormido, se consulta
Cuál ha de ser el que mejor lo insulta,
El, en calma contempla de la aurora
El rayo que las sombras desvanece,
Y más, y más los horizontes dora
Con su fúlgida luz.....! Hablar parece.....
Mas, nó! Su mústia frente se enrojece,
Su pálida mejilla se colora,
Su cuerpo se estremece,
Inflámanse sus ojos, su cabeza
Coronada de rayos se levanta
Con tanta magestad, y tal firmeza,
Que al remover su poderosa planta,
La turba de gusanos roedores
Cobarde tiembla, y permanece muda,
Esclava de sus íntimos rencores.....
Y el Sol, con luz espléndida saluda,
Al gran despreciador de insultadores!

RAFAEL MARIA DE MENDIVE.

EL CONDE KOSTIA.

XVIII.

El dia despues (era el segundo domingo de Setiembre), salió Gilberto hácia las diez de la mañana y dirigió sus pasos hácia un reducto solitario y salvage. Era un claro estrecho al borde de un pequeño pantano desecado por los ardores del verano, y junto al cual habia herborizado á menudo para Estéfana. Entre espesuras de árboles que se apartaban por do quiera, bajo un pedazo de cielo azul, un fondo de fango negruzco, desigual y agrietado, herbajes escirpes, juncos marchitos; aquí y allá algunos charcos de agua corrompida cuya superficie rizaban los movimientos de la araña acuática; mas léjos, una gran espesura de largas cañas empenachadas que se extremecían al menor soplo y mecian sobre sus ruecas temblorosas mariposas rojas adormecidas y libelulas soñadoras, sobre los escarpados ribazos del pantano, flores tristes, el trébol acuático, el llanten; en un extremo, un sáuce con las raices descubiertas, que se inclinaba sobre el estanque seco como buscando en él su imágen desaparecida, al rededor, ortigas, escaramujos, matorrales secos, retama flor, esa atmósfera húmeda y espesa propia de los lugares pantanosos, la luz del dia ligeramente velada por los vapores de la tierra, un olor de plantas en fermentacion, largos silencios interrumpidos por ruidos sordos, un aspecto de abandono, de ociosidad, de cansancio, la languidez melancólica de una vida que se apaga y que se lamenta... y como el recuerdo de algo que fué y que nunca renacerá... ¡Nunca! era la palabra que murmuraba aquella agreste soledad en los oidos de Gilberto. ¡Nunca! se repetia á sí mismo, y sentia oprimido su corazon por el sentimiento de lo irreparable, se sentó en el césped á algunos pasos del sauce, y apoyados los codos en la rodilla,

y la cabeza entre las manos, se sumergió en una larga y dolorosa meditacion.

Lo diré de una vez: experimentaba por intervalos en el fondo de su ser, en lo mas hondo, el estremecimiento de una alegria secreta que no se hubiera atrevido á confesarse; pero este era un movimiento pasagero de su alma que no conseguia poner en claro en medio del torbellino que le agitaba. Y luego en aquel momento no pensaba en preguntarse lo que podia sentir ó dejar de sentir: su espíritu estaba en otra parte. Ya, procuraba representarse todas las fases sucesivas de aquella dolorosa existencia cuya clave poseia en lo adelante; ya, sentia una admiracion tierna por la energia y flexibilidad de aquella jóven alma cuyos recortes no habia podido romper un infortunio sin igual. Y abandonarla ahora, romper nudos tan estrechos y dulces ¿No era condenarla á la desesperacion, entregarla á la violencia de sus pasiones, exaltadas por la desgracia? ¿No debia por lo menos procurar arrancar de aquel corazon embriagado esa flecha fatal, ese amor funesto que era á sus ojos un peligro, una extravagancia y una calamidad...? Y de reflexion en reflexion, de inquietud en inquietud volvia siempre á declarar su propia ceguedad. Las extrañezas de la conducta de Estéfana, ciertos ímpetus de su carácter, el abandono apasionado de su lenguage, su rostro, sus cabellos, sus miradas, las gracias de su sonrisa, ¿cómo no se habia rendido á tantos indicios que combatian su error? Y aquella falta de penetracion que procedia del giro poco romanesco de su espíritu, la atribuia á groseria de sus sentidos y se la imputaba como un crímen.....

Estaba profundamente ensimismado cuando el grito de un cuervo le hizo volver en sí. Volvió á abrir los ojos, y cuando hubo perdido de vista al ave graznadora que atravesó el claro de un solo vuelo, miró por un instante una bella mariposa matizada que volteaba alrededor del sauce; luego, percibiendo en la yerba, á su alcance, una bonita parnacia de pantano, la separó cuidadosamente del suelo con su raiz y se puso á observarla atentamente. Admiraba el tinte purpurino de su pistilo y el oro de sus estambres que se maridaban agradablemente con la deslumbrante blancura de su corola y notó que estaba diciendo:

«He aquí una flor encantadora que no he mostrado todavia á mi Estéfana, es menester que se la lleve.....»

Pero al instante, volviendo en sí y arrrojando á lo léjos con despecho la inocente florecilla, exclamó:

«¡Oh destino, que extraños son vuestros juegos!

—¡Sí, es extraño el destino!» le respondió una voz que no le era desconocida; y antes que pudiera volverse, el doctor Vladimir se habia sentado á su lado.

Vladimir Paulitch habia empleado muy bien la mañana; al salir de la cama, habia recibido en audiencia privada al gran Fritz, quien, no osando

dirigirse á su amo, cuyas cejas le hacian temblar, suplicó al doctor que oyera sus revelaciones y se dignara transmitírselas á Su Excelencia. En cuanto, con tono acalorado y misterioso, le hubo confiado su importante secreto:

«No hay en ello nada de extraño, le habia contestado Vladimir friamente, este jóven es sonámbulo y la conclusion de vuestra historieta es que se necesita poner rejas á su ventana: hablaré de ello al Conde Kostia»

Con lo que se retiró Fritz con la cabeza gacha, por el giro que tomaba la aventura. Despues que partió, Vladimir Paulitch tuvo el capricho de ir á pasearse por el montecillo cubierto de césped, y en el camino se decía:

«¿Serían fundadas mis sospechas?

Habia pasado una hora entre las rocas, estudiando los lugares, examinando por aquel lado el aspecto del castillo y particularmente los diversos accidentes de la techumbre. Al contemplar la torre cuadrada que habitaba Estéfana, le vió aparecer en la ventana y permanecer en ella algunos instantes, con los ojos fijos en la torrecilla de Gilberto.

»¡Oh! ¡ya sé á que atenerme por esta vez! dijo para sí; pero para arriesgar de este modo la cabeza, es menester que nuestro idealista esté perdidamente enamorado; y no parará hasta lo último: procuremos verle y hablarle.»

Al volver al castillo, Vladimir habia visto á Gilberto internarse en los bosques, y sin que lo notara, le siguió á distancia.

«¡Sí! el destino es extraño! repitió, y es necesario ó resistirle de frente y desafiarle con resolucion, ó someterse humildemente á su caprichos y hacerse el muerto. Solo esto es racional y las resoluciones á medias son propias de los necios. Por lo que á mi respecta, siempre he sido partidario del *Sequere Deum* que interpreto así: Abandónate á los impulsos de la fortuna, y sigue tu camino con los ojos vendados.»

Y como Gilberto no contestara:

«¿Me atreveré á preguntaros, prosiguió; lo que os hacia decir poco ha que son extraños los juegos de la fortuna?

—Pensaba, respondió tranquilamente Gilberto, en el emperador Constantino el Grande, el cual, como sabeis.....

—¡Ah! ya eso es demasiado, interrumpió Vladimir. ¡Cómo! ¿En una bella mañana, en medio de los bosques, enfrente de un pequeño charco disecado que no carece de poesía, sentado en la yerba y con una bonita flor blanca en la mano, pensabais en el emperador Constantino? En cuanto á mí, no tengo la cabeza tan asentada, y os confesaré que hace poco rondando en medio de estas espesuras, no me ocupaba sino de los juegos extraños de mi propio destino, y, cosa singular, experimentaba la necesidad de contarlos á alguien.

—Me asombrais, replicó Gilberto; no os creia tan expansivo.

—¿Y quien de nosotros, replicó Vladimir, no desmiente alguna vez su carácter? En Rusia, los deberes de mi estado me obligan á ser oscuro, tenebroso, lleno de misterios de la cabeza á los piés, un gran pontífice de la ciencia que no habla sino por sentencias y con tono de oráculo; pero aquí no me encuentro en ese caso y por una reaccion de la naturaleza, hallándome solo en un bosque con un hombre de sentido y de corazon, la lengua me pica como á una cotorra. Veamos ¿si os cuento mi historia, me prometeis ser discreto?

—Sin duda. Por tanto, si necesitais á toda costa de un confidente, quien impide que ligado como estais con el Conde Kostia.....

—¡Ah! cabalmente, cuando sepais mi historia, comprendereis por que razon, en la intimidad con Kostia Petrovitch, le hablo con frecuencia de él y rara vez de mí.»

Y dichas estas palabras Vladimir Paulitch levantó sus mangas, y mostrando sus puños á Gilberto:

«¡Mirad bien! le dijo ¿No veis ahí ninguna señal, ninguna cicatriz?

—En vano procuro.....

—Es extraño. Hace cuarenta años sin embargo cargo esposas, pues tal como me veis, yo, Vladimir Paulitch, yo, uno de los primeros médicos de la Rusia, yo, el sábio fisiólogo, soy el desperdicio de la tierra, soy igual á Ivan; en una palabra, ¡soy un siervo!

—¡Vos, un siervo! gritó Gilberto estupefacto.

—No os asombre, tanto; estas aventuras son comunes en Rusia,» dijo Vladimir Paulitch sonriendo con la punta de los lábios.

Y repuso:

«Sí, señor, soy uno de los siervos del Conde Kostia, y juzgad si le estoy reconocido por haberse dignado en su bondad labrar con la humilde arcilla con que la naturaleza habia formado á uno de sus *mujiks*, la gloriosa estátua del doctor Vladimir Paulitch? Sin embargo, de todos los favores cor que me ha colmado, el que mas me conmueve es que, gracias á su discre cion, hace poco no habia en el mundo sino dos hombres, él y yo, que su pieran quien soy. Desde hace dos minutos, hay tres.

«Mis padres prosiguió; eran aldeanos de la Ukrania, y mi primer oficio fué guardar rebaños; pero yo habia nacido médico.

Un enfermo, hombre ó carnero, era en mi opinion el mas interesante de los espectáculos. Me procuré algunos libros, adquirí una ligera tintura de anatomía y de química, y alternativamente disecaba ó buscaba simples, cuyas virtudes experimentaba con un ardor infatigable. Pobre desprovisto de toda clase de recursos, educado desde la infancia en tontas supersticiones de que me deshacia con trabajo, viviendo en medio de hombres groseros, ignorantes, envilecidos por la esclavitud, nada pudo desaminarme, acobardarme. Me sentia nacido para descifrar el gran libro

de la naturaleza y para arrancarle sus secretos. Tuve la felicidad de descubrir específicos contra la morriña. Y esto me hizo célebre en tres leguas á la redonda. Despues de los cuadrúpedos, ensayé en los bípedos: hice alguna curas felices y venian de todas partes á consultarme. Fiero como Artabano, el pastorcillo, sentado á la sombra de un árbol, pronunciaba sus oráculos infalibles, y se le creia con tanta mas razon cuanto que la naturaleza habia dotado á sus ojos de esas miradas oscuras y veladas cuyo misterio impone á los tontos. La tierra á que yo pertenecia era propiedad de una vieja parienta del conde Kostia, que á su muerte, le dejó sus bienes. Cuando vino á visitar su nuevo dominio, oyó hablar de mí, me hizo llamar junto á sí, me interrogó, y le sorprendieron mis dones naturales y mi génio precoz. Ya habia proyectado fundar un hospital en una de las aldeas en que tiene su residencia de verano: pensó que algun dia podria sacar partido de mí. Parto con él, me lleva á Moscou. Ocultando mi situacion á todo el mundo, me hace instruir con el mayor cuidado. Maestros, libros, dinero, de todo tenia en abundancia. Mi felicidad era tan grande que á penas me atrevia á darla crédito, y á veces llegué á morderme los dedos para asegurarme de que no soñaba. Cuando tuve veinte años, Kostia Petrovitch me hizo entrar en la escuela de medicina; algunos años despues dirigia su hospital y una casa de salud que fundó por consejo mio. Mis talentos y mi fortuna no tardaron en darme á conocer. Se habló de mí en Moscou; me llamaron á consultas. Héme aquí en camino de hacer fortuna y, lo que mas me halagaba, ¡buscado, festejado, lisonjeado, adulado! El pastorcillo, el *mujik* convertido en rey y mas que rey, porque un médico que tiene buena mano es adorado como un dios por sus clientes, y no creo que una mujer bonita gratifique á sus amantes con la mitad de las sonrisas que prodiga á boca llena al mago de quien dependen su vida y su juventud. En aquella época, caballero, aún era yo devoto. Juzgad del lugar que tendria el conde en mis oraciones, y con que fervor le recomendaba á la intercesion de los santos y de la bienaventurada Maria..... La prosperidad tiene sin embargo, de malo, que lleva al hombre á desconocerse. Embriagado con mi gloria y mi buen éxito, me olvide demasiado de mi juventud y de los carneros, y este olvido estuvo á pique de perderme. Fuí llamado á curar á un oficial de caballeria retirado del servicio. Tenia una hija llamada Paulina; era bella y encantadora. Me creia insensible al amor, y sin embargo á penas la hube visto cuando sentí por ella una violenta pasion. Pensad que hasta entónces habia vivido en una abstinencia de monge ascético; la ciencia habia sido mi amante soberbia y adorada: cuando las pasiones se encienden en un corazon casto, se convierten en furores. Amaba á Paulina con rabia, con idolatria. Un dia me dió á entender que mi locura no le desagradaba. Me declaré á su padre, obtuve su consentimiento, y crei morir de felicidad. Al dia siguiente, fuí á ver al conde Kostia, le conté mi aventura, le supliqué que me emancipara. Se

echó á reir, me hizo presente que semejante extravagancia era indigna de mí. El matrimonio no era lo que me convenia. ¡Una mujer, hijos, bagage inútil en mi vida! Los pequeños placeres y las barahundas domésticas extinguirian el fuego de mi génio, matarian en mí el espíritu de investigacion y la audacia del pensamiento. Además ¿era séria mi pasion? Dado mi carácter, me creia incapaz de amar. Era una mala pasada que me jugaba mi imaginacion. Que permaneciera ocho dias sin ver á Paulina, y mi cura estaba asegurada..... Por toda respuesta, me precipité á sus piés, pegué mi boca á sus manos, rocié de lágrimas sus rodillas, besé el suelo en su presencia..... Continuó riendo y acabó por preguntarme con irónica sonrisa si, para poseer á Paulina, necesitaba casarme con ella.

«Mi amor era un culto. Al oir estas insultantes palabras, la cólera se apoderó de mí; prorrumpí en imprecaciones, en amenazas. Volví en mí sin embargo bien pronto, le rogué que excusara mis arrebatos, y usando de nuevo el lenguage de una servil humildad, me esforcé por ablandar con mis lágrimas aquel corazon de bronce. ¡Trabajo perdido! permaneció inflexible. Me revolqué por el suelo arrancándome los cabellos. Y él siempre riendo!..... Debió ser una escena curiosa, caballero. Figuraos que en aquella época yo era muy escrupuloso en mi modo de vestir. Llevaba una pechera bordada, bellísimos puños de punta de Alenzon; tenia sortijas en todos los dedos, y mi casaca era de última moda y de corte muy elegante. Pensad tambien que por lo comun mi aspecto, mi modo de andar, los movimientos de mi cabeza respiraban la altaneria y la arrogancia. En vano se esfuerzan los advenedizos, siempre se descubren. Hablaba en alta voz, con tono dominante; me envolvia en misteriosas oscuridades que descubrian por instantes los relámpagos de mi génio, y como habia hecho algunos curas extraordinarias que semejaban milagros ó cosas de brujeria, mí actitud de jerofante no parecia muy fuera de lugar, y tenia devotos que alentaban las licencias de mi orgullo con el exceso de su humildad..... ¡Y hé ahí que de repente aquel hombre importante, aquel milagroso personage se encontraba allí, acostado boca bajo, implorando merced de un amo inexorable, torciéndose como un gusano bajo el pié que le despedazaba el corazon!..... Al fin perdió la paciencia Kostia Petrovitch; me cogió con sus potentes manos, me puso en pié, y, lanzándome violentamente contra la pared:» ¡Vladimir Paulitch, gritó con voz atronadora, ahórrame tus contorsiones de mujercilla y acuérdate de quien soy y de quien eres. Un dia percibí en el camino real un trozo sucio de carbon; lo recojí, á pique de ensuciarme los dedos, y como soy algo químico, lo puse en mi crisol y lo convertí en diamante. Y en el momento en que acabo de engastar mi joya y en que la llevo como sortija en el dedo, me pides que me deshaga de ella! ¡Ay! hijo mio, por mi honor, no sé como no te mando de nuevo á cuidar tus carneros. Vamos, haz un esfuerzo sobre tu pasion, sé

razonable, vuelve en tí. Espera mi muerte, mi testamento te emancipará; pero hasta entónces, no te incomodes, serás cosa y propiedad mia. ¡Guárdate de olvidarlo, ó te hago pedazos como á este cristal!—Y, cogiendo un frasco de sobre la mesa, lo lanzó contra la pared, donde se hizo pedazos.....

«En aquel momento, caballero, el conde Kostia mostraba demasiada vivacidad, pero en el fondo tenia razon. ¿Era justo que perdiera todo el fruto de sus faenas? Pensadlo, era un gran goce para su orgullo el poder decir: el gran doctor tan festejado, tan admirado, es cosa y propiedad mia..... Su dicho era exacto, me llevaba en forma de sortija en el dedo. Y luego previa el porvenir. Hace dos años seguidos que le ha bastado mover la punta del dedo para que corriera yo en seguida desde el fondo de la Rusia á aliviar sus pobres nervios atormentados. Sabeis como está hecho el corazon del hombre; si hubiera cometido la imprudencia de libertarme, el año último hubiera venido por cumplir; pero esta vez.....»

Miéntras que Vladimir hablaba, Gilberto se decia interiormente:

«Este hombre es verdadero compatriota del conde Leminof.»

Y luego, acordándose del amable y generoso Moscovita con quien habia estado ligado en otro tiempo, deducia equitativamente que la Rusia es grande, y que, complaciéndose la naturaleza en los contrastes, este gran pais produce alternativamente las almas mas duras ó mas tiernas que haya en el mundo.

«Una vez más, prosiguió Vladimir, el conde Kostia tenia razon; la desgracia está en que la pasion no oye razones. Me separé de él con la muerte en el corazon, pero firmemente resuelto á hacerle frente y á perseverar en mi empeño. Veis que en esta ocasion observaba mal la gran máxima *Sequere fatum*. Me halagaba la idea de vencer la corriente ¡Vana ilusion! Pero si no la tuviéramos, ¿nos enamoraríamos?..... Paulina habitaba en una pequeña ciudad situada á dos leguas de nuestra aldea. En cuanto tenia algun descanso, montaba á caballo y volaba junto á ella. El dia despues de la terrible escena, dí un paseo en coche con aquella amable jóven y con su padre. Al salir de la ciudad, fuí presa de un temblor súbito..... acababa de percibir en la acera al conde Kostia, que con su caña de puño de oro, bajo el brazo, se encaminaba apaciblemente á nuestro encuentro. Me reconoció, sonrió con agrado, é hizo señal al cochero para que detuviera los caballos y á mí para que bajara.

—¡Qué indiscreto! ¡Arrea, cochero!» gritó alegremente Paulina.

«Pero yo habia abierto ya la portezuela.....

Excusadme, dije, soy con vos al momento.....»

«Y al decir estas palabras estaba tan pálido que ella tambien palideció, como asaltada por un siniestro presentimiento. Kostia Petrovitch no me

detuvo mucho tiempo. Despues de haberme saludado con ceremoniosa cortesia me dijo en tono burlon:

«Vladimir, á fé mia, que es encantadora. Lo que me apesara es que, »si tu matrimonio no se rompe antes de la tarde, mañana esa bonita jóven »sabrá por mí quien eres.....»

«Y al decir esto, saludándome de nuevo, se alejó tarareando un aria.....

«El dinero, caballero, me habia parecido siempre tan poca cosa al lado de la gloria y de la ciencia, y además era tan desinteresado mi amor á Paulina, que nunca se me habia ocurrido informarme de su fortuna ni de la dote que debia traerme. La tarde de aquel mismo dia, cuando tomábamos el té en familia en el salon de mi futuro suegro, afecté poner sobre el tapete esta importante cuestion y mostré un interés y una codicia tan sórdida, que el viejo oficial acabó por indignarse. Paulina tiene el alma fiera, nos escuchó algun tiempo en silencio, al fin, levantándose me anonadó con una mirada de desprecio, y con el brazo extendido, me mostró con el dedo la puerta..... Aquella mirada diabólica, caballero, no la he olvidado, me ha perseguido largo tiempo; todavia hoy suelo verla en sueños.....

«Al volver á casa, quise matarme; pero lo hice torpemente, erré: estas son cosas en que no se obtiene buen resultado la primera vez, Lo que me impidió comenzar de nuevo fué que me volvió á la memoria el *sequere fatum*. Dije á las olas que azotaban mi pecho extenuado: «¡Llevadme donde querais! sois dueñas de mí, y yo vuestro esclavo...» Y creedme, caballero, esta dolorosa ocurrencia no dejó de serme provechosa: me hizo hacer saludables reflexiones. Por primera vez me puse á reflexionar, despojé mi espíritu de todas las preocupaciones que le quedaban, desistí de todas las quimeras, ví el mundo y la vida tales como son, y deduje que el cielo está vacío. Mis maneras no tardaron en resentirse de la variacion de mi espíritu. No más arrogancia, adios las fanfarronerías. No abdiqué mi orgullo, pero llegó á ser más tratable y accesible; renunció á piafar, á hacer la rueda; el pavo-real se cambió en un hombre de buen trato. Y hé ahí, caballero, de lo que sirve la experiencia, acompañada del *Sequere fatum*. Me ha vuelto cuerdo, honrado y ateo..... Así, poco tiempo despues, decia yo una mañana al conde Kostia:

«De todos vuestros beneficios, el más precioso fué librarme de Paulina. »Esa mujer me hubiera perdido. ¡Ay! conde Kostia ¡cómo me rio en mis »propias barbas al acordarme de las ridículas letanías con que regalé un »dia vuestros oidos! Me conoceis bien. ¡Amor de cabeza, llamarada! Gracias »á vos Kostia Petrovitch, mi espíritu ha adquirido claridades por las que »os deberá eterno reconocimiento...»

«Esta declaracion le agradó, me amó todavia más. Ha tenido siempre un flaco por los hombres que se ajustan á la razon. Hasta entonces, apesar

de las muestras de afectos que me prodigaba, siempre me habia hecho sentir la distancia que habia entre los dos. A partir de aquel dia, entré en su intimidad, participé de sus secretos, y lo que estrechó más nuestra amistad, fué que tuve ocasion un dia de salvarle la vida con riesgo de la mia.

—¿Y Paulina? dijo el curioso y simpático Gilberto.

—¡Ah! ¡Os interesa Paulina!... tranquilizaos. Seis meses despues de nuestra ruptura, hizo un rico matrimonio. Habita aún su pequeña aldea, es feliz y no ha perdido nada de su belleza. La encuentro algunas veces en la calle en compañía de su marido y de sus hijos, y tengo el placer de verla volver la cabeza... Y yo tambien, caballero, tengo hijos: son mis discípulos. En Moscou los llaman *los pequeños Vladimir*, y uno de ellos llegará á ser un dia un gran Vladimir. Le he revelado todos mis secretos, pues no quiero que mueran conmigo, y mi fin podria estar próximo. Aún tengo que aclarar un punto importante. ¡Lléveme la muerte, terminada que sea mi tarea! La vida del pequeño pastor de la Ukrania ha sido demasiado agitada para que dure largo tiempo. Corta y buena, hé ahí mi divisa.

Y, dichas estas palabras, inclinándose bruscamente hácia Gilberto y mirándole en el blanco de los ojos:

«A propósito, le dijo, ¿pensabais realmente en el emperador Constantino cuando esclamásteis: ¡Oh destino, cuán extraños son vuestros juegos!

Poco faltó para que Gilberto no se dejase desconcertar por tan vivo apóstrofe; pero pronto se repuso.

«¡Ah! ¡ah! pensaba, no en vano me has contado tu historia; abrigabas un propósito. ¡Quién sabe si no es el conde Leminof quien te ha encargado que me confieses!»

Vladimir desplegó en vano toda su habilidad para hacer hablar á Gilberto; sus preguntas insidiosas no cesaban. Gilberto permaneció impenetrable. De cuando en cuando se miraban fijamente el uno al otro, tratando cada uno de burlar á su adversario y sorprender su secreto; pero en vano sus miradas cruzaban el hierro, ambas eran tan seguras para parar que no dió ni un bote. Al fin Vladimir perdió la paciencia.

«Señor mio, exclamó, tengo la debilidad de dar fé á los sueños, y tuve uno la otra noche que me ha turbado mucho. Soñé que el conde Kostia tenia una hija y que la hacía muy desgraciada porque tenia la doble culpa de no ser su hija y de parecerse de un modo sorprendente á una mujer cuyo recuerdo no le agradaba. Veis que los sueños son tan extraños como los juegos de la fortuna. Lo más grave es, que la desgracia y la belleza de esa niña habian impresionado fuertemente vuestro corazon y que habíais concebido una viva pasion por ella.

«¿Qué debo hacer?» me dijísteis un dia.

«Entonces os conté mi historia, y os dije: «Veis de qué temple es el carácter de Kostia Petrovitch. No espereis doblegarle, se complacería en desgarraros el corazon. Si yo hubiera estado tan enamorado como lo estais vos, hubiera robado á Paulina y hubiera huido con ella al fin del mundo. ¡Un rapto! hé ahí nuestro único recurso. Y notad... (así era como os hablaba en mi sueño), y notad que si ejecutais felizmente este atrevido golpe de mano, el conde, furioso al principio al ver escapársele su víctima, acabará seguramente por calmarse. La vista de esa niña le causa horror; la misma tiranía que ejerce sobre ella le agita y lleva el desórden á sus nervios. En cuanto le haya abandonado, respirará más libremente, mejorará y perdonará al raptor que ha librado su vida del fermento de odio que la turbaba. Entonces podreis tratar con él, y mucho me engaño si vuestra querida no tarda en ser vuesta mujer... Así era, repito, como os hablaba en sueños y añadí: «No perdais un instante; hay peligro en permanecer aquí. Kostia Petrovitch ha concebido sospechas; ¡mañana tal vez será demasiado tarde!.....»

—Y entónces os despertásteis, interrumpió Gilberto riendo á carcajadas.

Y levantándose:

«Vuestros sueños no tienen sentido comun, mi querido doctor: pues, á parte de que M. Leminof no tiene hija, la naturaleza me ha rehusado el don de amar; la única cosa de que soy capaz, es de quitar las manchas de tinta á un in-folio. Con un poco de chloro.....»

Luego, habiendo dado algunos pasos para recoger la parnasia que habia arrojado léjos de sí:

«Hablemos de cosas más sérias, continuó tomando con Vladimir el sendero que conducia al castillo. Esta bonita flor ¿no es una caparidea? ¿y no es cierto que las caparideas.....»

Durante el camino, no hablaron sino de estambres hypogynios. Llegados á la entrada de la galería, se separaron amigablemente. Vladimir miró alejarse á Gilberto, y murmuró entre dientes:

«¡Ah! ¡no has querido hablar, me rehusas tu confianza y no quitas sino las manchas de tinta! ¡En ese caso que se cumpla tu destino!»

¿Diré todos los movimientos diversos que agitaban el corazon de Gilberto? es fácil adivinarlo. A todas las inquietudes que le devoraban, acababa de añadirse otra más punzante aún, el temor de que todo se descubriera. «A pesar de mis precauciones, se decia, ¿me habrá visto corriendo por los techos algun espía apostado por el conde? No lo creo. Mas bien creería que los ojos de lince de Vladimir Paulitch han sabido leer en el rostro de Estéfana. En la mesa la observa con curiosidad: tal vez tambien mis miradas me han vendido. Ese espíritu, grosero en medio de su astucia, ha tomado por un amor vulgar la tierna y generosa piedad que me inspiraba un gran infortunio. Sin duda se ha franqueado con el conde, y por órden

suya ha intentado forzar mi confianza y arrancarme una confesion. ¡Estéfana! ¡Estéfana! ¿todos mis esfuerzos no habrán servido sino para hacer pesar sobre vuestra cabeza nuevas desgracias?...» Lo que le calmó un poco, fué pensar que ella le habia autorizado espontáneamente á permanecer lo ménos dos semanas sin volver á su lado. «De aquí á allá, se decia, pensaré algun medio. Lo que importa ante todo es hacer perder la pista á ese zarcero que nos sigue el rastro; bien que no estará aquí por largo tiempo. Su partida será para mí un gran consuelo, pues es un personaje peligroso, siempre que Estéfana sea cuerda!»

La comida se pasó bien; Vladimir no apareció en ella. El conde estuvo alegre, amable. Estéfana, aunque muy pálida, estaba tan tranquila como los dias anteriores; y sus miradas no trataron de encontrar las de Gilberto, quien sentia disminuir su alarma; pero, al levantarse de la mesa habiendo salido el primero Kostia Petrovitch del aposento, tuvo tiempo su hija antes de seguirle, de volverse vivamente, sacar de su manga un papelito enrollado y lanzarlo á los piés de Gilberto que lo recogió. ¡Cuál no fué su dolor, cuando despues de haberse encerrado con llave en su rotonda, leyó las siguientes líneas!:

«El espíritu de las tinieblas ha entrado en mí de nuevo! No he podido dormir la noche última. Tengo la cabeza ardiendo. Tengo miedo, dudo, me desespero. Gilberto mio, es necesario que te vea esta noche á toda costa, porque me siento capaz de todo. ¡Oh admirable amigo! ven al ménos á consolarme, ven á quitar de mi vista el cuchillo que quedó abierto sobre mi mesa.....»

Gilberto pasó dos horas en una angustia indescriptible. Mientras duró el dia permaneció en pié de codos en la tablilla de basalto, esperando que Estéfana apareciera en su ventana y poder hablarle por señas; pero fué en vano: ya la noche comenzaba á estenderse. Deliberaba, dudaba, vacilaba. Al fin, en aquel combate interior, un pensamiento acabó por dominar á todos los demás. Creia ver á Estéfana desmelenada, con la desesperacion en la mirada; creia tambien ver en sus manos un cuchillo cuya hoja afilada lanzaba en la noche fúnebres resplandores..... Aterrado con estas horribles imágenes, cierra su corazon á todos los consejos de la prudencia, suspende su escala, baja, atraviesa los techos, sube á la ventana, se lanza en el cuarto..... Estéfana le esperaba agachada á los piés de los santos. Se levanta, salta, con gesto convulsivo coje el cuchillo que estaba sobre la mesa, dirige la punta hácia su corazon, y grita con voz vibrante:

«Gilberto, por primera y última vez ¿me amas?.....»

Asombrado, tembloroso, frenético, Gilberto le abre los brazos; arroja ella el puñal léjos de sí, lanza un grito de alegria, de delirio; salta de un brinco hácia su amigo, le enlaza con sus brazos, y suspendiéndose de sus labios, exclama:

«¡Me ama! ¡me ama! ¡Estoy salvada!.....»

Gilberto sin dejar de devolverle sus caricias, trata de calmar su fiebre y sus arrebatos..... Pero de repente palidece: de la alcoba vecina acaba de salir un suspiro semejante al que oyó en uno de los corredores del castillo.

«¡Estamos perdidos! murmuró con voz ahogada. Han venido á sorprendernos.»

Pero ella, asiéndose á él, y con el rostro iluminado por una alegría insensata.

«¡Me amas! soy feliz. ¿Qué me importa lo demás?.....»

En aquel instante se abrió la puerta de la alcoba; y el conde Kostia apareció en el dintel, terrible, amenazador, con el labio contraido por una sonrisa siniestra. Al verle levantó su hija lentamente la cabeza, dió despues algunos pasos hácia él, y por primera vez se atrevió á mirar de frente á aquel padre que, desde hacía tantos años, la tenia doblegada y temblorosa bajo su mano de hierro. Entonces, semejante á una jóven leona con el pelo erizado, haciendo flotar sobre sus espaldas sus cabellos en desórden, el cuerpo tembloroso, fruncidas las cejas, la mirada ardiente, con voz sombría y ronca:

«¡Ah! ¡realmente, sois vos, señor! gritó; ¡sed bien venido!... ¡Vos aquí, gran Dios! En verdad, estas paredes deben sorprenderse al veros..... Sí, oidme, viejas paredes sordas. ¡El hombre que veis ahí en el umbral deesa puerta, es mi padre! ¡Ah! decidme ¿no lo hubierais adivinado en la ternura que aparece en sus miradas, en esa sonrisa llena de bondad que se dibuja en sus labios?..... Y añadió: «Padre desnaturalizado, ¿os acordais todavia de que en otro tiempo teniais una hija? Buscad bien, tal vez la encontraréis en el fondo de vuestros recuerdos..... ¡Pues bien! ¡esa hija que habíais matado, acaba de salir de su sarcófago, y el que la ha resucitado, es el hombre que aquí veis!.....» Y exaltándose cada vez más: ¡Oh! ¡cuánto amo á este hombre divino! y amándole, hija obediente en complaceros, ¿qué otra cosa he hecho sino ejecutar vuestra voluntad? porque en fin ¿no fuísteis vos mismo quien me precipitó un dia á sus rodillas?..... ¡Así me he quedado!.....»

Pero dichas estas palabras, extenuada por el exceso de su emocion, le abandonaron las fuerzas, lanzó un grito, cerró los ojos, se desplomó sobre sí misma. Sin embargo, Gilberto se habia arrojado hácia ella: la cargó en sus brazos y la colocó inanimada en un sillon; luego se puso delante de ella, haciéndole un escudo con su cuerpo. Cuando dirigió sus miradas hácia el conde, no pudo ménos de estremecerse, porque creyó que veia al sonámbulo! Los rasgos de Kostia Petrovitch se habian descompuesto, sus ojos estaban inyectados en sangre, y sus pupilas ardientes y fijas parecian próximas á salirse de sus órbitas. Se bajó con lentitud y recojió el cuchillo, permaneciendo algun tiempo inmóvil, sin dar señales de vida, á no ser que por intervalos se pasaba la lengua por los labios, como para cal-

nar la sed de sangre que le consumia... Al fin echó á andar con la cabeza evantada, el brazo y el cuchillo suspendidos en el aire, y no deseando ino herir. Entonces, viéndole venir hácia él, recobró Gilberto toda su alma, y gritó con voz clara y fuerte:

«¡Conde Leminof, volved á la razon, que estais próximo á perder!.....

Viendo que el horrible fantasma no dejaba de avanzar, descubrió bruscamente su pecho y gritó con voz más fuerte aún:

«¡Conde Kostia, hiere, hé aquí mi corazon! ¡Pero tus golpes no llegarán hasta mí..... el espectro de Morloff está entre nosotros!»

A estas palabras el conde lanzó un rugido de bestia feroz, seguido de un gemido largo y lastimero. Un terrible combate se empeñó en él; su frente crispada, los movimientos convulsivos que agitaban su cuerpo á intervalos, y las olas de espuma que se desbordaban de sus lábios demostraban la violencia del esfuerzo que hacia. En fin la razon prevaleció, su brazo volvió á caer y dejó escapar el cuchillo, los músculos de su rostro se flojaron, su fisonomía tomó por grados su expresion natural; se volvió del lado de la alcoba y gritó:

«Ivan, ven á cuidar de tu jóven ama, que se ha desvanecido.»

Ivan apareció: ¿Quien se encargará de pintar la mirada que lanzó á Gilberto? Sin embargo el conde habia entrado en la alcoba, de donde trajo una vela apagada qne encendió tranquilamente; luego con gesto sencillo:

«Querido mio, dijo á Giberto, me parece que estamos de más aquí. Dignaos salir conmigo por la escalera, pues no quiera Dios que volvais á nuestra habitacion por encima de los tejados. Si os sucediere algun percance. ¡Byzancio y yo nos quedaríamos inconsolables!»

Estaba dotado de tal manera Gilberto, que en aquel momento M. Leminof le inspiraba mas piedad que cólera. Obedeció y precediéndole algunos pasos, atravesó la alcoba y el vestíbulo y bajó la escalera. Cuando llegó á la entrada del corredor, volviéndose y recostándose cotra la pared:

«Querría deciros dos palabras,» murmuró con tristeza.

El conde, deteniéndose en el último escalon, se recostó muellemente en la balaustrada y le respondió sonriendo:

«Hablad, estoy pronto á oiros, sabeis que siempre tengo placer en conversar con vos.»

—«Os suplico, le dijo Gilberto, que perdoneis á vustra hija la dureza de su lenguaje; hablaba delirante..... Os juro que en el fondo del corazon os respeta, y que con solo quererlo os amaría como á un padre.»

M. Leminof no respondió sino alzando los hombros como diciendo:

«¿Qué me importa?»

—«Debo además deciros, repuso Gilberto, que vuestra cólera debe recaer toda sobre mi solo. Yo soy quien he ido á buscar á esa niña que me odiaba; la he obligado á que me reciba, le he impuesto mis cuidados; y no he descansado hasta no ganar su afecto.»

El conde alzó de nuevo los hombros, como diciendo:

«Os creo, ¿pero en qué cambia eso la situacion?»

—«En cuanto á mí, prosiguió Gilberto, os afirmo por mi honor,, que solamente desde ayer he arrancado á vuestra hija su secreto.»

El conde le respondió:

«No tengo dificultad en creeros; pero decidme, os ruego, ¿es cierto que en la actualidad amais á esa jóven como ella os ama?»

Gilberto reflexionó un instante; luego, no pensando sino en los intereses y la dignidad de Estéfana, respondió:

«Sí, he concebido por ella una pasion casta y pura.»

Una alegría irónica apareció en el rostro del conde.

«¡Perfectamente! dijo; eso es todo lo que deseaba saber. No tenemos mas que decirnos.»

Gilberto levantó la cabeza:

«¡Una palabra más caballero! exclamó. No me separo de vos sin que me hayais jurado antes que no tocrreis un solo cabello de vuestra hija, y que no os vengareis en ella de mi generosa imprudencia!»

«¡Peste! dijo el conde riéndose, os expresais con una soberbia! pero os estoy reconocido. Hace poco, vuestra sangre fria me impidió cometer un crímen que hubiera sido una necedad, porque solo los tontos se vengan á cuchilladas. Así os concederé todavía más de lo que me pedís. Mi hija no tendrá que quejarse de mí en lo sucesivo y me ocuparé paternalmente de su felicidad. La desagrada estar al cuidado de Ivan, pues no será sino su humilde sirviente. Quiero que sea libre como el aire, y me serán sagrados todos sus caprichos. Comezaré por devolverle su caballo, si no está vendido. Haré mas: le permiti é usar nuevamente los vestidos de su sexo. Pero pongo dos condiciones á tantas condescendencias: la primera, que á mi quedareis aquí seis meses por lo menos; la segunda que no procurareis ni ver muñeca, ni hablarle, ni escribirle sin mi consentimiento.»

Gilberto lanzó un profundo suspiro.

«¡Os lo juro por mi honor! respondió.

—¡Dando y dando! repuso M. Leminof; tengo vuestra palabra, y creo en ella como en el Evangelio.

Cuando el conde entró en su gabinete, el doctor Vladimir, que le esperaba con impaciencia; le examinó de piés á cabeza como si tratara de descubrir en sus vestidos ó en sus manos alguna mancha de sangre; luego reprimiendo su emocion:

«¡Y bien! le dijo con frialdad. ¿cómo ha pasado la cosa?

—¡Muy bien! dijo el conde echándose en un sillon. No he matado á nadie: la razon de ese jóven me ha devuelto la mia.»

Vladimir Paulitch palideció.

«¡De modo, dijo con una sonrisa forzada, que ese audaz seductor ha salido bien mediante un escándalo!

—¡No teneis sentido comun, Vladimir Paulitch! ¿Qué hablais de seduccion? Los Gilberto son para vos un enigma: no han nacido bajo el mismo planeta que los doctores Vladimir y los conde Leminof. Hay en él algo del humanitario, del caballero andante, de la hermana de la caridad de San Vicente de Paul! Además nuestro filántropo tiene pasion por los títires y me previno desde su llegada que sabia hacerles representar. Debemos creer que quiso representar para sí exclusivamente algun *auto sacramental*, algun misterio de la edad media. La pieza ha principiado bien. Los principales personages eran la fé, la esperanza y la caridad. Desgraciadamente, el amor se ha puesto de por medio, y el misterio se ha transformado en un drama de capa y espada. Lo siento por él: estos dramas acaban siempre mal.

—Os engañais, conde Kostia, respondió irónicamente Vladimir: frecuentemente terminan por el matrimonio.

—¡Vladimir Paulitch! gritó el conde golpeando con el pié, tienes el don de exasperarme. Hoy has pasado mas de una hora en soplar en mi alma el fuego de la venganza: odias á ese jóven; y creo por mi honor, que estás celoso de el, ¿Temes, pues, que le ponga en mi testamento en lugar del pastorcillo de Ukrania..... Piensa lo que te plazca, mi querido doctor; lo cierto es que si hubiera cometido la horrible torpeza de matar á ese amable compañero de mis estudios, le lloraria en este momento con lágrimas de sangre, pues no sé que hacer, pero le quiero á pesar de todo; pero el que bien ama, bien castiga, y no puedo dejar de compadecerle al pensar en todos los sufrimientos que voy á hacerle pasar. Vé, pues, á acostarte, doctor. Mañana por la mañana, te irás con pié ligero á tres leguas de aquí, del otro lado de la montaña, hasta una bonita posada cuyo camino te indicaré. Me dirigiré allí á caballo: necesito egercicio y destruccion. Nos encontraremos y comeremos juntos. A los postres, hablaremos de fisiología, y te esforzarás por divertirme.

—Pero ¿en qué pensais? exclamó Vladimir altamente sorprendido, vais á permitir á esos dos amantes.....

—¡Oh pobre espíritu, á pesar dé su sabiduria! interrumpió el conde. En materia de venganza no conoces sino la indiana y la cotonada. Yo me complazco en urdir los mios con hilos de oro y seda!»

Al entrar de nuevo en su cuarto, Vladimir Paulitch dijo para sí:

«Estos dos hombres raciocinan demasiado. La representacion no adelanta: es menester que yo me encargue del desenlace.»

VICTOR CHERBULIEZ.

(*Concluirá.*)

MISCELANEA.

POEMAS DE BYRON.

Con el mayor placer tomamos de la *Revista Contemporánea* del 15 de Abril del corriente año, el siguiente juicio bibliográfico:

«Cuatro Poemas de Lord Byron, traducidos en verso castellano por Antonio Sellen.—Nueva-York. 1877.—Ponce de Leon.

Pocas son en verdad las traducciones en verso que llenan las verdaderas necesidades de una version fiel poética, y en los más de los casos preferible es la lectura de una buena traduccion en prosa á las desnaturalizadas que frecuentemente nos ofrecen los más de los traductores en verso. Entre los buenos, entre los que podemos señalar como modelos de buenas traducciones en verso debe citarse decididamente la del Sr. Sellen. Los cuatro poemas que ha traducido de Lord Byron: «Parisina», «El prisionero de Chillon», «Los lamentos del Tasso» y la «Novia de Abydos», revelan perfectamente sus aventajadísimas condiciones como excelente poeta y notabilísimo traductor. En nuestro número de la *Revista* tienen ocasion de conocer nuestros lectores uno de los poemas traducidos por el señor Sellen.»

El poema á que dicho periódico se refiere es el *Prisionero de Chillon*, que inserta en el propio número.

BIBLIOTECA MEJICANA.

El señor José María Vigil está prestando un inapreciable servicio á los mejicanos y á los americanistas en general con la publicacion histórica que lleva el título que encabeza estas líneas. Próximamente se anuncia

que aparecerá la *Crónica Mejicana* de Tezozomoc, que habia permanecido inédita á pesar de los testimonios de aprecio y estimacion de doctos extranjeros, como M. Ternaux Compans, su traductor francés, y de estarse vertiendo al inglés en los Estados Unidos, aún ántes de haberse estampado en su lengua original. Caso, aunque notable, no extraño entre nosotros, y que nos trae á la memoria la relacion autobiográfica del poeta Manzano.

La *Crónica* de Tezozomoc irá acompañada de un comentario del señor Orozco y Berra, y precedida de la *Relacion de los indios que habitan esta Nueva España*, obra así mismo inédita y del siglo XVI como la *Crónica*, cuyo hallazgo se debe al señor Fernando Ramirez, quien va á ilustrarla con notas y aclaraciones.

EL PORVENIR.

Entre la multitud de revistas y periódicos, tanto nacionales como extranjeros, que visitan nuestra redaccion, hemos tenido el gusto de recibir este mes *El Porvenir*, órgano de la sociedad del mismo nombre, que tantos aplausos conquista en Guatemala, y de la que es Vice-Presidente, nuestro querido amigo, el jóven habanero D. José Martí.

De tan agradable como interesante publicacion, tomamos la siguiente noticia que suscribe *D. E.*

«La Revista Guatemalteca.—José Martí, el jóven é ilustrado vicepresidente de *El Porvenir*, se propone establecer un periódico mensual, cuyo prospecto ha visto ya la luz pública.

Hace pocos meses llegó Martí á esta capital: era para nosotros un extranjero y un desconocido, pero, como aquel filósofo griego, podia haber dicho que todo su caudal lo llevaba consigo. Subió á nuestra tribuna, se exhibió en nuestra prensa y pudimos calificarlo ya: lo encontramos rico de ideas y rico de palabras, dotado de generosos sentimientos y lleno de precoz erudicion, activo y amable, inteligente y bueno. Entónces comenzamos por apreciarlo y concluimos por quererlo. Le tendimos efusivamente una mano que él estrechó con gratitud. Desde entónces es guatemalteco de corazon; ninguno se entusiasma más por el progreso de nuestra patria, ninguno sueña más sobre su porvenir.

Por eso Martí se propone dar á luz un nuevo periódico, con el laudable y generoso pensamiento de exhibir á nuestro país y hacerlo conocer por las naciones extranjeras.

Pero tambien nosotros necesitamos que no nos sean desconocidos los inventos que se imaginen, los libros que se escriban, los más recientes progresos de las artes y las ciencias; necesitamos estar al tanto del movimiento intelectual americano y europeo, anhelamos escuchar las últimas palabras de la civilizacion. Martí se propone llenar con su periódico, en cuanto le sea posible, esta necesidad cuya satisfaccion reclama con imperio nues-

tro modo de ser. Trabajará laboriosamente y nosotros recogeremos los frutos de su estudio. «La empresa es vasta, nos ha dicho; por eso la he aceptado; por eso y porque es útil.»

El primer número de *La Revista Guatemalteca* verá la luz pública el 15 del entrante Abril; *El Porvenir* saludará su aparicion con fraternal afecto.»

La REVISTA DE CUBA devuelve su atento saludo á *El Porvenir* y desea sinceramente la aparicion y prosperidad de *La Revista Guatemalteca*, cuyo Director tantas pruebas tiene dadas de su buen gusto, erudicion y amor al progreso.

RELIQUIAS PREHISTORICAS.

Recientes excavaciones han descubierto una mina, que parece inagotable, de restos prehistóricos, en Chiriqui, 300 millas al noroeste de Panamá. Las excavaciones han sido hechas en un cementerio de indígenas; de donde se han extraido ídolos y adornos indumentarios de metales preciosos. Tambien se ha encontrado el mineral conocido por *jade* que existe al mismo tiempo en China, en la Nueva Zelandia y en la América Septentrional.

DOS DEFINICIONES.

El señor Rafael Angel de la Peña, distinguido literato mejicano, acababa de publicar un interesante opúsculo en que, desde un punto de vista meramente lexicográfico, trata de fijar la significacion de los modos adverbiales *a priori* y *a posteriori*. Hé aquí las definiciones propuestas por el señor Peña; de las cuales confesamos que nos satisface mucho más la segunda:

A priori: mod. adv. tomado del latin. *Se aplica á las demostraciones rigurosamente deductivas que están fundadas en verdades a priori.*

A posteriori: antítesis del modo anterior, *será un razonamiento rigurosamente inductivo que se funda en hechos suficientemente observados.*

Aplaudimos, sobre todo, las tendencias de este trabajo, encaminado á hermanar los resultados de la lexicología castellana con los de las ciencias que pueden aportarle auxilios.

ASOCIACIONES CIENTIFICAS.

CONGRESO PROVINCIAL DE ORIENTALISTAS.—El Congreso provincial de orientalistas franceses fundado en Saint-Etienne en 1874, y cuya segunda sesion se celebró en Marsella en 1876, se reunirá esta vez en Lyons del 22 al 29 de Agosto próximo venidero. Su objeto es contribuir al progreso de los estudios ethnográficos, lingüísticos é históricos relativos al Asia, Africa

y Oceanía, como igualmente la geografía comercial é industrial de dichos continentes. El primer dia se consagrará al comercio y á la industria, el segundo á las ciencias, artes y filología, y los demás á las reliquias antiguas del Egypto, Persia y Asyria, y á las actuales de la India, China y Japon. Como se vé, se concede gran importancia al estudio de las religionee orientales, mina fecunda en trascendentales resultados que apenas comenzamos á explorar y que tantas sorpresas nos reserva, (recuérdense los descubrimientos de George Smith sobre el diluvio babilónico y otros mythos del Génesis). Se espera un éxito completo para el Congreso ya por haberse adherido á él las eminencias europeas en estas materias, ya principalmente por el interés que despiertan los numerosos documentos traidos del extremo Oriente por M. Emilio Guimet, recogidos en su última mision.

—El Congreso arqueológico de Francia, que se reune todos los años, lo hará en este en Mans y en Laval sucesivamente el 20 y 28 del corriente mes de Mayo.

Premios de la Sociedad de Geografia de Paris.—La Comision de premios de la Sociedad ha discernido este año al americano *Stanley*, el continuador de Livingstone, una gran medalla de oro por su travesía del Africa austral, y otra de igual clase á su antiguo presidente M. *Vivien de Saint-Martin*, el conocido autor de los *Anuarios geográficos*, de la *Historia de la Geografia*, del gran *Diccionario de Geografia* y *Atlas* de igual ciencia (estos dos últimos en publicacion), etc., y á quien mereció un juicio tan favorable el tan poco apreciado entre nosotros *Mapa de la Isla de Cuba* del infatigable cuanto olvidado *D. Esteban Pichardo*. El premio *Logent* (medalla de plata) se ha concedido al Dr. Harmand, por sus exploraciones en el Cambodge, Laos-siamés y Annam en las cuales ha recogido preciosos informes sobre la geografia, ethnografia é historia natural de tan vastas regiones, comarcanas de la Cochinchina francesa.

—Acaba de constituirse un comité en Paris á fin de recoger suscriciones voluntarias para erigir una estátua á Le Verrier, en memoria de sus grandes trabajos astronómicos. La suscricion se ha abierto en la Secretaría de la Academia de Ciencias de aquella ciudad.

NECROLOGIA CIENTIFICA.

Roberto Mayer.—En 20 de Marzo del presente año, ha fallecido en Heilbronn (Wurtemberg), donde habia nacido el 25 de Noviembre de 1814, el conocido físico aleman Roberto Mayer, uno de los creadores de la teoría mecánica del calor, descubrimiento capital de las ciencias físicas, cuyas consecuencias tanto han trascendido á las demas ciencias naturales, como igualmente á la filosofía científica. Roberto Mayer adelantó la idea fundamental de la nueva doctrina: la identidad del calor y del movi-

tro modo de ser. Trabajará laboriosamente y nosotros recor
frutos de su estudio. «La empresa es vasta, nos ha dicho
aceptado; por eso y porque es útil.»

El primer número de *La Revista Guatemalteca* ver
15 del entrante Abril; *El Porvenir* saludará su apa
afecto.»

La REVISTA DE CUBA devuelve su atento salu
sea sinceramente la aparicion y prosperidad de *J*
cuyo Director tantas pruebas tiene dadas de
amor al progreso.

RELIQUIAS PREHIS

Recientes excavaciones han descubi
ble, de restos prehistóricos, en Chirio
má. Las excavaciones han sido hec
donde se han extraido ídolos y ad
sos. Tambien se ha encontrado e
mismo tiempo en China, en la
trional.

El señor Rafael Ar
de publicar un intere
ramente lexicográfi
biales *a priori* y c
señor Peña; de l
gunda:

A priori:
rigurosame

A pos
samente

A
her
qr

tentati
del sér co
poca luz sobre
escuela psicológica;
moral que de ella ha de
tan de ajustar el arte de la ed
mpos y á nuestra manera de con
ad.
atencion la coincidencia de aparecer es
version francesa del ya famoso tratado de Sp
con un libro de Ch. Robin en que se estudia el
con el criterio de las doctrinas evolucionistas:
el estado de madurez á que éstas han llegado las co
una direccion práctica.
REVISTA, que en un trabajo sobre Educacion física publi
anteriores, ha mostrado que está dentro de esa corriente,
estudio sobre el problema más complejo de la Educacion
hará esperar á sus lectores.

POESIAS DE E. J. VARONA.

Nuestro amigo y colaborador, Sr. Varona, prepara para la estampa
volúmen de poesías líricas originales que comprenderá algunas de las q
escrito desde el año de 1872 hasta el corriente. Deseamos que reali
pensamiento, y que vaya tomando algun vuelo nuestro renaciente m
vimiento literario. Lo deseamos con tanto más motivo cuanto que el sent
filosófico que entrañan dichas poesías en su mayor parte es, sino ent

miento y su transformacion recíproca, debiéndose al sabio inglés Joule la prueba experimental, pues mostró que la produccion de una cantidad determinada de movimiento va siempre acompañada de una cantidad constante de calor, que es á lo que se llama el equivalente mecánico.

LAMY.—Acaba de fallecer en el propio mes de Marzo, en Paris, el profesor M. Lamy, químico á quien se debe el descubrimiento de un nuevo metal el *thallium*. El conocido químico inglés, Mr. Crookes, habia señalado ya la raya espectral verde, característica del mismo cuerpo, pero M. Lamy fué quien consiguió extraerlo, aislarlo en barra y describir sus más importantes propiedades.

LOS TRES PRIMEROS AÑOS DEL NIÑO.

Con este título acaba de publicar en Paris Mr. Bernard Perez un notable estudio de psicología experimental, en que, haciendo gala de un talento perspicacísimo de observacion y análisis, pasa en revista el lento y sucesivo desarrollo de las que acostumbramos llamar facultades anímicas, estudiadas en niños menores de tres años. Esta primera tentativa de estudio sobre la génesis de las manifestaciones supremas del sér consciente es digna de aplauso é imitacion, porque arroja no poca luz sobre muchas de las más sugestivas teorías de la moderna escuela psicológica; y por sus contribuciones á la nueva ciencia de la moral que de ella ha de surgir, facilita no poco la tarea de los que tratan de ajustar el arte de la educacion á las necesidades de nuestros tiempos y á nuestra manera de considerar el mundo, el hombre y la sociedad.

Es digna de llamar la atencion la coincidencia de aparecer esta obra casi á la par con la version francesa del ya famoso tratado de Spencer sobre Educacion y con un libro de Ch. Robin en que se estudia el mismo problema tambien con el criterio de las doctrinas evolucionistas; porque demuestra que el estado de madurez á que éstas han llegado las comienza á impulsar en una direccion práctica.

Nuestra REVISTA, que en un trabajo sobre Educacion física publicado en números anteriores, ha mostrado que está dentro de esa corriente, prepara un estudio sobre el problema más complejo de la Educacion moral que no hará esperar á sus lectores.

POESIAS DE E. J. VARONA.

Nuestro amigo y colaborador, Sr. Varona, prepara para la estampa un volúmen de poesías líricas originales que comprenderá algunas de las que ha escrito desde el año de 1872 hasta el corriente. Deseamos que realice su pensamiento, y que vaya tomando algun vuelo nuestro renaciente movimiento literario. Lo deseamos con tanto más motivo cuanto que el sentido filosófico que entrañan dichas poesías en su mayor parte es, sino ente-

ramente nuevo, bastante raro en las poesías que generalmente aparecen entre nosotros.

NUEVA OBRA DE DARWIN.

Se ha publicado recientemente en Lóndres un nuevo trabajo del renombrado naturalista M. Darwin con el título: «Formas diversas de flores y plantas de la misma especie,» en cuyo libro, de cortas dimensiones, ofrece una nueva prueba de laboriosidad y curiosas observaciones hechas por su ilustrado autor, á pesar del modesto proemio en que excusa éste sus pocos conocimientos botánicos.

ACADEMIA DE CIENCIAS DE LA HABANA.

La Academia de ciencias médicas, físicas y naturales de esta Capital, celebró el 19 del corriente el 17º aniversario de su fundacion.

Su distinguido Presidente el Sr. D. Nicolás J. Gutierrez dió lectura á un elegante discurso sobre los trabajos de la asociacion en el último año, en el cual tributó tan justos como dignos elogios, al nunca bien llorado patricio señor Conde de Pozos Dulces; recordó los grandes trabajos del erudito Sr. Mata, miembros ambos de la Academia, fallecidos durante el año académico. Despues de ocuparse de los nombramientos de sócios de mérito hechos á favor de los distinguidos Sres. D. Estéban Pichardo, sobre el cual se expresó de un modo delicado y conmovedor, D. Francisco Alvear y D. Antonio Mestre, Secretario general, concluyó manifestando el inquebrantable propósito de la Academia de contribuir con sus fuerzas á la realizacion del progreso y al bien de la humanidad.

A continuacion el Secretario, Dr. D. Antonio Mestre. con la profundidad de doctrina y brillantez de forma que distingue sus trabajos, dió lectura á un bien razonado discurso sobre los trabajos de la Sociedad, concluyendo la sesion con una felicitacion á la Academia del Excmo. Señor Gobernador Capitan General que presidía el acto.

SOCIEDAD DE ANTROPOLOGIA.

A la una de la tarde del domingo cinco del corriente mes celebró la Sociedad de Antropología su primera sesion científica, segun habíamos anunciado. Leida y aprobada el acta de la solemne sesion inaugural, y dada cuenta de las comunicaciones recibidas, dió lectura el conocido oculista Dr. Santos Fernandez á una memoria, acompañada de cuadros estadísticos, recojidos en su clínica por espacio de dos años, acerca de las enfermedades de los ojos en las diversas razas que pueblan esta Isla. No pocos reparos podríamos oponer al trabajo del Dr. Santos, no tanto en lo referente á la mayor parte de sus conclusiones que creemos prematuras, por basarse en datos insuficientes, cuanto á las observaciones mismas y al empirismo que revela la manera como se han recojido. Pero habiendo pedido

la palabra en contra especialistas tan conocidos como los Sres. Montalvo Montané y otros, esperarémos el resultado de la discusion que suscitará dicha memoria y que tendrá efecto en la sesion del próximo domingo 2 de Junio, para presentar á nuestros lectores una reseña completa de los puntos en cuestion. Al terminar el Sr. Santos leyó el Dr. Plá y Hernandez una nota relativa á un caso de enanismo en la raza negra africana, acompañado de una fotografía que representa al individuo desnudo y de frente (no hubiera estado demás acompañar otra del mismo visto de espaldas y aun de perfil, como se acostumbra en estos casos), nota bastante completa en lo que respecta á las medidas antropométricas del sujeto, aunque deficiente en otros puntos, que son fáciles de completar en nota suplementaria. La cuestion relativa á si es ó no un verdadero caso de enanismo el presentado por el Sr. Plá, dará lugar seguramente á una discusion luminosa acerca de estas y otras monstruosidades no estudiadas aún lo bastante por la Antropología patológica.

La sesion terminó con un breve discurso del Sr. Montané acerca del concepto de la Antropología como ciencia, sus divisiones y denominaciones diversas y otros puntos á ello referentes, en el cual el conocido antropólogo se adhirió y expuso la clasificacion y terminología de la escuela francesa, que indudablemente es la más completa y sistemática que hoy conocemos.

Se presentó ademas por el Sr. Gassie la traduccion que ha hecho del folleto del Sr. Tubino, secretario de la Sociedad Antropológica de Madrid, publicado en lengua francesa con el título de «Recherches d'Anthropologie sociale» en la *Revista de Broca* en 1877.

Constituida la Sociedad en sesion de gobierno, se procedió al nombramiento de un Archivero-bibliotecario, que recayó en el Dr. D. José A. Cortina, por renuncia del Sr. Willis, y á la constitucion de las cuatro secciones en que está dividida. Fueron admitidos algunos sócios y propuestos otros, así como acordado el título de sócio de mérito al eminente Dr. Broca, infatigable y primer promovedor de la Antropología científica en Francia.

En la próxima sesion se procederá, entre otras cosas, al nombramiento de la Mesa en cada Seccion, y es casi seguro que comenzarán para mediados del entrante mes las conferencias semanales que inaugurará el señor Montané sobre Antropología anatómica y principalmente de Craneología, que serán del todo prácticas.

Se acordarán ademas las bases para la publicacion del *Boletin*, órgano de la Sociedad y primera publicacion científica especialista que salga á luz de las prensas de Cuba.

Director propietario: DR. JOSÉ ANTONIO CORTINA.
Habana 31 de Mayo de 1878.

FILOSOFOS CUBANOS.

EL PRESBITERO DON JOSE AGUSTIN CABALLERO.

A continuacion reproducimos el artículo necrológico que, sin firma de utor, publicó en el *Diario de la Habana* de veinte de Abril de 1835). José de la Luz Caballero, acerca de su ilustre tio y sabio maestro, «uno e los varones más respetables que recuerdan los fastos de nuestro pais,» utor de la primera obra de filosofía, aún inédita, escrita en Cuba, cuya ublicacion tiene ofrecida la REVISTA, y en la cual combatió al escolastiismo aún reinante, siendo con D. Tomás Romay el fundador del periodisio cubano.

Catedrático de filosofía en el Seminario de San Cárlos, fué tambien no de los fundadores de la Real Sociedad Patriótica y el primer presiente de su seccion de Educacion en la cual prestó valiosísimos servicios, aquella época en que brillaba en Cuba el astro refulgente D. Luis de s Casas y Aragorri y en que Romay y Arango empezaban tambien á dar conocer sus extraordinarios talentos.

A LA MEMORIA

DEL PRESBITERO DOCTOR DON JOSE AGUSTIN CABALLERO.

«Non est inventus similis illi.»

Habaneros: ha muerto el Dr. D. José Agustin Caballero; y sobre su tumlora la patria uno de sus hijos más esclarecidos; lamentan las letras el incipe de sus cultivadores en nuestro suelo; clama el colegio de San Cárlos r una de sus columnas fundamentales; derraman lágrimas á raudales la ngre, la amistad y el respeto; y la diosa de la elocuencia reclinando su caeza desmadejada se envuelve en luto y llanto eterno; en pos de ella vie-

nen abrazadas la horfandad, la viudez y la mendicidad, clamando en acento descompasado por su más firme y más constante apoyo; y por entre este clamor universal levanta sus ayes lastimeros la inconsolable hija de Sion, al ver apagada para siempre aquella misma antorcha que tantas veces la ilustró con el fulgor de su palabra y de su ejemplo. ¿Quién será parte á medir todo el tamaño de su pérdida? ¿Quién será capaz de hacer justicia al mérito de tanto y tan grave varon, reduciendo al estrecho círculo de una sencilla nota necrológica el espacio de una larga vida exclusivamente consagrada al cultivo de la ciencia y de la virtud? Crece la dificultad del necrologista para con los jóvenes de la nueva generacion, cuya mayor parte acaso no conoce á nuestro personage más que por la voz de la fama, así por la circunstancia de haber escaseado sobre manera los ejemplares de sus principales producciones, cuanto porque la edad y achaques consiguientes, si bien no le habian sustraido del todo de la escena pública, no le dejaban empero agitarse sino en una esfera forzosamente más reducida y ménos visible. En tal estrecho, yo no seguiré un órden rigurosamente cronológico, ni tampoco entraré de lleno en el asunto: me ceñiré tan solo á formar una especie de índice de aquellos rasgos, que, á mi ver caracterizaban á este hijo predilecto de América, como escritor, como eclesiástico, como patriota, y sobre todo, como hombre: para que cotejado mi retrato con su original por los coetáneos y los mayores, á ley de testigos oculares puedan informar á los postreros hasta qué punto se acercan ó se apartan mis pinceladas de aquella verdad simple, desnuda é ingénua, ídolo eterno del Néstor literario de Cuba.

Solo para darle á conocer debidamente como escritor, seria necesario hacer el análisis circunstanciado de sus varias obras, porque el panegirista de Colon, amados compatriotas, poseyó en grado eminente, á manera de Tulio, su modelo, todas las diversas clases de estilo con sus matices y gracias peculiares, desde el dulce abandono de la correspondencia epistolar hasta los sublimes arrebatos de la oracion fúnebre.

Yo no sé si despues de Bossuet ha resonado por las bóvedas del templo santo una voz más elocuente que la del orador sagrado de la Habana, cuando se trasladaron al seno de nuestra patria las reliquias del gran descubridor. Yo no he visto jamás una composicion que fuese más conforme al espíritu de la elocuencia del púlpito. Jamás oí hombre más empapado en el rocío fertilizador de las sagradas letras, no hay frase ni pasage donde no resalte el gusto acendrado, el alma tierna y sublime, la maestría consumada del orador. El mismo Obispo de Meaux no se hubiera desdeñado pronunciar el sermon sobre aquellos huesos venerables. ¿Qué rasgo fué nunca más elocuente (y al llegar aquí siento en el alma que la sangre del orador tambien circule por mis venas porque ella desautoriza mis palabras) ¿qué rasgo fué nunca más vehemente ni más sublime que aquel apóstrofe inmortal al gran almirante de las Indias «sumido en el sueño augusto

de la muerte» para que se levantara á reclamar sus derechos violados, sus méritos desatendidos y sus trabajos premiados en ajena cabeza?» Este sermon, *que como más arriba se dice*, el mismo Obispo de Meaux no se hubiera desdeñado de pronunciarlo sobre aquellos huesos venerables, aseguró para siempre en las manos de Caballero la palma de la elocuencia sagrada, no solo en el término de nuestra Isla, sino por todos los ámbitos de la monarquía Castellana.

Pero si bien es generalmente conocido, á los unos de hecho y á los otros por fama como el Bossuet de nuestra patria, no lo es todavía en tanto grado como uno de los primeros, sino el primero entre los oradores profanos. Uno solo pudo dividir con él los laureles recogidos en el campo. Bastaria citar entre otros trabajos memorables el *elogio del Excmo. Casas*, que aunque leido á la Sociedad Patriótica desde el año de 1801, no vió la luz pública hasta el de 1820 en las páginas del *Observador Habanero*, y esto á influjo de uno de sus recomendables editores, celoso depositario de todas las joyas que adornan nuestra corona cívica. Pero todavía no bastarian estas piezas, ni otras, que ellas solas le hubieran puesto al frente de nuestros oradores, como son la admirable oracion fúnebre del *Obispo Candamo*, el sermon de*San Ambrosio* y *San Francisco de Sales*, &ª para formar idea exacta de su flexibilidad como escritor. Es necesario leer su correspondencia familiar y científica, sus opúsculos didácticos, sus consultas, sus disertaciones, sus artículos críticos de periódico, y hasta sus traducciones, para que podamos conocer la voz del maestro, que toma siempre el tono que cuadra al género de la composicion. Una de sus obras donde más reluce este linaje de maestría es el elogio puramente académico que por sus labios consagró la Sociedad á su malogrado amigo *D. Nicolás Calvo*. Aquí se veria como el mismo espléndido orador que encumbró las proezas patrióticas del padre de las educandas y padre de la Sociedad; al referir los merecimientos de su maestro, de su amigo, del mejor de sus paisanos, sabe contener todo el fuego de su alma, dentro de los límites que le están prescritos, y sin apelar á movimientos extraordinarios, en aquella su inimitable sencillez alcanza un nuevo género de triunfo, por sobre las mismas cadenas con que trató de aprisionar su libre y ardiente fantasía. El elogio de D. Nicolás Calvo tiene un no sé qué de simplicidad griega que nos encanta y nos obliga á releerle, apénas lo habemos terminado. Yo me atrevo á pronosticar á cuantos llegaren á saborear las producciones de Caballero, que les entrará el vivo deseo de conservar, como nos acontece respecto de Jovellanos, hasta los más fugaces rasgos de su pluma. Tal era la singular precision, la gracia especial y el aticismo castellano que adornaba cuanto salia de sus manos, y aquel laconismo peculiar, todo suyo en saberlo hermanar con la perspicuidad. En estos mismos escritos admirariamos su profunda y varia erudicion, no ya solo en materias teológicas (se hubiera hecho oir en la tribuna del mismo Tridentino) sino en toda especie de asuntos, y muy

principalmente en la historia sagrada y profana, para cuyo estudio le franqueaba las puertas su exquisito conocimiento en las lenguas antiguas y modernas.

Era insaciable la sed de nuestro erudito por adquirir toda especie de conocimientos y en esto era como deben ser todos los sabios, un verdadero avaro que cuanto más poseia, tanto más deseaba atesorar. No se crea empero que yo trate de hacer el panegírico de aquella manía de erudicion, que cifra su mérito en amontonar indistintamente así el salvado como el grano: no pertenecia á esta clase la que adornaba á nuestro Caballero: él sabia mejor que nadie que la verdadera ciencia no tanto se cifra en cantidad como en la calidad de las cosas. La natural exactitud de su entendimiento era la espuela que le aguijaba á perseguir, digámoslo así, un punto ó una cuestion, en todos tiempos y circunstancias, y aprovechando todas las coyunturas, mientras le parecía vislumbrar nubes que empañaran todavía el brillo de la verdad. Su grande respeto por ella y la natural austeridad de su razon le inspiraban aquella circunspeccion característica que descuella en todas sus consultas y censuras. En ellas se echará de ver no solamente su familiaridad con todas las doctrinas teológicas y las disposiciones canónicas, sino hasta con las civiles y económicas que pudieran tener el más lejano roce con el asunto. Todo ello debido á su constante práctica de beber en todas las fuentes posibles, así en las muertas como en las vivas. ¡Cuántas veces descendía hasta consultar á sus mismos discípulos, sobre la inteligencia de algunos pasajes de los clásicos del Lacio, cuyo idioma divino constituia todas sus delicias, y de cuyas páginas de oro no alzaba sus manos NI NOCHE NI DIA! Entónces llegué á conocer que la modestia es compañera tan inseparable de la verdadera ciencia, cuanto que en ella tiene el primero y más eficaz de los estímulos. Pero dejemos hablar al mismo Caballero en un lenguaje no méns digno del teólogo que del filósofo cristiano: citacion que hago con tanto más placer cuanto se contrae á una de aquellas efusiones epistolares en que se rebosa el corazon: hállase al terminar la primera carta de una correspondencia teológica que llevó con un amigo israelita, á quien tuvo la suerte de convertir, digo mal, á quien logró atraer al gremio de la Iglesia, no ménos con la fuerza de la lógica que con la dulzura irresistible de su caridad evangélica y el suave olor de sus costumbres. «Suscribo utraque pollice, así dice, á lo que Vd. me escribe sobre la sabiduría fantástica de algunos sugetos: este vicio es tan chocante que por lo regular lleva el castigo en esta vida, como sucedió al abate con José II. El verdadero sabio es aquel que funda su sabiduría en el santo temor de Dios, sabe humillarse, porque conoce es mucho más lo que ignora, y que lo que sabe lo ha recibido de Dios: esta es la diferencia entre ciencia de la carne y ciencia de los santos: la primera fantástica, orgullosa y que infla, segun escribe el apóstol, la segunda verdadera, humilde y que abate á presencia de Dios y de

los hombres: tal es, amigo mio, la que yo busco, la que debemos solicitar los cristianos, la que nos enseñó Jesucristo y la que yo pediré para Vd. en mis tibias oraciones. ¿Pediré bien? ¿Quiere Vd. pida para su alma lo que pido para la mia? Sí: la caridad me lo ordena: pero yo no sé si Vd. se halla con las disposiciones necesarias: yo no sé si nuestros dos entendimientos están bañados de una misma luz, si ellos profesan unas mismas verdades; yo quisiera; ah! y con cuánta vehemeucia lo deseo! quisiera que mi amigo D.* D.* derramara su corazon en mis manos, me manifestase los íntimos sentimientos de su alma: y yo entónces ó me felicitaria de nuestra hermandad, ó trabajaría por acercar á mí al mejor de mis amigos, á quien amo.» Y yo qnisiera para honra nuestra y provecho de todos más que para loor suyo, que se publicaran sus obras inéditas, y se reimprimieran las ya publicadas (1). Este seria su mejor elogio como escritor, y el más útil para la juventud; así porque en los escritos de este ilustre habanero, cuya historia es la historia de nuestra ilustracion, llevaria preciosas lecciones de moralidad y de filosofía, cuanto porque tomaria las del buen gusto y castiza frase española: de cuyas dotes anda en suma necesidad. (2)

Este celo, esta pasion decidida por la lengua magestuosa de Castilla, fué el mismo hasta sus últimos momentos, y el que le inflamaba más ha de cuarenta años para encarecer en el seno de la Sociedad Patriótica por médio de sus elocuentes discursos el establecimiento de una cátedra especial para la enseñanza de nuestro idioma pátrio: ese mismo fervor le hacia escogitar medios y facilitar arbitrios; y ese mismo fervor hacia usurpar al Presidente de la seccion las atribuciones del secretario, extendiendo por sí mismo la representacion que al intento se elevó hasta los pies del trono. Digan los que conocieron la eficacia proverbial de Caballero, si caería sobre mi la nota de hiperbólico, aplicándole lo que de Julio César cantó Lucano: «nihil actum reputams, si quid supersset agendum.» Buen testigo de ello tambien seria su no ménos eficaz empeño en la reforma del estudio de la lengua latina, cuya pasion, cuyo culto por ella, solo podria ser comparable á su idolatria por la de Castilla. Ahí están tambien sus reiteradas comunicaciones á la Sociedad, excitándola á la reforma general de los estudios, atacando el mal en su raiz, pidiendo que la reforma comenzase por la Universidad, y valiéndose de todos los recursos de la dialécti-

(1) • Cuando acabe de formar el catálogo de ellas lo daré á luz, en la firme persuacion de que me lo agradecerán los amantes de nuestras cosas.

(2) Entre sus numerosos manuscritos puede presentarse como muestra de puro y fluido español su traduccion del latin de la *Historia de América* por *Sepúlveda* y la interesante correspondencia de éste con el famoso *Melchor Cano*. De paso advertiré que no se le escapaba ni el último escondrijo en la historia del Nuevo Mundo, y en la de su pais, yo no he conocido quien sepa más ni mejor.

Por encargo de la Real Sociedad Patriótica, tradujo del francés las lecciones preliminares del curso de estudios que compuso el abate de Condillac.

ca y la elocuencia, encendidas por el patriotismo más ardiente, para combatir las preocupaciones, y para combatirlas con éxito (que es lo más dificil) conciliando los extremos más encontrados. Esta ley tiránica de la brevedad no me deja extractar unos rasgos de los que en vano me esforzaria yo á daros idea. Caballero fué entre nosotros el que descargó los primeros golpes al coloso del escolasticismo, que despues acabó de derrocar y pulverizar en la misma arena el *Hércules* de sus discípulos (1) con su robusta maza. Caballero fué el primero que hizo resonar en nuestras aulas las doctrinas de los Locke y los Condillac, de los Verulamios y los Newtones: Caballero fué el primero que habló á sus alumnos sobre experimentos y física experimental: Caballero fué el primero entre los escogidos para fundar el Cuerpo patriótico: la fama de sus luces y de sus virtudes eminentes, salvó los muros del Seminario y llegó á oidos del ilustre fundador (2) (¡nombre grato á los habaneros!) que fué muy luego su primer apreciador y su mejor amigo. El fué de los primeros en presidir nuestra seccion de educacion, conocida entonces bajo el nombre de Seccion de Artes y Ciencias: él fué de los primeros secretarios de la naciente sociedad: él fué de sus primeros censores, y á él tambien estuvo reservada la incomparable dicha para un alma patriótica, de ser el primero en derramar la luz en nuestro suelo por medio de la prensa periódica: él fué siempre uno de los operarios más activos en aquel campo fértil, pero espinoso: nada se escapaba á su penetracion, todo cedia á su constancia: contada era la junta en que no hiciese alguna comunicacion importante, siempre llevando la voz en cuanto hay de grande y conducente al bien de la patria y de la humanidad, y siempre sujetando los ánimos al imperio irresistible de la palabra. ¿Ni cómo, habiendo yo proferido la voz *humanidad*, podria olvidar aquel asilo, *cuyos muros* altos y respetables están rato ha escuchando nuestros *clamores* sobre el túmulo de aquel varon venerable que hizo de la *Beneficencia* el objeto favorito de sus fervientes deprecaciones, y que la fortuna no le otorgó serlo de su ferviente caridad? ¡Hablad vosotros mismos, muros santos y respetables! y que ese cuadro destinado á trasmitir á la más remota posteridad la memoria de vuestro fundador á la cabeza de sus sócios, en ademan de conducir á vuestras desvalidas moradoras, sea de hoy más un monumento irrefragable de la filantropia y la modestia del digno hombre que la sugirió. En una palabra, Caballero siempre el primero en el santuario de las letras y el primero en el santuario del patriotismo: preeminencia tanto más recomendable á los ojos de la justicia cuanto era negocio más árduo, y por lo mismo más decoroso, *eminere inter illustres viros*: como decia él mismo de su Nicolás Calvo, aplicándole este verso del trágico Séneca. Alumbraba á la sazon en la tierra de Cuba una constelacion de las más luminosas, tal vez la más lúcida que ha brilla-

(1) Varela.
(2) El Excmo. Sr. D. Luis de las Casas.

llado sobre nuestro horizonte literario, y de la cual alguna estrella á despecho de su larga carrera aún está léjos de su ocaso. Mirad y ved ahora si tuve razon para deciros, queridos compatricios, «Que la historia de nuestro Caballero es la historia de nuestra ilustracion.» ¡Qué perspectiva tan interesante, qué lejania tan envidiable se ofrece á la vista de su elogiador! Cuántos recuerdos dulces para la pátria! Cuántas lecciones útiles para la edad presente! Pero tambien ¡cuántas memorias que arrancarán lágrimas! Porque ¿quién podrá separar el nombre de Caballero de los de Las Casas y de Espada, honda é indivisamente esculpidos en el corazon de los habaneros? Espada, (¿quién podrá contener el llanto?) Espada apreciador constante del mérito, trató de realzar más y más á nuestro Caballero, no ocurriendo negocio delicado en todo lo relativo á la salud de su grey en que no aprovechase las luces de este ornato de sus presbíteros; habia demasiada afinidad entre estos dos varones para que no simpatizasen sus almas apenas se acercaron. Siempre fué menester que los conocedores del verdadero mérito sacasen á luz á nuestro singular Caballero: tal era aquella su modestia congénita. Tambien fué buscado para la Sociedad: tambien fué buscado para el periódico. Lástima es, compatriotas mios, no escribir la historia de su vida: ella le haria sobrado honor y seria igualmente más instructiva para nosotros, porque yo al cabo no hago más que ofrecer los resultados sin entrar en las causas que los produjeron, para no hacerme interminable. Mas yo no podria sin grave injusticia silenciar sus virtudes como sinodal del obispado, y como examinador en general; porque ellas nos pintarán muy enérgicamente su carácter. No consistía por cierto el rigorismo de Caballero en perturbar al examinado bisoño con cuestiones superiores á sus alcances; pero tampoco queria con una mal entendida condescendencia cooperar al desquiciamiento de los estudios, y á la postre al perjuicio del mismo interesado. Y para graduar bajo qué aspecto miraba él el gravísimo encargo de sinodal, oigamos sus propias palabras elogiando al obispo Milasa: «Todavía era más prolijo (acaba de hablar de los ordenados en general) el escrutinio en la colacion de beneficios: y con razon es asunto muy árduo, de muy grave responsabilidad, dar pastor á una grey: el obispo que instituye canónicamente un pastor ignorante, ó de malas costumbres, se hace reo de los pecados procedentes de aquella institucion»: reato muy temible y que procuró evitar con inflexible rectitud el Samuel de nuestros dias.

Pero nada ofrecerá más de manifiesto la delicada conciencia de Caballero, en el desempeño de todos sus ministerios eclesiásticos, como aquellas palabras del mismo elogio, en que pone como en cuestion «si un eclesiástico dotado de las cualidades de un obispo, debe ó no aceptar el episcopado.» Sin embargo, este su rigor, que no era más que la justicia bajo otra denominacion, no podia por lo mismo degenerar en aquellos nimios escrúpulos que suelen ridiculizar á sugetos del primer mérito en su respetable profe-

sion. Aquella justicia innata en el pecho de Caballero, no ménos que la superioridad de su razon, le hacian siempre atinar con el mejor partido y ajustarse más que ninguno en sus consejos á los términos de la cuestion y de la ley. Así podian descansar en él con entera confianza todos los que buscaban el asilo de sus consultas. En ellas resplandecerá á toda hora el vigilante centinela del dogma y de las costumbres, poniendo siempre á raya con la misma voz siempre levantada á la supersticion que al fanatismo: arrancando la máscara á la traidora hipocresía: el hombre que nunca ni á nadie teme declarar la verdad, que no guarda contemplaciones en la causa de Dios y de los hombres. Este concurso de raras circunstancias le constituyeron de derecho en una especie de oráculo universal sobre materias teológicas y literarias.

Pero yo me abstengo adrede de ofrecer los innumerables datos que tengo á mi disposicion para presentarle como nuestro más bello ornamento en todas las ciencias sagradas. Rato ha que me llama la parte más importante de mi asunto, cual es considerar á Caballero como hombre. Aquí es quizá la veta aún más rica y valiosa que por el rumbo que hemos andado. Pero es ya tambien más forzoso recorrerla con gran celeridad. Todo lo diré con afirmar que Caballero era la imágen viva del *filósofo práctico;* pero *filósofo cristiano.* Infinitos son los teóricos que hemos conocido y conocemos que aspiraron al timbre de filósofos. ¿Pero dónde está el desprendimiento que manifestaron? ¿dónde aquel desprendimiento de riquezas, desprendimiento de honores, desprendimiento de distinciones que caracterizaba á Caballero? abnegacion tanto más portentosa, cuanto nos ofreció muestras irrefragables de ella, no ya en los lances ordinarios de esta vida sino en aquellas ocasiones extraordinariamente, tentadoras y resbaladizas para la miserable humanidad. Lo vais á ver. Cruza los mares la fama del panegirista de Colon, llega á oidos del vástago representativo del Almirante, el Sr. Duque de Veragua, quien penetrado de gratitud quiere recompensar el mérito: escribe á Caballero rogándole pida la colocacion que le acomode en el órden de su carrera: Caballero resiste; pero no resiste haciendo alarde de desprendimiento, sino pretextando su delicada salud, porque en realidad él no quiere más empleo que su cátedra, ni más casa que su colegio. Todavia al cabo de 14 años (plaza en que quizá los sinsabores y desengaños del mundo pueden inspirar al hombre un deseo de mejorar de fortuna para hacerse más independiente:) todavia al cabo de 14 años, vuelve á instarle el duque de Veragua, y vuelve á obtener la misma respuesta de este nuevo Caton. Pocos son los árboles que dan tales frutos aun en terrenos más privilegiados que el nuestro. Por mi parte confieso francamente que Caballero resistiendo las instancias del representante de Colon me parece más grande que Caballero haciendo el apoteósis de su ilustre predecesor. ¡Qué más! en la rigurosa escala de su carrera; ¿fué por ventura diversa su conducta? dos veces queda vacante la direc-

cion de ese mismo colegio; donde casi puede decirse que nació; digo, dos veces, despues de estar cargado de años y merecimientos, y dos veces resiste á los ruegos é instancias de sus amigos y concolegas. Estos rasgos son harto elocuentes para que necesiten comentario. ¿No pude él con más razon que aquel celebérrimo estóico, él que era esencialmente filósofo cristiano ¿no pudo él exclamar con mejor motivo: «todo lo mio lo llevo conmigo»?

Solo su ingenuidad podia sacar ventaja á su desprendimiento: muy á menudo la ejercia con el sacrificio del amor propio. ¡Cuántas veces no oí de sus labios!» yo he dicho ántes tal cosa de tal manera: pues sabed que la he visto ú oido mejor expresada en otra parte». Era tal el sentimiento de justicia y de franqueza plantado en el fondo de su corazon, que si su mayor amigo, su allegado, su hermano, obraban de algun modo contra los dictámenes de la razon, ni era el primero en cohonestar, ni el último en desaprobar; y por el contrario tal era su culto por la verdad, tal aquella imparcialidad, que todo lo estudiaba y á todos oia, que si en el mismo Lutero encontraba una especie digna de aplaudirse, en el mismo Lutero la encomiaba. Un hombre de esta naturaleza jamás encubria sus sentimientos, ni se avergonzaba tampoco de quedarse único en su sentir, cuando su opinion no era ya la opinion de moda. Varon que no rendia más homenaje que el de la verdad, tampoco reclamaba otro tributo que el de la franqueza. Tan enemigo como capaz de mandar mandaba á despecho suyo con el imperio de su opinion; y tanto más idóneo para el caso, cuanto penetrado de la importancia de la disciplina, no transijia con su más leve relajacion: estos son los hombres á cuyo influjo duran y florecen las instituciones: ni alhagaba á los superiores, ni tiranizaba á los subalternos, y era á un tiempo espada y escudo cuando se trataba de sostener los fueros del colegio y de los colegiales. Su presencia, sus luces, su carácter, su rectitud, dejaban impreso el respeto por donde quiera que pasaba. La amenidad y buen humor que sabia sembrar en el trato humano, dejarán siempre un vacío imposible de llenar en la memoria de los que se habituaron al sabor de tan dulce comercio. ¿Pero será por acaso tan viva esta memoria como la *memoria del corazon?* ¡Cuántos pechos de huérfanos, de viudas, de menesterosos todavía extremecidos con la infausta nueva, no volverán á conmoverse hondamente al reproducir estos recuerdos! ¿Y su familia?..... ¡ah! no..... Caballero, es verdad se encerró dentro de los muros de un seminario para hacerse independiente del mundo; mas nunca para esquivar egoistamente sus espinas y desazones. Por el contrario jamás hubo hombre más animado de la caridad, y de una caridad mejor ordenada. En los negocios de familia *el padre Agustin* era el primero en ocupar el campo: discurria, aconsejaba, se agitaba, ponia en accion todos los resortes de su genio, de su talento, de sus relaciones; se convertia en abogado y en agente. ¿Y con los pobres? Que vengan todos á escucharme los que no lo son, para que aprendan á remediar que otros lo sean. Una vez que daba todo

lo suyo (y lo dió en términos que nada le quedó), se constituia en el mendicante de los necesitados: para ello desplegaba todos sus recursos, se hacia valer todas sus relaciones: argüía, instaba, suplicaba, rogaba y hasta hacia molesto aquel mismo hombre que era todo discrecion y mesura. Su curiosidad misma le convertia en eficaz instrumento para socorro de los pobres: ella le hacia atisbar y aprovechar todas las coyunturas de hacer bien: ella le hacia averigüar y acudir á la mayor necesidad: ni era posible que se ocultase á sus pesquisas, por quién, cómo y por dónde se repartian y alcanzaban las limosnas; y aquellos rasgos de su vida en que al parecer no veíamos más que una mera curiosidad, eran en realidad un velo que encubria la primera de las virtudes sociales y cristianas. Pero mientras el acento dolorido de familias enteras desoladas derrama mejor que mi triste pluma el mérito de su bienhechores y de su padre, permítaseme emplear todavía algunos instantes en presentarle bajo otra luz.

Firme siempre en todos los lances de la vida; firme y sereno, á fuer de justo, cuando vibraba sobre su cabeza el rayo de la persecucion, como cuando quiso tiznarle el hálito de la calumnia, impelido por el soplo de la envidia: firme y sereno en medio de los horrores de una epidemia, para él doblemente horrorosa, por haberle arrancado en dos dias á las dos prendas más caras á su sangre y á su cariño, uno solo de estos golpes que hubiera bastado para derribar á los más fuertes, no es capaz de doblar á este débil anciano de 70 años. ¿Y en qué circunstancias? Cuando estaba aniquilada su salud, y nada ménos que por aquella misma enfermedad que más predisponia para cebar al mónstruo; entonces, sí, señores, entónces mismo exhalaba el postrimer aliento en sus venerables manos sacerdotales..... Yo no quisiera recordar aquella cruenta noche en que se vió solo, desamparado, único á la cabecera de la persona que más amaba en este mundo, mirándola luchar con la muerte en medio de la consternacion universal. ¿Y no veíamos todos aquella frágil navecilla, trabajada por los embates de los tiempos y de los pesares, atravesar serena por medio de las olas, cuando las fuertes y corpulentas naos no osaban abandonar la orilla? Virtudes de este temple solo nacen y florecen en los terrenos bañados y fertilizados por el rocío del Evangelio. Caballero veia siempre las cosas como son en sí: ni de toda reia con Demócrito, ni de todo lloraba con Heráclito: siempre le fijaba la religion santa en el justo medio de la razon y de la humanidad. En suma, hemos visto que el temor de la muerte no podia abrigarse en aquella grande alma; pero tampoco entró en ella la jactancia á le de cumplido valiente.» «Confesemos, señores, así peroraba en el elogi de Candamo, que la virtud cristiana no consiste en conservar la vida ni e destruirla, consiste en seguir la voluntad de Dios en la vida y en la muerte: es menester vivir cuando Dios quiere; es menester morir cuando agrada»..... Desde el principio hasta el fin de su larga carrera se aniv laron todas al tenor de tan preciosos documentos. En pocos mortales

habrá visto más personificada la conformidad del hombre exterior con el interior. Si no se hubieran ofrecido ya tantas pruebas de ello en el discurso de este escrito, la historia de su última enfermedad nos suministraria los mejores garantes de su abono. Baste decir que á pesar de ir viendo por espacio de más de dos años que se desplomaba lentamente su máquina, siempre daba vado á todas sus atenciones, y siempre la misma respuesta á los fervientes ruegos de su amante familia porque se refugiase en el seno de ella, para prodigarle aquellos consuelos que solo fué concedido dispensar al sexo delicado: «En el colegio he vivido y en el colegio he de morir.» Así se verificó para nuestro dolor y su descanso, en la noche del 6 de Abril de 1835, á los 73 años de su edad. Compatriotas, amigos, vosotros todos acorristeis en muchedumbre, á despecho de las aguas que á torrentes derramaban los cielos en el duelo de la religion y de la pátria.

Llorad sobre la losa que cubre sus reliquias venerables; pero profanariais hipócritamente su memoria, si derramáseis un llanto estéril..... yo no quisiera más, porque solo anhelo por nuestro bien: yo no quisiera más, sino que el alma purísima de ese varon privilegiado, de ese *padre mio en el espíritu*, me comunicara un destello de aquel vivo fuego, á cuyo influjo se reanimaron las yertas cenizas del descubridor, no para ofreceros documentos de sabiduría y elocuencia, sí para inculcaros la más importante de cuantas lecciones pueden darse al linage humano. El que mira la vida y la muerte con los ojos que él las miró, léjos de ser un hombre tétrico ó un calculador egoista, vive más contento consigo mismo, es más útil á sus semejantes; y llenando mejor su fin sobre la tierra, marcha por el camino más directo hácia el cielo: ved aquí conciliados los intereses de Dios con los del hombre: ved aquí la obra exclusiva del evangelio: y ved aquí la vida del hombre que nos acaba de arrancar la muerte.

JOSE DE LA LUZ Y CABALLERO.

ESTETICA ALEMANA.

EL LAOCONTE DE LESSING
ó
LOS LIMITES DE LA PINTURA Y LA POESIA.

En 1766 se publicó en Berlin un libro que hizo una revolucion completa en la crítica alemana, y contribuyó en gran manera á preparar el terreno en que con tanta lozanía y exhuberancia brotó la nueva poesia nacional: ese libro incomparable es el *Laoconte* de Gotthold E. Lessing, uno de los génios más grandes que haya producido la Alemania.

El gran historiador inglés Macaulay decia que la lectura del *Laoconte* formaba época en su historia mental, y que habia aprendido más de él que de otro libro alguno (1); y ya ántes Herder, Schiller, y sobre todo Gœthe, habian expresado el efecto inmenso que produjo en ellos ese libro, y cuanto le debian por más de un concepto. Como dice con mucha razon Lewes en su *Vida de Gœthe*, el *Laoconte* «abrió un sendero en medio de la con»fusion, arrojando luz en muchos de los problemas más oscuros que ator»mentan al artista.»

El objeto del *Laoconte* está perfectamente explicado por el subtítulo que dió Lessing á su obra, á saber: *De los límites de la Poesia y la Pintura.*—Winckelmann en sus *Pensamientos sobre la imitacion de las obras griegas*, etc., (2) habia establecido una comparacion entre el famoso grupo de escultura antigua que representa á Laoconte y á sus hijos enlazados entre los pliegues de la serpiente, y la descripcion que de ese suceso hace Virgilio en la *Eneida*, concediendo al escultor la palma del triunfo sobre

(1) G. H. Lewes, *The Life of Gœthe.*

(2) *Gedanken über die Nachamung der griechischen Werke &.*

ɔeta. Lessing trató de probar, valiéndose del mismo ejemplo, que el sta y el escritor habian debido buscar bellezas diferentes, con motivo a diferencia de los géneros, y de aquí el orígen del *Laoconte* ó *De los tes de la Poesía y de la Pintura*, de que vamos á dar una idea á los ɔres de la REVISTA.

La antítesis de Simónides que consideraba la Pintura como una poesía la, y la Poesía como una pintura muda, á la vez que contiene mucho rerdadero, nos hace desentender de lo que encierra de falso y vago. antiguos no olvidaban que, á pesar de la analogía completa de la imsion producida por la Poesía y la Pintura, ambas artes eran muy disas, tanto en los asuntos de que se ocupaban, como en el modo de traos. De esta supuesta conformidad de la Poesía y la Pintura han sacado chos críticos las deducciones más violentas, que Lessing se propuso batir en su *Laoconte*, y lo llevó á efecto de una manera tan completa, fijó la crítica en tan importante punto.

Lo que distingue la Poesía y Escultura de los antiguos, dice Winckelın, es una noble sencillez, una tranquila grandeza, tanto en la actitud ıo en la expresion. En los antiguos, la belleza era la primera ley de las s plásticas, y cualquiera otra consideracion se subordinaba á esta ley. es que suavizaban todo lo que pudiera perjudicar á la representacion a belleza: la cólera la convertian en severidad, la desesperacion en teza. El poeta podia describir á Júpiter irritado lanzando el rayo; pero ı el artista solo era Júpiter el severo. Cuando no podian llevar á cabo minoracion, cuando, de hacerlo, el sentimiento expresado hubiera recido tan empequeñecido como impropio, hacian lo que Timántes al ar el *Sacrificio de Ifigenia*. Despues de haber dado al rostro de los cirstantes el grado de tristeza apropiado á la situacion y al papel que a uno representaba en aquel acto, hizo que el padre se cubriera el ros- Muchas y muy ingeniosas razones se han expuesto para explicar esta erminacion del artista. Plinio dice que Timántes se habia agotado de modo pintando la tristeza de las fisonomías, que dudó si acertaria á á la del padre una aún más triste. Valerio Máximo dice que el artista ıifestó de ese modo que el dolor de un padre en semejantes circunstanno es posible expresarlo por medio del arte. La razon no es esa, puesque cuanto más profundo es el grado del afecto, tanto más marcados los rasgos de la fisonomía que lo expresan, y por lo tanto, más fácil es el artista reproducirlos. Pero Timántes conocia los límites señalados te, y sabia que el dolor que experimentaba Agamenon como padre, podia manifestarse por medio de las contorsiones de la fisonomía que rivarian de toda belleza. De consiguiente, la accion de velar el rostro padre no es más que un sacrificio hecho por el artista en aras de la za que, como se ha dicho, era la primera ley de las artes plásticas en ıtigüedad.

El artista debe observar siempre una gran mesura en la expresion que da á sus personajes. Como solo puede representar un instante dado, y como su obra no se hace para mirarla una sola vez, sino para contemplarla repetidas veces, el instante que se escoje no debe ser el del paroxismo de la pasion; porque el artista no debe expresarlo todo y es preciso que deje algo á la imaginacion. Entre los antiguos Timonaco gozaba de la fama de haber escogido para sus cuadros argumentos llenos de pasiones extensas y vigorosas; y su *Medea* y su *Ayax furioso* eran célebres. Sin embargo, no los presentó en el último grado de la pasion, sino que eligió aquel momento de transicion en que no presiente la explosion del sentimiento en todo su desarrollo. Así es que no pintó á Medea en el instante en que realmente asesina á sus hijos, sino en el que precedió al acto cruel, cuando el amor maternal luchaba violentamente con los celos. Y no representó á Ayax en el momento en que furioso ejercia su obra de venganza y devastacion en el ganado, que tomaba por hombres, sino que el artista nos lo pinta cuando, despues de consumados esos hechos, y vuelto á la razon, ya rendido y fatigado, toma la resolucion de suicidarse. Y este es verdaderamente el furioso Ayax, no porque en el momento en que lo contemplamos lo sea, sino porque vemos que lo ha sido; porque comprendemos la magnitud de su furor en la vergüenza desesperada què él mismo experimenta. Juzgamos de la tempestad que ha agitado su alma, al ver las ruinas y cadáveres de que ha cubierto el campo.

El axioma de que una buena poesía descriptiva debe producir un buen cuadro, y de que el poeta no ha descrito bien sino á condicion de que el artista puede seguirle rasgo tras rasgo, tiene grandes restricciones que debemos admitir, áun ántes de verlas confirmadas por los ejemplos. Basta que para ello tomemos en consideracion la vasta esfera de la poesía, el campo ilimitado de nuestra imaginacion, la inmaterialidad de sus imágenes que pueden colocarse una al lado de otra en número y variedad infinitos, sin que la una cubra ó desfigure á la otra como sucede con el objeto mismo ó los signos materiales de este objeto en los estrechos límites del tiempo ó del espacio. La poesía tiene su dominio más vasto que la pintura; tiene bellezas que esta última no puede alcanzar, y á veces tiene razon en preferir á las bellezas pintorescas las que no lo son. Estando abierto al poeta el inmensurable imperio de la perfeccion, la representacion de la belleza física solo es uno de los medios más insignificantes de que puede disponer para interesarnos en favor de sus creaciones.

El poeta puede personificar las abstracciones, que quedan bien caracterizadas con el nombre y acciones que les presta. El artista carece de estos medios: para personificar sus abstracciones tiene que darles emblemas que las hagan reconocibles. Una figura de mujer con un freno en la mano, otra apoyada en una columna, son en el arte séres alegóricos. Pero la Moderacion, la Firmeza, no son séres alegóricos en el poeta: son simplemente

bstracciones personificadas. Los emblemas de que el artista rodea á esta specie de séres, son invenciones de la necesidad, porque sin ellos el arte o podria indicarnos lo que tal ó cual figura significa. Los medios, pues, ue el arte ha descubierto para acercarse á la poesía, no debe considerar- s el poeta como perfecciones dignas de envidia. Lo importante para éste , que los séres que crea tengan vida propia, y que nos lo haga conocer or medio de sus acciones.

Homero tiene dos clases de séres y de acciones en sus poemas: visibles invisibles. La pintura no puede expresar esta diferencia: en ella todo es isible, y visible de un solo modo. Por ejemplo, cuando los dioses dividi- os en sus pareceres acerca del destino final de los troyanos combaten en- re sí, este combate permanece invisible en la poesía, y esta misma invisi- ilidad permite á la imaginacion dar rienda libre á sus facultades, nsanchar la esfera donde pasa la escena, y prestar á las personas y hechos le los dioses la grandeza que quiera, elevándolos de un modo incomensu- able sobre la humanidad. Pero la pintura, al hacer visible la escena, tie- ne que darle á sus personajes proporciones en armonia con la idea que nos formamos de esos séres superiores, que nos parecen grandiosos en los versos del poeta, pero que al querer trasladarlos al lienzo se convertirán en mónstruos.

La magnitud, la velocidad, la fuerza, todos los dones, en fin, que Homero concede á sus dioses en un grado aún más eminente, más maravilloso que los que concede á sus héroes más favorecidos, todas esas cualidades se reducen forzosamente en un cuadro á la proporcion humana. Júpiter y Agamenon, Apolo y Aquiles, Ayax y Marte, se convierten en manos del pintor en séres de una misma especie, reconocidos tan sólo por iertos atributos de convencion.

Los cuadros más hermosos del poeta no son á menudo propios para er reproducidos convenientemente por el pintor ó el escultor. Innumera- les son los ejemplos que pudieran presentarse, pero basta con uno para uestro propósito. Sea el cuadro de la peste en la *Iliada*. ¿Qué vemos en l lienzo del pintor? Cadáveres, hogueras, los moribundos ocupándose de os muertos, y al dios irritado sobre una roca lanzando sus flechas. Pero l poeta es aquí inmensamente superior al artista. Hé aquí como se expre- a: «Irritado, con arco y carcax desciende Apolo de las cumbres del Olim- po; á cada uno de sus pasos resuenan las flechas en los hombros del colérico dios: se adelanta semejante á la noche. Se detiene frente á las naves: prepara una flecha, el arco de plata resuena terriblemente, y dis- para el primer dardo contra los animales; lanza luego otra flecha envene- nada contra los hombres, y por todas partes se encienden hogueras inextinguibles para consumir los cadáveres.» ¡Qué rápida sucesion de cuadros nos presenta el poeta! Es imposible hacerlos pasar todos en un so- lo cuadro material y la principal ventaja del poeta es, que ántes de mos-

trarnos el último cuadro, que seria el que escogeria el pintor, nos ha presentado ya una galería de cuadros.

Un poema puede ser muy fértil para el pintor sin que por eso sea muy pintoresco en sí; y al contrario, puede no ser fértil para el pintor, y abundar en diversidad de cuadros. Milton es un gran poeta épico, aunque su *Paraiso perdido* no suministre al pintor sino muy pocos cuadros; así como los Evangelios nunca serán un poema, aunque apénas pueda citarse un pasaje que no haya ocupado una multitud de grandes artistas. Esto destruye por completo la teoría de los que sostienen que puede juzgarse de la bondad de un poema por el número de cuadros que suministre á un pintor.

Un cuadro poético no es precisamente el que pueda suministrar argumento para un cuadro material; sino que debemos dar ese nombre á todo rasgo ó conjunto de rasgos, por medio de los cuales el poeta nos hace tan sensible el objeto de que se ocupa, que éste nos es más conocido que las mismas palabras que ha empleado para pintarlo. Se llama *cuadro*, y lo calificamos de *pintoresco*, porque nos aproxima al grado de ilusion que es capaz de producir el cuadro material.

La pintura emplea para sus imitaciones medios completamente diversos de los que usa la poesía: aquella se sirve de formas y colores encerrados en el espacio, mientras la segunda emplea sonidos articulados que se suceden en el tiempo. Como los signos deben tener una relacion material con el objeto significado, tendremos que: signos colocados unos al lado de los otros solo pueden expresar objetos cuyas partes existen unas al lado de las otras; así como signos que se suceden unos á los otros solo pueden representar objetos que se suceden, ó cuyas partes se suceden unas á otras.

Objetos que existen unos junto á otros, ó cuyas partes existen unas junto á otras, se llaman *cuerpos*. Por lo tanto, los cuerpos, con sus cualidades visibles, son los asuntos propios para la pintura.

Objetos que se suceden, ó cuyas partes se suceden unas á otras, se llaman generalmente *acciones*. Por lo tanto, las acciones son el asunto principal de la poesía.

Los cuerpos, sin embargo, no existen solo en el espacio, sino tambien en el tiempo. Tienen una cierta duracion, y en cada instante de esta duracion pueden cambiar de aspecto y presentarse relacionados de otro modo. Cada uno de estos diversos aspectos y relaciones instatáneos, es el efecto de un aspecto y relacion anteriores, y puede ser el orígen de aspectos y relaciones posteriores, llegando por lo tanto á ser el centro ó nudo de una accion La pintura, como que únicamente puede representar un solo instante de esa accion, debe por consiguiente escoger el más fecundo, el que mejor haga comprender el instante que le precede y el que le sigue.

Las acciones no pueden tampoco subsistir por sí mismas, sino que tienen que adherirse á ciertos séres: y en tanto que estos séres son cuerpos, ó

› les considera como tales, la poesía representa tambien cuerpos, pero solo or vía de inducciones sacadas de las acciones. Por lo tanto, la poesía, por .edio de imitaciones sucesivas, no puede representar sino una sola de las ıalidades de los cuerpos, y debe en consecuencia escoger aquella que pre- ınte la imágen más sensible del cuerpo y le haga producir el efecto que ɜsea. De aquí proviene la regla de la unidad en los epítetos, y la de la ırcimonia en la descripcion de los objetos corporales.

Se hará la objecion de que componiéndose el lenguaje de signos arbi- arios, puede representar lo mismo los cuerpos que las acciones. Como emplo brillante de esto se cita la célebre descripcion que hace Homero el escudo de Aquíles. A esta objeccion responde Lessing, diciendo: que l lenguaje puede pretender la representacion de los cuerpos, aunque sin xito alguno, porque lo más que puede hacer es representar las partes de- ılladas de cada objeto sin dar, como el arte plástico, una idea del conjun- ɔ al primer golpe de vista.

El poeta no debe contentarse con que se le comprenda, ni basta que sus mágenes sean claras y precisas: con esto se contenta el prosista. El poeta ɔor el contrario, debe hacer tan vivas las ideas que en nosotros despierta, ıue se nos figure que experimentamos las impresiones sensibles de los ob- etos mismos, y que en ese momento de ilusion olvidemos los medios de ıue se sirve para llegar á ese resultado.

Ahora bien; para adquirir la nocion de una cosa en el espacio, nos ·épresentamos primeramente las partes separadas, luego las relaciones de ɜstas partes entre sí, y finalmente el todo. Nuestros sentidos llevan á cabo ɜstas diversas operaciones con tal rapidez, que nos parece que sólo forman ına. Pero lo que la vista percibe de un golpe, nos lo presenta el poeta parte por parte, y muchas veces acontece que cuando llegamos al último rasgo, ya hemos olvidado el primero. Y sin embargo, de la reunion de to- dos estos rasgos debemos componer un todo armónico: los detalles sometí- dos al exámen de la vista permanecen constantemente ante ella, y ésta puede contemplarlos cuántas veces quiera. Con el oido sucede todo lo ɔontrario: los detalles se pierden si no permanecen en la memoria. Y áun ıuponiendo que permanecieran, ¿cuántos esfuerzos nos costaría renovar ıs impresiones recibidas y abrazarlas de un golpe de vista á fin de llegar una vaga nocion del conjunto? El lenguaje, en general, puede pintar un ɔnjunto material por medio de sus diversas partes; pero como instrumen- › de la poesía no puede hacerlo, porque esas descripciones por medio de alabras destruyen la ilusion, que es el carácter principal de la poesía; y ɜta ilusion desaparece, porque el carácter de coexistencia de los cuerpos ɜ encuentra en oposicion con el carácter consecutivo del lenguaje; y ıiéntras el primero desaparece en el segundo, aunque la constitucion del onjunto nos aparece en sus partes, la reunion definitiva de estas partes ıara reconstruir el todo se hace muy difícil y acaso imposible.

Cuando sólo nos dirigimos á la razon, y no á la imaginacion; cuando sólo queremos dar una nocion precisa y tan completa como sea posible las descripciones de los objetos corporales, excluidas de la verdadera poesía, encuentran entonces un lugar apropiado, y tanto el escritor en prosa como el poeta didáctico, (pues cuando es didáctico deja de ser realmente poeta) pueden emplear estas descripciones. Fuera de este caso, la pintura detallada de objetos materiales siempre ha sido considerada por los críticos de gusto delicado, como una obra fria de la inteligencia que demanda muy poco génio. Cuando el aprendiz de poeta no sabe qué hacer, dice Horacio, empieza á describir un boscage, un arroyo que serpentea por un florido prado, un impetuoso torrente, un arco iris, etc.

Queda, pues, establecido, que el tiempo es el dominio de la poesía; el espacio el de la pintura.

Referir ó enumerar sucesivamente, con el fin de representar una imágen del conjunto, muchos detalles ó rasgos que en la naturaleza se ven reunidos al primer golpe de vista, y que en la narracion del poeta deben dar la idea de un todo, es penetrar en los dominios de la pintura prodigando inútilmente mucha imaginacion.

El escudo de Aquíles, en la *Iliada*, es célebre en los fastos de la poesía, y á él debió Homero que se le considerara como un maestro consumado en la pintura. Se dirá, sin embargo, que un escudo es un objeto material y que la descripcion de sus partes componentes, puestas unas junto otras, esto es, referidas sucesivamente, no es del dominio de la poesía. Pues á pesar de todo, Homero lo ha descrito en cien versos pomposos, con tantos detalles, con tanta precision, que ha sido fácil á más de un artista moderno hacer un dibujo conforme en un todo con esta descripcion. Pero Homero no ha pintado el escudo como concluido y perfecto, sino el escudo que están haciendo. Se ha valido del feliz artificio de convertir lo sucesivo en la relacion, lo que era coexistente en el asunto mismo; y de este modo, en vez de la fastidiosa y detallada pintura de las partes de un cuerpo, tenemos el cuadro vivo de una accion. No es el escudo lo que vemos, sino el artista divino ocupado en fabricarlo. Vemos á Vulcano adelantarse al yunque con sus instrumentos de trabajo, y despues de haber adelgazado las diferentes placas de metal que deben servir para su obra, vemos brotar del bronce á los golpes de su brillante martillo, una tras otra, las figuras con que quiere adornarlo, y no lo perdemos de vista hasta que todo está concluido.

No puede decirse lo propio del escudo de Eneas en la *Eneida*, pues aunque Virgilio hace tomar á Vulcano las mismas disposiciones que Homero, en éste no sólo vemos los preparativos del trabajo, sino el trabajo mismo; mientras que el poeta romano despues de habernos mostrado vagamente al dios ocupado en sus cíclopes, hace caer de repente la cortina y nos trasporta á otra escena, al valle en que Vénus va á buscar á Eneas

con las armas que han sido fabricadas durante ese intervalo de tiempo. Las cuelga de una encina, y despues que el héroe las ha contemplado á su sabor, las ha tanteado y probado, empieza la larga descripcion de lo que se halla representado en el escudo, y que con el eterno «aquí se encuentra» y «allí está», y «cerca se vé», y «más allá hay», se vuelve tan fria y fastidiosa que es necesario todo el adorno poético que Virgilio podia darle, para que no se haga insoportable. El escudo de Eneas es un verdadero paréntesis en la *Eneida*, destinado al único y exclusivo fin de halagar la vanidad de los romanos; por el contrario, el escudo de Aquiles es un producto legítimo, una parte integrante de la obra. Esta es la produccion de un poeta; aquel, el de un cortesano. En el escudo de Aquiles todo es accion; en el de Eneas todo es descripcion.

La belleza corporal es el resultado de la armonía de las diversas partes vistas de un solo golpe: exige que estas partes coexistan en el espacio, y como los objetos cuyas partes coexisten en el espacio son del dominio particular de la pintura, como queda dicho, resulta que ésta y solo ésta, puede imitar la belleza corporal. El poeta, que no puede mostrarnos los elementos de la belleza sino uno tras otro, debe abstenerse completamente de la pintura de la belleza corporal considerada como tal belleza. Debe comprender que sus elementos constitutivos, sucesivamente enumerados, jamás podrán producir el mismo efecto que cuando coexisten á nuestra vista; que despues de hecha la enumeracion en vano trataremos de arrojar una mirada restropectiva para percibirlos á la vez, y que nunca resultará un todo armónico: en fin, comprenderá que está fuera del alcance de nuestra imaginacion figurarnos el efecto que una boca, una nariz, unos ojos harian reunidos, á ménos que no tengamos el recuerdo de semejante reunion ya en la naturaleza ó en las obras de arte. Y en ésto es Homero un gran modelo. El dice; Nereo era hermoso; Aquiles aún más hermoso; Elena tenia una belleza divina: pero nunca se deja arrastrar á hacer una descripcion detallada de esta belleza. Y sin embargo, todo su poema está fundado en la hermosura de Elena.

Ariosto en su *Orlando furioso* hace en cinco octavas del canto VII el retrato de Alcina, la hechicera, retrato que Dolce en su *Diálogo de la Pintura* elogia extraordinariamente diciendo que: «si los pintores quieren encontrar sin esfuerzo el modelo perfecto de una mujer hermosa, deben leer las octavas en que Ariosto, con arte admirable, describe los encantos de la hada Alcina. *Verán que los buenos poetas son tambien buenos pintores.*» Lessing, por el contrario, al ocuparse de esa descripcion saca por consecuencia que lo que la Pintura puede expresar perfectamente por medio de líneas y colores, se expresa muy mal por medio de palabras.

La belleza que Homero no podia describir en sus elementos constitutivos, nos la hace ver y concebir por el efecto que produce. Si el poeta puede pintar de una manera viva y animada el placer, la atraccion, el

amor, el enagenamiento que hace nacer la belleza, habrá conseguido pintar la belleza misma.

Otro de los medios de que puede valerse para representar la belleza corporal es el encanto, la gracia. La gracia es la belleza en movimiento, y por esta razon es más favorable al poeta que al pintor. Este solo puede hacer que se adivine el movimiento, pero en realidad sus figuras son inmovibles. En el retrato de Alcina lo que más encanta es la gracia. La impresion que producen sus ojos no proviene de que sean negros y estén llenos de fuego, sino de que son:

Pietosi a riguardar, a mover parchi.

La boca nos agrada, no porque sus labios están cubiertos de un cinabrio natural, sino porque

«Quindi escon le cortesi parolette
Da render mollé ogni cor rozzo e scabro
Quivi si forma quel soave riso
Ch'apre a sua posta in terra il paradiso.» (1)

Semejantes pinturas encerradas en un par de octavas hubieran producido más efecto que las cinco que emplea Ariosto, y en las cuales las ha esparcido, mezclándolas con rasgos frios de belleza plástica demasiado sabios para conmovernos.

Lessing se ocupa en su *Laoconte* de otros muchos puntos relativos á la poesía y á las artes plásticas, pero en el presente escrito nos hemos contraido especialmente á extractar aquella parte que establece las diferencias esenciales entre la Poesía y la Pintura para dar una ligera idea de su obra que no creemos se haya traducido al español, y que, como dijimos al principio, tanto ha contribuido á la creacion de la verdadera crítica literaria.

FRANCISCO SELLEN.

(1) Ariosto, *Orlando furioso*, canto VII.

CUBA PRIMITIVA.

Orígen, lenguas, tradiciones, é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas.

PRIMERA PARTE.

ESTUDIOS PRELIMINARES Y COMPARATIVOS.

CAPITULO VIII.

Se insiste sobre los caractéres físicos de los caribes.—Huellas de una lengua muy extensa en la América Meridional.—Caribe tamanaca.—Idiomas de Guayam.—Otros estudios.

Los caractéres físicos de las variedades caribes, si se exceptua el uso del pelo largo que tambien llevaban los *siguayos*, convenian perfectamente con los *tainos* que habitaban las antillas mayores: ellos mismos cuando encontraban españoles gritaban anunciándose *taino! taino!* como si dijeran no somos *extranjeros*, no nos confundais con los flecheros de la caribe, somos *buenos*. Me parece que para los cubanos y antillanos *caribe* significaba extranjero primero que todo. Era preciso buscar el orígen cubano en donde se encuentren palabras que expresen objetos naturales no debidos á las conquistas; y el mapa levando por Codazi ofrece esos nombres de lugares, montes, rios y tríbus ó iguales ó análogos á los que se ven en las Antillas y desde el Paria hasta las riberas del Orinoco, y aún más adelante: que los caribes de las islas menores tuvieron diversas costumbres no las haria más diferentes de sus antepasados, que al italiano del imperio el romano de la República. Acaso fueron *flecheros* y piratas por los pocos recursos de sus pequeños territorios.

Casi la totalidad de las tríbus indias que cubren el Brasil desde las afluentes septentrionales del Amazonas hasta Pará (Paraguay) ha siglos pertenecen á los *Tupis*, *guarantes* en la parte meridional; y *caribes* en la del Norte: aunque hay cien tríbus más de lenguas distintas estos no han influido en la lengua introducida de Europa, el portugués; pero no ha sucedido así con la de los *taporeyas*, ántes numerosos, y en posesion de la zona septentrional, que fueron vencidos por los *tupis* y estos por los portugueses. La lengua del Brasil contiene mezcladas con la portuguesa hoy muchas palabras indígenas y la *tupi* se habla aun por un millon de indios (1).

Aun en cuanto á la ferocidad y antropofagía de los caribes flecheros creia Colon que se les atribuia porque el estar armados y su carácter guerrero inspiraba temor á sus convecinos: «pero yo formo el mismo concepto de ellos que de los demás.» (2) De la misma opinion son varios y eso mismo creen los redactores de la Revista Española y Portuguesa (3).

Las lenguas hermanas, los dialectos son más numerosos en las Indias Occidentales que en ninguna otra parte del mundo en el curioso cuadro que ofrece el encadenamiento geográfico de las lenguas americanas y las asiáticas tomadas de los datos de Vateux, Humboldt y Smith Barton: se nota en su extructura un íntimo parentesco. ¿Pero de dónde proceden las palabras haitianas y de las Antillas mayores aparte de los sistemas y basándose en hechos sino históricos, geográficos, naturales? Mi opinion es que proceden de las variedades caribes del continente en que hoy se encuentran palabras iguales ó análogas, ú objetos semejantes, aunque no es otro el orígen étnico de las Antillas menores. Si la palabra *Antilla* no fuera tan arbitraria como otras muchas impuestas por el capricho de los hombres pudiera decirse que las islas se alzaron al hundirse el continente cuando se formaron los *Andes*. En la lengua haitiana *illi* significa islas y sonarian etimológicamente como *las hijas de los Andes:* esto no es sino demostrar lo fácil que es abusar de etimologias aisladas que solo son aquellas aceptables por otras consideraciones.

Por eso me aventuro á creer que vinieron de los indios de la América meridional y así lo publiqué hace muchos años (véase el capítulo en que más adelante hablo de mis estudios especiales) esos nombres de árboles, frutos, rios, montañas y hasta alimentos (cazabe, arepa, etc.) que existian allí y en Cuba. El que desee recibir la misma impresion que lea la excelente obra de Codazzi (Geografía de Venezuela) y en especial los cuadros ó listas en que agrupa esos objetos. El cubano al leer la lista de plantas y otros cuadros cree que se describen los campos de su tierra, y aun los nombres que desconoce por su significacion tienen la forma de su lengua.

(1) Revue Moderne, pág. 90, tomo 35 (1865).
(2) Carta de Colon á Saxis ó Sanchez.
(3) Tomo 1. (1857) pág. 128 y 316.

Eran feroces los caribes en los combates, pero solo se reputaban los de s islas menores como antropófagos y aun no es cosa indiscutible para gunos: pero no eran los únicos séres humanos que tuvieron ese vicio ɔominable; lo mismo en Europa que en las demás partes del mundo. Los ıdios comian á sus prisioneros y de las víctimas que sacrificaban por ra- ɔnes dignas de execracion, pero que no constituyen la antropofagia habi- ıal que se atribuye á los isleños de los antillas menores como se discute ı otro lugar.

Aun respecto de los antillanos de las mayores se notaban diferencias, ɔ solo de isla á isla, sino en los territorios de cada una: eran los del Oc- .dente de Cuba como los *ciguayos* de Haití más valientes, así como los de ɔoriquen. El R. P. Touron de la Orden de P. P., dice (1) al hablar de los ıdios de Cuba, que tenian poco más ó ménos el mismo carácter que los e Haití; que podian confundirse en el mismo orígen, pero que eran más :ancos, más capaces; parecian tener algun conocimiento de la inmortali- ad y de las penas y recompensas de la otra vida. Cita en referencia el .esembarco de Colon en 1492 y la conversacion que un cacique ancia- .o tuvo con el Almirante, en que reconociendo el terror que su venida ıabia inspirado, le recordaba la justicia divina y concluyó: «si tú crees ue has de servir á Dios y que Dios premia y castiga conforme á las obras ue en bien ó en mal hayas hecho, te guardarás bien de dañar á los que ıo te han ofendido.»

Los escritores contemporáneos no están de completo acuerdo respecto le la identidad de estos pueblos y su lengua y acaso el error comun de uponer analogías entre la lengua maya y la cubana se funda en un error le los que cometió Pedro Mártir de Angleria que han notado sus críticos.

Colon en su Diario (2) y lo corrobora el Obispo Las Casas que lo copió, ree que «eran *todos unos* y así mismo la lengua y eso lo expresa termi- ante en la carta que escribió á Rafael Laxis ó Sanchez que original se alla en Milan: «en todas estas islas no vide mucha diversidad de fechu- ıs de la gente ni en las costumbres ni en *la lengua*, salvo que todos se ıtienden que es cosa muy singular.» (3) Y sin embargo dice el mismo olon en su *Diario* que encontró en la Española unos indios que por sus ɔñas son los *ciguayos* que llamaban al oro *tuob* y no *caona* como en las tras partes de la isla. En San Salvador y en otros *nosay*..... y que hay ıucho *tuob* en *Guanina* (isla.) Esto indica que expresaban algunos obje- ɔs con distintos nombres y en lo demás se entendian.

El cura Bernaldez, el amigo de Colon, dice: «En todas aquellas partes .o hay diversidad de costumbres ni en la hechura de las gentes, ni en las

(1) Pág. 115, 636, 537, 640 y 641.
(2) Navarrete Colecc. de viages t. 1.
(3) Biblioteca Rara vol. XVI dettrar. ant. de colombo, pág. 81.

lenguas..... todos parecia se entendian y eran de una lengua» (1). Lo que atribuye al trato y comunicacion.

Oviedo dice: «La primera lengua que el Almirante D. Cristóbal Colon topó fué la de las islas Lucayas, y la segunda la de la Isla de Cuba y la tercera la de esta isla de Haití, de las cuales ninguna se entiende con la otra.» (2) La asercion de Oviedo que era contemporánea tambien á los sucesos destruiria por completo los asertos anteriores si él mismo no se contradijese en su propio libro. «La gente de la isla, dice en otra parte, de Cuba ó Fernandina es semejante á la de la isla Española, aunque en la lengua difiere *en algunos vocablos, puesto que se entienden los unos con los otros* (3). Si se entendian en la lengua salvo algunos vocablos es cierto lo dicho por el Almirante y además conviene Oviedo en que eran iguales en ritos y en creencias excepto en cuanto al matrimonio: en este la novia se entregaba á los convidados de su clase primero que al marido y terminada la ceremonia, exclamaba: *manicato! manicato!* como quien dice esforzada! esforzada! y que valia para mucho. Lo mismo asegura que se practicaba en Jamaica.

La vastísima extension que ocupaban las naciones que hablaban dialectos caribes es notable: se cree que los *araguas* ó *araguacas*, *aruac* ó *arouques*, que de todos esos nombres se ha usado habitaban al principio las Antillas, aun las que ocupan los caribes flecheros ó antropófagos. No obstante, lo dicho á favor de mi creencia sobre el orígen de los antillanos no quiero ocultar las opiniones contrarias aunque no tengan para mí fundamento. Cree Jehan, luego citaré su obra, al hablar de las Antillas mayores, que las hay de la familia *Maya Quiché:* dialecto de la misma lengua maya: y es lo singular que toma de Humboldt la larga lista de palabras de Haití adoptadas por el mundo europeo hoy para prueba, con lo que no hay una sola palabra yucateca; y de este idioma hay numerosos diccionarios y aun buenas gramáticas relativamente. Tan fácil es copiar errores sin reserva ni obstáculo.

Antes de los trabajos de Humboldt que han concluido por dar la preferencia en condiciones físicas á la hermosa variedad caribe y la extension de su dominacion, escritores españoles habian recogido los datos, muchas palabras indígenas que acreditan su huella en casi toda la América, esto aparte de la prioridad de los imperecederos trabajos de Hervas que siempre será el primero, entre los primeros filólogos.

Si examinamos las obras de Gumilla, el Orinoco ilustrado, encontrarémos en los bosques de Apure un jefe de la nacion Guanera; que la nacion

---

(1) Crónica de los Reyes Católicos &.

(2) Hist. gral. y nat. de Indias lib. VI. cap. LXIII pág. 235 y lib. XVII cap. VIII pág. 499.

(3) Pág. 27, 98 á 266, tomo 2º

saliba usa de las palabras *hamaca, chicha, chinchorro;* que las naciones del Orinoco emplean las palabras *bejua* y *macana;* que se llama *perameu* el lacre de las colmenas; hay *seibas*, así llamadas en las costas de Santa Marta; que en el Orinoco tiene el mismo nombre y se llaman *canoas* y *piraguas* las almadías que formaban los indios. Tambien se encuentran las voces *mangle, cabuya, Tutúma* en Apure; que se dice *buio* á un culebron temible (y segun Torquemada se da ese nombre al diablo en las islas de Barlovento); se llama allí jejen al insecto que todos conocemos; *quayacan, niguas, caiman, jobo, tolète* (estaca de dos puas) que sus frutos son la *yuca*, la piña, *ananas*, la *papaya*, la *pita*, el anon; y se alteran poco otras palabras como *budare* por *burén, corozo* en vez de *corojo* y se escribió ántes *coroxo*. (1)

D. Antonio Julian en la «Perla de América» enumera entre las palabras indígenas del continente á *sienaga, chicha, carey* (2). Lozano en la «Historia del Paraguay» referente á los trabajos de los Jesuitas habla de las extensas comarcas en que se usaba la lengua *guaraní* que cultivaban el *maiz* y la *yuca*, base de su alimento; que llamaban *macana* á la misma arma que los isleños; que á una especie de conejo designaban por el nombre *cuí* ó *cuy* en plural *cuyes* (curieles) que es animal de las Antillas (3).

En lengua Guaraní se halla la voz *maní* aplicada al mismo objeto que en Cuba. Los salvages del Brasil llamaban *manobí* al maní segun Lery (4), y no deja de ser notable que en Filipinas se llama *maní-maní* á una sustancia alimenticia especie de *balato* ó gusano de mar. (5) Para completar esas rarezas el nombre maní expresa lo mismo que señor en lengua de Angola y si hemos de creer la «Histoire de Voyages» (6) en ella se encuentran vegetales que ahora conocemos en Cuba como *ñam* ó *ñame, malanga*, guayavas y mandioka (yuca); pero que con excepcion de *guayabar* que es antillana y *mandioca* que es del Brasil ninguna de las otras es americana.

En otros parages de Africa se registran palabras usadas en América, pero que solo se parecen en el sonido teniendo diversa significacion: *Managua* significa en Riff (7) ¿quién es? *Gua* es lo mismo que *sí; guad* es rio; y una palabra frecuente en nuestra agricultura y que tomamos de los Canarios, como he demostrado en mi «Historia del Azúcar,» la voz *zoca* es del Riff en significacion de vieja y si termina en *o*, es el viejo.

Los escritores extranjeros no han contradicho, sino que se han aprove-

(1) Pág. 27, 98 á 266 tomo 2º
(2) Pág. 92, 147 y 154.
(3) Bib. Univ. de Genéve t. 60 pág. 360.
(4) Hist. d' un Voyage, &. pág. 225.
(5) Diaz Arenas, Memoria sobre el comercio de Filipinas (1838.)
(6) Pág. 34 t. v.
(7) Un prisionero del Riff.—Apéndice.—Vocabulario.

chado de los trabajos de los españoles. Es curiosa la lista que coloca Nakhuit en el t. 3, pág. 687 á 692 de su conocida coleccion y comprende los nombres de seis naciones, pueblos y caciques que encontró Ralegh (1617) en su segundo viage á Guyana: en ella se ve el predominio de la raza *Charibe*, como él escribe el nombre, en esa grande extension de terreno. Hé aquí lo que dicen dos polígrafos de los más modernos.

1º Segun uno los caribes se llamaban así mismos *carina, calina, calinayo*. Se hablaba en las Antillas y en donde habian destruido á los *aragwacas* y *calibis:* en la actualidad se habla en Cumaná, Nueva Barcelona, las Guyanas y tríbus independientes del Orinoco, cavoni, &.

2º Los chaimos.

3º Los cumanayotos.

6º Los tamanacas.

7º Las guayanas.

8º Los araguacos.

Toda esa extension comprendia la lengua caribe Tamanaca (1).

Larouse en su gran diccionario dice que los principales dialectos caribes que aun existen son (2).

1º El araguaco.

2º El guyanes ó guyano.

3º El cumanagoto.

4º El palenca.

5º El guribe.

6º El pariacoto.

7º El tamanaca.

8º El chaimas.

Los trabajos de Schomburgk (3) sobre las lenguas y dialectos de las tríbus de la Guyana han demostrado que su orígen es caribe, pero que hay tal variedad entre ellos que esas lenguas y dialectos no tienen más semejanza entre sí que el francés é italiano en Europa. Pero las huellas de la lengua caribe de los que decian «nosotros no más somos gente.» «Los otros nuestros esclavos» se halla siempre; cuya circunstancia y el respecto que aun ahora inspiran sus restos deben á juicio de ese escritor llamar la atencion de los etnólogos (4).

Yo he querido hacer tambien una excursion por los trabajos más recientes acerca de los indios en general y de los septentrionales en particu-

(1) Dictionaire de lingüístique pág. 382.

(2) Palabra *caraibe* pág. 361. Para la ortografía he seguido á Hervas: este dice que son 50 los dialectos.

(3) Remark to acompany a comparative vocabulary of eighteen languages and dialecte of indian tribus, &. London 1848.

(4) Véase el cap. 12 y otros lugares de la 2ª parte de esta obra en que se estudian los restos de esas lenguas.

lar: nada encuentro que me indique parentesco inmediato con los caribes: suena mucho la unidad de la especie, la procedencia asiática, pero no hay muestras de la hermosa variedad, que variedad es humana, que poblaba las Antillas mayores, varonil, casi caucásica. En comprobacion pondré ligerísimos extractos de las obras que enumere, dejando para otros lugares, aun muchas autoridades que confirman mi creencia ya expuesta.

Juan Mc. Intosh publicó en Nueva York en 1843 una nueva edicion de la obra «The origin of the North American Indian.» En ella ha copiado del original de varios escritores antiguos y modernos que hacen á su propósito en sus lenguas; ha formado cuadros biográficos de guerreros de sus tribus; copia el pasage célebre de Diodoro de Sicilia que habla de la navegacion fenicia; pone íntegro el párrafo del manuscrito Vaticano firmado por Vespucio, que trae Boullet en sus memorias de la lengua céltica; extracta en español de Juan Perez su opinion de que los indios de Groenlandia y del Labrador *parecen ser los mismos;* que el dialecto de los Esquimales es de Groenlandia y tienen otras muchas semejanzas. Del Santini trae, en italiano, los párrafos en que asegura que los coriacos de Siberia, los Tombueses y Kamschadales son de una misma procedencia. Con otras autoridades análogas deduce que la poblacion de América viene del Asia. Da las mismas razones que Horn y nada nos dice de lo que buscamos que no sea repeticiones del propio tema de la unidad.

El P. Sonet «Missions de l'Oregon et voyages aux Montagnes Rocheuses aux sources de la Colombie, Ahabasco & Sascatrhawia (1845–1846) hace la misma deducion y traduce al francés lo que dice Mc Intosch en sus referencias de párrafos originales ó en la lengua de otros autores como Santini; copia los cuadros comparativos de las lenguas indias que forma de Santini, Barton y Albernethy (1) semejante á lo que se lee en el libro ántes citado (2) aunque el francés no cita el libro que explota y parece seguramente un trabajo anterior.

Arturo J. Johnes publicó en 1856 una obra de más pretensiones: «Philological Proof, of the original Unity and recent origin of the Human Race.» Redactó tablas ó cuadros en que compara las lenguas de *todo el mundo.* Es trabajo curioso y un tanto fantástico. Nada de nuevo en la ciencia porque se limita á demostrar el orígen asiático de los indios hasta con la cita del novelista Cooper, del *Ultimo mohicano.* Combate á Duponceau y á los que la siguen. Se complace en el resultado de su obra que cree demostrativa hasta la evidencia de la unidad del hombre del viejo y nuevo mundo.

El hijo del Honorable Kennedy del ya citado, mi difunto amigo, ha

(1) Pág. 375.
(2) Pág. 101.

insertado en los «Ensayos y obras sueltas» de aquel (1861) un trabajo de 1854 que he indicado antes en el que sostenia que hubo una emigracion del Africa de que proceden los caribes. Se funda en que hay palabras africanas en el idioma caribe hoy: ¿pero cuándo se han recogido? Cuando ya habia negros introducidos en Indias. Esta observacion ocurre al ver los esfuerzos de Johnes con el propio objeto aunque en otra forma.

Los trabajos de Horn; como casi todos los americanistas en los primeros siglos del descubrimiento, se fundaban en la necesidad de buscar el tránsito de los indios á América para conservar el dogma de la unidad de la especie. Muchos sábios de nuestros dias admitieron esa unidad hasta que los descubrimientos geológicos recientes dieron base á la creencia ó suposicion del hombre preodomita con el hallazgo de sus restos realmente fósiles. ¿Pero no es muy singular para honra de Horn, que Mr. Rodier haya llegado por caminos distintos á casi idénticos resultados al publicar en 1868 sus *Orígenes de la humanidad?* Pues bien. Rodier ha encontrado en América la huella de dos razas, la japética de los notos y la escita: ésta empezó á extenderse, segun él cree, el año 34,000: «los escitas, los hombres cazadores de rengíferos, penetraron en Europa Central mucho ánte del año 20,000..... han entrado por Laponia ó por Italia y España.—De esta península pasaron con certeza á la Atlántida, hoy sumergida. En antigua época pudieron pasar de allí á la América..... solo por analogía podemos remontarnos á los tiempos en que se verificó el pasaje de los hombres á América. Contentémonos con examinar las antiguas poblaciones de este continente..... La gramática escita domina todo el Norte de América, comprendiendo la region de los lagos, los valles superiores y los afluentes del Mississipí y el lado del Atlántico hasta la Florida en las diversas tribus y familias esquimales, groelandeses, atacapos, algonquinas, iroquesas. En los mismos valles del Mississipí, por ejemplo, los cheroquíes. En la América Meridional, cordillera de los Andes, el estudio de las lenguas ofrece el mismo resultado: el escitismo sobrepuesto á los otros elementos más antiguos que resisten con más vigor. El abuso de la síntesis en la composicion de las palabras, el *polisintetismo* se debilita, el uso de prefijos y de preposiciones en Chile y Araucania, son por el contrario, el carácter no exclusivo, pero dominante en esos idiomas. En el Sur, en los orígenes de los rios, está representado el escitismo por un corto número de desinencias, descendidas probablemente poco á poco de los Andes. En resúmen, todo el Norte hasta el grado 40 de latitud, con las mesetas y montañas, hasta Chile, es aproximadamente en América el lote del escitismo bajo el punto de vista gramatical, y áun puede decirse etnológico y social. Las lenguas guaraníes y sus semejantes, se extienden por casi todo el Brasil, tienen prefijos y admiten sin polisintetismo un gran número de fórmulas desinentes escitas. Yendo al Norte se entra en la region de

lenguas caribes que se escalonan hasta el mar de las Antillas, casi los mismos caractéres de las guaraníes con más tendencia al escitis- » (1)

ANTONIO BACHILLER Y MORALES.

(*Continuará.*)

RECUERDOS DE LA INFANCIA.

EN EL TEMPLO DE.....

Cuando en los años de mi infancia pura,
El alma vagabunda se cernía,
Con sus alas de nítida blancura,
En los espacios que el candor le abria;

De tu recinto el pavimento hollaba,
Y de tu altar al pié, niña inocente,
En el coro de arcángeles soñaba
A los sones del órgano imponente.

Huyó de la niñez la época amable,
Y fluctuando en las olas del destino,
Lejos bogaba mi barquilla instable.....
Y otros altares viera en mi camino.

Al penetrar de nuevo bajo el arco
Que levanta tu bóveda sagrada,
En el sendero de mi vida marco,
Rica en recuerdos tan feliz jornada.

En las desiertas naves silenciosas,
Ténue rumor produce el paso mio,
Y aspiraciones nobles y grandiosas
El pensamiento forja á su albedrío.

Alivio el corazon halla y consuelo,
Libre de peso abrumador se siente,
Y de la paz bajo el augusto velo,
Ansioso aspira y con placer tu ambiente.

Sobre tus muros que la luz innunda
De misteriosa claridad süave,
El tiempo vário los anales funda
De pasada centuria con voz grave.

Aquí vinieron á estampar sus huellas
Otras generaciones que existieron;
Solo igual á la nuestra en sus querellas
Y en las lágrimas tristes que vertieron.

Que si la humanidad nombres extraños
Y nuevas formas viste en su mudanza,
Al corazon del hombre, de los años
La variacion efímera no alcanza.

ROSA KRUGER.

(1) Revue Moderne (Paris) pág. 424 y siguientes, tomo 49. Año 1868.

LA FILOSOFIA DE VOLTAIRE

segun la crítica alemana.

III.

Así como Voltaire debe á Inglaterra lo mejor de su ciencia, le debe tambien los elementos de su filosofía; si en astronomía y en física se inspira en Newton, en metafísica y en psicología se inspira en Locke. Solo que es con respecto á Locke tan independiente y libre como se muestra respecto á Newton, ó mejor dicho la originalidad de Voltaire no estriba en descubrir doctrinas ó inventar teorías, estriba en el partido que sabe sacar de los recursos que se le ofrecen, en la prontitud, habilidad y desenfado conque llama al servicio de su causa todos los argumentos y todos los hechos, tomando lo suyo, como Molière, donde quiera que lo encuentra. Hay casos, observa sagazmente Carlyle, en que la falta de originalidad es, por lo ménos, un mérito moral (1).» Si alguna vez fué oportuno este mérito, ¿no seria precisamente en la empresa de Voltaire y cuando la filosofía que pretende fundar está enteramente consagrada á establecer la moral?

Kettner y Lange no se han engañado en este particular. Ya no piensan, con Schlegel, Novalis y el mismo Hegel, que Voltaire es no más que un escéptico, un espíritu descontento, siempre en demanda de dogmas que derrocar y creencias que destruir. Les parece que á un espíritu tan negativo no le habria sido fácil dominar todo un siglo. Reconocen en él, por el contrario, el maestro por quien han llegado á tener conciencia clara de sí

(1) T. Carlyle *Miscellaneous Essays; Estudio sobre Voltaire.*

nismos y expresion las ideas que han sucedido en Europa á la filosofía de Descartes, de Leibniz y de Spinoza; y que han determinado, con la *Crítica* de Kant, el movimiento de la filosofía contemporánea. Y no que estas deas, añaden ellos, hayan representado un simple papel de transicion, y, omo si dijéramos, colmado el interregno entre dos grandes épocas de la istoria intelectual; nó, tienen su valor en sí mismas, tienen la unidad, el ncadenamiento, la sucesion que constituyen las doctrinas; y juntamente on corresponder á un *momento*, á una data precisa, representan ciertas lisposiciones más durables del corazon y del espíritu humano. Ha habido hay filosofías en que solo la inteligencia tiene parte. La filosofía de Voltaire, que ha sido la fé del *Aufklaerung*, se funda en la accion; y la accion s conjuntamente sentimiento y voluntad.

A decir verdad, esta filosofía presenta un contraste singular; y Strauss o ha dejado de insistir en él, bien que haya renunciado demasiado pronto á indagar el motivo. En efecto, el pensamiento de Voltaire reserva esta orpresa á quien lo considera de cerca; siendo muy espiritualista en metaísica y en moral, parece ser en psicología, ó sea en todo lo que se refiere l análisis del alma y del espíritu, más vecino del partido contrario, más avorable á las explicaciones sacadas de los sentidos, del mecanismo orgánico, más breve, de la materia. Esta inconsecuencia aparece ya en Locke que, despues de haber reconocido una sola idea innata, la de Dios, se pregunta si, en lugar de dos sustancias distintas, el alma y el cuerpo, dotadas ada una de sus atributos, la omnipotencia divina no ha creado más bien na esencia única, la materia, con dos modos de ser, la extension y el pensamiento. Si exceptuamos el Dios creador y exterior al mundo, esto seria l espinozismo; así como tambien Leibniz estaria de acuerdo con Spinoza, ino fuera por las monadas. Los sucesores de Locke han extremado lo que trauss llama la *anomalia* de una doctrina en que están sobrepuestos, como por capricho, dos sistemas contrarios, el dualismo, en teología, y el nonismo, por decirlo así, en antropología. Hartley y Pristley en Inglaterra, Condillac, Destutt de Tracy y los ideólogos en Francia á medida que hondaron é hicieron más profunda la distincion entre el universo y Dios, stablecieron más entera la unidad, la identidad más perfecta entre la ensacion, que es materia, y el pensamiento, que es espíritu. Imaginemos, en uanto sea posible, al hombre, tal como lo concibe Spinoza, en la creacion, al como se lo representa Descartes; un sér, el primero de todos, sin alma listinta y sin libertad, en un mundo regido por la providencia divina. ¿No viene á ser esto como una parte absolutamente diversa del todo, como un súbdito que no tuviera nada de comun con las leyes del estado en que reside? ¿no viene á ser, para usar de nuevo la fuerte expresion de Spinoza, como *un imperio en un imperio;* pero con este matiz, que se trataria de dos imperios completamente opuestos y forzosamente enemigos uno de otro? Voltaire ha seguido la inspiracion de Locke, ha obedecido la tenden-

cia de la escuela; tal vez una ciencia todavía nueva, como el análisis del entendimiento humano, no podia fundarse entonces sino á precio de cierta violencia que la emancipaba; tal vez, además, el porvenir reservado á otros estudios, por ejemplo á la fisiología, se dejaba ya entrever desde el orígen de estas investigaciones puramente psicológicas; tal vez, en fin, esta contradiccion visible en las ideas de Locke y Voltaire era solamente una exigencia y un efecto de la crísis porque pasaban en esos momentos la filosofía y la ciencia. Augusto Comte ha observado, á propósito de Descartes que la *division famosa* entre la extension y el pensamiento, limitando á la extension y la materia el esfuerzo de los métodos positivos, dejaba madurar el tiempo en que esos mismos métodos pudieran tomar posesion del asunto por entónces vedado; el pensamiento. Mas si algun dia todo lo que el método ha separado debe unirse, si la materia y el pensamiento, aislados por las necesidades del trabajo científico, deben en última prueba y resultado confundirse, si, en fin, la creencia anunciada por Strauss en su último libro que es á la par su testamento, *La antigua y la nueva fé*, si esta creencia es verdadera, Locke y Voltaire no habrán trabajado en vano (1). Aunque expuestos á no estar siempre en armonía consigo mismos, á lo ménos, por su feliz inconsecuencia, habrán preparado el camino á la gran explicacion moderna del universo, habrán adivinado en psicología. En cuanto á su dualismo, á su fe deista, sin contar sus excelentes intenciones, ¿no podrémos además ver sus útiles y saludables efectos? Voltaire, sobre todo, ¿no debe al deismo el haber podido constituir, á parte y casi independiente, la moral? De suerte que la anomalía que maravilla tanto á David Federico Strauss habrá tenido la singular fortuna de ser provechosa á dos causas que, más tarde, tal vez formarán una sola, la causa de las ciencias naturales y la de las ciencias morales.

Hay que confesar que, en el fondo, Voltaire lo ha hecho todo en vista de la moral. Sentia vivamente, como lo sentian los antiguos, que los sistemas y las doctrinas, para imponerse y ocupar el espíritu, deben interesar la práctica, la accion, la vida en fin. Jamás lo ha comprendido de otro modo. Como Pascal, á quien ha combatido, como Juan Jacobo, con quien no fué muy respetuoso, creia Voltaire que la felicidad era el gran objeto, y que la ciencia y la alta especulacion eran uno de los mil modos de pen-

(1) En esta obra el vigoroso polemista, el crítico sutilísimo, el evolucionista hegeliano de la *Vida de Jesus* hace su última profesion de fe, que es un naturalismo científico, elevado por el sentimiento á las regiones ideales de una especie de religion. Abrazando en armónica unidad el total de las leyes en que resume el yo inteligencia la multiplicidad de los fenómenos objetivos, desenvuelve una concepcion optimista del Universo, que opone resueltamente á los pesimistas de Schopenhauer; y bosqueja una reconciliacion del idealismo y del materialismo, para oponerlos, formando un solo sistema monista, á las hipótesis bisustancialistas de las otras escuelas. Nota de la REVISTA.

sar en él. Trató siempre de verter en lenguaje usual y familiar, sin nada de tecnicismo, las ideas en cuyo buen éxito se interesaba, ménos por ellas mismas que por la influencia que habian de ejercer sobre el espíritu público. Sobre dirigirse á todos; dócil á una pasion muy francesa que en el siglo último llegó á ser un sentimiento europeo, queria además *secularizar* la ciencia, la filosofía, en una palabra, la *cultura*, que por tanto tiempo habia sido un privilegio. Soñaba, segun la bella expresion de Leibniz, con *una ciudad divina de los espíritus;* mas no porque se preocupase ántes que todo del progreso intelectual, ya lo hemos dicho; más allá de la inteligencia y gracias á ella, esperaba la emancipacion moral. Y tanto que, testigo de cierta decadencia en la literatura de su tiempo, léjos de inquietarse por ello, casi se felicitaba, considerando que á lo ménos el espíritu de aquella época tomaba en otra parte su desquite. «El génio tiene más bajo su nivel, escribia, pero las luces se han multiplicado y la nacion vale más (1).» Este fué el ideal del *Aufklaerung:* dotar de conciencia á los pueblos, á la humanidad entera; crear, por encima de los poderes establecidos, una potencia, la más alta y soberana de todas, la moral. Voltaire no se proponia otro objeto, la instruccion y la enseñanza, cuyas fuerzas habia comprendido tan bien Leibniz, no eran para él sino auxiliares de la obra por excelencia, la moral. Y si fué, tal vez, el primero entre los laicos que pensó en poner al servicio de una causa del todo humana el espíritu de propaganda y de proselitismo que hasta entonces solo la religion habia inspirado; si organizó en una especie de milicia los filósofos y los literatos; si, como Rousseau le reprocha ásperamente, (2) *regimentó* la misma filosofía, ¿no es porque la moral, que lo era todo á sus ojos, está muy próxima á ser una creencia, con sus apóstoles, sus devotos y, si es preciso, sus sectarios? De esta manera la vida de Voltaire fué una lucha, y su obra un arma. En la resistencia, las hostilidades se envenenaron más y más. Hubo abiertamente dos campos: la guerra civil estalló entre la filosofía y la religion. Strauss ha conocido ciertamente por experiencia estas crísis y estos embates del pensamiento; él mismo, en muchos momentos de su vida, ha dado la señal del ataque y del conflicto, y Voltaire es para él un precursor, un antepasado. Sin embargo, cuando juzga las doctrinas del último siglo, parece olvidar algunas de las necesidades que las hicieron lo que son. Historiador y erudito, ántes que moralista, consagrado sobre todo á la ciencia pura, Strauss casi no se explica el papel, que le parece demasiado ruidoso y activo, de los filósofos de ha cien años. Porque fueron un partido, porque estuvieron siempre en accion, el crítico aleman parece como que desconfia de su valor especulativo, pone en duda su profundidad y está alerta contra todo lo que, en ellos, se presenta como teoría. Ya se transparentaba algun des-

(1) Carta al duque de la Vallière.
(2) *Rousseau juge de Jean-Jacques;* diálogo tercero.

den en su observacion con motivo de la pretendida anomalía de que hemos tratado. Y con respecto á lo demás, á pesar de sus elogios y de sus celosos esfuerzos por penetrar y ligar entre sí las ideas que expone, es visible que no cree habérselas con un filósofo. A pesar de las burlas de Fausto contra los Wagner, le cuesta algun trabajo emanciparse de las preocupaciones del sabio con respecto á la accion, á la vida. Y de tal modo que no ha llegado á comprender la verdadera originalidad de Voltaire, simplemente porque Voltaire habia erigido la accion en teoría. En el carácter moral de la filosofía del *Aufklaerung*, en las pruebas morales sobre que se apoya, en los fines morales á que tiende, Strauss no ha visto tal vez otra cosa que insuficiencia teórica, lugares comunes, argumentos populares y fáciles. Voltaire ha dicho de sí mismo, que él era tan transparente porque no era profundo, y se ha tomado nota de su confesion. Mas ¿no pudiera ser que todo lo que tiene de claro, evidente y fácil esta filosofía no la prive ni de novedad, ni de profundidad? Ese carácter moral y práctico á que aspira ¿no pudiera ser símbolo é indicio de una teoría? ¡Oh sí, por cierto! Voltaire, como Hume y Juan Jacobo, ha preparado con su moral la gran reforma de Kant, las veces que no se ha anticipado á ella.

Muy claramente lo ha comprendido así el autor de la *Historia del materialismo*, Alberto Lange. En efecto, ¿qué significan la mayor parte de los razonamientos teológicos de Voltaire? ¿por qué se complace en repetir con tanta frecuencia las pruebas más conocidas y familiares, destinadas de muy antiguo á establecer la existencia de Dios, la providencia, el órden divino, la causa final del universo? ¿por qué se contenta con las demostraciones más simples y aún las más vulgares? ¿por qué se pica, como más tarde Reid, de no recomendar sino el sentido comun, que viene á ser una razon, aunque más humilde y más pobre que la preconizada por otros filósofos? En ciertas ocasiones Voltaire parece desafiar la opinion de los doctos, se intitula con orgullo *finalista, es decir, imbécil*, y hace caudal, sin el menor empacho, de proposiciones gastadas por el mucho uso. Y es porque, con auxilio de estas vejeces, quiere lanzar al mundo una audaz innovacion: nada ménos que el destronamiento de la antigua metafísica y el advenimiento de la moral. Enrique Heine, en su libro sobre *la Alemania*, gustaba de comparar las diferentes fases de la filosofía moderna con las diversas épocas de la historia revolucionaria. Voltaire justifica esta manera de ver; su obra filosófica tiene toda la pasion y entraña las consecuencias de una lucha política; por eso determinó una crísis. Voltaire sigue la lógica natural, no se gloría de poseer conocimientos recónditos ó elevados, es un *filósofo creyente*; y cuando filosofa, no lo hace de un modo sublime. Apénas diserta: tiene acerca de Dios las ideas de todo el mundo; encuentra demostrada la divinidad en la obra de la creacion, en el órden del mundo, en la necesidad que tiene el hombre de un Dios. En todo esto no se descubre ciertamente ninguna osadía en el pensar. Del mismo modo,

en cuanto á sus ideas sobre el mal, á más de que las cambia al rumbo de su capricho con demasiada frecuencia, ó segun la direccion de los acontecimientos cotidianos, el autor de Cándido no ha expuesto nada que pueda parecer muy original. Como más tarde Stuart Mill, para disculpar á Dios, no ha sabido sino empequeñecerlo (1); por no tener que dudar de la bondad suprema, ha preferido negar la omnipotencia divina. ¿Puede darse una filosofía más pobre, más vergonzante, *paupertura philosophia*, segun la expresion que Leibniz aplica á Locke? Pero busquemos la intencion latente; y nos saltará á los ojos que los lugares comunes de Voltaire son claro indicio de cansancio, de desden, de poca confianza en la especulacion. Una dialéctica tan endeble, empleada por tal ingenio, prueba á lo ménos que para él la teoría pura debe dejar el paso libre á la vida, al deseo de accion. Su atencion torna siempre del lado de las verdades prácticas, y se deja cautivar por cuanto hay en la vida más humano, más tolerante, más flexible que las ideas. Bajo la influencia de este encanto, todo su pensamiento se transforma; lejos de regir y dominar la vida, el espíritu debe, al contrario, reglarse por ella; la actividad se sobrepone á la misma inteligencia. Aceptado esto, no hay otras verdades sólidas y duraderas que aquellas que la vida garantiza y consagra. Este es el único criterio. Por más que se maravillen la suficiencia y la pretension, nada hay valedero, sin la sancion de la práctica. Con el pretexto de este nuevo método, tal vez se acojen argumentos manoseados, vulgaridades que parecen enemigas de una filosofía seria; pero hay que recordar que la vida tiene sus *legítimas preocupaciones*, ante las cuales deben humillarse las más altivas exigencias. Todo, todo debe sacrificarse á la accion y la moral; como son el fundamento en que todo descansa, hasta la creencia, más aún, el objeto de la creencia, Dios. Porque, si el hombre cree que existe el bien en el universo, y en mayores proporciones que el mal, si cree en una providencia, si cree, desea ó espera que despues de la muerte se abran las puertas de otra vida, si cree que hay un Dios, es á causa de que, sin esta fe, su propia vida le pareceria uu contrasentido. Necesita de Dios para vivir. Dios es, no ya el *sensorio* físico, el espacio por el cual se pone en comunicacion con el mundo, como pensaban Clarke y Newton; sino la atmósfera moral que el hombre respira. La moral exige que haya un Dios. «Si Dios no existiera, habria que inventarlo.»

Alberto Lange ha comprendido muy bien que aquí comienza la refor-

---

(1) El autor hace aquí referencia á la obra póstuma de Stuart Mill *Three Essays on Religion;* libro digno de reposada lectura y atenta meditacion, porque presenta las conclusiones de uno de los pensadores más lógicos, más profundos y más sinceros de la época; elaboracion lenta de una vida toda especulativa que solo puede llegar al *Dios probable*, segun la aguda observacion de un crítico de la Revista de Westminster. Nota de la REVISTA.

ma á la cual Kant va á dar nombre. «Segun Kant, nos dice, la existencia de Dios es el postulado necesario para el fundamento de la moralidad. Y Voltaire piensa que si Bayle, con su creencia en la posibilidad de un estado ateo, hubiera tenido que gobernar quinientos ó seiscientos campesinos solamente, les habria hecho predicar inmediatamente la doctrina de las remuneraciones celestiales. Es la misma idea.» Y esta misma es la que emite Montesquieu, desde las *Cartas persas* (1), y en ella se resume toda la obra del *Aufklaerung*. La moral, que fué la fe de aquel siglo, no podia conquistar autoridad é imperio sino el dia en que, léjos de estar sometida á la voluntad arbitraria de Dios, se impusiera ella, por el contrario, á ese mismo Dios. De esta suerte la moral se colocaba encima de la teología; era independiente. No en el sentido en que se toma hoy la palabra independiente, puesto que dejaba subsistir un Dios, y aún servia para probar su existencia; pero, por lo ménos, los papeles se habian invertido, el poder de Dios no se extendia hasta allá, puede decirse que era ella la que hacia, creaba ó hablando como Voltaire, inventaba á Dios. Los *Ensayos* de Hume y la *Confesion del Vicario Saboyano* de Juan Jacobo, inspirados en el mismo espíritu, han trasmitido á Kant el pensamiento de Voltaire. De ello da fe uno de los más resueltos y sagaces discípulos de Kant, Alberto Lange (2).

IV.

La moral no es, ni podria ser una religion. La Alemania lo ha experimentado cuando Kant trató vanamente de reducir sus creencias al *imperativo categórico* del deber. Apénas aparece la «Crítica de la Razon Pura,» se levantan Hamann, Herder y Jacobi para afirmar los derechos desconocidos y el privilegio violado de la conciencia religiosa. Ellos no pueden admitir esa religion dentro de los límites de la razon y de la moralidad. ¿Qué iba á ser de las aspiraciones profundas, de los sentimientos misteriosos, raiz, segun ellos, de la creencia? A la *crítica* de Kant, al *ideal* de la razon pura, respondieron con la filosofía de la fe, dando la señal de la reaccion contra las doctrinas del *Aufklaerung*. Con ellos comenzó á empaparse el pensamiento aleman de ese espíritu de retroceso hácia las épocas primitivas, hácia las edades de sumision y de fe, que, poco á poco, creó el romanticismo de los Schlegel y los Schelling. Porque los románticos de ultra-Rin no soñaban por cierto con la libertad y la independencia, como

---

(1) Hé aquí las palabras de Montesquieu: «Aunque no existiera un Dios, siempre deberíamos amar la justicia; es decir, procurar con empeño asemejarnos á ese sér de quien nos formamos tan bello concepto, y que *si existiera, habria de ser necesariamente justo.*»

(2) Lange ha sido casi el fundador del *neo-kantismo*.

us hermanos de Francia ó Inglaterra; querian que la Edad Media les fue-
a devuelta, y con ella la humildad de la inteligencia, la docilidad del co-
azon, creencias consentidas, y la servidumbre dulce y voluntaria, por la
ual se aprisiona el alma en sus dogmas, para guardar, fuerte y puro, el
entimiento religioso que es su vida. Júzguese ahora si Alemania estaba
ntonces bien dispuesta para comprender á Voltaire, y sobre todo lo que,
n su obra, lleva más á las claras el sello del celo reformista, de la pasion
onquistadora; es decir, sus ideas sobre la religion, la historia y las cos-
umbres. Strauss que, habiendo comenzado por el romanticismo y por
Iegel, ha concluido por hacer profesion de libre pensador y naturalista,
s seguramente el crítico que mejor se puede consultar acerca de esto.
Ninguno ha tenido una experiencia más completa de las opiniones, no solo
liversas, sino opuestas, que se han sucedido sobre esta parte de la filosofía
olteriana, ni ha conocido tan bien el pro y el contra. Singulares analogías
n los accidentes de su vida literaria y en su posicion respectiva lo habian
levado además á reflexionar amenudo sobre los trabajos y la vida de un
ombre, de quien podia decirse que le tocaba de cerca. Hay siempre un
ondo personal en todo lo que Strauss ha escrito sobre Voltaire, ¿tal objeto
le meditacion no era una vuelta sobre sí mismo, casi un exámen de con-
iencia?

En materias de religion Voltaire y Strauss apénas pueden diferir, am-
os reconocen solo la autoridad de la razon, ambos son además exegéticos
críticos; el uno, desde sus primeros años, escribia en la *Epístola á Ura-
ia: Yo no soy cristiano;* el otro, desde el umbral de la muerte, á esta pre-
unta *¿somos aún cristianos?* respondia en su último libro: No. Y sin em-
argo, bien que de acuerdo en el fondo, yo creo que hay entre ellos toda
distancia que separa al deista del siglo diez y ocho y al psicólogo, eru-
ito ó historiador de nuestros dias. Si empleo todos estos nombres para
esignar á Strauss es porque la religion para ser comprendida, ya que no
eptada, exige hoy por hoy estos estudios, estas investigaciones y estos
últiples métodos. En el siglo pasado el racionalismo era una fe que se
ponia á otra fe, altar contra altar, iglesia contra iglesia; y Montesquieu
a podido decir que Voltaire, como sus adversarios, no escribia sino para
convento. Segun Voltaire el deismo era la religion natural, la creencia
e la razon y del corazon; lo demás, es decir, las religiones reveladas, en
uanto se apartan de la fe instintiva y espontánea, error y tinieblas. Hijos
el *entusiasmo* que, para Voltaire y sus contemporáneos (8), todavía era,
iteralmente, una locura, una alucinacion sagrada, sostenidos despues y
ropagados con ayuda de la prudencia y de la política humana, los dog-
nas y los cultos no han hecho más que alterar el ideal divino inscrito en
a conciencia, y desencadenar sobre el mundo el torbellino de las guerras

(8) El entusiasmo, decia Voltaire, comienza el edificio, y la prudencia lo acaba.

de religion. No es extraño por tanto que toda la crítica volteriana haya consistido, por una parte, en maldecir todos los excesos, desastres y crímenes de la intolerancia religiosa, y, por otra, en poner de relieve las supuestas extravagancias que inspira la fe sincera, ó los fraudes piadosos y el maquiavelismo devoto que inventan la hipocresía y la impostura. En toda la historia religiosa, Voltaire no ha visto quizas sino maniacos ó taimados; los unos representados para él en la figura de Jorge José, el primer cuákero; mientras el prototipo de los otros (á lo ménos así quiso hacerlo entender al papa) era á sus ojos Mahoma. Aplicadas al exámen de la religion cristiana, ideas como estas no dejan subsistir nada ni del Antiguo, ni del Nuevo Testamento, y no guardan miramientos ni á Moises, ni á los Evangelios, ni mucho ménos á la Iglesia, á quien únicamente, segun Strauss, se referia la famosa consigna: *Aplastemos la Infame*. La persona misma de Jesus, tan frecuentemente atacada por la polémica multiforme de Voltaire, si obtenia algunas consideraciones, lo debia solo á la ilusion que permitia ver, en los sermones del lago y la montaña, los principales rasgos del ideal deista. Jesus ha parecido algunas veces á Voltaire una especie de *Sócrates rústico* (1); y esta analogía le ha valido no poca tolerancia. Strauss tiene tambien un ideal religioso que no es el ideal cristiano. Y, sin embargo, aunque se abstiene de juzgar con demasiada severidad á Voltaire, está claramente por otra exégesis, por una crítica distinta. Si no ha dicho que para ciertos procedimientos de discusion, para ciertas maniobras y cierta táctica, *Voltaire bastaba* (como lo ha hecho el escritor un tanto desdeñoso que le ha sucedido), es porque no ignoraba hasta qué punto depende el pensamiento del instante en que se produce. Pero Strauss ha sentido profundamente que raices tiene la fe en el ser humano; él mismo ha creido con la fantasía y con el corazon (2), ha tenido hasta la *locura de la cruz*, hasta la alucinacion de los visionarios; y si hay que llamar sueños ó quimeras á estos sentimientos, ¿no habria que decir con Calderon que estos sueños son la vida? El siglo diez y ocho no estimaba en mucho todo aquello que, en la naturaleza humana, escapa á la plena luz de la razon; despreciaba, como poderos ocultos, los instintos y fuerzas á que no llegaba la conciencia; en una palabra, para él no existia lo inconsciente. Strauss, con el siglo presente, ha experimentado por el contrario que estos agentes misteriosos y oscuros trabajan dentro de nosotros en la formacion de los pensamientos, sentimientos y creencias que acaban abiertamente por llegar á ser nosotros mismos. Y nada puede la voluntad, y el arte no sabria intervenir en este trabajo oculto, que es como el cimiento sobre el cual se eleva nuestra vida; todo es aquí obra de la naturaleza, en

(1) Tambien Rousseau ha comparado á Jesus con Sócrates.

(2) Léanse los primeros escritos de Strauss, y sobre todo *La Visionaria de Prevorst*.

ste proceso todo es sinceridad. Ahora bien, la fe es una de sus obras. Y sto es decir que en ella no entra ni premeditacion, ni cálculo. Tampoco irve ya de nada pretender con Voltaire que la fe, sincera acaso en sus omienzos, se hace pronto propiedad de los políticos y los prudentes. trauss sabe que el mismo instinto que obra en el hombre mueve tambien los pueblos, á traves de los siglos, y que nada subsiste sin él. La religion n sus fórmulas y culto, es necesariamente imperfecta y limitada; pero la ecesidad á que responde es eternamente la misma. De donde resulta que l estudio crítico de una religion debe siempre respetar el sentimiento insintivo sobre que descansa la fe, y sin el cual, pensando bien en ello, su nismo estudio será imposible. Por esto el único método posible en exégeis y crítica religiosa es la simpatía. En vez de sonreir desdeñosamente ó le irritarse en presencia de creencias que han dejado de satisfacer el espíitu, debe el historiador que las contempla hacer un esfuerzo de imaginaion y sentimiento para creer él mismo. Strauss ha dudado y negado tanto omo Voltaire, más aún que Voltaire; pero donde éste no veia sino extraagancias, cuentos fantásticos ó mentiras, ha visto él leyendas, mitos y reencias; donde Voltaire no descubria sino faltas de lesa razon y delitos ontra las costumbres de un siglo culto, él ha descubierto los efectos del nstinto, de la pasion y del sueño. Hé aquí por qué el uno ha combatido a religion y el otro la ha analizado; el uno la ha hecho objeto de sátira y l otro materia de ciencia. Strauss que ha heredado en Alemania la tarea le Reimarus y Lessing, comprende que hubo un tiempo de ataque; pero u pensamiento ha ido más lejos; y bien lo recuerda, cuando trata de apreiar en lo justo á Voltaire.

Strauss se siente más libre y desembarazado en cuanto concierne á las deas de Voltaire sobre la historia. Y no porque en ellas se desentienda Voltaire de su lucha contra la religion y la Iglesia; todo lo contrario, es o más frecuente que parezca reducir la vida pasada de la humanidad, á na especie de duelo entre laicos y clérigos, como si la querella entre la Enciclopedia y la Sorbona hubiera sido el asunto capital de todos los iempos. Sin duda que en esto, como cuando se trata de las creencias, el mor á la moral es el que triunfa en él; por apego á la tolerancia, Voltaire ubiera sacrificado la fe; en su entusiasmo por la paz, la libertad y la razon, se expone á desconocer algunas de las leyes y de las necesidades de a historia. Pero Strauss, así como Hettner, Hamann, Grimm y otros, no ha podido ménos que reconocer lo que debe el progreso de los estudios históricos á obras como *El Siglo de Luis XIV*, y el *Ensayo sobre las costumbres y el espíritu de los pueblos*. En tales libros la historia se convierte en una filosofía; y, desde este punto de vista, Strauss no titubea en comparar á Voltaire con Bossuet, Herder y Hegel. Y no se impone solo la tarea de hacer resaltar lo que hay de nuevo en el método: el mayor lugar que se da á la vida de los pueblos, á su comercio, industria, artes y creencias; el

sentido de los cambios por los cuales los siglos suceden á los siglos, las edades á las edades; la atencion que se dispensa á mil pormenores desdeñados por las antiguas crónicas: Strauss quiere, sobre todo, marcar con exactitud la idea original que se formaba Voltaire del movimiento impulsor de la humanidad. Por esto lo opone á Bossuet que en todo acontecimiento ve la accion de Dios, un episodio del drama representado por la Providencia; á Herder, para quien el solo Dios es la naturaleza, pero á cuyos ojos esta naturaleza es la directriz, y prosigue, con ayuda de sus fuerzas propias, el cumplimiento de un plan eterno; á Hegel que, en lugar de Dios y la naturaleza, pone la idea, el espíritu que sigue, á traves de los tiempos, las etapas sin fin del *llegar á ser* (WERDEN). Voltaire, á su modo de ver, no introduce nada semejante en la historia, no ve en ella ningun órden preestablecido, ningun designio preconcebido. Cree y confiesa que el espíritu es en efecto el principal agente; pero este espíritu obra sin regla, sin plan, como entregado á sí mismo; al acaso y al capricho. Es decir, añade Strauss, tomando una expresion de Shakespeare, que la historia del mundo, para Voltaire, es una *pura extravagancia*. Extravagancia, esto mismo decia de la religion. Y sin embargo, no es muy fácil saber como el mundo adelanta poco á poco, á despecho de mil accidentes. El mismo Strauss cita, con motivo del suplicio de Juana de Arco, esta frase de Voltaire: «Comparen los ciudadanos de una gran ciudad, donde las artes, los placeres y la paz reinan hoy, donde la razon comienza á asegurar su imperio, comparen estos y aquellos tiempos, y que se levanten, si se atreven á tanto.» Sí, todo va entregado á la ventura, y sin embargo, la civilizacion avanza. Strauss se atiene á estas reflexiones, sin esforzarse por penetrar sus adentros. No ha pensado siquiera en Vico, en la célebre doctrina de los *corsi* y *recorsi*, que ofreceria quizas alguna analogía con la espiral indefinida del *Ensayo sobre las costumbres*. No se ha preguntado tampoco si las opiniones de Voltaire sobre la historia no provienen de que le preocupa demasiado exclusivamente la moral, el progreso de las costumbres. Y desde luego ni la historia, ni la naturaleza son una escuela de moral. La razon es clara: lo que compone la historia, Voltaire lo comprendia muy bien, son fuerzas anónimas, pueblos, turbas, razas, actores todos casi tan irresponsables como las fuerzas mecánicas. La moral, por el contrario, es cosa que toca á la voluntad, á la personalidad; comienza con cada esfuerzo individual y no se trasmite. No es ni una herencia, ni una tradicion. Tomás Buckle (1) ha dicho, con justicia, que tiene la fijeza de los algoritmos lógicos; y hay que añadir que estando, como está, presente en cada conciencia humana que la respeta y obedece, no es una teoría, sino una prác-

(1) Buckle, como los ideólogos ingleses, no reconoce en la historia sino un agente único de progreso: la inteligencia, la ciencia. Spencer reconoce además el sentimiento.

:a, obra de la persona y de su propia energía, que con ella termina. hora bien, si Voltaire, preocupado con la moral, ha ido á consultar la storia, ya podemos prever la respuesta; la historia ha tenido que pare-rle desprovista de órden y plan. No ha contado sino con los acasos feli-s, con las pequeñas causas, que pueden producir grandes efectos (1); y ıy que notar que estas pequeñas causas son las más de las veces decisio-:s ó caprichos de la voluntad humana, que, por poco que sea, dependen › la moral.

La moral: hé aquí la palabra que se presenta sin cesar en la filosofía › Voltaire. Sin embargo, la mayor parte de los críticos se ha visto emba-zada para determinar una moral propiamente dicha en las opiniones del aestro del *Aufklaerung*. Hettner, por ejemplo, ha reunido laboriosamen-› los pasajes en que Voltaire expresa su modo de pensar sobre la libertad; encuentra el pro y el contra, ya una solucion, ya la contraria, ya la duda la abstencion. Strauss ha encontrado las mismas incertidumbres con mo-vo de otro problema, la inmortalidad del alma. En el fondo, parece que oltaire, formado por Locke, no debia admitir la libertad, sino para con-ndirla con el poder (2), ni la inmortalidad, sino para considerarla un ›ligro; así es que no se creia obligado á decidirse en estas materias. En oral, como en física, va, en cierta manera, á la moda de Epicuro; el re-ltado, el fin es lo que le interesa. Y ¿á cuál otro fin aspiraba, sino al de stituir, en el pensamiento y la vida de los hombres, el cuidado de la ›ral á todo lo demás, es decir, á la dominacion de la teología, á la vana riosidad, á todas las intolerancias? Si algun indiscreto le hubiera pre-ntado: ¿qué moral? no sé si se hubiera tomado el trabajo de definírsela. ıbria contestado: la moral de todos los tiempos; y, como en sus diálogos ›láticas, habria hecho desfilar ante sus ojos á todos los moralistas desde nfucio hasta Bolingbroke. O bien se habria contentado con decir, como aftesbury, su guia en tales ocasiones, que hay un instinto, un sentido ›ral, á la manera que hay un sentido de la vista, uno del gusto, uno de belleza; sentido infalible é inmediato. De suerte que toda la filosofía de ›ltaire se reduce á la moral, que á su vez, y segun el pensamiento del ›sofo, es un instinto. Para él no hay más que una creencia, un senti-ento predominante; el referirlo todo, no al pensamiento, sino á la ac-›n. Straus en sus *Conferencias* sobre Voltaire apénas ha desflorado esta rte del asunto. Algunos años despues, en su libro *La antigua y la nue-› fe*, ha abordado él mismo, como novador, el estudio de las ideas mora-

(1) Pascal habia ya hecho notar la influencia de las pequeñas causas de la his-ria: para Voltaire esta observacion se ha convertido casi en un sistema.

(2) «Yo soy libre, cuando puedo hacer lo que quiero. Mas yo quiero por nece-lad lo que quiero; de otro modo querria sin razon, sin causa, lo que es imposible.» oltaire, *El filósofo ignorante*.

les; ha definido mucho más netamente que Voltaire los términos de qúe se sirve y establecido los principios sobre que se funda; es preciso y profundo en todo lo que concierne al carácter de la obligacion, á la sancion que la garantiza, á lo divino, á las relaciones entre la naturaleza y el destino; ha marcado con vigor como se separa de los teóricos qûe colocan fuera de la naturaleza humana *el origen de la obligacion* y *fuera del mundo la sancion;* en fin, ha trazado no sin valentia, los preliminares de la moral naturalista. Mas aquí se detiene; á medida que trata de penetrar en los pormenores, y de disciplinar la conducta con arreglo á su última creencia, la tentativa aparece cada vez más rara y quimérica. Strauss trataba la moral como una teoría; Voltaire, cuya doctrina ha sido ménos exacta, ménos distinta, ha tenido en cambio el sentido de la práctica y de la vida. Hé aquí lo que faltaba á sus críticos alemanes, hé aquí por qué no se ha podido manifestar á ellos todo entero.

Al final de su libro consagrado á Voltaire, Strauss se interroga sobre el carácter y la naturaleza de su héroe, queriendo pronunciar un juicio. Es bastante curioso observar sus dudas, sus tanteos, y hasta el terror, pudiéramos decir, que á veces experimenta.

«*Mon génie étonné tremble devant le sien.*»

podria decir. Y en efecto, no le vienen á la pluma sino expresiones extrañas, tomadas, las más de las veces, del *Fausto* de Gœthe. Evidentemente para él (¿la misma Francia no se ha adherido por mucho tiempo á esta leyenda?) Voltaire es un Mefistófeles. «Cuando leemos en la epístola de Judas, escribe, la descripcion del combate trabado entre el arcángel Miguel y el diablo por el cuerpo de Moisés, vemos que pronto se decide la victoria por el primero; si hubiera surgido semejante querella por la posesion del cuerpo de Voltaire, es de presumir que hoy por hoy todavía no se hubiera terminado.» Y añade: «Los rastros de una naturaleza divina que no faltaban en Voltaire se habian ingertado de tal modo en su naturaleza de demonio y Tifon, que es imposible separarlos.» En las últimas líneas, en fin, como para fortalecerse, repite con Fausto. «Bien es preciso que haya de estos pájaros; y entre los espíritus que atacan al Señor, los más diestros son para él los ménos desagradables.» ¿Qué significan estas extravagancias sino que la crítica, hasta la de un Strauss, tropieza aquí con dificultades excesivas, y que despues de haber apreciado justamente las ideas y opiniones de un espíritu como el de Voltaire, debe confesarse impotente para penetrar jamás al hombre? No se vencen tan fácilmente las diferencias de temperamento y raza. Lo mismo que Montaigne, para quien no ha habido casi jueces más allá del Rin, y lo mismo qué Molière, para quien no ha bastado toda la sagacidad de Schlegel, Voltaire, en un momento dado, recupera sus derechos y no se deja penetrar.

La filosofía de Voltaire es la accion, otra vez la accion y siempre la accion. Su tratadito intitulado «*Hay que tomar partido* ó *El principio de*

accion, en su exactitud, en su rapidez, en la vehemencia todo francesa de la forma, revela hasta qué punto para Voltaire *ejecutar* es todo. Ahora bien si existe una diferencia entre el genio aleman y el francés, debe buscarse, á mi modo de ver, en la diversidad de sentido que uno y otro pueblo dan á la accion. El francés, con su reputacion de lógico, de teórico, de sistemático, empieza, al contrario, por obrar; las ideas vienen despues, por lo ménos en lo que tienen de general y especulativo. En Francia la práctica está al principio, la ideología al fin; toda nuestra historia está allí para probarlo. El aleman, al reves, piensa ó, mejor dicho, sueña primero, y se pone á la accion despues. De aquí resulta que, entre nosotros, el pensamiento, sostenido como está por la accion, por la realidad y la vida, conserva siempre, áun en sus excesos, áun en sus refinamientos y sutilezas, cierta virtud práctica, cierta eficacia que lo libra de la pura fantasía, del sueño y de la quimera. Mientras que, entre los alemanes, cierta languidez, indecision y molicie naturales al pensamiento únicamente abstracto, pasa á la accion subsecuente y la enerva de antemano. El espíritu francés, tal como está constituido, tiene tal vez el defecto de estimar el pensamiento en ménos que la accion; tal vez desconfía demasiado de las ideas; tal vez las considera á la par como muy inocentes, puesto que no tienen la solidez y la energía real de los hechos, y como muy peligrosas, porque siendo incapaces de contar con lo *real* que es limitado, toman su desquite con lo *posible* que es inmenso. Mas, por lo menos, no está expuesto como el espíritu aleman á ceder sin combatir; no conoce esa especie de duda que asedia, no á la inteligencia, sino á la vida, esa duda, nacida de la reflexion ó del sueño, que no se deja vencer por la misma realidad, y huye ántes que arriesgar la experiencia. Y esto resulta, porque si el francés naturalmente está inclinado á dar una parte menor al pensamiento puro, que siempre sacrifica y extingue por parecerle demasiado remoto de la vida, el aleman, procediendo á la inversa, no llega á la accion sino con toda suerte de escrúpulos, sin esperar nada de ella, sin creer en ella. Para el uno, no hay verdad sino en la accion, el pensamiento es una debilidad, una fatiga ó, como dice Rousseau, una depravacion; para el otro la verdad es el pensamiento, la accion es el refugio de los desilusionados, como Fausto, que, por desden de la ciencia y del arte, se resignan, y reposan en este trabajo inferior en que encuentran el olvido. ¿Cómo hemos de sorprendernos, despues de esto, de que entre una filosofía alemana y una filosofía francesa se levante un obstáculo imposible de salvar, ni de que haya en Voltaire, á pesar de la simpatía de los críticos un *no sé qué* inaccesible al mismo Strauss?

En efecto, Voltaire, no solo pasa muy legítimamente por el representante por excelencia del siglo pasado, no solo ha merecido, entre todos, dar su expresion y su fórmula á las ideas lo mismo que á los sentimientos del *Aufklaerung*, Voltaire es más aún. Posee de la vida una concepcion

original y profunda, y muy fiel á las tradiciones del pensamiento francés. Ya Descartes, con ese buen humor familiar y ese abandono que constituye el encanto de su genio, escribia en una de sus cartas que despues de consagrar algun tiempo al estudio y la meditacion, es muy conveniente dejar correr la vida. Y efectivamente su respeto á la realidad, á la vida, en tanto que. alguna vez, este sentimiento lo detuvo, puso coto á ciertas explicaciones que quizas habria arriesgado, y le pareció superior á todo análisis. Voltaire tiene el mismo instinto, pero más vivo, con más vuelo, con doble intensidad. Desde sus primeros años de reflexion, en su retiro de Lóndres, habia presentido que la accion seria su objeto supremo, el principio de su filosofía, la inspiracion de su obra, el instrumento de su poder, el secreto de su influencia, y más tarde, en las horas sombrías y tediosas, el remedio de su vida. ¿Cómo hubiera podido él apresurar el triunfo de sus doctrinas, servir á la causa de la emancipacion y presidir al movimiento del siglo, si no hubiera sido tan activo como sus ideas? Y ántes que todo ¿cómo habria vivido, pues para él la vida no tuvo sino un solo sentido: obrar? Para convencerse basta leer las dos obras en que, á mi juicio, ha vertido mejor y con más sinceridad su pensamiento: las *Observaciones sobre los pensamientos de Pascal* y la novela filosófica *Cándido*. No conozco libro en que se descubra una inteligencia más real y saludable de la vida humana, tal como ella es, con sus flaquezas, sus límites y sus dolores, y tambien con lo que la depura y consuela, la accion, reparo, refrigerio y olvido de todas las miserias. A las quejas y gemidos de Pascal, que se espanta ante la miseria del hombre, y no se atreve á pensar en su grandeza, sino para descubrir mejor en ella el misterio divino; Voltaire opone una observacion muy sencilla: se pregunta si todas estas torturas de la conciencia y de la fe no reconocen por causa una ilusion, con respecto á la naturaleza humana, y la ignorancia con motivo de sus deseos. El hombre no es ni un ángel, ni una bestia, ha dicho Pascal; y Voltaire lo repite punto por punto. Juzga que Pascal, en su devocion á un ideal sobrehumano, por haber sublimado el deseo ó, segun la frase admirable de Buffon, por haberse lanzado más allí del sentimiento, ha roto todo vínculo con su raza y se ha salido fuera de la humanidad. Para retornar á lo real, basta obrar. La accion nos consuela de todo. *Cándido* que, á pesar de las lecciones de Pangloss, no tiene ciertamente nada de excepcional, Cándido que, como Panurgo, es cuando más un *hombre medio*, sobrelleva los infortunios y pasa por medio de las catástrofes con una flema imperturbable. Le queda siempre el recurso infalible, lo que Pascal llamaba el *remuement*, la distraccion. Oh sí, es preciso removerse y distraerse. Y al tiempo que el tumulto de la vida parece calmarse, para que no quede ningun asidero al destino, es preciso obrar, aun cuando, á la manera de Cándido, sea para cultivar nuestro jardin.

La accion, resúmen de la filosofía de Voltaire, quizas para la Alema-

nia no es más, segun el lenguaje del pesimismo á la moda, que uno de los estadios de la eterna ilusion (1). Nunca ha tenido en ella una fe muy solida, y ménos que nunca hoy, si es verdad que en nuestros dias el pensamiento aleman está ó con el escepticismo fatigado, cuyo representante es Alberto Lange, ó con la ironía melancólica da Schopenhauer y Hartmann. Strauss parece una excepcion, pues al morir ha dejado el testamento de una nueva fe. Y sin embargo, despues de haber expuesto en su libro la cosmología de Laplace, la física de Grove y Mayer, la química de Bunsen, la geología de Lyell, la descendencia natural de Darwin, al ver las dificultades que se le presentan, para ordenar, sobre todas estas creencias, un régimen de vida que les sea conforme, pudiera creerse que la alta especulacion no está de acuerdo con la práctica (2). La ciencia contemporánea no ha encontrado todavía una moral correspondiente; de suerte que Voltaire, comparado á sus jueces y críticos actuales, parece pertenecer á una edad de fe. La verdad es que su creencia, la que ha sostenido al gran siglo del *Aufklaerung*, sufre ménos que las otras con las vicisitudes del tiempo: la accion persiste y permanece, mientras las ideas titubean; y la moral, la gran obra de Voltaire, entraña un carácter de duracion é identidad, por el cual escapa á los vaivenes del capricho y se conserva. Muchas ideas de Voltaire han pasado ya, otras muchas han de perecer; el conjunto de su obra quedará, porque se ha trasmitido á los hechos, porque en cierto dia formó la creencia y animó la vida de la humanidad. Los que ahora escriben su historia, cualesquiera que sean sus opiniones, simpatías y preferencias, lo reconocen así; y Alemania, que ha aprovechado de Voltaire tanto como Francia, le paga la misma deuda. Esto bien entendido (y ya lo hemos dicho), que hay en Voltaire y su filosofía cierto matiz del todo francés que no es perceptible á un extrangero, como hay en Gœthe rasgos de genio que solo un aleman aprecia.

A. GERARD.

---

(1) La frase es de E. Hartmann.

(2) El autor cita la última parte de *La antigua y la nueva fe*, titulada: «¿Cómo debemos ordenar nuestra vida?» A pesar de su autorizada opinion, nosotros creemos que en los primeros párrafos de esa parte hay ideas ampliamente sugestivas, que no podrán eximirse de aprovechar los que hoy se esfuerzan en constituir científicamente la moral, porque son inducciones muy legítimamente sacadas del gran cúmulo de datos conque deben contribuir las ciencias inferiores. El haber Strauss enlazado con las cuestiones morales la exposicion de sus doctrinas políticas, doctrinas personales, sin el suficiente carácter de generalidad científica, es lo que hace aparecer el conjunto algo falto de trabazon. Nota de la REVISTA.

EL IOTISMO

EN LA PRONUNCIACION DEL GRIEGO CLASICO.

Señor Director de la REVISTA:

Como el título de esta carta pudiera inducir á engaño, haciendo presumir una docta disertacion sobre el tema que enuncia, me apresuro á declarar que se trata de una cuestion práctica de enseñanza, con aplicacion á nuestros liceos é institutos.

El señor Franchi Alfaro, que desempeñó con tanto aplauso la cátedra de griego en la Universidad, introdujo en ella el sistema de pronunciacion enseñado desde fines del siglo XV en la Europa occidental por el famoso Reuchlin, en oposicion al sistema llamado clásico de su contemporáneo y amigo Erasmo. El estimable doctor Tagle continuó la tradicion de su antecesor, y el iotismo impera hoy casi generalmente en los colegios de la Isla. Más aún, el Programa *oficial* de estudios manda que se enseñe preferentemente. Entretanto en los grandes centros intelectuales, despues de mover y de inflamar los ánimos por algun tiempo, de dividir á los helenistas y de ocupar la atencion de los aficionados, la teoría de Reuchlin ha ido desapareciendo paulatinamente; y apénas la lingüística la ha llamado ante su tribunal, ha dejado el campo para siempre, convicta de caprichosa y ficticia, que es tanto como decir de anticientífica.

Hé aquí lo que me propongo demostrar, esperando que los señores que profesan el griego en nuestras aulas no negarán su ilustrada atencion á estas líneas, y querrán contribuir á que desaparezca uno de tantos anacronismos como han echado raices en nuestra enseñanza de oficio.

Bien convencido estoy de que el griego no subsistirá como asignatura obligatoria en la segunda enseñanza, y creo razonable y conveniente que

así suceda; pero como esto no supone que se abandone su estudio, el cual entra naturalmente en el cuadro de la facultad de letras, ántes al contrario que adquiera la importancia de que hoy carece; no estimo fuera de propósito mi empeño.

Trataré de proponer sencillamente el punto, y de resolverlo con toda la claridad que comporte.

En la época del Renacimiento, en que floreció Reuchlin, brillaba la filología, pero faltaban aún siglos para el advenimiento de la lingüística. Es decir que se compulsaban textos, se pesaban autoridades, pero no se comparaban las lenguas, no se inducian las leyes de su filiacion mútua y de su desenvolvimiento interno. Con los solos auxilios de la erudicion no le fué dado á Reuchlin llegar á determinar las relaciones que pudieran darnos luz sobre la verdadera pronunciacion del griego antiguo, y tuvo que echar mano de procedimientos puramente empíricos. Discípulo de uno de aquellos gramáticos griegos, emigrados despues de la ocupacion de Constantinopla, Hermónymo de Esparta, aprendió de él prácticamente la pronunciacion corriente en la Grecia moderna; y, á falta de otra luz, desdeñando las analogías que el estudio comparado del latin hubiera podido sugerirle, creyó erróneamente que la verdadera pronunciacion de los helenos debia de ser la empleada, despues de tantos siglos, por sus seudodescendientes. En virtud de ésto. y contrayéndome solo al vocalismo, cambió el valor de la *eta* (e larga) en *i*, y transcribió por la misma letra los diptongos *ei*, *oi*, *ui*. De este modo desequilibró por completo el alfabeto helénico, al que atribuyó seis figuras para el sonido único *i*, olvidándose de las leyes prosódicas, y cerrando los ojos á la admirable simetría que presentan las vocales fundamentales de esta lengua.

Ya hemos visto la razon primordial del sistema, y la única que puede tomarse en cuenta, con visos de fundamento. Que así pronuncian los griegos modernos su lengua.

No cabe pretexto más baladí. Si no nos enseñara la historia del lenguaje que el elemento variable por excelencia en las lenguas, el generador de todas sus transformaciones, es el fonético; si no pudiéramos comprobarlo en los idiomas que nos son más familiares; si ignoráramos que en nuestro propia habla castellana la pronunciacion ha sufrido notables alteraciones en *solos dos siglos;* bastaría lo historia del griego moderno, bastaría la inspeccion morfológica de ese idioma, para demostrar que los griegos del Renacimiento, ni más ni ménos que los griegos de hoy, no son fieles depositarios de la lengua de Platon y Demóstenes.

Aquella hermosa y sonora lengua ática, al extenderse fuera de sus naturales confines, tuvo que sufrir el rudo contacto de idiomas bárbaros. En Alejandría empezó esa inoculacion de voces exóticas y ese desgaste y adulteracion fonética de las autóctonas que dieron por resultado el *bizantino*, idioma de transicion, intermedio entre el griego clásico y el mal llamado

romáico. Tan justo sería encontrar en el frances moderno, despues de haber pasado por la lengua de oil y la *lingua vulgaris*, la verdadera pronunciacion latina; como pretender que los griegos de nuestro tiempo hayan conservado la ática á través del bizantino y del patuá de Alejandría.

Y si ésto nos dice la historia, ¿qué nos enseña la gramática? El griego moderno ha perdido el número dual; en la declinacion ha olvidado el dativo; y en la conjugacion es tan analítico como cualquier otro idioma moderno, si no más, habiendo perdido la forma sintética del futuro y hasta la del infinitivo en *ein*. Hay más, y este es un hecho capital para nuestra disquisicion, el acento tónico se ha confundido con la cantidad, á la manera moderna, y en el griego actual la sílaba larga es la sílaba acentuada. ¿No se advierten de una ojeada los innumerables cambios que este hecho, tan simple en apariencia, ha debido introducir en la pronunciacion de las vocales?

Véase, pues, si es fundada la opinion magistral de SCHLEICHER, cuando estampa que: «Pronunciar el griego antiguo á la manera del nuevo es defecto que se funda genéricamente en una ignorancia completa de las leyes que gobiernan la vida de las lenguas y de la doctrina de los sonidos (*Compendio di Grammatica Comparativa dello antico indiano, greco ed italico;* p. 24. Ed. ital. de Domenico Pessi).»

Lo escrito es más que suficiente para patentizar la sinrazon de los que ven en la manera de pronunciar el griego moderno la norma de la pronunciacion antigua. Es indudable que ha debido variar, y no poco; pero ¿cuáles han sido las alteraciones sufridas? Este era el problema insoluble con los datos solos de los gramáticos alejandrinos; éste es el que hoy podemos dar por resuelto, gracias al método y á las conclusiones de la nueva ciencia del lenguaje. Desde que ésta ha logrado clasificar las lenguas, segun sus grados de parentezco, el cotejo de las afines y la aplicacion de las leyes descubiertas en unas á los fenómenos inesplicados en otras han derramado á torrentes la luz sobre sus partes más oscuras.

A medida que remontamos la corriente de los siglos, vamos descubriendo en el lenguaje ese mismo proceso evolutivo que es el de la vida en todas sus manifestaciones; un proceso de heterogeneidad y diferenciacion. El lenguaje y el canto, nacidos de un comun orígen, se confunden en las lenguas antiguas por gradaciones insensibles; así como, por el contrario, se separan más y más en las lenguas modernas, que solo adquieren entonacion en la boca del vulgo ó en los arranques vehementes inspirados por la pasion. De aquí que la manera de articular los griegos su lengua puede aproximadamente asemejarse á un recitado ó una melopea de nuestra época. Los elementos ideales, á que correspondian otros gráficos, representativo de las modulaciones y cadencias de la voz eran para los antiguos el acento y la cantidad, en tan concertada correspondencia que son variadísimas las reglas que determinan su recíproco influjo. Consecuencia de

sto era una sensibilidad exquisita de las vocales, manifiesta en un doble proceso de debilitacion y reforzamiento. Este proceso se verifica á la vez dentro de cada lengua, en la comunicacion de las afines y en el tránsito de las generadoras á las engendradas; y forma el admirable y simétrico sistema de vocales que se encuentra en las lenguas clásicas indo-europeas, sometido á reglas precisas ya de transformacion, ya de equivalencia.

El reforzamiento nos dará la clave exactísima del vocalismo griego, y una razon incontrovertible para demostrar que la *eta* no ha tenido el sonido de *i* en los tiempos clásicos de la lengua. La primera de las tres vías por donde se reforzaban las vocales era la alongacion de las breves. Veia despues su conversion en diptongos, y por último su nasalizacion. (Baudry, *Grammaire comparée des langues classiques;* Chap. I, § 6,) Era por tanto necesario que toda vocal breve poseyera su correspondiente larga. Y si tenemos en griego una *a* breve y otra larga, una *i* breve y otra larga, una *o* breve (omicron) y una *o* larga (omega), una *ü* breve y una larga; ¿tendríamos una *e* breve (epsilon) sin su correspondiente larga? Por qué esta anomalía? ¿y por qué dos *ies* largas (iota larga y eta) y ninguna *e*? Pero no necesitamos hacer conjeturas; existe una demostracion evidente de que la epsilon tenia su larga correspondiente en la eta.

En el tránsito de las palabras, de unos idiomas á los otros sus congéneres, habia reglas exactas de equivalencia para los sonidos. Estas reglas son de aquellas que no pueden recusarse. El sanscrito primitivo no tenia las letras *e* y *o*, que una vocalizacion más desarrollada dió al griego y al latin. De aquí resultó que, en los vocablos comunes á estas tres lenguas, la *a* sanscrita encontraba las más de las veces como equivalente á la *e* ó á la *o* griega y latina; mas nunca á la *i*, pues ya no hubiera sido equivalencia, sino debilitacion. Pero, nótese con cuidado esto, el sanscrito poseia su *a* breve por naturaleza y su *a* larga por naturaleza. Ahora bien, la *a* breve en sanscrito resultaba *epsilon* ú *omicron* en griego y *e* ú *o* breves en latin; y la *a* larga sanscrita era *eta* ú *omega* en griego y *e* ú *o* largas en latin (Bopp, *Grammaire comparée des langues indo-européennes;* § 3 y 4. Baudry, *op. cit.* § 33.). Así los verbos sanscritos *dadhámi* (yo coloco) y *dadámi* (yo doy) son en griego *tithémi* (con eta) y *didómi* (con omega); la raiz sanscrita *sá* produce en latin la voz *sémen* (con e larga), como *datáram, datórem* (con o larga).

Aunque esta demostracion es irrecusable voy á reforzarla con otra tomada de los préstamos que recíprocamente se hacian el griego y el latin. Es constante la transcripcion de *eta* por *e* larga latina, y viceversa. *Kénsor* decian los griegos cuando los latinos *censor;* el *Aurélius* de los unos era *Aurélious* de los otros (Hovelacque, *La Lingüistique;* p. 240). Tampoco faltan dentro de la misma lengua razones satisfactorias. El adjetivo *délos* (*eta*) que se encuentra en Sófocles, se lee en Homero *deelos* (doble epsilon); *dsélos* tiene tambien la forma *dseelos*. Por último la forma alfabética

antigua de la *eta* (que no transcribo por falta de signos tipográficos) no es más que una epsilon duplicada (Véase el gran *Léxico* de LIDELL y SCOTT).

Todo esto nos permite aceptar sin dudas ni reservas el cuadro de las vocales griegas que presenta SCHLEICHER en esta forma:

ă ā	ĕ ē	ŏ ō
ĭ ī		
(ou) (1)	ŭ ū (2)	

Como se advierte todas las vocales tenian sus signos simples, más nuestra *u*, que se representaba con el diptongo *ou*. Esto es muy importante, pues sabiendo que, primitivamente, este sonido *u* lo tenia la üpsilon y que el diptongo *ou* se pronunciaba dando su valor entero á las dos vocales, se verá que fué la primera excepcion (y la *única* en el período clásico) á la regla por la cual se establece que en el griego antiguo se pronuncian siempre las dos vocales que forman un diptongo. Que esto tenia de comun su ortología con las de la primitiva lengua indoeuropea, del zend y del viejo persa (HOVELACQUE, *op. cit.; loc. cit.*). Las excepciones á esta ley abrieron la puerta á las corruptelas fonéticas que han traido la pronunciacion moderna, la cual hace de *ai*, e; de *ei*, *oi*, *ui*, i. No hay que añadir más, para que se acepte la conveniencia de restituir su verdadera pronunciacion á los diptongos griegos; notando solo que el prurito de imitar á los griegos de nuestros dias ha llegado en muchos hasta hacerlos pronunciar *av* ó *af*, *ev* ó *ef* etc. los diptongos que tienen una üpsilon como pospositiva.

Si se me permite ahora aventurar una conjetura sobre la causa de los cambios que hayan podido producir, en el transcurso de los siglos, el trueque de la *e* larga en *i*, y que hace aceptables á los oidos griegos voces como *triiris* (τριήρης), buscaré una analogía con lo que ha pasado en el latin, y un fundamento en las reglas de atenuacion á que he aludido antes. La atenuacion se ha verificado en las lenguas clásicas transformándose ó degenerando una vocal más grave en otra más ligera, por ejemplo, la *a* en *u* y en *i*; hasta llegar á desaparecer. Esta debilitacion de las vocales no reconoce por regulador el acento, así es que se verifica en las sílabas no acentuadas. En latin, por la influencia de la vocal subsecuente, comenzaron á confundirse la *e* con la *i* y la *o* con la *u*, en los casos de atenuacion de la *a*, rompiéndose así la regularidad de las transformaciones vocales; y siendo esta confusion un poderoso fermento para los sucesivos cambios

(1) Pronúnciese u.

(2) Pronúnciese u francesa.

s hicieron nacer del latin arcáico, el latin clásico y la baja latinidad.

me parece muy arriesgado suponer que esto mismo ó algo semejante lo ocurrir en la lengua griega, y dar por resultado el iotismo moderno.

En confirmacion de mi tésis séame permitido traer aquí algunos ejems, sacados de las voces que las lenguas y dialectos neolatinos, en su pedo de formacion, tomaron directamente del griego.

A. I. H átona. 1. En los casos siguientes se ha transformado por debicion en *i*. Ακηδία; ital. *accidia* (con una forma intermedia en la baja inidad *acedia*, *accidia*): ἐργάτης; serbio, *argatin:* γέννημα; napolitano, *imma*.

2. En los siguientes ha desaparecido: ἔρημος; ital. *ermo;* esp. *yermo; erme:* ἡμικρανία; ital. *magrana;* esp. *migraña:* στρατιώτης; francés anuo *stradiot:* εργᾶτης; válaco, argat.

II. Diptongo ει no acentuado. En los casos subsecuentes se ha debilido en i: σειρᾶν; esp. *sirgar:* ταπεινός; ital. *tapino:* πεινᾶν; siciliano, *spini:* βασκάινειν; val. *bosconi:* εἰκών; val. *icoane:* προκόπτειν; val. *procopsi*.

B. H acentuada. Se ha conservado en las voces siguientes: γυμνῆτης . *ginete:* καταβολή; fr. *caable;* provenzal, *calabre:* νῆμα: esp. *nema:* ῆ, val. *urme:* τραγήματα; ital. *treggéa;* esp. *dragea;* fr. *dragée*.

Sin presentar estos ejemplos como decisivos, no me parecen, sin emgo, desprovistos de significacion. De todos modos, adviértase que me nturo en un terreno que tengo por inexplorado.

Sea de ello la que fuere, aunque no se aceptase, ó la verificacion anu- la conjetura apuntada últimamente, no está hoy ménos averiguada la nunciacion cierta de las vocales y diptongos griegos.

Como prueba extrínseca, y la última que aduciré, puede presentarse práctica de casi todos los institutos europeos. Ademas de que no existe *solo lingüista* que no reconozca los principios que he sentado y su aplicion á la lengua griega; los más notables helenistas contemporáneos en y otro continente han desterrado en absoluto el iotismo. Véanse desde obras de PASSOW y BURNOUF hasta el reciente y reputado curso de COQUET; todos adoptan el sistema clásico ó erasmiano.

Cuanto precede me parece muy suficiente para llevar al ánimo de estros profesores de griego el convencimiento de que ya es tiempo de ndonar una práctica irracional, que solo ha tenido en su apoyo el presio vocinglero de la moda; acomodándose al espíritu de renovacion melica y científica que vivifica hoy la enseñanza de las lenguas en las nanes verdaderamente cultas.

Soy sinceramente, señor Director, su amigo muy afecto

ENRIQUE JOSÉ VARONA.

sa, 9 de Abril de 1878.

UN NATURALISTA DEL SIGLO XVIII

EN CUBA.

ANTONIO PARRA.

(FINALIZA.)

De las Esponjas nos escribe con estilo claro y descripcion exacta lo siguiente: «Aunque los naturalistas dan el nombre de *Plantas falsas marítimas* ó las Esponjas, y demas plantas, flexibles y elásticas: no obstante, respecto á que tienen las mismas propiedades, de vegetacion, vitalidad, reproduccion, &c. que las demas, las colocaré en el número de verdaderas plantas Marítimas como Mr. Joumefort.

«Número I. La primera que se presenta, que manifiesta la figura de un anés, está compuesta de dos especies, la primera mas compacta bien que flexible, esta forma en su parte superior una especie de mortero, en cuya cavidad sale un vástago casi de la misma naturaleza y extructura. En la parte anterior, é inferior tiene una esponja de las que se conocen propiamente con este nombre, la que es produccion del antecedente, aunque tan diferente en su extructura, y organizacion. Esta está compuesta de diferentes celdillas, formadas por un tejido mole, y consistente, en las que recibe el agua, llenándose con la mayor prontitud. De las de esta especie, y otras semejantes se sirven las gentes para enjugar el agua en diferentes casos. Hay otras, como representa la figura 2ª, que imitan propiamente un panal de miel, la que además de esto tienen, en su cara superior, una eminencia en forma de pesones, los que manifiestan una cavidad cónica que llega á la base, y estos se deben considerar como respiraderos. Hay otras, figura 3, que forman diferentes figuras, más largos los pesones, tambien cavos, bien que no hasta su base como los antecedentes. Hay otras, figura 4, que imitan la figura de un cipres, unas ~~son moradas~~ y

ı rubias. Su texido es mucho más duro, y elástico, no tienen pesones; tienen equivalentes unos agujeros, que llegan hasta un conducto de que tienen en su centro; á todo su largo. Hay otras, figura 5, que ɔor su color extrañas; pues son todas moradas. Estas tienen en su cen- na grande cavidad á manera de un mortero. Su texido es tambien , compacto y elástico, pero más separadas sus fibras. Hay otras, figu- que tiran á la figura cónica, son tambien cavas, estas están acabadas ɔjer impregnadas de un humor negro; pero las fibras delgadas rubias, ɜtantemente duras. Tambien tienen su cavidad cónica desde la punta ı la base. Las que representa la figura 7, están compuestas de un te- tienen transparentes sus fibras, tambien cavas, desde el extremo ı la base todas rubias tirando algo á verdes. Son ásperas al tacto; pero ı á la menor impresion. La figura 8 manifiesta otra especie á la que ın Esponja macho. Es compacta y dura, aunque tiene tambien célu- ' ciertos respiraderos en distancias, pero chicos: de modo, que no son icas como las demás. Las que manifiesta la figura 9, se parece cada á una copa, y aunque es mole en algun modo, especialmente acabada ɔjer. Su texido es bien compacto. No tiene células, ni conductos y se e con mucha facilidad. Las de la figura 10, representa tambien cada ına copa, es más blanca que la antecedente, mucho más porosa, flexi- elástica su borde termina en un fleco, y su exterior forma una obra ɜa. La figura 11, representa las flautas de un órgano; su color es obs- es muy flexible. En su interior manifiesta unas líneas que vienen del) al borde y en su exterior unos granitos más ó ménos finos. Estos es- ınidos, unos por su basa, otros en todo su largo. Algunas tienen al ior unos ajugeritos, otras no. Las que indica la figura 12 son más sas, forman tambien una especie de copa, son mucho más flexibles, y inferior lozas; pero en su exterior presentan varios repliegues que ermosean mucho. Su fibra es muy delgada; y con todo el grueso que ın, son transparentes: su color es todo amarillo. La de la figura 13, ɜsenta ser de la misma naturaleza que las de la figura 9, bien que, ıesta en varias ramificaciones unidas unas con otras. Lo mismo sucede las de la figura 14; pero tienen la diferencia de estar sembradas de ɜs agujeros y ser cavas. Las de la figura 15, son de la misma materia, as de la figura 11, bien que cada rama tiene varias espinas y aguje- ' su consistencia algo más flexible. Representa la figura 16, ciertos gos de la misma naturaleza que la de la figura 7, pero más suaves y blancas. La de la figura 17 es de la misma naturaleza que la de la a 7, áspera como aquella; pero en troncos, que terminan en punta la antecedente. La figura 18, manifiesta ser de la misma naturaleza a de la figura 6, tambien impregnadas de un humor negro, muy du- ısperas y en vástagos, en figura de rabos. La de la figura 19, es bas- ımente vistosa, por parecerse á un ramo, es muy flexible y suave al

sacarla del mar, pero luego se saca. Está formada de distintas ojas, unidas á varios como troncos, como se dexa ver en su cara posterior. La de la figura 20, agradabilísima por su color carmesí, tiene diversas figuras, pues cada una hace una obra diferente: parece su obra exterior al terciopelo de algodon, solo con la diferencia de tener algunos agujeros. La que manifiesta el número 21 tiene sus troncos de los que nacen varios ramos: toda su superficie exterior está cubierta de unos flécos, que hacen una obra vistosa: su color es almagrado (1).»

Haciendo á continuacion la esplicacion de las Plantas Marítimas, dijo: «Figura 22. Es una especie de coralina ó litofiton, con el tiempo se endurece y petrifica; pero acabada de sacar, es de la consistencia de una madera suave. Su color es morado, la superficie exterior está llena de unas pequeñas cavidades.

»Figura 23, 24, 25, 26, 27 y 28. Estas aunque son de la misma especie, esto es litofeton, son muy parecidas en la extructura; pues todas tienen el corazon de madera, y están cubiertas de una corteza petrificada. Varian en los colores, como se echa de ver en su lámina. La superficie exterior es en todo más ó ménos escabrosa. En sus ramificaciones guardan tambien igualdad, ménos la de la figura 23.

»La figura 29 tambien es litofeton, se diferencia de los demás, en que el tronco es redondo; pero la corteza se estiende haciendo represente las ojas de la grama. Figura 30, 31 y 32. Estas representan otra especie de litofeton; su color amarillo tirando á verde, ménos la segunda, que es morado. Las ojas de la primera son algo más gruesas y cortas que las de la segunda. La primera y la segunda tienen las ojas parecidas á las del ciprés, y la otra á las del pino. La figura 33 representa otra planta marítima, cuyo nombre ignoramos: ella es particular por su extructura, y color almagrado. Todas estas plantas se crian en el fondo del mar: los botánicos darán mejor su descripcion.

»Nota: que las plantas número 24, 25, 26, 27 y 28, habiendo experimentado, que pasado algun tiempo, su corteza se les cae por partes, deshaciéndose, y volviéndose tierra, quedando desnudo el corazon de madera, determiné cubrirlas de algun barniz que las preservara, como se manifiesta en las que presento, para su conservacion; y las otras, aunque son de más duracion y consistencia, sus cortezas, no obstante, van tambien barnizadas (2).

Reproducimos toda la parte tercera que habla de las petrificaciones. Comiénzase á esplicar las petrificaciones de animales que se dibujan en la lámina sesenta y cinco en estos siguientes términos: «*Cerebro petrificado* (figura 1ª) representa el cerebro parte de la cabeza, y de una mandíbula;

(1) Pág. 173 y siguientes.
(2) Pág. 179.

pero se ignora qual sea. Es digno de admiracion, que una substancia tan mole como la del cerebro se petrifique, y tome la dureza, que se echa de ver en el que se presenta. *Erizos petrificados* (figura 2). Representados erizos petrificados, pegados uno á otro, en cuya cara superior tienen bien manifiesta la Estrella, que ellos tienen en su natural estado. *Piedra de la yegua* (figura 3). Esta es quasi esférica, muy compacta y lisa, de color ceniizo. Su diámetro es de quatro pulgadas: pesa quince onzas y media. Se halló en la vexiga de una Yegua. *Piedra de la Tortuga* (figura 4). En la Havana dia 6 de Octubre de 1870 hallándome presente en el parage en donde se benefician las tortugas para el abasto público, abrieron una, que tenia en su vexiga una piedra de peso de tres libras, once onzas y media, de figura oval, cubierta de un humor mucilaginoso, negro y fétido. Despues de bien lavada dicha piedra, presentó una escabrosidad general en toda su superficie; excepto en la vase, que estaba mucho más lisa y tersa que lo restante. En dicha vase, que era precisamente el parage, por el que estaba adherida al fondo de la vexiga; se descubre una especie de cuello, originado de la presion que hacía en ella la parte musculosa del fondo de la vexiga. A lo largo de su cuerpo tiene un canal algo más liso que lo restante. Lo demás del cuerpo está señalado por las mismas arrugas de la vexiga: hácia su punta tiene una concavidad ocasionada de la orina, que arrastraba y despegaba, aunque lentamente, algunas partículas, de donde vino la expresada concavidad: la longitud de la piedra es de ocho pulgadas, su grueso ó circunferencia es de quince. Por su vase es compacta, y dura; pero en su punta, aunque es tambien dura, no tanto como su vase.

»*Figuras* 5 y 6. Varias conchas y caracoles petrificados, sacados de las canteras inmediatas á esta ciudad de la Havana.

«*Laminas* sesenta y seis y sesenta y siete. *Piedras curiosas*. Se hallan representadas las diferentes piedras dignas de la curiosidad de un naturalista. Las marcadas con letra A son extraidas de la cantera llamada de San Lázaro, distante un quarto de legua en la parte del Oeste de la ciudad de la Havana. Las marcadas con la letra B son sacadas de otras canteras más inmediatas á la ciudad. La marcada con la letra C de la Isla de Pinos. La marcada con la D de el Escambrae, ochenta leguas de la Havana. Las señaladas con la letra E se han hallado en las playas inmediatas este puerto. El curioso que las mirare con atencion, y si es posible, con la ayuda de un microscopio descubrirá los diferentes juegos con que se manifiesta la sabia naturaleza. Entre ellas distingo con especialidad la marcada con la letra F, pues á mi entender es vejetal.

«*Explicacion de varias petrificaciones curiosas, que se presentan en seis paises, y separadamente, la mayor parte de las petrificaciones contenidas en los referidos Paises, se han hallado en la mencionada cantera de San Lázaro*. Láminas sesenta y ocho y sesenta y nueve. *Primer marco* nº 1. Este representa la perspectiva de una campiña con varios árboles y arbustos,

segun los ofrece la naturaleza. El frontispicio de un palacio arruinado, con sus columnas, cornizas y otras diferentes partes, sembrado de varias plantas que la incuria de los tiempos suele fomentar en dichos edificios. Dentro de este se manifiestan otras plantas y dos perros. Al pie de este se notan varios caracoles y producciones marítimas, halladas petrificadas en lo mas sólido de los peñascos de la mencionada cantera. Luego sigue á la derecha una caberna de las que suelen hallarse en las montañas, Sigue á esta un pueblo cón varias casas y un alto pirámide, como en señal de una victoria ganada por los antiguos. Adorna á esta prespectiva, un cordon admirable de flores de distintas especies, y colores, todas naturales formadas de varias conchas, y caracoles, segun las ofrece sabia naturaleza. El curioso, que mire este pais con atencion, todas las partes, serán el mas sensible objecto de admiracion de la Sabiduría del Supremo Autor, y el desvelo del que supo combinarlas.

«*Pais* nº 2º—En este se manifiesta tambien parte de una campiña, un puente, que con su ruina ostenta su crecida antigüedad, sembrada tambien de varias plantas y arbustos. Por su ojo se deja ver el agua del Rio, que en algunos tiempos fué caudaloso, y una estacada. La piedra que representa el agua, mirada con un microscopio, descubre un fino labor. Esta se halló en el fondo del mar. Alla lexos, se deja ver una poblacion, manifestando haber sido una de las ciudades populosas del Mundo. Dos piramides, la mayor adornada con varios caracoles. Algunos animales, y varias conchas, y caracoles petrificados. Adorna á este un cordon de la misma naturaleza, que el antecedente.

«*Pais* nº 3º—Este representa una campiña, y debaxo de un árbol un ciervo, tallado por la misma naturaleza, con el mismo adorno que los antecedentes.

«*Pais* nº 4º—Este manifiesta un bosque, con tres palmas maravillosas, una gruta con un hermitaño, y un cerro elevadó, en cuya cima se ve un castillo de los que fabricaban los antiguos, cuya situacion, y decadencia, da indicios de su remota antigüedad. Se descubren en el varias clases de piedras, conchas, caracoles petrificados, y otras producciones marítimas, y el mismo cordon qde los antecedentes.

«*Pais* nº 5»—Se presentan en este, en primer lugar, parte de una campiña con sus arboledas, flores diferentes, y algunos animales. A la derecha, una arquería en un plano inclinado, la que va á parar á una casa de campo situada sobre una colina. Al orígen de esta arqueria esta una piramide adornada de diferentes caracoles, de varios çolores, y extructura. Sigue luego una fuente maravillosa, consiguientemente á la orilla del camino, una venta con su botelleria para los pasageros. El terreno está compuesto de piedra, con varias petrificaciones de plantas, conchas y caracoles. Guarnece á estas el mismo cordon.

«*Pais* nº 6º—Indica este, parte de un bosque, compuesto de varios ár-

boles, y plantas, y de piedras de diferentes colores y extructura. Es su base de un pepino petrificado, de los que se dan silvestres á las inmediaciones de esta ciudad. A lo lexos se apercibe un cerro con una atalaya, designando con una bandera un navio que está a la vista. Se halla adornado con lo mismo de los anteriores.

«*Estrella Ramosa* nº 7.—Aunque la descripcion de esta correspondia en la série de los animales marítimos, no obstante, por estar en su marco, y hacer juego con los demas paises, la describiremos aquí.

«Esta despide de su cuerpo revificaciones. El cuerpo es granugento, compuesto de la union de los troncos, pues en su cara superior se distinguen claramente. Forma una figura quasi redonda, algo mas de la magnitud de un peso fuerte. Tiene dos caras, una superior, y otra inferior; la superior algo convexa. En el centro de esta, está la boca formando la figura de una estrella. La cara inferior mas convexa, compuesta de los diferentes ramos que da cada tronco en su orígen, los que van a parar á un centro, y contienen una materia blanda. De la circunferencia que compone la corteza superior, nacen diez troncos, que inmediatamente se dividen en dos ó mas brancas, las que se subdividen en otras muchas, hasta formar ramificaciones que van á terminar en capilares. Todas estas ramificaciones estan formadas por un sin número de anillos cartilaginosos, unidos unos con otros por una membrana compuesta de fibras musculares, con las que executan las contracciones, y dilataciones, segun les convenga. Essas, en el momento que se tocan, se recogen, formando una bola; y lo mismo executan para coger alguna presa para su alimento, sirviendo las ramificaciones de red. De estas se hallan pocas. Mientras viven, manifiestan alguna elasticidad pero despues de muertas, se quiebran con mayor facilidad.

«Nº 8.—La otra Estrella Ramosa, tiene las mismas ramificaciones que la anterior; y se diferencia de ella en que su cara superior es mas lisa, y que no manifiesta con tanta distincion estar formada por la union de los troncos. Tambien se distingue en que solo despide cinco troncos algo mas largos, los que se dividen y subdividen en un sin número de ramificaciones, que terminan en capilares. Dentro de ellas solo se notó un sin número de huevitos rosados (1).»

Concluye D. Antonio Parra la materia de petrificaciones con la esplicacion de la palma animal, planta marítima, que se ve dibujada en la lámina 70. Este es el singular prodigio de la naturaleza,. dice, que puede en el dia representarse por el verdadero Fénix de la Historia Natural. Es una planta que se cria en el fondo del mar: la primera en su especie que creo ha llegado á noticia de los naturalistas. Imita á una palma en su ex-

(1) Pág. 181 y sig.

tructura, compuesta de cincuenta y dos pencas, divididas en dos ojas cada una. Su tronco es quasi redondo, y tiene cinco caras: de cada cara, en diferentes trechos, sale á el mismo andar un pistilo, por consiguiente cinco en cada division. El tronco, los pistilos, las pencas, el sin número de partes que compone cada oja de la penca, tienen todos una misma organizacion. Toda está compuesta de pequeños anillos, ó piezas compactas, con la distincion de ser mayores las del tronco, y menores en progresion las demas: tanto el tronco como las demas partes, aun las mínimas tienen un agujerito en el centro por donde reciben el xugo nutricio. Cada anillo está unido con sus dos inmediatos; pero con la particularidad de moverse indistintamente. Se dice que es animal, porque aun despues de algunas horas de salida del agua se observa movimiento, no solo en toda ella, sino tambien en cada uno de sus anillos hasta los mas mínimos: el mismo que se observa en la Estrella Ramosa; pues en lo exterior es poco, y diferente en la extructura.

«Lo más singular, y digno de admiracion es que ahora parece todo de una pieza, petrificada; y desde luego, solo viéndola poco despues de arrancada causaria admiraciou al sabio más profundo. Si se mira cada mínima parte, de las que componen las más pequeñas piezas de una oja, con un microscopio se distinguen las mismas piezas que se observan en los pístilos. Finalmente, considero muy difícil de averiguar el admirable prodigio de esta planta animal, y las demás circunstancias. Desde luego quisiera me acompañarán las voces para exponerla segun el mérito que tiene, y solo me contentaré con decir, que considerada con reflexion, es la pieza más singular de todos los Gaometes del Mundo.

NOTA.—«El vástago que ayuda á formar cada penca se compone desde 106 piezas hasta 124, que formado un cómputo, les toca á 115 piezas cada uno; los que multiplicados por 52, suman 5,980 piezas.

»Cada penca tiene de cada lado, desde 50 hasta 60 piezas, que llamarémos ojas; que calculado, les toca á cada penca 109 ojas; cada oja de estas se arregla por diez piezas cada una, que multiplicadas, suman 1090 las piezas que componen las ojas de cada penca; de los que dirémos, que las 52 pencas se componen sus ojas de 56,680 piezas, que con 5,980, de que se componen los vástagos de las pencas, suman 62,660 piezas: las 52 pencas, sin contar las piecesitas que hay interiores en las canalitas de cada oja, ni tampoco las piezas de que se compone todo el vástago principal que sostiene la palma y los pistilos (1).»

Despues de estas valiosas observaciones del Sr. Parra solo nos falta para dar una idea completa de la obra, presentar el dato que contiene en sus últimas páginas sobre una hernia, dato en verdad de más utilidad para el médico que para el naturalista. Si es cierto que á primera vista

(1) Pág. 191 y siguientes.

pudiera tacharse por alguien como inconveniente la esposicion de esa enfermedad en una obra que solo trata de peces y producciones marítimas, creo no obstante, que estando colocadas las láminas y la descripcion de la hernia al final de la obra puede aceptarse, aprobando y aplaudiendo la intencion del autor primero porque era una afeccion morbosa conocida por todos los vecinos de la Habana en aquel tiempo, era el *objeto de pública curiosidad y lástima*. Segundo porque para el naturalista toda la creacion es su libro, allí medita y analiza, é indudablemente el hombre blanco ó de color queda esclavo en primera línea de la observacion científica en todos los estados en que en él la vida humana crece y se modifica.

Hemos defendido á Parra de la acusacion que pudiera hacérsele por haber presentado esplicaciones y láminas sobre una *hernia disforme* en una obra de Historia natural de peces. Solo nos falta asegurar que es muy posible que hoy desconociésemos, ese importante y curioso dato para el hombre de ciencias si D. Antonio Parra, recogiéndole como *observacion* no lo hubiese legado á generaciones venideras por medio de la prensa.

«Domingo Fernandez, escribe Parra, negro de nacion, congo, de edad de 32 años (el que se exercitaba de calecero ó cochero) se halla actualmente con una hernia sarcósele esférica, de la magnitud en su circunferencia de vara y media y seis pulgadas; y de alto á baxo tres quartas y cinco pulgadas: su peso cuatro arrobas y dos libras. Presenta por la parte anterior hasta las rodillas, la extension de dos cuartas de una á otra: por la parte posterior tiene la extension de una pierna á otra una vara ménos dos pulgadas. Se nota de particular en ella, hallarse distante de su pubis las partes pudendas catorce pulgadas, distinguiéndose parte del cuerpo del miembro, con la particularidad de no orinar por él, sino por una pequeña abertura, que se halla á la raiz de éste.

«Esta enfermedad, la adquirió el año 1777, habiendo empezado del tamaño de una bola de truco, con cuyo motivo pasó al Hospital de San Juan de Dios, en el que tomó las unciones; pero infructuosamente, pues lexos de disminuirse, ha tomado el mencionado incremento, con la singular particularidad de no serle incómoda más que para andar, pues lo executa con trabajo; sin embargo de hallarse robusto, sano y sin el menor achaque. Actualmente se mantiene de pedir limosna; con cuyo motivo son raros, en esta ciudad de la Habana, los que no sean testigos oculares de este fenómeno raro de la naturaleza, y los que no se muevan á admiracion y compasion de ver una mole tan considerable.»

EUSEBIO V. DOMINGUEZ.

---

(1) Pág. 194 y siguientes.

EL CONDE KOSTIA.

XIX.

Ivan entró algo tarde en el cuarto de Gilberto. Daba lástima ver el rostro del pobre siervo; tenia los ojos encendidos é hinchados y las facciones descompuestas. En su rostro se apercibian las huellas sangrientas de sus uñas. Previno á Gilberto que el Conde Kostia saldria junto con Vladimir Paulitch á eso del mediodia, y que permaneceria ausente todo el dia.

—Me dejará aquí para vigilaros, y darle cuenta á su vuelta de todo lo que haya visto y oido. Yo no soy malo; pero despues de lo acontecido, seríais loco en demasía para esperar de mí la más ligera señal de complacencia. Mis ojos, mis oidos y mi lengua harán su deber. Ante todo sabed que la *barine* está hoy de un humor sombrío: tiene los lábios blancos, y se pasa frecuentemente la mano izquierda por las pestañas, evidente señal del estado tempestuoso de su alma.

—Mi querido Ivan, replicó Gilberto, yo tambien estaré ausente todo el dia; por lo tanto te será más fácil desempeñar tu oficio de vigilante.

Ivan dió un suspiro de regocijo; parecíale que se le quitaba una montaña del pecho.

—Veo con placer, dijo, que os arrepentis de vuestro pecado y prometeis ser más cuerdo para el porvenir. ¡Ah! si mi jóven padre pudiera como vos dar oidos á la razon!

—Tu jóven padre, como tú lo llamas, será tan razonable como yo..... Pero házme el favor de decirme.....

—¡Oh! serenaos..... su desmayo ha sido breve..... Apénas me hube acercado á él cuando abrió los ojos y me ha preguntado si estábais aún vivo. Al oir mi respuesta, exclamó: «¡Ah! ¡Dios mio! ¡qué feliz soy! ¡está

ılvo y me ama!» Al hablar así, quiso levantarse, pero estaba tan débil ue cayó nuevamente en el suelo. Llevélo entonces á su lecho, y me dijo: :van, hace cuatro noches que no duermo.....» Y se sonrió al proferir es- s palabras, y enmedio de su sonrisa se quedó dormido. Aún duerme.

—Para que Estéfano sea prudente, replicó Gilberto, es necesario que : ejercite en algo..... que trabaje con los dedos y con la inteligencia..... oma esta flor blanca; díle de mi parte que la pinte hoy en su herbario.

Y como Ivan examinase la planta con aire de desconfianza:

—Ve, nada temas, le dijo Gilberto. No he ocultado en ella ninguna ıquela. Soy hombre de honor, mi querido Ivan, y no faltó á mi palabra ımás.

Ivan colocó la flor en una de sus mangas, y salió murmurando:

—¿En qué acabarán estas fiestas? ¡Ah! permita la Santísima Trinidad ıirar con ojos piadosos esta casa, donde todos estamos perdidos!

Gilberto salió. Dejando á un lado la meseta y sus espesas malezas, to- ıó el camino real y siguió largo tiempo las riberas del Rin. Pasó todo el ia caminando. Mil confusos pensamientos asaltaban su espíritu, pero empre volvia á su idea fija, y se decia: «Perderé la vida en la demanda salvaré á esa niña!»

Volvió al castillo al ponerse el Sol. Buscó al padre Aléxis y lo halló ı la capilla. El buen padre habia sabido por Ivan lo acontecido la víspe- ı. Dirigió á Gilberto los más vivos reproches; pero despues de haber oido ıs esplicaciones, se calmó un tanto, y con tono indulgente y á la par re- añon, le recordó el viejo proverbio: «Zapatero, á tus zapatos.» «Los bue- es, continuó, han nacido para tirar de la carreta; las aves para volar, las ›ejas para hacer miel, la vocacion de los Gilberto es leer libros in-folio y ›mponerlos, la del padre Aléxis edificar y consolar al prójimo. Tú te has mado mis atribuciones y has querido ser mi rival. ¿Y bien, qué has con- guido? Echar por tierra mi obra. ¿No habias notado desde hace dos eses el estado próspero de esa niña, y cuán tranquila se hallaba y resig- ıda? Con tanto empeño la habia exhortado, que al fin cedió á mis exhor- ciones. Y tú, tú has venido á trastornar su cerebro, y eso os ha de costar uchas lágrimas á entrambos.»

Así diciendo, tomó á Gilberto por el brazo con desusada fuerza, y le ijo:

—¿Y qué necesidad teniamos el buen Dios y yo de tu ayuda? ¿Habias lvidado.....? ¡Abre los ojos y mira.....! Hoy, hijo mio, hoy mismo, he ado la última mano á mi obra maestra.

Y le enseñaba con el dedo dos grandes filas de figuras pálidas, ador- adas con nimbos de oro, que dos lámparas suspendidas en la bóveda ıuminaban con aire misterioso. Semejante á un general que hace la enu- ıeracion de su ejército, exclamó:

—Mira esas tres barbas blancas; son Jeremias, Isaias y Ezequiel. De

este lado vienen los santos guerreros mártires. He allí á San Procopio, á San Teodoro, que incendió el templo de Cibeles..... Su antorcha no está del todo estinguida, y fácilmente puede arder de nuevo..... Y esos arcángeles que están allí..... ¿crees tú que sus brazos están adormecidos, y que sus espadas quedarán sepultadas para siempre en sus vainas?

Y al decir estas palabras cayó de rodillas, exclamando: Y vos, Santa Madre de Dios, permitid que vuestro indigno siervo os amoneste para que cumplais vuestra palabra! ¡Muéstrese al fin vuestra augusta diestra! ¡Qué á la vista de vuestro fruncido ceño se realice un misterio de espanto y de lágrimas en los corazones endurecidos! ¡Qué el cuello del orgulloso sea hecho pedazos, y que su altiva cerviz, doblada por el soplo de vuestros lábios como por un tiempo tempestuoso, que se prosterne en tierra y barra con sus lábios el polvo de este átrio!

Oyóse en este momento una voz que gritaba:

—Padre Aléxis, padre Aléxis, ¿dónde estais?

El sacerdote palideció, tembló. Esforzóse en vano por levantarse, una de sus rodillas permaneció como clavada en el suelo.

—¡Ah! hijo mio, exclamó, ¿no has oido una voz divina que me respondia?

Pero al tiempo de ayudarlo á levantarse, Gilberto le dijo con triste sonrisa:

—No hay nada de divino en esa voz. Tiene un acento provenzal muy marcado y sino me equivoco es la del jardinero Jasmin, que está en el patio con una linterna en la mano, y que os llama.

—Tal vez tienes razon, respondióle el padre moviendo la cabeza, y pasándose la mano por la frente bañada de sudor. Vamos á ver lo que se le ofrece á ese querido Jasmin. Quizás me trae la comida, aunque le habia prevenido que me proponia ayunar hoy.

No bien los hubo Jasmin visto salir de la capilla, que corrió precipitadamente hácia ellos, y le dijo al padre:

—Yo no sé, padre mio, lo que le acaba de suceder á Ivan, pero al llevarle su almuerzo lo he hallado tendido en su lecho: llaméle, movílo y ha sido imposible despertarlo.

Gilberto se estremeció. Apoderándose de la linterna de Jasmin lanzóse á la carrera, y en dos segundos estuvo junto al lecho de Ivan. Jasmin habia dicho la verdad: el siervo dormia un sueño profundo y pesado. A fuerza de tirarle por el brazo, Gilberto alcanzó hacerle abrir un ojo, pero cerrólo al punto, y volviéndose del lado de la pared se durmió profundamente.

—Deben haberle dado un narcótico! dijo Gilberto hablando al oido del padre Aléxis.

Y dirigiéndose á Jasmin le preguntó:

—¿Ha venido aquí alguien hoy?

—Os pido perdon, respondió el cocinero. El doctor Vladimir ha vuelto del paseo á las cinco. Eso me ha sorprendido, pues el conde Kostia me previno antes de partir que hoy solo comería aquí el Sr. Estéfano.

—¿Y está comiendo en estos momentos el doctor?

—Perdon! perdon! no ha querido comer. El me ha dicho en son de mofa que en breve se iria á almorzar al otro mundo.

—¿Pero dónde está? En su estudio?

—Hace dos horas que ha salido acompañado del Sr. Estéfano.

—¿Y de qué lado han ido? esclamó Gilberto moviéndole violentamente los brazos.

—Ah, perdon, señor. Vais á dislocarme este brazo, respondió el provenzal.

—Jasmin, mi buen Jasmin, respóndeme ¿dónde han ido?

—Ahora me acuerdo: han tomado el sendero del bosque.

Y Gilberto se lanzó á la carrera. En vano el padre Aléxis se esforzaba llamándole para que se detuviera.

—Espérame, hijo mio, te acompañaré..... te daré sanos consejos.

Gilberto estaba ya en el bosque.

Descubierta la cabeza, pálido, sin aliento, corria precipitadamente. Era de noche y la luna comenzaba á argentar los follages que temblaban al soplo del viento. Gilberto permanecía ciego á los esplendores de la luna, sordo á los suspiros del viento. No oia más que el rumor de pasos lejanos; solo veia una nube de sangre que flotaba ante sus ojos y le marcaba su camino. El único pensamiento que dominaba su espíritu, fuera de las tinieblas, era éste:—Yo no he comprendido á ese hombre; era una alianza ofensiva la que me prometia ayer. He rehusado vengarle y se venga él mismo, y un siervo ruso que se venga es capaz de todo.....

Y corria, corria siempre, y hubiera corrido hasta el fin del mundo, si en uno de los recodos del camino no hubiera apercibido de repente á algunos pasos de él, iluminada por la luna, á Estéfano inmóvil y de pié. Gilberto se detuvo, estendió los brazos, dió un grito. Ella tembló, volvió el rostro y lanzándose hácia él exclamó:

—¿Me amas Gilberto, me amas?

El no la respondió sino estrechándola contra su seno, y al ver en ese momento al doctor Vladimir sentado al borde del foso y con la cabeza entre las manos, balbuceó:

—Ese hombre aquí..... con vos.....!

—No sé dijo ella con trémulo acento, si ese hombre es un loco ó un malvado; pero lo cierto es que va á morir porque se ha envenenado.

—¿Qué decís? esclamó Gilberto contemplando con ojos extraviados la faz sombría del doctor iluminada por la luna. Por Dios, explicaos!

—Qué sé yo! dijo ella. Desde ayer tarde creo estar soñando. Me parece, sin embargo, que ese hombre fué á buscarme á mi cuarto: habia tenido

la precaucion de dormir á Ivan. Yo estaba profundamente triste, y él me persuadió, Gilberto mio, que me esperábais en los alrededores de esta selva para huir conmigo á un pais lejano. Partamos! partamos! esclamé yo. Pero durante el trayecto, he reflexionado, he concebido sospechas y dije á mi siniestro compañero: Traedme aquí á mi Gilberto; no voy más léjos... Entonces me ha mirado con ojos terribles, y creo que me ha dicho: ¿Qué me importa tu Gilberto? Sígueme ó te mato..... Y así hablando buscaba en su seno un arma oculta; pero si no me engaño, lo he mirado fijamente cruzando los brazos y le he dicho: Mátame, pero no me harás dar un paso más.....!

Vladimir alzó la cabeza.

—¡Qué engañosas son las semejanzas! esclamó con sordo acento. En otros tiempos he conocido á una mujer que tenia la misma fisonomía, y una vez al influjo de mis miradas, la obligué á caer de hinojos á mis piés esclamando: «Vladimir Paulitch, haz de mí lo que te plazca!» Pero vuestra jóven amiga tiene diferente temple de alma. Me creereis si os place, caballero, pero el caso es que su rostro encantador me infundió un extraordinario respeto: me pareció que su cabeza estaba ornada de una banda real. Su frente respiraba un noble orgullo; la cólera hinchaba las ventanas de su nariz, y mientras que una sonrisa despreciativa vagaba en sus labios, sus miradas anunciaban el candor de un alma tan pura como el rayo de luna que nos alumbra! Al verla, vínome al pensamiento la imágen de la mujer de quien os hablé ayer; concebí un movimiento de horror por el ardid que habia premeditado, y yo, doctor Vladimir, me he prosternado á los piés de esta niña, diciéndola: Perdóname, soy un miserable! Luego..... he tomado una dósis bastante fuerte de veneno compuesto por mí y al cual no le conozco antídoto, y dentro de dos horas ya no existiré.

Gilberto le miraba fijamente.

—Ah! gran Dios, pensaba, no es la vida de Estéfano; era su honor el que estaba en peligro! Luego el milagro prometido se ha operado, solo que no es el que esperaba el padre Aléxis, puesto que ha sido la obra del Dios de la naturaleza.

Estéfano se acercó á él, y uniendo las manos, murmuró:

—Gilberto, Gilberto, huyamos, huyamos juntos! aún es tiempo!

Pero él le contestó:

—Todo lo adivino!

Y dirigiéndose á Vladimir le dijo con tono de autoridad:—Caballero, seguidme. Bueno será que el conde Kostia recoja vuestro postrer suspiro.

Vladimir reflexionó un momento; luego levantándose dijo:—Teneis razon; es necesario que lo vea antes de morir; pero dadme el brazo, porque el veneno comienza ya á hacer su efecto y las piernas me tambalean.

Pusiéronse en marcha. Estéfano los precedia á corta distancia. A in-

valos Vladimir esclamaba:—Morir! no respirar más! no ver de nuevo
ɔl! no acordarse más! olvidarlo todo.....!

Y añadia:—Una sola cosa turba mi felicidad! no me he vengado lo su-
ente!

En fin, la voz espiró en sus labios y las piernas le flaquearon. Fué ne-
ario que Gilberto lo cargara sobre sus espaldas, y estaba ya éste próxi-
á sucumbir bajo el peso, cuando vió venir á él al padre Aléxis todo
ɔcado. No le dejó tiempo de coger resuello:

—Coged á este hombre por los piés, le dijo: yo lo sostendré por los bra-
. Adelante, padre mio, adelante! Es asunto de vida ó muerte para todos!

El padre Aléxis se apresuró á hacer lo que Gilberto le pedia. Se pu-
on en marcha. Iban todos con la frente inclinada y en fúnebre silen-
, ménos Estéfano quien, con su birrete hasta los ojos, murmuraba pala-
s inconexas, y sucesivamente miraba á hurtadillas á Gilberto ó lanzaba
ıbrías miradas á la luna. Llegados al castillo, atravesaron el patio, su-
ron la escalera sin encontrar á nadie; pero al entrar en el vestíbulo del
mer piso, todo iluminado, oyeron un ruido de pasos en el corredor que
ıducia á la torre cuadrada.

—El Sr. Leminof está de vuelta! dijo Gilberto temblando. Padre Alé-
, llevad este hombre á su cuarto. Voy á hablar al conde. En breve lo
eré aquí.

Y tomando á Estéfano por el brazo:

—En nombre del cielo, alejaos! le dijo al oido. Bajad y ocultaos! No
conveniente que vuestro padre os vea ántes de haberme oido!

—¿Crees que tengo miedo? respondió ella.

Y como él se apartó de ella precipitadamente, ella se lanzó tras él por
corredor.

Mientras tanto el padre Aléxis acababa de entrar en el cuarto de
ıdimir Paulitch, á quien sostenia con gran trabajo en sus trémulos bra-
. En el momento de colocarlo en su lecho, llegó hasta ellos una voz que
ɔferia estas terribles palabras:

—Ah! eso traspasa los límites..... qué muera ella!

Y un grito agudo desgarró los aires, seguido del ruido sordo de un
ɜrpo que caia pesadamente sobre el pavimento.

El padre Aléxis miró á Vladimir con horror.

—No era bastante la madre, esclamó; acabas de matar á la hija!

Y se lanzó sin sentido fuera del cuarto.

Vladimir se incorporó en el lecho. Una alegría feroz iluminaba sus fao-
nes, y recobrando el uso de la palabra murmuró:

—Mi venganza es completa.

Pero al proferir estas palabras exhaló un gemido; el veneno comenzaba
ncendiarle las entrañas. Pero al ver aparecer al conde, seguido del pa-
ɜ, olvidó de súbito sus sufrimientos.

—Conde Kostia, esclamó el moribundo, ¿qué has hecho de tu hija?

—La he matado, respondió en tono breve interrogándole con la mirada.

Vladimir guardó un instante de silencio.

—Mi buen señor, replicó. ¿Te acuerdas de esa Paulina á quien yo amaba? Te acuerdas tambien de que me viste á tus plantas pidiéndote piedad, piedad para ella y para mí? Mi buen señor, habrás olvidado aquel lugar donde un dia me dijiste: esa mujer es hermosa; pero si antes de la tarde no has roto tu matrimonio, mañana ella sabrá por mí quién eres! Ese dia, Kostia Petrovitch, teníais el aire feliz y risueño..... Decid, Kostia Petrovitch, os acordais de ese dia?

El conde no respondió sino por una sonrisa despreciativa.

—¡Oh! ¡el más sencillo y el más crédulo de los hombres! prosiguió Vladimir, ¿cómo habiais podido pensar que yo vaciaria hasta las heces ese cáliz de dolor y de vergüenza, y que no habia de vengarme de aquel que sonreia al hacérmele apurar?

—¡Seis meses más tarde me salvaste la vida! replicó el conde con un ligero estremecimiento de hombros.

—Fué porque tus dias éranme muy preciosos. ¡Tú no conoces las ternuras del ódio! Queria que vivieses y que tu existencia fuese un infierno...

Y con voz desfallecida, continuó:

—¡El amante de la condesa Olga era..... yo!

El conde tambaleó como herido de un rayo. Apoyóse en el respaldo de una silla para no caer; luego lanzándose á la mesa se apoderó de un jarro de agua, y bebiéndolo de un solo golpe, con acento convulsivo exclamó:

—¡Mientes! ¡La condesa de Olga no ha podido entregarse á un siervo!

—Un poco más de memoria, Kostia Petrovitch. Olvidais que yo á sus ojos no era un siervo, sino un doctor ilustre, algo como un gran hombre... Sin embargo te quiero consolar. La condesa de Olga no me amaba, y otro tanto me acontecia á mí con respecto á ella. Mis miradas misteriosas, mis amenazas habian hechizado esa pobre cabeza; ella estaba moribunda de miedo en mis brazos, y cuando al salir de tan dulce plática, ella me oyó exclamar: «¡Olga Vassilievna, tu amante es un siervo!» á ese rudo golpe ella pensó morir de vergüenza y de horror.

El conde lanzó á su siervo una mirada de indecible disgusto, y haciendo un esfuerzo sobrehumano para dirigirle nuevamente la palabra, le dijo:

—¡Imposible! Esa carta que me dirigiste á Paris.....

—Yo temia que vuestro deshonor no os quedaria oculto, y además ¿que me importaba vivir?

El Sr. Leminof se volvió al sacerdote, que permanecia de pié en el fondo del aposento.

—Padre Aléxis, ¿ese hombre dice la verdad?

El padre se inclinó silenciosamente.

—Te has hecho acreedor, sacerdote imbécil, de sufrir la muerte por prolongar los dias de un gusano.

—Poco me cuidaba de su vida, pero sí de mi conciencia y del inviolable misterio de la confesion, respondió con dignidad el padre Aléxis.

—¿Y has permitido por dos años consecutivos, sin advertírmelo, que mi enemigo mortal viva bajo mi mismo techo?

—Ignoraba su historia y que tuviera razones para odiaros. Imaginábame que una loca pasion lo habia hecho traidor á la amistad, y que en su arrepentimiento buscaria el modo de expiar su falta por los solícitos cuidados que os prodigaba.

—¡Pobre diablo! exclamó el conde lanzándole una mirada de conmiseracion.

Entonces Vladimir con acento cada vez más débil, prosiguió:

—Desde el momento maldito en el que me arrojé á tus plantas sin poder enternecer con mis lágrimas tu corazon de roca, se apoderó de mi vida un disgusto profundo. Sentir que te pertenecia era para mí un suplicio constante! Y si me preguntas por qué he diferido por tan largo tiempo mi muerte, te responderé que puesto que tenias una hija, mi venganza no era completa. He dejado que crezca esa niña, pero cuando en el reloj del destino ha sonado la hora que yo tanto ansiaba, mi valor ha desfallecido súbitamente, y he concebido escrúpulos de los que yo mismo me admiro todavía..... ¿Qué digo? Bendigo mi debilidad, puesto que se ha traido aquí una víctima pura y sin mancha, que con su virginal inocencia aumenta el horror de tu crímen..... ¡Ah! díme, ¿el acero con que le has desgarrado el corazon no es el mismo con que atravesaste á Morloff? ¡oh! ¡la espada verdaderamente predestinada.....?

La mirada del conde Kostia se iluminó. Tuvo como una especie de presentimiento que al fin iba á ser libertado de esa duda fatal que hacía tantos años envenenaba su vida, y fijando sobre Vladimir sus ojos de buitre le preguntó violentamente:

—¿No era mi hija esa niña?

Vladimir desabrochó su cuello, desgarró el doblez con sus uñas, retiró un papel plegado en ocho que arrojó á los piés del conde:

—Recoge esa carta, le gritó. Su escritura te es conocida. Quise enviártela por tu hija deshonrada: léela junto á tu hija muerta.

El Sr. Leminof recogió la carta, la desdobló y la leyó hasta el fin con firme y tranquila mirada. Los primeros renglones estaban así concebidos:

«Vil *moujik*, tus abrazos impuros me han hecho madre. Sé feliz y orgulloso. Tú me has revelado que la maternidad puede ser una tortura. En mi ignorante sencillez, solo habia conocido hasta este dia la que es una embriaguez, un orgullo, una virtud, la que Dios y su Iglesia miran con complacencia, la que los ángeles cubren con sus blancas alas.

«Cuando por la vez primera sentí agitarse en mi seno á mi Estéfano ó á mi Estéfana, mis entrañas temblaron de alegría, y no pude hablar bastantes palabras para bendecir al Cielo que recompensaba al fin una larga espera de seis años; pero en esta hora no es un hijo el que llevo en mi seno, es un crímen y quisiera arrancarlo con tenazas y arrojártelo al rostro todo humeante.....»

Esta carta de cuatro páginas arrojó luz y convenció al conde Kostia.

—Era mi hija, dijo friamente..... Gracias al cielo no la he matado.....

Salió del cuarto, y al poco rato reapareció acompañado de Gilberto que llevaba en sus brazos á su hija toda desconcertada y pálida, pero viva. El conde se adelantó hasta el medio del cuarto, y hablando como consigo mismo, se decia:

—Este jóven es mi buen génio: él me ha quitado la espada. ¡Dios sea loado! nos ha salvado á ella y á mí. Esta querida niña ha tenido miedo; se ha caido de espaldas, pero no se ha hecho daño alguno. La veis: está viva, abre los ojos..... oye..... respira..... Mañana sonreirá, y mañana sonreirémos todos felices.....

Luego llevándola á la cabacera del lecho y llamando á Gilberto, colocó sus manos la una en la otra, y en pié detrás de ellos, apretando sus espaldas con sus brazos poderosos, y pasando su cuello entre sus dos cabezas, los obligó á inclinarse con él sobre el moribundo.

Gilberto y Estéfano cerraban los ojos. Los del conde y los de Vladimir estaban desmesuradamente abiertos y parecian devorarse. Las pupilas del señor fulguraban como antorchas; las del siervo eran huecas, vidriosas y el espanto las llenaba mezclado con el horror del sepulcro. Como petrificado, murmuraba con moribundo acento:

—Me he perdido: he deshecho mi obra..... Mañana, mañana serán felices.....

Una postrer mirada impregnada en ódio brotó de sus ojos, que invadian ya las sombras eternas, trás lo cual todas sus facciones se contrajeron, su boca se retorció, y dando un grito terrible, espiró:

Entónces el conde se levantó lentamente. Sus brazos que sostenian á ámbos jóvenes se soltaron y Estéfano se dejó caer sobre el seno de Gilberto. Descolorida, la mirada estraviada, inebriada á la vez por el goce ó el terror, asiéndose de su amigo como el náufrago de una plancha salvadora dijo á su padre con voz indistinta:—En la vida á que me condenais, los goces son tan terribles como los dolores.

El conde dijo á Gilberto:

—Anímala á fin de que vuelva de su emocion. Ella te pertenece, yo te la doy..... no temas que te la vuelva á arrebatar.

Luego incorporándose en el lecho:—¡Qué ruda espina la muerte acaba de arrancarme del corazon!

Enmedio de tantas emociones trágicas, ¿quién estaba contento? El pa-

dre Alejo, y no trataba de ocultarlo. Iba y venia, removia los muebles, se pasaba la mano por la barba, se daba golpes en el pecho, y en el transporte de su pasion se lanzó sobre Estéfana, se lanzó sobre Gilberto, los acarició, los abrazó. En fin, precipitándose á la cabecera del lecho fúnebre y en presencia del conde, tomó la cabeza del muerto entre ambas manos, la besó en la boca y en las mejillas, diciéndole:

—Mi pobre hermano, tú has sido tal vez más desgraciado que culpable. Pueda Dios, en el insondable misterio de su misericordia infinita, darte un dia como yo el beso de paz.

Y arrodillándose luego:—Santa Madre de Dios, exclamó, habeis hecho más de lo que os he pedido.

En el mismo instante habiendo Ivan salido de su profundo letargo, apareció en el dintel de la puerta. Por algunos minutos permaneció clavado por el estupor, paseando en torno suyo miradas estraviadas; luego arrojándose á los piés de su señor y arrancándose los cabellos, dijo:

—¡Señor, yo no soy un traidor! Ese hombre habia mezclado en mí té no sé qué droga que me ha hecho dormir profundamente. Señor, matadme, pero no me digais que soy un traidor.

—Levántate, exclamó el conde alegremente: levántate: no te mataré. Yo no mato á nadie. ¿Quieres saber lo que haré contigo? Te engarzaré en el ajuar de bodas de la Sra. Gilberto Saville!

XX.

Estéfana pasó todo el dia siguiente encerrada en su torre. Una hora ántes de la comida, M. Leminof, fué á verla; cuando entró, estaba pintando. Se levantó y vino á su encuentro. El conde le tomó la mano, que aproximó galantemente á sus lábios, y ofreciéndole el brazo, la condujo hácia el canapé, donde se sentó á su lado. Durante algunos instantes, le contempló ella en silencio; de repente se puso á temblar de piés á cabeza.

«El hombre que está ahí sentado es mi padre, pensaba, y sin Gilberto, seria mi asesino.»

El conde frunció ligeramente las cejas. Preveia una escena de lágrimas, de explicaciones tempestuosas, de efusiones sentimentales, y le horrorizaban las lágrimas, las explicaciones y el sentimiento.

—Mi querida hija, le dijo con tono brusco y desenvuelto, durante los seis años que acaban de transcurrir, no habeis tenido que alabar mi ternura; pero aun cuando disertáramos hasta mañana sobre ello ¿de qué os serviria? Básteos saber que, engañado por falsos indicios, no os consideraba como hija mia. Ayer tarde, un feliz incidente me ha sacado de ese triste error, y no es de temer que recaiga en él. Olvidemos, pues, el pasado y no nos ocupemos sino del porvenir.»

Estéfana se habia repuesto prontamente de su turbacion, y respondió á su padre con tono jovial:

—Tened á bien creer que por poco que hagais seré lo más desmemoriada del mundo.»

M. Leminof quedó tan encantado con su respuesta y su jovialidad, que le dió tres palmaditas amistosas en la mejilla derecha.

—Por lo demás, prosiguió, me habeis sorprendido en un momento de muy buen humor. He hecho hoy un descubrimiento que me ha encantado. He percibido que tenia un alma fuerte, y, para decirlo de una vez, un gran carácter.

—¿Lo dudábais? dijo el conde sonriendo.

—Sabia que era violenta, muy violenta; pero esto no es lo mismo. Desde hace algunas semanas, permitidme el no precisar la fecha, vivia en un torbellino tal de emociones que no tenia tiempo para examinarme; mi corazon latia demasiado fuerte, tenia fiebre. Ayer por la tarde, al fijar mi destino, habeis devuelto la calma á mi alma, y esta noche no son espectros los que han venido á sentarse á mi cabecera, sino una grave y tranquila persona cuyo rostro era enteramente nuevo para mí, y á la cual habiendo preguntado su nombre:

«Soy tu razon» me respondió.

«Dicho lo cual nos abrazamos, y pronto nos volvimos buenos amigos.

—Estais encantadora, querida mia, dijo el conde. Referidme fielmente, os lo suplico, lo que ha podido deciros vuestra razon.

—¿De dónde salis? le he preguntado.

—De un rincon de ese cuarto, me respondió.

—¿Por dónde habeis entrado?

—Por la ventana, siguiendo los pasos de vuestro gran amigo.....

—Debo deciros, caballero.....

—Llamadme vuestro padre.

—Decia, padre mio, que cuando mi gran amigo vino á visitar por vez primera á Estéfana, estaba escoltado por una tropa de espíritus celestes de los que uno se llamaba la Esperanza, otro la Salud, otro la Alegría.....

—Otro el Amor, interrumpió el conde.

—Os agradezco que lo menteis por mí. La Razon formaba la retaguardia, y al principio, segun me contó, se asustó tanto con el ruido que hacia el Amor y con los aires de amo que se daba, que corrió á esconderse en un rinconcito, esperando su hora.

—Es paciente porque es eterna, dijo M. Leminof. Pero decidme, ¡para reparar lo perdido os ha dirigido seguramente una cruda y larga mercurial!

—Corta, pero buena. Me hizo presente que con desprecio de mi dignidad y del buen sentido, no habia temido decir á mi gran amigo; «¡Si no me amais me mato!» y que contestándome: ¡Os amo! me habia tratado como

una loca furiosa cuyos caprichos se halagan para calmarla. En una palabra, habló tan bien, y lo que decia concordaba de tal modo con el aire de la persona, con sus maneras de obrar, con sus miradas compasivas, con su ternura melancólica, que me deje convencer, y he aceptado la sentencia. Dormí mal, y mi despertar ha sido triste; pero mi razon me dió la fuerza de recurrir al gran remedio que con frecuencia me ha recomendado mi gran amigo: he ocupado mi espíritu, me he puesto á pintar, tanto que conmovida por mi docilidad, ha querido acompañarme esa buena persona y ha venido á instalarse en el fondo de la bonita corola blanca cuya figura y matiz se esforzaba por expresar mi pincel. Se ha acurrucado allí con las piernas cruzadas y las manos juntas por encima de la cabeza, como hacen las niñitas rusas cuando meditan, al ménos las que tengo la ventaja de conocer. Es cierto que en esa posicion creia verla, y le decia: «¡Habladme pues!» Pero habia discurrido tanto durante la noche que dió la palabra á la parnasia, y esa florecilla de pantano me contó largamente su historia.....

«He ganado mi pleito, me decia, puesto que he florecido; y sin embargo, como todos los litigantes, ¡cuántas lentitudes he debido experimentar!»

«Tambien me demostró que esos torbellinos de fortuna que deslumbran algunas veces á los hombres y á las niñitas rusas son engañadores, que *chi va piano va sano*, y que la dicha duradera se consigue poco á poco, dia tras dia como las plantas de los bosques y aun los soles. Cuando concluyó, se levantó desde el fondo de su corola otra voz que murmuraba:

«Gilberto no te ama aun; pero te juro que algun dia te amará.

—«¡Oh, querida razon mia, grité, te tomo la palabra!.....»

«Y en aquel momento me sentia tan en calma que fuí presa de un bello exceso de entusiasmo por vuestra hija.

«¡Tienes una alma fuerte, me decia, tienes un gran carácter!»

«Y corrí á besarme al espejo.»

M. Leminof estaba encantado, admirado, maravillado.

—Yo que temia tanto esta entrevista, pensaba. Esperaba lágrimas, síncopes, con arañazos por intervalos. Es cierto que es encantadora y que este Gilberto es un hechicero!»

«¡Haceis bien en creer vuestra razon bajo palabra! dijo. Vuestro gran amigo es un gran original; quiero creer sin embargo que no es ciego, y vos sois bella, querida hija. A decir verdad, teneis los ojos hinchados y las mejillas alga delgadas y muy pálidas. Tengamos paciencia: la felicidad....

—Hay palideces que no se borran, interrumpió. Mi corazon lo olvidará todo, pero temo que mi rostro siempre se acuerde. Despues de todo, que importa, añadió con alegría, si me encuentra demasiado pálida, me pintaré.

—¡Os lo prohibo! gritó el conde recobrando su aire déspota. Vuestra madre tenia la insoportable mania de los coloretes. No quiero pote de rojo en mi casa; pues sí debo decíroslo de una vez, querida mia, lo que más me

gusta en vos, es vuestra misma palidez. Será vuestro distintivo, no siento que tengais alguna.»

Estéfana no le respondió; pero levantándose y golpeando sus manos una contra otra:

—Vamos, enviadme pronto á un colegio donde concluya mi educacion. Allí aprenderé á caminar, á sentarme, á peinarme, á mover la cabeza con gracia, á usar un abanico sin romperlo..... Al principio tendré el aspecto de un muchacho disfrazado; pero bien pronto me habituaré, y dentro de un año no seré ya para él el jovencito de la túnica negra, y me amará!

—Bien que en materia de gracia no tengais nada que aprender, le respondió su padre, que se habia vuelto un modelo de galantería paternal, haré todo lo que os agrade. Tambien es verdad que sois muy jóven; no teneis aun diez y siete años. Eso no es el invierno ni sus hielos. Además debeis tener necesidad de cambiar de aire y de poner alguna distancia entre vos y esta mansion, estos corredores y el rostro sombrío de vuestro padre.

—Ya no me causais miedo, le respondió; sin embargo, encuentro bien, lo mismo que vos, que permanezcamos algun tiempo sin vernos.

—Me agrada que estemos de acuerdo, dijo. Siempre he pensado que tanto en la vida como en el estilo, es importante cuidarse de transiciones.

Se levantó á su vez y se aproximó á la mesa donde el herbario pintado habia quedado abierto. Estaba encantado de hallar tan razonable á su hija, porque amaba la razon en los demás; pero la buena voluntad que sentia por ella se cambió en aprecio y admiracion cuando hubo pasado la vista por el herbario. Sabia considerar y estimar el talento en todos los géneros.

—¡Qué descubrimiento acabo de hacer! exclamó. ¡Cómo! querida hija, ¿sois vos quien habeis hecho estas encantadoras pinturas? ¡Qué fineza en los rasgos! ¡qué verdad de colores! Teneis ojos y dedos de artista..... ¿De dónde habeis sacado vuestro talento? Vuestra madre á quien tanto os pareceis de cara, no tenia ni sombra de él. Mucho me engaño si alguna vez pintó otra cosa que su rostro..... Hé ahí un semicírculo que es una obra maestra. Es la misma naturaleza tomada al vivo.»

Y miraba á su hija con ojos casi tiernos..... digo casi, porque esta narracion no pertenece á la *leyenda dorada;* luego, cubriendo con la mano el nombre de una planta escrito al pié de la página:

—¿Cómo llamais á esta flor morena?

Estéfana se echó á reir:

—Querido señor, le dijo, es el *gnophalium sylvatium.* Esta palabra viene del griego. Gnapto (cardo), *gnapheus* (cardador), *gnaphalon* (borra, pelusilla). Los frutos de los gnafalios son algodonosos. Y ¿deseais saber ahora el nombre de la familia, su historia? No teneis más que hablar, estoy presta á satisfaceros.

—Me haceis marchar de sorpresa en sorpresa. Figuraos que os creia incapaz de unir dos ideas! Qué furiosa injusticia os hacia..... ¡Ah! decidme, la botánica era, pues, uno de esos espíritus celestes que vuestro gran amigo.....

—Es el primero que me presentó Gilberto. Al principio le recibí bastante mal; pero poco á poco descubrí que su trato era de lo más agradable. La idea de Gilberto era que, para seguir bien, Estéfano debia ocuparse de otra cosa que no fuera Estéfano, y, lo singular es que Estéfano se decidió á creerle.

—Tenia razon mil veces. Hace un papel muy triste el que emplee su tiempo en ocuparse de sí propio, y os admiro á ámbos infinitamente, á él, por haber predicado una moral tan cuerda, á vos, por haberos prestado á la predicacion. ¡Y sabe Dios todos los libros que os ha hecho leer!

—¡Ah! exclamó, que me pida la vida y se la daré; pero le desafio á que me haga leer otra cosa que sus patas de mosca.

—¡Cómo! dijo el conde asombrado; me parece que, en vuestra infancia, érais gran lectora?

—Pues sabed que desde hace tres años he tomado aversion á la letra de molde.

—¿Y por qué?

—Os lo diré francamente: porque os gusta demasiado.

—¡Ingrata! dijo, no pensais lo que decís. Si no adorara los infolios, vuestro gran amigo se hubiera quedado en su gran Paris, y vos querida mia.....

—Yo ¡no pertenecería ya á este mundo! interrumpió con amarga sonrisa.....

Luego, recobrando de momento su alegría:

—Si, decís bien, estoy muy obligada á vuestros infolios. Así para atestiguarle mejor mi respetuoso reconocimiento, me guardaré de tocarlos por miedo de que se gasten, y áun extenderé mi buena solicitud hasta los en-dozavos y los en treinta y dos.

—Bien sé, dijo el conde quien os ha disgustado de la lectura: el padre Alejo. Este pobre señor.....

Pero ella irguiéndose:

—No digais mal de este buen padre; ha hecho ayer noche una gran cosa..... ¡ha abrazado á vuestra vista el cadáver de vuestro enemigo que habíais cometido la falta de insultar!

El conde se mordió la punta del bigote; pero lo habia puesto de tan buen humor, que no le ofendió la libertad del lenguaje.

«Con tus actitudes de reina, decia él para sí, con tus modales, con tus maneras, tus grandes gestos y tus arañazos, veo que eres mi sangre: mis entrañas te reconocen.»

—Vamos á comer, le dijo ofreciéndole el brazo.

—¿Quereis darme un gusto? contestó ella con tono cariñoso, hacedme subir aquí un ala de pollo. No querria volver á ver á mi gran amigo sino para despedirme de él. Le direis que tengo jaqueca; pero no le hableis, os ruego, de mis reflexiones ni de mis proyectos. Tengo curiosidad de verle venir. Y por otra parte, si por casualidad se pusiera súbitamente á amarme.....

—Esta mañana le he visto, dijo el conde, y no os disimularé que estaba tranquilo como una imágen.

Estéfana lanzó un suspiro.

—¡Oh cara razon mia, dijo, venid en mi ayuda!

—Adios, querida hija, le dijo su padre, por mi honor, hay una niña rusa de quien soy apasionado admirador hace un cuarto de hora.

—Preferiria un poco de afecto, le contestó.

Y como se inclinara para cogerle la mano y besarla, ella se adelantó y se arrojó en sus brazos. Felizmente, bajó la cabeza y no vió el aire de vacilacion, de angustia y repugnancia feroz que se pintó de golpe en el rostro del conde. Le cubrió precipitadamente el rostro con sus dos manos, y entonces, no percibiendo sino su cabeza y sus cabellos:

«Son de un matiz más oscuro», murmuró, y por dos veces los regó con sus lágrimas.

Al bajar la escalera, se decia:

«Es muy especial mi hija. Ayer con una mirada ha hecho entrar en el polvo al infame que amenazaba su honor; hoy está tranquila, sensata, no lloriquea, no da escusas; jaranea, habla con su razon, pinta. ¡Y qué pincel tan fácil y delicado! Tiene intencion, valor, fuego en la mirada. ¿Cómo debemos desconfiar de las semejanzas! La pobre Vlya no tenia ni talento ni buen sentido ni carácter; era un bonito papagayo que pasaba los dias en lustrar su plumaje..... Y luego decididamente los cabellos de la otra son más oscuros.....»

Al dia siguiente por la mañana, se enterró á Vladimir Paulitch. El conde y Gilberto acompañaron su cuerpo hasta su última morada. Cuando la primer paletada de tierra cayó sobre el sarcófago con ese sonido hueco y ronco que es como el grito de la eternidad al devorar su presa, el ojo del conde Kostia se encendió y brotó de él un relámpago; pero se apresuró á bajar los párpados sobre sus ardientes pupilas, y disimuló bajo un aire de gravedad y recogimiento la emocion deliciosa que hacia palpitar su pecho. Concluida la ceremonia, como llegáran ya á las últimas casas de la aldea, rogó á Gilberto que le esperara, volvió sobre sus pasos, entró de nuevo en el cementerio, que los sepultureros acababan de dejar y, manteniéndose inmóvil en medio de él la colina bajo la cual dormia Vladimir, permaneció algunos instantes con los brazos cruzados, la sonrisa en los lábios, hasta que habiendo escupido sobre la tierra, exclamó en el terrible lenguaje de Job:

«El sepulcro es tu casa. Prepara tu lecho en las tinieblas. Asesino de Morlof, grita al foso: «¡Eres mi padre!» grita á los gusanos: «¡Sois mi madre y mis hermanos!» ¡Tus esperanzas han descendido contigo á las profundidades de la tumba, y juntos reposareis en el polvo!»

Alejándose en seguida á pasos lentos del cementerio, se reunió á Gilberto, y subiendo con él al camino embaldosado que conducia al castillo:

—Mi querido Gilberto, le dijo con sequedad amical, creo que no teneis preocupaciones y que no veis ningun inconveniente en poseer un dia algunos cien mil escudos de renta. Notad bien que dándoos mi hija, soy yo el obligado; tengo una deuda considerable que pagarle; solo vos podeis saldarla por mí. Por otra parte, así aseguro vuestra persona; no me abandonareis más. Pasaremos nuestros dias leyendo juntos griego: es lo único sério de la vida.

—Dignaos caballero, repuso Gilberto, mandar á buscar á vuestra hija; os contestaré en su presencia.

En cuanto entraron en el gabinete del conde y hubo llegado Estéfana:

—Conde Kostia, repuso Gilberto, es una verdad de buen sentido que un amor recíproco es la única excusa valedera de una union desproporcionada. Pero si estoy seguro de amar apasionadamente á vuestra hija, ¿me atreveré á decir en su presencia que no lo estoy igualmente de sus sentimientos por mí? El amor es una eleccion y una preferencia. Viviendo en la soledad y en una estrecha reclusion, no me ha elegido, no ha podido preferirme á nadie. Una fatalidad bienhechora que bendeciré siempre, cualquiera que sea el desenlace, ha querido que fuese su consolador y, si me es permitido decirlo, el instrumento de su salvacion. ¿No tomará ella por amor el reconocimiento que mi conducta ha inspirado á su noble corazon? ¿Es cosa segura que, vuelta á la libertad, no le hará encontrar el azar, desde sus primeros pasos en el mundo, algun objeto más digno de su afecto? ¿Y no debo temer que, haciendo algun dia comparaciones terribles para mí?..... ¡Ah! ¡que consienta ella en hacer esta prueba que tanto temo antes de empeñarme su fe! ¡Proporcionadle ocasiones de frecuentar y observar el mundo, y que decida si, entre las solicitudes que le atraiga su belleza, no hay ninguna que prefiera á los homenages de su Gilberto! Si dentro de un año he ganado el punto y me pertenece aún su corazon, me abandonaré sin escrúpulo á la ternura que le he profesado, y mi orgullosa felicidad no será igualada sino por mi gratitud!

Durante este discurso, Estéfana habia cambiado más de una mirada con su padre.

—¿No lo habia adivinado? le dijo levantándose. No me ama aún. Soy siempre para él el jovencito de la túnica de terciopelo negro.....

Y como Gilberto protestara:

—¡Oh! ¡no temais que me mate! le dijo sonriendo; el tiempo de los envenenamientos y las puñaladas ha pasado. Hombre de poca fe, que temeis

marchar sobre las aguas, os curaré de vuestra incredulidad; pero si os hace sufrir el médico, no os quejeis sino de vos mismo. ¡Imprudente! acabais de hacerme una afrenta supérflua. Si, como exigia el bien parecer, me hubiéseis dejado hablar primero, me hubiérais oido pedir á mi padre el aplazamiento de mi felicidad. He reflexionado mucho desde hace veinte y cuatro horas, y he comprendido que antes de casarse una jóven que se respeta debe haber aprendido á bailar y á saludar..... ¡Gilberto, Gilberto! vuestra precipitacion podria seros fatal. Pensad que acabais de ofenderme, pensad tambien que un dia me amareis. Escrito está allá arriba. ¿Qué pensaríais si durante ese tiempo esclamára yo á mi vez: No estoy cierta de su ternura, pongámosle á prueba?..... Gilberto, las mujeres son vengativas, y no dudais, creo, que la hija de mi padre no sepa vengarse.... Pero tranquilízate, soy generosa. Espero sin temor el 14 de Setiembre del año próximo; ¡ese dia, te lo juro, se celebrará en dos corazones una fiesta de que se encelarán los mismos ángeles!

Dichas estas palabras le tendió la mano; pero como quisiera él llevarla á sus lábios, la retiró vivamente, y, levantando con fiereza la cabeza:

—¡No te apresures tanto! le dijo; algun dia, créeme, la besarás llorando de rodillas!

Y saludándole con una sonrisa, se lanzó fuera del cuarto.

El conde apretó la mano á Gilberto.

—Sois el hombre más galante del mundo; ¡pero las mujeres son las mujeres! Os habeis empeñado en una gran partida, os lo prevengo, por vuestra cuenta y riesgo.

XXI.

FRAGMENTOS DEL DIARIO DE GILBERTO.

Paris, 20 de Setiembre.

Fuentecita, fuentecita, á la entrada de tu rústica gruta, al ruido de tu onda agitada ha trazado el destino las primeras líneas del capítulo más notable de mi vida. ¿Qué digo? ¡un capítulo! ¿no se trata de toda una vida?

Paris, 27 de Setiembre.

Al llegar á los infiernos, Ulysse inmoló ovejas y un carnero negro, y, cavando una fosa con su espada, la llenó con la sangre chorreante de las víctimas. Entónces acudió de las profundidades del Erebo el pálido enjambre de las sombras vanas, y vinieron á rodar junto al héroe, vagas y flotantes al igual de los sueños, sin voz, sin olor, sin rostro, sin memoria, y como desposeidos de sí mismos y desprendidos de su alma; pero, cuando Ulysse les hubo permitido inclinarse en la fosa para que bebieran, la vida entró en ellas, y palabras de verdad cayeron de sus lábios.....

Dios ha colocado con sus manos en el pecho de los grandes hombres un cáliz sangriento, y, como un buen pastor que guia sus ovejas, conduce á ese divino abrevadero el largo rebaño de las hijas del cielo, de las ideas invisibles, impalpables é inmortales. Tan luego como esas fantasmas han bebido algunas gotas de esa sangre milagrosa, toman un cuerpo, un rostro, y los hombres ven con asombro pasar en medio de ellos radiantes figuras, que, con el dedo levantado hácia el cielo, les cuentan los secretos del porvenir.

Pero si, para realizar tales prodigios, se necesita el corazon de un gran hombre, una virtud ménos poderosa, pero semejante, se encuentra en todos los corazones nobles y sinceros. ¿No sentimos, nosotros los pequeños de este mundo, no sentimos á ciertas horas rodar misteriosamente al rededor nuestro sombras gemidoras que nos piden vivir? Aproximemos á sus lábios esa copa encantada que llevamos en nuestro seno, no por ser un vaso de arcilla, deja de ser obra del artista supremo. Despues de haberse saciado, los augustos mendigantes que el cielo nos envia no deslumbrarán al mundo con su gloria, pero la revelarán al mismo que haya calmado su sed.

Hijos del cielo, ó mis fantasmas adoradas, vosotros á quienes llamaba en otro tiempo con un nombre familiar que no volveré á usar en lo sucevo, habeis venido un dia castas palomas, á agruparos al rededor de la copa llena aún de mi corazon, y habeis bebido en él la vida á grandes tragos. Y ahora, cuando estoy solo y me hablo á mí mismo, hay voces que me responden.....

Al separarme del padre Alejo, le dije:

«Padre mio, en mi entender, habeis hecho, dos milagros que admiro infinitamente. Un dia, se os puso en tortura para haceros hablar, y no hablasteis. Otro dia, á la vista de un hombre cuya cólera tenias motivos para temer, abrazasteis á su más cruel enemigo, que expiraba en las convulsiones. En aquel instante, el infortunado tenia aún un soplo de vida; sintió vuestros lábios aproximarse á su boca, y una serenidad misteriosa se esparció repentinamente por su rostro. Padre mio, he ahí dos milagros bien auténticos. En cuanto á los demás.....

30 de Octubre.

Está en Munich, no en un colegio, sino en casa de una amiga de su padre, la baronesa de N..... Vive, dice, en un torbellino al cual se acostumbra con trabajo.

3 de Noviembre.

Trabajo mucho, pero no sin distraerme. ¡Ah! ¡con frecuencia me sucede que olvido á Byzancio, mis papelotes y mi tintero!..... Lo que sin cesar veo, es un viejo castillo construido sobre la roca, grandes bosques sombríos, un precipicio, una fuentecita, techos escarpados, chimeneas, veletas,

y un rio cuyas ondas argentadas brillan á la luz de las estrellas. Y en medio de todo esto pasa y repasa delante de mí una túnica de terciopelo negro que representa en mis sueños los personajes más diversos. Ya es un muchachillo de humor salvaje, de mirada dura y altanera, que galopa en un caballo alazan cortando el aire con su látigo; luego de repente veo venir hácia mí un pobre niño, pálido por el dolor, que se sienta á mis piés y deja reposar su cabeza en mis rodillas. De repente, irguiéndose, el niño se transforma en una jóven impetuosa, de mirada inflamada, que agita en el aire un cuchillo. Y en fin vuelvo á verla tal como me apareció pocos instantes ántes de mi partida. ¡Ah! ¡bien lo veis, decia á su padre, todavía no me ama!.....» No, ya no era *él*, era una mujer quien hablaba.

3 de Enero.

En su última carta, me dice que ya ha roto tres abanicos. El otro dia, tuvo un acceso de mal humor..... «¡Ah! ¡si hubiera tenido á mano la fusta que sabeis!»

15 de Enero.

Ha asistido á un baile de la córte; en el cual se ha divertido. «Me sentia bonita y no han dejado de cumplimentarme.» Gilberto, ya sabeis lo que son celos.

16 de Abril.

¡El amor! ¡el amor!..... ¡Ah! ¡desde esta mañana es que lo conozco! A las once, me ha entregado una caja. Mis manos temblaban al abrirla. La caja encerraba un medallon, el medallon encerraba un retrato. Al pié del retrato estaban escritas estas palabras: *Nuevo episodio de la metamórfosis de un lirio.* ¡Qué explosion súbita se ha verificado en mi corazon!..... ¡Sí, es ella, ella misma!..... Sus cabellos, sus ojos, su boca, todo lo conozco, ménos el vestido de *satin* blanco..... ¡Y sin embargo nunca hubiera imaginado que fuera tan bella. La felicidad ha puesto la última mano en sus gracias, y el velo que sombreaba su rostro se ha descorrido para siempre... ¡Eres mia! ¡Me perteneces, eres mi bien, eres mi joya, eres mi corona! Y es justo, pues eres mi obra, mi creacion. Yo soy quien he soplado en tu pecho el fuego de la vida, yo quien he resucitado tu sonrisa, y quien he descubierto el cielo á tus miradas; pero, á pesar de mis títulos, ¿soy digno de poseerte?..... He pasado tres horas en errar por las avenidas ménos frecuentadas del bosque. Próximo á sucumbir bajo el peso de mi felicidad, me arrastraba con paso vacilante, como un inválido de la alegría; un vapor dorado flotaba ante mis ojos, y mis pensamientos se extraviaban en los vagos reinos de la locura.

30 de Julio.

¡Hace un mes que no me escribe! ¡Dios mio! ¿qué sucede? ¿Qué pasa?

9 de Agosto.

Acabo de recibir este billete: «Gilberto, juradme que, suceda lo que sucediere, puedo contar con vuestra amistad. Si no me lo asegurais, seré la más desgraciada de las mujeres.» He respondido: «Si, os lo juro llorando.»

17 de Agosto.

Hé aquí su respuesta: «Os agradezco vuestra promesa; tambien os doy las gracias por vuestras lágrimas que el tiempo secará. Esperad algunos dias más, y lo sabreis todo.

18 de Agosto.

¡Qué terrible poder posee la pasion, de helarnos súbitamente de indiferencia por todo lo que ocupaba y encantaba nuestro espíritu, anonadar en nosotros y fuera de nosotros todo lo que no es ella, ofuscar á nuestros ojos el mundo de los vivos y de lanzarnos en los espacios imaginarios poblados de larvas y de espectros!..... ¡Oh vosotras, hijas de mi espíritu, yo no tengo ojos para veros, ya no tengo oidos para oiros! No oigo, no veo sino el ídolo de mi alma. Pasa y repasa delante de mí, apoyada en el brazo de otro, y le ofrece su corazon en una sonrisa.

21 de Agosto.

¿De qué puedo acusarla? No soy yo quien la ha desligado de la fe que me habia jurado? Representaba yo una comedia? ¡Ay! preveia lo que sucede, y por eso quise probar su corazon. El éxito condena nuestro amor; ¿pero dónde está su crímen? ¿dónde su perfidia?

10 de Setiembre.

Me acomete un desfallecimiento, un abatimiento tan profundo, que me parece que va á faltarme el aliento.

13 de Setiembre.

Ayer encontré en medio de escombros una planta de beleño. Ahora me toca á mí, pensaba, mirar esta triste flor con mirada de complacencia y de desear que pueda verter la muerte en mi seno..... Pero no, viviré, soportaré valientemente mi dolor, salvaré mi dignidad, consumaré la obra de mi abnegacion. Cuando la vuelva á ver, pegaré tan bien á mi rostro la máscara de la amistad que será imposible que deje de engañarse. Quiero que sea feliz. Le ocultaré mis lágrimas, contemplaré su alegría con la sonrisa en los lábios, y ni una queja, ni un lamento, ni un suspiro escapado de mi pecho turbará la serenidad de mi conciencia.....

14 de Setiembre (por la mañana).

Temo que me falte las fuerzas para vivir. ¡Gilberto, llama en tu auxilio la razon que te abandona!

El mismo dia, á media noche.

¡Oh cruel! ¡era, pues, una prueba, una venganza!..... Cuando se abrió la puerta y la ví aparecer, caí de rodillas. Y aproximándose ella lentamente: «Habia jurado volveros algo loco!» Y, adelantándose, me tendió una pequeña mano que regué con mis lágrimas. «De rodillas y llorando», me decia en voz baja. Y añadió más bajo aún: «Yo de rodillas, tú de pié, era el mundo al revés; era necesario que esto cambiara.....» Y sentí pegarse sus lábios en mi frente..... En aquel momento entró el conde. «Mi querido Gilberto, me dijo, os felicito! ¡A fe mia! ¡sois afortunado!»

XXII.

Despues de haber permanecido un invierno en Gaierfels, partieron todos para Constantinopla. Ese mismo año pasaron la hermosa estacion en Menemen, á orillas del Hermus, á algunas leguas de Esmirna, en una bonita casa que un banquero griego amigo habia puesto á su disposicion. En los momentos en que escribo están de vuelta en Pera. El año próximo visitarán la Persia. Estéfana era de opinion que llegaran hasta Caboul. ¿Por qué no hasta Thibet? ¡Vivir para ver!

Ivan ha obtenido su libertad, y *ha tomado lo que Dios le enviaba*, pero está firmemente decidido á acabar sus dias al lado de su antiguo *barine*. El padre Alejo conserva aún todos sus dientes, y hace buen uso de ellos. Sigue siempre pintando y últimamente ha decorado de figuras apocalípticas la modesta iglesia griega de Menemen. Su dicha no es sin embargo, sin nubes: teme que los frescos inmortales del Geierfels se deterioren por la humedad y las escarchas, y se promete ir en breve á restaurarlos.

El conde Kostia sigue bien, pero es porque siempre está ocupado. En su furor por el trabajo pone á veces en contribucion á su yerno. Trata á su hija con una irreprochable cortesía que nunca se desmiente, pero toda su ternura es para el chiquitin Kostia que ella ha dado á luz hace diez meses, y de quién ha de ser en su dia el mentor. Entretanto le chiquea, le acaricia, lo aduerme entre sus brazos. Es necesario que sepais que por un capricho muy frecuente de naturaleza, este niño es vivo retrato de su abuelo.

Estéfana tiene siempre un santo horror por los impresos enfermedad de la cual no se curará. En desquite ama apasionadamente su hermoso herbario, que causa la admiracion de los conocedores, y el cual se promete enriquecer con todas las plantas del Caboul. Gilberto hace á menudo mover sus polichinelas delante de su esposa. Una noche que ese espectáculo la habia llenado de admiracion, ella le recitó con fuego los últimos versos del poema de las *Metamórfosis*: «¡Qué ese dia nos sea querido! A la »flor suceden los frutos. El amor sagrado engendra en nosotros la unidad »de los sentimientos y de los pensamientos, de tal modo, que confundidos

en una armoniosa contemplacion, nuestras dos almas descubren juntas las moradas etéreas.»

No obstante las plantas pueden florecer enhorabuena y fructificar, ellas no renuncian á sus hojas ni á sus raices. La primavera pasada el conde Kostia y su yerno hicieron una escursion á Pérgamo, pero al partir se propusieron estar de vuelta en Menemen en la mañana del cuarto dia, pero en un pais donde no hay caminos reales, no se puede llegar á una hora dada, y por lo tanto los viajeros se hicieron esperar. Estéfana se inquieta, se atormenta, sueña con bandidos y precipicios; trata rudamente al padre Alejo que procuraba darle ánimo; amenaza dar un bofeton al pobre Ivan, quien le recitaba un proverbio ruso sobre la paciencia. En fin ordena que le traigan un caballo, y cuando Gilberto llegó al mediodia la encontró que partia á rienda suelta en su busca sin otro protector que una mala pistola de bolsillo. El la regañó por su falta de razon: ella se molesta, hiere el suelo con el pié, y va á encerrarse herméticamente en su torre; pero á los veinte minutos vuelve á salir con el rostro sereno y todo terminia pacíficamente.

Algunas horas más tarde, poco ántes de la puesta del Sol, podeis verla sentada en mitad de la baranda que está en la parte delantera de la casa. Está vestida, su traje oriental color verde con bordados de oro y encajes. Su talle, esbelto como un junco, estaba ceñido por una banda de crespon color amaranto: sus menudos piés calzados de babuchas. Un collar de perlas enlaza su cuello blanco como la nieve y hecho á torno. Cada dia cambia de peinado: hoy ha arreglado sus cabellos en forma de corona encima de su frente. En la una mano lleva un abanico, y en la otra una varilla. En este mundo no sabríamos tomar muchas precauciones.

Vedla como se acurruca, como se hace una pelota en el rincon de la sala con la gracia fantástica de una bonita gata de Angora. A sus piés yacen tendidos dos cabritos, el uno de color castaño, el otro de un gris plateado, cabritos que solo se ven en la tierra del Sol. Delante de sus ojos un bello jardin florido: más allá del jardin un cementerio turco plantado de cipreses y de terebintos de donde salen arrullos de palomas.

Estéfana llama á Ivan, quien chapeaba una hilera de árboles.

«Para consolarle ofrecedle un vaso de raki. ¡Verted hasta el borde! dijo ella al padre Alejo. He sido un poco viva esta mañana. ¡Ay! mi pobre Ivan, tal vez no sea la última vez.»

Viendo en este momento á Gilberto, le gritó:

«Venid pronto. Sentaos junto á mí, tengo que contaros una historia: os ha de parecer tan nueva como interesante.»

Y cuando él se hubo sentado, agitando su abanico, replicó:

—Figuraos que habia una vez en una de las torres de un viejo castillo un pobre niño á quien un tirano feroz se complacia en perseguir. El niño estaba tan triste, tan triste que se hallaba en peligro de morir ó de vol-

verse loco. Felizmente llegó al castillo un amable y valiente caballero, uno de esos caballeros distinguidos que saben la botánica, el griego y la lengua de los titiriteros. Este compañero era muy bondadoso y tuvo piedad del niño: era muy valiente, y espuso sus dias por penetrar en el castillo donde languidecia el tierno cautivo. Era sabio y le comunicó parte de su sabiduría; tenia gran sangre fria y por dos veces le salvó la vida. Y hé aquí como aconteció que el pobre niño no murió, y que yo soy hoy la mujer más dichosa del Universo..... ¿Qué decis de eso? ¿No es verdad que mi cuento es muy bonito?

—¡Qué modo de razonar! exclamó el padre Alejo, que á tres pasos de allí fumaba apaciblemente su *marghilé* sorbiendo poco á poco un excelente vino de la Commanderie. Sois un talento superficial, mi querida hija, y solo os fijais en las cosas secundarias. Deberias haber dicho que en el castillo donde vegetaba el pobre niño, habia un bravo sacerdote que sabia pintar, y que en medio de este siglo de barbarie, él solo representaba las sanas tradiciones del gran arte. Y este bravo sacerdote celebró un contrato con la Santa Madre de Dios, y cuando él hubo pintado al fresco las grandes paredes blancas de una capilla, se tomó la libertad de decirle:

«He cumplido mi palabra ¿no cumplireis vos la vuestra?»

«Y al punto se efectuó un milagro, y los hierros del pobre niño fueron hechos pedazos. No es eso todo: sucedió que este niño era una bonita niña, y que era amada por un jóven con quien debia casarse despues de un año de ausencia. El viejo sacerdote que habia vivido lo suficiente para desconfiar mucho de las mujeres, tuvo la idea de enviar á nuestra pequeñuela una imágen en miniatura donde habia pintado de su propia mano dos corazones atravesados de una flecha, y le dijo: «Hija mia, lleva contigo ese medallon: míralo todas las mañanas y todas las noches. Es un amuleto que te hará fiel á tus primeros amores!

«Ella tomó la imágen, y hé aquí el modo por el cual hoy somos los mortales más afortunados de la tierra, fumando excelentes tabacos, bebiendo vino de Chipre, sin cuidados, sin penas, y charlando agradablemente á la vista de un bonito jardin y bajo un bello cielo azul, que es azul allá arriba y verde aquí abajo.»

En este intermedio apareció el conde Kostia con un escardillo en la mano, y habiendo oido la arenga del padre Alejo, exclamó tirándole de la bata:

—Muy bien dicho, señor Pangloss! pero es necesario cultivar su jardin.

—Y la pintura, respondió el buen padre sin inmutarse.

—¡Y nuestra razon! murmuró Gilberto mirando á su mujer fijamente.

—Consiento en ello, respondió ella, pero con una condicion, y es que seguirémos creyendo en la locura de la amistad.

Y dando un salto, exclamó con el aire trágico de otros tiempos:

«¡Oh! mi querida locura, me mataré el dia que no oiga sonar tus alegres cascabeles.....!»

Y dicho esto, hizo una triple pirueta sobre la punta del pié derecho. Los cabritos asustados le respondieron agitando sus campanillas.....

Amigo lector, tengo motivos para creer que ella no se matará, de lo cual me alegro. No he sido nunca partidario del proverbio que dice «que las mejores son las más cortas locuras.» Hay locuras divinas: el caso es saber escogerlas.

VICTOR CHERBULIEZ.

MISCELANEA.

LAS VELADAS LITERARIAS DE LA REVISTA DE CUBA.

Hará próximamente tres meses que, por iniciativa de lós señores Don Enrique J. Varona, D. Vidal Morales y D. Julian Gassie, se celebran los sábados de cada semana en los altos de la redaccion de la REVISTA DE CUBA, atentamente ofrecidos por su entusiasta Director, reuniones literarias y científicas á que asiste la mayor parte de los colaboradores de este periódico, con el objeto de leer y examinar mútuamente sus trabajos, y fomentar de este modo el cultivo de las letras en Cuba. Dramas inéditos, originales unos y traducidos otros, poesías y diversos trabajos en prosa, sometidos despues de su lectura á un análisis crítico riguroso, hecho sin contemplaciones de ningun género y con un rigor casi desconocido hasta ahora entre nosotros, ocuparon las primeras sesiones. Dichas reuniones dieron comienzo leyendo el Sr. D. Casimiro Delmonte su drama en tres actos, inédito, «El Arbol de los Guzmanes,» y en las reuniones posteriores se leyeron poesías líricas del mismo y de los Sres. Varona, Borrero y otros, poemas menores del Sr. Varona, trabajos de crítica literaria de los Sres. Govin y Sellen (D. Francisco), de crítica musical por D. Serafin Ramirez, de lingüística por Varona é importantísimos de filosofía por Varona y Montoro, producciones de amena literatura de José I. Rodriguez, Blanchet y Borrero, y escritos inéditos de D. José de la Luz y de Anselmo Suarez. Posteriormente, en la sesion del 11 de Mayo, propuso el Sr. Gassie que, además de la lectura y crítica de los trabajos presentados ó remitidos por sus autores, se señalará un sábado en cada mes para discutir un *tema*, designado de antemano, que versara preferentemente sobre los principales problemas científicos que tan hondamente trabajan hoy los espíritus en todas las esferas intelectuales. Para el buen

órden y disciplina de estas discusiones debian de clasificarse los temas en tres categorías: 1ª de Literatura y Filosofía; 2ª de Ciencias morales y políticas, pero examinadas estas cuestiones fuera del punto de vista concreto y con criterio *exclusivamente* científico; 3ª de Ciencias físicas y naturales, con todo el rigor de método que los progresos y la importancia de estos estudios han entronizado en la Ciencia, repartiéndose para ello los concurrentes en Secciones organizadas con arreglo á las tres clases de temas antedichos. A fin de no hacer las discusiones interminables, no podrian consumirse sino cuatro turnos por cada tema: dos en pro y dos en contra, y para fijar bien las cuestiones y dar unidad á los trabajos, se elegiria al designar el tema, un moderador, entre los más competentes, para resumir los diferentes puntos debatidos. Dicho proyecto fué aprobado, como asimismo el del Sr. D. Vidal Morales presentado en la sesion posterior, proponiendo que se diera cuenta de las nuevas publicaciones, tanto españolas, como extranjeras, y creemos que dentro de poco se darán tambien conferencias de carácter privado. Entre las obras examinadas debe contarse la bella novela *Marianela* del Sr. Perez Galdos de la que hizo el Dr. Montalvo un atinado juicio que motivó una discusion con los Sres. Montoro, Varona, Cortina y Gassie; el nuevo drama *Consuelo* del Sr. Lopez de Ayala, elegante y detalladamente analizado por el Sr. D. C. Navarrete y Romay, cuyo trabajo insertarémos próximamente en la REVISTA. Tanto estos últimos, como los demás trabajos, han originado extensas é importantes discusiones en las que han tomado parte principal los Sres. D. Ricardo Del Monte, Varona, Montalvo y Gassie. Hacemos cuenta de estas controversias porque dichos señores no se han ceñido al campo de la mera crítica literaria, sino que han entrado de lleno en el fondo de las cuestiones, aplicando los nuevos métodos y procedimientos de la *crítica científica*. Además de los citados, han concurrido y tomado parte más ó ménos activa, los Sres. D. Leopoldo Cancio, D. Fernando Freyre Andrade, D. Jesus B. Galvez, D. José Varela Zequeira, D. Aurelio Almeyda, D. Manuel Perez de Molina, el conocido jurisconsulto, director del nuevo periódico *El Triunfo*, D. Francisco Cisneros, tan inesperadamente arrebatado de entre nosotros, D. Rafael Montoro, distinguido escritor habanero, uno de los redactores-fundadores de la excelente y simpática *Revista Contemporánea* de Madrid, quien se encuentra de paso entre nosotros, y tambien han sido invitados últimamente los Sres. D. Antonio Mestre, D. José Mª y D. Francisco Zayas, D. Luis V. Betancourt, D. Juan Santos Fernandez, D. Luis Montané, D. Agustin W. Reyes, D. Emiliano Nuñez de Villavicencio, D. José Manuel Pascual, D. Antonio Sellen, D. Eusebio Valdes Dominguez, Dr. Bravo y Sentíes, &c. &c.

Nos regocija en alto grado la actividad desplegada por el elemento jóven del pais, que con tan buen éxito ha iniciado nuestro actual movimiento literario y celebrarémos que logre realizar el doble fin que,

segun manifestó el Sr. Gassie, envuelven estas veladas en el ánimo de sus iniciadores: 1º el exámen con la mayor amplitud posible de las magnas cuestiones que las pasadas circunstancias no han permitido discutir en público; y 2º que dichas conferencias sean como el *núcleo* de una Asociacion científico-literaria en forma, ó sea un *Ateneo de la Habana*, que permita, cual el de igual clase en Madrid. ayudar á la cultura libre del espíritu y elevar el nivel intelectual de la sociedad cubana.

LOS NERVIOS Y LOS MUSCULOS.

Les nerfs et les muscles por J. ROSENTHAL.—Paris, Germer Baillière et C.ie, 1878.—La Biblioteca Científica Internacional continúa llenando cumplidamente su prospecto y enriqueciendo de dia en dia la ciencia con tratados y monografías debidos á las plumas de los primeros especialistas de Europa y América. La obra del epígrafe forma el volúmen XXV de esta Biblioteca y es su autor el profesor bávaro Rosenthal, muy conocido por sus tratados sobre patología de los nervios y electricidad para el uso de los médicos. Este libro forma un tratado especial de fisiología de los músculos y nervios escrito con innegable competencia; y tiene sobre sus muchos méritos, el de ser único. La parte culminante es la que dedica á tratar por extenso la nueva teoría de la electricidad animal.

FUNCIONES DEL CEREBRO.

Les fonctions du cerveau, par David FERRIER.—Traduit par Henri C. de Varigny.—Paris, Germer Baillière et C.ie, 1878.—Acaba de salir á luz esta version francesa de la obra del célebre profesor inglés Ferrier, facilitando así su conocimiento, de grande utilidad lo mismo al fisiólogo que al filósofo. El objeto principal del autor es presentar un razonado resúmen de sus propias experiencias sobre las funciones cerebrales; para lo cual presenta un trabajo preliminar descriptivo que nada deja por recojer de cuanto ha recibido hasta aquí la sancion de la ciencia. Da gran lugar á los recientes descubrimientos de Fritsch y Hitzig sobre la excitabilidad eléctrica del cerebro; expone en un capítulo magistral su manera de considerar los hemisferios desde el punto de vista psicológico; y como Charcot y el citado Hitzig se decide abiertamente por las localizaciones cerebrales.

PSICOFISICA.

Desde que Weber formuló su famosa ley sobre la correspondencia de la sensacion y la existencia, numerosas obras y opúsculos han venido llamando la atencion de los filósofos sobre este nuevo é importante dominio de la psicología experimental. Los eminentes profesores Fechner y Del-

bœuf, mantienen una animada controversia, proponiendo cada uno importantes modificaciones á la ley primitiva. No es por tanto de extrañar que haya llamado grandemente la atencion una reciente obra crítica de Jorge Elías Mueller, *privat-docent* de la Universidad de Göttingen, sobre los fundamentos de la Psicofísica (*Zur Grundlegung der Psychophysik*, Kritische Beiträge; Berlin, 1878). En ella pasa en revistas las teorías propuestas hasta la fecha, mostrando todo lo que tienen de cuestionable, y señalando en los métodos empleados en las investigaciones lo que tienen de falible; y si no ha presentado conclusiones doctrinales en su obra, no ha contribuido poco á la constitucion de la nueva ciencia, previniendo contra la precipitada adopcion de generalidades hijas de insuficientes inducciones.

INFORME SOBRE LOS RESTOS DE COLON.

Tenemos á la vista el notable trabajo que con el título que antecede acaba de publicar nuestro colaborador D. Antonio Lopez Prieto para averiguar el verdadero lugar donde reposan los restos de Colon. En uno de nuestros próximos números nos ocuparémos, con el detenimiento que requiere, de la obra del Sr. Lopez Prieto.

W. C. BRYANT.

El cable submarino nos ha trasmitido la triste nueva de la muerte de este gran poeta y escritor norte-americano. En nuestro próximo número insertarémos un estudio biográfico del ilustre finado y dos ó tres de sus mejores poesías traducidas en verso castellano por nuestro colaborador D. Francisco Sellen, á quien hemos encomendado el referido estudio biográfico.

LA FAMILIA.

Con este título han emprendido los señores D. Antonio Lopez Prieto y D. Tomás Delorme la publicacion de una revista quincenal de artes, ciencias y literatura, dedicada á las madres cubanas. Mucho deseamos que el nuevo colega llene cumplidamente la difícil y delicada tarea que se ha impuesto; para que sin olvidar, que de seguro no olvidará, los gratos deberes de la galantería, llegue á ser no solo un objeto de arte, sino un buen consejero en el hogar de la mujer cubana.

EL TRIUNFO.

Hemos recibido el prospecto de un nuevo periódico que verá la luz en el entrante Julio, con el título del epígrafe, bajo la direccion de nuestro estimado amigo y colaborador, el Sr. Perez de Molina. Nada nos incumbe

decir acerca de los principios políticos en que aparece inspirado, pues son materias de aplicacion á que permanece extraña la Revista, á quien solo seria dado juzgarlos en la esfera doctrinal; y si damos cuenta de su próxima aparicion es porque ofrece poner en planta una innovacion que aplaudimos; la de dedicar secciones especiales á los asuntos judiciales, á las ciencias y á la amena literatura. Tenemos entendido que en estas secciones colaborarán muy estimables escritores; y abrigamos la confianza de que los trabajos que en ellas vean la luz, por el carácter que han de revestir para ser propios de un periódico diario, han de convertirse en poderoso medio de difusion y vulgarizacion de elevadas doctrinas y contribuir no poco á depurar el gusto entre nosotros y á familiarizarnos con las diarias conquistas de la ciencia y las bellezas del arte contemporáneo.

BOLETIN DE LA SOCIEDAD ANTROPOLOGICA.

En la sesion de gobierno celebrada por la Sociedad de Antropología en tres del presente mes de Junio se presentaron por el Sr. Gassie, á nombre de la Comision de publicaciones, y fueron aceptadas por aquella, las bases para la publicacion del *Boletin*, órgano de la Sociedad. Dicho periódico aparecerá trimestralmente en los dias 15 de Enero, Abril, Julio y Octubre de cada año, por cuadernos de seis pliegos, ó sean 48 páginas de impresion, eu cuarto, que se aumentarán en caso necesario, formando al fin de año, un tomo de cerca de 200 páginas. En el *Boletin* aparecerán las actas de las sesiones de la Sociedad, los resúmenes de los cursos y conferencias de las cuatro secciones en que está dividida, las memorias, informes, notas y demás trabajos leidos y aprobados por la misma, los análisis, traducciones ó extractos de las obras y revistas antropológicas más notables de la Península y el Extranjero, y una seccion de «Variedades.» Cada tomo irá acompañado de sus correspondientes índices analítico y alfabético y con láminas en los casos en que se considere indispensable. El *Boletin* estará bajo la direccion de los Doctores Montané y Mestre. Vicesecretario y Secretario general respectivamente, y su redaccion encargada á los señores Govin, Gonzalez del Valle y Gassie, miembros de la Comision de publicaciones. La suscricion importará un peso billetes del Banco por número, pagaderos por anualidades adelantadas, admitiéndose las suscriciones en los propios puntos que la «Revista de Cuba.»

EL ARTICULO DEL SEÑOR LA LUZ.

En el presente número verán nuestros lecctores que la REVISTA cumple por todos los medios que están á su alcance el doble propósito que animó la mente de su fundador y director; dar á conocer el nivel de nuestra cul-

tura actual, y recordar los méritos contraidos al reconocimiento del pais por los varones insignes que fueron nuestros maestros y cuyas obras en su mayor parte ha dejado nuestra incuria yacer cubiertas del polvo de los archivos. Hoy honra las páginas de la REVISTA el nombre del mayor y más meritorio entre todos ellos, el de aquel ilustre y venerable habanero D. José de la Luz y Caballero, cuya vida entera, consagrada á las vigilias del estudio y á la práctica de las virtudes, fué un largo sacerdocio todo de abnegacion y modestia; porque de él puede justamente decirse que más que ningun otro de nuestra raza llenó colmadamente la mision del sabio ideal de Fichte, pues, siempre entregado al trabajo de su propio perfeccionamiento, fué el más incansable obrero del perfeccionamiento de los demás.

¡Ojalá que nuestro ejemplo sea fructuoso, y que no pierda la posteridad lo que aún queda de las producciones del gran filósofo cubano! Extenso tributo ha pagado á su memoria su único biógrafo, el señor Rodriguez; pero otro no ménos bello le tributarán aquellos de sus amigos y admiradores que contribuyan á sacar á luz los restos de sus obras.

EL INTERMEZZO LIRICO.

El distinguido poeta Sr. D. Francisco Sellen ha traducido en elegantes versos castellanos *El Intermezzo lírico* del gran poeta aleman Enrique Heine, primera traduccion directa hecha á nuestra lengua. Nuestro constante colaborador D. Enrique José Varona se ocupa en la actualidad en escribir un juicio crítico de la traduccion del Sr. Sellen, que insertarémos en uno de nuestros próximos números. *El Intermezzo lírico* se halla de venta en «La Propaganda Literaria.»

SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA.

Animada é interesante por demás ha sido la sesion del dia dos del presente Junio celebrada por esta Sociedad. Discutióse el trabajo presentado en la anterior por el Dr. Santos Fernandez, tomando la palabra en contra los Doctores Montalvo y Cortina; y presentando por escrito sus observaciones los Dres. Montané, que leyó igualmente una nota al trabajo del señor Plá, y Selsis. En la próxima sesion que se celebrará el domingo 7 del entrante Julio, contestará el Dr. Santos á las numerosas observaciones, atinadas las más, de que su trabajo ha sido objeto, y nos reservamos, para entonces, dar cuenta detallada de ambas. En la misma se procedió al nombramiento de los Presidentes y Secretarios de las cuatro Secciones, resultando electos los Doctores Nuñez de Villavicencio, Reyes, Montalvo y

Santos Fernandez respectivamente para Presidentes; y Secretarios los señores Valdés (D. Benito), Arango, Varona y Del Monte (D. Ricardo).

NECROLOGIA.

FRANCISCO CISNEROS.

Director de la Academia de Bellas Artes.

Dia de verdadero duelo, más doloroso por lo inesperado, fué el 13 de Junio para los que en aquella tarde acompañamos hasta su última morada los restos de nuestro queridísimo Francisco Cisneros, el distinguido artista, el cumplido y leal caballero, el amigo amable y simpático!

Un ataque de apoplejía postró en pocas horas aquella robusta naturaleza, todavía tan fuerte, y paralizó aquel cerebro vigoroso donde bullian tantas ideas, tantas esperanzas é ilusiones!

Nacido en la ciudad de San Salvador, capital de la república de su nombre en Centro América, Cisneros á los diez y seis años de edad salió de la tierra natal, que no debia volver á pisar jamás, acompañando á un distinguido diplomático Sur-americano que, encargado de representar á su pais en Paris como ministro plenipotenciario, y habiendo notado las extraordinarias facultades de su protegido para la pintura, quiso llevarlo consigo como agregado de Legacion, para proporcionarle el medio de cultivar su talento artístico en las Escuelas y Conservatorio de aquella capital. El jóven entusiasta adelantó rápidamente en sus estudios hasta el punto de poder continuarlos con sus propios recursos renunciando los auxilios de su protector, y pasar luego á Italia para perfeccionarlos en Roma y Florencia. De retorno en Paris, fijó allí su residencia y vivió algunos años en la independencia y holgura que le proporcionaban sus trabajos con el lápiz ó el pincel, y feliz en su intimidad con los artistas y escritores más distinguidos de su tiempo, que formaba sus delicias, y que en años posteriores tanto echaba de ménos, siendo su recuerdo lo que daba más animacion á esas conversaciones familiares, que tanto apreciabamos sus amigos, llenas de interesantes anécdotas, de agudas observaciones, y en las que no sabiamos qué admirar más, si la chispeante gracia del *esprit* parisien, ó el talento del hombre culto, ó la ardiente fantasía y el alma afectuosa y apasionada del artista meridional.

En 1856 vino á la Habana, de paso para Sur América, y á los pocos meses resolvió establecerse aquí «seducido—segun nos dijo más de una vez—por la franca hospitalidad, amable llaneza y dulce trato que habia encontrado en la buena sociedad habanera;» y habiendo vacado la Direccion de la Academia de San Alejandro la obtuvo por oposicion, conservándola hasta su muerte.

Conocida nuestra poca aficion á las artes del diseño y el lastimoso atraso en que ellas y todas las demás, excepto la música, se encuentran en Cuba todavia, podrá comprenderse por qué Cisneros, falto de estímulo, vió aquí paralizadas sus facultades, que en vez de emplearse en obras que le dieran renombre, pero sin recompensa pecuniaria, tuvieron por necesidad que ejercitarse en trabajos fútiles la mayor parte ó precipitados. Para obtener algun lucro de sus trabajos el artista de gusto severo, el correcto dibujante y excelente colorista, discípulo de Eugène Delacroix, tuvo que limitarse á hacer retratos, de los cuales son notables muchos de personas de uno y otro sexo de la alta sociedad habanera, sobresaliendo el del Padre Varela, colgado en el salon de sesiones de la Real Sociedad Económica, y otro aún superior de D. José de la Luz Caballero. ¡Lástima grande que sus dotes extraordinarias no hayan dejado tras sí otros testimonios de más valía! Pero no hagamos de ello responsable al artista, achacando á la incapacidad ó á la indolencia una falta de que solo ha sido culpable el plebeyo desamor y desden de una sociedad, que comparte toda su fuerza y su actividad entre el sórdido lucro y los deleites del sensualismo. y apénas puede ahorrar una hora para los goces supremos de la vida intelectual, un momento siquiera para las delicias inefables del arte!

Cansado de agotar su ingenio en trabajos estériles é ingloriosos, no es extraño que se dejase dominar por el desencanto, hasta el momento en que con indecible alegría consiguió el nombramiento de Comisionado á la Exposicion de Paris, encargado de adquirir nuevos modelos para la Academia.

Con febril actividad hizo sus preparativos para ese anhelado viaje:—el 15 debia embarcarse;—el 13, á la caida de la tarde, en vez de apretarle la mano deseándole pronta vuelta, le dimos un último tristísimo adios en el Cementerio!

Los que sabíamos sus planes, cuanto se habia afanado en los últimos meses, trabajando dia y noche para reunir la suma necesaria á la ejecucion de su proyecto, acariciado con deleite, sueño de su fantasía halagada con la esperanza de volver á ver á sus amigos ausentes, á sus compañeros de estudios, y aquellos lugares eternamente amados é inolvidables porque vienen á la memoria embellecidos con las flores de la juventud desvanecida y los perfumes de los dias que fueron, ¿cómo no habíamos de conmovernos viendo desbaratados tantos proyectos, tantas ilusiones? ¿Cómo no llorar despidiéndonos del amigo querido, cuando lo veiamos emprender el viaje á la region desconocida de donde no ha tornado ningun viajero?

Director propietario: Dr. José Antonio Cortina.

Habana 30 de Junio de 1878.

INDICE

DE LAS MATERIAS DEL TOMO TERCERO.

ENERO.

		PÁGS.
Cuba primitiva.—Orígen, lenguas, tradiciones é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas	*D. Antonio Bachiller y Morales*	5
Historia natural.—Correspondencia de Noda á Poey sobre un pez ciego de la Isla de Cuba.—Año de 1858	» *Felipe Poey*	23
Breve exposicion de la Eneida	» *José I. Rodriguez*	34
El Cementerio del Ingenio	» *Anselmo Suarez y Romero*	45
La Evolucion.— Esplicada por Haeckel.—Trad	» *Ernesto Haeckel*	52
Yo tengo fe.—Poesía	» *Diego Vicente Tejera*	64
Natalidad y Mortalidad de la Habana en 1877	» *Ambrosio Gonzalez del Valle*	65
En la hamaca.—Poesía	» *Diego Vicente Tejera*	67
El libro de las expiaciones	» *E. Blanchet*	72
El conde Kostia.—Novela.—Trad	» *Victor Cherbuliez*	78
Miscelánea		93

FEBRERO.

Cuba primitiva.—Orígen, lenguas, tradiciones é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas	*D. Antonio Bachiller y Morales*	97
Escritores cubanos.—Anselmo Suarez y Romero	» *Vidal Morales y Morales*	113
Amor.—Poesía.—Imitacion	» *Antonio Sellén*	132

PÁGS.

El efectismo lírico.—Poesías de Saturnino Martinez..... D. *Ricardo del Monte*..... 133
El conde Kostia.—Novela.—Trad..... » *Victor Cherbuliez*..... 173
Miscelánea..... 186

MARZO.

Un positivista cubano.—Le positivisme par André Poey..... *D. Enrique José Varona*..... 193
Escritores cubanos.—Anselmo Suarez y Romero.—Conclusion..... » *Vidal Morales y Morales*..... 210
La Primavera.—Poesía..... *Dª. Rosa Krüger*..... 232
Cuba primitiva.—Orígen, lenguas, tradiciones é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas..... *D. Antonio Bachiller y Morales*... 234
La Historia de la Civilizacion y la ciencia natural.—Discurso.—Traduccion..... » *Emilio Du Bois-Reymond*..... 242
Un naturalista del siglo XVIII en Cuba.—Antonio Parra..... » *Eusebio Valdés Dominguez*..... 255
El conde Kostia.—Novela.—Trad..... » *Victor Cherbuliez*..... 263
Miscelánea..... 286

ABRIL.

Prospecto para una biblioteca de escritores cubanos.—Inédito..... *D. Anselmo Suarez y Romero*..... 289
Literatura comparada.—Los Menecmos de Plauto y sus imitaciones modernas..... » *Enrique José Varona*..... 296
Axél.—Poema sueco.—Traducción en verso por Antonio Sellen..... » *Isaias Tegner*..... 310
Cuba primitiva.—Orígen, lenguas, tradiciones é historia de los indios de las Antillas mayores y de las Lucayas.—Capítulo VI... *D. Antonio Bachiller y Morales*... 322
Los Crucificados.— Poesía.—Traduccion de Rafael María de Mendive..... » *Victor Hugo*..... 329
La Historia de la Civilizacion y la ciencia natural. — Discurso pronunciado en las conferencias científicas de Colonia.—Conclusion..... » *Emilio Du Bois-Reymond*..... 331
Un naturalista en Cuba en el siglo XVIII.—Antonio Parra.—Continuacion..... » *Eusebio Valdés Dominguez*..... 353
El conde Kostia.—Novela.—Trad..... » *Victor Cherbuliez*..... 364
Mortalidad de la Habana en el invierno de 1878 comparada con el respectivo de 1877. » *Ambrosio Gonzalez del Valle*... 374
Miscelánea..... 375

MAYO.

		Págs.
Jurisprudencia práctica.— Autos para mejor mejor proveer	*D. José Antonio Cortina*	385
Crítica literaria.—Un dia de emociones.— Novela original por Don Dámaso Gil y Aclea	» *Antonio Govin*	403
Axél.—Poema sueco.—Traduccion en verso por Antonio Sellen	» *Isaias Tegner*	415
Hic jacet.—Versos pensados en un Cementerio	» *Isaac Carrillo y O'Farrill*	427
Cuba primitiva.—Orígen, lenguas, tradiciones ó historia de los indios de las Antillas mayores y de las Lucayas.—Capítulo VII	» *Antonio Bachiller y Morales*	428
La filosofia de Voltaire, segun la crítica alemana.—Trad	*M. A. Gerard*	435
Exámen de la ópera Zilia de D. Gaspar Villate	*D. Serafin Ramirez*	447
Los insultadores.—Poesía.— Traduccion de Rafael María de Mendive	» *Victor Hugo*	457
El conde Kostia.—Novela.— Traduccion.— Concluirá	» *Victor Cherbuliez*	458
Miscelánea		474

JUNIO.

Filósofos cubanos.—El Presbítero Dr. José Agustin Caballero	*D. José de la Luz y Caballero*	481
Estética alemana.—El Laoconte de Lessing ó Los límites de la Pintura y la Poesía	» *Francisco Sellen*	492
Cuba primitiva.—Orígen, lenguas, tradiciones ó historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas.—Capítulo VIII	» *Antonio Bachiller y Morales*	501
Recuerdos de la Infancia.—Poesía	*Dª Rosa Krüger*	509
La filosofia de Voltaire, segun la crítica alemana.—Finaliza	*M. A. Gerard*	510
El Iotismo en la pronunciacion del griego clásico	*D. Enrique José Varona*	526
Un naturalista en Cuba en el siglo XVIII.— Antonio Parra.—Finaliza	» *Eusebio Valdés Dominguez*	532
El conde Kostia.—Novela.—Finaliza	» *Victor Cherbuliez*	540
Miscelánea		564

FIN DEL TOMO TERCERO.

Stanford University Libraries
3 6105 124 440 012